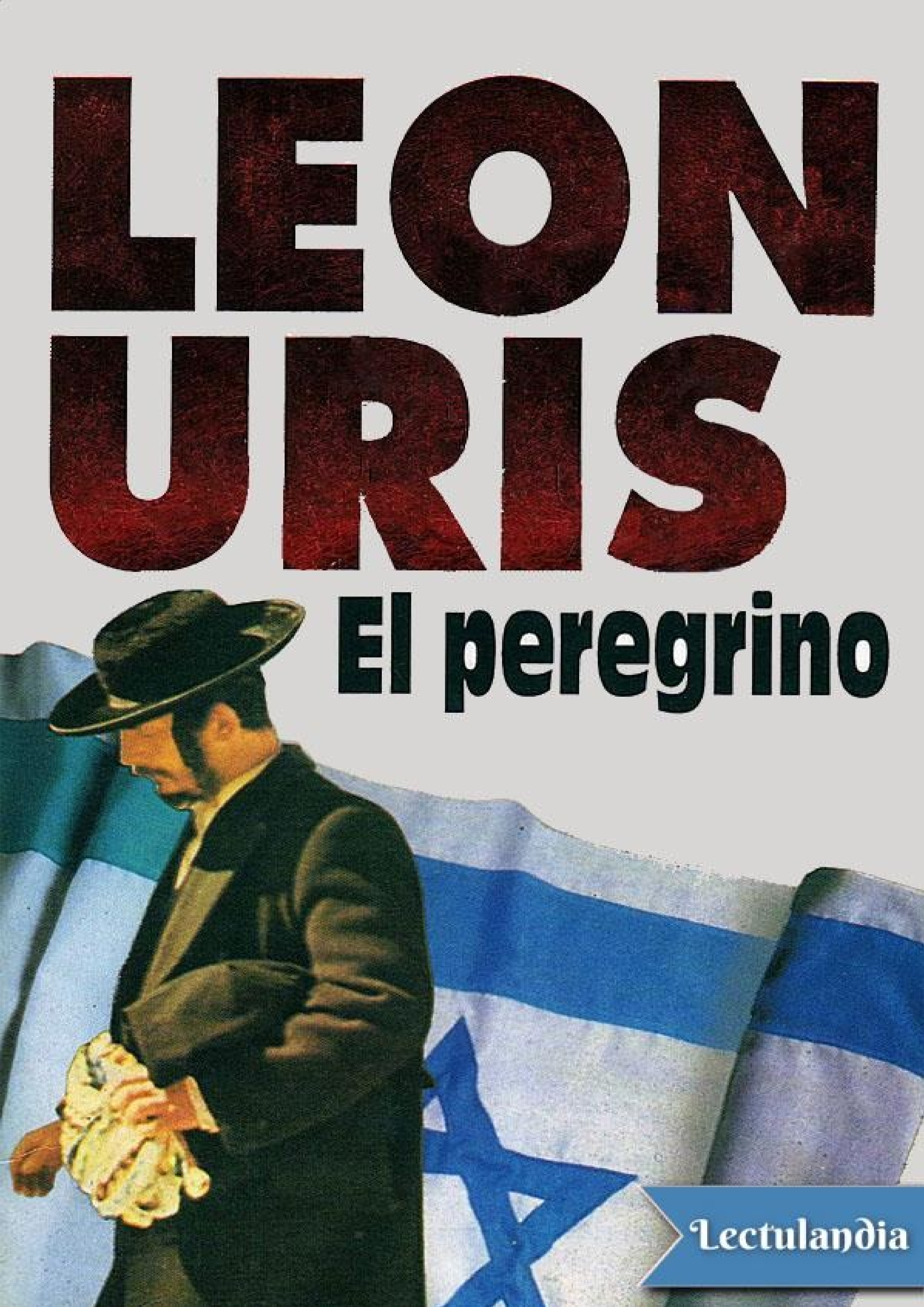

LEON
URIS
El peregrino
Lectulandia

El peregrino narra la historia de una familia árabe-palestina atrapado en los eventos históricos de la zona en las décadas de 1920 y 1950 como lo atestigua Ismael, el hijo más joven.

La historia comienza en 1922, cuando Ibrahim, el padre de Ismael, asume el puesto de muktar de su padre moribundo en el pueblo relativamente aislado de Tabah en el valle de Ayalón, junto a la carretera principal que conduce a Jerusalén.

La historia narra cómo la familia se ve afectada por la cercanía del kibutz judío de Shemesh, por las luchas políticas expuestas y las presiones ejercidas por los líderes árabes de la región en el transcurso de 35 años, y por el efecto perjudicial de ser un refugiado entre ellos.

El título original de la novela *The Haj*, se refiere a la peregrinación a La Meca que todo musulmán está obligado a hacer por lo menos una vez en su vida.

Lectulandia

Leon Uris

El peregrino

ePub r1.0

JeSsE 07.11.13

Título original: *The Haj*
Leon Uris, 1984
Traducción: Raquel Albornoz
Retoque de portada: Piolin

Editor digital: JeSsE
ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

A Mark

Para disponer del tiempo necesario para viajar, investigar y escribir una novela como ésta, el autor forzosamente debe convertirse en un creador egocéntrico, que se expone a probar la profundidad de sus afectos familiares. Mi mujer, Jill, abrazó este proyecto con no menos interés que yo. Generosamente dio todo de sí: comprensión, lealtad, amor. Me cuidó, a menudo en sitios remotos y peligrosos, y lo que es más importante, aportó una considerable contribución con sus inteligentes y acertados consejos durante la redacción. Estas páginas no podrían haber sido escritas sin semejante compañera a mi lado.

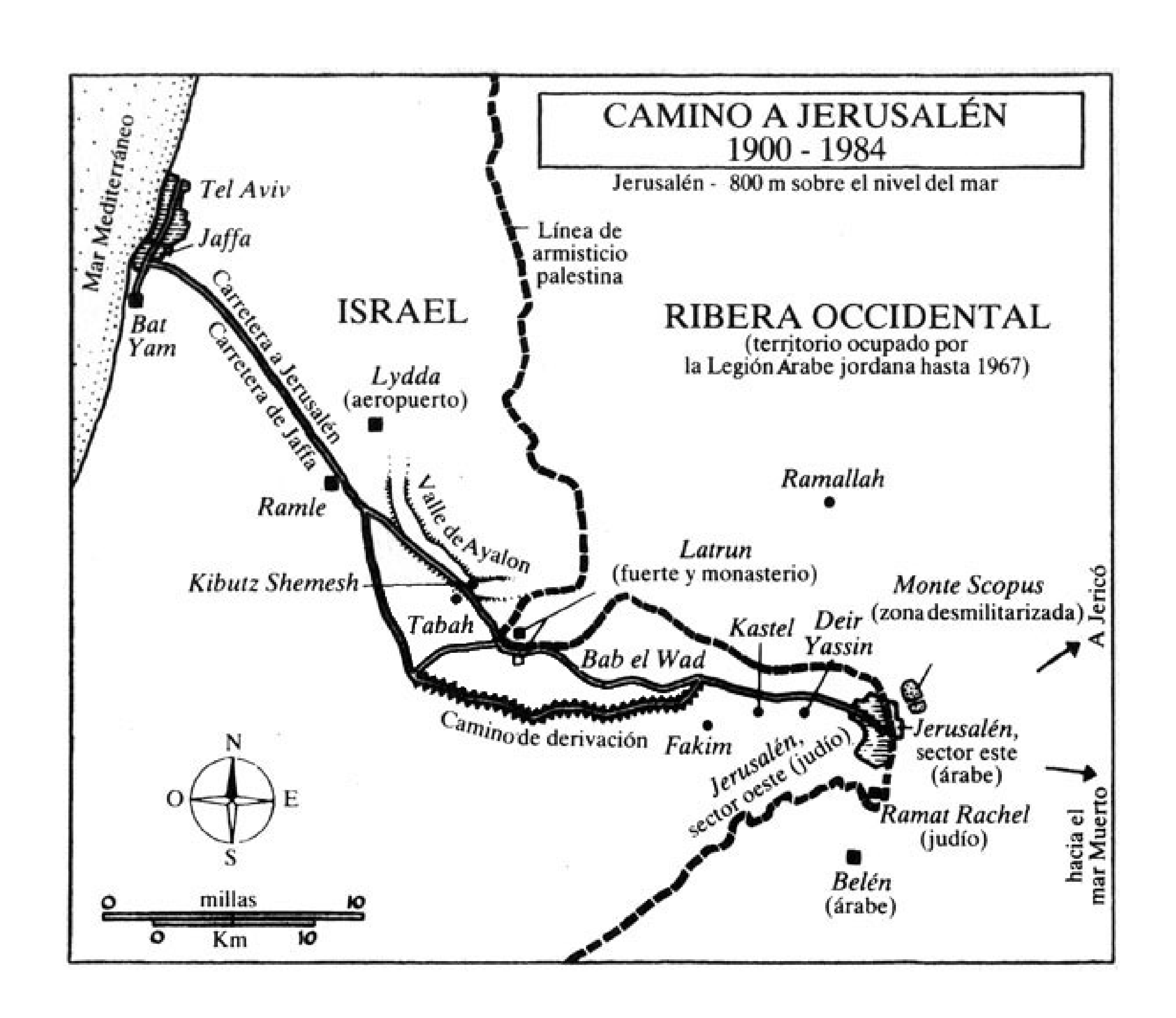
Cuando yo escribía *Trinidad* me di cuenta de que mi colaboradora de investigación, Diane Eagle, poseía la mística habilidad de comprender lo que yo trataba de decir y la historia necesitaba. *El peregrino* representaba un gran desafío para cualquier investigador. Ella respondió aportando miles de datos e informaciones brillantes. Todos los días cuando yo empezaba mi batalla con la máquina de escribir, tenía a mano los hechos consignados en esos informes, y contaba con ayuda inmediata en el despacho de al lado. No sólo colaboró enormemente para crear el ambiente de autenticidad de la novela, sino que también me alivió de manera notable la carga del trabajo. Quiero agradecer principalmente a Diane la inquebrantable amistad que siente por Jill y por mí.

Muchos de los acontecimientos relatados en El peregrino *son temas que pertenecen a la Historia y a los registros oficiales. Algunas escenas se crearon en torno de hechos históricos y se utilizaron como telón de fondo del escenario de esta ficción*.

Puede haber personas reales que hayan participado en hechos similares a los descritos en este libro. Por lo tanto es posible que a algunas se las identifique erróneamente con los personajes de la novela.

Quiero destacar que todos los personajes de El peregrino *son total creación del autor y completamente ficticios*.

Las excepciones, desde luego, son los personajes públicas reconocibles que tuvieron un papel relevante en este periodo de la Historia, tales como David Ben Gurión, el muftí de Jerusalén, Abdullah, Yigal Allon y otros.


CAMINO A JERUSALÉN
1900 - 1984
Jerusalén - 800 m sobre el nivel del mar
Mar Mediterráneo
Tel Aviv
Jaffa
Bat Yam
Línea de armisticio palestina
ISRAEL
RIBERA OCCIDENTAL
(territorio ocupado por la Legión Árabe jordana hasta 1967)
Carretera a Jerusalén
Carretera de Jaffa
Lydda (aeropuerto)
Ramle
Valle de Ayalon
Ramallah
Latrun (fuerte y monasterio)
Kibutz Shemesh
Tabah
Monte Scopus (zona desmilitarizada)
Kastel
Deir Yassin
Bab el Wad
A Jericó
Camino de derivación
Fakim
Jerusalén, sector oeste (judío)
Jerusalén, sector este (árabe)
Ramat Rachel (judío)
hacia el mar Muerto
Belén (árabe)
N
O
E
S
0
millas
10
0
Km
10

PRÓLOGO

1922

El joven Ibrahim se situó en silencio junto al lecho de su padre, y escuchó al anciano musitar sus entrecortadas palabras finales.

Los ojos vidriosos del jeque demostraron que reconocía a su hijo, y el hombre reunió todas las fuerzas que le quedaban. Metió la mano debajo de la almohada, extrajo la daga adornada con piedras y, temblando, se la entregó a Ibrahim, ejecutando así el antiguo rito del traspaso del poder.

—Esto pertenece a Faruk —dijo Ibrahim—. Él es mayor que yo.

—Tu hermano es un perro sin dientes. Los otros ya están conspirando para elegir un nuevo muktar. El poder debe permanecer en nosotros, los soukoris —sentenció el padre, y colocó enérgicamente la daga en la mano de su hijo—. Como arma es pequeña —continuó—, pero con ella gobernamos a nuestro pueblo, que sabe reconocer el significado de la daga y el valor del hombre capaz de clavarla hasta la empuñadura.

El viejo jeque murió y la aldea le lloró, pero, tal como él había predicho en su lecho de muerte, los otros cuatro clanes ya habían elegido un nuevo muktar para Tabah, rompiendo el predominio de un siglo de los soukoris. Una hora después de haber enterrado a su padre, Ibrahim invitó a ocho de los miembros más destacados de los demás clanes a su casa. En el centro de la habitación había una tosca mesa de madera. Ibrahim sacó de repente ocho cuchillos y los clavó en fila sobre la madera; luego, abriendo su túnica, dejó ver la ornada daga.

—Creo que ha llegado el momento —dijo— de elegir un nuevo muktar. Si alguno no está de acuerdo con la continuidad del gobierno soukori… —se detuvo con brusquedad y señaló los cuchillos con la palma extendida. Normalmente la elección de un nuevo muktar supondría mil horas de disputas, antes de llegar a la conclusión que Ibrahim les presentaba ahora. Esta elección terminó en un minuto, cuando cada uno de los ocho adversarios se paró ante él, inclinó la cabeza, besó su mano y le juró fidelidad.

Ibrahim al Soukori tenía veintidós años, era muktar de Tabah y conocía el poder de la daga en la vida de los árabes.

Primera parte

EL VALLE DE AYALÓN

CAPÍTULO PRIMERO

1944

Soy Ismael. Nací en Palestina durante las revueltas de 1936. Dado que muchos de los hechos narrados en este libro ocurrieron antes de nacer yo, usted se preguntará: «¿Cómo puede Ismael conocerlos?». Tome el caso de mi padre, Ibrahim, que se convirtió en muktar de Tabah. En nuestro mundo, la narración de historias forma parte de la vida misma, aquí todos conocemos las leyendas del pasado.

Otros sucesos tuvieron lugar cuando yo no estaba presente. Sobre ellos, ¿qué podría saber yo? No se olvide, estimado lector, que los árabes tenemos un don poco común para asuntos de magia y fantasía. ¿Acaso no dimos al mundo *Las mil y una noches*?

En ocasiones le hablaré con mi propia voz. En otros momentos, con la de ellos. Nuestra historia proviene de un millón de soles, de lunas y de cometas, y todo lo que me es imposible saber llegará a estas páginas con la ayuda de Alá y de nuestra magia especial.

Como hijo varón tenía derecho a los pechos de mi madre todo el tiempo que yo los exigiera, y no me destetaron hasta cumplir los cinco años. Generalmente eso indicaba la salida del niño de la cocina, pero yo era pequeño y podía esconderme entre las mujeres. Mi madre, Hagar, era una mujer corpulenta, de enormes pechos que no sólo estaban llenos de leche sino que constituían un lugar donde podía acurrucarme y sentirme cómodo y protegido. Conseguí evitar el mundo de los hombres hasta 1944, cuando tenía ocho años de edad.

Un día mi padre, Ibrahim, envió a mi madre de regreso a su aldea, distante muchos kilómetros al Sur. Como rara vez le permitían alejarse, así que su repentina partida fue traumática y dolorosa para mí. Cuando niño yo vivía con mujeres que me amparaban y protegían. Mi abuela también me había criado un tiempo, ya que mi madre no solamente se ocupaba de las tareas de la cocina, el hogar y la familia, sino que además trabajaba en el campo y cultivaba la huerta contigua a la casa. Pocos días después de la muerte de mi abuela fue cuando mi madre se marchó.

Mi única tarea había sido ir a buscar agua, y todos los días iba con mi madre al pozo del pueblo. Ahora ella ya no estaba. Las mujeres se reían de mí; me recibieron con burlas. Me contaron que mi padre la había echado del pueblo porque iba a tomar una segunda esposa. Por eso la había forzado a irse, para evitar su furia y su humillación. Muy pronto mis amigos se unieron al coro de provocaciones, y algunos hasta me arrojaron piedras.

Vi a mi padre salir para dar su paseo matinal rumbo al café que le pertenecía a él

y a mi tío Faruk y donde pasaba casi todo el día. Corrí hasta él y le conté entre llantos lo que pasaba. Como de costumbre, me empujó a un lado bruscamente y siguió caminando. Le perseguí y tironeé de sus ropas, pero el tirón apenas si logró distraer su atención. Cuando se dio la vuelta, lo amenacé con mi puñito y le dije que lo odiaba.

Mi padre me agarro del brazo y me sacudió con tanta fuerza que creí que iba a desmayarme. Luego me arrojó como si fuera basura, y fui a parar a la cloaca que bajaba desde lo alto de la aldea.

Ahí estaba yo, vestido de mujer, aullando a voz en grito. Sentía la sal de las lágrimas, y los mocos que me chorreaban desde la nariz hasta la boca. Gritaba desesperado porque incluso a esa edad comprendía que nada podía hacer para cambiar mi situación. No había forma de rebelarse ni de protestar.

He vuelto a ver a ese niño repetidas veces en campos de refugiados, jugando en vertederos de basuras, golpeado, sacudido y provocado por adultos, parientes y compañeros de juegos. Siempre clamando a un Alá sordo y ciego.

Nuestra aldea de Tabah estaba situada cerca del camino a Jerusalén. Mi familia era del clan soukori que en una época perteneciera a la tribu beduina wahhabi. Los wahhabis eran grandes guerreros que llegaron desde la península Arábiga doscientos cincuenta años antes, y purificaron la región para el Islam por medio de la espada y el fuego.

Con el correr del tiempo el dominio de los wahhabis se vio quebrado por ejércitos invasores turcos y egipcios. Muchos clanes se separaron de la tribu principal y algunos emigraron a Palestina. La rama de nuestra tribu anduvo errante en una zona entre Gaza y Berseba, yendo y viniendo desde el desierto del Negev al de Sinaí.

Varios clanes compuestos por más de ciento cincuenta familias se dirigieron al Norte, donde se establecieron. Sin embargo, seguíamos manteniendo estrechos vínculos con los wahhabis por medio del matrimonio en fiestas, bodas y funerales, y los empleábamos como camelleros en la temporada de la cosecha y la recolección del guano.

Mi padre, Ibrahim, era un gran hombre, temido y respetado en toda la región. No sólo era el muktar de la aldea, sino también el representante de los propietarios de las tierras. Mi familia era de los sayyid, descendientes directos del profeta Mahoma, lo que nos confería mayor categoría que los demás. Además de Tabah, existían pueblos más pequeños en las antiguas zonas de los beduinos wahhabis, que él también gobernaba. El poder de mi padre provenía del hecho de que manejaba los asuntos legales, clericales y de policía, y tenía facultades para verificar los documentos que consignaban la propiedad y herencia de los colonos. Era el único de esa región que había hecho el Haj, es decir, la peregrinación a La Meca. En la fachada de nuestra casa, un cartel con la fecha conmemoraba el glorioso acontecimiento.

Al principio se lo conocía como Ibrahim al Soukori al Wahhabi, para indicar su clan y tribu, pero los nombres árabes cambian con el nacimiento de hijos varones. Lamentablemente, los primeros dos vástagos de mis padres fueron mujeres, lo que constituyó un pequeño desastre. Todo el mundo, en particular las mujeres del pozo de agua, susurraban a sus espaldas que él era un «Abu Banat», un «padre de hijas», insulto sumamente terrible.

Mi padre amenazó con librarse de mi madre, que le había causado semejante humillación, pero ella le imploró una última oportunidad, y por voluntad de Alá su tercer hijo fue varón, mi hermano mayor Kamal. Luego de su nacimiento, mi padre pudo asumir el honorable título de Ibrahim Abu Kamal, que significa «Abraham, padre de Kamal».

Tres varones más vinieron después de Kamal, y mi padre se regocijaba de placer. Desgraciadamente, también llegaron otras tres mujeres antes de nacer yo. Uno de mis hermanos y dos de mis hermanas murieron sin que yo los conociera. Mi hermano a causa del cólera; una de las niñas por un problema de estómago y la otra, del pecho. Todos fallecieron antes de alcanzar el año de vida. Era muy común que una familia de diez perdiera tres o más hijos, pero mi padre se consideró particularmente afortunado de que hubiesen sobrevivido cuatro hijos varones.

Mis dos hermanas mayores llegado el tiempo fueron prometidas en matrimonio. Se casaron con hombres de la tribu wahhabi, pero de poblados lejanos. Tal como era costumbre, se fueron a vivir a casa de los padres de sus maridos.

Mi padre era muy joven, apenas sobrepasaba los veinte, cuando se declaró muktar, «el elegido». Su padre había sido muktar, y a su muerte debía realizarse una nueva elección. Los jeques de otros cuatro clanes habían convenido en que el cargo sería ocupado por el mayor de ellos. Sin embargo, mi padre estuvo en desacuerdo, y la historia de su valentía y su grandeza ha sido relatada innumerables veces.

Ibrahim había nacido cinco años antes del cambio de siglo. Al convertirse en muktar obtuvo el puesto más encumbrado de la aldea, por lo que no tuvo que trabajar más. Al poco tiempo tenía tres hijos, le quedaba otra hija y una esposa, todos en edad de trabajar. Poseía las mejores tierras, recaudaba las rentas y gobernaba seis pueblos. Ni siquiera usaba zapatos de campo, por el contrario, se ponía el tipo de calzado que los demás sólo usaban el sábado.

Mi tío Faruk era un esclavo de mi padre. Ambos eran copropietarios de la tienda y el café de la aldea. Mi tío había sido un niño enfermizo y le habían abandonado en la cocina para que muriera, pero el destino de Alá dispuso que fuese encontrado por unos misioneros cristianos que vivían en un lugar cercano; ellos lo curaron y también le enseñaron a leer y escribir. Era la única persona verdaderamente alfabetizada de Tabah, y así mi padre pudo usar los grandes poderes de Faruk para su provecho personal.

Mientras Ibrahim hacía sus rutinarias visitas diarias camino al café, pasaba entre sus dedos las cuentas de oración recitando en voz baja el Corán, y en general reafirmando su posición. La mayor parte del día oficiaba de juez en el café, fumando su narguile, saludando y escuchando con atención las quejas de los colonos. Fundamentalmente, él y los demás hombres se dedicaban a contar historias del pasado.

Cuando mi padre volvía todas las noches a casa, mi madre y mi hermana Nada le lavaban los pies, y él se sentaba en un sillón de gran tamaño. Justo antes de la comida, mis hermanos entraban en la habitación, se arrodillaban, le besaban la mano y le relataban lo sucedido durante la jornada de trabajo. Generalmente se invitaba al tío Faruk u otros primos o amigos varones a la cena, que comían sentados en el suelo con los dedos, de una fuente común, . Más tarde mi madre, Nada y yo comíamos las sobras en la cocina.

Mi padre era dueño del mejor caballo del pueblo, tenue recuerdo de nuestro pasado beduino. Mi otro hermano mayor, Jamil, estaba encargado de su cuidado. En cada fase de la luna mi padre salía cabalgando para resolver asuntos en aldeas vecinas. Tenía un aspecto extraordinario alejándose al galope, con su túnica al viento.

Hasta el día en que bruscamente me destetaron, mi vida había sido bastante placentera. La única criatura aproximadamente de mi edad que quedaba en casa era mi hermana Nada, dos años mayor que yo. La quería muchísimo. Todavía se nos permitía jugar juntos porque yo me encontraba en la esfera de las mujeres, pero sabía que pronto llegaría el día en que se me prohibiría trabar amistad con una niña, aunque fuese mi propia hermana.

Nada tenía unos enormes ojos marrones y le gustaba jugar conmigo y abrazarme. Incluso ahora puedo recordar el roce de sus dedos al frotarme el pelo. A menudo también se ocupaba de mí. Todas las madres trabajaban en el campo, y si no tenían una vieja abuela que los atendiera, los niños tenían que cuidarse solos.

No poseíamos otros juguetes más que los que fabricábamos con palitos e hilos, y hasta que vi el kibutz judío no sabía siquiera que existiesen cosas tales como los parques o cuartos de juego o las bibliotecas. Nada se había fabricado un muñeco con palitos y tela, al que había puesto de nombre Ismael, por mí, y jugaba a amamantarlo con sus diminutos pezones. Creo que fantaseaba con el amamantamiento porque, de pequeña, la destetaron muy pronto, mientras que yo gozaba aún del privilegio de los pechos maternos.

Mi madre continuamente trataba de empujarme para que cruzara el umbral y entrara en la habitación de los hombres, pero yo no tenía prisa en abandonar la cálida ternura de las mujeres e internarme en un mundo que presentía hostil.

CAPÍTULO II

Mi padre tomó como segunda esposa a Ramiza, la hija menor del jeque Walid Azziz, jefe de la tribu beduina palestina wahhabi. El gran jeque era tío de mi padre, de modo que su nueva mujer era también su prima hermana. Ella tenía dieciséis años y mi padre casi cincuenta. Después de la boda se le permitió a mi madre regresar a Tabah.

Jamás volví a verla sonreír.

El dormitorio de mi padre poseía la única cama elevada del pueblo. Todos los demás dormían sobre pieles de cabra o delgadas esteras. La habitación que según lo acostumbrado se edificaba para una segunda esposa, aún no se había terminado, por lo que mi padre ubicó a Ramiza en su propia cama y le ordenó a mi madre que durmiera en la pieza contigua, en el suelo. Había una abertura sobre la puerta que comunicaba ambos cuartos para permitir la ventilación de la casa, de modo que todo lo que sucedía en el dormitorio podía oírse claramente desde la otra habitación.

Yo dormía con mi madre, acurrucado entre sus brazos, con la cabeza entre sus pechos. Cuando mi padre y Ramiza hacían el amor, todas las noches, mi madre permanecía despierta a escasa distancia de ellos, a veces casi la noche entera, obligada a oír sus relaciones sexuales. Cuando mi padre besaba a Ramiza, y gemía y le murmuraba palabras de ternura, el enorme cuerpo de mi madre se estremecía de dolor. Sus dedos se clavaban inconscientemente en mí, escuchaba sus sollozos y a veces advertía sus lágrimas. Y cuando yo también lloraba, ella me tranquilizaba acariciándome los genitales.

Luego de muchas, muchas noches, cuando se hubo consumido su pasión inicial por Ramiza, mi padre invitó a mi madre a regresar a su lecho. Pero mi madre ya no era la misma. Se mostraba fría, y él ya no logró excitarla nunca más. Esto lo enfureció. Indignado, la echó prácticamente de la casa.

La aldea de Tabah quedaba a dos horas en burro desde el pueblo de Ramle, y a tres de Lida. Ambas poblaciones tenían dos días de mercado por semana, y mi familia poseía allí un puesto. Hasta que mi padre se casó por segunda vez, mi segundo hermano, Omar, se ocupaba de este puesto. Luego, mi madre, Hagar recibió la orden de viajar a Ramle y Lida cuatro días por semana para vender el excedente de nuestra producción. Se marchaba al alba tras la oración matinal, y volvía muy tarde cuando ya había oscurecido.

Hagar era una de las dos mejores *dayas*, o parteras, de la aldea. Se la respetaba sumamente por conocer las fórmulas de hierbas y medicinas. Esos días, cuando iba al pozo o a los hornos comunales, oía burlas y crueles insultos a sus espaldas.

Como en cualquier sociedad donde a las mujeres se las considerara objetos de

propiedad del marido, éstas buscaban el camino de la venganza a través de sus hijos varones, y mi madre me eligió a mí. Cuatro días por semana viajaba yo con ella en el carro tirado por burros rumbo a Ramle y Lida.

Fue en el puesto del bazar de Lida donde vi por primera vez a alguien usar un ábaco, que es un marco de madera con cuentas que se deslizan para sumar y restar. El hombre era un comerciante en cueros que además fabricaba y arreglaba arneses, y me permitió ir a jugar a su puesto. Nos hicimos amigos, y juntos confeccionamos un ábaco como el suyo con cuentas para rezar. Antes de los nueve años ya podía yo contar hasta el infinito, y llegué a superar incluso a sumar y restar más velozmente que el comerciante.

—Aprende a contar —me había insistido mi madre repetidas veces.

Al principio no entendí lo que quería decir, pero después también me instó a aprender a leer y escribir. El comerciante en pieles era semianalfabeto y me ayudó mucho, pero muy pronto volví a aventajarlo. Al tiempo podía ya leer todas las etiquetas de los cajones del bazar entero. Posteriormente comencé a aprender palabras de los diarios que usábamos para envolver.

Cuando tenía tiempo libre para jugar en casa, Hagar me ordenaba que contara todas las vivienda de Tabah, todas las huertas, y que memorizara quién cultivaba cada campo. Después me llevó a las villas cercanas donde mi padre recaudaba rentas, y me dijo que contara las casas y los campos. Una familia podía poseer, o trabajar como aparceros, hasta diez o quince terrenos separados, diseminados de una punta a otra del pueblo. Pero debido a los continuos matrimonios entre familias, a las dotes de tierras a las flamantes esposas, a los viejos que morían y las herencias que se dividían entre numerosos hijos, resultaba extremadamente difícil llevar una control preciso de quién cultivaba qué tierras. Como casi todas estaban en el sistema de aparcería, los labriegos siempre trataban de trabajar algún terreno adicional que no constaba en los registros o, en otros términos, trataban de estafar en su pago de rentas e impuestos.

Mi padre era apenas alfabetizado, incapaz de vérselas con los documentos oficiales y sus adornos de sellos y estampillas que determinaban lindes, derechos al uso del agua, herencias e impuestos. Mi tío Faruk, que era socio de mi padre en el almacén del pueblo y el café, estaba mucho más capacitado para enfrentarse a los misterios de los documentos. Faruk era también el imán o sacerdote del pueblo, y encargado de llevar los registros oficiales para mi padre. Mi padre quien no confiaba plenamente en él, razón por la cual tomó la precaución de enviar a mi hermano mayor, Kamal, a la escuela de Ramle.

Cuando mi padre recaudaba las rentas, las entregaba al gran terrateniente Fawzi Effendi Kabir, que vivía en Damasco y visitaba la zona de Palestina una vez al año para cobrar.

Mi madre siempre había sospechado que Kamal y el tío Faruk estafaban entre los

dos a mi padre, quien recibía un porcentaje por ser representante del Effendi.

Cuando hube concluido de contar secretamente todos los campos de la región, mi madre me echó de la cocina y me ordenó que me pegara a mi padre como su sombra. Al principio tuve miedo. Casi todas las veces que me ponía a su lado, me insultaba o me agarraba del brazo y me sacudía, o me pegaba. No era que Ibrahim me odiara o que me tratara peor que a cualquiera de mis hermanos. Los árabes pueden ser muy afectuosos con sus hijos cuando éstos son pequeños, visten como niñas y viven con las mujeres. Pero una vez cruzado el umbral para ingresar en el mundo de los hombres, generalmente son ignorados por sus padres. A partir de entonces la relación se centra en la obediencia total y absoluta. Eso es un privilegio del padre. A cambio, éste permite que sus hijos se mantengan trabajando en los campos, y cuando contraen matrimonio, la novia va a vivir a la casa del padre.

El padre debe también cuidarse de que sus hijos no lo estafen, de modo que la tradición de la indiferencia paterna se convierte en un modo de vida. Como compensación a sus frustraciones, los hijos varones tienen permitido dominar a todas las mujeres, incluso a su propia madre, y pueden incluso dar bofetadas a sus hermanos varones más pequeños. A los cuatro yo ya había aprendido a darle órdenes a mi abuela, y en ocasiones expresaba mis derechos masculinos sobre Nada y hasta sobre mi madre.

Cuanto más trataba mi padre de apartarme, más me incitaba mi madre a ir con él. Yo caminaba tan a menudo a su lado, que al cabo de un tiempo sencillamente se cansó de que insistiera tanto, y aceptó mi presencia.

Un día hice acopio de todo mi valor para enfrentarme a él. Le dije que había aprendido a contar, a leer y escribir un poco, y que quería ir a la escuela de Ramle. Como hijo menor, al cabo de unos años, yo debía convertirme en pastor de cabras, que era el trabajo más humilde de la familia. Mi padre se burló de mi idea.

—Tu hermano Kamal sabe leer y escribir; por lo tanto, tú no lo necesitas. Cuidarás el rebaño de cabras a partir de tu próximo cumpleaños y durante toda la vida como estaba previsto antes de que nacieras. Cuando algún día tomes una esposa, permanecerás en mi casa con tu habitación propia.

Me pareció terminante. Respiré lo más hondo que pude.

—Padre, yo sé algo —exclamé.

—¿Qué quieres decir con eso de que sabes algo, Ismael?

—Algo que tú también deberías saber. Un motivo para que yo vaya a la escuela.

—¡Deja de jugar a las adivinanzas conmigo!

—Hay novecientas sesenta y dos parcelas de terrenos en Tabah —dije, casi sofocándome de miedo—. Hay ochocientas veinte parcelas en los otros cinco pueblos, y esto sin contar las tierras comunales que se cultivan en conjunto.

El rostro de Ibrahim se volvió sombrío, señal de que comprendía mis palabras.

Dominé mi estremecimiento.

—En los libros que lleva Kamal figuran sólo novecientas diez en Tabah y ochocientas en las demás aldeas.

Me preparé para su reacción, mientras notaba que su rostro enrojecía.

—¿Estás seguro de eso, Ismael?

—Como de que Alá es mi juez.

Ibrahim lanzó un gruñido y se retrepó en su enorme sillón. Me hizo señas de que me acercara. Yo casi me mordía los labios del pánico.

—¿Cuál es la conclusión? —me preguntó.

—Kamal y el tío Faruk están recaudando las rentas de cincuenta y dos parcelas para su propio beneficio.

Ibrahim soltó otro gruñido, alargó un brazo y me acarició la cabeza. Nunca me olvidaré del gesto porque era la primera vez en la vida que lo hacía. Me dio unas suaves palmadas en la cara, que tantas veces había abofeteado.

—¿Me dejarás ir a la escuela?

—Sí, Ismael. Ve y aprende. Pero jamás has de comentarle esto a persona alguna; de lo contrario, te corto los dedos y los hiervo. ¿Entendido?

—Sí, padre.

Sucedió tan rápidamente que no tuve tiempo de dar explicaciones, ni siquiera de huir. Kamal, que tenía diecinueve años, me atacó desde detrás en el granero, me arrojó al suelo, saltó sobre mí y me apretó el cuello mientras golpeaba mi cabeza contra el suelo.

—¡Perro! —gritaba—. ¡Te mataré!

Yo pateé con todas mis fuerzas tres, cuatro, cinco veces. Kamal lanzó aullidos de dolor, me soltó y se arqueó en dos, de rodillas. Tambaleante, me puse de pie y tomé una horquilla. Kamal se levantó, doblado aún, y se abalanzó sobre mí. Le di un golpe en el pecho; él volvió a gritar y se marchó dando tumbos del granero. Consiguió otra horquilla y me amenazó.

—¡Perro! —musitó entre dientes.

—¡Kamal!

Se volvió justo cuando entraba nuestra madre.

—¡No toques a Ismael!

—¿Qué sabes tú, vieja loca? ¡Cerda! ¡Ibrahim ni siquiera duerme contigo!

—Me ha ordenado que fuera a su cama esta noche —dijo ella con calma. Tendré cosas interesantes que contarle.

Kamal nunca había tenido fama de buen luchador entre los de su edad y tamaño. Se defendía sólo porque era el hijo del muktar, y sabía leer y escribir. Lo pensó apenas un instante, y soltó la horquilla.

—No vuelvas a tocar a Ismael —repitió mi madre. Me quitó la horquilla de las

manos, nos miró a los dos—. Nunca —dijo una vez más, y se marchó.

—Ya llegará el día —juró Kamal.

—No tenemos por qué ser enemigos —le dije—. Todavía hay treinta parcelas que no le mencioné a nuestro padre. Si vamos a actuar juntos, quiero ir a medias.

—Eres muy pequeño para meterte en estos juegos, Ismael.

—Quiero la mitad, y que se la entreguen a mi madre.

—¿Y el tío Faruk?

—Tendrás que darle de tu mitad. Al tío Faruk le conviene cuidarse porque papá está dispuesto a echarlo del pueblo. Y bien, ¿aceptas o no?

Asintió con un movimiento de cabeza y se retiró precipitadamente.

Cuando unas noches después mi madre y yo volvimos a dormir juntos, ella me acarició la cabeza, me besó cien veces la cara y me habló de lo orgullosa que estaba de mí.

Así fue como, antes de cumplir los nueve años, yo había aprendido el principio básico de la vida árabe. Yo estaba contra mi hermano; mi hermano y yo contra nuestro padre; mi familia contra nuestros primos y el clan; el clan contra la tribu, y la tribu contra el mundo. Y todos nosotros contra el infiel.

CAPÍTULO III

«*Sol, quédate inmóvil sobre Gibeón, y tú, Luna, en el valle de Ayalón*». Así requería Josué la luz para matar a sus enemigos.

La aldea de Tabah ocupa una loma pequeña pero estratégica en Ayalón, descrita a veces como valle y a veces como planicie. Antes de la Primera Guerra Mundial, una excavación arqueológica hecha por los alemanes determinó que los restos del hombre civilizado de esa región databan de más de cuatro mil años. Entrando por el mar, desde Jaffa, avanzando hacia el Sur y el Este en dirección a Jerusalén, se ingresa en la llanura a través de dos guardianas, las ciudades gemelas de Ramle y Lida, donde se suponía que actuaba como juez san Jorge, el vencedor del dragón.

Adentrándose quince kilómetros en la planicie, encuentra uno la loma donde Tabah se yergue como centinela de las puertas de Jerusalén. Pasando Tabah, el camino asciende sinuoso junto a un profundo barranco conocido como el Bab el Wad, que continúa unos dieciocho kilómetros más, hasta las afueras e Jerusalén.

Antes de la batalla de Josué, esto era el antiguo Canaán, una tierra puente entre dos potencias: Mesopotamia y Egipto. La tierra de Canaán era como un bocado entre las fauces de un cocodrilo, una vía de acceso para ejércitos invasores. Oleadas de tribus semitas llegaron a Canaán y se radicaron allí para crear una civilización prebíblica de ciudades estados, que más tarde fueron conquistadas y absorbidas por las tribus hebreas nómadas.

Después de Josué, la loma de Tabah fue testigo del azote de los ejércitos de Asiria y Babilonia, de Egipto y Persia, de Grecia y Roma. Fue la zona de la desventurada tribu hebrea de Dan y el hogar del errante juez judío Sansón. También conoció para su desgracia las ruedas del carruaje filisteo.

Presenció la gran revuelta judía contra Grecia, y allí Judas, *el Martillo*, reunió a sus macabeos y organizó el ataque para liberar a Jerusalén.

Se dice que Mahoma se detuvo en ese monte en su legendario viaje de La Meca a Jerusalén, de ida y vuelta en una noche, montado en su mítico caballo *el-Buraq*, que tenía la cabeza de mujer, la cola de pavo real y podía galopar de un solo tranco hasta donde el ojo humano alcanzaba a ver. Cualquier aldeano podrá contar que Mahoma saltó desde la loma de Tabah y aterrizó en Jerusalén.

Mahoma llegó seguido de tropas que bajo la bandera del Islam barrieron el desierto y expulsaron a los cristianos de Tierra Santa.

Ricardo *Corazón de León* acampó allí antes de su desastrosa marcha hacia Jerusalén, que concluyó con la ruina de su cruzada.

La loma de Tabah presenció el forzado paso de las legiones británicas hacia Jerusalén durante la Primera Guerra Mundial.

Entre cada una de esas fechas, millones de pies de devotos judíos, cristianos y musulmanes pasaron en peregrinación; y a medida que la Historia sigue su curso, la ciudad de Tabah sigue en la misma colina.

Los últimos conquistadores fueron los otomanos, que salieron precipitadamente de Turquía para arrasar el Oriente Medio en el siglo XVI, sumiendo a la región en un manto de tinieblas que duró más de cuatrocientos años.

Bajo la dominación otomana, Tierra Santa quedó destrozada. Piedras sobresalían como huesos secos de algún mastodonte monolítico de sus campos o de inmundas ciénagas. Como distrito atrasado de la provincia siria, Palestina había caído en la bastardía y la orfandad. No poseía importancia alguna, salvo los tenues ecos de su pasado. Y Jerusalén, escribían los viajeros de la época, había quedado reducida a escombros y cenizas.

Crueldad y corrupción, y un pernicioso feudalismo caracterizaron a la infame dominación de los turcos. Unas pocas familias árabes palestinas influyentes hicieron las tareas sucias para los otomanos. Una de éstas fue la familia Kabir, recompensada por su colaboración con grandes concesiones de tierras en el distrito de Palestina. Una de sus posesiones abarcaba gran parte del valle de Ayalón.

Durante el siglo XVIII los Kabir se apoderaron de varias aldeas de labranza y las poblaron con campesinos árabes pobres y analfabetos; luego procedieron a esquilmarlos. Tabah era el pueblo central, rodeado de otros menores diseminados por el valle. Hacía tiempo ya que los Kabir habían abandonado su residencia permanente en la desolación de Palestina para dirigirse a Damasco, desde donde se gobernaba la provincia de Siria. Como terratenientes, pasaban los inviernos en España y los veranos en Londres. Se los conocía en las mesas de ruleta de Montecarlo, y eran asiduos invitados de los sultanes de Estambul.

Ni los otomanos ni los Kabir aportaron nada a la región durante siglos. Ni escuelas, ni caminos, ni hospitales ni nuevos métodos de explotación del campo. Bajo la opresión de la clásica fórmula siervo/señor terrateniente, los ingresos comenzaron a disminuir a medida que las aldeas sucumbían vencidas. Los pobres labradores que trabajaban la tierra eran robados de día por los turcos, saqueados de noche por los beduinos y estafados por los propietarios.

En 1800 las propiedades de los Kabir en el valle de Ayalón se encontraban en serias dificultades. Los pobladores sistemáticamente dejaban de pagar sus deudas de toda la vida, y las de sus padres. La sequía, la peste y otras enfermedades contribuyeron a acentuar una miseria que llevó a toda Tierra Santa al borde del colapso.

Tabah fue una particular zona de pillaje para los beduinos. Los principales invasores fueron los de la tribu wahhabi, que vagabundeaban fuera de sus tierras de pastoreo cercanas a Gaza. Llegaban en la época de la cosecha, saqueaban los campos,

acechaban por el sinuoso camino llamado el Bab el Wad, y robaban a los peregrinos.

La familia Kabir se convenció de que los miembros del clan de los soukoris eran los principales delincuentes. Alrededor del año 1800 el jefe de los Kabir buscó al jeque de los beduinos soukoris y le hizo una oferta que cambió la situación de privación en una holgura económica. Si los soukoris aceptaban ocupar Tabah, su jeque se convertiría en el administrador de todas las propiedades que los Kabir poseían en el valle. Fue un soborno no demasiado sutil, que suministraría la mano de obra para explotar la tierra. Un jeque fuerte podía mantener a raya a su gente y asegurarles sus rentas a los Kabir. De este modo se aseguraban que los beduinos no volverían a aterrorizar más el valle con sus correrías.

La proposición provocó una importante ruptura en la tribu wahhabi. Renunciar a su estilo de vida nómada era, para un clan beduino, renunciar a la libertad. El beduino siempre se había considerado como la élite de los árabes, el árabe genuino. Los beduinos habían constituido la fuerza impulsora original del Islam por haber sido los que llenaron los cuadros de los primeros ejércitos de Mahoma, la vanguardia de las conquistas musulmanas.

El beduino no debía impuestos, no pagaba a ningún terrateniente ni reconocía frontera alguna. La península Arábiga, de donde provenía, quedaba lejos, fuera del alcance de los primeros conquistadores de Egipto y Roma. En el duro desierto surgió una cultura que rivalizaba con los brutales dictados de la Naturaleza. Mientras el mundo del progreso lo dejaba de lado, el beduino sobrevivió fundamentalmente expoliando a los débiles. Poderosos jeques sin más compasión que la del sol abrasador, demostraron muy poca piedad por los más necesitados. Se creó, entonces, un sistema de rígido orden social que confería a cada hombre un lugar específico en la tribu a la que estaba encadenado desde el nacimiento hasta su muerte. El único modo de descollar era destruir al hombre de arriba y dominar al de abajo. Las exigencias de la supervivencia no dejaban lugar a que los beduinos tuvieran el menor acceso a las ideas democráticas, ya que la ley del desierto era absoluta.

El beduino era ladrón y asesino, y el trabajo pesado le resultaba inmoral. Pese a todo, siguió siendo el ideal del árabe porque era el hombre que tenía las estrellas por techo. El árabe de la ciudad pertenecía a un nivel menor, y el labriego que trabajaba la tierra en los pueblos era el inferior.

No debe sorprender que cuando un poderoso jeque del clan soukori se trasladó a la aldea de Tabah, se haya suscitado una disputa de cincuenta años con la principal tribu wahhabi. Después de cinco décadas de intermitente baño de sangre, la herida se cerró cuando otros clanes de los wahhabis llegaron a los pueblos de Ayalón, optando por una vida menos nómada. Si bien la herida de una lucha en el desierto nunca cicatriza totalmente, la situación se hizo más tolerable gracias a los matrimonios intertribales y a las periódicas alianzas para combatir a alguna otra tribu o al infiel.

Los jeques del clan soukori se sucedieron uno a otro como muktars de Tabah durante más de un siglo.

1924

Tan pronto como Ibrahim se acomodó en el café para ejecutar su rutina diaria de administrar justicia, llegó corriendo su hermano Faruk.

—¡Vienen los judíos!

En un instante la calle del pueblo se llenó de gente que corría y comentaba, siguiendo a Ibrahim hasta el punto más alto de la loma desde donde se podía ver el camino.

Le entregaron a Ibrahim un par de prismáticos que pertenecían a un aldeano que había peleado en el Ejército turco. Lo que vio en el camino fue una hilera de inmensos camiones cargados de materiales tales como alambre de púas, palas, postes, bolsas de alimentos desecados y utensilios de labranza. Le pidió a Faruk que los contara. Había veinte hombres y seis mujeres. Los hombres iban vestidos con la indumentaria azul de los campesinos de las colectividades judías. Las piernas de las mujeres estaban expuestas hasta los muslos, lo que resultaba un espectáculo por demás desagradable.

Los acompañaba otra docena de hombres a quienes Ibrahim había visto rondando por la zona en alguna ocasión. Estos iban a caballo y llevaban rifles y bandoleras de municiones colgadas de los hombros. Vestían uniforme verde claro, pero varios ostentaban turbantes árabes. Ibrahim sabía que se trataba de los *shomer*, los centinelas judíos.

El convoy salió de la ruta y se internó en una zona pantanosa. Uno de los judíos poseía un megáfono y daba instrucciones a los otros. Al cabo de unos momentos los que portaban instrumentos de medición comenzaron a delimitar un cuadrado en la tierra más seca. Obviamente tenían prisa en fijar un perímetro defensivo de alambre de púas.

Ibrahim entregó los prismáticos a Faruk y se alejó.

—Que vengan los ancianos al café —dijo con voz serena.

Rápidamente los reunieron sacándolos de los campos y de sus lugares de descanso.

—¿Qué crees que significa esto?

—¿Acaso no lo ves? Significa exactamente esto, tonto. Los judíos tienen la intención de establecerse al otro lado del camino.

—¿En el pantano?

—Pero esa tierra no vale nada, Ibrahim.

—¿Te parece que la habrán comprado?

—Sí —respondió Ibrahim—. Ellos siempre hacen las cosas legalmente. Pero si no los detenemos aquí, desaparecerán las aldeas árabes de este valle. Effendi Kabir les venderá todo. Esta noche debemos darles una recepción especial.

Hubo consenso general. Un jovencito se abrió paso por entre la muchedumbre y llegó, excitado, hasta la mesa del muktar.

—¡Viene un judío a caballo! —exclamó.

Todos miraron a Ibrahim. Éste se paró con aire desafiante y el gentío se abrió delante de él. Con un ademán les indicó que permanecieran firmes y se encaminó solo hacia la plaza.

Al instante llegó el jinete solitario montando un espléndido caballo pinto árabe. El hombre era de contextura mediana, de barba rala y rubia y ojos azules. Parecía algo entrado en años como para ser un *shomer*, quizás hubiese pasado ya los cuarenta. No portaba armas. Ibrahim comprendió de inmediato que el individuo conocía la costumbre árabe de que, una vez que hubiera entrado en la aldea, el pueblo tenía el compromiso de honor de protegerlo, aunque fuese un judío. Desmontó con la misma gallardía con que antes montara el animal, ató a éste en el pozo y se aproximó a Ibrahim con la mano tendida.

Ibrahim levantó un brazo para ordenarle que se detuviera a cierta distancia.

—Soy Gideon Asch —dijo el hombre en perfecto árabe—. Hemos comprado varios miles de *dunams* de tierra sobre el camino al Effendi Kabir. Esperamos poder transformarlo en una granja. Supongo que es usted el muktar.

—Así es —replicó Ibrahim, fríamente, mientras los demás se les acercaban.

Ibrahim era extremadamente rápido en sopesar el valor de un hombre. Los *shomer*, tenían fama de valientes, y evidentemente éste también lo era. Ibrahim estaba ahora obligado a demostrar su propio valor y actuar con la fuerza de un intrépido muktar.

—Ahí atrás viene gente joven buena y amable —continuó Gideon Asch—, y deseamos ser todos buenos vecinos.

En el silencio que sobrevino, los pobladores comenzaron a rodear al judío, separándolo de su caballo. Al instante, como si hubiesen recibido una señal, empezaron a gritar y a amenazarlo blandiendo los puños. Ibrahim levantó una mano pidiendo silencio.

—El camión donde traemos el agua se ha retrasado. Quisiéramos utilizar su pozo.

—Ni una gota —declaró el muktar.

Esto provocó una mezcla de risas y nuevo griterío. El judío caminó hacia Ibrahim y sólo se detuvo cuando estaba tan cerca que casi se tocaban sus narices.

—Tendrán que cambiar de parecer —sentenció Gideon—, y cuanto antes lo hagan, mejor para todos.

Dejando a todos sin habla, giró sobre sus talones y se encaminó directamente

hacia los hombres que lo rodeaban. Éstos se separaron. El judío tomó su caballo por las riendas, lo llevó al pozo a beber y luego se refrescó el rostro. Todos miraron perplejos a Ibrahim, mientras el hombre montaba.

—Usted no es bien recibido aquí —gritó Ibrahim, agitando el puño—. Si vuelve a entrar en Tabah, éste no será su santuario. Más aún, yo le cortaré las pelotas y se las meteré en los ojos.

El judío hizo, entonces, algo sorprendente. Se rió, saludó en gesto de broma, y se marchó.

Ibrahim se dio cuenta de que su gente se vería en serios problemas. Ese tal Gideon era un temerario, cosa que no le gustaba. Había oído comentar que los *shomer* eran tan inteligentes y valerosos como los beduinos. Pero Ibrahim era el muktar de Tabah y no le quedaba otra alternativa que seguir el juego. De lo contrario, sería destituido. Bueno, ordenaría un ataque, y después dejaría que la Naturaleza siguiera su curso.

CAPÍTULO IV

Rosh Pinna-1882

No era casual que Gideon Asch hubiese llegado hasta Tabah. También él había tenido una larga participación en la historia de la Palestina moderna.

Algunos judíos habían podido probar por primera vez el gusto de la verdadera igualdad emigrando a América. Pero la mayoría de los judíos de la Europa del siglo XIX, permanecían atrapados en un interminable ciclo de angustia. Ansiaban, como siempre, regresar a Palestina. Esta añoranza nunca dejó de estar en sus oraciones diarias, reforzándose en el saludo anual del Yom Kippur: «El año que viene en Jerusalén».

En la abrumada tierra de Palestina se produjo una repentina conmoción. De un modo u otro, por engaños, por robo y a veces por soborno, grandes cantidades de judíos religiosos se estaban introduciendo en Palestina. En su mayor parte eran gente pobre que huía de siglos de terror y persecución a manos de rusos y polacos. A mediados del siglo XIX ya fueron mayoría en Jerusalén, lo que se ha mantenido desde entonces. Se radicaron en las otras ciudades santas de Hebrón, Safed y Tiberíades para estudiar, orar y aguardar al Mesías, y vivieron de la caridad de los judíos del mundo.

A éstos los siguieron los judíos comunes de naturaleza pionera, que también escapaban de los horrores de la Europa cristiana. Con la ayuda de acaudalados filántropos, esta segunda ola fundó gran cantidad de granjas y pueblos agrícolas. Pero su éxito fue muy escaso, ya que para los judíos, al no poder poseer tierras en la mayoría de los países, el cultivo del suelo constituye una ocupación extraña y desconocida.

La corte otomana de Constantinopla, más tarde Estambul, miraba con buenos ojos este nuevo asentamiento judío en Palestina porque significaba una inyección de dinero; más impuestos que recaudar, más sobornos por obtener. Pero los judíos llevaron consigo algo de lo aquella tierra carecía totalmente: tenacidad, vitalidad y un profundo amor y nostalgia por la Tierra Prometida. Y llegaron al atrasado distrito de Palestina, que no era ni sirio ni otomano, ni árabe ni judío, sino una tierra de nadie que se desangraba hasta morir. El gran retorno de los judíos representó para ellos y para Palestina el último rayito de esperanza.

En 1882, Sarah y Samuel Asch emigraron de Rumanía junto a otros jóvenes bajo los auspicios de la Fundación Rothschild. Se dirigieron al Norte, a Galilea, y se apoderaron de un poblado, Rosh Pinna, que había sido abandonado por la tribu de Hassidim, obligada a huir por los beduinos.

Utilizando guardias árabes y mucha mano de obra también árabe, Rosh Pinna

subsistió pero nunca llegó a prosperar. La aldea acertaba y fracasaba alternativamente en cultivos experimentales mientras padecía el aislamiento y el pillaje constante. El barón Edmond de Rothschild envió expertos de sus granjas francesas, pero éstos fracasaron al intentar adaptar el tipo de cultivo europeo.

En 1884 Sarah y Samuel tuvieron un hijo, uno de los primeros niños judíos nacidos en ese sector de Galilea desde hacía muchos siglos. Desde su nacimiento, Gideon Asch fue un símbolo del futuro.

A fines de siglo, después de las terribles masacres rusas y polacas, una nueva casta de judíos comenzó a dirigirse hacia Palestina. Venían de los ghettos en grupos organizados e intensamente unidos por el ideal de que, sólo por medio del sacrificio personal y el trabajo judío, podía redimirse Palestina.

Los terratenientes árabes ausentes estaban encantados de librarse de esas tierras inútiles a precios increíblemente altos. En el valle de Jezrael, en Galilea, en las planicies de Sharon, en el valle de Ayalón y en la antigua ruta de la costa de Via Maris, decenas de poblados colectivos llamados kibutz se pusieron a la tarea, y el dulce sonido de la primavera se escuchó una vez más en Palestina. Las tierras desoladas y yermas, que habían sido saqueadas, feudalizadas y abandonadas por otomanos y árabes, cobraban vida nuevamente. Los putrefactos pantanos de la malaria, la despiadada piedra, el desierto y la tierra desnuda se transformaron en alfombras verdes y millones de árboles surgieron donde ninguno había crecido durante siglos. Florecieron la cultura y el progreso desde Jerusalén. Al norte del antiguo puerto de Jaffa creció una nueva ciudad judía de entre las dunas: Tel Aviv… La Colina de la Primavera.

La ruptura con el pasado trajo aparejado todo tipo de cambios para los judíos. Nació el concepto social enteramente nuevo de los kibutzim, donde la persona entraba en una vida totalmente comunitaria. Uno de estos conceptos fue que los judíos eran capaces de defenderse. Al principio, pequeños grupos de jinetes judíos iban de pueblo en pueblo solucionando problemas. Eran los vigías o *shomer*. Estos aprendían el idioma, conocían los hábitos y a menudo tenían el mismo aspecto que los árabes.

En 1900, cuando Gideon Asch tenía dieciséis años, se había dejado atrapar por el nuevo idealismo judío, y pertenecía a los *shomer* que protegían a los kibutzim y aldeas de Galilea.

Gideon impresionó primero al beduino por su habilidad ecuestre, y aumentó su reputación venciendo regularmente a los campeones beduinos en carreras y competiciones.

Abandonó la relativa comodidad de Rosh Pinna por una vida más activa. En los primeros años del nuevo siglo, dirigió una unidad ambulante de una docena de *shomer* que partían con los pioneros para fundar poblados, a veces en sitios remotos o

en medio de poblaciones hostiles árabes y beduinas. Los *shomer* estaban ahí aquella primera noche crucial para repeler el inevitable ataque de los árabes, y Gideon permanecía hasta haber establecido las defensas. Andaban intrépidamente entre los árabes en un intento por ganarlos como amigos. Y cuando un pueblo ya estaba seguro, se dirigían al siguiente.

Si bien eran adversarios, se creó una corriente de respeto entre Gideon y los árabes, en particular con los beduinos. Él los consideraba una continuación del pueblo de la Biblia. A menudo, mientras cabalgaba solo por Galilea, pensaba que dos mil años antes bien podía haber sido uno de los capitanes de Salomón que llegaba a una aldea de Canaán. Al advertir ellos que no les tenía miedo, fueron creándose extrañas lealtades hacia él. Ya fuese que estuviera en la vivienda de un muktar o en la tienda de un jeque, el jinete de ojos azules se sentía realmente como en su casa.

Gideon conocía a muchas mujeres árabes. Claro que esto era peligroso para él, pero era joven, audaz y, sobre todo, sumamente discreto. Sin que lo supiera o lo sospechara ningún árabe, Gideon poseía gran cantidad de admiradoras entre las mujeres de toda Galilea.

¿Cómo podía suceder semejante cosa? Sabido es que las cárceles se construían para los hombres, y casi todos los poblados árabes de cualquier tamaño contaban con dos o tres de sus habitantes cumpliendo condenas, generalmente por robo, contrabando o apuñalamiento. En la mayoría de los casos, éstos dejaban a una mujer embarazada de varios meses. Había otras, viudas y pobres infelices que no podían procrear. Ésas estaban a salvo.

Todas las aldeas tenían alguna cueva cercana donde Gideon iba a descansar, y allí lo «encontraban» las mujeres en ocasiones hasta seis veces por día. Poseía la fortaleza de la juventud. Todas actuaban naturalmente con él, y en aquellos momentos parecían liberadas de la eterna sombra de la vergüenza. Gideon siempre se alejaba feliz. Ellas contenían la risita y sonreían mientras por el rabillo del ojo lo observaban marcharse al galope.

A comienzos de la Primera Guerra Mundial, Gran Bretaña y Francia lanzaban miradas de envidia a los territorios del Oriente Medio en manos de los turcos. Ambas potencias imperiales consideraban a la región como un punto crucial. Para obtener poder sobre ella, lo fundamental era conseguir el Canal de Suez. El control británico terminaba en Egipto y en el canal. El dominio turco se estableció en la ribera opuesta, en Sinaí y Palestina. El Sinaí estaba predestinado a convertirse en un campo de batalla.

Con Palestina en manos de los turcos, las aspiraciones judías de lograr una tierra nacional se habían incrementado rápidamente, obteniendo el apoyo del judaísmo universal y atrayendo la atención de las capitales del mundo. Aunque era peligroso para los judíos de Palestina enfrentarse en una guerra directa contra los turcos, lo

hicieron enrolándose en masa en el Ejército británico. Para garantizar que los judíos del mundo abrazaran la causa de los aliados, el secretario inglés de Asuntos Exteriores emitió la Declaración Balfour, que propiciaba el establecimiento del país natal en Palestina. Esta declaración fue luego reconocida por el mundo entero, salvo por los árabes. En los albores de la Primera Guerra Mundial, los árabes exhibían ya un nacionalismo propio que se concretaría cuando pudieran librarse del yugo otomano.

Los agentes del Servicio de Inteligencia británicos se introdujeron en Palestina para establecer redes de espionaje adelantándose a sus tropas, y para reclutar hombres que habrían de dedicarse a tareas sumamente especializadas.

Gideon Asch fue nombrado secretamente teniente del Ejército británico con la misión de internarse en los desiertos del Negev y del Sinaí para trazar un mapa de los pozos de agua, de los lugares con sombra, de los pasos escarpados, en fin, todo lo necesario para la batalla contra los turcos que se avecinaba. Asch era una rata del desierto de nacimiento, capaz de desaparecer entre los beduinos y sumergirse profundamente en las vastas extensiones de tierra desértica de Zin y Paran, donde Moisés y las tribus hebreas habían deambulado durante cuarenta años. Siguió esas rutas de la Biblia por las tierras resecas poniendo en práctica todos los recursos y trucos posibles para sobrevivir y transitar en semejante paraje. Sus ojos azules se iban entrecerrando bajo el potente resplandor, y su piel blanca curtiéndose a la intemperie.

Se hizo amigo de la tribu wahhabi y de su jeque, Walid Azziz, y durante muchas semanas anduvo con ellos y con su legendario guía rastreador, Nabil.

Un día, hacia del atardecer, Nabil y Gideon llegaron a un pequeño bosque de robles débiles en medio de un terreno desolado y desértico. Un beduino solitario se hallaba ahí sentado, formando con sus ropajes una tienda para cubrirse la cabeza. A su lado, había una jarra de barro con agua y un poco de pan seco.

Nabil se acercó al hombre que estaba semidesvanecido por el calor abrasador. Hablaron, y luego Nabil volvió con Gideon.

—¿Quién es, Nabil?

—Se llama Mustafá, y pertenece a la tribu sulikan.

—¿Por qué está ahí sentado?

—Dice que espera a un amigo que le dijo que iba a pasar por este camino.

—¿Cuánto hace que está esperando?

—El sol ha dado varias vueltas desde entonces.

—¿No sabe cuándo vendrá el amigo?

—Dijo que tarde o temprano.

—¿Quieres decir que se queda ahí sentado día tras día, sin saber lo que sucederá?

—Sabe que el amigo vendrá. Cuándo no importa, no tiene otra cosa que hacer.

Poco antes de caer la noche, Nabil advirtió por el olfato una caravana de camellos. Hizo girar su cabalgadura en círculos hasta que encontró las huellas. Desmontó entonces y aplicó la nariz y labios en la tierra, sobre las huellas.

—Pasaron por aquí no hace mucho —declaró.

—¿Cuánto tiempo?

—No demasiado.

—¿Unas pocas horas?

—Quizá.

—¿Muchas hora?

—Quizá.

—¿Tres, cuatro, cinco horas?

—Quizá.

—¿El tiempo suficiente para que salga y se ponga el sol?

—No, no tanto.

—¿Cuántos camellos calculas?

—Varios.

—¿Cinco?

—Quizá.

—¿Cincuenta?

—Quizá. Las huellas son profundas. Van muy cargados.

—¿Hacia dónde se dirigirán?

Nabil oteó el horizonte.

—Allá —dijo, señalando—. Hay un pozo de agua perteneciente a los sulikanes. Deben de ser sulikanes o sus aliados.

Gideon estudió su mapa buscando un manantial cercano, pero no figuraba ninguno.

—¿A qué distancia está el agua?

—No muy lejos.

—¿Un día? ¿Dos?

—Tal vez.

—¿Cuántos kilómetros?

—¿Kilómetros? Ah, kilómetros. —Nabil se dio un tirón de oreja—. Seiscientos.

—No, maldita sea. Imposible. ¿Cuántas veces tiene que salir y ponerse el sol antes de que lleguemos allí?

—Cuando el sol se eleve aquí, y cruce hasta allá —indicó, describiendo un amplio arco con el brazo en dirección al cielo.

Cuando el fuego iba apagándose, Nabil recitaba poesía mientras Gideon permanecía tendido, observando el firmamento y las lucecitas móviles de los

cometas. Estos momentos eran los que convertían en real el desierto. Gideon se imaginaba ser todos los personajes desde el comienzo de los tiempos. Era Moisés y Abraham que miraban el mismo cielo meditando sobre los más antiguos misterios del hombre, implorando recibir las respuestas a los enigmas del universo.

Yo fui el chacal que podía merodear al borde del campamento.
Yo fui el gran caballo en el que velozmente cabalgaba Mahoma.
Yo fui un camello, el primero de un linaje numeroso.
Fui el primero que miró a la estúpida bestia de dos patas llamada hombre
y me di cuenta de que era imbécil.
Viví como un rey en mi propio estilo salvaje mientras ellos luchaban.

Nabil se detuvo bruscamente y alertó el oído.

—Escucha —dijo.

—No oigo nada.

La brisa tardó algunos segundos en traer los sonidos

—¿A qué distancia están? —preguntó Gideon—. ¿Y cuántos son?

—¿Por qué siempre has de hacer preguntas que no tienen respuesta Gideon?

—Bueno, supongamos que son enemigos. Si supiera cuántos son y a qué distancia se hallan, sabría cómo prepararme.

—¿En qué puede influir la distancia? —dijo el beduino—. En el desierto siempre debes estar listo, sean los que sean. No puedes modificar las cantidades. —Se puso a escuchar y calculó que eran muchos camellos, y que habían llegado al manantial.

»Cuando salga el sol llegaremos al pozo —prosiguió Nabil—. No vayas en seguida a beber. Nos acercaremos lentamente. Después nos sentaremos en el borde y sujetaremos a los caballos para que no beban. Ellos nos estarán observando desde lejos, y si bebemos sin permiso abrirán fuego. Al rato aparecerán. A mí me tolerarán por ser wahhabi, y tú les caerás bien por el extraño color de tu pelo y tus ojos. Luego nos invitarán a beber.

Tres días más tarde volvieron sobre sus pasos, y el beduino llamado Mustafá seguía aún sentado a la sombra de su manto, esperando al amigo.

Al cabo de cuatro siglos de gobierno otomano ineficaz, los sentimientos que abrigaban los árabes hacia los turcos eran los del oprimido hacia el opresor, pese a ser

todos musulmanes. Se estaban gestando movimientos árabes clandestinos contra los turcos cuando la guerra llegó a la región.

La personalidad más distinguida entre los disidentes árabes era Sharif Husain, jefe del clan Hachemita del sector Hijaz de la península Arábiga. Los hijaz tenían una línea costera de casi mil quinientos kilómetros a lo largo del Mar Rojo, que se conectaba con el Canal de Suez, vital para los británicos. Los hachemitas, que eran descendientes directos de Mahoma, habían recibido el cargo honorario de «custodios de los lugares sagrados» de Medina y La Meca, junto con el más venerado santuario del Islam, la Kaaba.

La estrategia de los británicos era tentar a los hachemitas para que se sublevaran contra los turcos, y así fue como nació el nacionalismo árabe. Sharif Husain entabló correspondencia con el alto comisionado británico en Egipto para determinar el precio de una rebelión árabe.

Los ingleses hicieron creer a Sharif Husain que sería rey de una nación árabe más poderosa a cambio de su colaboración. Las cartas eran falsas. Los británicos y sus aliados franceses abrigaban otras ideas secretas para el futuro de los territorios árabes.

El 9 de mayo de 1916, británicos y franceses suscribieron un tratado secreto que determinaba cómo iban a dividirse la región. El tratado fue el Sykes-Picot, nombre de sus negociadores. Siempre calificado de infame, este tratado ignoró tanto las aspiraciones de los judíos como las ambiciones personales de Sharif Husain. Así fue como Palestina se convirtió en la «tierra doblemente prometida».

Para concretar sus aspiraciones, los judíos de Palestina suministraron varios batallones de soldados al Ejército británico. Uno de ellos, «Mula de Sión», entabló un duro combate en Galipolis.

Del lado árabe, Sharif Husain y sus hijos consiguieron sabotear con éxito la línea del ferrocarril transjordana de Hejaz, una ruta vital para los turcos. Esta «revuelta» árabe de pocos cientos de hombres fue dirigida, y posteriormente glorificada por el oficial británico T. E. Lawrence.

Sharif Husain, modestamente, se declaró rey de los árabes, título reducido por los británicos a rey de los hijaz. Más tarde, el hijo de Husain, Faisal, entró en Damasco y se proclamó rey de Siria, título que, según él, comprendía automáticamente el distrito de Palestina.

En la Navidad de 1917, las fuerzas británicas al mando del general Allenby habían conquistado Jerusalén, y tanto judíos como árabes se dirigieron a los aliados para cobrar sus deudas.

Faisal quería un gran presencia judía en Palestina, siempre y cuando él la gobernara, tal como los turcos lo habían deseado debido a la afluencia de dinero y el progreso que implicaban los judíos. Sin embargo, los franceses se apoderaron de Siria y echaron a Faisal. Al ser despojado de su investidura de rey de Siria, Faisal cambió

de posición y condenó la radicación de judíos en Palestina.

A la larga, los británicos cometieron una serie de viles acciones que no sólo ignoraron las reivindicaciones de árabes y judíos, sino que también usurparon el distrito palestino a sus aliados franceses.

Los británicos acordaron que ellos gobernarían Palestina, gracias a un mandato de la Liga de las Naciones. Después de una serie de conferencias y tratados internacionales, el mandato británico quedó legalmente obligado a acatar la Declaración Balfour y la creación de un Estado judío. Sin embargo, la ubicación de Palestina como un flanco del Canal de Suez era más importante para ellos que respetar la promesa hecha a los judíos. Cuando, a principios de los años veinte, se descubrió petróleo en el golfo Pérsico y aumentaron los intereses británicos en la región, se alejaron cada vez más de su compromiso original.

La ribera oriental del río Jordán abarcaba una vasta zona del Mandato Palestino que estaba habitada principalmente por beduinos. Con el fin de proteger sus intereses, los ingleses crearon un Estado títere denominado Transjordania. Esta zona comprendía el setenta y cinco por ciento de las tierras del Mandato Palestino. Antes de 1921 no existían pueblo ni nación jordanos. Eran todos palestinos. Con posterioridad a 1921, los jordanos fueron un invento de la Oficina Colonial Británica.

Con el objeto de moderar la sed de nacionalismo de los árabes, los ingleses les tiraron un par de huesos. Faisal, el depuesto rey de Siria, fue convertido en un rey títere de Irak, que gobernaba bajo la tutela británica.

En cuanto a la nueva colonia de Transjordania, los británicos acudieron una vez más a Hijaz y eligieron a Abdullah, el otro hijo de Sharif, y lo consagraron emir de Transjordania. Como hachemitas de la península Arábiga, tanto Abdullah como Faisal eran extraños en las tierras que gobernaban bajo el protectorado británico.

Con respecto al sharif de La Meca, que se había imaginado gobernante de una nación que se extendía desde el mar Rojo hasta el golfo Pérsico, incluyendo Irak, Siria, Palestina, el Sinaí, el Líbano y la Península Arábiga… terminó privado de todo, y tuvo que exiliarse cuando la familia saudita lo echó de Hijaz tras haberlo vencido.

Los británicos, que habían mentido a árabes, a judíos y a sus propios aliados franceses y habían creado un reino ficticio en Transjordania, avanzaron amparándose en el Mandato Palestino. Palestina había sufrido terriblemente durante la Primera Guerra Mundial. Sólo en Jerusalén veinte mil personas habían muerto de enfermedad e inanición. Al principio, el hecho de verse libres de la corrupción turca fue como una brisa de aire puro bajo el gobierno británico. Pero eso no iba a durar.

Muy pronto quedó de manifiesto el futuro del Mandato. Surgió una nueva fuerza, el clan Heusseini, una antigua y poderosa familia palestina. Estaban dirigidos por Haj Amin al Heusseini, un musulmán fanático. A principios de la década de 1920 se originaron revueltas contra ulteriores inmigraciones judías. Tan tremendo era el

fanatismo de la rebelión y tan obvio el intento de Haj Amin de apoderarse de Palestina, que los británicos lo obligaron a huir, condenándolo a quince años de destierro.

Para el oficial británico condecorado Gideon Asch, había llegado una nueva era. Los problemas del protectorado se habían incrementado notablemente, tras las rebeliones árabes. Los *shomer* ya no poseían el poderío suficiente para controlar la situación. En Jerusalén, una agencia judía regía a su propia población en Palestina, y silenciosamente se dedicaba a la tarea de crear una fuerza de defensa. El Haganah, un ejército semilegal y semiclandestino, surgió a principios de la década de 1920 sobre la idea de que cada pueblo debería ser capaz de defenderse a sí mismo.

Gideon fue convocado a Jerusalén, donde le pidieron que se encargara de crear los grupos Haganah, en el valle de Ayalón. Durante tres décadas él había sido un vagabundo a caballo. Le llegaba ahora el momento de asentarse. Aceptó la misión y quiso unirse a un nuevo kibutz como miembro permanente. El kibutz se denominaría Shemesh, que significa «sol», ya que ése había sido el lugar donde Josué había implorado que el sol se mantuviese estático. Shemesh también significaba Sansón, el antiguo juez judío. Shemesh se ubicaría a quince kilómetros de Ramle, frente a una aldea árabe denominada Tabah.

Gideon Asch regresó de su visita a Tabah, al lugar donde las tres docenas de personas a su cargo se apresuraban a demarcar un perímetro cuadrado de alambre de púas antes del anochecer. Ellos lo interrogaron animadamente sobre su visita a la aldea árabe, y Gideon les relató su borrascoso encuentro con el muktar llamado Ibrahim.

—Atacarán esta noche. No tenemos tiempo de buscar refuerzos. Atrinchérense con todo lo que tengan.

CAPÍTULO V

1924

Cuando Gideon Asch se marchó de Tabah, la aldea cobró vida con un enorme júbilo. Se trataba de un gran momento, verdaderamente inesperado. Lo más importante para la vida de un árabe era demostrar su valor. ¡Un don de Alá! Rifles de diferentes modelos y edades surgieron de los escondites. Había escopetas de la guerra de los bóers, algunas turcas y otras alemanas de la Guerra Mundial. Había «Enfield» británicos y «Springfield» norteamericanos. Había también bandoleras de municiones ocultas en cajones enterrados en campos y huertos. Se descolgaron las dagas de las paredes de las chozas, y se las lustró hasta que quedaron relucientes.

Durante el día, hombres de los pueblos vecinos llegaron hasta Tabah y se dirigieron al café, donde Ibrahim, el joven muktar, los abrazaba. Cada uno blandía su arma en un puño impaciente, declaraba su lealtad y aseguraba su valor.

—Afeitaremos a los judíos con un hacha.

—La leche de sus madres es pis de camello.

—¡No queremos estercoleros judíos en este valle!

—¡Mueran los judíos!

Se escuchó una aclamación cuando Salim, jeque de uno de los clanes más pequeños, llegó al café. Salim había estado en el Ejército turco en la Gran Guerra. Las aldeas del valle de Ayalón se habían entusiasmado con las historias de sus proezas durante seis años. Ninguno de los relatos de sus numerosas batallas era más gráfico que el de aquella pelea cuerpo a cuerpo en la que logró trasponer una barrera humana de británicos para llegar a un nido de ametralladoras y destruirlo con sus granadas. Lo que en general no se sabía era que Salim nunca había ascendido del rango de cabo, que nunca había sido más que ordenanza de un coronel turco y que jamás había estado a menos de setenta y cinco kilómetros del frente de batalla. Una cicatriz que tenía por una refriega a causa de una bailarina se había convertido en una herida de bala, confirmada por una medalla al valor que había adquirido en el bazar de Estambul.

Todo el mundo experimentó una sensación de seguridad cuando Ibrahim invitó a Salim a unirse al consejo de guerra con los otros muktars y jeques.

Alrededor del pozo, los niños jugaban a la guerra con palos mientras iba aumentando el número de personas reunidas y también el frenesí. Esa noche se quebrarían huesos. Rellenarían un pantano con los cadáveres de los judíos. El botín sería imponente. Reservarían una de las mujeres judías para diversión de los hombres. Pasaría una eternidad hasta que otro judío intentase levantar un campamento en ese valle.

En el café, todos discutían estrategias al mismo tiempo. Atacarlos desde atrás atravesando el pantano. No, el pantano es puro barro. Rodearlos por tres flancos. No, porque empezarían a pegarse tiros unos a otros. Los puños golpearon las mesas, las discusiones se hicieron acaloradas, y algunos jeques dirigieron sus manos hacia sus puñales.

Todos los planes fueron presentados ante Salim, quien se limitó a poner cara de pensativo. Finalmente Ibrahim lanzó un profundo suspiro y explicó una estrategia sencilla.

Al anochecer se instalarían barreras en los caminos para detener a los refuerzos británicos que no podían llegar hasta el amanecer. Las barreras impedirían también cualquier retirada de los judíos. Más de cien nombres atacarían de frente en tres grupos. Ibrahim conduciría el primero, Salim el segundo. Se discutió mucho sobre quién habría de dirigir el tercero. Ibrahim eligió un jeque señalándolo simplemente con el dedo.

Al llegar al alambrado de púas, lo cruzarían tapándolo con pieles de cabra. Los judíos serían aniquilados en seguida, y los guerreros regresarían a Tabah y esconderían sus armas. Justo antes del alba, entrarían los ancianos, las mujeres y los niños, despojarían los cadáveres y se alzarían con las armas y los equipos de los judíos. Posteriormente, el mismo Ibrahim repartiría el botín.

Se lo consideró un magnífico plan. Se estrecharon las manos y el consejo de guerra salió del café para organizar a los hombres. Faruk convocó a todos a la mezquita y, tras una plegaria, declaró que era una *jihad*, una guerra santa, tras lo cual la concurrencia entonó «Mueran los judíos» al unísono.

La victoria era una certeza para todos… salvo para Ibrahim. Los doce ex *shomer* que ahora se llamaban haganah lo perturbaban. En muy pocos de los ataques árabes sobre campamentos judíos en la Galilea, se había logrado la victoria. Sus hombres, si bien superaban en número cinco veces a los judíos, jamás habían realizado un asalto frontal en su vida. Pero fundamentalmente recelaba de ese tal Gideon, que había osado beber del pozo del pueblo delante de todos. Seguramente debía de saber mucho de guerra. Los *shomer* tenían fama de guerreros, y la mayoría de ellos había servido en el Ejército británico durante la Primera Guerra Mundial. Sin embargo, un muktar debía hacer lo que le correspondía.

Al atardecer, cuando el aire se volvió sofocante, Ibrahim y su consejo subieron a la loma. Desde allí divisaron una parte del terreno cercado por alambre de púas. Los judíos habían encendido fogatas para ahuyentar a los mosquitos, y estaban tan agotados que se quedaron dormidos en sus camiones. Era un panorama repugnante ver a hombres y mujeres durmiendo desvergonzadamente juntos.

A medida que crecía la oscuridad, el aire de la loma comenzó a aromatizarse con el humo del hachís proveniente de la plaza del pueblo, y los guerreros se sintieron

momentáneamente más valientes. Cuando oscureció, fueron partiendo en grupos de cuatro o seis con suma cautela.

Ibrahim ocupó su puesto al frente del primer grupo, a unos trescientos o cuatrocientos metros del alambre de púas. Unos tenues ruidos que provenían del camino le indicaron que las barreras estaban en su lugar. El segundo grupo se ubicó detrás de unas rocas que los protegerían en caso de que los judíos dispararan primero.

Ibrahim avanzó agazapado, seguido de sus hombres. Las cosas comenzaron a ir mal inmediatamente. El grupo de la retaguardia estaba haciendo demasiado ruido. Los hombres mayores relataban sus momentos de grandeza en la lucha; las mujeres y los niños conversaban en voz alta, preparándose para el botín. El segundo grupo, que supuestamente cubriría el avance del primero, abrió fuego demasiado pronto, eliminando el factor sorpresa. Más aún, disparaban a corta distancia, justo sobre las espaldas de Ibrahim y sus hombres. Faruk, que seguía de cerca a su hermano y que sólo unas horas antes declarara la guerra santa, arrojó su rifle y echó a correr seguido de tres nombres.

Luego sobrevino un siniestro silencio.

—¿Te parece que estarán todos muertos? —le susurró alguien a Ibrahim.

—¡Cállate, hijo de burro!

—¿Por qué no disparan?

Al ver que otro de sus hombres regresaba arrastrándose, Ibrahim se puso de pie y levantó su rifle.

—¡*Alá akbar*! —gritó repetidas veces—. ¡Dios es grande!

—¡*Alá akbar*! —resonó en el valle.

Todos avanzaron detrás de Ibrahim, abalanzándose en medio de la confusión hacia el alambre de púas. Se arrodillaron, dispararon, corrieron, se arrodillaron, abrieron fuego, corrieron. Su grito de batalla iba *in crescendo*.

¡Y todavía no había respuesta de los judíos!

—¡Al alambre! —gritó Ibrahim.

Cuando estaban a quince metros, ocurrió algo tremendo. Ensordecedoras sirenas brotaron del lado contrario ahogando cualquier otro ruido. Luego los judíos lanzaron llamaradas al cielo, convirtiendo la noche en día, tal como Josué en su momento obligaba al sol a quedarse quieto. Sorprendidos por la repentina luz y el ruido atronador, los árabes quedaron petrificados como ciervos ante un reflector.

Seguidamente los judíos despidieron una disciplinada descarga, y si bien la orientaron hacia el aire, varios de los aldeanos cayeron presas del pánico. Una segunda descarga dio contra el segundo y tercer grupos que corrían hacia el primero, que se batía en retirada.

La batalla había concluido.

El grupo de la retaguardia vio a sus hijos, padres y maridos que tropezaban, se

arrastraban, y corrían hacia la carretera de regreso a Tabah.

—¿Qué pasó?

—¡Hicieron entrar más de trescientos haganah después de oscurecer!

—¡Nos atacaron con fuego de ametralladoras!

—¡Había cientos de soldados británicos escondidos entre ellos!

—¡Usaron gas venenoso!

—¡Nos superaban enormemente en número!

El alba encontró a Ibrahim sentado, solitario, en la cima de la loma, contemplando el campamento judío. Su humillación había sido absoluta. Al principio se pensó que los caídos habían sido heridos, pero simplemente habían arrojado sus rifles para huir. Cuando al fin bajó al pueblo, los que no se habían ido a sus casas se reunieron, avergonzados, en el café. Por extraño que parezca, cuando Ibrahim se dirigía a su casa prorrumpieron en vítores.

—¡Les dimos una lección que jamás olvidarán!

—¡Yo maté por lo menos a tres!

—¡A uno le corté la lengua con esto! —se ufanó otro, blandiendo su daga.

Al llegar a la puerta, Ibrahim se volvió.

—Fueron todos muy valientes —dijo—. Fue una victoria total arruinada solamente por el hecho de que esos cobardes judíos contaron con ayuda británica ilegal… De lo contrario…, bueno, nunca olvidéis que fueron los ingleses los que hicieron esto.

Volvieron a aclamarlo y él entró en la casa a desplomarse exhausto sobre la cama, y dejo que la leyenda siguiera su curso.

CAPÍTULO VI

Ibrahim iba todos los días a la loma para pensar en soledad. El sitio era agradable para la meditación. Como toda aldea árabe, Tabah poseía una tumba donde un santo o un profeta supuestamente había predicado, vivido o muerto. La tumba de Tabah, una diminuta construcción abovedada, pintada de blanco, estaba en el punto más alto de la colina, debajo del árbol solitario del pueblo, un roble marchito. La leyenda decía que el santo, un oscuro soldado que había peleado con Josué, había fundado la aldea más tarde como punto fortificado contra los filisteos, y que después había sido un puesto de guardia de Jerusalén. También Mahoma había saltado de allí a Jerusalén.

Ibrahim levantó una tienda beduina de un solo poste, hecha con tiras de tejido de lana, para protegerse del sol del mediodía. Permitía que sólo dos personas ingresaran en su retiro: Hagar, su mujer, que le llevaba comida y bebida, y Faruk para tratar de temas de la aldea.

Pensaba en ambos. Siempre había detestado a Faruk por su debilidad. Faruk era su hermano mayor, y de haber sido un hombre de valor se habría apoderado del cargo de muktar. La cobardía de Faruk en el ataque al kibutz Shemesh había acentuado el desprecio que sentía por él. Además tenía la impresión de que Faruk siempre se había aprovechado de su capacidad para leer y escribir, y sospechaba que lo estafaba. Juró que cuando tuviera un hijo lo mandaría a la escuela, así su hermano no tendría ese predominio místico sobre él.

Pensó Ibrahim en la posibilidad de tener un hijo. Hagar le había fallado dándole dos hijas. Estaba nuevamente embarazada, y los rumores parecían desear asignarle el innoble título permanentemente. Ya le había avisado a Hagar que, si no le daba un hijo varón, la repudiaría.

Meditó luego sobre la «victoria» contra los judíos, que, en el café, se volvía más fantasiosa cada día. Sus hombres habían peleado como mujeres. Sabía que nunca podrían expulsar a los judíos. Sin embargo, a medida que pasaban los días, las historias del valor puesto de manifiesto en el ataque a Shemesh se hicieron más exageradas. Para demostrar su desprecio por los inferiores judíos, los hombres salían todos los días del café, subían a un punto alto desde donde se dominaban los campos del kibutz, y disparaban cargas a varios cientos de metros. Si bien los judíos estaban fuera de alcance y nunca derribaron nada, eso les bastaba para agregar más leña al fuego de los comentarios diarios.

Ibrahim cavilaba mientras iba comprendiendo que los judíos lograrían erigir el campamento de Shemesh. Los observaba con sus prismáticos turcos mientras preparaban el pantano. En una semana habían levantado muros de piedra para demarcar el perímetro, con altas torres de custodia. Un grupo electrógeno no sólo

encendía los reflectores que les permitían trabajar de noche, sino que también hacía imposible cualquier ataque futuro.

Los ruidos de la construcción no cesaban nunca. El campamento original de tiendas se convirtió en edificios comunales de piedra. Había una tienda hospital. Ibrahim contaba cuántos judíos sufrían de malaria. A veces, incluso la mitad de ellos estaban afectados al mismo tiempo. Pero eso no los detenía. Varias veces por semana llegaban otros grupos de judíos para colaborar en diferentes aspectos de la tarea.

La tierra de los judíos consistía principalmente en unos miles de dunas de ciénagas y pantanos, un lugar insalubre poblado de serpientes y mosquitos. Ibrahim se preguntó cómo alguien podía pensar en sembrar algo allí. Gran parte de su trabajo consistía en una misteriosa excavación de dos canales en un punto donde el terreno se inclinaba hacia la costa. Esos canales se hallaban a ambos lados del pantano, más tarde desecado. Otras acequias más pequeñas se entrecruzaban, antes de unirse también a los canales.

El segundo sector de tierras era un monte que llegaba hasta los huertos de olivos de Tabah, lindando con ellos. Estaba cubierto por antiguas terrazas abandonadas, del tipo de las que los hebreos habían construido miles de años atrás. Se asemejaban a las gigantescas terrazas que había en Bab el Wad, y a las de renombre bíblico de Judea.

Las piedras abundaban en los campos. Los judíos las juntaban y las transportaban en carros tirados por bueyes hasta el pie de las terrazas. Desde allí las llevaban a mano, como los esclavos hebreos que levantaran las pirámides de Egipto. Las acarreaban hasta lugares donde el tiempo, la inundación, el sol, los terremotos y la erosión natural habían derribado las paredes de las terrazas. Tras la restauración la construcción adquirió el aspecto de los peldaños de una monumental escalinata. Cada escalón contenía una franja de tierra de tamaño suficiente como para plantar árboles frutales, viñedos o incluso cereales. Las nuevas paredes tenían por finalidad impedir que la capa superior del suelo se desgastara, y utilizar tierras que, de lo contrario, serían inservibles. Tabah también tenía terrazas, pero buena parte de ellas se habían desmoronado décadas atrás, sin que jamás se las reparara.

Los judíos trajeron extraños árboles, que Ibrahim le pidió a su hermano que contara. Faruk dijo que había cientos, luego miles, pero después su mente febril le hizo ver millones, quizás hasta miles de millones.

—¿Qué te parece que pueden hacer con esos árboles? —musitó Ibrahim—. ¿Absorberán el barro del pantano?

—Eso dicen que ocurrió en el valle de Jezrael.

—No pueden cambiar la voluntad de Alá. No les dará resultado. Son unos idiotas.

—Me comentaron en el mercado de Ramle —dijo Faruk— que esos árboles provienen de Australia y que siempre están sedientos.

—¿Australia? ¿No hay salvajes allí?

—No sé.

—¿Dónde queda?

—En algún lugar pasando la India. Lo más al Este, cuando la tierra dobla en el Este antes de convertirse en el Oeste.

—Eso no lo entiendo —declaró Ibrahim—. ¿Realmente creéis que van a crecer esos árboles aquí? Mira a tu alrededor, Faruk. ¿Ves algún árbol en este valle aparte de este pobre roble que solamente vive por nuestro santo patrono?

—No —admitió Faruk, pero él nunca contradecía a su hermano.

Seis meses después de la llegada de los judíos ocurrió algo sorprendente. Los judíos rompieron los diques de tierra que separaban los canales del pantano. Los ojos de Ibrahim se abrieron desmesuradamente al observar que las acequias conectadas enviaban las aguas pútridas hacia los canales. Muy pronto éstos rebosaban y corrían por la pendiente, y ante sus propios ojos el nivel de la ciénaga comenzó a descender. En el término de unos días casi pudo ver crecer los árboles australianos con los fétidos jugos del pantano. Cuando el barro se secó bajo el sol abrasador del valle, apareció una rica capa de suelo increíblemente negro. Una gran parte de esta tierra fue transportada hasta las terrazas, mientras que el resto se volvía a tirar en las acequias para secar hasta el último vestigio del pantano.

Los canales se habían convertido en unas tierras más bajas. Ibrahim se preguntó por qué no los habrían hecho seguir hasta el mar, y le ordenó a Faruk que lo averiguara.

—Es una especie de locura —manifestó Faruk cuando se hubo enterado de la razón—. Lo dejan como lugar de descanso para las aves migratorias.

Ibrahim se enfurecía al ver que los judíos cantaban y bailaban todas las noches. Se indignaba de que fueran capaces de cantar y bailar después de todas las energías que habían gastado en el trabajo diario. Cuando lo comparaba con el lento ritmo de vida y el letargo de Tabah, se daba cuenta de que dos mundos extraños iban a entrar en conflicto.

Lo hecho por los judíos había desalentado terriblemente a los aldeanos.

—Nunca podremos vengarnos —se quejó Faruk un día.

—Claro que sí —le espetó, enojado, Ibrahim—. Los judíos podrán realizar todos sus trucos. Cuentan con grandes cantidades de dinero, y nosotros con nada. Pueden esconderse de noche detrás de sus vallados porque son cobardes. Pero tarde o temprano tendrán que salir a sembrar, y los cultivos hay que cosecharlos. Entonces aprenderán el código del beduino. Espera…, la paciencia mueve montañas.

El tema que más preocupaba a Ibrahim era el alarmante asunto de la venta de tierras. Al principio los judíos recibían los pantanos y zonas de erosión. A eso no se oponía porque todo jeque, muktar o labriego creía que esa tierra era estéril. Tarde o temprano los judíos se darían por vencidos y se marcharían. Eso no sucedió.

Aldeas árabes enteras recibieron órdenes de desalojo enviadas por los representantes de los terratenientes. Algunos de los pueblos habían estado allí durante generaciones, siglos incluso. A los campesinos se les dieron unas semanas para hacer su equipaje e irse. Algunos se fueron en silencio, otros por la fuerza. Se alejaban sin tener adonde ir ni qué hacer. Hasta la posibilidad de una existencia marginal les habían quitado sus hermanos árabes. En el término de pocos meses después de que una tierra hubiese sido abandonada, se la vendía invariablemente a la agencia judía a precios escandalosos. Comenzó así el *boom* de las tierras, porque hombres codiciosos habían descubierto una inesperada mina de oro. No era necesario tener grandes luces para comprender que un terreno vendido a los judíos produciría más ganancias que si lo cultivaban los campesinos árabes por el sistema de aparcería durante cincuenta años.

Ibrahim observaba cada vez más nervioso cómo el propietario de sus tierras, Fawzi Kabir, vendía parcela tras parcela del valle Ayalón hasta que sólo quedaron Tabah y unos pocos pobladores cercanos.

De repente se suspendió la venta de campos. Tabah se había salvado. ¿Por qué?, se preguntó Ibrahim. Las tierras de Tabah eran las más fértiles del valle. Kabir no lo hacía sólo por bondad.

Ibrahim caviló sobre este tema como nunca había meditado en su vida. Lentamente comenzó a comprender. Kabir se hallaba en constante pugna con otras grandes familias palestinas para obtener el control político y económico del país. Tabah estaba situado en una posición sumamente estratégica. Si alguna de las familias árabes intentaba conquistarla, necesitaría consolidación desde Jerusalén para las importantes ciudades árabes de Ramle y Lida. Tabah bloqueaba esa ambición. Para dominar Palestina misma, habría que llegar a un arreglo con Fawzi Kabir.

Un día Faruk subió a la loma para recordarle a su hermano que pronto Fawzi Kabir realizaría su viaje anual a Jaffa para recaudar sus rentas. Para Faruk ese viaje constituía el acontecimiento del año porque significaba disponer de una semana para abandonarse a los placeres de la carne en Jaffa.

—Ve a Jaffa —le dijo Ibrahim— y dile a Kabir que si quiere recaudar sus rentas, que venga a buscarlas a Tabah.

—¡Le estás diciendo a la montaña que venga a Mahoma! Venderá hasta este mismo suelo que pisamos, si es que primero no nos manda asesinar.

Ibrahim esbozó una sonrisa.

—Vendrá —sostuvo.

CAPÍTULO VII

Fawzi Kabir era un antiguo otomano que aún llevaba el título turco de «effendi». Durante más de un siglo los Kabir habían constituido una de las familias más poderosas del distrito de Palestina. Su leal servicio a los sultanes de Estambul había sido generosamente recompensado. El clan Kabir había recibido, o adquirido de alguna u otra manera, más de un millón de dunams de tierra en diversas parcelas que se extendían desde Gaza, al Sur, hasta el valle de la Bekaa, en el Líbano.

Los Kabir habían establecido su residencia y sus oficinas centrales desde comienzos de siglo en Damasco, capital administrativa de la provincia. Siempre había lugar en Damasco para otro Kabir en algún lucrativo puesto oficial, y los hijos, primos y demás parientes estaban profundamente integrados en el sistema. Cuando los turcos fueron expulsados de la región, la fortuna de los Kabir disminuyó.

Los franceses estaban ahora en Damasco, y con ellos se podían hacer tratos. Conocían el siniestro arte de hacer y obtener favores, y «cómo funcionaba el mundo». Si bien a los Kabir siguió yéndoles bien bajo la dominación francesa en Siria y en el Líbano, el distrito palestino era otra cuestión. Los empleados públicos británicos en su mayoría operaban legalmente y sin permitir el soborno.

Desde que los ingleses se hicieron cargo del Mandato, Fawzi Kabir comenzó a recibir facturas de impuestos y petitorios de los pobladores, donde éstos solicitaban cosas tales como mejores caminos, escuelas y métodos de agricultura. Un par de aldeas cristianas árabes pidió clínicas, y otra tuvo la osadía de preguntar por la electricidad.

Fawzi Kabir prácticamente no había pagado impuestos bajo el gobierno de los turcos, y éstos no habían prestado el menor servicio a los campesinos, que caminaban en la cuerda floja sobre un abismo de indigencia.

Kabir tuvo también problemas políticos en Palestina. Su eterno rival por el poder, Haj Amin al Heusseini, que había huido escapando a una condena de quince años de prisión, regresó. Los británicos no sólo lo absolvieron sino que también lo nombraron muftí de Jerusalén, el más alto cargo islámico del Mandato.

Surgió además otro enemigo político, Abdullah, a quien los ingleses habían traído de la península Arábiga y coronado «emir» del recientemente creado estado de Transjordania. Abdullah abrigaba ambiciones de anexionar Palestina a su reino.

Fawzi Kabir se dispuso a revisar su situación al ver disminuir sus ingresos del campo, al exigírsele el pago de impuestos, al recibir de los pobladores pedidos de escuelas y caminos y tener serios adversarios políticos.

Fueron los judíos quienes lo salvaron del brete en Palestina. Después de la Guerra Mundial, la inmigración judía aumentó considerablemente, y los judíos del mundo

entero apoyaban a quienes se arriesgaban con inversiones y donaciones monumentales.

Bajo el imperio turco había sido un buen negocio arrendar campos para labranza. Con los británicos en el poder, los ingresos iban disminuyendo de modo notable. Fawzi Kabir vendió todas sus tierras de Palestina salvo los naranjales de Jaffa y ciertas parcelas del valle de Ayalón que tenían un valor geográfico estratégico.

Los judíos desarrollaban el país a un ritmo asombroso, y las oportunidades de inversión eran excelentes. Decenas de miles de árabes comenzaron a confluir en Palestina provenientes de toda la provincia siria, porque había trabajo disponible, y pudo así mejorarse el estancamiento centenario. El grueso de la población árabe palestina entró en el país inmediatamente después de la inmigración judía.

Las inversiones de Fawzi Kabir no se orientaron más hacia la tierra sino preferentemente hacia empresas tales como el nuevo puerto de Haifa donde supuestamente se instalaría la terminal de un oleoducto de Irak, y una refinería. Junto con los egipcios invirtió en la construcción de un nuevo hotel, el «Hotel Rey David», que hospedaría a los judíos acaudalados en sus peregrinaciones. En la ciudad totalmente judía de Tel Aviv, puso dinero en un Banco de nombre hebraico. En su condición de árabe, tenía que mantener en secreto sus inversiones tanto para los árabes como para los judíos.

Todos los años, cuando al llegar la primavera Fawzi Kabir partía de Damasco en ferrocarril para ver a sus arrendatarios y recaudar las rentas, tres vagones privados se agregaban al tren corriente. En el primero iba su familia inmediata, una o dos de sus esposas, y algunos de sus hijos preferidos. En los otros dos iban los miembros de su personal y guardaespaldas además de sus amantes masculinos y femeninos. La ruta lo llevaba a la localidad de Zahle, en el valle de la Bekaa, del Líbano, donde los campesinos de veintiséis aldeas pagaban sus tributos. El tren se dirigía luego a Beirut, ciudad que rápidamente se iba convirtiendo en el principal centro mercantil y bancario bajo el dominio francés. Y donde él tenía numerosos negocios.

La comitiva continuaba después hacia el Sur, a Haifa, con su gran población árabe. Allí sus intereses eran los graneros, el puerto, la refinería de petróleo y ciertas propiedades en el casco urbano. Las posiciones de Galilea abonaban sus rentas en Haifa.

El tren proseguía por el Mediterráneo hasta Jaffa, donde el effendi recaudaba las rentas de los aldeanos del valle del Ayalón. De allí continuaba hasta Gaza, a cosechar la más rentable de todas sus inversiones agrícolas, veinte mil *dunams* de naranjales.

El viaje concluía en Puerto Said, coordinándose con la llegada de un buque de pasajeros que atravesaba el canal de Suez. Desde allí la comitiva proseguía en barco hasta su palacio de verano en España. En tanto y en cuanto se obtuvieran importantes ingresos de las tierras, la demostración anual de pompa y poderío era necesaria. A los

campesinos se les permitía presentar quejas en forma de petitorios que rara vez se cumplían. Aquí y allá se otorgaban dádivas para hacer resaltar la «compasión» del effendi.

Kabir se alegraba de que sus tierras de Palestina hubieran quedado circunscriptas al valle de Ayalón y Gaza. El viaje anual empezaba a cansarle. Ese año, 1924, sería su última expedición de tan repleto itinerario.

Cuando el tren del effendi llegó a Jaffa y la comitiva se dirigió a una villa donde se alojaría durante una semana, Kabir se enteró por un aterrorizado Faruk Soukori que su hermano Ibrahim se negaba a ir a llevarle los tributos, y que tendría que trasladarse él a Tabah a recaudarlos. Durante la dominación de los turcos eso habría sido una actitud suicida, pero con la situación mundial imperante, las cosas eran diferentes.

Un convoy de tres «Dusenberg» salió de la carretera y avanzó por el camino de tierra lleno de baches hasta la plaza del pueblo. Ibrahim había hecho levantar para la ocasión la amplia tienda beduina de cuatro postes en la loma, que se guardaba en la tumba del santo y sólo se sacaba para las grandes ocasiones. Una fila de hombres se adelantó a presentar sus saludos y quejas antes de que Ibrahim, los jeques y muktars se dirigieran a la fiesta ritual de tres horas de duración. Ibrahim y Kabir hicieron alarde de sentimientos afectuosos y fraternales frente a los demás. El effendi se dio cuenta de que el joven líder aumentaba en prestigio ante los ojos de todos.

Finalmente se retiraron solos a casa de Ibrahim. Éste había adquirido para la ocasión dos sillones demasiado mullidos, y mientras comenzaban a hablar de negocios, los gruesos dedos de Fawzi Kabir se movían sin parar desde la frutera hasta su boca. Sólo dejaba de devorar uvas y ciruelas cuando lo interrumpía la conversación, un eructo o una pausa ocasional para lamerse los dedos pringosos.

—Está bien, Ibrahim. He venido a Tabah. He comido en su tienda. Ahora dejemos de lado las parábolas. ¿Cuál es el motivo de tan peligrosa convocatoria?

—Mi gente está obviamente muy asustada por la venta de tierras. El hecho de que usted viniera al pueblo era la única forma de darles tranquilidad.

—Sinceramente me sorprendió su elección como muktar. En un primer momento pensé que se había terminado el dominio de los Soukori. De haber sido así —se encogió de hombros— yo habría tenido que tratar con media docena de jeques hostiles. Tal vez habría vendido también Tabah. La alianza entre el clan Soukori y mi familia ha sido muy provechosa.

—Nunca fue una alianza en su verdadero sentido —le contradijo Ibrahim con una sonrisa.

—Una relación favorable, entonces.

—Yo sabía que si usted venía al pueblo haría todo lo posible por conservar Tabah… como un cerco para proteger sus inversiones. Si espera que yo le cuide esta

carretera, debemos concretar una alianza genuina. Tenemos un enemigo común: el muftí de Jerusalén. Durante años los Heusseini han esclavizado a los wahhabis, cometiendo con nosotros todo tipo de abusos.

—Es usted un joven muy inteligente, Ibrahim.

—Como diría el beduino, el enemigo de mi enemigo es mi amigo.

—Entonces la hablaré con franqueza —dijo Kabir—. Su ataque al kibutz Shemesh no impresionó a nadie. Me pregunto qué piensa hacer contra el muftí.

—Mis hombres son unos pobres campesinos. No son soldados. Sin embargo, no descarto la posibilidad de contratar a quince o veinte hombres que hayan sido soldados con los turcos o los británicos. Tenemos tierra de sobra para un campamento, y yo me aseguraré de su lealtad poniendo a un wahhabi al frente de ellos.

El effendi dejó de comer y se limpió las manos enseguida con un pañuelo.

Luego sacó lápiz y papel, e hizo cálculos.

—En términos económicos no tiene sentido. Cada lira que yo sacara de Tabah iría a parar a esa guardia.

—Quizá podamos pensar alguna solución.

—Estoy seguro de que tiene un plan.

—Digamos que las ochocientas *dunams* de tierra que ahora cultivo como aparcero suyo pasarán a mi poder.

—Es usted un gran ladrón, Ibrahim.

—Hay además otras quinientas o seiscientas *dunams* de pantanos que por ahora son inservibles. Ésas también las quiero.

—Ha estado vigilando a los judíos.

—De ellos no quiero nada, salvo sus árboles australianos.

Kabir se levantó con dificultad del hondo sillón.

—Es un precio demasiado elevado —expresó.

—Piénselo. Yo no haré ninguna alianza con los judíos, pero ellos también son los enemigos naturales del muftí. Con ellos de un lado de la carretera y Tabah del otro con una excelente guardia… Medítelo… Piense en lo importante que es para usted mantener al muftí encajonado en Jerusalén, y no permitirle llegar a Lida ni Ramle.

Kabir se inclinó y cogió las últimas uvas del recipiente.

—Imposible —dijo, y se encaminó a la puerta. Allí se detuvo y se volvió. Luego pensó: «Si deseas obtener algo de un perro, comienza a llamarlo amo»—. ¡Acepto! —exclamó repentinamente Kabir—. Con una condición: tenga cuidado con esta guardia que va a crear. Ni ellos ni los aldeanos deberán armar líos con los judíos. Ellos quizá no sean nuestros aliados, pero trabajan por un mutuo interés. Es mejor tener a los judíos que al muftí.

—Pero yo me haré amigo de ellos —insistió Ibrahim.

—¿Qué es un amigo, un enemigo, un aliado? —Kabir se encogió de hombros—. Con nosotros la cosa es muy complicada. Pero es nuestra naturaleza. Usted y yo nos entendemos, Ibrahim.

—Sería una buena idea que cuando saliéramos de esta casa camináramos hasta la plaza tomados del brazo, como hermanos. Eso causaría una buena impresión.

Fawzi Kabir sonrió. Había sido despojado por un analfabeto con antepasados beduinos. Sin embargo, se iba de Tabah con una poderosa alianza, una pieza clave para asegurar los varios millones de libras que había invertido en Palestina. Abrió la puerta y le dio un pellizco a Ibrahim en la mejilla.

—Pero recuerde una cosa. Nunca más vuelva a convocarme.

CAPÍTULO VIII

La suerte de Ibrahim cambió drásticamente tras de la visita del effendi Kabir. Los campesinos que quedaron en el valle de Ayalón supieron que Ibrahim era su protector. Había obligado a un hombre poderoso a viajar para verse con él, enorme indignidad para imponer a tan excelsa figura. Corrieron como los vientos del desierto los rumores sobre cómo Ibrahim había convencido al effendi para que conservara Tabah.

Para Ibrahim fue una ventaja adicional el no tener que pagar más tributos y ser propietario total de sus tierras. Sí, claro que se había beneficiado, pero bien lo merecía por lo que había logrado. Como coronación de su racha de suerte, Hagar dio a luz a un hijo varón, Kamal.

El símbolo más prestigioso y visible de poder que anhelaba todo árabe era suyo ahora, un cuerpo de guardaespaldas constituido por doce intrépidos guerreros. Los jeques y muktars ya estaban menos propensos a discutir con él por problemas menores. Su dominio se extendía sobre doscientas familias que totalizaban mil quinientas personas. Ejercía un control absoluto, era el jefe tribal en el sentido más amplio.

Después de la cosecha de otoño de 1925, Ibrahim anunció que se iría en peregrinación a La Meca. Fue el primer campesino del valle que lo hizo. A su regreso se cambió el nombre por última vez, asumiendo el mayor de los títulos, Haj Ibrahim, porque había hecho el viaje a la ciudad santa.

Todo esto no le trajo la felicidad total. Siguió pasando largas horas en la loma y haciéndose mala sangre por los judíos de Shemesh y demás poblados de la región. Además el clima continuó siendo muy tenso entre Shemesh y Tabah, y Faruk se ocupaba de los problemas que surgían entre ellos. Al cabo de unos años los judíos obtuvieron cosecha tras cosecha, y el pantano desapareció para siempre.

Ibrahim había prometido atacar a los judíos cuando éstos tuvieran que recoger una cosecha pero no cumplió su palabra. No era sólo por la restricción que le impusiera el effendi Kabir, sino porque sabía que, ni aun con su «milicia» personal, tenía alguna posibilidad de victoria. Dentro de Shemesh y demás kibutzim de Ayalón, los haganah habían conseguido, bajo el mando de Gideon Asch, una fuerza realmente capaz de defenderse. Se rumoreaba incluso que los judíos fabricaban armas en lugares clandestinos de los kibutzim. En la primavera de 1927, Shemesh inauguró un gran criadero de aves que mantenía las luces encendidas toda la noche para incrementar la producción de huevos. Ese mismo año aumentaron sus actividades ganaderas y lecheras y suministraron productos a sitios tan lejanos como Tel Aviv y Jerusalén.

Pese a que Ibrahim lo había prohibido, existía una pequeña relación entre sus aldeanos y los labradores judíos, particularmente en los varios centenares de metros en que sus campos corrían paralelos. Si bien los judíos habían levantado cercos de cactus, jojoba espinosa y tunas, era fácil atravesarlos y robarles algunos pollos o frutas de las terrazas.

En ocasiones, judíos y árabes conversaban y hasta comerciaban. Estos intentos de paz explotaron en la última cosecha de 1927.

Un poblador de Tabah llamado Hani se introdujo en las terrazas de Shemesh en la época de la recolección de la uva y esperó hasta que todos los judíos hubiesen regresado al kibutz. Luego procedió a cosechar por su cuenta.

Hani fue sorprendido por una mujer del kibutz, pero, sin darle tiempo de ir a buscar ayuda, la golpeó con fuerza en la cabeza. Y al verla herida en el suelo, con las piernas abiertas, se dejó dominar por la lujuria. Le arrancó la ropa e intentó violarla. Ella pudo rechazarlo con gritos, mordiscos y puntapiés antes de desmayarse, pero había recibido heridas serias y terminó con la nariz quebrada y varios dientes de menos. El hecho resultó mucho más grave cuando se supo que ella estaba embarazada en el momento del ataque.

En el término de unas horas Hani había huido al Sur, a recluirse entre sus primos beduinos mientras la aldea se preparaba a un ataque de represalia. No lo hubo, pero acudió la Policía británica. Aunque los aldeanos no abrieron la boca, la Policía ya conocía el nombre de Hani. Los ingleses se marcharon con las manos vacías, pero durante el día fue creciendo la tensión mientras se detenía la actividad del kibutz y el silencio desde la carretera se volvía ominoso.

Lo terrible para Ibrahim fue comprender que alguien de Tabah había dado a los judíos los datos de Hani. Los soplones eran necesarios para que tribus y clanes pudieran controlarse mutuamente, pero hasta ese momento Ibrahim no había creído que los judíos pudieran comprar a su propia gente.

Ibrahim se paseó la noche entera por la loma con su ejército personal ocupando posiciones. Estaba desconcertado. Hani se hallaba a salvo entre los wahhabis. Los británicos jamás lo encontrarían. ¿Acaso no sería normal que los judíos buscaran vengarse? ¿Por qué no atacaban? Unas horas antes de salir el sol supo la razón. Llegaron hasta él grupos de aldeanos que gritaban, dirigidos por Faruk y Hagar.

—¡El pozo está seco!

También a Ibrahim se le secó la boca.

—¡No tenemos agua!

—¡Moriremos!

—¡Salvamos, Haj Ibrahim!

—¡Dejen de gritar como mujeres y ensillen mi caballo! —Ibrahim nombró a dos de sus guardaespaldas para que lo acompañaran. Minutos más tarde se detenía frente

al puesto de guardia de la entrada principal del kibutz. De la casilla salió un hombre desarmado.

—¡Exijo ver a su muktar! —gritó Ibrahim.

El centinela llamó a otro hombre.

—No tenemos muktar —expresó el segundo en un deficiente árabe—. Aten sus caballos y esperen.

Al cabo de unos momentos regresó con una mujer corpulenta aunque bastante atractiva. Ibrahim y sus guardias se miraron perplejos.

—Soy Ruth, la secretaria de Shemesh —dijo en un pésimo árabe—. ¿Qué desean?

—¡Esto es imposible! ¡Usted es mujer! ¡No puedo hacer trato alguno con una mujer! ¡Soy Ibrahim, el muktar de Tabah!

—¿Viene a visitar a la joven herida?

—¡Exijo hablar con Gideon Asch!

Los tres judíos conversaron entre sí.

—Gideon nos advirtió que probablemente vendría usted preguntando por él. Déjenle sus armas a Shlomo. Se les devolverán cuando se vayan —expresó la mujer. Ibrahim refunfuñó disgustado, entregó su rifle y ordenó a sus hombres que hicieran lo propio.

—Shlomo —dijo Ruth en tono firme—, verifica que no lleven puñales ni pistolas.

Ibrahim lanzó un gruñido; luego levantó los brazos y permitió que lo cachearan, al igual que a sus hombres.

—No llevan nada —indicó Shlomo.

La mujer hizo un gesto enérgico y Shlomo abrió el portón.

—Pueden entrar con los caballos. ¿Conoce el lugar donde el arroyo cae formando una cascada?

—Lo conozco.

—Gideon lo está esperando allí.

En un sitio muy agradable, donde el agua caía unos tres metros formando una pequeña laguna, Gideon Asch se hallaba cómodamente tendido a la sombra de un eucalipto. Se puso de pie al escuchar el ruido de cascos de caballos que llegaban hasta él y vio que los tres jinetes se acercaban precipitadamente. Ibrahim desmontó respirando agitado y blandiendo un puño en alto.

—¡Le advierto que tengo dos mil hombres armados en este valle y diez mil wahhabis más que acudirán a mi lado! Si nuestro pozo no está lleno para cuando el sol llegue a lo alto, ¡este valle quedará empapado de sangre judía!

—Hola, Ibrahim. Hace ya tres años que me concedió la hospitalidad de su aldea. Me impresiona mucho el ejército que tiene, pero lo que no tendrá será agua. Es nuestra.

—¡Me cago en usted, judío mentiroso!

—Su gran benefactor, Fawzi Effendi Kabir, nos vendió los derechos del agua del arroyo de Ayalón cuando nos asignó estos pantanos. Tabah no carecerá nunca de agua siempre y cuando ustedes se comporten como deben.

—¡Mentiroso! ¡Ustedes morirán antes que nadie!

—Monte su hermoso caballo y vaya a Lida, Haj Ibrahim. Está todo registrado en la oficina de catastro.

Ibrahim se quedó alelado y sumamente agitado. Por lo general, cuando estaba preocupado gritaba e insultaba para disimularlo. Buscó las palabras adecuadas para ocultar su turbación. Sabía que quizá tendría que entregar a Hani, el violador frustrado, para poder llenar el manantial del pueblo si realmente los judíos eran propietarios de los derechos para el uso del agua.

De pronto Gideon ordenó que se marcharan los guardias de Ibrahim. Sorprendidos, éstos comenzaron a darle la vuelta a los caballos.

—Váyase usted también —agregó Gideon—. Esta reunión ha concluido.

El judío lo tenía atrapado. No le quedaba otra alternativa. Trató de dominar su furia porque sabía que los instantes siguientes serían cruciales. También sabía que Gideon no se dejaría intimidar, y cuando uno se enfrenta con alguien así, debe adoptar otra posición. Con un leve ademán y pocas palabras ordenó a sus hombres retirarse.

—Por aquí, por favor —dijo Gideon señalando dos grandes rocas planas, apropiadas para sentarse—. Suelo venir a menudo a este lugar, tal como usted sube a su loma. Tenemos mucho de que hablar. ¿Me acepta un poco de vino?

Ibrahim miró a su alrededor como si alguien estuviese espiándolo. Como musulmán, tenía prohibido beber.

—Primero hablemos —dijo.

Gideon se sentó en una de las rocas.

—Quien tenga un día más de edad que usted será también un día más listo. El effendi Kabir lo estafó.

Ibrahim contuvo sus deseos de reprender a Gideon, ya que un judío no puede criticar a un hermano musulmán. En sus entrañas sabía que Fawzi Kabir lo había traicionado vendiéndoles los derechos para el uso del agua a los judíos, con la intención de obligar a Tabah a luchar contra el muftí de Jerusalén. ¿Cómo solucionarlo? ¿Serían clementes los judíos? Antes de que me lo coma a él en la cena, pensó, es probable que él me coma a mí en el almuerzo.

—Quiero a Hani —manifestó Gideon.

—Él se hallaba en su propio campo cuando fue atacado por una docena de hombres suyos —le espetó casi simultáneamente Ibrahim.

Gideon lo desarmó con una sonrisa, la misma sonrisa de desprecio que había

esbozado tres años antes.

—En tal caso, que la justicia lo determine. Tendrá un juicio imparcial.

—No. Toda la historia es un invento de ustedes con el pretexto de cortarnos el agua.

—Tiene usted dos alternativas —sostuvo Gideon, ignorando la letanía de Ibrahim —. Sé que Hani se ha escondido con los wahhabis. Tengo ojos y oídos en su propio pueblo. También los tengo entre los wahhabis. He comido cuarenta días y sus noches en la tienda del jeque Azziz. Somos hermanos. O nos devuelven a Hani para iniciarle un juicio, o mis amigos wahhabis se encargarán de alimentar el desierto con su cuerpo.

Rápidamente Ibrahim quedó acorralado en la posición más débil. Gideon sabía que jamás podría acceder a entregar a Hani para someterlo a juicio porque perdería predicamento entre su gente. Mucho mejor sería dejar que los amigos beduinos de Gideon se encargaran de él. Eso haría que tuviera un secreto compartido con Gideon, pero le debería un favor. Al ser los judíos dueños del agua, estaría doblemente en deuda con ellos. Se puede pasar frente al enemigo cuando uno tiene hambre, pero no cuando va desnudo…

—Por mí, que Hani se muera. Que los buitres den cuenta de su cadáver.

—Los wahhabis recibirán esta noche el mensaje.

—Nadie debe saberlo.

—El desierto todo lo oculta —replicó Gideon.

—Usted no puede aprovecharse de nosotros sólo porque Kabir nos estafó. Hace más de mil años que estamos en Tabah —exagerando Ibrahim en varios siglos.

—Deben pagar un precio por el agua —manifestó Gideon, con firmeza.

—Pero somos muy pobres.

—Tengo entendido que personalmente se ha hecho usted rico.

—No aceptaré el chantaje —declaró Ibrahim, perdiendo poco a poco el color.

—A menos que tengan algún sistema para obtener agua de las piedras, pueden empezar a hacer el equipaje.

—¿Cuál es el precio? —preguntó Ibrahim en un murmullo, experimentando temor.

—La paz.

—¿La paz?

—En efecto.

—¿Eso es todo?

—Eso es todo. La válvula que envía agua a Tabah permanecerá abierta siempre y cuando ustedes no se metan en nuestros campos, dejen de dispararnos y jamás vuelvan a poner sobre mi gente las manos.

Ibrahim recuperó rápidamente su valor.

—¿Qué me dará si accedo a sus exigencias?

—Solamente agua.

—Necesito un papel para mostrárselo a todos. Démelo y aceptaré.

—Ya hemos legalizado sus derechos, que quedaron en el archivo de la oficina de catastro. Si cumplen con el trato, tendrán agua. ¿Queda claro?

—Entendido —capituló Ibrahim. Era tan grande su alivio que estrechó las manos de Gideon como suele hacerse cuando se cierra un trato—. ¿Cómo sabemos si habrá suficiente agua? El caudal desciende mucho en los meses de calor, y vemos que ustedes están levantando una de esas gigantescas torres de agua.

—Hace dos años que vinimos midiendo el nivel del arroyo. Hay una cantidad necesaria para cubrir los requerimientos actuales. Sin embargo, estamos por habilitar nuevas tierras y tenemos pensado experimentar con riego por aspersión. Debajo de las terrazas construiremos un dique y un embalse. Con las inundaciones del invierno habrá agua suficiente… para vecinos amigos… durante este siglo.

¡Un dique! ¡Un embalse! Sorprendente. Esos judíos eran muy ingeniosos.

—Todo el tiempo que ustedes estén aquí. Sus pastores han roto los cercos en el lado sur, donde sus terrenos lindan con los nuestros. Sus cabras destrozan todo. Cavan para buscar agua y con las pezuñas destruyen la frágil vegetación.

Ibrahim se cuidó muy bien de resultar ofensivo.

—¡Pero esas cabras han sobrevivido aquí durante miles de años!

—Las cabras sí, pero no la tierra. He visto que usted ha estado secando algunos pantanos dentro de sus propias parcelas. Si quiere obtener ganancias, le sugiero que elimine totalmente las cabras y pruebe con algunos de los animales que hemos traído nosotros.

Ibrahim se puso de pie con aire decidido.

Escúcheme bien, Gideon Asch. He hecho un trato con usted porque no me quedaba otra salida. Lo único que queremos es recuperar el agua que nos fue robada. No queremos sus animales, sus máquinas, sus medicamentos. Se engaña usted si cree que ésta es una tierra de leche y miel, tal como los espías de Moisés le hicieron creer. Canaán siempre ha sido puro polvo. Los antiguos hebreos huyeron de Canaán a Egipto debido a la sequía.

—Quizás hayamos aprendido algo en estos últimos tres mil años y tal vez ya sea hora de que ustedes también comiencen a aprender.

—A lo mejor los judíos llegan a darse cuenta de que lo que el Profeta deseó que fuese polvo, polvo será. Ya verán cuando no haya agua para ninguno de nosotros. Ya verán cuando sus remedios no logren curar las pestes. Ya verán cuando el sol parta las rocas. También les quebrará el espíritu.

—Quizás hasta el propio Alá necesite un poco de ayuda —respondió Gideon—. Ya es hora de que ustedes dejen de culpar de todo a la tierra muerta.

—Es usted un idiota, Gideon Asch.

—Vamos a ser vecinos durante mucho tiempo, Haj Ibrahim. Pensé que querría algo mejor para su gente.

—No de usted contestó Ibrahim subiendo al caballo.

—Yo esperaba que usted desearía algo mejor para su pueblo.

»Debemos reunimos para conversar de temas tales como cercos y enfermedades, cosas que nos conciernen a ambos —agregó Gideon.

—¿Cómo puedo reunirme con ustedes si eligen a una mujer como muktar?

—Nosotros elegimos a nuestros líderes. Ellos no nos eligen a nosotros.

—Es un sistema muy malo. Nunca les dará resultado. Me reuniré, pero sólo con usted y en mi loma.

—Una vez en la loma y otra en el arroyo —indicó Gideon.

Cuando se alejaba, Ibrahim se puso a pensar por qué estaría más enojado con los judíos que con el effendi Kabir. De Kabir se podía esperar y comprender ese tipo de artimañas. Pero…, ¿caridad de los judíos? ¡Nunca!

Ibrahim se encontró con su gente aterrorizada en el café. Se sentó, sereno, ante su mesa de afuera mientras Faruk servilmente le alcanzaba una jarra de café. Ibrahim lo sirvió con suma lentitud y bebió un sorbo mientras estudiaba los ojos llenos de temor que tenía ante sí.

—El effendi les vendió a los judíos los derechos sobre las aguas —anunció, y levantó una mano para impedir que se diera una reacción de histeria—. Sin embargo, le ordene al judío que nos haga llenar el pozo para cuando el sol esté alto; de lo contrario, ni cincuenta buques de guerra británicos le salvarán el pellejo.

—¿Y qué pasó?

—El judío entendió. Le dije que eligiera si prefería que le arrancáramos la barba pelo por pelo, o toda de golpe.

—¿Habrá guerra?

—No. Me imploró que hubiese paz, y yo reaccioné con misericordia.

—¡Haj Ibrahim! —gritó alguien desde el fondo—. ¡El pozo está llenándose!

Se elevaron gritos y silbidos de júbilo y triunfo.

—¡Haj Ibrahim es grande!

El padre de Hani se abrió paso y llegó hasta la mesa.

—¿Qué pasa con mi hijo? —preguntó.

—Ah, sí. Le dije que un buen muchacho como Hani no podía haber cometido semejante acto, que simplemente se fue a visitar a unos parientes. El judío accedió a no mover un dedo por ese tema, y dentro de un tiempo Hani podrá regresar a Tabah.

—Que Alá bendiga tus pies, Haj Ibrahim.

Ibrahim subió a la loma después de las oraciones del atardecer. Con tantos árboles ya no alcanzaba a ver dentro del kibutz de Shemesh. Maldita sea, ¡pero Gideon Asch

le caía bien! Ojalá su hijo, Kamal, resultara como Gideon… así entonces, entre ambos, podrían conquistar toda Palestina.

CAPÍTULO IX

Otoño de 1929

Haj Amin al Heusseini, muftí de Jerusalén, subió al púlpito. La mezquita se levantaba en una enorme plaza que había sido el Templo del Monte de Salomón y Herodes. Luego del advenimiento del Islam, había pasado a ser el lugar en donde se erigía la mezquita Al Aksa y la Cúpula de la Roca, desde donde Mahoma realizara su legendario ascenso a los cielos. Conocido ahora como Haram esh Sharif, «el más noble santuario», se lo consideraba el tercer lugar más sagrado en todo el Islam.

—Los criminales judíos van a tomar Haram esh Sharif a una señal de cuerno de carnero en el Yom Kippur. Destruirán la Cúpula de la Roca y esta mezquita, y reconstruirán su templo —gritó el muftí.

—¡Qué mueran los judíos! —respondió la concurrencia.

—¡El odio por los judíos es sagrado! —exclamó el muftí.

—¡Qué mueran los judíos!

Salieron blandiendo puñales, cachiporras y pistolas ocultas bajo sus vestiduras. Indignada, enardecida por el sermón, la multitud se lanzó sobre el barrio judío de la antigua ciudad de Jerusalén, habitada por indefensos viejos hasidistas. Irrumpieron en las diminutas sinagogas y quemaron libros sagrados judíos, derribaron negocios, orinaron y defecaron sobre los pergaminos del Pentateuco, arrancaron barbas, dieron garrotazos. Al finalizar la refriega, treinta judíos habían perdido la vida.

—¡Los judíos destruyeron Al Aksa!

La noticia se difundió rápidamente en Palestina, de mezquita en mezquita, acompañada por fotografías burdamente falsificadas.

—¡Qué mueran los judíos!

En la ciudad santa de Safed, de Galilea, donde los eruditos judíos orientales estudiaban los libros místicos de la Cábala y el Zohar, dieciocho resultaron muertos.

—¡Qué mueran los judíos!

En Hebrón, la ciudad de Abraham, donde judíos y musulmanes adoraban conjuntamente la tumba de los patriarcas, la tumba de Abraham y numerosos personajes bíblicos, las hordas árabes asesinaron y descuartizaron a sesenta y siete hombres, mujeres y niños desarmados.

Otros ataques se coordinaron a medida que los árabes salían de las mezquitas de Jaffa, Haifa, Beer Tuvia y Hulla instigados por la infame mentira de que los judíos estaban apoderándose de Harén esh Sharif.

Utilizando el púlpito y el poder que le confería su cargo de muftí, Haj Amin al Heusseini desplegó sus tentáculos hasta el último rincón de Palestina durante la década de 1920. Era un terrateniente con enormes propiedades entregadas en

aparcería, al más puro estilo feudal. El reino del muftí era una región paupérrima de esclavos analfabetos y desesperados, fácilmente conducidos al fanatismo religioso dentro de la mezquita.

Mientras la Liga judía prosperaba, el muftí impidió la creación de una liga árabe, que lo habría obligado a colaborar con clanes rivales y a reducir sus ambiciones personales. Así fue como la comunidad árabe quedó sometida a un estado de pobreza y falta de salud, sin sistema educativo ni la menor planificación para el progreso futuro.

En cambio, el muftí se dedicó a las intrigas. La vida árabe giraba totalmente en torno de la religión musulmana. Un Consejo Supremo Musulmán era el principal organismo de administración de los fondos religiosos, de los tribunales religiosos, de las mezquitas, del dinero destinado a los huérfanos y a la educación. Haj Amin al Heusseini se apoderó de la presidencia del Consejo lo que, sumado a su cargo de muftí, le confirió mayor poder sobre la comunidad árabe.

Como presidente del Consejo Supremo, tenía a su disposición enormes sumas de dinero sin tener que rendir cuentas públicamente. También controlaba el nombramiento de predicadores, funcionarios de las mezquitas, maestros y jueces. Tan vastos y despóticos habían llegado a ser sus poderes, que sin la menor modestia agregó la palabra «Grande» a su título, y así pasó a ser el Gran Muftí de Jerusalén. La tranquilidad de la década quedó deliberadamente interrumpida cuando desató sus hordas en un burdo intento de alcanzar el poder absoluto.

Si bien la carnicería había sido intensa en las indefensas ciudades santas judías, el rédito que obtuvo el muftí fue escaso. Atacó pequeños grupos aislados de devotos eruditos y rabinos, y a los clanes árabes rivales. Los revoltosos, sin embargo, no se acercaron a las granjas agrícolas judías, que eran demasiado difíciles de atacar.

El muftí intentó lanzarse sobre el kibutz judío del valle de Ayalón, pero no lo logró. Gideon Asch, el comandante de los haganah, había armado y entrenado secretamente a todos los hombres y mujeres en edad de combatir. Su zona permaneció tranquila durante las revueltas de 1929. Buena parte de la calma relativa de Ayalón se debió al muktar de Tabah, que ordenó a su pueblo no meterse en la «guerra santa» del muftí.

Pese a que Shemesh y Tabah no colaboraron entre sí ni coordinaron temas defensivos, siempre había asuntos que discutir y la frialdad original desapareció en gran medida.

Haj Ibrahim no puso nunca un pie en el kibutz propiamente dicho. Cuando tenía que visitar a Gideon, entraba por los portones y atravesaba los campos cabalgando hasta el sitio de reunión, junto al arroyo. De la misma manera, Gideon iba a verlo a la loma, pero nunca a su casa.

Los momentos que compartían eran para ambos un respiro en las obligaciones

que les imponía su cargo. A Haj Ibrahim lo desarmaba constantemente la serenidad del judío a quien él, de todos modos, consideraba medio beduino. Respetaba a Gideon. Respetaba la forma como manejaba el caballo y hablaba árabe, así como cierta honestidad que él mismo no era capaz de poner en práctica. Lo que más le gustaba de Gideon era su capacidad para comentar sus pensamientos secretos. Haj Ibrahim provenía de un pueblo acostumbrado a no demostrar jamás los sentimientos. Se sentía aun más solo puesto que un muktar nunca debía dar a conocer a nadie lo que pensaba. La regla de su vida se basaba en el silencio. Las afirmaciones en público, incluso ante un amigo o un pariente, eran siempre lo que se esperaba que uno dijera. Nadie hablaba jamás de deseos personales, ambiciones secretas, temores.

Con Gideon era diferente. No se sentía como si hablara con un judío. Era más bien como conversar con un torrente de agua, con las hojas de un árbol mecidas por el viento o con un animal en los campos. Una forma abstracta de soltarse un poco de lengua y no cuidar cada palabra que se pronunciaba. Era un placer. Gideon y él podían discutir acaloradamente, insultarse, y comprender que no debían enojarse por eso. Cuando Gideon no aparecía durante largos períodos, Ibrahim enviaba un mensajero a Shemesh para fijar una reunión urgente por algún motivo de queja inexistente.

La tarde fue cayendo junto al arroyo. Haj Ibrahim bebió un sorbo de vino, volvió a colocar la botella en el agua para refrescarla, abrió una lata y desenvolvió una pequeña ramita de hachís.

—Para mí muy poco —dijo Gideon—. Dentro de un rato tengo que discutir con los burócratas.

—¿Por qué a los judíos no les gusta el hachís?

—No lo sé.

—Nosotros lo ofrecemos en venta…, pero nadie lo compra. A usted le gusta. ¿Lo saben ellos?

—En realidad no. Al menos no quieren creerlo. Aceptan el hecho de que soy una criatura del desierto. Digamos que toleran mi faceta beduina.

Gideon inspiró profundamente de la pequeña pipa, emitió un «ah» y se tendió en el suelo.

—Deberíamos estar orgullosos. En el valle reinó la paz durante los disturbios.

—Qué otra posibilidad había —dijo Ibrahim—. Ustedes manejan la válvula de nuestra agua.

—Suponiendo que no hubiésemos hecho un trato por el agua, ¿habría usted alentado a su pueblo para unirse al tumulto?

—Durante el calor del verano mi gente se queda agotada. Se preocupa por la cosecha del otoño. Se siente reprimida y debe explotar. Nada da cauce a su frustración tanto como el Islam. El odio es sagrado en esta parte del mundo. También

es eterno. Si se enardece, yo no soy más que un muktar. No puedo ir en contra de la corriente. Ya ve usted, Gideon; por eso es que ustedes se están engañando. No saben cómo tratarnos. Quizá parezca que estamos en paz con ustedes durante años, décadas, pero siempre en el fondo de nuestro corazón abrigamos el deseo de venganza. Ningún conflicto jamás se soluciona totalmente en nuestro mundo. Los judíos nos dan un motivo especial para seguir combatiendo.

—Para tratar con los árabes hay que pensar como ellos —reflexionó Gideon.

—Ése es el problema. No pueden pensar como árabes. Tal vez usted personalmente sí, pero no su pueblo. Le doy un ejemplo. En el convenio que suscribimos por el agua hay una cláusula que nosotros no pedimos. Dice que el contrato puede caducar sólo si se demuestra que alguien de Tabah cometió algún delito contra ustedes.

—Pero suponga que lo hicieran los hombres del muftí. ¿Sería eso motivo para cortarles el agua a ustedes? No creemos que haya que castigar a toda una aldea por algo que no cometió.

—¡Ajá! —exclamó Ibrahim—. Eso me demuestra que son débiles, y ésa también será su perdición. Son locos al concedernos una clemencia que nunca recibirán a cambio.

—Los judíos pidieron clemencia millones de veces en cientos de lugares. ¿Cómo podríamos negarles compasión a otros que nos la solicitan?

—Porque ésta no es una tierra de compasión. La piedad no forma parte de nuestro mundo. Tarde o temprano tendrán que hacer política, firmar alianzas, acuerdos secretos, armar a una tribu para enfrentar a otra. Comenzarán a pensar cada vez más como nosotros. Los ideales judíos no resultarán aquí. Ustedes llegaron y destruyeron un sistema de orden que habíamos creado a partir del desierto. Quizás el bazar les parezca desorganizado, pero para nosotros funciona. A lo mejor el Islam les impresione por su fanatismo, pero a nosotros nos da los medios para sobrevivir a la dureza de esta vida y prepararnos para otra mejor en el más allá.

—No es necesario que la vida para el Islam carezca de sentido en esta tierra, suponer que uno está aquí con el solo objeto de esperar la muerte. Podría ser, Haj Ibrahim, que ustedes usaran el Islam como pretexto para justificar sus fracasos, como una excusa para aceptar dócilmente la tiranía, no esforzarse ni utilizar el ingenio para transformar esta tierra.

—Vamos, Gideon. ¿Qué sucederá cuando mi pobre gente aprenda a leer y escribir? Comenzarán a desear cosas que es imposible que tengan. Ustedes reciben todo el dinero que quieren de los judíos del mundo. ¿Qué nos dará Fawzi Kabir sin sacar ventaja para él? No, Gideon, no. Los judíos están quebrantando un modo de vida que nos tiene condicionados. ¿No se da cuenta? Cada vez que llega alguien de afuera, trae nuevos sistemas que no son válidos para nosotros.

—Ésa es la cuestión, Ibrahim. El Islam ya no puede aislarse más del mundo. Estando aquí, nosotros podemos ser para ustedes una ventana que da a un mundo que no pueden evitar.

Ibrahim negó con la cabeza.

—Siempre hay problemas cuando vienen los de afuera y nos indican cómo debemos vivir. Primero fueron los cruzados, luego los turcos, luego los británicos, después los franceses…, todos nos decían que lo nuestro no servía, que debíamos cambiar.

—Se equivocan en una cosa. Los judíos son de aquí. Descendemos del mismo padre, Abraham. Debe de haber un sitio para nosotros en la casa de nuestro padre. Una pequeña habitación es lo único que pedimos.

—Mire el color de sus ojos, Gideon. Usted es un forastero de un lugar extraño.

—Siempre ha habido y siempre habrá árabes y judíos en Palestina. Nuestros ojos azules andan errantes en un mundo hostil, y algunos de nosotros necesitamos volver al hogar.

—Y nos hacen pagar a nosotros por los crímenes que cometieron los cristianos con ustedes.

—¿Pagar? Esta tierra no es suya, Ibrahim. Hace mucho tiempo que ustedes renunciaron a ella. Nunca pelearon por ella, nunca la trabajaron ni siquiera le dieron la denominación propia de país.

—Ustedes están tratando de crear una Palestina a su imagen. Nos empujan hacia un mundo que desconocemos. Debemos tener algo que comprendamos, algo contra lo cual poder luchar. Ustedes nos están confundiendo —declaró Ibrahim.

—¿Por qué no empieza poco a poco enviando a algunos de sus hijos a nuestra clínica? No tienen por qué morir de afecciones del estómago o del pecho, y tampoco es necesario que pasen toda la vida sin poder usar sus ojos.

Por primera vez Ibrahim se enfadó y quiso dar por concluida la reunión.

—Es la voluntad de Alá que haya que eliminar a los débiles.

—Se encaminó hasta donde su caballo pastaba y tomó las riendas. Gideon se puso de pie y lanzó un suspiro.

—Tenemos un poderoso generador nuevo en el kibutz…

—No —lo interrumpió Ibrahim—. No queremos su electricidad.

—Lo que yo tenía pensado era mandarle un solo cable hasta su café. De ese modo, podría instalarse una radio.

—Oh, Gideon, usted sabe cómo tentarme. Una radio…, usted muy bien sabe que eso me haría sólo un poco menos grande que el Profeta ante los ojos de la gente.

Una radio, meditó Ibrahim. En forma lenta pero constante, Gideon iba aumentando su lista de favores. Seguramente algún día reclamaría su pago. Así funcionaba el mundo. ¡Pero una radio!

—Acepto —dijo.

—Y una cosa más. La semana que viene, después del sabbath tomaré esposa. Quisiera que viniese usted, con sus muktars y jeques.

Ibrahim montó su caballo e hizo un gesto de negación con la cabeza.

—No, no sería cosa buena. Mi gente vería hombres y mujeres bailando, comiendo juntos. No es bueno.

Galoparon juntos hasta las puertas del kibutz. El centinela los divisó y abrió. Ibrahim, se detuvo y se volvió.

—Vendré yo solo —gritó— porque usted es mi amigo.

CAPÍTULO X

Una costumbre clásica de las acaudaladas familias alemanas aristócratas y mercantiles fue siempre la de enviar al extranjero a su tercer o cuarto hijo varón. Por todas partes existían ricos e influyentes asentamientos germanos, particularmente en América Central y del Sur.

Hubo una importante representación alemana en Jerusalén que comenzó con la Orden Teutónica, que luchó en las Cruzadas. A mediados del siglo XIX, los diferentes grupos de la Vieja Jerusalén ya atestada comenzaron a fundar barrios más allá de sus muros.

Los primeros fueron los judíos que cercaron su zona con empalizadas para defenderse de los beduinos merodeadores. La edificación era en forma de departamentos conectados que configuraban una pared exterior con ventanas enrejadas. Se entraba por un portón de hierro que se cerraba al anochecer. Alrededor de una plaza central se levantó una sinagoga, una escuela, una clínica y panaderías comunales.

Los alemanes salieron de la Ciudad Vieja para construir un orfelinato para niños sirios. Posteriormente, un hospital de leprosos se transformaría en una escuela para niñas árabes.

En 1878, los Caballeros Templarios Alemanes, sucesores de la Orden Teutónica, fundaron la Colonia Alemana al sudeste de la Ciudad Vieja. En contraste con los barrios judíos que parecían fortalezas, la Colonia Alemana poseía bonitas casas individuales a lo largo de calles anchas y arboladas.

En un cerro importante donde el Monte de los Olivos se unía con el Monte Scopus, los alemanes edificaron un complejo notable: el hospital Augusta Victoria. En la Ciudad Vieja, la Iglesia Luterana Alemana del Redentor se levantó en terrenos que pudieron adquirir próximo al Santo Sepulcro, el lugar del Calvario y la tumba de Jesús. La presencia germana en Jerusalén se vio realzada por la visita del káiser Guillermo a fines del siglo, en medio de una asombrosa pompa. El Káiser destinó unas tierras compradas por los alemanes católicos a una abadía benedictina que se elevaría en el sitio que la tradición señalaba como escenario de la muerte de María, en el Monte Sión.

La influencia de los alemanes tuvo su punto culminante antes y durante la Primera Guerra Mundial, como aliados de los turcos. El complejo Augusta Victoria se convirtió en su cuartel militar general, y la ciudad se vio invadida por militares e ingenieros alemanes dedicados a fortalecer las defensas de los turcos.

Durante varias generaciones, los antepasados del conde Ludwig van Bockmann habían enviado a un hijo menor a Jerusalén para continuar en la tradicional presencia

alemana allí. El joven Gustav Bockmann había sobrevivido como oficial de un submarino durante la Primera Guerra Mundial y posteriormente se hizo cargo de las responsabilidades familiares en Jerusalén. Residía en una finca con jardines, una de las más hermosas de la Colonia Alemana.

A mediados de la década de 1920, el Servicio de Inteligencia alemán se puso en contacto con Bockmann para establecer una red de espionaje en el Mandato Británico y realizar tareas de coordinación con elementos progermanos de los países árabes circundantes. Gustav Bockmann demostró ser apto para su misión utilizando una variedad de empresas mercantiles y de exportación, y un Banco alemán como pantalla. Exteriormente, Bockmann era un respetado hombre de negocios y pilar de la comunidad religiosa a través de los Caballeros Templarios.

Cuando Adolfo Hitler se adueñó del poder a principios de los años 30, Bockmann se pasó a los nazis sin dificultad. Al cabo de un año de haber ascendido Hitler, ya era obvio que se estaba gestando en Alemania una ofensiva total contra los judíos. Entre 1934 y 1935 miles de judíos alemanes emigraban de su madre patria. Muchos se radicaron en Palestina.

Esta nueva ola de inmigración desató una violenta reacción de los árabes, dirigidos una vez más por el muftí de Jerusalén.

Haj Amin al Heusseini había quedado impune tras perpetrar las revueltas y masacres de 1929, y entró en la nueva década como una estrella ascendente en el mundo islámico. Después de organizar un ostentoso Congreso Musulmán en Jerusalén, viajó a la India, Irán y Afganistán predicando un evangelio de odio contra los judíos.

Puesto que los británicos habían actuado con timidez frente a él, el muftí los denunció después abiertamente como enemigos. En todos los lugares donde imperaba el sentimiento antibritánico, él obtenía apoyo. Por todo el mundo árabe, los líderes se apresuraron a unirse al coro de manifestantes contra ingleses y sionistas. Dentro de Palestina, la mayoría de los púlpitos de las mezquitas se convirtieron en plataformas antijudías.

Todo esto sonaba como música en los oídos de Gustav Bockmann. Cualquier cosa contra los judíos era ahora parte del orden natural de la Alemania nazi. Todo lo que ocasionara problemas a los británicos armonizaba con las ambiciones germanas. Bockmann expresamente buscó la relación con el muftí como un amigo que luchaba contra enemigos comunes.

Una fuente importante de ingresos para el muftí era el control que ejercía sobre la Oficina de Waqf, que administraba fondos religiosos. Si bien ninguna mezquita nueva llevaba el nombre del muftí en su frente, el tesoro del Waqf se iba reduciendo debido a compras ilegales de armas y a lujos personales. Se formó una coalición de familias árabes «moderadas» para exigir una rendición de cuentas sobre los gastos del Waqf.

Haj Amin al Heusseini comprendió entonces que hacía falta financiación bancaria del exterior, un proveedor de armas y un aliado político. La Colonia Alemana de Jerusalén iba a proporcionárselos.

A fines de 1935, Gustav Bockmann fue convocado a Berlín, para asistir a una conferencia secreta que habría de determinar la posición de Alemania en el mundo árabe y formular planes de largo plazo para socavar los países controlados por británicos y franceses. Al salir Bockmann de Palestina promovió el ascenso en el mundo musulmán de la figura del Gran Muftí de Jerusalén, cuyos enemigos eran también los de Alemania. Regresó exultante de su país de origen.

La residencia del muftí se levantaba en el camino que partía al norte de la ciudad hacia Ramallah. Bockmann era un alemán rígido, que rara vez sonreía. Sin embargo, esbozó una sonrisa cuando lo condujeron hasta una espléndida galería que daba a los huertos del muftí. Ambos intercambiaron saludos antes de hablar sobre el informe.

—Su Eminencia —comenzó a decir Bockmann—, la reunión fue todo un éxito. El mismo führer asistió. Pude estar con él todo el tiempo que quise.

Haj Amin asintió, complacido.

—Lo que ahora sabemos —continuó Bockmann— es la medida del apoyo con que cuenta Alemania en el mundo árabe. Tenemos amigos bien ubicados en Damasco y Bagdad, y hemos establecido vías de acceso entre los cuerpos de oficiales egipcios.

La simpatía por los nazis no le molestaba en sí misma, pensaba Haj Amin, pero otro árabe progermano podría convertirse en un rival potencial para él. Siguió escuchando sin hacer comentarios.

—Permítame asegurarle que ningún dirigente ha atraído la atención y la imaginación de Hitler tan profundamente como usted. Está sumamente impresionado por su incesante lucha contra los judíos. También comprende con claridad su importancia como líder religioso musulmán.

—¿Puede usted especificar claramente las intenciones de Alemania para con nuestra situación particular? —preguntó el muftí.

Bockmann se aclaró la garganta para comenzar una larga exposición.

—Los nazis han estado en el poder unos breves años, pero los resultados son asombrosos. Hay un nuevo espíritu en el país, una sensación de unidad nacional luego de la humillación de la Guerra Mundial. Por cierto, en los próximos años Hitler unificará las minorías germanas de Europa…, Austria…, Polonia…, Checoslovaquia. Todos los alemanes estarán bajo un único estandarte nazi. Se tiene la honda impresión de que los franceses y británicos son…, cómo diría…, demasiado comedidos y decadentes como para impedir el avance germano en el Continente europeo. Con seguridad, dentro de esta década se producirá una presencia física alemana en Oriente Medio.

—¿Por medio de una guerra?

—Yo diría que sí. Una guerra corta. Usted está en la envidiable posición de entrar en el comienzo para afianzar sus derechos.

—Presuponiendo que Alemania domine o que sea el poder influyente aquí —opinó el muftí.

—¿Es que acaso puede ser de otro modo? —La voz de Bockmann dejaba entrever cierto tono de asombro.

—¿Cómo ve usted el desarrollo de los acontecimientos en Palestina? —prosiguió.

—Primer acto, el Mandato Británico anda a los tropiezos. Un levantamiento árabe cuidadosamente orquestado, dirigido por usted mismo, haría sucumbir el Mandato. Segundo acto: al retirarse los británicos, los judíos quedan desamparados. Con la evidente habilidad que usted ha demostrado, puede unir a los musulmanes contra ellos, y expulsarlos. Tercer acto: agradecido, Hitler apoyará su petición de liderazgo en el mundo árabe.

Era una propuesta temeraria. Para acceder a las intenciones de Alemania, ¿cambiaría él un tirano inglés por uno alemán? No. Cualquiera fuera la actitud de Hitler con las religiones organizadas, sería sumamente arriesgado meterse con el Islam. En su carácter de puente entre Hitler y el Islam, el Gran Muftí gozaría de un inmenso poder.

—Por tradición —dijo Haj Amin—, Palestina también incluye la ribera oriental del río Jordán, el llamado emirato de Transjordania. Hay que considerar que también formamos parte de la provincia siria.

Bockmann movió la cabeza en un leve gesto de reverencia.

—Berlín mira con buenos ojos sus interpretaciones de las viejas fronteras turcas.

—Mi estimado Gustav, eso es precisamente lo que los británicos le dijeron a Sharif Husain para comprometerlo a luchar contra los turcos. Husain murió en el exilio.

Bockmann se puso rígido.

—¿Compara usted la palabra de Adolf Hitler con la de la Oficina Colonial Británica? Nosotros cumplimos las promesas hechas a los amigos. —Se aclaró la garganta, esta vez con aire solemne—. Estoy autorizado para invitarlo a usted a Berlín. Secretamente, desde luego. Se redactará un tratado de apoyo a sus peticiones.

Haj Amin se puso de pie, entrelazó las manos detrás de la espalda, y caminó hasta un extremo de la galería, desde donde se divisaba la hondonada del mar Muerto hasta las colinas de Transjordania.

—Abdullah —dijo— tiene una legión árabe entrenada, armada y dirigida por oficiales británicos. ¿Está seguro de que los británicos los mantendrán quietos después de otro levantamiento árabe en Palestina?

—Creemos que podemos organizar y ayudar a dirigir la opinión árabe para presionar a los ingleses como nunca se ha hecho. De ningún modo se le permitirá a

Abdullah cruzar el río Jordán.

—Yo no estoy tan seguro. Abdullah es muy ambicioso.

—En el peor de los casos, Su Eminencia, es un riesgo que vale la pena correr.

—Déjeme que le dé mi versión de los hechos. El Mandato Británico no se derrumbará tan fácilmente. Están cansados, pero no muertos. Jamás renunciarán al Sinaí y al canal de Suez sin una invasión de los alemanes. Si yo provoco un levantamiento y fracaso antes de que Alemania entre en guerra…, ¿le parece un riesgo que puedo correr? Antes de meterme siquiera con lo que es para usted el primer acto, tengo que eliminar esta coalición de familias árabes hostiles que se me enfrentan en Palestina. Gustav, no tengo suficientes recursos.

Bockmann se apoyó en la ancha baranda, cerca de Haj Amin, y sonrió una vez más.

—No he venido de Berlín con las manos vacías —afirmó.

El muftí disimuló su satisfacción.

—Expliqué sus problemas con gran detalle, el alto costo que le significa a usted continuar oponiéndose a judíos y británicos.

¡Era precisamente lo que el muftí deseaba oír!

—Estamos dispuestos a cubrir cualquier…, digamos cualquier indiscreción en los fondos de Waqf.

Haj Amin asintió, y Bockmann se apresuró a seguir:

—Estudiamos las revueltas de 1929. Esta vez usted contará con dinero, y nosotros le proporcionaremos los traficantes y las rutas de acceso para obtener miles de rifles, millones de cargas de municiones, así como explosivos, granadas, armas automáticas, morteros.

Una clara mirada de aprobación se dibujó en el rostro de Haj Amin.

—Prosiga, por favor —dijo.

—Los pueblos estratégicos como Tabah y la carretera que por allí pasa no se salvarán esta vez. También tendrá usted los medios necesarios para atacar y aniquilar directamente los campamentos judíos.

Era tal el silencio que se podía escuchar el zumbido de una mosca sobre las tazas de café.

—Con todo el respeto que me merece, Su Eminencia, usted es un hombre sagrado. La situación requiere la presencia de un comandante militar de primera para reclutar una poderosa fuerza de voluntarios en las diversas naciones árabes.

—Kaukji —dijo Haj Amin al instante.

—Kaukji —coincidió Bockmann.

Al muftí no le gustaba. Kaukji había sido un oficial del Ejército turco durante la guerra, y había obtenido una cruz de hierro. Después de la guerra se convirtió en mercenario. Estuvo complicado en una rebelión abortada contra los franceses en

Siria, y huyó. Apareció allí, en Arabia Saudita, como asesor del Servicio de Inteligencia, y en Irak, en un colegio militar. Todos los agentes alemanes en Irak eran sin duda sus seguidores. Hablaba alemán con fluidez, tenía una esposa alemana y una cruz de hierro. También tenía amigos en las esferas judiciales de Berlín. A Haj Amin no le caía bien el hombre personalmente: era demasiado ambicioso. Se imaginaba a sí mismo como un mariscal de campo alemán, con su uniforme y su bastón característicos.

Pero la figura de Kaukji estaba en ascenso, y Haj Amin lo sabía. La denominada coalición de moderados árabes palestinos ya se había puesto en contacto con él. Se había realizado una reunión secreta en Bagdad convocada por Fawzi Effendi Kabir, el enemigo del muftí. Kabir representaba a muchos hombres de negocios e inversores en Palestina a quienes Haj Amin deseaba expulsar. El muftí sabía también que Kabir había hecho inversiones secretas en empresas judías y quería que Palestina retuviera a gran parte de su comunidad judía. Si Haj Amin no aceptaba tomar a Kaukji, seguramente lo contratarían Kabir y su gente.

—Si accedo a la presencia de Kaukji…

—Debe aceptarlo.

—Veo que todo esto ha sido muy bien pensado.

—En efecto.

—Sólo aceptaré reunirme con Kaukji. Él recibirá órdenes de mí. Quiero que esto quede bien aclarado desde ahora.

—Pero por supuesto, Su Eminencia. Hay otra cuestión más. Queremos que comience a mandar a sus muchachos a adiestrarse en Alemania. No sólo es de vital importancia el entrenamiento militar y en tareas de sabotaje, sino que también deberán aprender el funcionamiento del gobierno para poder situarse en puestos claves.

—¿Dice usted que somos incapaces de gobernarnos solos?

—Únicamente pretendemos ayudarlos en cuestiones donde podemos serles de utilidad.

Era absolutamente obvio que el precio que debería pagar por la ayuda germana sería tremendamente alto.

—También pensamos —concluyó Bockmann— que tiene todo un nuevo valor el uso de la propaganda. Puede ser un arma sumamente útil para los judíos, y estamos creando nuevas técnicas.

—¿Algo más? —preguntó Haj Amin.

Bockmann separó los brazos para indicar que había entregado todos los mensajes.

—No sería muy conveniente que siguiéramos viéndonos abiertamente —continuó. Se giró al llegar a la puerta—. A propósito, no es problema entrar armas en Jerusalén, pero nos preocupa hallar un sitio donde esconderlas.

—Los cruzados usaban la mezquita Al Aksa como parte de su cuartel general —dijo Haj Amin—. Hay grandes cámaras subterráneas donde estaban las caballerizas. Erróneamente se los denomina los establos de Salomón. Allí estarán seguras.

—Muy ingenioso, pero los británicos podrían enterarse.

—Mi estimado Gustav Bockmann, los británicos jamás profanarían un lugar sagrado musulmán.

Por fin se rieron a dúo, mientras el muftí despedía al alemán.

CAPÍTULO XI

Jaffa 19 de abril de 1936

Entre la antigua ciudad portuaria árabe y la nueva ciudad judía de Tel Aviv existían terrenos sin cultivar con chozas habitadas por judíos orientales y árabes oprimidos, y gran cantidad de matrimonios mixtos.

Mientras se rezaban las plegarias del crepúsculo, hombres del muftí irrumpieron en las mezquitas de Jaffa, gritando que los judíos estaban asesinando árabes en Tel Aviv. La planificación del horario fue exacta en cada mezquita, puesto que todas recibieron la denuncia al mismo tiempo.

La dinamita que todo árabe lleva en sus entrañas había sido detonada con suma facilidad. Multitudes enardecidas ganaron la calle. Los agentes del muftí estaban esperándolos con cánticos para conducirlos a la tierra de nadie que separaba ambas ciudades. Una multitud enfurecida se abalanzó sobre las miserables zonas de judíos orientales y dio muerte a dos docenas de ellos, hiriendo de gravedad a un centenar más. En el término de unas horas, esa multitud alborotada era ya como un fuego que se extendía por toda Palestina.

Un día más tarde, Haj Amin al Heusseini anunció la formación de un nuevo Alto Comité Árabe, con él a la cabeza para dirigir una huelga general en todo el país.

El primer «comunicado» del Alto Comité fue emitido para nombrar al bandido Kaukji comandante supremo de la rebelión palestina. De inmediato se le asignó la misión de reclutar un ejército fuera del país para defender la causa sagrada.

Como las arcas del Waqf estaban vacías a causa de los excesos del muftí, éste debió acudir a los alemanes para obtener una rápida ayuda económica. Herr Bockmann había agotado su propio presupuesto con la compra ilegal de armas. Se necesitaba dinero inmediatamente para contratar mercenarios que se unieran a las fuerzas irregulares de Kaukji. Haj Amin respondió enviando escuadrones especiales para visitar a familias árabes adineradas y conseguir «donaciones». El primero en negarse fue un prominente comerciante de cereales de Haifa. Él, sus dos hijos y sus cuatro guardias personales fueron asesinados durante las oraciones en la mezquita de su familia.

En el campo, las bandas del muftí atacaron las aldeas árabes más débiles y aisladas. Los terroristas se autodenominaron mujaidines, «los guerreros de Dios». Todo era saqueado para «la causa», desde ganados hasta efectos personales. El muftí exigía que los hombres de los pueblos ingresaran en sus filas. Simplemente se sacaba a los labriegos de los campos y se les daban armas. Ellos salían y disparaban contra vehículos británicos, cortaban cables de electricidad, preparaban emboscadas, volaban puentes. Después de que media docena de muktars fueran asesinados por

negarse a suministrar «voluntarios», aldea tras aldea sucumbieron al terror.

Si bien los británicos habían aumentado sus fuerzas hasta los veinte mil efectivos, rápidamente fueron obligados por un enemigo fantasma a librar una batalla defensiva. El mayor despliegue inglés consistió en una red de enormes barracas policiales llamada Fuertes Tegart, nombre de quien las creó. Era la misma estrategia que habían utilizado los cruzados con los minicastillos y los antiguos hebreos con sus puestos de avanzada sobre colinas, a la vista unos de otros. De día los británicos podían salir a patrullar y realizar correrías, pero de noche se veían forzados a recluirse en los Tegart, concediéndole al muftí la libertad de la oscuridad.

A medida que la rebelión fue adquiriendo un mayor salvajismo nocturno, los británicos iniciaron masivos aunque difíciles ataques contra bandas árabes escasamente armadas que simplemente se perdían en el paisaje. Los ingleses impusieron multas colectivas a los colaboradores conocidos, e incluso destruyeron aldeas enteras insurgentes. No podían dominar la furia de los árabes.

En el término de unos meses, las fuerzas irregulares de Kaukji se habían infiltrado en Palestina, incrementando la devastación. El comandante bandido Kaukji había reclutado tropas de fanáticos religiosos, criminales, una variedad de aventureros y prisioneros a quienes se les otorgó anticipadamente la libertad para unirse a la «guerra santa». Al haber libertad de movimiento por la noche, los rebeldes pudieron elegir el momento y el lugar del ataque. Cada vez que un fuerte Tegart era reducido, los británicos comprendían que se enfrentaban con un serio problema.

Por una de esas extrañas paradojas que daban aspecto de irrealidad al Mandato, los británicos terminaron por acudir a la Liga Judía para pedir ayuda a la Haganah. Ésta había impedido que el muftí se apoderase de ninguna otra ciudad o kibutz judíos. Fueron creciendo los aspectos de colaboración sobreentendidos pero no escritos, entre Haganah y británicos, lo que cambió la condición del Ejército judío de semiilegal en semilegal.

Aun cuando Haganah y británicos colaboraban para luchar contra los árabes, ambos peleaban entre sí con igual fiereza por el asunto de la inmigración. La desesperación se había adueñado de los judíos de Europa. La Haganah se dedicó con fuerza a hacerlos entrar en Palestina, eludiendo las cuotas británicas que se habían impuesto como consecuencia de las presiones árabes. Cientos de judíos ingresaron como turistas y peregrinos, desapareciendo luego en los kibutzim. Centenares más entraron con documentos falsos de matrimonios arreglados o para reunirse con familiares inexistentes. Otros más llegaron en precarias embarcaciones hasta los campamentos judíos de la costa. Algunos arribaron por las tortuosas rutas provenientes de países árabes, ingresando ilegalmente por las fronteras. Judío e inglés estrechaban su mano derecha y se golpeaban con la izquierda. Del mismo modo, los árabes tenían muchos simpatizantes entre la oficialidad británica y los funcionarios de

la Administración civil. Todo Oriente Medio era un lio de primer orden.

A medida que los rebeldes se volvían más audaces, una mirada nerviosa se posó en el valle de Ayalón y en el camino a Jerusalén. Haj Ibrahim se había negado a contribuir para el fondo bélico y a suministrar hombres. Sucedió entonces lo esperado.

Ghassan, jeque de uno de los clanes menores de Tabah, fue secuestrado cuando salía de la casa de unos parientes de Ramle. Rápidamente Ghassan cedió ante la tortura y aceptó colaborar para tender una trampa a la guardia personal de Haj Ibrahim.

El señuelo fue una rubia sueca, novia de uno de los oficiales de Kaukji. Se trataba de una típica cazafortunas internacional que eventualmente había recalado en la costa del oro, cerca de Beirut. La historia de Ghassan sería que había descubierto a la chica y a varias amigas, quienes habían quedado solas y sin recursos rumbo a El Cairo, y se iban a dedicar a la prostitución para poder pagarse el pasaje.

Seis hombres, la mitad de la guardia de Haj Ibrahim, se tragaron la desenfrenada descripción de Ghassan de la noche de esplendor que había pasado con ellas. Ghassan organizó el abandono de sus puestos en medio de la noche, y se dirigieron a Ramle.

En efecto, una joven rubia aparecía en la puerta de la casa señalada y los hizo entrar. Al día siguiente los encontraron en la plaza de Tabah degollados, con el pene amputado y metido en la boca. El resto de la milicia de Haj Ibrahim desertó al cabo de unos días, huyendo de regreso a sus aldeas.

A la semana siguiente el muktar de uno de los pueblos próximos a Tabah fue hallado decapitado en sus campos. La defensa de Tabah quedó en manos de un atemorizado grupo de campesinos ineptos. Aunque Ibrahim sabía que estaba en la lista de sentenciados del muftí, se negó a cruzar la carretera y pedir ayuda a la Haganah del kibutz de Shemesh o a su amigo Gideon Asch. Sólo la valentía personal de Haj Ibrahim y la guardia que se mantenía la noche entera impidió una huida masiva de aldeanos.

La semana siguiente fue un infierno para Tabah. Los hombres del muftí se ocultaron durante el día en las cuevas del Bab el Wad, subiendo por el camino unos diez kilómetros. Al amparo de la noche, salieron y lograron rodear el fuerte Tegart de Latrun, llegando hasta los campos de Tabah. Los mujaidines del muftí acosaban a sus presas abatiendo a guardias aislados y gritando aterradoras obscenidades. Los pobladores huían de sus puestos, dejando campos y ganado desprotegidos, sin defensa ante el saqueo.

Cuando los británicos pudieron despachar una patrulla desde Latrun, los asaltantes ya se habían replegado en las colinas de Judea. Ésta era una tierra tan salvaje que durante años había intrigado a las legiones de la Roma antigua, que trataban de desalojar a los rebeldes hebreos. Las hondonadas profundas, los montes

impenetrables y las cavernas subterráneas habían proporcionado protección durante siglos por igual a hebreos guerreros, contrabandistas y ladrones.

Los británicos instalaron una protección permanente para Tabah con vallas en los caminos y frecuentes patrullas, pero todo esto se podía sortear con suma facilidad. La guarnición británica sencillamente había visto superada su capacidad de defensa. El inevitable asalto final para arrasar Tabah estaba muy cerca.

Gideon Asch había sido asignado a tareas de enlace entre la Haganah y los británicos. Su contacto era el coronel Wilfred Foote, un viejo hombre del Oriente Medio y colaborador cercano del comandante general. «Fink's», un pequeño y simpático restaurante ubicado en el centro del sector judío de Jerusalén, era el lugar preferido por los oficiales británicos, y un natural puesto de escucha para la Haganah. «Fink's» era un de aquellos secretos a voces; un sitio de reunión para el intercambio de información. David Rothschild, su propietario, que a veces se quejaba de no ser pariente de otra familia con el mismo apellido, saludó con la cabeza a Gideon Asch cuando éste entró.

Gideon subió por una escalera crujiente hasta una habitación privada donde lo aguardaba el coronel Foote. Rothschild les entregó una bandeja con chuletas de carne y cerveza, y cerró la puerta al salir.

La preocupación principal del día era la crítica situación de Tabah. Gideon poseía ahora informadores en la aldea cuya tarea primordial era no perder de vista a Haj Ibrahim. Si Ibrahim fuera asesinado, no podría impedirse la huida de los campesinos de seis poblados.

Al concluir la comida, Foote sirvió café, encendió cigarros y cambió de conversación.

—Hasta ahora, ningún asentamiento judío se ha visto en serios problemas —dijo —, pero esos bandidos están poniéndose cada vez más osados. Si Kaukji redujera un solo kibutz, al día siguiente habría kilómetros de colas de reclutamiento en Bagdad. Comparto la fe que le tiene la Liga Judía a la Haganah, pero estamos empezando a correr el riesgo de que el muftí se salga con la suya.

—Si ustedes dejaran de emplear las fuerzas del Ejército británico para perseguir a los inmigrantes, serían mucho más efectivos contra el verdadero enemigo —opinó Gideon. Era el eterno motivo de queja de los judíos.

Foote lanzó un anillo de humo, perplejo.

—También sería muy útil contar con veinte mil combatientes más —dijo—. Usted sabe que el general Clay-Hurst tiene las manos atadas. No puede obtener más tropas ni formular política alguna.

—Lo que queremos saber es esto —repuso Gideon—. Si las cosas empeoran, ¿mantendrán ustedes la Legión Árabe en Transjordania?

—Si permitimos que Abdullah cruce el río Jordán, pienso que jamás se iría de

Palestina. También conviene a los intereses judíos tratar de que no salga de donde está. Por buena que sea la Haganah, al final tendría que aceptar a la Legión Árabe. Se trata de un ejército pequeño pero tremendamente eficiente. Nuestra situación es ésta: no podemos resistirnos mucho más al muftí sin que se nos venga encima todo el mundo árabe. Estamos considerando seriamente algunas ideas brillantes.

—¿Por ejemplo?

—Hace poco incorporamos a un joven oficial a nuestro personal. Es un hombre muy independiente, de esos que surgen de tanto en tanto. Ha fascinado al general con algunas ideas realmente originales.

—¿Cuáles son sus antecedentes?

—Es capitán, de ascendencia escocesa, infancia muy religiosa, hijo de misioneros. Yo diría que es partidario ferviente del sionismo. Dicho sea de paso, le aclaro que habla el hebreo como un judío.

—¿Qué sabe de los árabes?

—Estuvo largo tiempo destinado en Sudán. Se parece mucho a una rata del desierto. Adquirió cierto renombre al emprender solo una misión en busca del perdido oasis de Zarzura, en Libia. Y no lo desafíe usted con la Biblia.

—¿Cuales son sus planes? —preguntó Gideon, disimulando su enorme curiosidad.

—Una pequeña fuerza selecta de combatientes nocturnos judíos con amplia libertad para atacar cuando y donde sea necesario, sin órdenes escritas. A nadie podría exigírsele responder después por sus actos. ¿Qué le parece?

—Es una idea interesante.

—¿Lo invito a que se reúna con nosotros?

Gideon asintió. El coronel Foote apretó un botón y levantó el teléfono conectado con el bar.

—Señor Rothschild, hay un muchacho en el fondo del bar… sí, un capitán. ¿Podría decirle que suba? No, gracias, tenemos suficiente café.

Se escuchó un golpe en la puerta y acto seguido entró un hombre algo bajo pero atractivo, moreno y de poco más de treinta años.

—Usted debe de ser Gideon Asch —dijo en tono sumamente amable—. Soy admirador suyo desde hace tiempo. He viajado guiándome por sus mapas del Sinaí. Orde Wingate, a su servicio.

Con aquel primer apretón de manos empezaba una amistad eterna.

—¿Qué está planeando usted, capitán Wingate?

El escocés esbozó una sonrisa simpática, pero Gideon notó el leve indicio de una locura encantadora en sus ojos.

—Tenemos que robarle la noche al muftí —propuso—. Usted mismo es medio beduino, señor Asch, y sabe que eso puede lograrse con una fuerza de ataque pequeña

pero contundente, formada por los mejores hombres, que deberán mantener en pie la tradición del rey David. Eso se lo diré a ellos.

—¿En cuántos muchachos está usted pensando?

—Bueno, su homónimo, Gedeón, dirigió un imponente ejército cananeo al pie del monte Tabor con trescientos hombres bien seleccionados. Pudo hacerlo porque sabía que el cananeo era analfabeto y supersticioso, y utilizó como armas mortíferas la noche y grandes ruidos.

—Capitán Wingate, supongamos que puedo vender esta idea a la Haganah y a Ben Gurión. Tenemos una situación urgente en el valle de Ayalón. Eso implicaría acosar a cincuenta o cien hombres del muftí en las profundidades del Bab el Wad. ¿Cuánto tiempo necesita para organizar esto, y cuántos hombres requeriría?

—Diez o doce. Deben hablar el árabe con soltura. Yo les enseñaré lo que significa el Bab el Wad para los judíos si usted se encarga del rastreo. Deme dos semanas.

—Esta noche tendrá la respuesta —afirmó Gideon.

—Ya le anticipé yo al general Clay-Hurst que usted aprobaría el plan —exclamó Foote alegremente.

—Capitán Wingate —dijo Gideon—, esto a usted no le llegó como una revelación en medio de la noche. ¿Cuál es su teoría?

—Soy profundamente sionista. Creo que esta tierra pertenece a los judíos. También creo que los modos de utilizar estos valles, colinas y desiertos para la defensa están escritos en la Biblia. Si alguna vez va a haber una nación judía en Palestina, yo me siento destinado a colaborar en su formación.

—¿Cuál es el resto de su teoría, capitán?

—Los judíos, y nosotros los sionistas, jamás podremos conseguir que vivan aquí más de unos pocos millones de personas. Ésa es la realidad. Lo que también es real es el hecho de que dicho Estado siempre estará rodeado por decenas de millones de árabes hostiles e inclementes. No se puede esperar mantenerlos a raya eternamente. El solo peso del número y la sociedad musulmana que perpetúa el odio lo hacen imposible. Si usted ha de sobrevivir, debe de establecer el principio de la represalia. Por ejemplo, yo voy a necesitar varios de estos escuadrones de combatientes nocturnos para custodiar el oleoducto iraquí que penetra en Haifa. Su recorrido es de cientos de kilómetros, y obviamente unas pocas decenas de hombres no pueden protegerlo contra el sabotaje. Lo que el árabe debe comprender antes de cortar el oleoducto es que tendrá que enfrentarse a una represalia…, a una revancha masiva… Ésa es la clave para dominar a fuerzas cien veces superiores a uno.

—Capitán Wingate —dijo Gideon—, ¿por qué tardó tanto?

CAPÍTULO XII

Verano de 1937

La prensa de aceitunas perteneciente a Ibn Yussuf, de la aldea de Fakim, tenía entre doscientos y dos mil años de antigüedad, según qué abuela relatara la historia. Lo más probable era entre cuatro y cinco siglos. Los antepasados de Ibn Yussuf habían vivido de la prensa en forma humilde aunque aceptable durante generaciones.

La aldea de Fakim quedaba a mitad de camino entre el Bab el Wad, saliendo de la carretera principal, enclavada en las terrazas y hondonadas de los desiertos de Judea. Pese a su desfavorable ubicación, los campesinos llegaban desde kilómetros a la redonda para utilizar la prensa de Ibn Yussuf, que poseía una reputación mágica. Su producto no podía ser igualado. Cuanto más vieja fuera la prensa, más espléndidos serían la fragancia, el sabor y la fuerza del aceite.

Incluso los judíos, con todas sus habilidades modernas, no pudieron igualar a la prensa de aceite de Ibn Yussuf, y finalmente representantes de kibutz tras kibutz se internaron en los montes para que Ibn Yussuf transformara sus cosechas. Éste se ganaba la vida obteniendo generalmente una retribución por sus servicios en forma de cereales y otras materias primas. Un día, el director de los olivares del kibutz de Shemesh se dirigió a Ibn Yussuf con una idea que cambió por completo sus destinos.

La idea era simple. En vez de aceptar cereales, Ibn Yussuf cobraría un pequeño porcentaje del aceite que obtuviera. El kibutz le instaló una industria en una choza para que pudiera envasar el aceite, que ellos comercializarían por medio de su propia cooperativa. Las latas eran de uno o dos litros y llevaban la leyenda: ACEITE DE OLIVA DE IBN YUSSUF en árabe, hebreo e inglés. Debajo había un bosquejo de la afamada prensa y el texto: «Fundado en 1502, Fakim».

Ibn Yussuf y su mujer no tenían hijos, gran tragedia para sus vidas. Como él trataba regularmente con los judíos, éstos lo convencieron para que se sometiera, junto con su esposa, a un examen en el Hospital Judío de Hadassah, en Jerusalén. Así fue como se determinó que con una sencilla operación correctiva practicada a su esposa ésta se volvería fértil. Posteriormente ella le dio dos saludables hijos, uno de ellos el ansiado varón.

El niño casi murió en un accidente de carretera en su infancia, y nuevamente fue el hospital judío el que le salvó la vida. Ibn Yussuf era un hombre humilde, pero su gratitud resultó inmensa.

Gideon Asch lo conoció en el curso normal de los acontecimientos, y al cabo de unos años había establecido con él una relación especial. Dado que a Ibn Yussuf le llegaban los rumores provenientes de numerosas aldeas árabes que usaban su prensa de aceite, a menudo se enteraba de antemano de cualquier levantamiento, de

cualquier rebelión contra los judíos.

Fakim era también un excelente lugar para los ataques de las bandas del muftí, y posteriormente de los irregulares de Kaukji. Tras una acción, los asaltantes se replegaban en Fakim, enterraban el botín y las armas en sitios ocultos y volvían a internarse en las colinas de Judea hasta que los británicos abandonaban la persecución. Los rebeldes trataban muy mal a los pobladores, que sufrían desde el robo común de cosechas hasta la violación ocasional, pero muy poco podían hacer para impedirlo. En numerosas oportunidades se reclutaba a los nombres más jóvenes de la aldea para el servicio. Kaukji hizo varias apariciones cuando el pueblo se convirtió en una base semipermanente. A Ibn Yussuf no le fue muy bien. Su fábrica de una habitación era el edificio más grande de Fakim, y fue confiscada para las reuniones de los rebeldes. Varios cientos de latas de aceite de oliva se requisaron como «donaciones». Era obvio que se estaba gestando algo en Fakim que indicaba que se avecinaba una acción de envergadura, y el nombre de Tabah como blanco se volvió evidente.

Entretanto, veinte hombres selectos de la Haganah, la crema de Palestina, se habían reunido en el pequeño kibutz de Shemesh para formar la primera Escuadra Especial Nocturna al mando de Orde Wingate.

Éste les presentó una antesala del infierno. Literalmente convirtió el día en noche obligándolos a realizar largas marchas nocturnas y trepar por las rocas en total oscuridad. Sus cuerpos acumularon chichones, cortaduras, heridas y pies sangrantes por efecto del brutal terreno y del entrenamiento más brutal aún en lucha de guerrillas y cuerpo a cuerpo. Les enseñó la cautela y la sagacidad de movimiento que podía ponerlos a la par de un cervatillo confiado. Rastreo, manejo de armas, escalada de acantilados, luchas con cuchillos, estrangulamiento, avance rastreado, movimientos debajo del agua, patrullaje sin brújulas ni luces: golpes rápidos, mortales, sin piedad, sin errores.

Cuando hubieron sucumbido al agotamiento, Wingate desfiló frente a sus cuerpos postrados, predicó el sionismo en inglés y recitó largos pasajes de la Biblia en hebreo, de memoria. Les impartió un conocimiento absoluto sobre cómo aprovechar cada trozo del terreno, como lo habían utilizado los antiguos guerreros de Judea e Israel.

Al estar árabes, judíos y británicos viviendo en proximidad en una zona densamente poblada, los secretos eran siempre a voces. La noticia del extraño oficial británico y de sus tropas formaba parte de los chismes del día. La escuadra siempre era vigilada cuando partía en camión del kibutz. Para mantener sus movimientos velados, Wingate enseñó a los hombres a saltar del camión a intervalos, mientras viajaban a altas velocidades. Se escondían en pozos a la vera del camino, y luego avanzaban de uno en uno hasta un sitio de reunión desconocido por los árabes.

Las colinas gemelas de Latrun eran los últimos centinelas antes de entrar en el Bab el Wad. A un lado de la carretera se levantaba un fuerte Tegart británico. Del otro lado había un monasterio trapense que en una época había adquirido cierta notoriedad por producir un vino barato pero excelente. La construcción original del monasterio había sido ampliada con una edificación más moderna. Fue en el viejo monasterio donde Gideon e Ibn Yussuf pudieron reunirse lejos de ojos inquisidores.

Gideon observó a Ibn Yussuf acercarse cruzando los campos, en dirección a la parte vieja del monasterio. Ibn Yussuf era un hombre frágil, de facciones pequeñas rodeadas por barba y pelo canosos. Parecía que quería comprobar que no había sido seguido; luego entró en el edificio. Gideon le hizo señas desde la puerta de la celda de un monje.

Orde Wingate se esforzó por escuchar.

Ibn Yussuf se había enterado del complicado plan de Kaukji y sus rebeldes para atacar Tabah. Las tácticas dilatorias se coordinarían con el asalto principal. En Lida y Ramle los predicadores del muftí provocarían revueltas para inmovilizar a las guarniciones británicas de allí. Un ataque aislado se perpetraría sobre una remota aldea árabe con un puñado de hombres para obligar a salir a los británicos de Latrun por un sinuoso camino de tierra montañoso que podía ser fácilmente volado, dejándolos incomunicados durante horas.

Cuando los británicos se dedicaran a sofocar las rebeliones, el blanco de Tabah quedaría libre. Gideon trabajó lentamente con Ibn Yussuf para determinar la cantidad de tropas, las coordenadas cartográficas, las horas y lugares. Kaukji utilizaría hasta trescientos hombres, un operativo enorme. Tomar Tabah era obviamente el objetivo prioritario de la rebelión.

Cuando Ibn Yussuf partió, Wingate salió de la penumbra y se echó sobre la dura cama de madera de un antiguo monje. Clavó fijamente la vista en el techo con telas de araña, mientras Gideon observaba por la ventana a Ibn Yussuf montar su burro.

Cada vez que Wingate quedaba absorto en sus pensamientos, inconscientemente sacaba un cepillo de dientes del bolsillo de su pantalón y lo pasaba con suavidad sobre el vello de su pecho. Se incorporó de golpe.

—¿Hasta dónde confía usted en ese individuo? —preguntó.

—Entiendo lo que me quiere decir, Wingate. Pero no todos mienten y estafan.

—Sí, claro, hacen negocios con uno durante años, pero cuando llegan los momentos difíciles, venden por unas monedas.

—Venden a su propia gente por monedas —acotó Gideon—. Si esperamos permanecer en Palestina, tendremos que lograr una forma de acomodarnos.

—Ibn Yussuf, y hasta el último árabe, son prisioneros absolutos de esta sociedad. Llegará el momento en que los judíos tengan que saber lo que usted hace aquí. Los árabes nunca lo apreciarán por todo el bien que les proporcionó. Ellos no saben amar.

¡Pero cómo odian! Y tienen un resentimiento enorme porque usted les ha quitado sus fantasías de grandeza dejando en evidencia lo que realmente son… un pueblo decadente y salvaje dominado por una religión que los despojó de toda ambición humana…, salvo a aquellos que son lo suficientemente crueles y arrogantes como para dirigirlos cual un rebaño de corderos. Usted está tratando con una sociedad desquiciada, y bien le convendría aprender cómo controlarla.

—Eso va tan tremendamente contra nuestra naturaleza… —expresó Gideon con tristeza.

Wingate cambió bruscamente de tema.

—El plan es demasiado sofisticado para Kaukji —dijo.

—Lo sé —convino Gideon—. Estoy tentado de alertar a su mando.

—¿Acaso no oyó ni una palabra de las que dije? —gritó Wingate.

—No le está hablando a uno de los muchachos de la escuadra nocturna para infundirle ánimos.

—Lo que digo es que desde que regresaron a Palestina, ustedes nunca dejaron de esconderse detrás de sus muros. Ahora que tenemos independencia para actuar, usted se pone nervioso. Al diablo con el Ejército británico. Que sigan persiguiéndolos por toda Judea. Por Dios, hombre, ¿no huele usted la mano sucia de algún oficial británico que planeó toda esta operación para Kaukji? —Se puso de pie, comenzó a pasearse, se detuvo frente a Gideon y le apuntó debajo de la nariz con su cepillo de dientes—. Comprenda su manera de pensar. Kaukji y este oficial británico están convencidos de que la Haganah no se aventurará a salir del kibutz de Shemesh, ¿o no? Los judíos sólo piensan en términos defensivos. Una vez que la zona esté despejada de tropas británicas, nada podrá impedir el ataque a Tabah. La Haganah no interferirá. De eso están total, completamente seguros.

Gideon Asch era un hombre de cincuenta y tres años que aún poseía energías para seguir pistas por los desiertos con los soldados judíos más jóvenes y valientes. Había pasado toda una vida por el laberinto de la mente árabe buscando paz y amistad y no los había encontrado. Su primer instante de excitación ante la idea de crear el Escuadrón Especial Nocturno había cedido lugar a una sensación de tragedia. La ilusión de la hermandad con los árabes fue también superada por la certeza de que, si se cumplieran los sueños de Sión, los judíos deberían adoptar una actitud ofensiva que le repugnaba.

La celda quedó sumida en un profundo silencio, como si el antiguo monje estuviese meditando allí.

Gideon lanzó un largo suspiro. Aceptaba luchar contra los árabes, porque si no lo hiciera éstos jamás dejarían de perseguirlos. Pero ¿cuánto tiempo, cuán terriblemente largo podría ser el tiempo que durara eso? Y durante ese lapso, ¿se corrompería también la decencia fundamental del pueblo judío? El camino parecía eterno, pero era

el precio que exigía el sueño de Sión.

—Bueno —dijo Gideon—, para esto hemos venido todos aquí, ¿no?

—Ciertamente se aproxima el momento de Sión.

—No sé muy bien qué plan está tramando esa cabeza suya, Wingate, pero Haj Ibrahim es un hombre orgulloso. Seguramente preferirá perder todo antes que recibir nuestra ayuda.

—Amigo mío, en una frase ha resumido usted la historia del pueblo árabe. Le advierto que no le dejaré a Haj Ibrahim opción alguna.

Vestido con la ropa azul de trabajo de los miembros del kibutz, Wingate subió a la loma de Tabah por los campos de atrás, para esquivar el pueblo.

—Eh, usted —le gritó a un hombre que estaba sentado, cavilando, cerca de la tumba del profeta—, baje a la aldea ahora mismo y busque a Haj Ibrahim.

El campesino se sobresaltó al escuchar que le dirigían la palabra en perfecto árabe.

—Vaya, haga lo que le digo —insistió Wingate, en tono autoritario.

Quince minutos más tarde llegó Haj Ibrahim y se acercó por detrás al extraño que observaba las colinas con unos prismáticos.

—¿Sabe quién soy? —le preguntó Wingate, sin girarse ni bajar los prismáticos.

—El oficial británico loco.

—Exactamente. Pero advertirá usted que no estoy de uniforme. Lo que le voy a decir es de amigo a amigo.

—Tal vez yo dejo pasar más tiempo para que se consolide una amistad.

—No hay tiempo para frases originales. Esta noche usted será atacado y no habrá nadie en Latrun para salvarlo. —Wingate bajó los prismáticos, se volvió, sonrió y se alejó de Ibrahim, hasta otro punto de observación—. Dios mío, los que instalaron la aldea en este sitio preciso sabían muy bien lo que hacían. No hay manera de acceder hasta ella, salvo subiendo esta loma desde detrás. Aun así, usted no puede defenderla. Kaukji tiene demasiados hombres. Vendrán arrastrándose, ocultos por el pasto alto, hasta llegar a unos cincuenta metros de donde estamos ahora. Comenzarán a gritar improperios y sus hombres se convertirán en una masa informe de carne atemorizada.

—Exigiremos una explicación.

—A Alá, quizá. Sospecho que a usted le hace falta un buen consejo.

—Si se refiere a pedir ayuda a los judíos, jamás lo haré.

—Ni se me ocurriría sugerírselo, Haj Ibrahim. —Los ojos castaños de Wingate seguían contemplando las colinas—. El viento siempre viene del mar y soplará hacia el pie de los montes. El pasto está seco. Arderá y parecerá…, como cuando Josué ordenó al sol que se parara. Las tropas de Kaukji se quemarán bastante los pies.

—¿Quemar los campos?

—Por supuesto, hombre, claro.

—Ésa es la táctica más estúpida que nunca haya escuchado.

—¿Ah sí? Pensé que podría habérsele ocurrido.

—Es estúpida.

—Pero Haj Ibrahim, eso fue lo que el gran general de ustedes, Saladino, les hizo a los cruzados en los Cuernos de Hittim. Los empujó hasta un alto acantilado, con sus armaduras, e incendió los campos. Los que no se asaron vivos o murieron por asfixia, trataron de llegar hasta el mar de Galilea, pero Saladino permanecía entre ellos y el mar. —Se giró hacia otro lado—. Claro que falta mucha imaginación para ser otro Saladino.

Dicho eso, Orde Wingate volvió a bajar la loma, desapareciendo de la vista.

Cuando la noche se cernió sobre aquel día incierto, las tropas de Kaukji salieron de Fakim y atravesaron el Bab el Wad por una senda que antiguamente había sido el camino romano hacia Jerusalén. Ese mismo día, más temprano, habían enviado la unidad de diversión a un pueblecito más pequeño internado en el desierto, para hacer salir a los británicos de Latrun. A la misma hora, en Ramle y Lida, se azuzaba a las multitudes en las mezquitas.

Orde Wingate sacó su Escuadrón Nocturno Especial del kibutz de Shemesh y lo envió a cruzar campos y colinas en todas las direcciones. Si los detectaban, nadie podría determinar su rumbo. Se reunieron a la entrada del Bab el Wad, buscaron refugio y allí permanecieron. Al cabo de una hora, el grupo de exploración le informó a Wingate que los hombres de Kaukji bajaban hacia donde ellos estaban.

—Bien, están cumpliendo con su plan. No respiren, no se muevan. Traten de contarlos.

Los judíos se habían diseminado en unas rocas escarpadas, por encima del viejo camino romano. Escucharon el tintineo de cantimploras, el golpecito de las piedras que caían seguido del olor a hachís. Luego se oyeron voces que los enardecían para la batalla que se avecinaba. Los rebeldes de Kaukji pasaron justo por debajo del Escuadrón Nocturno Especial, internándose luego en el valle de Ayalón.

Wingate esperó una hora entera antes de convocar a sus muchachos con un silbido. Habían contado aproximadamente doscientos cincuenta hombres que participarían en el asalto a Tabah.

Luego desplegó un mapa.

—Nos mantendremos fuera del sendero, en los montes. Aquí, en este punto, tres kilómetros y medio antes de llegar a Fakim, prepararemos la emboscada. —La intención era brindar una recepción a las fuerzas de Kaukji cuando regresaran del ataque a Tabah. También sabían que, para evitar que los detectaran, el resto de la noche se convertiría en una larga y peligrosa subida monte arriba. Wingate lanzó una miradita a Gideon, quien le indicó con un gesto de la cabeza que, pese a su edad, él lo

haría sin problemas.

A los dos de la mañana, los rebeldes de Kaukji se desplegaron en abanico al pie de la loma de Tabah, y comenzaron a subir arrastrándose hasta el pueblo.

Haj Ibrahim había meditado sobre su extraño encuentro con el oficial británico. Luego reunió a su gente y le ordenó que transportara la provisión de queroseno de la aldea hasta la tumba del profeta. Haciéndose totalmente responsable del plan, hizo mojar un perímetro. La hierba seca estaba pidiendo ser encendida.

A las dos y media, un oficial rebelde se paró en la cima de la loma, enarboló su rifle y emitió el antiguo grito de batalla: «Alá akbar!». Fue secundado por un rugido, seguido por una descarga.

Haj Ibrahim lanzó la primera antorcha encendida sobre el pasto y se echó boca abajo. Uno tras otro, sus hombres recorrieron el perímetro arrojando antorchas. Al cabo de unos segundos, se oyó el ruido del fuego provocado por el combustible, transformándose en una gigantesca hoguera cuyas llamas remontaban hacia el cielo. El viento propagó el fuego monte abajo, hacia donde se hallaban los atacantes, de forma casi instantánea. Los improperios se convirtieron en horrendos alaridos a medida que iban encendiéndose las antorchas humanas. Los hombres saltaban a uno y otro lado mientras la tierra se convertía en un horno. Algunos caían asfixiados por la nube de furioso humo negro; otros rodaban por la pendiente tratando desesperadamente de huir ante la pared de llamas que avanzaba, eran batidos por un fuego infernal y se desperdigaban aterrorizados. Veinticinco hombres murieron carbonizados o por asfixia en dos minutos. Otros cien resultaron con graves quemaduras.

Los demás regresaron con gran dificultad al santuario del Bab el Wad, aturdidos por la desenfrenada retirada que les llevó la noche entera. Al amanecer comenzaron a ingresar en un angosto desfiladero a pocos kilómetros de Fakim, casi incapaces de seguir adelante.

El Escuadrón Nocturno Especial había llegado horas antes al desfiladero y se había desplegado para tender la emboscada. Los sobrevivientes del ataque a Tabah tuvieron entonces que enfrentarse con las dos ametralladoras instaladas para destrozar todo lo que se interpusiera ante su fuego cruzado. Los que sobrevivieron a la primera descarga, arrojaron sus armas y se diseminaron por las colinas para nunca jamás volver a combatir.

CAPÍTULO XIII

Octubre de 1937

La oficina del Waqf servía de cuartel general al gran muftí de Jerusalén. Estaba situada justo a la salida de la gran plaza conocida como el Haram esh Sharif, el antiguo Templo del Monte de Salomón y Herodes. En el Haram esh Sharif se encontraba el principal edificio del Islam, la cúpula de la Roca que dominaba todo Jerusalén. La imponente construcción tenía trece siglos de antigüedad. Era el sitio del sacrificio de Abraham, el sanctasanctórum de los templos hebreos, y la roca desde donde Mahoma había dado su legendario salto hacia los cielos. A su sombra, se levantaba una pequeña réplica de la cúpula, conocida como la mezquita de la Cadena, que había servido de modelo para el edificio mayor. El muftí utilizaba la mezquita de la Cadena como su lugar personal de adoración. Varias veces al día cruzaba desde su despacho en el Waqf para cumplir con sus necesidades espirituales.

Estaba sentado, con las piernas cruzadas, meditando.

—¡Su Eminencia! —escuchó que decía una voz desde la penumbra.

Lentamente saliendo de su trance el muftí abrió los ojos.

—¡Su Eminencia! —repitió la voz, que resonaba contra el mármol.

El muftí se volvió y se encontró con Gustav Bockmann, torpemente ataviado de árabe.

—¿No ve que estoy orando?

—Debe irse ya mismo. Los británicos están rodeando su Consejo y a todos sus comandantes. Hay orden de arresto para usted.

El muftí se puso de pie refunfuñando y miró confundido a su alrededor.

—Rápido —dijo Bockmann—. Debe usted esconderse.

Salieron corriendo de la mezquita rumbo al otro gran edificio, la mezquita Al Aksa. Entraron y velozmente bajaron por una angosta escalera de piedra hasta unas cavernas subterráneas. El olor rancio de los años se mezclaba con el aroma de la pólvora allí almacenada para la revuelta.

—No debe moverse de aquí hasta que yo regrese —le indicó Bockmann.

Un día y una noche pasaron antes de que regresara el alemán con varios bultos debajo del brazo. Le había llevado comida y bebida, ropa y utensilios para afeitarse.

—¿Qué está pasando allí arriba?

Bockmann enumeró una larga lista de hombres de su Consejo que habían sido capturados. Algunos líderes habían escapado, pero se estaban realizando redadas en todo el país. Corrían rumores de que los británicos enviarían a los prisioneros a las islas Seychelles, que quedaban en el océano Indico.

—¡Hijos de perra! —exclamó Haj Amin.

—Tenemos un barco fondeando en Jaffa —prosiguió Bockmann—. Debe permanecer usted aquí hasta el sabbath árabe, cuando habrá miles de fieles en Al Aksa. Será su mejor oportunidad para huir.

—No me gusta esta mazmorra.

—No puede moverse de aquí. Están patrullando toda la Ciudad Vieja y todas las salidas están muy vigiladas.

Bockmann le sugirió que se afeitara la barba y se pusiera la indumentaria que le había llevado, la túnica blanca que usan las mujeres musulmanas para ir a orar los viernes por la mañana.

Durante el sabbath, en el Haram esh Sharif se amontonaron más de veinte mil fieles. Las oraciones comenzaron al mediodía, y la marea humana cubrió las callejuelas de la Ciudad Vieja, haciendo extremadamente difícil detectar a nadie. Mezclado entre una multitud de mujeres que salían por la Puerta de Damasco, Haj Amin al Heusseini eludió fácilmente la vigilancia británica.

Lo ocultaron en un cajón similar a muchos otros cargados con tomates con destino al puerto de Jaffa. Desde allí se dirigió en un vapor alemán remontando la costa hasta Beirut, y luego por tierra firme, hasta Damasco. En esta ciudad Haj Amin volvió a reunir a sus jefes y continuó organizando los tumultos en Palestina.

Los Escuadrones Nocturnos Especiales de Orde Wingate establecieron firmemente una nueva era y un nuevo principio. No puede afirmarse que sólo ellos hayan sofocado el levantamiento de los árabes, pero decididamente le quitaron vigor al entusiasmo rebelde. El tiempo de los incontestados ataques nocturnos árabes había acabado. Los Escuadrones ampliaron sus operaciones. Cruzaron la frontera y entraron en el Líbano, recuperando esa tierra de manos de los insurgentes. Los ataques árabes comenzaron a declinar.

Los irregulares de Kaukji habían sido lastimosamente ineficaces. Enfrentados con un duro desafío, sus ansias de acción, oro y gloria dejaron paso a la añoranza por su tierra. Desertaron en tropel, y huyeron de Palestina a sus respectivos países.

Incapaz de detener la inmigración judía o de desalojar los campamentos judíos, el muftí dedicó sus últimas energías a destruir a su oposición árabe. Al culminar el segundo año de alzamientos, las bandas de Haj Amin se lanzaron a acciones homicidas, y al terminar éstas, ocho mil árabes palestinos se habían dado muerte unos a otros.

Como el muftí había desaparecido y los guerreros de Kaukji se batían en retirada, los árabes antimuftí que habían sobrevivido cobraron ánimo y alzaron sus voces contra la revuelta, que empezó a declinar.

Al finalizar otro año la sublevación del muftí había fracasado por completo, pero había logrado desorganizar el Mandato. Desde el principio, los británicos se cerraron en una posición insostenible. Palestina era la tierra doblemente prometida; primero

como patria para los judíos por medio de la Declaración Balfour, y luego para los árabes como parte de la «más grande nación árabe».

Durante los años de revueltas y disturbios, las comisiones británicas de investigación realizaron su labor. Cada una emitía un documento reduciendo la inmigración judía y la venta de tierras. Salieron a relucir planes de división. Según dichos proyectos, los judíos obtendrían una angosta franja de tierra desde Tel Aviv hasta Haifa. Se impondría a Jerusalén un mandato permanente de ciudad internacional. Los judíos se inclinaban por aceptar la división, pero los árabes contestaron con un rotundo no a todo. La mayoría de los árabes que querían llegar a un arreglo con los judíos habían sido asesinados por las fuerzas del muftí.

En el cenit de la sublevación árabe, una alta comisión británica, la Comisión Peel, determinó que Gran Bretaña ya no poseía la capacidad para dirigir el Mandato.

La guerra se dibujaba en el horizonte europeo, y cualquier pretensión británica de imparcialidad en Palestina desapareció por completo. Al emitir el informe especial de la Comisión Peel, los ingleses renunciaron por completo a sus obligaciones respecto a brindar una patria a los judíos. La política británica era ahora la de ganar a cualquier precio el apoyo del mundo árabe para proteger sus intereses en aquella región.

En vísperas de la Segunda Guerra Mundial, millones de judíos se encontraban atrapados desesperadamente en Europa. El informe oficial les cortó las rutas finales de huida al propugnar la interrupción de toda inmigración judía a Palestina y la terminación de la venta de tierras. Pese a que la sublevación del muftí había sido sofocada, el informe oficial británico le confirió la victoria *in absentia*.

Cuando se declaró la guerra contra Alemania, casi la totalidad del mundo árabe se alió espiritualmente con los nazis. Los judíos traicionados de Palestina manifestaron: «Lucharemos en la guerra como si no hubiera un informe especial, y lucharemos contra este informe como si no hubiera guerra». Al cabo de unos días, ciento treinta mil hombres y mujeres de la Palestina Judía se enrolaron para el servicio militar con los británicos.

Haj Ibrahim estaba notablemente sombrío. Gideon Asch se había alejado del kibutz de Shemesh en numerosas ocasiones, para ir al desierto o en misiones de adiestramiento, y seguramente para hacer entrar de modo clandestino armas e inmigrantes ilegales. A veces tardaba meses en volver. Cada vez que Gideon se iba, Haj Ibrahim se sentía muy inquieto. Desde luego, nunca lo confesaba.

Tabah había sido muy maltratada durante la rebelión árabe. Veinticinco de sus habitantes habían muerto o desaparecido. Para sus adentros, Haj Ibrahim sabía que, sin la ayuda de la Haganah y los Escuadrones Nocturnos Especiales, el resultado habría sido desastroso para él. Nunca pudo pensar en términos de gratitud. Por el contrario. Luchar árabe contra árabe era un modo establecido de vida, de cientos y cientos de años de antigüedad. Ser salvado por los judíos y los británicos era una

nueva humillación.

—Usted es demasiado viejo para ir a la guerra —le dijo Haj Ibrahim a Gideon mientras servía café para ambos.

—No para esta guerra.

—Si tiene cien amigos, tire noventa y nueve y sospeche del restante —sostuvo Ibrahim—. A veces pienso que es mi único amigo verdadero. Los parientes y miembros de la tribu son distintos. Ellos no pueden ser amigos porque son rivales. Los hijos a menudo también son enemigos. Pero la religión no nos permite trabar amistad con extraños. Entonces, ¿quién queda? Yo me siento solo. No puedo conocer a un hombre y tener pensamientos diferentes sin que él sea mi enemigo. Al menos usted y yo podemos…, podemos hablar.

Gideon cambió de tema porque Ibrahim se ponía sentimental.

—Simcha es el nuevo secretario del kibutz —dijo—. Tendrá que tratar con él.

—Es buena persona. Nos llevaremos bien. Seguramente los británicos le darán a usted el rango de general.

—No, nada de eso.

—¿Coronel?

—Un simple asesor sobre asuntos árabes.

Lo hará muy bien —afirmó Ibrahim—. Sé por qué usted debe ir a pelear contra los alemanes, pero a mí no me importa quién gane o pierda. No tengo problemas con los alemanes. No estoy enojado con ellos. No creo siquiera haber hablado nunca con uno, salvo tal vez con un peregrino. —Lanzó un suspiro—. Ahora los alemanes nos hacen las mismas promesas que nos hicieron los británicos para obtener nuestro apoyo en la Primera Guerra Mundial. Yo escucho las trasmisiones de onda corta desde Berlín. Ellos dicen que los nazis y los árabes son hermanos, pero todo el mundo nos miente cuando se aproxima una guerra. Van a aprovechar nuestra colaboración, y después nos dejarán pudrir como hicieron los británicos.

—Si los alemanes logran llegan hasta Palestina, al menos no tendrá que preocuparse más por los judíos —dijo Gideon.

—Yo no estoy con los alemanes sólo por la forma como están tratando a los judíos, pero tampoco soy projudío. En Palestina ya no quedan líderes árabes, y no confío en los del otro lado de la frontera.

—Eso descarta prácticamente a todos.

—¿Por qué será que los únicos hombres a quienes seguimos son los que nos aplican un cuchillo al cuello? —se quejó Ibrahim—. Aprendemos a someternos. Eso es lo que dice el Corán. ¡Sométete! ¡Sométete! Pero los hombres ante quienes nos sometemos nunca ponen en práctica la voluntad del Profeta sino la propia. Cuando usted regrese, ¿qué será de nosotros, Gideon? No hemos luchado entre nosotros dos y tiene que suceder. Usted seguirá trayendo judíos a Palestina y nosotros protestaremos.

—¡Está usted muy trastornado!

—Estas cosas siempre me dan vueltas por la cabeza. ¡No quiero que vengan aquí los sirios! ¡No quiero a los egipcios! Y ahora me quedo solo con estos pensamientos. Los judíos son inteligentes. Están mandando a miles de sus muchachos a entrenarse como soldados del Ejército británico.

—No creo que nos pongan en seguida en unidades de combate a menos que estén desesperados.

—Pero ustedes estarán preparados cuando la guerra nos separe. Ustedes han logrado un gobierno dentro de otro gobierno, pero nosotros recibiremos la bendición de otro gran muftí, de otro Kaukji o de otro rey degenerado como el de Egipto. ¿Por qué Alá nos envía a estos hombres? Lo siento, Gideon. Mis pensamientos van de acá para allá. Pase lo que pase…, no quiero que nada le suceda a usted.

Gideon dio un golpe sobre los brazos del enorme sillón y se puso en pie.

—Una vez alguien me preguntó si tenía amigos entre los árabes. Yo contesté que en realidad no lo sabía. Creo que tengo un amigo. Por algo se empieza, ¿no? Usted ha confiado en mí, ¿verdad?

—Usted es el único en quien confío, entre toda su gente y mi gente.

—Quizá si los judíos no viviéramos excesivamente angustiados por el miedo de perecer que nos domina…, siempre tan temerosos de perecer. Tengo cincuenta y tres años, Ibrahim, y manejo armas desde los catorce. ¿Es justo saber a cada instante que hay fuerzas que quieren matarlo a uno, que no renunciarán hasta conseguirlo…? Y nadie escucha nuestro lamento… entonces voy a la guerra porque los alemanes desean nuestra muerte más que ustedes.

—Venga —propuso Haj Ibrahim—, bajemos juntos hasta el camino.

CAPÍTULO XIV

1940

El centro de la vida social del pueblo, para los hombres, era la radio del café de Tabah. Al marchar el mundo implacablemente hacia una segunda conflagración, la radio pasó a desempeñar un papel de suma importancia.

Para los árabes, esas épocas significaron cierta dosis del placer de la venganza. Los gobiernos de Francia y Gran Bretaña, y sus soberbios jefes de Estado, se habían vuelto políticamente tímidos y temerosos. Un Hitler envalentonado se apoderó de Austria y convirtió luego a la España republicana en campo de pruebas de su nuevo y temible arsenal de armamentos mientras las democracias hacían la vista gorda.

En una conferencia realizada en Munich, los árabes observaron a otras dos democracias tambaleantes, moralmente en bancarrota, entregar la vida de una nación libre, Checoslovaquia. Pocos meses más tarde de este tratado en Munich, Alemania ratificó sus intenciones formando alianza con la Italia fascista, y juntas se abocaron a devorar la civilización occidental. Todo esto era motivo de júbilo en Tabah.

—¿Te enteraste, Haj Ibrahim? ¡Es la guerra!

Haj Ibrahim pudo detectar los primeros cambios de actitud entre su gente, que quedó asombrada cuando los panzer alemanes arrasaron Polonia en cuestión de semanas.

La actitud de Haj Ibrahim era dar sanos consejos y permanecer firme, sin verse atrapado por la volubilidad de los paisanos. Él era la mano segura entre los hombres que dirigían los destinos de su aldea. Los conquistadores iban y venían, y uno los soportaba. Lo más importante, empero, era la interminable lucha contra la Naturaleza, porque eso siempre permanecía.

Sin embargo, ni siquiera él pudo evitar sentirse atrapado por la fiebre a medida que Alemania acumulaba una victoria tras otra durante la primera mitad de 1940. Una gran euforia se apoderó de la Palestina árabe. Haj Ibrahim envió a su hermano Faruk hasta Jerusalén para comprar mapas de Europa y el Oriente Medio, y el café se transformó en una sala de guerra. Cada nuevo alfiler clavado o línea trazada en los mapas provocaba discusiones sobre la invencibilidad germana y la necesidad del mundo árabe de aliarse con ellos.

Gideon Asch fue a la guerra. Los británicos utilizaron sus notables antecedentes con los árabes y su conocimiento del muftí, y le encomendaron la misión de seguirle el rastro a Haj Amin al Heusseini. Después de haber huido de Damasco a principios de la guerra rumbo a la más segura Bagdad, el muftí pudo generar nuevos problemas cuando ciertas facciones netamente progermanas de los militares iraquíes planearon

apoderarse del gobierno, que conducía débilmente un joven regente.

Gideon Asch tenía el pelo y la barba blancos, y por su manera de vestir, y el dominio del idioma pasaba fácilmente por árabe. Cerca del Mustansiriya College, probablemente la Universidad más antigua del mundo, estableció una excelente red de espionaje utilizando fundamentalmente judíos iraquíes. Sobornó a numerosos iraquíes que ocupaban puestos clave en el Gobierno y en las Fuerzas Armadas.

Cuando cayó Francia, la guerra quedó repentinamente en las puertas de Palestina. La mayoría de las posesiones francesas fueron tomadas por el nuevo Gobierno de Vichy, que colaboraba con los nazis. En un instante Siria y el Líbano se encontraron en manos progermanas, mientras que el crítico tema de Irak quedaba aún sin resolver.

En el norte de África, una segunda amenaza se cernía contra Palestina. El gran «Desierto Occidental» se extendía pasando la frontera de Egipto y Libia, donde los italianos habían estacionado un portentoso ejército —más de trescientos mil hombres — con la misión esencial de cruzar el desierto y conquistar Egipto, el canal de Suez y Palestina.

Aunque los británicos eran superados en número en una proporción de diez a uno, tuvieron la audacia de iniciar una dura ofensiva contra los italianos que les significó apresar decenas de miles de prisioneros y los llevó a penetrar en Libia.

Una vez más Hitler tuvo que acudir en auxilio de su socio. A principios de 1941 un joven mariscal alemán llamado Erwin Rommel arribó a Trípoli (Libia), y con una fuerza altamente mecanizada conocida como Afrika Korps reconquistó el territorio que habían perdido los italianos. Rommel se detuvo en la frontera egipcia para reagruparse debido al agotamiento extremo de la línea de abastecimiento.

Pero Palestina estaba amenazada desde el Este y el Oeste.

Pese a que los británicos habían sido muy golpeados, lograron una fuerza de australianos, indios y brigadas francesas libres, y lanzaron una invasión a Siria y el Líbano desde Palestina. Los dirigían unidades de exploradores judíos, la mayoría de los cuales había formado parte de las Escuadras Nocturnas de Orde Wingate. Todos ellos, en algún momento de su vida, habían prestado servicios a las órdenes de Gideon Asch. Esta expedición se apoyaba en los datos de Inteligencia suministrados por la unidad de Bagdad de Gideon Asch y otras redes judías de espionaje que se habían formado anteriormente.

Al mismo tiempo, un sector progermano se apoderó del gobierno de Irak. Una fuerza británica rápidamente congregada en el único puerto de mar de Irak, Basra, sobre el golfo Pérsico —el puerto de Simbad, de sus siete viajes y de *Las mil y una noches*—. Como Basra quedaba a varios cientos de kilómetros de Bagdad, hubo que enviar una segunda fuerza por tierra desde Palestina, nuevamente guiada por los servicios de Inteligencia de Gideon Asch.

Cuando los británicos llegaron a las puertas de Bagdad, los iraquíes pronazis

enloquecieron, y en el último momento se abalanzaron sobre el ghetto judío de la ciudad. Cuatrocientos hombres, mujeres y niños judíos fueron asesinados. Gideon Asch fue traicionado por un renegado. Logró salvar el pellejo pero fue llevado a la tortura. Al entrar los británicos en la ciudad, un enardecido coronel iraquí le cortó la mano izquierda. Su guerra había terminado.

Haj Amin al Heusseini huyó de Bagdad, esta vez al vecino país de Irán, que se debatía políticamente gobernado por el sha de veintidós años de edad. Los británicos se internaron rápidamente en el país para conquistarlo. Mientras lo hacían, los japoneses concedieron asilo al muftí en su Embajada de Teherán, y finalmente lo sacaron del país. Haj Amin al Heusseini volvió a aparecer en Berlín. Pasó el resto de la guerra realizando trasmisiones de radio para el mundo árabe en nombre de los nazis. También colaboró para formar una división de musulmanes yugoslavos que combatieron junto a los alemanes.

Con la ocupación de Irak, Siria, el Líbano e Irán, los aliados se habían asegurado el flanco del Este en el Oriente Medio. En el Desierto Occidental se desarrollaba una feroz batalla de desgaste entre los británicos y el Afrika Korps de Rommel. Enormes cantidades de tanques utilizados como piezas de ajedrez se destruyeron mutuamente.

En numerosas ocasiones El Cairo fue ataviada con las esvásticas nazis para dar la bienvenida a los «libertadores». Sólo fue en octubre de 1942 cuando el general británico Montgomery y el alemán Rommel se enfrentaron por segunda vez en un oasis llamado El Alamein, a pocos kilómetros de Alejandría.

El Afrika Korps sufría severos reveses, pese a que también causaba importantes bajas a los británicos. Rommel ordenó realizar una ordenada retirada hasta una posición desde donde pudiera presentar una firme defensa. Al ver que se esfumaba el sueño del canal de Suez, Hitler le ordenó permanecer en El Alamein. Cuando Rommel pudo finalmente retirarse, lo hizo en desordenada fuga.

CAPÍTULO XV

La virilidad del jeque Walid Azziz, jefe de la tribu wahhabi, era legendaria. Nadie sabía su edad a ciencia cierta, pero se decía que había nacido durante la guerra civil norteamericana. Había enviudado en varias ocasiones, y cada vez reemplazaba a la difunta por una mujer más joven, en edad de procrear. Su última esposa tenía menos de veinte años cuando él ya superaba los setenta, y en los diez años siguientes le dio una prole de ocho hijos. Aún vivían dos de sus esposas y un número desconocido de concubinas. Muchas de las viudas de la tribu lo consideraban un marido sustituto, y de buena gana acudían a su tienda. La progenie total de Walid Azziz eran aproximadamente unos veinticinco hijos varones, y otras tantas mujeres. Sus hijos eran el cimiento de muchas alianzas por medio de los matrimonios intertribales. Significaban también un crecimiento de los clanes de los wahhabis asegurando a Azziz la continuación de su mandato.

Para Walid Azziz la venta de hijas era una lucrativa fuente de ingresos. Si un hombre poseía suficiente dinero podía comprar a la hija de un sultán. Él conocía el valor exacto de todas sus mujeres. También sabía cómo especular para futuros momentos de necesidad reteniendo a sus mejores hijas, de las que más adelante podría obtener mayores beneficios.

Ramiza tenía dieciséis años, la edad ideal para el matrimonio e indudablemente le reportaría una buena suma de liras. El hijo del jefe de un prominente clan había sido el principal candidato. Lamentablemente, después de cerciorarse con las viejas comadronas, se determinó que Ramiza había compartido la misma ama de leche que el muchacho, y por lo tanto el matrimonio estaba vedado. La sangre era una cosa, ya que gran parte de la raza árabe está formada por parejas de primos, pero la leche era otra.

Haj Ibrahim tenía todo lo que un hombre podía desear en la vida: hijos varones, una casa grande, una mujer obediente y un caballo veloz. Sin embargo, no estaba del todo satisfecho. Hagar se había desempeñado bien, pero Ibrahim se volvía más lujurioso a medida que su mujer se volvía más desganada. Después de haber nacido Ismael, se convenció de que ella no le daría más hijos. Tenía cuatro varones pero no estaba contento con tres de ellos, e Ismael era demasiado niño como para poder juzgarlo.

En las cercanías de la aldea era más difícil mantener a concubinas que en la libertad del campamento beduino o en los laberintos de la ciudad. En ocasiones visitaba Lida para divertirse con prostitutas, pero eso jamás lo satisfacía plenamente.

Ibrahim había ido al campo tribal para el entierro de un tío, el hermano del jeque. Mientras estuvo allí vio a Ramiza. Walid Azziz no insistía en que las mujeres usaran

velo, salvo en presencia de extraños. Además, el jeque estaba en el negocio de la venta de hijas, y no se oponía a que los clientes potenciales captaran de un vistazo los rostros de sus hijas más bonitas.

Haj Ibrahim envió a su hermano Faruk como representante para negociar la compra de la muchacha. Con la advertencia de que «Walid Azziz no ha gobernado todos estos años nuestra tribu porque no sabe diferenciar una mula de un caballo», Faruk, siempre deseoso de servir a su hermano, prometió desplumar al jeque en la transacción.

El jeque sospechó la intención de la visita, pero no estaba seguro de cuál de sus hijas quería. Mentalmente le había puesto un precio a cada una. Antes de llegar Faruk, junto con los ancianos determinó que Haj Ibrahim había nacido antes del nuevo siglo, o sea que debía de tener unos cincuenta años. Por consiguiente, Walid Azziz supuso que preferiría a alguna de sus hijas de más edad, aún fértiles pero menos vendibles.

Faruk fue recibido en la pequeña tienda privada del jeque, que éste utilizaba para alejarse del ruido de su familia en las tiendas más grandes. Faruk y el jeque comentaron los recuerdos de la reciente lucha contra el muftí y de otras batallas ganadas, tema favorito de conversación entre los hombres. Cuando llegó el momento de la consulta privada, Azziz hizo salir a sus dos esclavos negros. Después de varias insinuaciones el visitante dejo caer delicadamente el nombre de Ramiza. Faruk cogió al anciano desprevenido por un momento, y se dedicó a enumerar las virtudes de sus otras hijas.

—De nada vale, tío —dijo Faruk—. Ibrahim está enamorado. Vio que los ojos de ella eran emisarios de mayores bellezas.

Azziz caviló profundamente. La decisión a tomar debería fundamentarse en varios factores. La tribu había soportado una racha de mala suerte. Muchos de sus mejores guerreros habían muerto durante la sublevación del muftí. Una alianza con Haj Ibrahim no le haría ningún daño. También había otras necesidades urgentes. Hacía falta dinero para sembrar semillas. Varios de sus camellos de pronto se habían tornado viejos y cojos. Al haber militares británicos por todo el desierto del Negev y del Sinaí, era difícil practicar el contrabando. Algunos de sus mejores contrabandistas habían sido encarcelados. Como la paga de guerra era alta, muchos habían desertado de la tribu para irse a trabajar en el Ejército británico. La mayoría enviaba su sueldo a la familia, pero varios habían huido a las ciudades.

Su propio hijo había escapado convirtiéndose en un homosexual prostituido en Jaffa.

El asunto era si podría recibir o no una oferta más ventajosa que la de Haj Ibrahim.

—Ramiza es una joya impoluta —la elogió, llevándose una mano al corazón.

Faruk interpretó ese gesto como que las negociaciones iban por buen camino.

El jeque se dio una palmada en la cabeza y agitó los brazos con energía.

—Ni el mismo Alá se ha regodeado la vista en pureza semejante. Debo ser totalmente sincero contigo, sobrino. He recibido numerosos pedidos para Ramiza. Un pobre pordiosero tras otro me han insultado con su oferta. Ella es un don, un tesoro. Puede procrear numerosos hijos. También trenza canastos…

Durante casi una hora fueron expuestas apasionadamente las cualidades de la joven.

La primera parte del trato era obtener para la presunta novia una fortuna personal y un ajuar. Si bien el dinero iba directamente a ella, serviría como indicio de lo que el jeque podía esperar para sí mismo en concepto de daños. Ramiza tenía derecho a una cantidad de obsequios y beneficios específicos. Debía tener una habitación igual en tamaño y mobiliario a la de la primera mujer, así como un cuarto para sus hijos. Debía recibir la escritura de una parcela propia de terreno para el caso de fallecimiento del marido.

Haj Ibrahim había sido lo suficientemente astuto como para no enviar a Faruk a Gaza a negociar con las manos vacías. El ajuar de la novia que ofrecía era muchas veces superior al requerido. Tras comprobar semejante generosidad inicial, el apetito del jeque de repente se incrementó. Ramiza debía recibir cincuenta *dunams* de tierra, más del doble de lo que poseía Hagar. Eso la convertiría en una viuda rica, asegurándole un buen segundo matrimonio.

Una vez atendidas las necesidades de Ramiza, había llegado el momento de compensar al padre por la gran pérdida. La acalorada negociación duró seis horas; hubo golpes en el pecho, quejas de pobreza, exaltación de las virtudes de la novia, insinuación de robo e innumerables insultos. Una a una fue enumerando el jeque las limitaciones de Ibrahim en lo referente a oro y plata, monedas, cosechas, semillas, cantidad de animales. Faruk se las había ingeniado para quedar levemente por debajo del límite que le había dado su hermano. El aroma de un buen negocio comenzaba a impregnar la tienda. Faruk jugó entonces su carta definitiva.

Dado que había una guerra y tantos soldados y convoyes militares que pasaban por Tabah, la aldea naturalmente se había dedicado al tráfico ilegal de armas. La oferta final de Haj Ibrahim eran dos docenas de valiosísimos rifles de los modelos más modernos, y cinco mil cargas de municiones. Faruk notó el cambio en la expresión de su tío, y se dio cuenta de que el hombre trataba de disimular su satisfacción.

—Ya estamos muy cerca —sentenció Azziz—. En vez de seis camellos, pienso en ocho.

—Eso está fuera de toda discusión.

—Pero es que estamos muy, muy cerca, sobrino. Mi intención es quedarme con el

séptimo camello para vender el octavo… y el dinero que obtenga por él irá de vuelta a ti.

—No quiero ni escuchar esa propuesta.

—Y en lugar de veinticuatro rifles, digamos treinta y cinco, y el producto de la venta de cinco será para ti.

Faruk cerró los ojos y negó sacudiendo la cabeza.

—No y mil veces no.

Sin embargo, Walid Azziz siguió repasando la lista, de modo que cuando concluyó, el sobrino había obtenido una pequeña fortuna.

Faruk regresó a Tabah alborozado y contó cómo había estafado al viejo jeque para sacarle a su hija preferida a un precio sumamente razonable.

Un mes más tarde, sin la menor ceremonia se le indicó a Hagar que debía ir a visitar a sus parientes de Khan Yunis, en la zona de Gaza, y no regresar hasta que la fueran a buscar.

Después de su partida Haj Ibrahim organizó a todas las mujeres de la aldea para que prepararan una celebración de inmensas proporciones. Varios días después una imponente hilera de camellos se recortó contra el horizonte en dirección a Tabah. Vestido con nuevo atuendo, Haj Ibrahim salió al galope a recibirlos y conducirlos al pueblo.

Tabah poseía una posada que constaba de dos espaciosas habitaciones, una para las mujeres y la otra para los hombres. En la Antigüedad, el pueblo quedaba a un día de viaje en camello desde Jerusalén, y la posada era usada por los peregrinos musulmanes. Actualmente los camelleros llegaban varias veces al año a Tabah a levantar cosechas, utilizando también el albergue. En otras ocasiones tales como bodas o demás reuniones importantes, la habitación grande se destinaba a sala de fiestas, en vez de la tienda.

La totalidad de la población masculina de Tabah se había congregado en la plaza. Haj Ibrahim entró primero seguido por el gran Walid Azziz, montado a caballo y flanqueado por sus dos esclavos, que cabalgaban en burro. Se ataron los camellos en la cuadra de la posada, y dos filas de hombres se aproximaron haciendo disparos de rifle al aire, armando revuelo, dando besos y abrazos, invocando parábolas en nombre de Alá. Se hizo el intercambio de obsequios entre los jefes. El jeque le regaló a Ibrahim una daga de plata del período preotomano y recibió a cambio una excelente montura de camello.

Durante el saludo de los hombres, la novia había sido arrastrada, oculta, hasta la tumba del profeta, sobre la loma, donde se levantaban dos enormes tiendas beduinas, una para cada sexo.

Cuando los hombres hubieron terminado de acampar y descansado de su viaje, bajaron a la posada para la fiesta. Contando los hombres de los wahhabis y los jeques,

muktars, miembros del clan y amigos personales de Haj Ibrahim, eran aproximadamente ochenta los que se recostaron en el piso alfombrado, sobre almohadones y monturas de camello, para ser atendidos por más de cien mujeres.

Ni el jeque ni Haj Ibrahim permitieron que la religión interfiriera con su deseo de beber en tal ocasión. Bocas y estómagos sintieron el fuego del aguardiente que les hizo saltar lágrimas a todos incluso los más endurecidos.

Se decía que había cuatro formas de comer. Con un dedo para indicar disgusto; con dos como demostración de orgullo; con tres como expresión de normalidad, y con cuatro como muestra de voracidad. En esta oportunidad prevaleció estrictamente el sistema de los cuatro dedos.

Haj Ibrahim había amonestado a menudo a los aldeanos por dar fiestas que no podían luego costear. Se trataba de una debilidad de los árabes, una manera falsa de probar la propia imagen. Haj Ibrahim no era, desde luego, hombre propenso a sentirse atado por los consejos que daba a los demás. El muktar de Tabah hacía despliegues de generosidad y poderío con la majestuosidad de sus fiestas. Muchas veces Faruk se quejaba de que los banquetes de su hermano los estaban llevando al borde de la ruina, pero de nada servía.

Después de la ceremonia de lavado de manos, llegó la comida en batallones, legiones y regimientos. Abrieron el desfile tres docenas de variedades de ensaladas.

Pilas de pan fueron desmenuzadas para sumergirlas en las ensaladas, mientras el resto se tomaba con los dedos. Había *hummus* y *tehina* de garbanzos aplastados, semillas de ajonjolí, aceite de oliva y ajo. Había hojas de parra cocidas al vapor rellenas con piñones y grosellas. Había *falafel*, albóndigas fritas de trigo triturado. Había platos de escabeche, aceitunas, ensaladas frías y calientes de repollo, hígado de cordero, entremeses de pepinos, pimientos y numerosos platos de berenjenas, yogur, tomates, cebollas, además de media docena de variedades de quesos, patés, semillas de granada y almendras. Había pequeños pasteles crujientes de cordero y pollo, brochetas de pescado, y varios platos diferentes de habas picadas, mezcladas o enteras.

Después vino el plato principal.

Fuentes rebosantes, tan pesadas que las mujeres apenas podían transportarlas, ostentaban pollos asados tapados de alcuzcuz. En otras fuentes había arroz con ojos y testículos de cordero, rodeadas de pequeñas chuletas del mismo animal. El condimento olía a azafrán, eneldo, a bayas amargas, a limón, a hierbas, canela y ajo.

Luego trajeron melones, melocotones, uvas, ciruelas, plátanos y *baklavas*, pastas finas hechas con miel y nueces, y otros pasteles delgados, suaves y pringosos.

Después de servir seis vueltas de café árabe hervido dos veces, aromatizado con cardamomo, los comensales se lamieron los dedos y hubo profusión de eructos, mientras las mujeres recogían las mesas.

Los narguilés, las pipas de agua, pasaron de fumador a fumador. Acto seguido, nuevas narraciones de grandes batallas y acontecimientos del pasado.

Durante la última parte de la comida Haj Ibrahim se puso visiblemente incómodo. Por último en su rostro se dibujó una amplia sonrisa al ver que entraba Gideon Asch. Cuando Gideon abrazó al jeque Walid Azziz, un profundo murmullo de aprobación se alzó entre los wahhabis, puesto que Gideon había comido y dormido en sus tiendas durante los proverbiales cuarenta días, y era casi uno de ellos.

Walid Azziz, que no veía a Gideon desde la guerra, se sobresaltó al reparar en la manga donde faltaba medio brazo. Entonces, el viejo jeque hizo algo que muy pocos hombres jamás hubiesen presenciado: lloró.

CAPÍTULO XVI

La fiesta no tardó mucho en disolverse. Poco después de llegar Gideon después del largo viaje y de la orgía de comida, el viejo jeque presentó de pronto un aspecto comatoso. Los aldeanos se retiraron mientras muchos beduinos se tendían donde habían estado sentados, y prorrumpían en un coro de ronquidos.

Si bien muchos de los beduinos eran miembros del clan, tíos y sobrinos de los pobladores, éstos atrancaron firmemente sus puertas, escondieron sus objetos de valor y contaron a sus hijas.

Haj Ibrahim caminó con Gideon hasta un punto fuera del pueblo, donde pudieron estar solos. El muktar parecía terriblemente ansioso.

—Tenía miedo de que no regresara a tiempo para mi boda.

—Usted sabe que no iba a fallarle.

—Mañana completaremos el convenio —continuó Ibrahim—. Ella es una flor exquisita, un hada y yo soy muy afortunado. ¿Qué opina de todo esto, Gideon? Tal vez los judíos deberían considerar la posibilidad de tomar una segunda esposa. Así podrían tener muchos más hijos.

—Y muchas más probabilidades de que tramaran contra uno.

—¡Ja! No importa. Mi hermano Faruk viene estafándome desde hace años. Estoy seguro de que mi hijo Kamal también lo hace. Pero soy un hombre compasivo. Si un hermano y un hijo se pasan la vida trabajando para uno, y uno es rico y ellos son pobres, entonces se dedican a estafar. No hay que tener hambriento al propio perro, digo yo; de lo contrario, alguien le dará un trozo de pan y te lo robará. Créame, he adquirido la prudencia necesaria para manejar una segunda familia.

Haj Ibrahim se aclaró la garganta repetidas veces, clara señal para Gideon de que pensaba abordar un tema espinoso.

—Quiero hablarle de una cuestión muy delicada. Usted es el único amigo a quien puedo hacer tal confidencia. —Su rostro era serio—. Esto es lo más íntimo que he revelado en mi vida. Estoy poniendo mi mayor secreto terrenal en sus manos.

—¿Está seguro de que debe hacerlo?

—Confío en usted; al menos, eso creo.

—Muy bien. ¿De qué se trata?

Haj Ibrahim volvió a carraspear, se inclinó muy cerca de Gideon y bajó la voz pese a que no había nadie que pudiera oírlo.

—Esta muchacha, Ramiza, es muy joven, y yo he pasado ya muchas cosechas. —Lanzó un suspiro profundísimo—. Es fundamental que le cause una excelente impresión porque este matrimonio es el más importante que se celebrará en la tribu wahhabi en muchos años. Gideon, amigo mío, últimamente he tenido algunos

fracasos.

—¿Qué clase de fracasos?

El muktar hizo un amplio ademán con los brazos y refunfuñó.

—De la clase más humillante. Por cierto que la culpa no es mía. Hagar sencillamente ya no me resulta tan atractiva. Sé que han corrido chismes entre las mujeres en el pozo de agua. Hagar contó que ya no hay satisfacción en nosotros. Debo causar una buena impresión a mi nueva esposa porque si no, eso será mi ruina.

—¿Habla usted de su papel como hombre, como amante en la cama?

Ibrahim emitió un largo suspiro.

—No lo entiendo. Ha comenzado a ocurrirme después de la última cosecha, y sólo de tanto en tanto.

Gideon asintió con la cabeza, demostrando que comprendía la turbación de su amigo. El nudo central de la existencia de un árabe era su masculinidad. La impotencia era la más horrenda desgracia que podía abatirse sobre un hombre.

—¿Y qué puedo hacer por usted?

—Sé que ustedes, en Shemesh, tienen ciertos remedios para corregir la situación.

—Ibrahim, los hombres han buscado ese elixir mágico desde siempre. Ustedes los árabes poseen sus propios afrodisíacos.

—He probado con todos. Incluso mandé buscar una revista a El Cairo. No dan resultado. Yo ando bien, salvo cuando me pongo nervioso y pienso demasiado en el asunto.

Gideon se encogió de hombros.

—Esa medicina que ustedes usan con toros y caballos, que proviene de España.

—¡La cantárida española!

—Sí, la cantárida.

—Pero eso es para los animales. Sería peligroso que lo empleara un humano. No, Haj Ibrahim, de ninguna manera.

—Si me pongo nervioso y le fallo a esta jovencita, me voy de Tabah, de Palestina. Viajo a la China.

Después de haber confiado el más íntimo de los secretos para un árabe, las consecuencias del fracaso eran tan aterradoras que Haj Ibrahim sintió la necesidad de dejar en descubierto su debilidad ante otro hombre.

—Hablaré con el veterinario —aceptó Gideon.

—¡Mi buen amigo! Pero debe usted jurarme por Alá que… —dijo el muktar, llevándose un dedo a los labios.

Dos horas más tarde Gideon regresaba a Tabah y encontraba a Haj Ibrahim paseándose angustiado por la plaza.

Gideon sacó un paquetito de su bolsillo.

—Tuve que discutir como endemoniado para conseguir esto, y mentir

descaradamente.

Haj Ibrahim tomó la mano del amigo y se la besó. Gideon abrió el sobrecito donde había un gramo de polvo pardusco.

—¿Cómo se usa?

—Esto está hecho con insectos molidos e irrita la piel. Utilice sólo una pizquita para frotarse la punta del pene. —Gideon apretó el pulgar y el índice para demostrar la cantidad infinitesimal—. Poner demasiado sería muy peligroso. Después, quedará usted librado a sus propios recursos.

Haj Ibrahim se restregó las manos alborozado.

—La dejaré embarazada en seguida. Entonces, todo el mundo sabrá una vez más lo grandioso que soy.

Después de las plegarias matutinas, Faruk, los jefes de los clanes y los ancianos se reunieron en casa de Ibrahim. Luego desfilaron solemnemente hasta la loma y entraron en la tienda de Walid Azziz. Varios de los miembros más importantes de los wahhabis estaban sentados a ambos lados del viejo jeque. En el piso había monturas de camellos rodeadas por docenas de almohadones bordados formando un semicírculo.

Faruk había llevado un pequeño cofre de plata y oro, y una cantidad de documentos oficiales. Levantó la tapa, sacó el primer documento y lo leyó. En él se detallaba la fortuna de la novia que debía pagar el marido, el precio abonado a su padre, y las condiciones para la devolución de la joven si resultaba que no era virgen, si no procreaba hijos varones en sus tres primeros embarazos o si era estéril.

Faruk entregó luego una escritura donde se otorgaban a Ramiza cincuenta *dunams* de tierra.

El cofre fue colocado ante el jeque. Ése sería el penúltimo pago. Se retenía un pequeño porcentaje para el caso de que ella debiera ser devuelta. Faruk leyó otro documento que consignaba las cosechas y los animales que debían pasar a manos del jeque.

Todos los asistentes asintieron en silencio, corroborando que el contrato se había cumplido y que Haj Ibrahim había demostrado una notable generosidad. El jeque se puso de pie al igual que el novio, y se estrecharon la mano. Desempeñando su papel de sacerdote del pueblo, Faruk leyó la aceptación, que fue repetida tres veces por Ibrahim y Azziz. Citó luego Faruk los primeros versículos del Corán, y el matrimonio quedó sellado.

Cuando los hombres hubieron concluido sus negociaciones, un mar de doncellas del pueblo irrumpió en la tienda de las mujeres, bailando, cantando y contoneándose. A las mujeres se les enseñaba desde niñas a contonearse porque eso servía para desarrollar los músculos que posteriormente se usarían en el parto.

Se puso en exposición el traje y el tocado de novia de Ramiza, para que las

mujeres los inspeccionaran. El tesoro que recibía era un cofre de alhajas beduinas, sencillas monedas redondas de plata y piedras preciosas en bruto. El vestido de novia ostentaba un rebuscado bordado con hilos de plata en las mangas y los laterales. Sobre el pecho, un cuadrado con un diseño intrincado que la identificaba como nueva integrante de Tabah. El bordado de la delantera se denominaba «puntos de las monjas» porque las religiosas de Belén lo enseñaban a las jovencitas, y el traje de Ramiza se parecía enormemente al estilo de Belén.

Tal como lo prometiera, Haj Ibrahim había sido pródigo con el ajuar. El tocado contenía una pequeña fortuna en monedas otomanas cosidas a él. Ibrahim le había encargado seis vestidos en lugar de los tres acostumbrados. El cinturón tenía una enorme hebilla de plata, y su espejo marco de plata también. La sombrilla había sido importada de Inglaterra, y el cofre, de cobre, lo había realizado un artesano judío de la Ciudad Vieja de Jerusalén.

Era una dote dadivosa, que hizo aumentar notablemente la estatura de Haj Ibrahim ante los ojos de las mujeres. En el término de una hora, todas las mujeres de la aldea habían acudido a la tienda. Todas quedaron muy impresionadas, mientras una multitud de cuerpos ondulantes cantaba, bailaba y aplaudía produciendo un gran clamor desde la cima de la loma.

Solamente a las solteras se les permitió entrar en la tienda cuando vistieron a la novia. Una de las hermanas de Ramiza la atavió según la usanza ritual, mientras otra doblaba cuidadosamente los vestidos del ajuar y los guardaba en un arcón. Las muchachas palmoteaban al unísono con cada nueva prenda que le colocaban. Abrieron la bolsa de los cosméticos y le oscurecieron cejas y pestañas hasta obtener un brillante y sensual color carbón. Se le pasó un polvo azul arriba y debajo de los ojos, confiriendo a su mirada el fulgor de un felino. Ramiza permanecía inmóvil, fría, como una muñeca pintada. La hermana terminó rociándola con perfume, al igual que a las jóvenes que estaban más próximas.

Se llamó a la madre de Ramiza para que inspeccionara a su hija. Entró cantando y contoneándose mientras las hermanas de la novia le ponían el velo, el manto y luego el tocado con su despliegue de monedas. Ramiza fue llevada afuera, donde se habían reunido las casadas.

La subieron a un camello. Por primero y último instante de su vida, fue princesa. Se escuchó entonces un ruido muy especial que producían las mujeres con la lengua en señal de alborozo, que luego se tornó en llantos y lamentaciones.

Ramiza permaneció inmóvil, balanceándose levemente con el andar del camello, rodeada por el griterío de los niños y de las mujeres llorosas.

Cuando la ayudaron a desmontar vio por primera vez a su marido, resplandeciente con su nuevo atuendo. Él la saludó parcamente con la cabeza, mientras tanteaba el polvo mágico que llevaba en el bolsillo. Ibrahim caminó delante de ella, y ambos

ingresaron en los aposentos del jeque. Haj Ibrahim y el jeque ocuparon los dos cómodos sillones, mientras, que a Ramiza le tocó uno recto, junto al de su marido. Se ordenó que entraran los hijos de Ibrahim: Kamal, Omar, Jamil e Ismael, y la hija Nada. Éstos saludaron con una reverencia al padre y le besaron la mano; luego hicieron lo propio con el jeque. Les presentaron a Ramiza, quien no cambió su expresión inmutable.

—Bienvenida —fueron diciendo uno por uno.

Comenzaron a desfilar los aldeanos, quienes repetían que «nuestro pueblo es tu pueblo». Al anochecer se escuchó el sonar de tambores y cornetas. Los hombres danzaron y se regocijaron, servidos por las mujeres. Bailaron el *dabkah*, en hileras de seis, ocho o diez hombres con los brazos enlazados en los hombros del de al lado. Sus cuerpos rígidos bailaban como salvajes derviches, realzados por el brillo de las espadas y los gritos de guerra que se elevaban por el aire.

Ibrahim se había librado de sus hijos para la ocasión. Llevó a Ramiza al dormitorio, inundado de incienso y con una luz trémula. Ella jamás había visto una cama, como tampoco una habitación semejante.

Ramiza volvió la cabeza y sofocó unas risitas, mientras fluctuaba entre el nerviosismo y la curiosidad. Se atrevió a espiar por el rabillo del ojo cuando Ibrahim se quitó su túnica y la arrojó a un lado. Ése era el momento que esperaba toda mujer. Desde muy niña, el tema dominante en las conversaciones de las mujeres era el momento cuando el marido se exhibía. Al volver a espiar, abrió más los ojos, y entreabrió los labios, sorprendida, cuando vio lo que él tenía entre las piernas. Toda la vida le habían inculcado que debía temerle al instrumento masculino. ¿Le haría daño aquello? Él lo sostenía con una mano, y estaba hinchado. Luego frotó algo sobre su miembro y avanzó hacia ella.

—¡Quiero verte! —exclamó con voz ronca.

Ibrahim le puso las manos encima, arrancándole torpemente el tocado y el traje de novia. El torso femenino era magnífico, con una piel suave como los aceites y pechos perfectos de grandes pezones. Ella se quitó los largos calzones y se quedó parada, tiesa, mientras él seguía examinándola de arriba abajo.

A Ibrahim comenzó a arderle ferozmente el miembro, haciéndolo jadear como un perro. Agarró a Ramiza, la estrechó en sus brazos, la arrojó sobre la cama y perdió el control saltando sobre ella, enloquecido, penetrándola con ímpetu, lanzando rugidos de alegría, transportado. Ramiza no podía ver, pero pudo sentir a esa enorme criatura que la aplastaba. Sintió esa cosa que la traspasaba entre las piernas. Lanzó un grito de tremendo dolor.

Afuera se bailaba y se comía. Haj Ibrahim no pudo evitarlo y siguió usando el polvito mágico de Gideon. ¡Era sublime! Le permitía seguir y seguir. Toda la noche usó el producto hasta que se le acabó.

Para Ramiza fue una interminable y odiosa pesadilla, tal como le habían anticipado su madre y sus hermanas. Los hombres no valían la pena la noche de la penetración. Deja que pase el tiempo, le había advertido la madre, y quizá de vez en cuando logres algún momento de placer para ti.

Al despuntar el día Ibrahim apenas si podía levantarse de la cama. Para él había sido una noche inolvidable. El secreto del polvillo marrón debía provenir del propio Alá. El camisón nupcial de Ramiza, con sus manchas de sangre, fue colgado orgullosamente en un lugar desde donde el espejo pudo reflejar su imagen en la sala. Todos los visitantes podían ahora comprobar la virilidad de Ibrahim. La noche había sido la hora de la verdad para todas las familias árabes ya que, si la novia le hubiera mentido respecto a su virginidad se habría descubierto y la joven habría sido muerta por sus hermanos, porque de su virginidad dependía el honor de ellos y el de su padre.

Hubo casos en Tabah en que alguna chica no había sido virgen, y el marido había colaborado con ella haciéndose un corte para que su sangre se vertiera en las sábanas.

Las jóvenes que habían perdido el himen debido a la masturbación o por algún accidente o juego brusco, tenían que viajar a Lida para obtener de un médico un certificado de virginidad.

Había también algunas que no eran vírgenes y tenían que engañar a sus nuevos esposos. Por una buena suma, conseguirían que las viudas viejas que practicaban la brujería fabricaran unas bolsitas de piel, llenas de sangre de gallina, que luego se les insertaba en la vagina, de modo que se rompían al producirse la penetración del dedo o del pene del marido. Sin embargo, si éste sospechaba, la sangre podía ser examinada por una comadrona, que era experta en esos trucos.

Cierto porcentaje de chicas tenían el himen elástico, que no se rompía con facilidad. En tales casos, se le solicitaba a la comadrona que lo rompiera con sus uñas y luego certificara la virginidad.

El nuevo marido, que nunca había sostenido en sus manos nada más delicado que una pala o el mango del arado, podía ser torpe, y a menudo provocar una infección. También la partera, con sus uñas sucias, a veces producía cortes en la pared vaginal, causando hemorragias.

Más no fue ésta la suerte de Haj Ibrahim. Por la mañana presentó la sábana con manchas de sangre al jeque Azziz. Éste la colocó en la punta de su espada y salió a galopar alrededor de las tiendas agitándola, ante el clamor alborozado de su gente.

Haj Ibrahim acompañó al jeque Azziz, sus guardaespaldas y esclavos cuando partieron al frente de la caravana que se marchaba de Tabah. La comitiva se detuvo después de medio día de viaje, y esperó que los alcanzara el grueso que venía detrás. Los dos hombres buscaron la sombra antes de entrar en el desierto del Negev, una de esas tierras increíblemente crueles donde sólo un puñado de habitantes muy

peculiares podía sobrevivir. Allí estaba uno de los peores lugares del mundo, una franja que nacía en el Norte de África y llegaba hasta sombríos sitios junto al océano Pacífico. Era la parte más aplastante del orbe, donde los hombres no podían vencer a la tierra. Obnubilados, abrazaban el Islam y sus fatalistas conceptos. El Islam les daba algo en que aferrarse para poder seguir luchando por la vida. Tan duras y brutales eran las fuerzas de la Naturaleza, que las personas allí aprisionadas formaban una sociedad cerrada donde imperaba la brutalidad.

Las manchas marrones y las venas protuberantes dejaban en evidencia la edad de Walid Azziz, un viejo jefe del desierto cuya mano había retorcido más dagas en el vientre de enemigos que el bíblico Joab. Tanto Ibrahim como Azziz se habían autoproclamado líderes, procediendo a afianzar sus pequeños reinos. La tribu y sus hombres fuertes siempre habían constituido el baluarte de la estructura política árabe.

Ibrahim necesitaba información, quizás hasta consejos, pero los hombres, incluso unidos por lazos tan cercanos de parentesco y posición, rara vez hablaban francamente unos con otros.

—Parece que la guerra terminará pronto —comentó Ibrahim.

Walid Azziz, que durante casi noventa años había visto cómo todo llegaba y se iba, se limitó a encogerse de hombros. Todos venían y todos se marchaban. Sólo permanecía el beduino.

—No estoy seguro —prosiguió Ibrahim—, pero creo que es un alivio. Nunca tuve confianza en los alemanes.

Walid Azziz nada dijo. A principios de la guerra, los alemanes habían mandado un par de agentes a la tribu wahhabi para hacer todo tipo de ofrecimientos a los beduinos si éstos aceptaban organizar una rebelión que se coordinaría con el avance del Afrika Korps sobre el canal. Azziz hizo vagas e imprecisas promesas, tal como había hecho antes con los turcos, los egipcios y los británicos, todos los cuales habían reclamado la soberanía sobre los espacios por donde erraban los beduinos.

—Han venido a hablarme para que colabore en la creación de un nuevo partido totalmente palestino —continuó Ibrahim—, y me preguntaron si los wahhabis estarían dispuestos a entrar.

—Ustedes viven como en el centro de un blanco. Las aldeas no sirven. Yo prefiero el desierto. A mí me da lo mismo quién intente regir en Palestina.

—Pero tío, cuando termine la Gran Guerra, comenzará una nueva aquí. Los británicos se irán tarde o temprano. Han fracasado y están cansados. Debemos estar listos para avanzar nosotros y tomar Palestina.

Largo rato permaneció el viejo jeque silencioso como el desierto.

—Eso es una tontería —dijo finalmente—. Tú gobiernas tu pueblo, yo dirijo a los wahhabis. El resto son todo tonterías. No hay dos árabes que puedan ponerse de acuerdo sobre la distancia que media entre este punto y aquel árbol. Hemos estado en

esta tierra desde que existe el sol, y los árabes jamás gobernaron en Palestina. Ahora debes tener cuidado con las alianzas políticas.

—Cuando se retiren los británicos, seguramente los judíos no podrán acaparar todo el mundo árabe.

—Tal vez no. De todos los infieles que han venido aquí, ninguno es más digno de nuestro desprecio que el judío. Esta misión contra los judíos es como la savia de la vida para nosotros. Y ahora, por primera vez en cientos de años, quizás haya alguien a quien podamos vencer en el campo de batalla. Pero después, ¿qué? ¿Las naciones árabes entregarán Palestina a su maravillosa flamante organización política? ¿O Siria se apoderará de Galilea y Egipto del Negev? ¿La Legión Árabe retrocederá al otro lado del río Jordán o permanecerá en la ribera occidental? ¿Y qué pasará con Kaukji y el muftí? ¿Y cómo terminará nuestro nacionalismo palestino? Terminará como siempre, con la ambición personal de un hombre por detentar el poder. Ten cuidado con las alianzas —repitió— y con las conferencias, que siempre acaban en gritos y amenazas.

El anciano jeque volvió a recluirse en el silencio. La caravana se divisaba recortada contra el firmamento, a pocos kilómetros de distancia. Los horizontes, al parecer, estaban hechos para exhibir las jorobas de los camellos.

—Tío —insistió Ibrahim—, esto seguramente concluirá en una guerra con los judíos. Es inevitable.

—Sí, debemos luchar contra ellos —convino Azziz— porque son infieles y nosotros somos musulmanes. No se puede permitir que un infiel gobierne ni un ápice de tierra donde exista el Islam. Sin embargo, es menester combatirlos con mucho cuidado.

—¿Qué quiere decir, tío?

—El resto de los extranjeros han venido a Palestina para explotarnos. Los judíos vinieron a quedarse. Trabajaron muy bien la tierra. Puede confiarse en ellos más que en nadie, incluso en nosotros. A la larga, sacaremos mejor partido haciendo tratos con un Gideon Asch que con los sirios, los jordanos, los británicos o quienes fueren. Por supuesto que, en público, deberás gritar y enfurecerte por la presencia judía. Pero cuando tomes un arma contra ellos, asegúrate de apuntar mal y cerciórate de que ellos sepan que tu intención no fue dar en el blanco. Alá no permita que yo tenga que volver a vivir bajo el dominio egipcio.

La hilera de camellos avanzaba hacia ellos. El anciano se puso de pie con dificultad, abrazó a su sobrino y montó su caballo.

—Nosotros no podemos funcionar como naciones. Nunca hemos sido capaces de gobernarnos. El estilo nuestro es que haya hombres como tú y yo, que se hacen cargo de su pueblo. Manéjate secretamente con los judíos. Ésa es nuestra mejor oportunidad.

Hizo girar a su cabalgadura y salió presuroso a reunirse con su caravana.

CAPÍTULO XVII

Mi padre emergió de la guerra como una figura imponente. No sólo había sobrevivido a la rebelión del muftí, sino que también había causado una oprobiosa derrota a los irregulares de Kaukji. Su idea de quemar los campos de Tabah y de sorprender al enemigo con el viento en contra se convirtió en una legendaria batalla que miles, incluso millones de poemas, ensalzaron.

Después de que los primeros arrebatos carnales de mi padre hacia Ramiza perdieron su intensidad, él quiso retornar a la confortable sensación familiar que el amplio cuerpo de mi madre podía ofrecerle; entonces volvió a convocarla a su lecho.

Hagar le obedeció porque no le quedaba otra alternativa, pero dejó bien claro, sin usar palabras, que Haj Ibrahim jamás volvería a verla con las misma pasión de antes, y que no compartirían los placeres del pasado.

Eso enfureció a mi padre. Primero la amenazó con divorciarse y echarla para siempre. Para un marido musulmán, librarse de una esposa no querida era un asunto sencillo. Sin embargo, Haj Ibrahim era pragmático. Si bien Ramiza era muy bella, era una joven beduina, mucho más tosca que las mujeres del pueblo. Era inepta y torpe en las tareas de la cocina. Haj Ibrahim decía que no hay que desprenderse de la vaca vieja hasta que la nueva empiece a producir leche. Quería recibir adecuadamente sus comidas y placeres. Por consiguiente, a mi madre se le permitió quedarse.

Al finalizar la guerra yo tenía nueve años. A instancias de mi madre, me acerqué a Ibrahim y lo convencí para que me dejara ir a la escuela. Aprendiendo a leer y escribir podría estudiar los archivos y documentos de la aldea, y comprobar así si Kamal y el tío Faruk estafaban a mi padre.

La escuela de Ramle era elemental y primitiva. Sin embargo, yo iba muy orgulloso. Desde las épocas de Kamal, era el primer niño de Tabah que asistía a una escuela árabe. Al tío Faruk le habían enseñado a leer y escribir unos misioneros cristianos.

El colegio contaba con una única y lóbrega aula, con la pintura desconchada y aromas del cercano baño que nos inundaban los días de calor. El patio no era mucho más grande que el salón y era de tierra batida. No podía decirse que fuese un lugar de juegos porque no había columpios ni toboganes ni campos de deporte. Yo ni siquiera supe que éstos existieran hasta mucho después. La mayor parte de los recreos los pasábamos en el patio comiendo nuestro almuerzo, sentados con la espalda pegada contra la pared para tener sombra. De vez en cuando algún chico pateaba una pelota, pero generalmente nos quedábamos sentados a la sombra de la pared o arrojábamos piedras del otro lado si veíamos que pasaba algún judío.

Había dieciséis varones, entre ocho y doce años, y ninguna mujer. Yo era el más

pequeño, pero estaba decidido a ser un hombre culto porque mi única alternativa era obtener el puesto más bajo de la familia, pastor de ovejas. Nadie tenía tanto empeño en aprender como yo, a menudo mis compañeros me tiraban al suelo y me golpeaban para obligarme a no estudiar tanto.

El maestro era el señor Salmi, un hombrecito nervioso, delgado, con una calva brillante y un hilito de bigote. Parecía disfrutar más usando el puntero para castigarnos que en la pizarra apuntando a los problemas. Por ser el hijo de Haj Ibrahim yo recibía muchos menos azotes en la espalda que mis compañeros, razón por la cual éstos se vengaban aun más de mí en el patio. Al cabo de unos meses comprendí que debía ser capaz de contenerme; de lo contrario me echarían a patadas de la escuela.

Nunca iba sin el bolsillo lleno de piedras, y sabía lanzarlas con la misma fuerza y puntería que el más malvado de los chiítas musulmanes que participaban en disturbios callejeros. Un día, cuando la situación se me había hecho muy desagradable, hurté una de las hermosas dagas de mi padre y la escondí entre mi ropa. Ese día, cuando me acorralaron el patio, blandí la daga desesperado y le produje un rasguñó en la cara al cabecilla. En adelante ya no me molestaron demasiado.

Teníamos apenas unos pocos libros de texto. En ocasiones, cuatro alumnos debíamos usar un único libro al mismo tiempo. La enseñanza era limitada. Al señor Salmi le sorprendía la rapidez con que yo aprendía. Frecuentemente, cuando Hagar venía a buscarme, el señor Salmi me palmeaba la cabeza y le comentaba que yo había recibido dones de Alá. El señor Salmi fue el segundo adulto que me acarició la cabeza porque, en general, los mayores nos ignoraban. Una vez mi padre me la había acariciado cuando yo le demostré que Kamal y el tío Faruk lo estafaban. Nunca podré olvidar el roce de la mano del señor Salmi. Era una agradable sensación. Sin embargo, cuando estábamos solos y él me la acariciaba, me ponía nervioso porque al mismo tiempo me miraba con una expresión rara.

A los nueve años yo había memorizado numerosos *surahs*, o capítulos del Corán. En mis ratos libres practicaba multiplicaciones e incluso largas divisiones mentalmente, sin usar lápiz ni papel.

Además del Corán, había dos grandes temas de conversación. En el patio, de lo único que hablaban los chicos era de las relaciones sexuales. Los mayores fanfarroneaban interminablemente sobre sus escapadas, mientras los más chicos los escuchaban con reverencia. Yo veía más allá. Todo lo inventaban. A pesar de que sabía que mentían, me daba cuenta de lo importante que era producir una impresión de virilidad. De hecho, el causar esa impresión viril era la parte más importante de la vida de los adultos también. En Tabah, cada vez que me acercaba a algún grupo de muchachos mayores o de solteros, escuchaba que de lo único que hablaban era de eso. Hasta que fui a la escuela sabía que del asunto que se trataba era de algo sucio,

peligroso y contrario a la voluntad de Alá. Sabía que había habido rencillas entre nuestros clanes durante años, hasta por chicas y muchachos que meramente se miraban con pasión. El hecho de tocar a una chica podía ser causa de una pelea a puñetazos o incluso de un asesinato. En el patio, un día, uno de mis compañeros contó cómo sus hermanos habían dado muerte a su hermana porque la familia sospechaba que ella había fornicado sin estar casada, causándoles un enorme deshonor. Dicen que eso también sucedió en Tabah, pero fue antes de que yo naciera.

Mientras en el patio de la escuela se ensalzaban las glorias del sexo, exactamente lo opuesto era lo que escuchaba en Tabah. «Aléjate de las chicas; no toques a una chica; no sonrías a una chica; no juegues con las chicas; no hables con ellas salvo sobre temas estrictamente del pueblo. El honor de la familia depende de que conservemos virgen a tu hermana. El honor de tu propia virilidad depende exclusivamente de si tu mujer es virgen en su noche de bodas».

Eso estaba tan arraigado en nosotros, que tanto chicas como muchachos sentíamos terror unos de otros. No obstante, me daba la impresión de que para los hombres lo más importante era con cuántas mujeres se habían acostado.

El otro gran tópico de conversación en la escuela eran los judíos y lo que se denominaba sionismo. En Tabah, mi tío Faruk era el sacerdote del pueblo, o imán. Él predicaba lo que mi padre le indicaba. Ningún sermón del sábado podía jamás estar completo sin alguna mención de condena contra los judíos por haber regresado a Palestina. Yo sabía que ellos habían asesinado a todos los profetas, que habían mentido respecto a Abraham y falsificado la Biblia. Eso lo sabíamos todos los niños. Pese a que mi padre no quería nada de los judíos, estábamos obligados a vivir junto a ellos, pero nunca tuvimos problemas. El odio a los judíos no estaba enraizado. Me enteré de lo malvados que eran realmente sólo después de haber comenzado la escuela.

Cuando los judíos del kibutz de Shemesh empezaron a encontrar antigüedades en excavaciones de los campos, edificaron un museo para exhibirlas. Hasta ese entonces, cuando nosotros hallábamos trozos de cacharros y puntas de flechas en nuestras tierras, bajábamos el camino y tratábamos de venderlas a los peregrinos y viajeros que iban rumbo a Jerusalén. Cuando los judíos inauguraron su museo, pudimos venderles cantidades de cosas que encontrábamos.

Si nos topábamos con una vasija rota completa, la vendíamos por piezas, cobrando más por cada nuevo trozo. Los judíos se pasaban horas reconstruyendo la vasija con su forma original.

Haj Ibrahim tenía prohibido a los niños de Tabah entrar en el kibutz de Shemesh. Nos decían que allí sacrificaban a bebés, y que muy probablemente nos asesinarían a nosotros si nos pescaban en sus dominios. Además de los sacrificios humanos, las mujeres judías iban por todos lados con las piernas descubiertas hasta sus partes

sagradas, y todo el tiempo se desarrollaban orgías entre personas que no estaban ni siquiera casadas. Cada vez que íbamos al portón del kibutz y preguntábamos por el director del museo, nuestra curiosidad contenida sólo añadía mayor desenfreno a los cuentos sobre el libertinaje de los judíos.

Sin embargo, ninguno de los niños tenía realmente miedo de los judíos. Cuando pasábamos o hablábamos con ellos, se mostraban muy amables. Lo que a mí personalmente me intrigaba era el hecho de que mi padre montaba *el-Buraq* y salía a cabalgar durante horas con el señor Gideon Asch. Creo que gran parte de la actitud de no molestarse unos a otros provenía de esa amistad. Cuando mi padre administraba justicia en el café, a menudo lo oía decir: «Este problema lo resolveremos con mi buen amigo, Gideon».

Si bien Tabah tenía una actitud plácida y resignada respecto de los judíos, el señor Salmi no. Como la mayor parte del tiempo de clase lo dedicábamos a aprender el Corán, el señor Salmi solía terminar explayándose sobre lo que los sionistas habían hecho para asolar Palestina y por qué debíamos aborrecerlos. Cuando el maestro comenzaba a hablar de los judíos, su enorme nuez de Adán subía y bajaba por su cuello delgado, el rostro se le ponía acalorado, las venas le sobresalían en la calva y su voz se tornaba chillona.

«Mahoma es el profeta máximo. Sólo él es mensajero de Alá. Las demás religiones, por lo tanto, son nulas y vacuas. Los no creyentes son infieles, de ellos siempre hay que sospechar y finalmente destruirlos. Los judíos en particular están en constante conjura para vencer al Islam por medio de la herejía, la subversión y una hábil inquina. Eso nos lo dice el Corán. Algún día, cuando el cristianismo, el judaísmo y las demás religiones de no creyentes hayan sido aniquiladas y todos sus simpatizantes quemados el Día de la Hoguera, el Islam dominará el mundo. Mahoma deja eso perfectamente en claro. El Profeta también ordena que cada musulmán consagre su vida a estas creencias».

Nos enteramos de que el señor Salmi era un miembro secreto de la Hermandad Musulmana que se había creado en Egipto, que mataba a quien se le opusiera. Eran enemigos de todos, incluso de los musulmanes.

El señor Salmi fue el primero en inculcarme la impureza de todas las religiones salvo el Islam. Cuando Mahoma comenzó a predicar en Medina durante el siglo VI, una acaudalada colonia judía formaba parte de la ciudad. Seguramente Mahoma habría pensado que se congregarían alrededor de él, que reconocerían su condición de máximo profeta y se convertirían al islamismo. Pero ellos no aceptaron a Mahoma, como tampoco habían aceptado a Jesús, y siguieron con la práctica de su fe pagana.

Esto enfureció a Mahoma, quien lanzó una maldición sobre ellos para siempre. El Corán está lleno de sermones de Mahoma sobre la traición de los judíos. El señor Salmi siempre terminaba el día escolar leyendo algún trozo del Corán donde se

denigraba a los judíos. Sus dedos huesudos iban pasando las páginas rápidamente hasta llegar a una hoja marcada, y sus ojos se encendían al leer con enorme rencor.

No tardamos demasiado en aprender por boca de nuestro maestro qué era lo que tramaban los judíos y por qué Mahoma los detestaba.

El *surah* 2, o capítulo segundo, explicaba que realmente fueron los musulmanes quienes salvaron a los judíos del Faraón, que abrieron el mar para que los judíos pudiesen escapar de Egipto, designaron a Moisés para que se internara cuarenta días en la montaña, entregaron las tablas de la ley a los judíos en el Sinaí y les permitieron convertirse en «el pueblo sagrado».

«Desde el comienzo, decía el señor Salmi, los judíos mintieron al afirmar que habían descubierto las tablas de la ley y escrito la Biblia. Mintieron al asegurar que Abraham era judío, porque era musulmán».

Los cristianos también eran no creyentes, pero a ellos no teníamos que odiarlos tanto como a los judíos. Cristo había sido enviado a la tierra para ayudar a los musulmanes, y salvado por Alá. Jesús se convirtió en un profeta del Islam, y Jesús no fue el hijo de Dios, como aducen los cristianos. Por consiguiente, los cristianos también mintieron respecto a Cristo y se hicieron merecedores de terribles castigos, puesto que ellos tampoco reconocieron a Mahoma como el máximo mensajero de Alá.

A principios del año, cuando leímos el *surah* 3, muchos de nosotros sentimos una viva curiosidad. Uno de los niños preguntó al señor Salmi cómo podía Abraham haber sido musulmán dos mil años antes de que Mahoma fundara la religión. Gotas de transpiración brotaron en la cabeza del maestro. Su respuesta fueron diez azotes con el puntero para el niño, en el trasero.

A veces, cuando nos sentábamos en el patio, tratábamos de descifrar el mensaje de Mahoma. Nos confundíamos con nombres y fechas, y muchas cosas no concordaban. El Corán parecía muy incierto respecto de la Virgen María, haciéndola nacer varios siglos antes que Jesús, pero yo no quería arriesgarme a preguntar y que el señor Salmi me contestara con el puntero.

Además, era inútil preguntar. A menos que un hombre fuera un santo o un gran erudito, el Corán era imposible de seguir.

Los versículos 114 a 116 del *surah* 3 previenen a los verdaderos creyentes, nosotros los musulmanes, sobre la necesidad de no entablar amistad con los judíos porque son desleales. También se afirma que los judíos se ponen verdaderamente contentos cuando el mal se abate sobre el creyente.

El *surah* 7 afirma que los judíos no pueden dormir de noche por la venganza que los musulmanes se tomarán contra ellos por haber confabulado en contra de Alá.

El *surah* 16 demuestra que los judíos son corruptos porque se apartaron del Islam, y por lo tanto los musulmanes actuaron con corrección al invocar castigo tras castigo

para ellos.

Desde el *surah* 2 hasta el final del Corán, en el *surah* 114, Mahoma establece las reglas a que deben atenerse los creyentes para que puedan reunirse con él en el paraíso. A todos nos gustaba la forma en que el Islam declaraba la guerra eterna a los no creyentes y confiábamos en estar vivos cuando ganáramos dicha guerra.

El señor Salmi solía afirmar con voz aguda, cuando le transpiraba la cabeza, que «en los territorios árabes sabemos cómo tratar con los judíos y los infieles. El *surah* 22 lo especificaba perfectamente. Mahoma, censurado por los judíos de Medina, predicó que "al volverles la espalda, los judíos se habían descarriado de la senda de Alá; para ellos será la humillación en esta vida, y el día de la resurrección los musulmanes les harán probar el sabor del castigo y de la hoguera"».

En una o dos oportunidades, antes de ir a la escuela, traté de hacerle preguntas sobre el Corán al tío Faruk, pero él me respondía con un sopapo o, si yo estaba a cierta distancia, con amenazas.

El único *surah* que la mayoría de los musulmanes sabía y comprendía, era el 1, una sencilla plegaria de siete versos. Al igual que todos los *surahs* comienza diciendo: «En nombre de Alá, el Misericordioso, el Compasivo». Es una oración dirigida a Alá, reconociéndolo como el ser que tiene el poder del Día del Juicio, donde se suplica a los fieles que permanezcan en el sendero del bien. El resto del islamismo y del Corán quedaba para ser explicado por los hombres sagrados, ya que no existía el sacerdocio.

Cada día que mi madre y yo pasábamos por el kibutz de Shemesh, yo sentía una mayor curiosidad. Cuando a mi madre se le permitió volver a quedarse en casa, mi hermano Omar se hizo cargo de los puestos del bazar. Omar era haragán, y a mí me resultaba difícil depender de él para llegar a tiempo a la escuela.

Yo leía y escribía tan bien que mi padre comenzaba a valorar la gran importancia que tendría en el futuro para él. Por mi parte trataba de acercármele cuanto podía, pero mi hermano Kamal siempre se colocaba tan cerca de él que me bloqueaba el paso. Sin embargo, yo me sentía valiente, porque me estaba convirtiendo en una persona instruida, y una noche encaré de frente a mi padre y le pedí que me dejara viajar de ida y vuelta a Ramle en autobús. Había una línea árabe de autobuses, y tras advertirme que jamás debía subir al vehículo judío, mi padre accedió.

La curiosidad que me provocaba el kibutz de Shemesh fue aumentando a medida que el señor Salmi nos hablaba más sobre su paganismo. Me imaginaba las cosas terribles que allí ocurrían. A menudo hablaba del tema con los otros chicos del pueblo. Si bien ninguno de ellos había entrado jamás al kibutz, parecían conocer todo lo relativo a él.

Mi mejor amigo era Izzat. Tenía mi misma edad, pero existía un serio problema. Toda su familia sufría el marginamiento de los pobladores como castigo por haber

trabajado su padre en un campo judío. Teníamos prohibido dirigirle la palabra a ningún miembro de la familia de Izzat. Como éramos íntimos amigos, yo me atreví a transgredir la orden. Izzat siempre me esperaba en la parada del autobús, y podíamos tomar el camino largo de regreso a la aldea para que no nos vieran los demás. Un día Izzat me estaba esperando sin aliento; me contó una historia que, según él, era verídica. Una judía casada hizo el amor con otro hombre. El marido se enteró, le cortó la cabeza al amante, hizo un tajo en el vientre de su esposa, colocó la cabeza del infortunado en él, y volvió a coserla.

Esto sólo consiguió avivar aun más mi curiosidad. Debo reconocer que lo que más me intrigaba eran las mujeres que usaban pantalones cortos, con las piernas al descubierto. Yo jamás había visto las de Nada, puesto que ella usaba largos calzones hasta los tobillos, y era recatada como exigía el Corán. Muchas veces al día mi madre le advertía a Nada que debía mantener las piernas cerradas y le decía «vergüenza». Hasta que tuve la edad suficiente para comprender, creía que la palabra «vergüenza» formaba parte del nombre de mi hermana.

Por casualidad me enteré de que el señor Salmi entraba en el kibutz de Shemesh una vez por semana para darles clases de idioma árabe a los judíos. Eso me pareció muy extraño.

Durante varias semanas traté lentamente de convencer a mi profesor de que podía darle una mano enseñando a los niños más pequeños del kibutz cosas sencillas, como los nombres de árboles y animales en árabe. Él impartía dos cursos, uno para adultos y otro para niños. Comenzó entonces a considerar la posibilidad de que me ocupara de los pequeños, puesto que así él tendría menos trabajo. Desde luego no le dije que yo tenía prohibido entrar en el kibutz. Finalmente accedió a permitirme ir con él y ayudarle. Eso significaba que tendría que volver a casa después del atardecer, pero mi padre rara vez sabía dónde estaba yo, y me sentí dispuesto a correr el riesgo de que alguna vez llegara a enterarse.

No sé qué esperaba encontrar, pero experimenté un miedo terrible al pasar frente al centinela de guardia del kibutz. Lo que vi me dejó maravillado. Por primera vez vi muchísimas cosas nuevas que jamás había visto, pese a que Tabah y Shemesh eran vecinas.

Nunca había visto césped verde.

Nunca había visto flores que no fuesen las silvestres.

Nunca había visto calles sin bosta de burro o de cabra, ni siquiera en Ramle.

Nunca había visto un verdadero campo de juegos, con todo tipo de pelotas, columpios, toboganes y arenales para los niños.

Nunca había visto una piscina.

Nunca había visto una biblioteca con centenares de libros sólo para niños.

Nunca había visto un juguete.

Nunca había visto un museo ni un laboratorio de una escuela con microscopios, imanes, quemadores y frascos de productos químicos.

Nunca había visto un inodoro.

Nunca había visto una clínica médica.

Nunca había visto un taller de maquinarias.

Nunca había visto algo semejante a ese enorme granero lleno de tractores, herramientas y máquinas automáticas para ordeñar las vacas.

Nunca había visto la luz eléctrica, salvo a distancia, en el camino, o las luces del kibutz. Muchas veces me pregunté cómo funcionarían. En nuestra aula había una lamparita, pero no funcionaba.

Nunca había visto un cuadro pintado por una mano humana.

Nunca había estado en invierno en una habitación caldeada.

Nunca había visto un lago donde se criaran peces.

Vi un inmenso criadero de pollos que permanecía con las luces encendidas la noche entera para confundir a los animales, así éstos no podían distinguir el día de la noche.

Como se imaginará usted, estimado lector, me transformé en una persona imprescindible para el señor Salmi, y al finalizar la cuarta visita yo ya enseñaba a los pequeños por mi cuenta, porque quería seguir yendo allí.

Los judíos eran muy amables. Al principio eso me resultó sospechoso. Pensé que trataban de tenderme una trampa, pero a medida que fue pasando el tiempo comencé a confiar un poco más en ellos. Mantenía siempre un ojo vigilante para que no pudieran capturarme de improviso, y nunca me alejaba demasiado del señor Salmi.

Había una chica judía llamada Hannah que venía de Siria y hablaba algo del árabe que recordaba de años anteriores. Ella fue mi ayudante en el aula. Al igual que Nada, era unos años mayor que yo. La primera vez que me tomó de la mano, la retiré enseguida y se me secó la boca. Seguramente alguien me vería tocarla, y me matarían.

Después presencié lo más extraño de todo. Chicas y muchachos, menores y mayores que yo, se tomaban de la mano y jugaban. Formaban círculos para bailar, y cantaban juntos. A menudo se besaban y abrazaban. ¿Sería eso el comienzo de una orgía secreta? Tan deslumbrado estaba por las cosas que veía, que hasta me olvidé de las piernas desnudas de las mujeres. Hannah no parecía avergonzarse de las suyas.

Lo que me resultó más difícil de entender fue la forma en que se conducía el señor Salmi con los judíos. Se reía y bromeaba con ellos cuando les enseñaba. En Ramle, jamás hacía eso con nosotros.

El maestro parecía ser muy amigo de numerosos judíos. Solía acariciarles la cabeza a los niños cuando éstos le daban respuestas correctas. Vi también que abrazaba a algunos judíos como acostumbraban hacerlo los árabes a guisa de saludo.

Vi incluso a una mujer judía abrazarlo sonriente una vez, ¡y el marido de ella estaba parado a su lado! Los judíos no le dejaban subir al autobús sin que se llevara una canasta de mercado llena de verdura, fruta, huevos, y algún ocasional pollo. Al día siguiente, en Ramle, se inflamaba de odio hacia los judíos.

Creo que mi mente comenzó a enloquecerse por la confusión. ¿Sería el kibutz de Shemesh un truco satánico para seducirnos a los musulmanes con el fin de impedir que fuéramos más verdaderos creyentes? Al fin y al cabo, nuestra misión era convertirlos o matarlos. Eso decía el Corán. ¡Cómo ansiaba preguntárselo a alguien! Un día vislumbré al señor Gideon Asch y me dieron ganas de hablar con él. No me atreví por temor a que le contara a mi padre que yo estaba allí. Como los dos eran amigos, no se podía confiar en él. Lo único que yo sabía era que alguien mentía, y que era peligroso averiguar la verdad.

Tanto me obsesionaba volver a Shemesh, que a menudo soñaba con ello. Si los judíos practicaban sacrificios humanos y realizaban orgías, lo hacían sin ser vistos, y luego de mi quinta visita al kibutz comencé a dudar de que lo hicieran.

Pese a los peligros, estaba decidido a encontrar la verdad, y ahí fue cuando sobrevino el desastre. Esa terrible noche traté de entrar furtivamente por el patio de casa directamente a la cocina, como hacía siempre que volvía del kibutz. Esa noche mi padre bloqueaba la puerta. Me agaché bajo el primer impacto que me propinó con su bastón, pero me golpeó luego en las costillas, arrojándome al patio entre alaridos. Inmenso como un gigante, me propinó innumerables puntapiés en el cuerpo, mientras me insultaba con el rostro contraído por la furia.

—¡Te mato si vuelves a acercarte a los judíos! ¡Qué mil hormigas te infecten las axilas!

Sólo se detuvo cuando Hagar salió corriendo, se tiró sobre mí y le imploró clemencia. Durante varios días apenas si pude moverme. Me arrastraba hasta la cocina y allí lloraba el día entero. El cielo se había desplomado sobre mí. Mi padre me sacó del colegio.

Esto se prolongó una quincena. Aunque los cardenales comenzaron a perder color, no se me iba la pena del corazón. Finalmente escuché que mi madre le confiaba a una prima suya que ella tendría que intervenir; de lo contrario, yo me dejaría morir de inanición.

Por primera vez desde de Ibrahim contrajera enlace con Ramiza, mi madre fue muy amable con él. Pasaba a su lado y lo rozaba, contoneándose levemente, le tocaba el hombro. El resto lo hizo con los ojos. Le mandó sugestivas indirectas como solía hacerlo antes de la llegada de Ramiza. Sedujo a mi padre con toda la sensualidad que tenía, y esa noche él la invitó a su cama. A la mañana siguiente, Haj Ibrahim parecía un hombre cambiado. De repente se le había ido toda la indignación contra mí. Mi madre se acostó con él a la noche. Por la mañana, con un gesto de magnanimidad, mi

padre me permitió volver a la escuela.

Llegué a enterarme de quién le había contado a mi padre sobre mis idas a Shemesh. Se trataba de mi mejor amigo, Izzat. Él siempre me había esperado en la parada del autobús, y comenzó a sospechar cuando, una vez por semana, yo le decía que no viniera. Izzat me vio también salir del kibutz. Su familia era como los leprosos del pueblo. Hacía años que nadie les dirigía la palabra. Izzat pensó que podía conseguir una especie de indulto y así ganarse el favor de mi padre.

Así aprendí a no confiar nunca en nadie, especialmente en el amigo íntimo. No confiaba en mis hermanos, en particular en Kamal, que era mi mayor rival. Ni siquiera confiaba en mi madre a pesar de que la quería mucho. Ella siempre estaba tramando algo y utilizándome a mí para ir contra mi padre. Supongo que sí confiaba en Nada.

Sólo una vez más regresé al kibutz de Shemesh…, pero ésa es otra historia.

CAPÍTULO XVIII

Yo no quería ser pastor de cabras, aunque algunas de ellas me gustaban. La cabra de nuestro patio era mi amiga, y cuando mi padre me dijo que ayudara a mi hermano Jamil a matarla, no pude hacerlo. Además de ser el más humilde de los trabajos, a mí sencillamente no me gustaba matar animales. Haj Ibrahim me dijo que debía aprender, y en tres oportunidades me obligó a sacrificar cabras. Lo hice porque él estaba mirándome, pero después salí corriendo a vomitar y lloré la noche entera.

Cuando volví a la escuela, estaba más decidido que nunca a convertirme en una persona instruida. Me daba la impresión de que el señor Salmi no podía enseñarme mucho más. Era un pobre hombre y sólo tenía unos pocos libros en su biblioteca personal, que rápidamente yo devoré. Lo convencí de que me guardara el diario para leerlo cuando él lo hubiera terminado.

Los judíos hablaban su propio idioma llamado hebreo. Nosotros hablábamos árabe, por supuesto, de modo que cuando teníamos que tratar con los judíos casi siempre lo hacíamos en inglés. Ni a ellos ni a nosotros nos complacía hablar inglés, porque los británicos gobernaban el país. Sin embargo, había tantos carteles y se realizaban tantas transacciones en inglés, que todos conocíamos algo de esa lengua.

El señor Salmi sabía leer y escribir en inglés, pero no tenía libros. Había varios judíos en Ramle que tenían negocios cerca del bazar. Uno de ellos, el señor Yehuda, tenía una chatarrería, se dedicaba a vender revistas y diarios viejos. Era un hombre amable, muy distinto de los judíos del kibutz. El señor Yehuda se pasaba casi todo el día sentado en su pequeña oficina, leyendo libros de oraciones. Me dejaba revisar sus diarios en busca del *Palestine Post*, el diario en inglés. Me las ingenié para poder ir allí todos los días media hora después de la escuela, antes de tomar el autobús de regreso a Tabah. Para mí fue algo maravilloso, y el hecho de haber aprendido inglés eventualmente salvó la vida de mi familia. Tenía que leer el *Palestine Post* a escondidas de mi padre, porque lo publicaban los judíos.

Durante el tercer año de escuela comencé a redactar bastante bien. El señor Salmi me alentaba a escribir sobre mi pueblo y otras cosas que sabía. Casi todas las noches creaba un cuento nuevo. Algunos eran con forma poética, como el Corán. Nosotros los árabes usamos mucho la poesía para expresarnos. Mis trabajos se convirtieron en un diario de la vida cotidiana de Tabah, de nuestra religión, costumbres y pesares. Muchas historias y opiniones me las guardaba para mí, porque me podía causar problemas el hecho de pensar lo que pensaba de ciertas personas y acontecimientos. Muchas de las cosas que menciono aquí las sabía desde años antes. Está todo muy mezclado, como el propio Corán, pero quiero ahora hablar sobre nosotros.

Tabah, como todas las ciudades árabes, estaba construida sobre el terreno más

alto por razones de defensa contra los ataques de beduinos o de tribus enemigas.

Mis primeros recuerdos de Tabah son sus olores. Cuando caminaba descalzo por la calle de tierra percibía corrientes de diversos aromas, fuertes especias para las comidas, el cardamomo que se le echaba al café en el bar, de incienso por la noche.

Principalmente recuerdo el olor del estiércol. Cualquier niño de tres años podía diferenciar la bosta de burros, caballos, vacas, cabras, ovejas y perros que ensuciaba las calles, senderos y campos, y que sólo desaparecía durante las lluvias invernales. Después las calles quedaban siempre barrosas.

El estiércol era muy importante para nosotros. No sólo lo utilizábamos para fertilizar la tierra, sino que Hagar y las mujeres de la aldea hacían con él grandes tortas chatas color marrón, que ponían a secar sobre los techos. Ésa era la principal fuente de calor para cocinar y caldear las casas. La madera no abundaba, e ir a recogerla era una tarea larga y tediosa, que en general se dejaba para las mujeres mayores que no tenían familia a su cargo.

Todos los años, al llegar la primavera, cuando las casas se habían secado ya después de las lluvias de invierno, una nueva capa de barro y de pintura blanca se aplicaba a las chozas para reparar el desgaste y cerrar grietas. El barro siempre se mezclaba con estiércol, que le daba firmeza. El estiércol sobrante se vendía a los beduinos que no tenían madera o bosta suficientes para cubrir sus necesidades. Mi padre y otros pocos hombres del pueblo eran lo suficientemente ricos como para quemar queroseno, pero éste era un artículo de lujo.

Todas las casas de Tabah estaban construidas según el mismo diseño. Eran cuadradas, con techos planos para juntar agua en la temporada lluviosa y para secar las cosechas cuando llegaba el calor. El señor Salmi me decía que su aspecto era el mismo que tenían los pueblos mil años atrás. Las casas de los pobres —la gran mayoría de Tabah— estaban hechas de ladrillos de barro, y después del blanqueo anual, se usaba un tono celeste para delinear puertas y ventanas. Esto era para impedir la entrada de los espíritus malignos.

Las casas estaban muy juntas por razones de defensa. Había cinco clanes de la tribu wahhabi en Tabah; cada uno era dueño de un sector de la aldea y tenía también una zona aparte en el cementerio donde se enterraba a los hombres. A las mujeres se les daba sepultura en forma separada.

Mi padre y el tío Faruk tenían casas de piedra, igual que los jefes de los clanes y otros vecinos prominentes, tales como el carpintero, el alfarero, el fabricante de sandalias, el de canastos y el tejedor.

Había otra casa de piedra en Tabah que era muy extraña porque había sido construida por su dueña, una viuda. Ella se llamaba Rahaab y era la costurera del pueblo. En los poblados árabes, se esperaba que todo el mundo se casara y tuviese hijos. Las parejas sin hijos se miraban con lástima. De las viudas se encargaban los

hijos, por lo general el mayor, que heredaba los arrendamientos de tierras y las deudas del padre. En cada aldea había alguna viuda como Rahaab que no tenía nadie que la cuidara, y siempre había también gente que nunca se casaba, lisiados, idiotas o ciegos, y si éstos no tenían familia, el clan debía ocuparse de ellos.

Rahaab era vieja, gorda y sin dientes, pero poseía una máquina de coser manual que había venido desde Inglaterra con el nombre «Frister & Rossmann» escrito. Las mujeres del pueblo estaban celosas y le tenían miedo a Rahaab. No sólo porque ganaba dinero puesto que su máquina funcionaba el día entero, sino que también se rumoreaba que fornicaba muy a menudo. El Corán es muy estricto en cuanto a los castigos por fornicación, y los que lo hacen están expuestos a la hoguera el Día de la Resurrección. Mi padre hacía la vista gorda respecto de la fornicación de Rahaab, porque ella sólo lo hacía con viudos e incasables.

Por horrible que Rahaab fuese, siempre había numerosos varones rondando por su casa de piedra, principalmente chicos como yo. Ella tenía siempre el bolsillo lleno de caramelos, y nosotros nos turnábamos para dar vuelta a la manilla de la enorme rueda de su máquina de coser. Rahaab poseía cierta forma de inclinarse en su banco de modo que refregaba sus pechos contra los niños que daban vuelta a la rueda de su máquina. Y nos hacía tener erecciones. Recuerdo el olor a aceite que emanaba de su máquina, y el hecho de que ella siempre cantaba cuando cosía. Fue la única mujer a la que escuché cantar, salvo en ocasiones festivas. Creo que Rahaab era la mujer más feliz de Tabah. Era la única a la que se le permitía viajar sola a Ramle, sin que la acompañara un hombre. Las mujeres murmuraban —creo que con envidia— que Rahaab les pagaba a los muchachos jóvenes de Ramle para que se acostaran con ella.

Las casas de piedra eran las únicas que tenían su propio baño en el exterior. De lo contrario, cada clan tenía un par de casas abandonadas que se usaban como inodoros y para tirar basura. Una casa era para los hombres y la otra para las mujeres. Yo me alegro de que mi casa haya tenido un baño propio.

La vida comunal se centraba alrededor de la plaza del pueblo, con su pintoresco pozo de agua y un pequeño arroyo. Allí lavaban la ropa las mujeres. Junto al pozo estaba la panadería comunal, parcialmente bajo tierra debido a los hornos. El pozo, el arroyo y los hornos eran los principales puntos de reunión de las mujeres para intercambiar chismes.

Del otro lado de la plaza estaba la mezquita con su pequeño minarete. El tío Faruk era el sacerdote o imán. También era el peluquero del pueblo. Uno de los jefes de clan más ancianos actuaba de almuecín, y todos los días subía al minarete para convocarnos a la oración.

En uno de los tres lados de la plaza estaban el café, la tienda y la posada, los tres de posesión conjunta de mi padre y el tío Faruk. El albergue tenía dos habitaciones, una para cada sexo, y un lugar donde atar los camellos.

La posada siempre estaba lista para recibir a cualquier miembro de la tribu wahhabi. Los árabes son sumamente hospitalarios, y aun en los hogares más pobres había siempre una pila de esteras para echar en el piso cuando llegaran parientes de visita. Además, la posada se usaba en diferentes épocas del año, tales como cosechas y festivales, y para la venta del estiércol cuando venían los camelleros.

Yo creo que Haj Ibrahim conservaba el albergue también por vanidad, porque era un amplio sitio de reunión para los jefes de clanes de otros pueblos, cuando venían a Tabah a discutir temas comunes; además le servía para dar allí sus afamadas fiestas.

Si bien el pozo de agua y los hornos pertenecían a las mujeres, el café era de los hombres. La radio atronaba desde el alba hasta el anochecer con música oriental, sermones y noticias de Jerusalén y Damasco. De noche escuchábamos trasmisiones incluso desde Bagdad y El Cairo.

A un lado del café quedaba la tienda del pueblo. A las mujeres se les permitía acercarse por un costado a hacer compras. Antes de que llegaran los judíos a Palestina, en la tienda todo era importado: tabaco de Siria, sardinas de Portugal, fósforos, hojitas de afeitar y agujas de coser de Suecia, objetos de hojalata de Inglaterra. Había algunos medicamentos como la aspirina y el bicarbonato de sodio pero, como musulmanes, no creíamos demasiado en ellos. La enfermedad la causaban los espíritus malignos, y las mujeres viejas del pueblo hacían y conservaban las pócimas especiales y las hierbas curativas. El artículo más importante de la tienda era el queroseno, pero pocas familias podían permitirse comprarlo. En el kibutz de Shemesh, los judíos tenían una fábrica de conservas donde enlataban muchas de sus frutas y verduras. Mi padre no permitía su ingreso en la tienda. La gente decía que probablemente nos venderían latas envenenadas para que nos muriésemos todos, y así poder quedarse con nuestras tierras.

En el pueblo, todos debían dinero o alguna cosecha a la tienda. Mi padre era muy liberal para permitir que los pobladores se endeudaran porque, según su teoría, una persona que está en deuda con uno no puede insultarlo ni desobedecerle. Más de una vez mi padre usaba la deuda del vecino para convencerlo de que pensara como él en determinados asuntos.

El sector final de la plaza era un espacio comunal para la trilla de las mieses. Se trataba de un sitio de reunión preferido por los jóvenes porque era uno de los pocos lugares donde chicas y muchachos podían estar cerca, sin temor. Ambos sexos trabajaban a la par descargando los haces para la molienda de los granos. A menudo se veían forzados a tocarse unos a otros, por breve y tenue que fuese el roce. Así se convirtió en un lugar de flirteo. Allí todo tenía doble sentido: el roce ocasional, el lenguaje de los ojos y la conversación. Como a las chicas no se les permitía exhibir nada más que las manos y parte del rostro, hablaban enormemente con la mirada. Ninguna mujer del mundo puede expresar más con los ojos que las mujeres árabes.

Tabah era lo suficientemente grande como para tener su propio día de mercado cada quincena. Los vendedores ambulantes descendían hacia la plaza en carros tirados por burros, acarreando sus mercancías en enormes vasijas de arcilla.

Las jarras y ollas eran obras de arte. Algunas tenían forma de mujeres, con amplios pechos, embarazadas o delgadas y rectas.

Había espejos, peines y amuletos para prevenirse de los genios, los espíritus malignos. Había remedios y pociones que garantizaban la cura de todos los males, y también daban virilidad a los hombres. Había pilas de ropa de segunda mano, zapatos y arneses usados, y tentadoras piezas de tela.

Otros vendedores arreglaban vasijas y afilaban cuchillos, tijeras y herramientas de labranza. Había armeros secretos que reparaban las armas ocultas. Todos los pueblos tenían armas escondidas que conservaban en la mezquita o en su «tumba del profeta». Sabíamos que ningún árabe robaría en esos sitios sagrados, y que los británicos jamás entrarían en un lugar santo para registrarlo.

Una vez al año llegaban los armenios con sus máquinas fotográficas. En cada hogar, por pobre que fuese, había varias fotos. Por lo general se trataba de una toma del jefe de la casa en todo el esplendor de su atuendo, quizá su día de boda. No se permitían fotos de mujeres. Uno de los mayores orgullos de mi padre era su colección de retratos donde aparecía luchando, con traje de montar o dándole la mano a algún funcionario importante. También había una foto con todos sus hijos.

Había otro vendedor que llegaba una vez al año con pilas de revistas viejas de numerosos países del mundo. La mayoría traía fotos de mujeres desnudas. Mi padre guardaba las suyas escondidas en el enorme ropero de su dormitorio, pero todos los hijos nos atrevíamos a hojearlas.

Un sendero que partía desde la plaza bajaba hasta la parada del autobús, en la carretera. El tío Faruk tenía allí un puesto que atendía uno de sus hijos. Les pagaba a los chóferes para que siempre se detuviesen en Tabah, para poder vender a los viajeros refrescos, frutas y verduras. Los niños vendían trozos de cacharros que el museo de Shemesh no compraba, abalorios a los musulmanes y crucifijos a los cristianos. A los viajeros les decían que las puntas de flechas provenían de la batalla durante la cual Josué le pidió al sol que se quedara inmóvil.

Otros chicos, que no tenían nada para vender ni nada mejor que hacer, corrían hasta la parada del autobús a mendigar. Rodeaban a los viajeros y reclamaban su atención tironeándoles de la ropa, hasta que la gente debía espantarlos como a moscas. Teníamos la cantidad habitual de pobladores ciegos, deformes o mutilados que utilizaban su horrible aspecto para obtener dinero. Haj Ibrahim no permitía que ningún hijo suyo mendigara, pero era imposible impedírselo a los demás.

Dentro de la mayoría de las casas de la aldea, la sala de estar poseía alfombras de

piel de cabra y un largo banco de mampostería para sentar a la familia y a las visitas.

En la cocina había un hogar abierto para cocinar. En las viviendas de los más pudientes se podía encontrar un calentador «Primus» de queroseno, que fabricaban los judíos en Palestina. El principal utensilio era el mortero de piedra. El resto de la cocina consistía en unas pocas fuentes y vasijas. El único artículo de calidad que todo el mundo tenía era el *finjan* para el café, y las tazas.

En la pared había hileras de tarros de barro donde se guardaba la sal, el café, las habas y demás alimentos. Cerca de la puerta siempre se dejaban otros frascos o latas vacías de queroseno para ir a buscar agua al pozo. Había también en la cocina recipientes de barro para conservar cereales, nueces, fruta desecada y otros productos que no fueran perecederos.

Debido a que éramos ricos, en nuestra cocina había además una caldera para preparar el almíbar de uvas y el sebo de oveja que se usaba habitualmente para cocinar.

El resto de las habitaciones eran dormitorios, que no consistían más que en amplias celdas cuadradas con esteras y pieles de cabra para dormir.

A medida que iban llegando niños al mundo y que los hijos mayores traían a sus esposas a la casa, se iban agregando nuevas celdas. De esa forma todos estaban guarnecidos en el sector del pueblo que ocupaba su clan. Uno de nuestros vecinos, que tenían nueve hijos varones casados, albergaba a cincuenta y dos personas en su casa agrandada.

En casa de mi padre había muchas cosas que no poseían las demás. En su sala de estar había bancos de madera, en vez de mampostería, llenos de almohadones de bello diseño, bordados en Belén. También teníamos dos hermosos sillones occidentales tapizados, uno para Ibrahim y el otro para el huésped de honor. A nosotros no se nos permitía sentarnos en ellos.

Nuestras ventanas tenían cristales, mientras que en las demás casas había postigos de madera. Mi padre poseía la única cama con respaldo, y cuando se casó con Ramiza, las únicas dos.

Pasando el racimo de casas y la plaza, comenzaba una confusión de pequeñas parcelas de labranza, divididas y vueltas a dividir como resultado de las herencias. La estación del año dictaba el tipo de cultivo. Las cosechas invernales de trigo, cebada y lentejas estaban destinadas principalmente a nuestra subsistencia. El fenogreco, o heno griego, se sembraba como forraje. Las cosechas del verano se vendían en el mercado. Plantábamos magníficas sandías, garbanzos, sésamo y una gran variedad de verduras.

Muchos de nuestros campos y huertas eran comunales. Tabah poseía una tierra excepcionalmente fértil para Palestina. Nuestro orgullo eran los frutales, almendros y nogales, y fundamentalmente el olivar. La última cosecha del año era la de uva, y esto

también era comunal, así como los campos de pastoreo para rebaños de cabras y ovejas.

Hasta que aparecieron los camiones, los camelleros llegaban desde la tribu wahhabi varias veces por año a llevarse cosechas y traer cal para volver a revocar las casas. Los camelleros nos compraban también el excedente de estiércol. Como los beduinos eran los mayores traficantes del mundo, por lo general nos pagaban el estiércol con hachís.

Cada campo, cada roca, árbol o cruce de senderos importante tenía nombres tales como «el sitio donde murió la vieja», «el lugar de los higos podridos», «la piedra de la rana», «el árbol del viudo», «la tumba del profeta», «el lugar de la ardiente batalla», «el monte de Josué». «El lugar de la costura» era la casa de piedra de Rahaab.

Mi padre tenía el único reloj del pueblo, pese a que apenas si sabía leer la hora. Todos los días, al atardecer, ponía las agujas en las doce, cosa que no tenía sentido. La hora la determinaba la inclinación del sol.

Mi padre poseía también el único almanaque, que tampoco usaba. La época del año se contaba a la usanza antigua, según las fases de la luna o la estación.

Ibrahim era lo suficientemente rico como para tener faroles de queroseno. Su lámpara iluminaba mucho más que la típica mecha de lana de oveja sumergida en el bol con aceite de oliva. Tenía siempre encendido un fueguecito de aceite en sus aposentos para ahuyentar a los malos espíritus.

Anexo a cada casa había un corral con los animales domésticos, el burro, la cabra lechera y a veces un par de bueyes. Muchos de los bueyes pertenecían conjuntamente a varias familias del mismo clan, y gran cantidad de rencillas familiares se originaban por su uso. El campesino consideraba a los animales de la casa como una especie de parientes. A menudo iba caminando hacia los campos conversando con ellos. La mayoría de los establos se comunicaba con la casa porque los animales producían en sus cuerpos un calor indispensable para mantenerla caldeada. Detrás del establo había una pequeña parcela con verduras, tal vez algunos árboles frutales y pollos. Los pollos y los huevos eran prerrogativas de las mujeres. Por tradición, a éstas se les permitía vender el excedente de huevos, y quedarse con el dinero. Todas estas parcelas individuales estaban separadas por cercos de cactos.

En Tabah la gente considera a los demás como un hermano o hermana de tribu, y a los mayores como tíos o tías. Si bien todos tienen la obligación de responsabilizarse por los otros ya que el Corán prescribe el amor entre los creyentes, las peleas dentro de la familia, el clan o la tribu son la perdición de la vida árabe. Ningún clan ni tribu carece de numerosos enemigos.

Yo sabía que me sería difícil y peligroso ir a la escuela y aspirar a cosas tales como escribir poesía y cuentos y aprender idiomas, porque mis hermanos se pondrían

muy celosos. Yo era el único chico del pueblo que tenía alguna aspiración. Como no había sistema escolar ni recreativo organizado, los niños revoloteaban alrededor de los adultos, cada uno detrás del hombre o la mujer a quien eventualmente llegarían a reemplazar.

Kamal no se separaba de mi padre porque quería convertirse en muktar y jefe del clan cuando éste muriera. Omar, que atendía los puestos del bazar, en el futuro dirigiría la tienda y el café. A él habitualmente se le encontraba cerca de mi tío Faruk, sirviendo mesas y vendiendo detrás del mostrador. Jamil, que sería el principal labrador, permanecía con un primo, capataz de nuestros campos. A medida que yo iba ganando la confianza de mi padre, crecía igualmente el peligro de mis hermanos.

Para los vecinos de Tabah, la tierra, el pueblo, la familia y la religión eran una misma y única cosa. La aldea se despertaba para las plegarias matutinas, dirigidas por el almuecín desde el minarete. Desayunábamos con pan de pita, queso de cabra, aceitunas, higos, tomillo y café, y todos iban luego a trabajar, salvo mi padre.

Como vivíamos tan cercanos era inevitable que constantemente hubiera peleas. Cada uno de los cinco clanes tenía un jeque, que también era uno de los ancianos del pueblo. Las riñas dentro de una familia o un clan generalmente podían ser contenidas por el jeque. Pero cuando dos clanes se enfrentaban, se producían rencillas que podían durar varias generaciones.

Haj Ibrahim era un muktar poderoso. Administraba la justicia en forma rápida y terminante. El mejor modo de poner a alguien en su lugar era imponerle una humillación al hombre y a su familia. Para un árabe el peor castigo es la humillación.

La humillación para la familia de Izzat había sido particularmente severa. Su padre, Tareq, era miembro de nuestro clan soukori. Entre una cosecha y otra, la mayoría de los hombres debía buscar trabajo afuera. Muchos partían rumbo a Gaza cuando comenzaba la recolección de la naranja, y podían quedarse en las cercanas tiendas de los wahhabis. Otros, que tenían parientes en Jaffa, trabajaban en los muelles en la época de los embarques. Debido a que los judíos habían levantado tantos asentamientos, era fácil conseguir alguna tarea extra en sus plantaciones en el tiempo de la cosecha, y así estar cerca del propio pueblo. Sin embargo, Haj Ibrahim había prohibido terminantemente a los vecinos de Tabah trabajar para los judíos. Cuando Tareq violó la norma, mi padre le prohibió entrar en el café y en la mezquita, le cortó un crédito, y le prohibió además participar de festivales o recibir la parte proporcional de los ingresos comunales. Las mujeres del pozo de agua y de los hornos fustigaron tanto a su pobre esposa, que ésta terminó yendo allí cuando las demás ya se habían marchado. A los niños del pueblo se les impidió jugar con los tres hijos de Tareq, aunque yo seguí siendo amigo de Izzat.

Después de mantenerse esta situación durante tres años, Tareq enloqueció y huyó a Transjordania abandonando a su familia. Separarse de esa manera de los suyos, en

el mundo árabe, constituye una muerte en vida.

Hombres y mujeres estaban atrapados en sus papeles eternos, de los que no tenían posibilidad de escapar. Mi padre me explicaba que sólo a través de la aceptación ciega podía uno transitar por esta vida sin enloquecer. Sin embargo, mucha gente perdía la razón.

Bastaba con entrar en cualquier casa de Tabah, en el café o en los hornos para darse cuenta de que nadie obtenía el más mínimo placer de su labor. El trabajo se consideraba la peor maldición del mundo. Mi padre no tenía que trabajar y había alcanzado la posición más alta en la vida árabe. El trabajo era una razón para sobrevivir, pero no para mejorar la propia casa ni la tierra, puesto que pocos eran los propietarios, aunque estaban atados a ellas.

Las mujeres poseían una subcultura secreta, pero nacían y morían sin permiso para experimentar placer. Siempre estaban separadas de los hombres en los acontecimientos sociales. No podían cantar ni bailar en las bodas, salvo apartadas y entre ellas; ni podían viajar sin que las acompañara algún pariente varón, que debía controlar el honor de la familia. Algunos hombres del pueblo iban al cine de Lida una o dos veces por año, pero eso estaba vedado para las mujeres.

Los hombres podían reunirse en el café, en el festejo del nacimiento, en una boda o un entierro. En esas ocasiones se ventilaban muchas frustraciones. El único momento en que podían reunirse las mujeres era a la hora del trabajo. Casi todos los días se armaban peleas entre ellas junto al pozo o en los hornos. Su lenguaje a menudo era mucho más soez que el de los hombres.

Nuestras estaciones eran muy netas: húmedas o secas. En marzo terminaban las lluvias y llegaba el momento de preparar la tierra, elegir las vides y plantar nuevos árboles. Eliminar la humedad del invierno era una tarea ímproba. Ninguna de las casas, ni siquiera las de piedra, era lo suficientemente cálida o seca. Muchos niños morían de tos en la primera infancia. Después de las lluvias, los enseres de la casa, las esteras de dormir, la ropa, las alfombras de piel de cabra y las colchas quedaban mohosos. Se extendían luego a secar sobre los techos mientras se reparaban las casas.

Se sembraba las huertas y se esquilaba a las ovejas. Cuando llegaban las cosechas de cereales, una sensación de premura reinaba en Tabah. Todo el mundo ayudaba en el trabajo, salvo mi padre y algunos ancianos, porque competíamos contra la lluvia y el peligro de que se pudrieran los granos. Febrilmente seleccionábamos los granos, los secábamos en los techos y los llevábamos a las eras, día y noche sin parar.

La cantidad necesaria de cereales, lentejas y habas se colocaba en pieles de cabra y se almacenaba en las grandes vasijas de barro, junto a la cocina. Se pagaban las rentas con la mitad de la cosecha, y lo que quedaba, luego de separar para el sustento familiar, se vendía en los mercados.

Las cosechas perecederas, tales como berenjenas, tomates o higos, se secaban al

sol para poder almacenarlas hasta el invierno.

En septiembre realizábamos la última cosecha, la recolección comunal de la uva. Gran parte se vendía al monasterio trapense de Latrun, distante unos kilómetros de Tabah. Los monjes estaban locos pero fabricaban un vino famoso. Ninguno de ellos tenía permitido hablar, salvo el superior.

Los aldeanos pisaban el resto de las uvas, tarea que se consideraba demasiado impúdica para las mujeres puesto que tendrían que mostrar las piernas desnudas más arriba de las rodillas. El jugo de la uva se hervía en hogares abiertos. Al mismo tiempo se sacrificaba a las ovejas, cuidadosamente engordadas con hojas de morera, y su carne se hervía para extraer el sebo. El valle de Ayalón estaba impregnado del olor de las fogatas, de las uvas y de la grasa de oveja, y el humo producido se mantenía a baja altura los días de otoño sin viento.

Los aldeanos más pobres llevaban los rebaños de cabras hasta el Bab el Wad durante el invierno. A menudo esposas e hijos viajaban con ellos y vivían en cavernas. Con la recolección y embolsado del estiércol de cabra pagaban una renta por las cuevas y la pastura.

Cuando nos recluíamos y esperábamos las lluvias, las mujeres aprovechaban el tiempo para coser, zurcir y bordar sus adornados vestidos. Las mujeres de Tabah se caracterizaban por un diseño geométrico bordado en la parte delantera de sus túnicas negras. Los hombres arreglaban herramientas y arneses, pero fundamentalmente se sentaban en el café a escuchar la radio y repetir viejas historias de valor en la batalla o grandes hazañas en la cama. Repetición en los cuentos y poemas, repetición en la forma de las casas, repetición en la música que emitía la radio, nuestra vida entera era una repetición.

En el tranquilo clima de la temporada húmeda, se procreaban muchos bebés, se completaban nuevos contratos matrimoniales y las consiguientes bodas contribuían a paliar el aburrimiento. En esa época del año fue cuando mi padre tomó su segunda esposa.

Me acuerdo porque al comienzo de la temporada húmeda era cuando venían los armenios a sacar fotos, y llegaba el circuncidador a cortar el prepucio de los niños nacidos ese año. Todos se alineaban en una de las habitaciones del albergue, en brazos de sus madres. Muy pronto comenzaban a sangrar y aullar de dolor. Los padres se felicitaban unos a otros, mientras que las madres trataban de aliviar el dolor con grasa de oveja y caricias.

No puedo terminar el relato de mis recuerdos de Tabah sin escribir algo sobre el Islam, el Corán, el Sunna y los *jinn*.

Islam significa «la sumisión a la voluntad de Dios».

El musulmán es «el que se somete».

Mahoma fue un pobre camellero analfabeto de Medina que se casó con una viuda

rica. Esto le permitió cumplir con su misión. Para recibir su mandato subió al monte Arafat, donde permaneció cuarenta días. Allí el propio Alá le dio las instrucciones.

El Corán, una colección de los sermones de Mahoma, sólo fue escrito muchos años después de su muerte por gente que lo había escuchado, y que por inspiración divina recordaba todas sus palabras. Fue el último profeta; por consiguiente, todas las demás religiones quedaron como obsoletas.

Una noche el ángel Gabriel despertó a Mahoma en La Meca y le indicó que realizara un viaje nocturno al paraíso. Con el fin de prepararlo para el viaje, el ángel hizo un corte en el cuerpo de Mahoma, le quitó el corazón, lo lavó y cuando volvió a ponerlo en su sitio, estaba lleno de fe y de sabiduría. Mahoma luego montó una especie de caballo, una yegua llamada *el-Buraq*. Digo una especie de caballo porque tenía cara de mujer, cuerpo de mula y cola de pavo real. Este sorprendente animal podía viajar hasta donde llegaba la vista dando un solo paso.

En el Corán hay un pasaje que menciona «el sitio más remoto». A Jerusalén nunca se la nombra, pero los primitivos sabios se figuraban que ese sitio remoto era Jerusalén.

Al llegar a esa ciudad, Mahoma ató a *el-Buraq* en el muro occidental del Templo de Herodes y ascendió al Templo del Monte. Allí descubrió la gran roca del sacrificio de Abraham, que también había sido el altar del Templo Hebreo. Mahoma saltó luego desde la roca a una escalera de luz que conducía al paraíso. La roca comenzó a seguirlo, pero Gabriel, que había volado hasta Jerusalén anticipándose a Mahoma, le ordenó a la roca quedarse en su lugar, y ésta obedeció. Posteriormente se levantó sobre ella un gran santuario llamado la Cúpula de la Roca. Cerca de allí se erigió la mezquita Al Aksa, que significa «el sitio más remoto».

El-Buraq estaba esperando a Mahoma cuando éste llegó al cielo. Montado una vez más en su cabalgadura, Mahoma recorrió los siete cielos del paraíso. Conoció a los patriarcas y profetas del Libro, y vio a todos los ángeles que oraban. Dijo que Moisés era un hombre de rostro muy sonrosado y que Jesús era de estatura normal y tenía muchas pecas, lo mismo que Salomón.

Mientras asimilaba rápidamente todo el conocimiento y la sabiduría de santos, ángeles y profetas, se le concedió una audiencia privada con Alá, y fue el único hombre que jamás viera a Alá con el rostro descubierto. Mahoma y Alá conversaron largamente para definir los diversos aspectos del Islam. Alá pretendía que la gente le rezara treinta y cinco veces por día, pero Mahoma lo convenció sobre la practicidad de orar sólo cinco veces. Tras su visita, Mahoma regresó a La Meca esa misma noche.

El Corán regula muchas otras cosas además de castigos y recompensas. Nos da instrucciones respecto a la fornicación, el adulterio, la desobediencia, las limosnas, el asesinato, la corrupción, los insultos, los deudores, el divorcio, las dotes, la

persecución, el ayuno, el día de la hoguera, la reincidencia, las peleas, la maledicencia, la codicia, el juego, el infanticidio, el entierro de niños, el paganismo, las leyes de herencia, cómo dormir, la menstruación, los deberes paternos, las amas de leche, las relaciones matrimoniales, los juramentos, la disensión, los huérfanos, el comer en casa de otro, las horas y exigencias de oración, la propiedad de caballos, el amamantamiento, la escena del juicio, la prohibición de las bebidas alcohólicas, los renegados, las revanchas, el arrepentimiento, la difamación, el trato de esclavos, los testamentos de viudas, el robo, la sospecha, la usura, los ardides, las transgresiones, las dietas alimentarias, las plegarias del mal, la reglamentación sobre la abstinencia sexual, las prácticas comerciales inescrupulosas, la vanidad, la resurrección de los muertos, el deshonor sexual, los eunucos, la maternidad, las normas para tener concubinas, los coágulos de sangre, los enemigos, los espíritus malignos, por qué debe creerse en Mahoma, vencer a los griegos, el velo de las mujeres, el ganado, la estafa, la mezquindad, la idolatría, el romper los lazos con la familia, la tentación, la avaricia, el lavado ritual, el afeitarse la cabeza y demás normas para los peregrinos, el destino de los pecadores, la conspiración, el tratamiento de enemigos y mujeres refugiadas, la lujuria, los camellos preñadas, la lluvia, la perversidad, las conjuras y contraconjuras, la unidad del mundo y la misericordia.

Desde luego que esto sólo es una muestra del vasto número de otros temas sobre los que nos instruye el Corán, del cual había un ejemplar en cada casa, pero casi nadie sabía leerlo. La mayoría de la gente conocía las plegarias diarias exigidas y fragmentos del libro. El resto debía ser enseñado por gente como mi tío Faruk, porque nosotros no tenemos un sacerdocio formal. El tío Faruk no parecía muy claro, pero sus sermones se aceptaban.

El Islam se apoya en cinco pilares. El primero es la sumisión total del musulmán a Alá. El debe proclamar con toda sinceridad, que «Alá es el único Dios y Mahoma su Profeta».

Debe rezar cinco veces por día luego de la ablución ritual, y realizar las genuflexiones prescriptas, arrodillándose y haciendo reverencias en dirección a La Meca. En las plegarias se repiten muchas veces las palabras «Dios es grande… Alá akbar».

Los musulmanes deben pagar un impuesto de purificación como limosna.

Los musulmanes deben ayunar durante el «ramadán», el noveno mes del calendario islámico y el período más sagrado, puesto que fue entonces cuando se nos envió el Corán para dirigir nuestras vidas. Durante el ramadán se abren las puertas del cielo y el arcángel Gabriel implora la gracia para todos. La gente mayor en particular reza mucho pidiendo perdón por sus pecados, ya que será la que más pronto tratará de entrar en el paraíso. Aunque ojos humanos jamás lo han visto, todos saben que incluso hasta los árboles se inclinan hacia La Meca durante el ramadán.

Debemos ayunar mientras dura la luz del día el mes entero. Usamos una hebra de hilo para distinguir el día de la noche. Si podemos ver la hebra blanca, es de noche. Si podemos ver la hebra negra, es de día.

Ramadán es la época en que se compra ropa nueva y cuando todo el mundo se hace cortar el pelo por el tío Faruk y se baña. La mayor parte de las horas de ayuno del día se pasa orando en la mezquita. En Tabah permitimos el ingreso de las mujeres a la mezquita, pero sólo en un lado, al fondo, donde no pueden verlas los hombres. Durante estas horas hay abstinencia total de comida, bebida, tabaco, y lo peor de todo, sexo. Las embarazadas, las nodrizas, los muy ancianos o enfermos, los viajeros y los niños pequeños quedan eximidos del ayuno por la gracia de Alá.

En las últimas horas con luz de día la gente puede empezar a enloquecerse. Majnum, el demonio que nos vuelve locos, está en su apogeo durante el ramadán. Debilitados por el hambre, la sed y el sol, los hombres se enzarzan en peleas al más mínimo pretexto. A mi padre le da mucho trabajo mantener el orden durante este mes. Está prohibido hacer trampa faltando al ayuno. Si alguno es sorprendido comiendo, él y su familia quedan condenados al ostracismo hasta el siguiente ramadán.

La cena puede prolongarse horas. La gente se atiborra tanto que comienza a vomitar. Justo antes de salir el sol se sirve una segunda comida, pero la gente está tan satisfecha que ésta es un suplicio. Todos se alegran cuando el ramadán termina.

Algo muy importante para los musulmanes es la Sunna. Pese a que no está escrito formalmente, no se puede separar del Corán. Es una interpretación de los valores del Corán por la experiencia y la tradición. Los que creen en la Sunna se llaman musulmanes sunnitas. En Tabah, todos lo eran. Los sunnitas constituyen la mayor parte del mundo islámico.

El otro gran grupo de musulmanes, aparte de los sunnitas, es el de los chiítas. Poco después de crearse el Islam en el siglo VII, el centro del poder dejó de estar en el desierto árabe para trasladarse a las ciudades. Damasco fue el primer centro del Islam; luego lo fueron Bagdad, El Cairo, y mucho después Estambul. Los califas, o jefes del mundo islámico, ya no eran de La Meca o de Medina, sino del país islámico más poderoso del momento.

Los chiítas creían que el califa y líder del Islam debía ser siempre un descendiente de Mahoma. Se azotaban con látigos para demostrar su devoción, buscaban el martirio y hacían también otras locuras. Los chiítas a menudo odiaban a los sunnitas más que a los infieles. Siempre armaban alborotos. En Palestina no había muchos chiítas, loado sea Alá, pero sí los había en Irán. Nosotros los odiábamos, desconfiábamos de ellos y les temíamos.

Una vez hice acopio de valor y le pregunté al señor Salmi si los chiítas, los alawitas, los drusos y curdos eran realmente musulmanes, y él logró farfullar: «Bueno, apenas».

El quinto y último pilar del Islam establece que todo musulmán debe realizar una peregrinación, o *haj*, a La Meca, al menos una vez en su vida. Allí hay una Piedra Negra en un templo llamado la Kaaba. Éste es el lugar más sagrado del mundo. Se dice que nuestro padre, Abraham —quién, según sabemos todos, fue musulmán y no judío— le encomendó a su hijo Ismael la misión de fundar la raza árabe. Yo llevo el nombre de Ismael, tal como mi padre, Haj Ibrahim, lleva el de Abraham.

La Kaaba en una época había sido un templo pagano, pero Mahoma cambió todo eso después de recibir el mensaje de Alá y cuando se enojó con los judíos. En un principio, todos los musulmanes miraban hacia Jerusalén al orar. Cuando Mahoma convirtió a la Kaaba en el centro del Islam, ordenó que todos se orientaran hacia La Meca, porque los judíos no habían aceptado su autoridad.

Lo último que mencionaré del Islam es el *jinn*, muy importante para nosotros. Se trata de unos espíritus malignos capaz de presentar aspecto de animal o de persona, y que posee una influencia sobrenatural. El Corán afirma que «hemos creado al hombre de la arcilla de alfarero, del barro triturado; el *jinn* lo creemos previamente del calor ardiente». La Sunna nos enseña a temer al *jinn* porque una vez que este espíritu entra en una persona puede ocasionarle todo tipo de enfermedades. Después, sólo la voluntad de Alá podrá curarlo.

Todos los musulmanes saben que no dominan sus vidas ni sus destinos. La enfermedad, la muerte, la sequía, la pestilencia, los terremotos y cualquier otro desastre deben vivirse fatalmente por ser la voluntad de Alá. Sólo siendo creyentes, aceptando la palabra de Mahoma y la voluntad de Alá podremos entrar en el paraíso. Por ende, la vida en este mundo no es para que la disfrutemos sino simplemente para demostrar que somos merecedores de reunirnos con Mahoma eternamente en el cielo.

Soy un devoto musulmán, pero a veces ciertas cosas me resultan difíciles de comprender. Si Alá es misericordioso y compasivo, ¿por qué menciona tan horribles castigos, y por qué los musulmanes deben comprometerse a realizar una guerra santa para destruir a otros individuos que no son creyentes? ¿Por qué no puede el Islam compartir el mundo con otros pueblos?

CAPÍTULO XIX

Hagar a menudo se lamentaba diciendo que temía el día en que sus hijos se casaran y trajeran a sus esposas a la casa, porque no quería compartir la cocina con nadie. Haj Ibrahim modificó la situación cuando tomó a Ramiza como segunda esposa.

Al principio todos fuimos muy fríos con ella, en especial cuando mi padre recluyó a mi madre en los puestos del mercado. El único que parecía estar realmente contento era Haj Ibrahim, pero él no prestaba la menor atención a nuestros sentimientos. La humillación había destrozado a mi madre, y a nosotros nos hizo desconfiar mucho de nuestro padre.

El cambio de actitud hacia Ramiza se produjo lentamente. Ella era tan bonita comparada con mi madre, que resultaba aun más fácil odiarla. Al comienzo pensamos que era arrogante porque era muy callada. Poco a poco nos dimos cuenta de que era sumamente tímida y no demasiado inteligente. Haj Ibrahim se preguntaba en voz alta, de vez en cuando, si el viejo jeque Walid Azziz no lo habría estafado al venderle a Ramiza. Lo más probable era que la muchacha jamás se hubiese sentado a conversar con su padre. El jeque no tenía modo de saber si Ramiza era despierta o estúpida. Tenía tantas hijas que apenas si conocía todos sus nombres, y el único criterio por el que las juzgaba era por su apariencia, su obediencia, la conservación de su virginidad y el dinero que le reportarían.

Ramiza había llevado siempre una vida de nómada. Al haber tantas mujeres dispuestas a cumplir los deseos del jeque, una chica indolente podía eludir muchas tareas. Era obvio que Ramiza no había sido suficientemente entrenada. Sufrió muchísimo tratando de reemplazar a mi madre en la cocina. Nosotros teníamos mucha más variedad de alimentos y especias que los beduinos, y ella estropeaba casi todas las comidas que preparaba. Nada fue la primera en apiadarse de ella. Aunque mi hermana contaba apenas diez años, mi madre la había adiestrado muy bien, y pudo así salvar a Ramiza de recibir ásperas críticas de Haj Ibrahim.

Al cabo de unos meses Ramiza quedó embarazada, y el primer ardor de mi padre disminuyó rápidamente. Le gritaba a menudo, y a veces demostraba su disgusto dándole un sopapo. Nada y yo solíamos encontrarla llorando quedamente en un rincón de la cocina, musitando su perplejidad.

Sólo cuando se hubo terminado la habitación de Ramiza en la primavera, y se instaló una segunda cama, Haj Ibrahim permitió a mi madre abandonar el suelo y volver a su cuarto.

Ni Ramiza ni mi madre le proporcionaban demasiada satisfacción sexual, lo cual le indignaba. Sin embargo, hizo regresar a Omar para que se encargara de los puestos,

y así poder tener a Hagar de nuevo en la cocina. A ella le dio órdenes específicas de enseñar a Ramiza a cocinar y a ocuparse adecuadamente de sus obligaciones.

Cuando Hagar regresó a su cocina apenas si hablaba a Ramiza, y la regañaba constantemente llamándola «esa sucia y tonta beduina». A Ramiza comenzó a notársele el embarazo. Tenía náuseas por la mañana y lloriqueaba a menudo. Poco a poco Hagar empezó a ser humana con ella. Creo sinceramente que su amistad se inició cuando ambas comprendieron que no era un gran placer ni un honor acostarse con Haj Ibrahim, e incluyeron en su conversación ciertos comentarios despreciativos respecto de su forma burda de hacer el amor. Luego las dos mujeres comenzaron a compartir secretos como madre e hija. Pienso que Ramiza sentía más simpatía por Hagar que por Haj Ibrahim. Se aferraba a las faldas de mi madre para no cometer errores, y de vez en cuando mi madre se echaba la culpa por algo que Ramiza había hecho mal.

Un día Hagar había salido a trabajar de partera. Yo había vuelto con fiebre de la escuela y me había recluido en mi sitio preferido de la cocina, allí donde nadie podía verme, pero aún había luz suficiente como para leer. Ramiza iba por su séptimo mes de embarazo, y le faltaba el aliento. Finalmente se sentó en el banco de ordeñar, y sin mucho interés se dedicó a mover la mantequera para hacer el queso con leche de cabra.

Nada se rascaba inconscientemente entre las piernas, actitud que habría provocado un fuerte bofetón de haber estado presente Hagar.

—¿Sientes algo allí? —preguntó Ramiza.

—¿Dónde?

—En tu lugar sagrado, donde acabas de rascarte.

Rápidamente Nada bajó las manos y se sonrojó.

—No te preocupes —la tranquilizó Ramiza—. No te delataré.

Nada sonrió agradecida.

—Bueno, ¿sientes placer? —volvió a preguntarle Ramiza.

—No lo sé. Creo que sí. Sí, supongo que sí. Sé que está prohibido. Tengo que tener más cuidado.

—No tienes por qué dejar de acariciarte, siempre y cuando te guste. Supongo que todavía lo tienes.

—¿Si todavía tengo qué? —Nada abrió los ojos desmesuradamente con temor—. Si te refieres a la membrana del honor, por supuesto que aún la tengo.

—No. El botoncito escondido debajo de la membrana del honor. ¿Todavía lo tienes?

—Sí. Me lo he tocado.

—Entonces, disfrútalo todo el tiempo que te permitan tenerlo.

—¿Qué quieres decir? ¿Acaso no lo tendré siempre?

—Oh, lo siento. No tendría que habértelo dicho.

—Por favor, cuéntame…, por favor…, por favor…

Ramiza dejó de batir y se mordió el labio, pero después de mirar los ojos suplicantes de Nada, comprendió que debía hablar.

—Tiene que ser un secreto. Si tus padres se enteran de que te lo he dicho, me darán muchos azotes.

—Te lo prometo. Que el Profeta me queme el día de la hoguera.

—Se trata del botón del placer. Las chicas no deben tenerlo.

—Pero ¿por qué?

—Porque, si lo tienes, eso te hará mirar a los muchachos. Algún día hasta le permitirás a alguno tocarte, y si te agrada, quizá no puedas controlarte. Tal vez hasta le permitas romperte la membrana del honor.

—¡Oh, no! ¡Jamás haría eso!

—El botón es maligno —sentenció Ramiza—. Hace que las chicas hagan cosas contra su voluntad.

—Oh… —susurró Nada—. Pero ¿acaso tú no tienes tu botón?

—No. Me lo extirparon. Yo no hice nada malo, pero me lo quitaron para evitarme las tentaciones. A ti también te lo sacarán. Cuando no lo tengas más ya no te preocuparás por los muchachos, y serás seguramente virgen cuando te cases. Jamás deshonrarás a tu familia.

La ardiente curiosidad de Nada se desvaneció al aumentar el temor. Siempre le había causado placer cuando se rozaba con un muchacho. Le gustaba cuando sabía que iba a trabajar en las eras o cuando acarreaba agua a los campos para los nombres. Hagar le había advertido infinidad de veces por día sobre el peligro de tocar a los chicos. Ella no se había dado cuenta de que eso tuviera nada que ver con el botón del placer.

—¿Qué te pasó a ti? —logró articular Nada finalmente.

Ramiza dio una palmada a su abultado vientre y le ordenó al bebé que se quedara quieto. Estaba muy incómoda y le costaba mucho trabajar, pero no quería que Haj Ibrahim le gritara.

—Ellos vienen por la noche —dijo—. Una nunca sabe cuándo vendrán. La que te saca el botón es la comadrona del clan.

—Pero mi madre es la comadrona.

Ramiza lanzó una risita irónica.

—Entonces utilizarán a otra *daya* que vendrá con tus tías. Siempre llegan cuando una está dormida. Te ponen algo en la comida para dormirte, así no te das cuenta. Serán seis u ocho. Te tomarán de los brazos y las piernas para que no te muevas. Una de ellas te tapará los ojos con un trapo negro, y otra te meterá algo en la boca para que no grites. Te llevarán a una tienda secreta que habrán preparado. Tus tías te

sostendrán con firmeza para que no te muevas y luego te harán abrir lo más posible las piernas. En último momento logré desatar mis manos, grité llamando a mi madre y me quité la venda de los ojos. Cuando levanté la vista, advertí que mi madre era la que me apretaba la cabeza hacia abajo. La *daya* tiene un cuchillo muy afilado, y cuando te abren las piernas, ella busca el botón con los dedos hasta que éste aparece. Entonces, lo extirpa.

Nada lanzó un alarido. Quise correr hasta ella pero sabía que sólo causaría mayores problemas. Por ende, me acurruqué para que no me descubriesen.

—Te he puesto muy nerviosa. No fue ésa mi intención. Me hicieron jurar que no se lo contaría a ninguna otra niña; de lo contrario, me cortarían la lengua…, pero eso fue cuando yo vivía en el desierto. Me pareció que debía contártelo.

Ramiza se levantó del banco lanzando un suspiro, se acercó a Nada y le acarició la cabeza.

—Pobrecita Nada —dijo.

Los enormes ojos marrones de mi hermana se posaron en Ramiza.

—¿Duele mucho?

Ramiza negó con la cabeza y suspiró.

—Sangré mucho más que en mi primera menstruación. Durante varias temporadas me dolió cada vez que quería orinar. Finalmente me permitieron ir a ver a un médico inglés de Berseba. Mi padre quería mantenerme con vida para no perder mi dote.

—¿Y eso… logró no hacerte pensar más en los muchachos?

—Sí. Y a partir de entonces, obedecí todo lo que me dijeron.

—¿Sientes algún placer con mi padre?

Ramiza regresó al banco y siguió batiendo.

—Al principio me divertía el solo saber qué era todo ese misterio, pero se supone que una no debe obtener placer. Siempre puede fingírselo porque eso hace sentir al hombre muy importante. Después de algunas veces, ya no hay más placer. A mí sinceramente no me importa si Hagar se acuesta con Haj Ibrahim o si lo hago yo. Ojalá lo hiciese ella más a menudo.

Nada y yo éramos los más pequeños, y a mí todavía se me permitía dormir en la pequeña celda contigua a la de ella porque mis tres hermanos varones estaban bastante incómodos. Yo ya no sabía en qué medida Nada dormía. Cualquier ruidito la hacía despertar temblando. De día se dormía haciendo sus tareas, y se le formaron grandes ojeras. Cuando lograba conciliar el sueño de noche, estaba agitada todo el tiempo, y a menudo lanzaba gritos.

No comía salvo del plato común, y siempre esperaba que Hagar o Ramiza lo hicieran primero. Se debilitó mucho, y era tal su temor que finalmente me atreví a confesarle que yo había escuchado aquella conversación. Le supliqué que mencionara

el tema a Hagar. Nada llegó a enfermarse gravemente de agotamiento y de miedo. Un día la amenacé con contárselo yo. Para ahorrarme una paliza, finalmente ella habló con nuestra madre. Yo esperaba en el granero.

Al rato salió Nada con el rostro bañado en lágrimas, sudorosa, temblando.

—¿Qué dijo mamá? —le pregunté, ansioso.

—A mí no tienen que extirpármelo —dijo, entre sollozos—. Aquí sólo se lo hacen a las chicas que han deshonrado a la familia. Le prometí que no haría nada que les causara oprobio, que jamás miraría a un muchacho ni le permitiría tocarme hasta mi noche de bodas.

Creo que yo también me eché a llorar. Nos abrazamos y sollozamos hasta que nos dimos cuenta de que estábamos abrazados. Entonces, ella me empujó con expresión de terror en sus ojos.

—No te preocupes, Nada —la tranquilicé—. Soy tu hermano. Yo no te haré daño.

CAPÍTULO XX

Si a Ramiza le llevó tiempo ganarse la aceptación de la familia, más le costó obtener la aprobación de las mujeres del pueblo. Hasta el final de su período de prueba, se la acusaba de ser portadora del *jinn*. Cualquiera calamidad que ocurría en la aldea se le reprochaba a ella por haber traído a Tabah el espíritu maligno. Tuvo que superar muchas cosas. Al ser la única segunda esposa, las mujeres del pueblo en general simpatizaban con Hagar. Ramiza tenía la desgracia de ser muy joven y exquisitamente bella.

En los hornos comunales las esposas aburridas y frustradas comentaban intimidades familiares. Las mujeres buscaban allí refugio cuando se peleaban con sus maridos. Si bien había algo de alivio en ese sitio de intimidad social femenina, los interminables ciclos de trabajo y monotonía a menudo explotaban provocando violentos altercados. El aire se llenaba entonces de improperios y arreciaban los bofetones, escupitajos y puntapiés.

Ramiza era un buen blanco para las calumnias. Los celos que suscitaba se agregaban a sus sufrimientos. A medida que fue acercándose su fecha de parto, a regañadientes comenzaron a aceptarla. El nacimiento era una de esas raras ocasiones en que se les permitía a las mujeres reunirse para festejar, sin servir a los hombres. Cuando Ramiza pasó de cuentas, una vez más mi madre se fue de Tabah a realizar una prolongada visita a su familia.

Se corrió rápidamente la voz de que Ramiza tenía sus primeros dolores, y nuestra casa se transformó en el centro de atención. Se congregaron todas las mujeres del pueblo salvo las que estaban menstruando, ya que su sangre era impura; a ellas no se les permitía cruzar el umbral. Durante el período, las mujeres también tenían prohibido entrar en la mezquita, visitar al camposanto o ayunar en el ramadán.

Llevaron a Ramiza a la sala de estar para el parto. Parecía poco más que una niña. La comadrona la hizo sentar sobre un cuero de cabra, en el suelo. Una de sus tías, que vivía en Tabah, se sentó en un banco a sus espaldas sosteniéndole la cabeza y sujetándosela entre sus piernas. A ambos lados había unas primas para ayudarla. En la habitación reinaba un caos total, con niños y mujeres que entraban y salían a discreción. Yo era aún lo bastante chico como para observar todo desde una prudente distancia, junto a la puerta de la cocina.

Cubrieron a Ramiza desde la cintura hacia abajo con una colcha, aunque todavía llevaba unos pantalones hasta los tobillos. La *daya* realizó varias inspecciones debajo de la manta, engrasándose la mano con sebo de oveja.

Con cada contracción las mujeres le gritaban que «jadeara» o «empujara». Al terminar el dolor, se ponían a charlar y comentar sus experiencias de cuando ellas

habían dado a luz. Cuando los dolores se hicieron más intensos y seguidos, Ramiza comenzó a clamar por su madre. Yo no entendía por qué llamaba a la madre siendo que ella había colaborado para extirparle el botón del placer. Fue Nada quien se colocó junto a Ramiza, le sostuvo la mano y secó su rostro sudoroso.

Después de varias horas y numerosas inspecciones, la *daya* retiró la colcha y quitó los pantalones de Ramiza. La habitación quedó en silencio al tiempo que crecía la tensión. De pronto hubo un estallido, un ruido confuso, un alarido, ¡y nació! ¡Yo tenía un medio hermano! La comadrona limpió la sangre y cortó el cordón. Mientras el bebé seguía aún desnudo y llorando, fue pasando de mano en mano para que todas las mujeres pudieran apreciarlo.

Corrí al café a darle la noticia a mi padre, quien se regocijó con su nueva gloria. El bebé nació justo antes de la visita anual del circuncidador, de modo que el prepucio del pequeño y su primer pañal sucio fueron colocados en el dintel de la puerta principal, tal como habían hecho con mi prepucio y mi pañal, y los de mis hermanos, que todavía estaban allí.

A Ramiza le ataron fuertemente el estómago y le prescribieron los tradicionales cuarenta días de abstinencia sexual. De inmediato se ordenó a Hagar regresar para consolar a mi padre y cocinar para él, mientras Ramiza quedaba en su habitación con la criatura.

No daba tanto la impresión de que había dado a luz un bebé como de que había conseguido un juguete, algo propio. Nunca antes había tenido algo realmente suyo. Hagar se puso impaciente porque pronto se advirtió que Ramiza no era demasiado competente para ocuparse de un bebé. Sin embargo, a mi madre se le prohibió interferir.

Cuando Ramiza pudo levantarse, las cosas se complicaron rápidamente. Su leche no satisfacía al niño, de modo que hubo que traer una nodriza. El bebé lloraba con mucha frecuencia, y la confusión de Ramiza se convirtió en pánico y en eterno gimoteo. A Hagar aún no se le permitía manejar la situación.

Al concluir la cuarentena, las cosas empeoraron. Mi padre deseaba volver a poseer a Ramiza pero ella seguía aún dolorida, y no podía tener relaciones sexuales. Una noche él la tomó por la fuerza pero luego ella sangró profusamente. Se comenzó entonces a dejar solos a Ramiza y su bebé, que permanecían el día entero en su cuarto. Nada les llevaba la comida, pero mi padre estaba tan furioso que insistía en que nadie les prestara atención.

Haj Ibrahim proclamaba en voz alta que desearía no haberse casado nunca con ella. Todos sabíamos que la única razón por la que no disolvía el matrimonio era por temor a ofender al jeque Azziz.

El bebé tenía tres meses cuando llegó la temporada de las lluvias en todo su apogeo. Afuera diluviaba, y por tercera noche consecutiva nadie podía dormir en la

casa por los llantos de la criatura. Haj Ibrahim pasaba sus noches fuera de Tabah cada vez con mayor frecuencia. En los hornos se rumoreaba que visitaba a las prostitutas de Ramle.

Esa noche estaba en casa hecho una furia. Le gritó a Hagar que fuese a la habitación de Ramiza y restableciera el orden. Ni Nada ni yo habíamos podido pegar un ojo, y fuimos con Hagar al cuarto de Ramiza.

El espectáculo era desolador. Ramiza estaba incorporada contra el respaldo de la cama, desgreñada, con ojos de loca. Se mordía los dedos y gruñía como un animal herido. El bebé chillaba, tosía, se atragantaba. Hagar corrió hasta la cuna y retiró las mantas. Era todo una inmundicia. El niño no había sido limpiado quizás en varios días. En el fondo de la cuna había un orificio por donde se arrojaban los excrementos a una vasija, que luego se llevaba afuera. Eso no se había usado. El bebé estaba enterrado, y hasta había llegado a comer un poco de ella. Hagar limpió todo febrilmente y trató de hacer vomitar a la criatura. Aunque era la que administraba las hierbas y pócimas en el pueblo, sabía que no tenía nada para aliviar esa situación. Entonces ella también se puso histérica y le informó a Haj Ibrahim que el niño estaba muy enfermo, que tenía una fiebre muy alta y que obviamente debía sufrir tremendos dolores de estómago.

Haj Ibrahim insultó terriblemente a Ramiza por permitir que por medio de ella entrara el espíritu maligno en casa. Nada se unió a la histeria mientras mis hermanos, acobardados, se alejaban de la casa. Se llamó luego a la más anciana de las comadronas para que intentara exorcizar al bebé, pero nada pudo hacer ella tampoco.

Al escuchar los gritos de Hagar y de la *daya*, mi padre cedió, me ordenó que tomara el burro y fuera hasta el puesto policial británico de Latrun. Allí debía pedirle a algún soldado que llamara por teléfono a Ramle solicitando un médico árabe.

Le imploré a mi padre que me permitiera utilizar su caballo para ir más rápido, pero indignado me insultó por haberme atrevido a sugerir siquiera que pudiese llevarme su caballo en semejante temporal. Tengo apenas recuerdos borrosos del trayecto hasta Latrun, pateando al animal, suplicándole que avanzara a más velocidad.

Me tapé la cara cuando un reflector me cegó.

—¡Alto! ¿Quién anda ahí?

—Soy Ismael, el hijo del muktar de Tabah —grité.

—Cabo, llame al oficial de guardia. ¡Hay un niño árabe en el portal, y está empapado!

Recuerdo que una mano grande me condujo a una atemorizante habitación donde un funcionario de aspecto poderoso estaba sentado ante un escritorio. Otros soldados me quitaron la ropa mojada, me envolvieron en una manta y me alcanzaron un tazón de sopa caliente mientras yo trataba de contar mi historia con mi pobre inglés. Luego

se hicieron varios llamadas telefónicas.

—El médico de Ramle tuvo que ir a una aldea lejana y no saben cuándo regresará.

Más llamadas.

—Uno de nuestros doctores vendrá desde Jerusalén, pero quizá tarde un poco por esta lluvia.

—¡No! —exclamé—. Tiene que ser un doctor árabe.

—Pero Ismael…

—¡No! ¡Mi padre no le aceptará!

—Intente en Lida, sargento. Llame por radio a la estación de Policía a ver qué pueden hacer ellos.

El informe de Lida no fue mucho más alentador. No se pudo dar con el médico, y en el pequeño hospital sólo había un enfermero nocturno. El médico árabe más cercano estaba en Jaffa, y con tal tormenta no se podría llegar al pueblo antes de la mañana del día siguiente. Los soldados me ofrecieron que dejara allí el burro y que ellos me llevarían de vuelta a Tabah en camión, pero yo estaba enloquecido. Mi ropa se estaba secando sobre una estufa. Me vestí, salí corriendo del despacho y del edificio, y golpeé el portón.

—¡Ven aquí, muchacho!

—Déjenlo pasar. Tiene miedo de su padre.

Afuera la oscuridad era total. El agua de lluvia bajaba en torrentes desde el Bab el Wad cubriendo numerosos sectores del camino. Me costaba mucho ver por dónde iba. Aunque trataba de mantenerme a un lado de la carretera, en varias oportunidades casi me atropellaron los autos que pasaban, salpicándome por entero. El único momento en que realmente podía ver algo era cuando iluminaban los faros de los coches; con rapidez me iba a la cuneta para mayor seguridad y para vislumbrar algo del camino que seguía. Me dio la impresión de que todo el mes del ramadán había llegado y transcurrido antes de poder distinguir las primeras casas blancas en la colina de Tabah.

En ese instante, las luces de un auto iluminaron un letrero que decía KIBUTZ DE SHEMESH. Me sentí atraído por él, como hipnotizado. Sabía que tenía prohibido entrar, pero si les rogaba a los judíos que no se lo dijeran a mi padre, quizás ellos podrían buscar algún médico árabe. Luego se encendieron unos reflectores en medio de la lluvia, proveniente del puesto de guardia del kibutz, cegándome nuevamente. De pronto me vi rodeado por una cantidad de judíos que me apuntaban con rifles. Me llevaron del otro lado del portón.

—¿Qué dice, Avi?

—Menciona algo sobre un bebé enfermo.

—¿Alguien lo conoce?

—¿No es uno de los hijos del muktar de Tabah?

—Vayan a buscar a Gideon.

—¿Qué pasa aquí?

—Es un niño de Tabah, no hace más que repetir que hay un bebé muy enfermo.

Debo de haberme desmayado. El siguiente recuerdo que tengo es que iba sentado en un camión y el señor Gideon Asch me rodeaba con su brazo, mientras otra persona conducía, tratando de subir por la calle embarrada hasta el centro del pueblo. El camión derrapó.

—¡Ellos viven allá arriba!

—El camino está intransitable. Tendremos que caminar.

Me caí sobre el barro y no pude levantarme. El señor Asch me alzó con su único brazo y los tres, corriendo, resbalando, cayendo, llegamos hasta la casa de mi padre. Los dos judíos se abrieron paso por entre la gente que se había reunido afuera, bajo la lluvia.

El señor Asch y el otro hombre estaban de pie en la antesala. A mí me hicieron sentar y me desplomé en brazos de Nada, pero logré seguir consciente. El señor Asch explicó que el hombre que lo acompañaba era médico.

Haj Ibrahim se ubicó en el otro extremo de la habitación, bloqueando el paso al cuarto de Ramiza. Después de un extraño silencio, Hagar, Nada, mi padre y la comadrona comenzaron a gritar al unísono.

—¡Cálmense todos! —pidió el señor Asch en voz alta.

—¿Dónde está el bebé? —preguntó el doctor.

Haj Ibrahim dio dos pasos hacia mí con aire amenazador, blandiendo su puño en alto.

—¡Te dije que fueras a Latrun!

—¡Padre! ¡No pudimos conseguir un médico en Ramle ni en Lida! —clamé en mi propia defensa—. No sabía qué hacer.

—Por favor, permítame ver al bebé —suplicó el médico.

—¡No! —bramó mi padre—. ¡No! ¡No! ¡No! —Me señaló, intimidándome—. ¡Tú los trajiste aquí para demostrar lo inferiores que somos!

—Ibrahim —le imploró el señor Asch—, le ruego que se serene. Deje de hablar como un tonto. La vida de un niño corre peligro.

Las mujeres prorrumpieron en gemidos convulsivos.

—¡No quiero piedad de los judíos! ¡Ni piedad ni misericordia! ¡No permitiré que entren en mi casa para probar su superioridad!

El señor Gideon Asch se adelantó en dirección al dormitorio, pero mi padre le impidió el paso.

—¡No haga esto, Ibrahim! ¡Se lo imploro! ¡Ibrahim! —Mi padre no cedió—. Está cometiendo usted un grave pecado.

—¡Ja! ¡El pecado es recibir compasión de un judío! ¡Ése es el pecado!

El señor Asch levantó los brazos en señal de derrota y le hizo un gesto de negación al médico. Mi padre y las mujeres subieron el volumen de sus gritos, él para que se fueran y ellas para que el doctor se quedara.

De repente sobrevino un silencio irreal. Con el rostro blanco como el de un fantasma, la boca abierta, medio en trance, entró Ramiza con el niño en brazos. El doctor empujó a un lado a mi padre y tomó al pequeño cuando Ramiza se desplomaba al suelo, donde la rodearon de inmediato las mujeres. El doctor apoyó la cabeza contra el pechito infantil, le dio unos golpes, luego le echó respiración en la boca, abrió su maletín y volvió a escuchar.

—El niño está muerto —musitó.

—Esta casa está llena de espíritus malignos —sentenció mi padre—. Es la voluntad de Alá que el bebé muera.

—¿La voluntad de Alá? ¡Un rábano! —le espetó Gideon Asch—. ¡Ese niño murió como consecuencia de la mugre y el descuido! Vamos, Shimon, salgamos de aquí.

Se marcharon precipitadamente de la casa seguidos por Haj Ibrahim que les gritaba con el puño en alto. Yo no oí el resto, pero otras personas sí.

Los dos judíos lucharon por mantener el equilibrio al bajar por el sendero de rocas, empapados por la lluvia y perseguidos por el muktar.

—¡La forma en que vivimos es asunto nuestro! ¡Hemos sobrevivido aquí miles de años sin ustedes! ¡Nuestra existencia es tan frágil como la tundra de la montaña! ¿Por qué siempre tienen que venir ustedes de afuera a indicarnos cómo debemos vivir? ¡No los necesitamos! ¡Judío!

Gideon cerró violentamente la puerta del lado del conductor y tanteó en busca del arranque. El doctor se situó en el asiento de al lado mientras Haj Ibrahim daba golpes en la puerta sin dejar de gritar.

Gideon cerró los ojos, contuvo las lágrimas y por un instante apoyó la cabeza contra el volante.

—Dios mío —dijo en un susurro—. Me dejé en casa la mano ortopédica. No puedo conducir este maldito camión.

Antes de que el médico tomara asiento frente al volante, Gideon había abierto la puerta y salido a caminar en dirección a la carretera.

—¡Vaya y joda un camello muerto! —le gritó Haj Ibrahim—. ¡Joda un camello muerto!

Segunda parte

LA DIÁSPORA

CAPÍTULO PRIMERO

1946

Para mí fue un día de enorme tristeza cuando abandoné la escuela, pero la decisión la tomé yo. Había cumplido ya diez años y sabía más que cualquiera de la clase, incluyendo al señor Salmi. Al principio el maestro me utilizaba para que leyera *surahs* del Corán mientras él se sentaba al fondo del aula y dormitaba. Luego fue asignándome mayores responsabilidades en la enseñanza. Yo quería aprender. Les había enseñado a los niños judíos del kibutz de Shemesh, pero aprendía más de ellos de lo que les enseñaba.

Mi verdadero motivo para abandonar la escuela era que me estaba creando un sitio junto a mi padre. Eso me dio valor para salir finalmente del mundo de las mujeres y de la seguridad de la cocina, e ingresar en el atemorizante mundo de los hombres. Mi madre propiciaba el trámite con sus intrigas.

Desde que terminó la Segunda Guerra Mundial, las cosas se pusieron muy mal en Palestina. Como respetado muktar de Tabah, mi padre tenía que reflexionar todo el tiempo. Las noticias de la radio y de los diarios árabes se volvieron muy violentas contra los judíos. Muchas veces me dijo mi padre que a nuestro pueblo lo conmovían más fácilmente las palabras que las ideas, y mucho más las ideas que la lógica. Él había dependido del señor Gideon Asch para que le explicara la visión judía de la situación. Desde la noche en que murió el bebé de Ramiza, el señor Asch jamás regresó a Tabah, de modo que mi padre se quedó con un solo punto de vista.

Todas las noches había un rito en casa. Kamal le leía los diarios árabes a mi padre. Haj Ibrahim se sentaba en su enorme sillón personal, mientras Kamal lo hacía en el banco largo reservado para el resto de la familia y las visitas menos importantes. Kamal no leía bien, y cuando mi padre se impacientaba, sólo lograba empeorar las cosas. Kamal tartamudeaba cuando no conocía alguna palabra.

—Eres tan torpe que no serías capaz de encontrar tu trasero con tus propias manos a plena luz del día —solía gritarle mi padre.

Pero Kamal prefería comer una tonelada de bosta de burro antes que preguntarme a mí cómo se pronunciaba una palabra. Hagar observaba todo.

—Muy pronto serás tú quien le lea a tu padre —me prometía.

Se dedicó entonces a seducir a Haj Ibrahim, después de algunas noches él me pidió que reemplazara a Kamal. Fue el día más importante de mi vida hasta ese momento.

A Hagar no le resultó difícil llevar a mi padre a su dormitorio, separándolo de Ramiza. Ramiza vivía atemorizada. Se mordía los labios y las uñas, y se deslizaba

por la casa como un perro acobardado cuando mi padre estaba cerca. Escuchaba atentamente cuando él le daba alguna orden, y de un salto iba a buscarle la pipa o cualquier otra cosa; luego sonreía como una idiota al entregársela, esperando recibir una señal de aprobación. Se dedicaba febrilmente a sus tareas para evitar que le gritaran, y virtualmente andaba prendida de las faldas de mi madre y de Nada. Al menor roce, salía corriendo a llorar. Se volvió también demasiado tímida como para ir al pozo del pueblo o para alternar por sí misma con las demás mujeres.

Nosotros la teníamos como se suele tener a una hermana débil mental. Hagar dejó de estar celosa y a veces hasta le demostraba amabilidad. Mi padre siguió yendo al dormitorio de Ramiza, pero se rumoreaba que sólo quería verla desnuda y que bailara para él. Una vez escuché por casualidad que Hagar le sugería a ella que fingiera disfrutar de la relación sexual, instruyéndola sobre ciertos movimientos que debía realizar con el cuerpo y cómo gemir para simular hallarse en éxtasis.

Kamal se puso furioso conmigo por haberle quitado el puesto de lector. Su forma de tomarse la revancha fue casarse, con la esperanza de tener un hijo varón para poder crear una línea de herederos. Contrajo matrimonio con una chica de Tabah, hija del jeque de un clan. Ella se llamaba Fátima y era muy feúcha. Sin embargo, tenía cierto modo agradable y era rellenita, cosa que atraía mucho a los árabes. Haj Ibrahim la consiguió a buen precio. La boda no fue en absoluto tan grandiosa como había sido la de mi padre con Ramiza, pero Kamal tampoco era una joya, de modo que estaban muy bien el uno para el otro. Fátima quedó embarazada en seguida, pero felizmente para mí y para las ambiciones de mi madre, tuvo una niña.

Fátima era una de esas mujeres autoritarias como rara vez se ven. Cuando Kamal le daba órdenes ella le obedecía, pero siempre se tomaba el desquite. Daba la impresión de que Kamal hasta le tenía miedo. Eso era divertido porque disminuía la imagen de Kamal ante los ojos de mi padre.

Como yo no iba más a la escuela, podía dedicar mi tiempo a estudiar los libros y archivos del pueblo. Eso puso a Kamal a mi merced. Yo seguía fingiendo encontrar nuevas parcelas de tierras sobre las que no se pagaban rentas. Digo que «fingía» porque ya lo sabía desde mucho antes. Tenía un pacto secreto con Kamal para compartir las rentas de esas parcelas. Kamal estaba aún demasiado atemorizado como para contarle a Haj Ibrahim lo del pacto. Así me quedaba el camino despejado para encontrar «accidentalmente» otra parcela cuando Hagar o yo queríamos obtener algo de él. A lo mejor Haj Ibrahim estaba al tanto de que yo lo estafaba, porque hacía muchos comentarios sobre cómo llevaban de mal los libros Kamal y el tío Faruk. Con toda sinceridad, yo no sentía muchos remordimientos, porque le entregaba el dinero a mi madre.

Una noche, después de concluida la guerra, «Radio Damasco» propaló la noticia

de que se habían descubierto campos de exterminio en Alemania y Polonia. Muchos millones de judíos habían sido asesinados en cámaras de gas por Adolfo Hitler y los nazis. En los días siguientes todos los diarios traían innumerables revelaciones, y cada noche la radio consignaba que se había hallado uno nuevo. «Radio El Cairo» afirmó que Churchill, Roosevelt y el Santo Padre de Roma ya conocían su existencia durante la guerra, pero que no habían hablado del tema y habían permitido que los nazis siguieran matando judíos sin tratar de impedirlo.

Para nosotros fue una noticia extraña e impresionante. Habíamos vivido más de dos décadas junto al kibutz de Shemesh sin que existiera ningún problema serio, solamente con el odio normal hacia los judíos. Los campos de exterminio provocaron una rara reacción entre los aldeanos. Fue como si sus verdaderos sentimientos hacia los judíos hubiesen estado encerrados en una cueva con la entrada taponada. La roca se había hecho pedazos, y miles de murciélagos sanguinarios salieron a la luz. Yo ni siquiera reconocía a mi gente por la alegría con que había reaccionado.

En esa época todavía iba a la escuela, y recuerdo haber visto en Ramle manifestaciones callejeras de apoyo a los campos, dirigidas por los miembros de la Hermandad Musulmana. El señor Salmi nos leía innumerables *surahs* del Corán para demostrarnos que esos campos significaban el cumplimiento de la profecía del Día de la Hoguera para los judíos. Todo estaba en el Corán, razonaba el señor Salmi, de modo que obviamente Mahoma había recibido una visión mágica de Alá, que además probaba el punto principal del Islam sobre lo que les sucedería a los no creyentes.

El tío Faruk solía predicar unos sermones muy aburridos el sábado, acerca de los grandes beneficios que sobrevendrían a los creyentes después de su muerte, recomendando entregar dinero a los pobres o dando instrucciones sobre la vida cotidiana. Después de saberse lo de los campos de concentración comenzó a predicar los capítulos y versículos más amenazadores del Corán, los que trataban sobre la destrucción de los judíos. Mi padre, que siempre aprobaba los sermones de su hermano por adelantado, percibió la nueva actitud de los aldeanos ya que permitió que continuaran esos sermones de sábado en sábado. Las buenas relaciones con Shemesh de pronto se llenaron de sospechas y de una tensión que nunca antes se había evidenciado.

Con el mismo júbilo con que la Prensa árabe había informado sobre el genocidio, se adoptó la posición inversa. Durante meses los diarios habían publicado fotos de las cámaras de gas y de los hornos en las primeras páginas. De la noche a la mañana comenzaron a decir que en realidad el genocidio nunca se había perpetrado, que todo era una estratagema de los sionistas para ganarse la simpatía de los triunfantes aliados. Ahora los aliados permitirían que todos los judíos de Europa se radicaran en Palestina.

Fue la primera experiencia que tuve de ver cómo mi gente creía una cosa un día y

exactamente lo contrario al siguiente. Con la misma rapidez con que los pobladores de Tabah aceptaron y se regocijaron por la quema de judíos, aceptaron también que todo había sido tramado por los sionistas.

Haj Ibrahim no estaba seguro. No se dejó invadir por la instantánea emotividad de los demás, sino que quiso reflexionar, lo que le resultaba muy difícil al no poder hablar con el señor Gideon Asch. Lo que sucedió en Europa debe de haber sido tremendo, porque cundió la indignación en Palestina entera, una furia mucho más atroz que durante la rebelión del muftí.

Los judíos comenzaron a llegar a Palestina provenientes de toda Europa, porque aducían no tener otro lugar adonde ir. Si había existido realmente un genocidio, ésos debían de ser los sobrevivientes. Si el genocidio era una mentira de los sionistas, entonces se enviaba a esos judíos a Palestina expresamente para perjudicarnos a nosotros.

Haj Ibrahim podía tener muchas falencias, pero no se tragaba cualquier explicación. Era el único hombre de Tabah que se atrevía a poner en duda a la radio, al diario o incluso a los sacerdotes, tratando de encontrar la lógica y la verdad. Mi padre, entonces, murmuraba en voz alta y se hacía preguntas mientras yo le leía.

Sospechaba de la forma cómo la Prensa árabe había cambiado toda la historia del genocidio de la noche a la mañana. Recelaba porque los británicos estaban haciendo todo lo que estaba en sus manos para impedir la entrada de judíos en Palestina. Miles y miles de tropas británicas de combate estaban llegando al país. Eso no tenía sentido para mi padre. Él sabía que muchos miles de judíos habían peleado por los británicos en la guerra. Si hubiesen sido tropas árabes, razonaba, éstos esperarían como recompensa reinar en Palestina. Los ingleses habían ganado y los judíos los habían ayudado enormemente. ¿Por qué, entonces, los ingleses les impedían la entrada? Durante la guerra él había estudiado mapas, y poseía un increíble instinto natural. Haj Ibrahim llegó a la conclusión de que los británicos habían invertido demasiado en la región, en el canal, en la creación de Transjordania y fundamentalmente en los campos petrolíferos de la península Arábiga, y que por ello habían debido ceder ante la presión de los árabes y sus inversiones, particularmente en el petróleo. Éso era mucho más importante que cualquier judío.

Por fin mi padre me llevó a la tumba del profeta un día, temprano, en 1946. Me hizo jurar que guardaría el secreto. Omar, que se encargaba de los puestos de los mercados, debía comprar todos los días un ejemplar del *Palestine Post* y yo debía leérselo. Era el diario judío y contaba una versión totalmente distinta de la Prensa o la Radio árabes. Por primera vez tuvimos noticias de los juicios de Nuremberg.

Cuando hubo meditado largamente sobre el tema, mi padre llegó a una conclusión. Una noche me dijo que el genocidio realmente había ocurrido.

—Ahora nosotros, los musulmanes, tendremos que pagar por las faltas de los

cristianos. Los cristianos se sienten muy culpables por su comportamiento, incluso los aliados que ocultaron el secreto. Quieren lavarse las manos de sus pecados, y lo harán echándonos encima a los sobrevivientes, en territorio árabe. Es un día negro para nosotros, Ismael.

A mí no me parecía tan negro porque no lo entendía del todo. Yo había planificado cuidadosamente ese día. Había «descubierto» dos nuevas parcelas que no pagaban rentas y había leído muy bien tanto en inglés como en árabe. Pese a su mal humor, decidí enfrentarme a él.

—Padre —dije—, la espalda me duele mucho cuando me siento en el banco para leerte. Me gustaría sentarme en el otro sillón.

Él sabía lo que me traía entre manos. A ninguno de mis hermanos, y por supuesto a ninguna mujer, se le permitía el privilegio de ocupar ese segundo sillón, que se reservaba para las visitas de honor. Mi petición tenía enormes implicaciones. Lo pensó un rato, que a mí me pareció eterno.

—Muy bien, Ismael —dijo finalmente—, puedes sentarte a mi lado, pero sólo cuando leas.

CAPÍTULO II

La guerra de Gideon Asch culminó bruscamente con la conquista de Irak por parte de los británicos. Había perdido la mano izquierda en una prisión iraquí luego de intentar defender un ghetto de Bagdad. Estaba amargado porque las tropas británicas habían llegado a la escena de la masacre árabe y no habían hecho nada por detenerla, y porque tampoco la habían investigado luego.

Gideon apenas si tuvo tiempo de recuperarse de una guerra cuando debió zambullirse en otra; una oscura guerra de inmigrantes ilegales, luchas clandestinas, contiendas políticas y contrabando de armas. Una guerra de enceradas mesas de conferencias y reuniones secretas en siniestros hoteles portuarios.

Fue nombrado edecán sin cartera de David Ben Gurión, quien dirigía la Liga Judía de Palestina, el cuasi Gobierno. Y tuvo participación en muchas clases de operaciones en diferentes lugares a un mismo tiempo.

La primera misión de Gideon fue tratar de capitalizar la contribución que habían realizado los judíos en Palestina durante la guerra. Más de treinta y cinco mil hombres y mujeres habían vestido el uniforme inglés, y al final de la guerra habían llevado su propia bandera a Italia.

Rápidamente destacó el hecho de que una abrumadora mayoría de naciones árabes no había movido un solo dedo a favor de la victoria de los aliados, y que por lo tanto no tenía ningún derecho a exigir beneficios políticos. Habían sido los judíos quienes habían luchado sin reservas contra los nazis.

Gideon era un palestino nativo que se sentía más a gusto en una tienda beduina que en un café de París. La Europa cristiana era a veces un concepto lejano. Al principio recibió con incredulidad las noticias del holocausto; luego se sumió en una terrible depresión.

El hedor de los mataderos humanos impregnó Europa cuando se levantó la tapa de los pozos de Auschwitz, Buchenwald, Dachau, Bergen Belsen, Majdanek, Treblinka y docenas de otros campos de concentración.

A Gideon siempre le habían enseñado que los europeos eran civilizados. Los cristianos no eran ni remotamente tan crueles como los árabes y musulmanes. Esta idea se hizo pedazos, y ni Gideon ni ningún otro judío pudo nunca recuperarla totalmente. Lo que una civilización occidental, avanzada, culta, le había hecho a un pueblo pequeño, inocente e indefenso, no tenía precedentes en los anales del hombre.

Un lastimoso puñado de sobrevivientes, pocos cientos de miles entre los más de seis millones, lograron salir del más espantoso abismo humano. Aun cuando los capitanes y reyes aliados con sus ejércitos abandonaron el campo de batalla, las puertas de la misericordia se estrellaron contra la cara de los restos semivivos de

judíos europeos. En sus filas había habido miles de nombres gloriosos y nobles que habían realizado una increíble contribución a la Humanidad; una raza de gente que había hecho tanto por la mejora de la especie humana como cualquier otro pueblo de su talla.

Hubo muy poco tiempo para el duelo. Gideon y los yishuv se lanzaron a salvar lo que podía salvarse, preparándose para la inevitable guerra con los árabes. Primero se le encomendó la formación del Palmach, una fuerza de choque de judíos de la Haganah jóvenes y elegidos. Muchos de ellos habían integrado las Escuadras Nocturnas de Orde Wingate, y casi todos eran sargentos u oficiales del Ejército británico.

Cuando Winston Churchill fue derrotado en las urnas, el nuevo Gobierno laborista británico nombró como secretario de Relaciones Exteriores a un matón insensible, acosador de judíos, de nombre Ernest Bevin. Lisa y llanamente éste informó a los sobrevivientes de Hitler que no permitiría que los judíos se pusieran primeros en la cola, y ordenó a la Marina Real bloquear Palestina para no permitir la llegada de barcos de refugiados.

Desesperados por huir del cementerio que era Europa, los sobrevivientes no encontraban sitio en el mundo que les ofreciera refugio, salvo los yishuv en Palestina. Los que habían sobrevivido a Hitler abordaban inseguras naves y nuevamente eran víctimas de la furia de los barcos de guerra británicos que los atacaban e intimidaban en alta mar, logrando someterlos. Llegaban a Palestina bajo las bayonetas inglesas y eran encerrados en nuevos campos de concentración.

La Haganah se lanzó a la batalla de la Aliyah Bet, «la inmigración ilegal». Se designó a Gideon Asch para crear una unidad de operaciones clandestinas con el fin de adquirir barcos para refugiados, buscar veteranos navales judíos en todo el mundo para reclutar las tripulaciones, y tratar de hallar puertos amigos en el sur de Francia e Italia para iniciar las incursiones contra el bloqueo.

En la propia Palestina, la Liga Judía contenía a la Haganah para poder mantener un diálogo político con los británicos. Al mismo tiempo se adiestraba secretamente al Palmach, amparado en los kibutzim. Si bien la Haganah estaba lista para entrar en acción, el yishuv tenía dos grupos armados más pequeños que operaban fuera de la Liga Judía.

Estaba el Irgún, capitaneados por un sobreviviente del holocausto llamado Menachem Begin, y otro grupo más reducido conocido como el Grupo Stern. Gideon Asch gozaba de la confianza de ambos grupos y fue asignado a las tareas de establecer el nexo con ellos. Durante un tiempo Gideon logró mantener cierto grado de cooperación entre el Irgún y la Haganah. Pero ese tiempo pasó, y la nueva política británica se hizo manifiesta.

Ningún argumento de Gideon pudo disuadir al Irgún y al Grupo Stern de ir a la

guerra unilateralmente contra Inglaterra, y éstos comenzaron a atacar a los británicos con bombas y emboscadas. Mientras la Marina Real rastreaba el Mediterráneo en busca de barcos de refugiados, miles de efectivos británicos de combate se volcaron en la fortaleza que era Palestina para dominar lo que ya se estaba expandiendo y convirtiéndose en una rebelión judía.

El trato dispensado a los sobrevivientes era tan inhumano que la Liga Judía ya no podía permanecer muda sin perder su prestigio. Gideon, que había tratado de frenar al Irgún, pasó luego a dirigir un grupo de comandantes de la línea dura de la Haganah para presionar a Ben Gurión a que se decidiera por la acción. ¡Por fin la Haganah quedaba en libertad de movimientos!

Su primera operación consistió en atacar un campo de concentración británico establecido en las ruinas de un fuerte de Athlit, sobre el mar. Ejecutando un ataque muy bien planificado, la Haganah liberó a más de doscientos ilegales y los dispersó entre los kibutzim. Luego se sucedieron los ataques a instalaciones británicas: fuertes policiales, radares, almacenes de municiones, bases navales, centros de comunicación. Como respuesta, los ingleses enviaron tropas de refuerzo hasta que su guarnición llegó a contar con más de cien mil hombres.

En 1946 Palestina se hallaba en el caos.

En mayo de ese año, el secretario de Relaciones Exteriores Bevin efectuó una serie de declaraciones traicioneras. Después de aceptar en principio la llegada inmediata de cien mil refugiados a Palestina, no cumplió su palabra, cambió de posición y anunció el cierre de toda inmigración judía. Posteriormente declaró también el fin de la venta de tierras a los yishuv, y rechazó toda reivindicación política de los judíos sobre Palestina. Por consiguiente, afirmó Bevin, cualquier barco de refugiados localizado en alta mar sería escoltado por la fuerza hasta la isla de Chipre, y las víctimas serían internadas en nuevos campos de concentración allí instalados.

Un mes más tarde las fuerzas de Su Majestad realizaron una gigantesca redada en la Palestina judía e hicieron prisioneros a miles de líderes yishuv, incluso a Ben Gurión, los funcionarios de la Liga Judía y los comandantes de la Haganah, entre ellos Gideon Asch. Los jóvenes comandantes del Palmach fueron enviados a un campo en Rafah, mientras que a los miembros del Irgún se les encerró en la cárcel de Acre, que en una época había sido una fortaleza otomana, y ahora era una de las instituciones penales más terribles del imperio. Estaba repleta de prisioneros de los grupos Haganah, Palmach, Irgún y del Grupo Stern.

Unidades británicas registraron pueblos y kibutzim en busca de armas. Dos divisiones de tropas recorrieron Tel Aviv con el fin de hallar armamento, refugiados ilegales y combatientes judíos.

El Irgún, que ahora operaba en forma independiente, contestó haciendo volar el

cuartel central británico, en el «Hotel Rey David» de Jerusalén.

Al hacerse evidente la dificultad para mantener el orden, los británicos dieron marcha atrás y propiciaron una tregua con la Liga Judía. Se volvió a instaurar la Agencia, liberándose a sus máximos dirigentes. A su vez, aquélla hizo detener los ataques de la Haganah y apoyó la iniciación de negociaciones. Pese a los esfuerzos de la Haganah para unificar a las fuerzas disidentes, el Irgún y el Grupo Stern anunciaron desde sus cuarteles clandestinos que no se consideraban obligados a respetar la tregua.

1947

El gobierno de Su Majestad se enfrentaba con dos posibilidades. Podía enviar más soldados a Palestina y detener la rebelión de los judíos por la fuerza bruta y la represión. Pero los ingleses no tuvieron estómago para cometer las atrocidades necesarias para perpetuarse en el poder, y optaron por la segunda variante: la negociación.

El año se inició con un plan británico de división que propugnaba la creación de cantones árabes, judíos y británicos bajo el dominio de estos últimos. Se habían trazado unas fronteras ridículas. Tanto la Liga Judía como los jerarcas árabes rechazaron de plano el esquema.

Era obvio que la capacidad de Gran Bretaña para gobernar se había agotado. Un mes más tarde el león británico caía de rodillas con el anuncio de que se encomendaba todo el problema palestino a las Naciones Unidas. No obstante, el bloqueo de la costa palestina continuó mientras los sobrevivientes desesperados, medio enloquecidos, llenaban los campos de concentración de Chipre después de haber sido obligados a alejarse de la costa de la Tierra Santa.

En la más audaz de las incursiones, el Irgún logró asaltar la prisión de Acre y liberar a sus compañeros. Los británicos se desquitaron ahorcando a algunos combatientes del Irgún, y a su vez esta organización se tomó la represalia secuestrando y matando a dos sargentos ingleses.

En julio de 1947 los británicos jugaron su carta más espantosa en el Mandato, devolviendo un barco de refugiados con casi cinco mil personas a bordo, a Alemania, el cementerio del pueblo judío.

29 de noviembre de 1947

La Asamblea General de las Naciones Unidas se reunió en Lake Success, Nueva York, para tomar una decisión respecto del plan de dividir Palestina en un Estado

árabe y otro judío. Los árabes, que se habían negado a sentarse a la mesa de negociaciones durante la torturada historia del Mandato, tuvieron una actitud coherente. Rechazaron el proyecto antes de llegar a la votación.

La Liga Judía, comprendió que no podría obtener más, se avino a aceptar el plan.

Como los británicos se lavaron las manos con respecto al problema palestino, Estados Unidos entró repentina y enérgicamente en escena.

Cuando los árabes acudieron a sus nuevos amigos —los rusos—, lo hicieron en la confianza de que la división sería rechazada. En una reversión ideológica de tres décadas desde la Revolución rusa, un joven delegado ruso de nombre Andrei Gromyko anunció a un mundo sorprendido que la Unión Soviética apoyaría a los norteamericanos en la división.

Pero las Naciones Unidas incluyen también un gran número de pequeños Estados, un tercio de ellos latinoamericanos, y todos ellos susceptibles del chantaje por el petróleo.

Llegó entonces el momento de la verdad en el mundo de la posguerra. Se podía olfatear la tensión en Tabah cuando los hombres se reunían en el café a medianoche para escuchar la transmisión de la votación sobre el plan de división. Hasta las mujeres se atrevieron a acercarse esa noche al café.

Con sus clásicas bravuconadas previas a la batalla, los aldeanos se habían convencido de que la división iba a fracasar. Sólo Haj Ibrahim se enfrentaba la realidad.

—Estamos a punto de contemplar un mundo culpable que será manejado por los sionistas —advirtió.

Los campesinos de Tabah no estaban de acuerdo.

«Esta gente nunca va a dejar de postergar las decisiones y ocultarse la realidad», pensó el muktar. A pesar de los signos positivos de la enorme presión que ejercían las naciones árabes, Haj Ibrahim sabía íntimamente que la combinación de Rusia y Estados Unidos sería demasiado poderosa como para ser superada.

Finalmente llegó la votación. A medida que los países iban entregando su voto, los pobladores comenzaron a sentirse invadidos por una gran desesperanza. Haj Ibrahim no aguardó siquiera el recuerdo final. Se puso lentamente de pie y dijo: «Es la voluntad de Alá», luego se fue.

En Lake Success, el Gobierno inglés, que se había abstenido, presenció cómo sus aliados de tiempos de guerra le volvían la espalda. La cuenta final dio treinta y tres a trece a favor de la división. El representante de Su Majestad se puso de pie y anunció que Gran Bretaña no colaboraría a llevar a cabo la división, y que retiraría sus tropas de Palestina el 14 de mayo de 1948. Así concluyó el vergonzoso episodio del Mandato.

Pocos momentos después de la votación, los campesinos de Tabah desenterraron

sus armas e hicieron furiosos disparos al aire, jurando vengarse. En toda la Palestina árabe esto estuvo acompañado por una erupción de revueltas a lo largo y a lo ancho del país, y por una huelga general. Pero lamentablemente la noche ya no les pertenecía.

El nuevo y potente receptor de radio de Tabah podía captar las trasmisiones de cualquier lugar del mundo. Así fue como escucharon los comentarios cargados de veneno de los Primeros Ministros, presidentes y reyes árabes y musulmanes, a la Hermandad Musulmana y a la Juventud Musulmana. Con cada nueva declaración de apoyo los campesinos cobraban bríos, y gritos de asentimiento coronaban cada anuncio.

El Cairo: «La invasión sionista se asemeja a la de los tártaros. Si los judíos se atreven a declarar su independencia el 14 de mayo, serán destruidos de tal manera que hasta Gengis Khan parecerá un hombre de paz. Habrá nuevas pirámides de huesos…, ¡de huesos judíos!».

Damasco: «El armamento árabe convertirá a este denominado plan de división en papel mojado».

Bagdad: «La venganza y el odio a los judíos son justos y legítimos. Extirparemos con orgullo este cáncer sionista del sagrado suelo árabe».

Kuwait: «Oh, hermanos árabes de Palestina, no os desaniméis. Haremos que la Historia se repita. Nos hemos regocijado con la destrucción de los judíos cuya inmunda astucia económica los llevó a ser masacrados en Europa. Terminaremos el trabajo de Hitler».

Arabia Saudí: «Que el más sublime de los dogmas islámicos ilumine nuestra senda en la batalla para el exterminio de los judíos».

Transjordania: «Los judíos son bestias salvajes, chupasangres, traidores, enemigos de la Humanidad. El mundo los ha despreciado, rechazado y desterrado. Si intentan establecer un Estado sionista, éste será erradicado por la sangre y las víctimas».

Libia: «Inundaremos Palestina con ríos de sangre judía. Trituraremos huesos judíos y los utilizaremos como fertilizantes».

Yemen: «Vivimos y morimos con la Palestina árabe. Diseminaremos las entrañas de los judíos por todo el país».

Túnez: «Que el Profeta nos deje ciegos, si permitimos la existencia de un Estado judío en medio del sagrado territorio islámico».

Líbano: «¡La victoria es nuestra! Arrojaremos a todos los judíos y a los bebés judíos al mar, junto con sus madres».

Solamente Haj Ibrahim comprendía la diferencia entre la retórica y la acción. El idioma árabe se había vuelto agresivo como nunca, lleno de frases violentas. Para un extraño que lo oyera, podía tratarse del uso más temible del lenguaje que pudiera

hacerse. Para las masas árabes era como el canto de una sirena desde un lejano espejismo. Las palabras pintaban rebuscadas imágenes, pero al igual que el espejismo, no eran más que ilusiones. Haj Ibrahim hacía tiempo ya que se había dado cuenta de que, para su pueblo, la realidad y la fantasía eran una misma cosa. Había que mantener viva la fantasía a cualquier precio.

También sabía que tendría que tomar él solo la decisión por los demás, porque nadie más podría hacerse cargo de la responsabilidad.

Todas las noches se producía una gran agitación en el café de Tabah. «*Jihad! Jihad! Jihad!* ¡Guerra Santa! ¡Guerra Santa! ¡Guerra Santa!».

Los desórdenes y las masacres desgarraron el mundo árabe, que volcaba su furia sobre pequeñas e indefensas poblaciones judías.

Las sinagogas desde Aleppo hasta Aden cayeron envueltas en llamas. En esos territorios árabes aún bajo la dominación británica, nada se hizo para detener las masacres.

A medida que la furia de los árabes iba en aumento, las Naciones Unidas, después de haberles dado a los judíos su «libra de carne», levantaron los brazos colectivamente y se declararon «neutrales».

La opinión de los expertos militares del mundo era que los judíos serían vencidos. Terminarían apretujados en un enclave cerca de Tel Aviv. En ese momento, cuando los sobrevivientes tuvieran el mar a sus espaldas y la aniquilación frente a sí, quizá las Naciones Unidas intervendrían con algún tipo de gesto humanitario para evacuar lo que quedara de ellos.

Era el día de la Navidad cristiana. No se imagina usted la conmoción que provocó el «Mercedes» negro del señor Dandash al abrirse paso entre los baches hasta la plaza del pueblo. Los niños de la aldea rodearon el vehículo mientras el chófer los ahuyentaba. Todos saludaron respetuosamente cuando bajó el señor Dandash.

Lo reconocí en el acto como uno de los colaboradores del effendi Kabir. Me adelanté y le dije que era hijo del muktar, porque sabía que querría estar con mi padre. Lo llevé hasta la tumba del profeta donde mi padre veía pasar otro día.

Haj Ibrahim levantó la mirada. Tenía unas oscuras ojeras que denunciaban muchas noches pasadas en vela. Se puso de pie y abrazó al señor Dandash a la usanza árabe. A ninguno de los dos le caía bien el otro. Su abrazo fue demasiado sincero.

—Vengo de Damasco con un mensaje del effendi —anunció Dandash.

—¿Si?

—El effendi requiere su urgente presencia en Damasco. Ha enviado un auto para buscarlo.

Mi padre le dirigió una mirada suspicaz. Yo casi podía leerle el pensamiento: «No iré a Damasco para que me asesinen».

—No tengo documentos para cruzar la frontera.

—Ya está todo arreglado. Y tenga la certeza de que el effendi garantizará su seguridad según la tradición de protección al huésped.

—El effendi también nos garantizó el agua, y se la vendió a los judíos.

—Le sugiero que sea razonable.

Mi padre no conocía los detalles, pero se comentaba que Kabir había liquidado casi todas sus posesiones en Palestina, transfiriendo millones a Suiza en depósitos. No hubiera sido extraño que pretendiese vender las tierras de Tabah y los demás pueblos cercanos. Haj Ibrahim no tenía otra alternativa que acudir a la llamada.

—Me siento honrado —dijo—. ¿Cuándo partimos?

CAPÍTULO III

Haj Ibrahim nunca había visto un automóvil tan imponente y lujoso. El chófer lo había pulido y limpiado tanto que uno podía mirarse en él como en un espejo. El interior olía a cuero fino, y tenía una enorme potencia. No obstante, Haj Ibrahim se sentía sumamente incómodo. El effendi nunca había tenido un gesto tan importante como el de enviar un auto desde Damasco. ¿Qué estaría tramando?

Obviamente tenía algo que ver con el plan de división. Se estaban realizando alianzas políticas y militares entre antiguos enemigos, y Kabir era un gato que siempre caía de pie. Si bien había sacado de Palestina gran parte de su fortuna, seguramente no querría dejar la puerta cerrada tras él.

Haj Ibrahim se enteraría pronto. Por el momento no se sentía a gusto por culpa del conductor, pues a medida que el coche subía por el camino sinuoso de Bab el Wad los pasajeros eran proyectados de un lado a otro en las curvas, que se sucedían a intervalos de pocos segundos. Los camiones lanzaban humo y avanzaban a paso de tortuga. El «Mercedes» rugía detrás de algún camión y el chófer hacía sonar impaciente la bocina; luego lo pasaba audazmente utilizando el carril contrario. Dandash parecía tranquilo, aburrido incluso, mientras jugueteaba con la radio, que ofrecía alternativamente noticias leídas con vehemencia y una chillona música oriental.

Haj Ibrahim no iba a menudo a Jerusalén. Observaba los altos desniveles a lo largo del camino, llenos de sitios ideales para emboscadas o para algún francotirador. Así había sido durante tres mil años de guerras. La carretera tendría más que nunca un papel importante en los planes militares de cualquier facción.

En el sector donde el Bab el Wad se allanaba por un breve trecho, los británicos habían instalado una barrera. Había cincuenta autos detenidos en dos hileras, una de judíos y otra de árabes. El señor Dandash ordenó al conductor que se adelantara directamente hasta el puesto de control. Dada la importancia del «Mercedes», ninguno de los que esperaban en la cola de los árabes puso objeción alguna. Dandash sacó la cabeza por la ventanilla y dirigió unas pocas palabras bien elegidas al oficial al mando, y de inmediato se alzó la barrera para permitirles el paso. Haj Ibrahim se maravilló ante semejante influencia.

La carretera se internaba en una pronunciada pendiente que conducía a un valle antes de iniciar la última subida hasta Jerusalén. A ambos lados se arracimaban los blancos pueblitos árabes. A lo lejos, a mano izquierda, se erguía un alto monte donde se hallaba la tradicional tumba árabe del profeta Samuel. Fue precisamente en ese monte donde se obligó a Ricardo Corazón de León a dar fin y disgregar su cruzada. Desde allí el rey británico había contemplado una ciudad de Jerusalén adonde nunca

habría de entrar.

A medida que subían la cuesta final, comenzaron a verse bajo el sol del mediodía las casas construidas en piedra de un tono rosado. Llegaron a los suburbios, con un distrito árabe a la izquierda del camino y la Jerusalén Judía Occidental al frente. Al bajar por la carretera de Jaffa e ingresar en el centro comercial de los judíos, se vieron forzados a avanzar en medio de un lento tránsito. Peatones indisciplinados cruzaban la calle por cualquier parte. Carros árabes tirados por burros, autobuses que escupían humo y una carnavalesca mezcla de gente increíble, se hacían cada vez más numerosos al aproximarse al muro de la Ciudad Vieja.

Una serie de alambradas y la presencia británica bloqueaban el paso en el punto donde el camino de Jaffa llegaba hasta el portón del mismo nombre de la Ciudad Vieja. Dandash personalmente tuvo que bajarse del coche e ir en busca de un oficial que les permitiera seguir.

Rodearon la Ciudad Vieja y luego entraron bruscamente en el camino de Jericó y el bienvenido panorama de los barrios árabes. Cuando hubieron dejado atrás los poblados de las afueras, el vehículo entró en el desolado paisaje del desierto de Judea, donde David se había escondido de Saúl; el desierto de Juan el Bautista y de Jesucristo. Un convoy británico pasó raudamente a su lado rumbo a Jerusalén, como suelen hacerlo los convoyes militares, dando la sensación de ir con mucha prisa.

Al disminuir el tránsito, el chófer apretó a fondo el acelerador, aminorando la velocidad sólo para clavar los frenos o esquivar bruscamente algún viejo camión o carro. El calor sofocante de la tarde reverberaba contra el suelo desértico produciendo un efecto de pequeñas llamitas que se elevaban desde las rocas. Haj Ibrahim estaba impresionado al comprobar que el interior del coche había permanecido fresco por algún tipo de mecanismo maravilloso.

Bordearon el extremo septentrional del mar Muerto y tomaron un camino solitario a increíble velocidad. Estaban en una zona muy baja conocida como la Grieta del Jordán. Al fondo, a ambos lados del río, se elevaba una columna vertebral de montañas centinelas, una en Palestina y la otra en Transjordania.

En la otra margen del río, Moisés había muerto después de ver la Tierra Prometida, y Josué había organizado a las tribus hebreas para su invasión. Antiguamente había sido el viejo Camino del Rey, una ruta vital de caravanas que iba desde Damasco hasta su punto terminal en el Golfo de Akaba, desde donde partían los barcos de Salomón rumbo a África o a Oriente.

El 14 de mayo del siguiente año 1948, los británicos se retirarían también de Transjordania, dejando sólo un cuerpo de oficiales para la Legión Árabe. El emir Abdullah declarada la independencia, se coronaría rey y pondría al territorio el nuevo nombre de Reino de Jordania. Habría de ser un reino ficticio, uno de los más pobres y débiles del mundo árabe.

Todos sabían que Abdullah tenía trato con los judíos y que apenas si le interesaba participar en una guerra contra ellos. Pese a su moderado odio por los judíos, codiciaba a Jerusalén y anhelaba poder anexionarla a sus dominios. Creía que había excelentes posibilidades de obtener Jerusalén Este y algunas tierras en la ribera occidental negociando con los judíos. Lamentablemente él era un monarca árabe, que sufría una feroz presión por parte de los países árabes mayores para que decidiera su intervención en el conflicto.

Si bien Abdullah era débil y propenso a ceder, poseía tal vez el mejor Ejército regular del mundo árabe. Egipto, Libia y Arabia Saudí querían utilizar la Legión de Abdullah, por más que tomaban con cautela las ambiciones de éste.

Armada y adiestrada por los británicos, la Legión estaba también dirigida por un general inglés. Su capacidad potencial en la futura guerra atemorizó a los judíos. Abdullah bailaba sobre una cabeza de alfiler.

La noche los sorprendió cansados por el viaje cuando entraban en Tiberíades. Esta ciudad, situada sobre el mar de Galilea, era de una notable importancia histórica tanto para judíos como para árabes. Cerca de allí Saladino el kurdo por poco había destruido el primer reino de los Cruzados en una épica batalla.

Galilea permaneció relativamente tranquila durante el período romano mientras el resto del país participaba en la rebelión. Los judíos que habían sido echados de Jerusalén huyeron a Tiberíades. Allí, importantes rabinos y eruditos trabajaron y estudiaron a través de los tiempos, y convirtieron a Tiberíades en una de sus ciudades santas. Las tumbas de muchos de los rabinos que habían conservado vivo el judaísmo rodeaban el lago, y eran lugares de grandes reuniones religiosas.

Un siglo antes, en la época de los otomanos, un terremoto destruyó la ciudad, que volvieron a levantar en gran parte los judíos. Emplearon como principal material de construcción la roca negra de basalto de la zona, que dio a la ciudad un aspecto tan original como la piedra rosada de Jerusalén.

Como ocurría en todos los pueblos y asentamientos de la región, el sol se cobraba su precio en energía humana. Los judíos tenían la mayor energía, y la usaron para fundar una serie de verdes kibutzim y pueblos. Su fuerte presencia en la zona les permitió mantener una paz relativa y un equilibrio en el orden.

Haj Ibrahim se sorprendió cuando el señor Dandash ordenó al chófer que no parase al pasar por la vieja ciudad costera árabe, hasta llegar a un aislado hotel judío que había más adelante. Se llamaba el «Gallei Kinneret», y era propiedad de una refugiada alemana, quien también lo administraba. Entraron y se detuvieron en el sendero de acceso. El conductor sacó el equipaje del maletero y recibió la orden de buscarse una habitación en el hotel árabe, y presentarse por la mañana.

—No quisiera despreciar su hospitalidad —declaró Haj Ibrahim—, pero me sentiría más cómodo yendo con el chófer a uno de los nuestros.

—Pero yo tengo instrucciones estrictas del effendi —replicó Dandash, contrariado.

—Para mí también es una cuestión de principios.

—Como desee. Le veré mañana por la mañana.

Haj Ibrahim había estado una sola vez en Tiberíades, cuando era niño. El lago era impresionante. El chófer y él comieron algo en un café enfrente del mar y contemplaron cómo se encaramaba la luna sobre unas colinas al otro lado de la costa. Se trataba de los Altos del Golán, de Siria, una alta meseta que se elevaba directamente sobre la costa oriental del lago.

En Tiberíades, como en toda Palestina, el tema central de conversación era la guerra que se avecinaba contra los judíos. Muy pronto el chófer hizo saber a todo el mundo que el hombre que lo acompañaba era Haj Ibrahim, el famoso muktar de Tabah. Todos conocían al hombre que había utilizado la táctica de Saladino de incendiar los campos y derrotar a las fuerzas irregulares de Kaukji.

Se reunieron alrededor de su mesa para intercambiar chismes y opiniones. Estaba perfectamente claro que los sirios bajarían desde las Altos del Golán para apoderarse del lago; luego cruzarían Galilea y tomarían Haifa, con su enorme población mixta, con el propósito de inmovilizar a los judíos adelantándose a su Ejército. Desde allí era muy fácil imaginarlo.

Otra noche de insomnio atormentó a Ibrahim. Desde el pequeño balcón de su habitación del hotel miraba fijamente el lago, mientras la luna se alejaba y las colinas de Siria desaparecían de su vista.

Gideon Asch provenía de una ciudad próxima al extremo norte del lago, según recordaba Ibrahim. Al día siguiente pasarían cerca de allí. Cómo echaba de menos a Gideon. Él siempre estaba enterado de lo que sucedía entre bambalinas. Sintió deseos de ver Rosh Pinna y la casa donde había nacido y vivido Gideon. ¿Qué le diría ahora su amigo sobre las maniobras árabes?

Algunas cosas iban quedando bien claras. La semana anterior había visitado la tribu wahhabi con motivo de una boda. Los wahhabis vagaban por el sector norte del Sinaí, y muy poco escapaba a sus ojos y oídos. Su tío, el gran jeque Walid Azziz, le había contado que Egipto estaba comenzando preparativos bélicos en el Sinaí. No era ningún secreto que Egipto atacaría a Palestina desde el Sur.

Ciertos caracteres de la mentalidad árabe que él conocía preocupaban a Ibrahim. Ningún país árabe iría a la guerra por un amigo sin exigir alguna recompensa.

Siria, al otro lado del lago, siempre había reivindicado vagamente su derecho sobre toda Palestina debido a que Damasco había sido el centro político y administrativo de ambos países, como también el Líbano. Siria seguramente se apoderaría de Galilea y Haifa. De ese modo tendría al Líbano rodeado por tres flancos, siendo el cuarto el Mediterráneo.

¿Y Egipto? Reclamaría el desierto del Negev, la franja de Gaza y Berseba a la entrada del desierto, así como Tel Aviv y Jaffa.

Abdullah no resistiría la tentación de gobernar en Jerusalén y la orilla occidental del río.

Entre ellos se repartirían a Palestina en partes. ¿Y qué pasaría con Irak, Arabia Saudí y los países que no eran limítrofes de Palestina? Intervendrían para restaurar la hombría de los árabes, para saquear y aniquilar a los judíos.

¿Permitirían esas naciones, cada una de ellas interesada en un sector de Palestina, que el pueblo palestino formara otra nación? Poco quedaría para los palestinos al concluir, y la autonomía que pudiera tener el pueblo de Haj Ibrahim dependía de con quién decidiera colaborar. Los señores de la guerra de El Cairo, Damasco y Ammán ni siquiera pensaban en los árabes palestinos.

¿Le estaría fallando la mente? Le parecía todo tan evidente… Eso era lo que Gideon le habría dicho. Él habría discutido con Gideon. Era muy difícil no estar convencido de lo que había descubierto.

Entonces, ¿qué jugada pensaría hacer el effendi Kabir? ¿Qué habría planeado?

CAPÍTULO IV

Por la mañana se dirigieron velozmente a lo largo de una línea costera de enormes dimensiones históricas y religiosas. Pasaron por el sitio donde Jesús había caminado sobre las aguas al lado de una amplia colina que descendía hasta el lago. ¡Las bienaventuranzas! El sermón de la montaña. Los humildes heredarán la tierra. Dejaron atrás las ruinas de la vetusta sinagoga de Cafarnaún donde Jesús había predicado como rabino. El mar de Galilea terminó abruptamente.

—Quisiera ver Rosh Pinna —dijo Ibrahim.

Dandash miró su reloj, se encogió de hombros y le dio instrucciones al chófer para que tomara un desvío. El pueblo donde había nacido Gideon Asch no había cambiado mucho desde su fundación. Estaba situado en la falda del monte Canaán. Era aletargado pero limpio. Allí la gente cultivaba su propia tierra, a diferencia del enfoque comunitario de los kibutzim.

Ese continuo pensar en su viejo amigo lo intrigaba. ¿Por qué me acuerdo tanto de él? Debe de ser porque lo necesito. Haj Ibrahim se representó a Gideon muchacho, descansando a la sombra de un árbol gigantesco, con un libro en el regazo… O Gideon montando su corcel en actitud desafiante, saliendo de esa aldea encantadora para incorporarse al nuevo orden de cosas que surgían.

—¿Necesitan algo? —ofreció un campesino judío.

Ibrahim estuvo a punto de preguntarle por la casa de Gideon…

—No —dijo finalmente—. Es tan agradable este lugar.

En las ocasiones sociales, judíos y árabes eran sumamente hospitalarios unos con otros.

—¿Se quedarán a almorzar?

—No podemos —intervino Dandash—. Debemos llegar hoy a Damasco.

Volvieron a subir al auto y cerraron las puertas.

—Shalom —saludó el campesino.

—Shalom —le respondió Ibrahim.

Nuevamente en la carretera principal giraron hacia el Este, en dirección a la frontera siria. Desde el fondo de la tierra subieron unos novecientos metros hasta la meseta de los Altos del Golán. En el lado británico de la frontera dejaron el coche para estirar las piernas y comer las provisiones de la canasta que les habían preparado en el hotel de Dandash.

Haj Ibrahim contempló el lago, que parecía pequeño desde lo alto. Se podía ver casi toda Galilea hasta las colinas de Nazaret, y hacia el Sur, muchos kilómetros siguiendo el curso del río Jordán hasta donde éste desembocaba en el mar Muerto. Los campamentos judíos a lo largo del lago daban la impresión de ser minúsculos e

indefensos vistos desde allí. La artillería podría situarse en ese monte y simplemente arrasar todo a tiros. Los judíos no tenían armas de tan largo alcance. Era evidente que éstos no podrían escalar zona tan escarpada y capturar el lugar. Hasta sus campesinos de Tabah serían capaces de defender un sitio tan alto contra una brigada de los más diestros Palmach. No hacía falta ser Saladino para darse cuenta de que los judíos serían interceptados, tras lo cual la infantería y los tanques sirios no tendrían más que bajar y aniquilarlos. De todas las posiciones militares de Palestina, Haj Ibrahim no conocía ninguna que diera a los árabes mayores ventajas.

El oficial del pueblo fronterizo de Quinetra mostró una actitud servil ante el imponente automóvil, y tras cruzar unas breves palabras con Dandash se cuadró y dio un grito ordenando que abrieran las puertas para dejar pasar el vehículo. Lentamente el coche avanzó dando tumbos hacia la ciudad.

Quinetra era una ciudad de reaprovisionamiento militar a causa de su perfecta ubicación estratégica y porque por allí pasaba un oleoducto proveniente del golfo Pérsico, casi a mil seiscientos kilómetros de distancia. El paso veloz de vehículos militares, el parque de tanques y piezas de artillería ligera ordenadamente estacionados, los cientos de soldados sirios que se veían por las calles, todo indicaba una próxima guerra.

Después de atravesar el poblado, rodearon el pie del monte Hermón, un gran pico solitario cuya base se internaba en Palestina, Siria y el Líbano. En las pendientes inferiores había una colección de aldeas de la mística secta cuasi islámica de los drusos, paupérrimos musulmanes chiítas y algunos árabes cristianos diseminados.

Estaban ya en la deprimente y gris llanura volcánica del Golán y de allí siguieron por la carretera de Ammán. Antes de que Haj Ibrahim pudiera prepararse, aparecieron de pronto ante ellos los capiteles de la gloriosa mezquita Umayyad, de Damasco, la segunda en rango después de la Cúpula de la Roca. Se decía que Damasco, la ciudad de Caín y Abel, del apóstol Pablo y del nacimiento de la cristiandad, era la más antigua del mundo. Se elevaba en medio de la desolación circundante como un gigantesco oasis. Damasco, que en una época encabezara un imperio más grande que el de Roma, continuaba viviendo de la gloria desaparecida hacia ya mil años.

Haj Ibrahim perdió la calma. Iba pasando sus cuentas de oración a un ritmo febril cuando llegaron a los suburbios de la ciudad. Nunca había tenido una experiencia semejante, salvo su llegada a La Meca. La contrapartida de su recogimiento era el malhumor de Dandash y la actitud del chófer de ir abriéndose camino con insistentes bocinazos. La vieja ciudad, con su derruida fortaleza rebosante de multitud, toleraba en una mezcolanza la existencia de cúpulas y alminares árabes, modernos rascacielos de cristal y amplios bulevares que denotaban la reciente influencia francesa. Todo se veía empañado por la eterna pátina de ceniza y arena que constantemente sopla desde el desierto.

Damasco era posible gracias al río Barada, que bajaba de las montañas del Líbano y luego se dividía en cientos de arroyuelos convertidos en un tablero de canales. Las aguas habían enriquecido un cinturón de praderas llamado El Ghouta. En la fantasía de los árabes, este distrito se comparaba con el jardín del Edén. El Ghouta contenía una increíble mezcla de jardines y enormes residencias, casinos, granjas y huertos que alimentaban a la ciudad, parques y zonas de recreo.

El effendi Kabir vivía en El Ghouta, en una mansión que por sus proporciones casi podía llamarse castillo. El automóvil pasó el custodiado portón de acceso, recorrió unos cuatrocientos metros de plantaciones de frutales y se internó en un jardín de miles de rosales. Al fondo surgía la residencia con su fachada de mármol argelino color naranja, enmarcado por tejas persas.

Haj Ibrahim sintió que le daba vueltas la cabeza cuando Fawzi Kabir le recibió con no menos exuberancia que si estuviese saludando a un príncipe saudí. La grandiosidad de la bienvenida lo puso inmediatamente alerta y doblemente cauteloso. Se daba perfecta cuenta de que lo había convocado por un tema de suma importancia.

Crecientes sensaciones de recelo le impedían sentirse deslumbrado por cada nuevo detalle de ese lugar de ensueño. Era un reino de ilusión, una vista anticipada del paraíso, pero sabía que la hospitalidad de Kabir tendría un alto precio.

La cena se realizó en una habitación que parecía extraída directamente de *Las mil y una noches*. Enormes piezas de tela bordada formaban una especie de tienda en las paredes y el techo, con espejos intercalados. El suelo recubierto no con delgadas alfombras orientales sino con un grueso alfombrado occidental. Las mesas bajas y los almohadones añadían cierto ambiente de orgía romana. Los dos hombres comieron solos, salvo por la presencia de cuatro musculosos sirvientes jóvenes y un par de guardias uniformados a la usanza de los antiguos jenízaros turcos con pantalones amplios hasta los tobillos, una ancha faja roja en la cintura, y fez. Al concluir la comida dos sirvientes llevaron una fuente de plata de dos metros con frutas, nueces, quesos y chocolates, pastas y caramelos europeos. Kabir llamó con las palmas de las manos, dio una orden y luego comenzó a escarbar la imponente montaña de delicias de postre.

De repente apareció un quinteto de música, y mientras éstos desgranaban una pegadiza melodía, una bailarina del vientre surgió de la nada y comenzó a dar vueltas ante ellos.

«¡En el nombre de Alá! ¿Qué pretende este hombre de mí? ¡Debo estar más que alerta! Todo esto podría tener como fin ablandarme, hacerme bajar la guardia para luego darme muerte. ¿Por qué querría asesinarme? Ah, sí. Una vez yo lo hice viajar hasta Tabah. Si bien eso sucedió hace un cuarto de siglo, un hombre como Kabir jamás se olvida de semejante afrenta. ¡Tonterías! Sólo trata de ser un buen anfitrión…, por otra parte…».

El muktar de Tabah contuvo el aliento cuando la mujer inclinó el torso hacia ellos; luego danzó directamente sobre el lugar donde él estaba recostado. No era árabe puesto que su piel era de un blanco occidental, su pelo era rubio y sus ojos azules. Kabir se inclinó hacia él apoyado en un codo y le habló al oído.

—Se llama Úrsula. Es alemana, muy inteligente y dotada. Es una de mis preferidas. ¿Sabe que aprendió a bailar así en menos de un año? Lo visitará a usted en su dormitorio esta noche. Quédese con ella todo el tiempo que quiera. —Hizo una pausa para abrir una castaña y sus ojos se posaron en los sirvientes que se hallaban de pie en posición firme. Con un gesto señaló a uno de ellos, un joven de una sorprendente belleza sensual, felina—. O llévese a ambos —agregó.

Úrsula alzó su deliciosa cadera, de bellas curvas, hasta quedar a escasos centímetros de la nariz de Ibrahim y sentir la tibia respiración masculina. Al girar con lentitud su parte sagrada cubrió prácticamente el rostro del muktar.

—¿Para qué me trajeron aquí? —preguntó de pronto Ibrahim.

—Mañana habrá tiempo de sobra para hablar de negocios —le respondió Kabir —. Ha sido un día muy largo para usted. Espero que la noche también lo sea.

La melodía cesó bruscamente, como suele hacerlo la música oriental.

«Esto no puede ser verdad», pensó Ibrahim, tendido sobre una cama de satén en un habitación apropiada para el mismo Mahoma. La iluminación era tenue, y leves volutas de humo de incienso se elevaban hacia el techo.

«¡Ya sé! Ella es la encargada de asesinarme. Debo tener sumo cuidado».

Pudo escuchar los latidos de su propio corazón cuando percibió movimientos detrás del enrejado que dividía la estancia. Apenas si podía ver a través de él, pero logró divisar a la chica del otro lado. Ella entró con paso delicado, con una túnica de *chiffon* transparente, y se detuvo a los pies de la cama. Sin la menor vergüenza, fue descubriendo su cuerpo con deliberada lentitud.

Cuando la túnica cayó al suelo, se situó a gatas junto a él sobre la cama. Haj Ibrahim la agarró, la hizo poner boca arriba y la penetró con movimientos rápidos y enérgicos. Al instante se echó hacia atrás, jadeante, sudoroso. Nunca había tocado una carne como la de ella. Era como para enloquecer.

Úrsula sobrevivió dignamente al primer ataque del muktar. La vez siguiente, él se tomó su tiempo y no fue tan brusco. Se dejó caer de nuevo, dando la noche por terminada. Ella se acurrucó a su lado y dibujó pequeños circulitos sobre su piel.

—Eres muy buena —dijo él finalmente—. Me odias. Te hice muy mal el amor. —Le sorprendió su propia culpa.

—Debes aprender a permitir que te toquen.

—Lo hice mal.

—Eso no. Aprende a dejarte acariciar, a disfrutar estando totalmente inmóvil.

Haj Ibrahim jadeó varias veces. Todo se juntaba: el largo viaje desde Tabah, la

fascinante llegada a Damasco, esa noche paradisíaca, la casa de Gideon, la luna asomándose detrás de los Altos del Golán, los tanques y cañones, Tabah… Tabah… Tabah…, el camino de Jerusalén.

—Debo confesar que por primera vez en mi vida me siento algo cansado.

—No estés tan seguro.

Úrsula se incorporó, abrió el cajón de la mesilla de noche y sacó un cofrecito, de donde extrajo una varita de hachís que colocó en una pipa.

«¡Ajá! Ahora que estoy débil me dará hachís envenenado».

Antes de que lo consumiera la ansiedad, Ibrahim vio que encendía la pipa, que daba una larga chupada y se lo ofrecía a él. Sonrió ostensiblemente por lo tonto que había sido. Volvió entonces a encender la pipa para darle una segunda chupada.

—Ten cuidado que es muy fuerte —le advirtió Úrsula.

—Sí —convino él, con deleite—, sí. —La habitación comenzó a dar vueltas, y el aroma del incienso le nubló la mente. A su alrededor todo era satén. Las caricias de Úrsula eran incomparables. Jamás creyó que pudiera existir una delicadeza semejante. Ella lo lamió entero, interminablemente. Lo que él creía muerto entre sus piernas comenzó a cobrar vida una vez más.

—No te muevas, no me abraces —dijo ella—. Espera.

—Trataré, pero me estás enloqueciendo.

—Trata. Eres un hombre bueno.

—Lo intentaré.

Úrsula se bañó en aceites perfumados ante sus ojos, bajo la tenue luz, y luego lo bañó a él. Cuando se deslizó encima de Ibrahim le advirtió que permaneciera quieto. Ibrahim permitió que lo dominara. Úrsula dirigió la relación, y lo amó y lo amó hasta que él tuvo la sensación de estar conteniendo un volcán en su interior. Esta vez ella se unió al placer, obligándolo a someterse a ella poco a poco, hasta que el volcán no pudo ya frenar la erupción, y el más feliz de los cansancios se apoderó de Ibrahim.

—Úrsula —musitó él.

—¿Sí?

—¿Para qué me habéis traído aquí?

—No debo decírtelo.

—Sí, por favor.

—Mañana te reunirás con Kaukji y Abdul Kadar Heusseini.

Ibrahim se incorporó, perdiendo en un instante toda sensación de nebulosa.

—Pero ellos son mis enemigos de sangre, ¡y también lo son de Kabir!

—Parece que ahora todos los árabes tendrán que convertirse en hermanos.

Haj Ibrahim lanzó un gruñido de consternación. Úrsula le acercó la pipa a la boca, y volvió a encenderla. El muktar dio una larga bocanada y volvió a tenderse sobre la almohada.

—Mañana empezaré a preocuparme —declaró.

CAPÍTULO V

La voz del almuecín convocando a los fieles a la oración traspasó el aire, mientras la noche se transformaba en día. Haj Ibrahim se despertó automáticamente, como lo había hecho todos los días de su vida. Lentamente parpadeó. Se sentía atontado. ¡Damasco! ¡El effendi Kabir! Se incorporó, pero le dolía la cabeza tras la noche de vino, hachís y amor.

Miró rápidamente a su lado. Ella se había ido, pero aún perduraba su fragancia, y en su almohada se notaba la huella de su cabeza. Ibrahim lanzó un largo suspiro de recuerdo, sonrió y emitiendo un gruñido a causa de la reseca, se destapó. «Probablemente ni siquiera haya sucedido», pensó. Pero aunque hubiera sido un sueño, bien valía la pena.

Desenrolló su alfombra para orar, la colocó mirando a La Meca, e inclinó la cabeza.

«En el nombre de Alá, el misericordioso, el compasivo.
Loado sea Alá, el Señor de los mundos,
El misericordioso, el compasivo.
Rector del día del juicio.
Así te servimos y a ti clamamos por ayuda;
Guíanos por el sendero de la verdad,
El sendero de aquellos a quienes has conferido el bien.
No el de aquellos sobre los que cae la ira o los que van por mal camino».

Al concluir la plegaria se levantó con cuidado porque le dolía el cuerpo en varias partes.

—He preparado el baño —anunció una voz femenina a sus espaldas. Se volvió, y al ver a Úrsula junto a la puerta, se aceleraron los latidos de su corazón—. Pedí que nos sirvieran el desayuno en la galería. Tu reunión será bastante más tarde.

Lo ayudó a bajar tres escalones hasta una enorme bañera. Allí se sentaron con espuma caliente hasta el cuello. Ella le pasó la esponja delicadamente.

—Eres un viejo pícaro. ¡Cinco veces! Las últimas fueron las mejores. Eres muy buen alumno.

Su conversación en la galería fue fragmentada… Ella habló de Berlín y de bombardeos aéreos… Las terribles descargas de la artillería… El terror de que los rusos entraran en la ciudad… Una jovencita escondida en un basurero… Violación… Hambre y miseria… Huida… Beirut… las rubias, les gustan las rubias.

—No quiero esta guerra —confesó Ibrahim—. Debe haber otra solución.

—Vas a tener problemas aquí, ¿no?

—Sí, creo que sí. Fawzi Kabir no me mandó buscar para premiarme por ser un buen musulmán.

—Yo no sé si podré volver esta noche, pero puedo quedarme contigo hasta la hora de la reunión.

—No es necesario. Debo meditar. Además, ya tuve una vista anticipada del paraíso gracias a ti. Sería muy tonto por mi parte suponer que pudiera volver a vivirlo sobre la Tierra. Siempre recordaré ese momento como el de la mayor perfección. No quiero correr el riesgo de que algo salga mal esta noche y se modifique mi recuerdo. ¿Lo entiendes?

—Eres un buen hombre, Ibrahim, y también muy sabio. Al fin y al cabo, yo no soy más que una prostituta.

—Alá me ha dado muchas cosas de diferentes maneras. Acepto que te haya enviado a ti como una gran recompensa. No te subestimes. La mujer que puede conceder a un hombre un anticipo del paraíso es una buena mujer.

—Creo que no me ruborizaba desde que era niña —confesó Úrsula.

—No quisiera que te fueses todavía. He aprendido algo muy importante y no es fácil enseñarme algo a mí. Entre mi gente nadie puede presumir de haberme enseñado. Soy yo, Ibrahim, quien tiene que tomar las decisiones por cien hombres, y sólo yo el que asumirá la responsabilidad. Tengo un hijo, Ismael, que es mi única esperanza, pero es muy joven aún. Es valiente y muy astuto, de modo que puede convertirse en jefe. También es inteligente. Ya sabe cómo manejarme. Ismael lee para mí para tenerme informado. Pero a la larga, las decisiones tengo que tomarlas de acuerdo con la tradición. Para vivir según la tradición, uno no puede adquirir demasiados conocimientos. El saber choca con la tradición. Yo he seguido el Corán en todos sus *surahs* y versículos. Para hacer eso no hay que plantearse demasiados interrogantes. Perdóname, Úrsula estoy desvariando.

—Continúa, por favor.

—Quería decirte que anoche aprendí algo. Hace años que un amigo viene aconsejándome que abra mi mente y mi corazón. El Corán me indica que no debo hacerlo, que debo aceptar todo lo de la vida como el destino, como la voluntad de Alá. Anoche tú me dejaste entrever ese mundo atemorizante que los judíos han traído a Palestina. Acepté piedad y compasión de una mujer. Ahora sé que tú sabes mucho más que yo sobre algunas cosas. ¿Comprendes lo que significa para Haj Ibrahim, muktar de Tabah, aceptar eso de una mujer?

—Conozco a los árabes —manifestó Úrsula con cierto dejo de cansancio en la voz.

—¿Comprendes lo que significa? —repitió él—. Es como abrir de repente una puerta que da a una habitación prohibida. He luchado contra un hombre que

probablemente sea mi mejor y mi único amigo. Sí, claro, amigos tengo muchos. Pero un hombre en quien se puede confiar plenamente… No confío siquiera en mi hijo Ismael. —Su voz dejaba entrever un profundo dolor—. Ese hombre es judío. ¿Ves? Estoy confesando ante una mujer mis pensamientos más íntimos.

—¿De qué se trata, Haj Ibrahim?

—¿De qué se trata? Deberíamos sentarnos y hablar con los judíos. El gran muftí de Jerusalén instauró un mundo de odio. A lo mejor ya venía de antes, quizás haya estado siempre en nosotros. Anoche aprendí algo de una mujer y me he cerrado ante la verdad. Y la verdad es que podemos aprender de los judíos… y podemos vivir como vecinos. Si hubiera en nuestro mundo una sola voz que se inclinara por la moderación, sería acallada por medio del asesinato. Ésa es nuestra manera de ser. Esta guerra será muy dura para mi pueblo, y yo soy el único que deberá tomar las decisiones.

Estiró un brazo, dio unas palmaditas a la mano femenina y sonrió con tristeza. Haj Ibrahim había acudido a la cita de Kabir llevando su mejor atuendo y usando sus alhajas más valiosas. No eran las joyas de un hombre rico, pero eran antiguas y notablemente bellas. Se quitó un anillo del dedo meñique, le hizo abrir la mano a Úrsula, se lo colocó en la palma y volvió a cerrarla.

—Por favor, acéptalo.

—Muchas gracias. Lo guardaré siempre como un tesoro —respondió ella en un susurro.

—Y ahora, si me lo permites, debo meditar.

—Haj Ibrahim.

—¿Sí?

—Cuídate mucho de Kabir porque es traicionero.

Un arroyuelo salobre del rio Barada pasaba lentamente frente a la galería. La fragancia de las rosas de Damasco impregnaba el aire silencioso. Haj Ibrahim estaba sentado en actitud de contemplación. Desde que Ismael comenzara a leerle, había aprendido muchas cosas y razonado mucho más.

Haj Amin al Heusseini, el gran muftí de Jerusalén, era enemigo de sangre. Ahora los aliados lo buscaban como criminal de guerra. El muftí logró eludir una detención «de caballero» por parte de los franceses y huyó internándose en el mundo árabe, que no manifestaba la menor vergüenza por el hecho de proporcionarle refugio. Por el contrario, él y su filosofía gozaban de veneración. Imposibilitado de regresar a Palestina, el muftí dirigía su continua venganza contra los judíos desde diversas capitales árabes.

En el instante en que las Naciones Unidas votaron la división de Palestina, el muftí designó a un sobrino suyo, Abdul Kadar Heusseini, para que formara y dirigiera una fuerza de voluntarios. La tribu y los clanes de los Heusseini se hallaban

principalmente en la zona de Jerusalén. Los voluntarios se conocerían luego como el Ejército del Jihad.

Abdul Kadar desconocía casi por completo los temas militares, pero era famoso desde Hebrón hasta Ramallah a lo largo de la Orilla Occidental. Se había convertido en el sustituto de su tío y jefe de los árabes de Jerusalén, Judea y Samaria. Ibrahim sabía que la milicia que estaba formando se hallaba constituida por una mezcla de trabajadores desocupados y fanáticos de la Hermandad Musulmana, campesinos y comerciantes. Ellos sabían menos aún sobre asuntos militares.

Varios miles de árabes palestinos habían recibido adiestramiento británico durante la guerra, y otros miles eran miembros de la Policía y guardias de frontera. Este ejército del Jihad contaría con cinco o seis mil hombres con armas pequeñas, sin una organización y liderazgo verdaderos.

Durante la rebelión del muftí, una milicia similar que se denominaba Mojahedeen, los Guerreros de Dios, había tenido escaso éxito contra los judíos principalmente en el vulnerable camino de Jerusalén. Sus mayores victorias fueron contra compañeros árabes, y las obtuvieron por medio de la masacre y aniquilación de la oposición política del muftí. Por cierto este nuevo Ejército del Jihad habría de producir un mínimo efecto.

Haj Ibrahim volcó sus pensamientos sobre otro viejo gusano que había salido de la madera. Kaukji, que era libanes, sirio o iraquí, había pasado la guerra en la Alemania nazi. Sus irregulares tenían despreciables antecedentes de la rebelión del muftí. Eran una chusma de bandidos que se evaporaban cuando que la lucha arreciaba.

A Haj Ibrahim le preocupaba más la victoria que él había obtenido sobre Kaukji. Sabía que era candidato a provocar deseos de venganza, porque esas cosas no se olvidan.

El muktar de Tabah sabía también que la retorcida mente árabe podía modificar el terrible historial de Kaukji, transformándolo de fracaso en victoria. En cierto sentido, Kaukji seguía siendo una respetada figura militar en el mundo árabe. Siempre a la pesca de botines de guerra, Kaukji anunció la creación de un Ejército Árabe de Liberación, que se reclutaría desde Marruecos hasta Omán y estaría integrado por muchos miles de voluntarios, y mantenido con diversos tesoros árabes.

Decenas de miles de árabes respondieron a su pedido la noche que se aprobó la división, y juraron que se enrolarían. Su ira se desvaneció muy pronto. Finalmente, unos pocos cientos de idealistas llegaron hasta las oficinas de reclutamiento del Ejército de Liberación.

Al tener sus filas vacías, Kaukji se dedicó a comprar un ejército, y encontró los mejores mercenarios que había entre los árabes. Las retribuciones en dinero siempre producían efecto, pero esta vez la respuesta fue pobre. Kaukji halló nazis ocultos

entre los árabes, desertores británicos e italianos, y compró oficiales de ejércitos árabes regulares. Luego recurrió, más allá del mundo árabe, a los países islámicos, y así consiguió varios miles de hombres de Yugoslavia, los sectores musulmanes de la India, África y el Lejano Oriente. Obtuvo la reducción de la condena de criminales de las cárceles de Bagdad, Damasco, Beirut y Arabia Saudí. Reclutó a varias compañías de la Hermandad Musulmana, formadas por hombres de un intenso odio pero totalmente indisciplinados. Kaukji esperaba juntar diez mil soldados, pero se quedó corto en más de dos mil. La sagrada misión que se había impuesto era entrar en Palestina y apoderarse de lo que pudiera. Tenía cuatro meses y medio para operar antes de que se produjera la invasión de los ejércitos árabes regulares.

Era obvio que ambos comandantes se hallaban en Damasco en busca de armas y dinero. «¿Qué pasará, entonces?» pensó Ibrahim. Abdul Kadar y Kaukji se odian. No podía entender que estuviesen dispuestos a funcionar con un mando unificado. Indudablemente, cada uno de ellos habría suscrito acuerdos laterales con Abdullah, los egipcios y los sirios. ¿Quién se acostaba con quién? ¿Qué papel jugaba el effendi?

¿Tenían los árabes una política coherente o sólo una serie de convenios secretos? ¿Sabían realmente lo que perseguían? ¿Se habían puesto de acuerdo sobre algún tema, aparte de la manía abstracta de destruir a los judíos? Al haber tantos ejércitos y milicias árabes en Palestina, ¿no era lógico suponer que una derrota judía sólo engendraría una lucha aun más sangrienta entre los propios árabes? Haj Ibrahim había seguido todas las conferencias árabes, y sabía que lo único que éstas producían era una eterna anarquía.

¿Y qué pasaría con los soldados del Ejército del Jihad y el de Liberación? Eran hombres como los mismos colonos de Tabah, guerreros de café, seres paupérrimos de escasa autoestima, sin un verdadero entrenamiento y menos estómago aún para el horror del combate con bayonetas.

Ibrahim no conocía el poderío total de los judíos, pero hacía mucho tiempo que respetaba a sus jefes, su tremenda capacidad de organización y su unidad de propósito. Frente a los británicos, la Haganah había obtenido un éxito sorprendente. Los árabes no habían logrado vencerla. Decenas de miles de nuevos veteranos judíos llenaban sus filas. La defensa permanente de los kibutzim podría repeler cualquier ataque que lanzara Abdul Kadar o Kaukji.

Los judíos contaban también con varios batallones de jóvenes y aguerridos Palmach.

Los judíos planificaban tomando en cuenta la realidad, no la fantasía, y gozaban del apoyo del Yishuv en lugar del desorden interno.

A la larga, no serían Kabir, Kaukji ni Abdul Kadar quienes pagarían el alto costo, sino los aldeanos de Tabah y los campesinos combatientes de Palestina.

—Haj Ibrahim.

Se giró y se encontró con el sempiterno lúgubre rostro de Dandash.

—El effendi está listo para la reunión.

CAPÍTULO VI

—Hermano.

—Hermano.

—Hermano.

—Hermano.

En el despacho de Fawzi Kabir había una mesa semejante a ésas alrededor de las cuales solían debatir reyes y ministros extranjeros. Haj Ibrahim se había propuesto no dejarse deslumbrar por el escenario. Lo habían ubicado frente a Abdul Kadar Heusseini y el generalísimo Kaukji, resplandeciente con su nuevo uniforme de mariscal de campo.

—Antes de comenzar —dijo Kaukji—, quiero que Haj Ibrahim sepa que nunca he abrigado ni jamás abrigaré sentimientos de venganza personal contra él o contra el pueblo de Tabah por aquella vez que me venció. Ahora somos todos hermanos que nos enfrentamos a un enemigo común.

«El enemigo común somos nosotros mismos». Ibrahim le respondió a Kaukji con una sonrisa.

—Lo que ha dicho el generalísimo rige también para los Heusseini —agregó Abdul Kadar—. Mi tío, el gran muftí, no guarda rencores. Ya no podemos darnos el lujo de alimentar rencillas mezquinas entre nosotros. La gran causa es demasiado urgente.

Ibrahim hizo un gesto de asentimiento.

Kabir se aclaró la garganta, apoyó su cuerpo pequeño y gordo en el borde de su sillón de cuero de respaldo alto, frunció los labios y cruzó las manos.

—Los tiempos han cambiado drásticamente desde la rebelión del muftí. En ese momento, hasta yo tenía un punto de vista diferente. Cuando estos dos hermanos vinieron a verme, me alegré sobremanera de poder unirme al nuevo orden de los acontecimientos. Hoy en día existe una única salida y un único enemigo. La unidad del mundo árabe es lo principal.

—¿Cuándo hemos tenido unidad? —preguntó Ibrahim.

Los tres se quedaron mirándolo, disgustados. Desde un comienzo Kabir tenía la sensación de que el muktar sería difícil.

—Encontramos la unidad el día, el instante en que se votó la división de Palestina. El mundo verá cómo los hermanos árabes son capaces de levantarse, luchando hombro con hombro.

—¿Cuándo hemos visto el territorio árabe profanado por la amenaza de un Estado sionista? —añadió Abdul Kadar.

—Yo he tenido muchas diferencias con el muftí —continuó Kaukji la letanía de

hermandad—, pero 1939 fue 1939, y 1947 es 1947.

«Pero se trata del mismo elenco de actores. El tigre no cambia sus manchas ni el camello se quita la joroba en el manantial del desierto. ¿Qué ha cambiado? Estos tres hombres hierven de ambición. ¿Realmente creen que ahora son aliados?».

—El objetivo estratégico de nuestros dos… digamos, ejércitos de liberación —expresó Kaukji asumiendo el aire de considerarse una notable mente militar—, es obvio. Abdul Kadar y yo nos apoderaremos de lo más posible en Palestina antes de la invasión formal a cargo de los ejércitos árabes regulares de Egipto, Siria, Jordania y el Líbano.

—Perdónenme, pero no soy más que un sencillo y humilde campesino, no muy versado en temas militares —confesó Ibrahim—. Sus voluntarios, disculpe, sus ejércitos, tienen la misma composición general que diez años atrás. Actualmente los judíos están mejor entrenados, armados, organizados y dirigidos de lo que lo estaban hace una década. Hace diez años usted no pudo desalojar ni un solo campamento judío. ¿Qué le hace pensar que por unidos que estemos, esta vez será diferente?

«Está poniendo problemas, pensó Kabir, demasiados problemas».

—La última vez no vencimos —le contestó Abdul Kadar— porque agotamos nuestras fuerzas luchando unos contra otros. Ese problema ya no existe.

«Por las barbas de Alá, sinceramente debe de haberse convencido de que el camello dejará su joroba en el manantial. Cree que, de la noche a la mañana, hemos modificado nuestra manera de ser. Querido hermano, Abdul Kadar, usted no sabe distinguir la mierda de burro de la leche de su madre».

—Hay muchas otras diferencias —se apresuró a proseguir Kaukji. Apoyó su látigo sobre la mesa, clavó la vista en el techo e hizo un gesto con las manos como si estuviera dirigiéndose a unos cadetes—. Por empezar, esta vez los judíos no tendrán a los británicos que los salven. En las más altas esferas del mando británico nos han asegurado que no interferirán con las operaciones de los dos ejércitos voluntarios, por más que todavía se encuentren en el país. Más aún, nos han prometido que, cuando se retiren, nos entregarán los más importantes puestos estratégicos. El catorce de mayo del año que viene, cuando los ingleses se hayan ido, no quedarán judíos suficientes como para declarar la independencia, ni siquiera para elevar plegarias por sus muertos.

Kabir y Abdul Kadar se permitieron unas risas.

Kaukji continuó:

—En segundo lugar, esta vez emplearemos tanques, artillería y armamento pesado de todo tipo que no tuvimos antes. Atacaremos a los judíos con una fuerza y unas armas jamás conocidas. Una vez que yo haya capturado media docena de sus asentamientos (y de eso no cabe la menor duda) me imagino que el pánico se abatirá sobre ellos. Les daremos el mar para que huyan allí.

Kaukji levantó rápidamente la mano para impedir que hablara Ibrahim.

—Y el tercer punto es: esta vez tenemos a todos los Ejércitos del mundo árabe que nos respaldan. Incluso ahora tenemos oficiales de los Ejércitos regulares y podemos infiltrarnos en ellos e integrarlos con las fuerzas de Abdul Kadar y mías.

—Los ingleses poseen cien mil efectivos en Palestina. Sin embargo, los judíos les obligaron a desistir del Mandato —le replicó Ibrahim.

—Eso fue porque los británicos jugaron con los judíos. Nosotros no los trataremos con la misma piedad. Cien mil hombres árabes en Palestina y cien mil británicos no son lo mismo.

—Supongo que estará preparado para tener enormes bajas —insistió Haj Ibrahim —. No va a ser fácil vencer a los judíos.

—Quizá perdamos miles, decenas de miles, cientos de miles, pero obtendremos la victoria aunque haga falta derramar la última gota de sangre árabe —declaró Abdul Kadar.

«¡Ajá! La última gota de sangre. ¿Cuándo he escuchado esto? Igual que los cientos de miles de hombres que dijeron que se alistarían en el Ejército de Liberación y no tuvieron estómago para cumplir su palabra. Estos tres han bebido demasiado del vino de las palabras. Están intoxicados con su propia retórica. Kabir tal vez no. Él solo está forjándose una realidad para sí mismo. Pero ¿Abdul Kadar y el generalísimo? No saben precisar dónde termina un mando y comienza el otro. Lucharán con las mismas bandas ineptas de siempre. Los judíos serán valientes porque a menudo la valentía es producto de no tener otra alternativa. Pero, de estos tres, ¿cómo se puede saber quién ha firmado una alianza secreta con algún otro jefe árabe?».

—Yo sería el último hombre del Islam en cuestionar la sabiduría del mariscal pero, suponiendo que sus tropas no obtuvieran el éxito esperado y se convocara a los Ejércitos árabes regulares, ¿cuál sería el precio? Yo le pregunto, Abdul Kadar, ¿qué pedirá Abdullah a cambio de traer a la Legión Árabe? ¿Jerusalén? ¿O supone que se la devolverá a usted en bandeja de plata? ¿Se llevarán sus cosas y se irán diciendo: «Tomad, hermanos, os dejamos Palestina», o pretenderán algunas modificaciones en las fronteras por haber participado?

Se produjo un tenso silencio.

Los rostros se sonrojaron ligeramente.

Kabir intervino rápidamente.

—Es una cuestión fácil. Después de que los judíos hayan sido aniquilados, sea quien fuere quien lo logre y por cualquier medio, realizaremos una conferencia para llegar a un acuerdo. Habrá botín suficiente para todos.

«¿Cuándo Abdullah ha concordado con Egipto en algún tema? ¿Cuándo lo han hecho Siria y el Líbano? ¿Cuándo ha convenido Irak algo con alguien? ¿Cuánto

durará la conferencia? ¿Mil años?».

—El punto principal que usted no toma en cuenta, Haj Ibrahim —dijo Abdul Kadar— es que estamos unidos y que venceremos. ¿Qué diferencia hay, siempre y cuando estemos gobernados por árabes y no por judíos?

—Perdonen mi ignorancia, hermanos míos, pero tenía la impresión de que Palestina sería liberada para los palestinos. Creo que el momento de efectuar la conferencia es ahora, antes de que nadie haga un disparo, y que todos tengamos un panorama claro de qué es lo que pretende cada uno.

—Permítame resumírselo —dijo Kabir, eludiendo las respuestas y las acusaciones de Ibrahim—. De un modo u otro, los judíos no tienen posibilidades de sobrevivir. —Abdul Kadar y Kaukji manifestaron su asentimiento.

—Entonces, ahora que ya hemos aplastado a los judíos, al menos de palabra, ¿para qué me hicieron venir aquí? —preguntó Ibrahim en tono agrio.

Los otros tres intercambiaron miradas.

Kabir se aclaró por hábito la garganta y se atusó el bigote.

—Todos nuestros militares coinciden, y yo también, en que la clave para la victoria final será cortar, separar a la Jerusalén judía —dijo, y le cedió la palabra a Kaukji.

—Esta vez —afirmó este último—, mi Ejército y el Jihad de Abdul Kadar actuarán con una perfecta coordinación y usaremos toda nuestra fuerza para bloquearlos. Usted conoce el Bab el Wad. Ni un solo camión judío podrá atravesarlo.

—El Ejército del Jihad —sentenció Abdul Kadar con emoción, blandiendo un dedo en el aire— desplegará miles de hombres en Jerusalén y a lo largo de la carretera. ¡Pero también tendré más de mil hombres de Lida y Ramle para capturar el aeropuerto!

—Instalaremos un sistema muy moderno de comunicaciones —intervino Kaukji—, y cada vez que un auto, camión, autobús o convoy judío parta de Tel Aviv, nos enteraremos en el instante en que llegue a Lida; entonces daremos el alerta a miles de hombres que ya estarán en posición de detenerlos. ¿Cómo? Todos los pueblos árabes, desde Ramle hasta Jerusalén, deben estar abiertos para nuestros observadores y nuestras tropas.

—Yo veo tres problemas —dijo Haj Ibrahim, burlándose sutilmente de la previa disertación de Kaukji—. Primero, Tabah ocupa una posición clave en el camino, al igual que el kibutz de Shemesh. Segundo, el kibutz nos controla el agua. Tercero, Shemesh está al tanto de todo lo que sucede en Tabah. Lamento decirles que ellos poseen excelente información suministrada por espías de mi propio clan. Si los judíos se enteran de que estamos colaborando abiertamente con sus… estee… Ejércitos, nos atacarán.

—Ahora llegamos al punto central de esta reunión —dijo Kabir—. Es un tema

muy, muy difícil. El generalísimo Kaukji ha conferenciado con las autoridades de todos los países árabes. Pensamos que lo mejor sería trasladar a nuestro pueblo de varios puntos estratégicos.

—Debe usted evacuar Tabah para que nuestras fuerzas puedan operar libremente.

«¡Eso era lo que querían! Oh, Alá, ¿cómo pudiste permitir que cayera esto sobre mí? ¡Es una locura! ¡No puede ser verdad! ¡No! ¡Evacuar Tabah para hacerles caso a estos idiotas!».

—Debe usted evacuar —repitió Abdul Kadar.

—Pero ¿adónde iríamos? —cuestionó Haj Ibrahim, estupefacto.

—Usted tiene una gran tribu en el desierto. Son primos suyos.

—Pero los wahhabis viven con muchas privaciones. No pueden recibir y alimentar a doscientas familias más.

—Permítame decirle confidencialmente —aclaró Kabir— que estoy negociando tanto con los sirios como con Abdullah. Ellos manifestaron buena disposición para considerar la posibilidad de recibirlos como huéspedes hasta que nuestros ejércitos hayan terminado su labor. Estamos sugiriendo que se evacuen muchas otras aldeas, ciudades incluso. Obviamente, planificaremos lo más conveniente para todos.

—Dice usted que están considerando la posibilidad de recibirnos, pero nadie ha afirmado que lo hará. Quiero escucharlo de boca del propio Abdullah. ¿Por qué no mandó a un representante suyo? Yo no puedo tomar simplemente mil personas y llevarlas sin saber adonde.

—Haj Ibrahim, estamos en guerra, en una guerra santa. No tiene usted otra alternativa. Ahora escuche, hermano. Será una guerra breve, de pocas semanas, meses a lo sumo —expresó Kabir—. Sentado ante usted y en presencia del generalísimo Kaukji y de Abdul Kadar Heusseini, de la más noble familia de Palestina…, yo le juro por el nombre de Alá que, cuando usted regrese, un tercio de las tierras del kibutz de Shemesh será suyo.

Haj Ibrahim estaba furioso, pero era lo suficientemente listo como para darse cuenta cuándo se le imponía una decisión que no podía modificar. No tenía el menor margen de maniobra.

—Mi ejército cruzará la frontera dentro de unas semanas, después del año nuevo —dijo Kaukji—. Cuando haya capturado una cantidad de poblados forzando la huida de los judíos, el Ejército del Jihad, de Abdul Kadar, se unirá al mío, y juntos atacaremos Jerusalén. Los judíos no podrán de ninguna forma defender todos los caminos…, a menos que algunos de nuestros hermanos opten por no colaborar.

—Nosotros le avisaremos —dijo Kabir— cuándo debe evacuar la aldea exactamente. Llevará usted a su gente directamente a Jaffa.

—¿Por qué a Jaffa?

—Para ponerlos primero en un sitio seguro. En la eventualidad de que no pueda

llegar a Gaza por tierra, tendrá la posibilidad de alejarse por mar. O se van a Gaza o, cuando concluyan mis negociaciones con los sirios, podrán embarcarse rumbo a Siria. Tengo dinero para fletar un barco, e instrucciones para usted en Jaffa.

—Pero el volver a instalarnos costará una fortuna.

—Yo pago, yo pago —dijo Kabir.

—¿A cambio de qué? Su caridad no es precisamente legendaria —le espetó Ibrahim.

—¡Pago por la victoria árabe!

—Muy bien, pero antes de partir hacia Jaffa, debo tener el dinero en mis manos.

—Por supuesto, por supuesto. Mil libras británicas.

—¿Para evacuar y volver a asentar a doscientas familias? No puedo irme con menos de cinco mil.

—Ya arreglaremos estos detalles menores —afirmó Kabir, cambiando de tema—. Estarán ustedes de regreso en Tabah a tiempo para la siembra del otoño. Y lo más importante de todo, podrán vivir eternamente sin el miedo del Estado sionista.

«Éstos son mis líderes. La vanguardia de otros dirigentes sedientos de ambición y de poder. Ahora abrazan una causa noble. Yo tengo mucha culpa porque nunca he pensado en términos de una paz verdadera con los judíos. Ninguno de nosotros es capaz de pensar así. Pero no hay un plan real, no hay organización ni objetivos definidos; sólo reclutar una chusma armada y autoconvencerse de que podrán vencer a los judíos. ¡Qué idiotas! ¡Qué idiotas fantasiosos! Están llevando a mi pueblo a un sufrimiento eterno».

Haj Ibrahim declinó la hospitalidad del effendi, y pidió que lo llevaran de vuelta a Tabah.

Cuando él se hubo marchado, los otros tres redujeron su acuerdo a un contrato escrito, supervisado por Dandash. Kabir otorgaría a los dos Ejércitos cartas de crédito para adquirir armas. Utilizaría sus contactos personales en los Gobiernos e instituciones financieras árabes para recaudar dinero con el fin de seguir reclutando voluntarios mediante el ofrecimiento de cuantiosas recompensas. Mayores cantidades de dinero continuarían llegando para el pago de los sueldos de las tropas y para las operaciones.

A cambio de esto, Kabir quería asegurarse la restitución de todas sus tierras en el valle de Ayalón. Lo más importante era que se le adjudicaría la propiedad del kibutz de Shemesh y de otros quince poblados judíos. Las tierras de los judíos eran una mina de oro. La estratégica situación de su feudo lo convertiría en una importante potencia política para cualquier división futura de Palestina.

Se envió a Dandash a redactar la documentación legal.

—¿Y qué pasará con Haj Ibrahim? —preguntó Abdul Kadar—. ¿Evacuará su aldea? Siempre se corrió el rumor de que colaboró con los judíos durante la rebelión

de mi tío.

—Haj Ibrahim es un hombre pragmático. Llevará a su gente a Jaffa cuando se lo indiquemos.

—Ese hijo de puta va a pagar por lo que le hizo a mis hombres —sentenció Kaukji—. He esperado diez años para vengarme.

—¿Acaso no lo estoy llevando rumbo a Jaffa para usted? —dijo Kabir—. Una vez que llegue allí, estará en sus manos. Yo no veo ni oigo nada.

—Bueno, a ver el primer dinero que se nos debe —dijo Abdul Kadar.

—Ha sido retenido por unos burócratas sin importancia. No se preocupen. Yo me encargo de todo.

CAPÍTULO VII

Fines de 1947

«No habrá negociaciones, acuerdo, reconocimiento ni paz con los judíos. Todas las soluciones que no estipulen que se nos entregue Palestina en su totalidad son rechazadas. Nuestros problemas políticos serán resueltos a punta de rifle». Así se expresaba el mundo árabe, generalmente concluyendo cada nueva declaración con un grito de batalla de los antiguos romanos: ¡*Perece Judea*!

Se originaron disturbios en la Palestina árabe. En las ciudades con poblaciones mixtas, se usó alambre de púas para demarcar las comunidades. Los británicos, neutrales en teoría pero claramente proárabes en realidad, continuaron el bloqueo de la costa palestina. El único aeropuerto importante del país, el de Lida, debía quedar en territorio judío, pero los ingleses permitieron que grandes formaciones de tropas árabes irregulares lo controlaran, dentro del alcance de sus armas.

Al igual que en el pasado, los árabes obtenían sus mejores resultados realizando rápidas emboscadas en los caminos. Todo comenzó cuando atraparon un autobús judío cerca de Lida, y masacraron a sus pasajeros.

Un tremendo e imprevisto pánico se abatió sobre la comunidad árabe. Mientras observaban a los Heusseini y a Kaukji prepararse para la guerra, se apoderó de ellos un intenso temor. Las familias árabes ricas e influyentes, los líderes de la comunidad, evocaban los días de la rebelión del muftí. Las milicias habían sido las mismas dos fuerzas que casi habían destruido a sus hermanos árabes diez años antes. Los árabes palestinos sabían que Abdul Kadar y Kaukji sólo les reportarían chantaje, extorsión y asesinato.

Decenas, cientos, miles, la *créme de la créme* de la Palestina árabe, vendió sus posesiones, retiró sus ahorros y huyó del país. La comunidad árabe quedó de pronto sin médicos, abogados, terratenientes, líderes sociales, políticos, profesores, comerciantes, banqueros, industriales, intelectuales y escritores. En el lapso de unas semanas, unas treinta mil familias, que equivalían a más de cien mil personas, sencillamente se fueron de Palestina, prefiriendo pasar la guerra que se avecinaba en el ambiente más confortable de Beirut, El Cairo o el Continente europeo.

Aunque los judíos no les habían enviado advertencias ni les habían hecho un solo disparo, demostraron no tener ni el deseo ni el valor para entrar en conflicto con el fin de liberar a la Palestina árabe. No tenían sentimiento alguno por la nación palestina, porque ésta nunca había existido. Sabían que la victoria de los árabes significaría un estado de caos en el que ellos serían víctimas antes que vencedores. Estos dirigentes árabes palestinos simplemente abandonaron el país pensando en su propio bienestar, sin preocuparse por el resto de la población.

El comercio, la educación, los servicios médicos y sociales, el mercado agrícola, las actividades bancarias y las comunicaciones se detuvieron, se interrumpió la construcción y las fábricas se cerraron repentinamente, y dentro de la comunidad árabe la ideología se vino abajo. Este exilio autoimpuesto de los ricos e importantes dejó a los que permanecieron sin un liderazgo responsable. No es de extrañar, entonces, que el humilde campesino y el pequeño comerciante se sintieran desolados por su partida. Viendo la deserción de casi todas las personas prominentes y respetadas de la comunidad otras familias simplemente comenzaron a marcharse del país. Éste fue el primer capítulo de un efecto de onda que explotó produciendo una huida generalizada, huida que se convirtió en un problema de refugiados que habría de consumir a los árabes palestinos.

Una patrulla británica entró en Tabah para una inspección de rutina. El teniente que iba al mando se dirigió al café y ordenó salir a Faruk, a un sitio donde no pudieran oírlos los demás.

—Fawzi Kabir está en su residencia de Jaffa —dijo el oficial—. Quiere verlo a usted lo antes posible. ¿Cuándo le digo que irá?

—Puedo ir al día siguiente del sábado.

—Nadie tiene que enterarse, en particular su hermano.

—Sí, por supuesto.

—¿Sospechará algo?

—No, no. Sencillamente le diré a Ibrahim que, con la escasez actual, quiero ir a Jaffa a buscar provisiones.

—Nadie, le repito, nadie debe saber quién lo mandó llamar.

—Comprendo. Pero ¿qué demonios quiere el effendi de mí?

El oficial se encogió de hombros.

—Yo sólo traigo el mensaje.

La gente de Kabir había estado buscando a Faruk y lo localizaron en el instante que se bajó del autobús en la Torre del Reloj, en el centro de Jaffa. Rápidamente lo introdujeron en un coche con las cortinas cerradas.

La mansión de Kabir quedaba frente al «Hotel Scoth House», cerca del puerto. Faruk había ido allí en muchas oportunidades para abonar las rentas anuales de Tabah, pero nunca en forma subrepticia. Cada vez que iba a ver al effendi, los nervios lo traicionaban. Este aviso secreto le hacía traspirar las manos por la excitación y le producía dolor de estómago.

Faruk fue recibido con inusual calidez, lo que aumentó su recelo.

—¿Cómo anda todo en Tabah, hermano? —le preguntó Kabir.

—La situación es tensa.

—¿Cuál es la actitud general de los hombres?

—Sentimos una enorme presión de Abdul Kadar para unirnos a su milicia.

—¿Alguien se unió a él?

—Algunos se han comprometido secretamente, pero tienen que esperar hasta que Haj Ibrahim les dé su bendición.

—¿Y qué dice su hermano de esto?

—Desde que regresó de Damasco, es muy poco lo que dice. Por supuesto que está furioso con todas las familias adineradas que nos han abandonado.

—Sí. Su huida ha hecho estragos en el comercio. Yo voy a tener un problema terrible para embarcar este año la cosecha de naranjas. No olvidaremos el cobarde comportamiento de los que huyeron. Cuando termine la guerra, habrá muchos nuevos líderes en Palestina.

Faruk hizo un gesto de asentimiento.

—Tengo entendido que se ha hablado de evacuar los poblados árabes del valle de Ayalón —continuó Kabir.

—¡Oh, no, effendi! ¡Estamos listos para luchar hasta derramar la última gota de sangre!

—¿Y Tabah?

—Tabah dirigirá la batalla.

—Supongamos que ciertas circunstancias fuera de su control los obliguen a marcharse de Tabah por un breve período. ¿Haj Ibrahim no ha mencionado nada al respecto?

—No. Como le dije, habla muy poco, pero pasa el tiempo cavilando.

—¿Qué opinan los demás, los jeques de Tabah?

—Lucharemos hasta el final.

Fawzi Effendi Kabir tomó las manos de Faruk entre las suyas y lo miró fijamente a los ojos. Faruk se sintió tremendamente incómodo, temeroso.

—Por valerosa que sea su gente, quiero que me cuente lo que realmente se comenta allí. Le aseguro que la verdad es de extrema importancia. Podría significar mucho para usted. —Faruk soltó un suspiro nervioso. El effendi seguía sosteniéndole las manos—. La verdad —repitió—. Inténtelo.

—Se habla fundamentalmente de evacuar. Todos están atemorizados. La verdad es que sólo estamos esperando la orden de Ibrahim.

—Ajá. Entonces, lo que le digo debe quedar estrictamente entre usted y yo. Se trata de información muy secreta. ¿Me entiende, Faruk?

—Sí, sí, claro.

Kabir bajó la voz hasta su tono más confidencial, apenas más que un susurro.

—Pronto Kaukji cruzará la frontera con veinte o treinta mil hombres. Los dirigirán oficiales regulares de los Ejércitos sirio y egipcio. También tendrá aviones.

—¿Aviones? ¿Pero quién los pilotará?

—Aviadores musulmanes de la India. Contará con tanques, artillería,

ametralladoras pesadas, lanzallamas. El Ejército Árabe de Liberación está armado hasta aquí —dijo, retirando las manos y señalando sus dientes—. Kaukji ambiciona profundamente Tabah, y usted sabe por qué.

—Pero…, pero… yo no tuve nada que ver con el incendio de los campos. Yo soy sólo el hermano pobre.

—Es obvio que usted es inocente y el mariscal de campo Kaukji me debe muchos favores. Él actuará con la fuerza o la suavidad que yo le indique.

—Yo me opuse a la quema de los campos. Fue una táctica de horror, brutal, inhumana. Pero no se olvide de que yo solamente me ocupo de la tienda del pueblo.

—El generalísimo lo sabe porque yo se lo he dicho.

—Gracias, effendi. Gracias. Que Alá guarde cada uno de sus pasos y le permita vivir cien vidas en el paraíso.

—Faruk, hermano mío. Debo decirle algo más, del más estricto carácter confidencial. Invité a su hermano a ir a Damasco para coordinar un plan de acción con Abdul Kadar y el general Kaukji. Haj Ibrahim nos dijo que Tabah no tenía forma de defenderse. Exigió el derecho de evacuar Tabah y todos los pueblos de alrededor.

—Está usted destruyéndome de dolor —gimió Faruk.

—No, no, hermano. Escuche. Yo no deseo ver caer Tabah, Alá lo quiera, en manos de los judíos. Como le anticipé, Kaukji hará lo que yo le diga. Tengo un plan en mente.

—¿Ah sí?

—Ya le dije que le hablé de usted a Kaukji. Él me asegura que nada le ocurrirá a usted, que le avisará antes de atacar.

—Pero ¿y si evacuamos Tabah?

—A eso quería llegar. Permanecerá usted en la aldea cuando los demás la evacuen.

—¿Quedarme yo? ¿Cómo podría hacerlo? Haj Ibrahim sospechará en seguida.

—Convenza a su hermano de que alguien tiene que quedarse para presentar futuros derechos sobre la tierra. Cuando él se marche, usted permanecerá con diez o veinte familias.

—Pero Haj Ibrahim es el muktar, el jefe. Si alguien debe quedarse en Tabah, será él quien asuma la responsabilidad.

—No. El debe conducir el rebaño. Usted sabe que no encomendará a nadie la tarea de llevar a su gente a Gaza, Siria, o donde fuera. Usted se ofrecerá para quedarse.

—De acuerdo. Yo estaría a salvo de Kaukji, pero que Alá nos ayude si los judíos llegan a capturar Tabah.

—Si los judíos entran en el pueblo, enarbole banderas blancas y no luche. Si alguien se queda en la aldea, los judíos no lo obligarán a salir. En eso reside su

debilidad. Aun si toman Tabah, Alá no lo permita, respetarán su presencia. Pero sigamos contemplando posibilidades. Si los judíos toman el poblado. No será una gran tragedia puesto que en mayo del año que viene los Ejércitos regulares árabes la liberarán. Y cuando eso ocurra… —Kabir le entregó una libreta de depósitos bancarios—. El Banco Barclay estará en Palestina prescindiendo de quién se halle en Tabah. He depositado cuatrocientas libras a nombre suyo.

—¡Cuatrocientas libras! Pero cuando los Ejércitos árabes liberen Tabah, Haj Ibrahim regresará.

—Yo creo que no —sentenció Kabir.

Faruk se puso pálido. La libreta le temblaba en las manos.

—Durante demasiado tiempo ha sido usted como un perro ante su hermano. Sin embargo usted es el mayor, el más sensato, el que sabe leer y escribir, el que lleva los registros de la aldea, el líder espiritual. Ibrahim lo despojó del lugar que le correspondía como muktar y ha vivido como un príncipe con el producto de las tierras que deberían haber sido suyas. A partir de este momento ya no tendrá que lamerle los pies y llamarlo amo. Lo único que debe hacer es convencerlo de que usted debe quedarse en el pueblo con algunas familias.

Kabir expuso luego su argumento más contundente:

—Después de la guerra, yo reclamaré todas las tierras que los judíos me robaron, incluyendo el kibutz de Shemesh. Un tercio de esas tierras se le entregará personalmente a usted.

—¡Un tercio del kibutz de Shemesh!

—En efecto.

—Si Haj Ibrahim alguna vez llega a enterarse, me matará.

—Los que huyan no tendrán posibilidad de regresar. Queremos que la nueva Palestina sea conducida por hombres de carácter.

—Effendi, no quisiera ser desagradecido, pero ¿qué ocurrirá si los Ejércitos regulares árabes son derrotados?

—¿Todos los Ejércitos árabes derrotados? Imposible.

—Comprendo, pero supongamos que por alguna rara eventualidad… fueran vencidos…

—Tiene razón, Faruk. Las precauciones nunca están de más. Debemos considerar todas las alternativas. He hablado ya con Ben Gurión.

—¡Con Ben Gurión!

—Sí, y me aseguró que no les harán nada a las familias árabes que se queden. Si se diera la terrible catástrofe de una victoria judía, usted aún tendría Tabah. En el caso, improbable, de un triunfo de los judíos, usted y yo nos dividiremos las tierras de Tabah por partes iguales.

Faruk lo pensó. Fawzi Kabir había planeado las cosas de modo que él terminaría

siempre con algo, ganara quien ganare. Si los árabes salían victoriosos, Faruk se convertiría en muktar y gran terrateniente. En caso contrario, sería igual muktar, con la mitad de las tierras rentables de Tabah. Todo dependía de que le dijera a su hermano una pequeña mentira. De cualquier forma, Ibrahim no podría retornar a Tabah. Comenzó a sudar. Si no hacía lo que quería Kabir, él también estaría perdido.

Faruk de pronto tomó las manos del effendi, se las besó y guardó la libreta bancaria.

—Ahora debo irme a buscar provisiones. De lo contrario, sospecharán de mí.

—Deme la lista de lo que necesita —se ofreció Kabir—. Le tendré todo reunido por la mañana. Esta noche quiero que sea mi huésped. He planeado un interesante entretenimiento para mi nuevo amigo y aliado.

CAPÍTULO VIII

A finales del otoño de 1947, Ben Gurión nombró a Gideon Asch jefe del comité de comandantes de la Haganah y de la Liga Judía, con el fin de que formulara varios planes alternativos para la eventualidad de una guerra. A medida que cada comandante de área informaba sobre su situación, una siniestra cantidad de perspectivas comenzó a apilarse sobre el escritorio de Asch.

Todos los días pasaba un rato con Ben Gurión, por lo general después del horario de trabajo, en el salón del piso que el Viejo tenía en Tel Aviv.

El tema central era determinar qué cantidad del territorio palestino judío podía ser defendido. ¿Cuántas bajas podían ser aceptables? Jerusalén era terriblemente vulnerable. ¿Qué harían los pueblos árabes diseminados por el Bab el Wad y cerca de Latrun? ¿Cómo hacer para defender poblados aislados, tales como los del desierto del Negev, que deberían enfrentarse con el Ejército regular egipcio?

¿Debería el Yishuv replegarse en las regiones más pobladas y luchar desde una línea más defendible? Gideon se inclinaba en esa dirección, y el Viejo lo escuchaba. Los Jóvenes Turcos eran lo suficientemente atrevidos como para creer que cada kibutz debía luchar hasta el final… No conceder nada… No evacuar.

Cuando los diversos planes quedaron elaborados, llegó el momento de la decisión.

Se estaba poniendo muy difícil transitar con seguridad el camino de Jerusalén. Eso hacía diez veces más arduo dirigir la Liga Judía. Finalmente Ben Gurión aceptó trasladar muchas oficinas de la Agencia a la ciudad totalmente judía de Tel Aviv, que ofrecía mayores garantías y se hallaba sobre la costa, lindando con la Jaffa árabe. Una pequeña casa de principios de siglo, de la antigua colonia alemana de Tel Aviv, se convirtió en el cuartel central de Ben Gurión y sus militares.

La noche de la decisión, Gideon llegó temprano para repasar una vez más las alternativas. Las páginas del «Plan D» parecían brillar desde la mesa de conferencias como si una luz oculta se reflejara sobre él. Sin palabras, Gideon sabía que Ben Gurión había estado repasándolo y para él ya era irrevocable. El «Plan D» propiciaba la defensa de todos los poblados judíos, por vulnerables o aislados que estuviesen.

—En el peor de los casos, es suicida —dijo Gideon por fin—. En el mejor, es un juego peligroso.

—Sé lo que piensa usted, Gideon —le respondió Ben Gurión.

Comenzaron a llegar desde Galilea, desde el Negev, desde las ciudades mixtas, desde los poblados. Cuando ya se hubieron dado palmadas en la espalda, y una vez terminado el té, Gideon se aplicó a realizar un extenso análisis de la situación.

Aparte de las grandes ciudades con poblaciones mixtas árabes y judías, había

unos trescientos asentamientos exclusivamente judíos en Palestina. Todos contaban con una unidad de la Haganah, formada principalmente por soldados civiles. El grueso de la población judía vivía en un cinturón que se extendía desde Haifa hasta Tel Aviv. Ésa sería la principal línea de defensa.

Sin embargo, unos cincuenta poblados se hallaban en zonas de densa población árabe o en sitios remotos tales como el desierto del Negev y el mar Muerto. Defender esos puntos significaba extender las líneas de aprovisionamiento más allá de sus posibilidades. Los árabes tendrían el éxito asegurado cortando los caminos. Para poder realizar un transporte normal, los judíos se verían forzados a blindar sus vehículos y a trasladarse en grandes convoyes. En el plano militar esto tenía muy poco sentido, y muchos de los comandantes de la Haganah se oponían con tenacidad. Propugnaban fervientemente la evacuación de esas poblaciones más aisladas. Eso permitiría la consolidación del Yishuv, acortaría las líneas de comunicaciones y aprovisionamiento y mejoraría la defensa de una zona difícil.

Ben Gurión obstinadamente rechazó el consejo.

—¡No entregaremos ni un solo poblado sin luchar!

—Pero, Ben Gurión, estamos demasiado dispersos.

—El primer poblado que cedamos sin defenderlo sólo alentará a los árabes y desmoralizará a todos los judíos de Palestina —contestó el anciano.

—¡La primera vez que perdamos un poblado en batalla nos desmoralizará aun más! —gritó Gideon Asch desde la cabecera de la larga mesa.

—Si no somos capaces de ganar esta contienda por los caminos, entonces no merecemos tener una nación.

En forma arbitraria impidió por el momento todo debate ulterior, y pidió a los diversos jefes de sección que expusieran su evaluación.

El jefe de las tropas disponibles presentó un panorama incierto. La Haganah tenía nueve mil hombres listos para el combate; entre dieciocho y veinticinco años. Esas tropas llevarían a cabo una labor principalmente defensiva; podría recurrir a ellas para defender las ciudades y poblados después de los primeros ataques de los árabes.

La fuerza de choque de la Haganah, el Palmach, incrementaba sus filas con el fin de formar tres o cuatro brigadas con una fuerza total de varios miles de hombres.

Esto era el grueso de su capacidad de combate. En una guerra abierta contra cinco Ejércitos árabes regulares, el Yishuv podía contar con reclutar quizás otros veinte mil efectivos.

El Irgún y el Grupo Stern tenían varios miles de hombres, en su mayoría guerrilleros urbanos, pero ellos operaban en forma independiente y sólo colaborarían con la Haganah analizando caso por caso.

Lo lamentable era que serían superados en número por los árabes tal vez en una proporción de cinco a uno por lo menos. Si los árabes tomaban la decisión, podían

recurrir a una vasta población y disponer de inacabables refuerzos.

El jefe de la Artillería presentó a continuación un informe aún más desolador. El inventario del armamento de la Haganah consistía en diez mil rifles y algunos miles de metralletas, ametralladoras ligeras y morteros. Para complicar todavía más la situación, los rifles necesitaban municiones de diversos calibres. El Yishuv tenía nueve aviones monomotores del tipo «Piper Cub», y cuarenta pilotos. Carecían de cazas, bombarderos, tanques, artillería y buques. Los árabes los superarían en poder bélico en una proporción de cien a uno.

Ben Gurión se volvió luego al encargado de la obtención de armas clandestinas. Muchos agentes habían rastreado por todo el mundo, pero con escaso éxito. Un signo alentador era una conversación inicial con los checos, pero el posible resultado parecía ser demasiado insignificante y tardío.

¿Las finanzas? Estaban lisa y llanamente en bancarrota. Se había enviado a Golda Myerson a los Estados Unidos con la desesperada misión de recaudar fondos, un débil rayo de esperanza al observar que la comunidad judía de ese país recolectaba varios millones de dólares.

—Lo que ha hecho Golda fue un milagro —afirmó el director financiero—, pero en realidad equivale a los ingresos petroleros de unos pocos días para los saudíes. Los árabes pueden superarnos en inversiones en la proporción que prefieran: mil a uno, diez mil a uno, un millón a uno.

—A ver Gideon —propuso Ben Gurión—, tal vez usted tenga alguna noticia estimulante.

Gideon fue revisando sus papeles, pero casi no necesitó consultarlos para presentar un panorama del poderío de los Irregulares árabes y su probable estrategia.

—Calculo que la Milicia Jihad de Abdul Kadar cuenta con menos de tres mil hombres de dedicación exclusiva —dijo Gideon—. Sin embargo, la mitad de ellos están desplegados en la zona entre Ramle y Lida. Eso significa que combatirán a brazo partido por el aeropuerto. En nuestra primera estrategia debemos estar preparados para comprometer al Palmach. Si no capturamos nosotros el aeropuerto, sería catastrófico.

El jefe de operaciones, un joven arqueólogo de 30 años de Jerusalén, convino en que Ramle-Lida y el aeropuerto eran el segundo objetivo en importancia, después de Jerusalén Occidental.

Gideon continuó.

—El resto de la fuerza del Jihad se halla cerca de Jerusalén. No debemos olvidar, no obstante, que Abdul Kadar puede juntar hasta diez mil combatientes de cafetín para cualquier ofensiva. Todos tienen algún tipo de armamento. Si huele algún punto flaco en nuestra defensa, puede superarnos simplemente por fuerza numérica. Tiene tres maneras de acosarnos. Primero, los caminos. Existe la posibilidad de que sitúe

una línea de mil hombres a lo largo del Bab el Wad para atacar cualquier convoy.

—Para poder limpiar el Bab el Wad y las colinas de Judea —intervino Yigael Yadin, jefe de operaciones— tendríamos que emplear una brigada entera del Palmach.

—Quizás haga falta hacerlo —replicó Gideon—. La estrategia obvia de Abdul Kadar es el bloqueo de Jerusalén Occidental y la muerte de nuestro pueblo por inanición.

—Sería un golpe mortal para el Yishuv —comentó Ben Gurión.

Yadin, que era nativo de Jerusalén, cuya familia vivía en la ciudad y cuyo padre había descubierto los pergaminos del mar Muerto, se mostró inflexible.

—Me gustaría mucho mandar una brigada del Palmach desde Latrun a Jerusalén, pero no es posible. Tal vez tengamos que pensar en términos de un Estado judío sin Jerusalén.

Se produjo un silencio total.

—Éso no puede suceder —dijo el Viejo.

—Espero que no —convino Yadin.

Ben Gurión le hizo una seña a Gideon para que prosiguiera.

—Los cuatro poblados más vulnerables de Palestina son los del Bloque Etzión —dijo, refiriéndose a cuatro kibutzim de judíos ultraortodoxos situados en territorio totalmente árabe, a veintidós kilómetros al sur de Jerusalén—. Abdul Kadar puede masacrarnos allí. El Bloque Etzión es la mayor objeción que tengo contra el «Plan D». Creo que deberemos evacuarlo.

Varios comandantes se levantaron manifestando su desacuerdo. La discusión se volvió más áspera.

—Tranquilos, tranquilos. Dejen terminar a Gideon.

—Jerusalén Occidental ya constituye nuestro mayor problema —insistió Gideon—. ¿Cómo diablos podrá proveer suministros al Bloque Etzión?

—¡Yo disiento! Abdul Kadar no puede capturar el Bloque.

—Entonces le sugiero que dirija usted personalmente el primer convoy que haya de atravesar por allí —respondió Gideon—. Supongamos que el Bloque resiste a los Irregulares, que también logren mantenerse algunos poblados aislados del Negev y Galilea durante la primera fase. ¿Y después qué? ¿Qué va a pasar en la segunda fase cuando la Legión Árabe cruce el río Jordán y los egipcios nos invadan desde el Sur?

—Olvidemos el «Plan D» por el momento. Quiero que me dé su opinión sobre Kaukji.

El Viejo se estaba poniendo más obstinado que nunca. Gideon lanzó un profundo suspiro y se encogió de hombros.

—Kaukji ha reclutado una fuerza de ocho mil hombres: mil sirios, quinientos libaneses, dos mil iraquíes, quinientos jordanos, dos mil saudíes y dos mil egipcios.

Los dirige una cantidad de oficiales de los Ejércitos regulares de dichos países. Además, quizá nos topemos con varios miles provenientes de la Hermandad Musulmana y algunos centenares de hombres altamente entrenados, desertores británicos, ex nazis y mercenarios europeos. Kaukji tendrá media docena de baterías de artillería.

—¿Qué tal son éstas?

—Son las más adecuadas para su objetivo particular. Su estrategia no es ningún secreto. Kaukji cruzará y tratará de apoderarse de algunos de los poblados más aislados de Galilea. Ninguno de ellos puede contar con recibir refuerzos nuestros. Si captura una aldea o kibutz, habrá una masacre. Estoy seguro de que cree sinceramente que puede crear pánico y provocar la huida de los judíos de Galilea por medio de una masacre.

El jefe de Inteligencia asintió.

—Durante la primera fase —continuó Gideon— que es la que estamos iniciando ahora, los británicos adoptarán una actitud benigna. Permitirán que el Ejército Árabe de Liberación, de Kaukji, cruce Palestina sin que se lo desafíe, y lo dejarán establecer su cuartel central en una zona de densa población árabe, probablemente cerca de Nazaret.

—¿Dice usted que los ingleses se quedarán de brazos cruzados si Kaukji lleva a cabo una masacre?

—Bueno, entraríamos en el terreno de las apreciaciones personales. Mi opinión es que no van a mover un dedo. A Kaukji le permitirán accionar libremente. Los británicos podrán hacer esto o aquello para presentar una fachada de imparcialidad, que no es verdadera. Aun si Kaukji no logra tomar un poblado, nos provocará tremendos daños en los caminos.

Una vez más se cuestionó la fiabilidad del «Plan D». ¿Para qué darle a Kaukji blancos tan tentadores como los pequeños kibutzim aislados? El riesgo era muy alto.

—Declarar la creación del Estado es un alto riesgo —respondió Ben Gurión—. La guerra también lo es. Solamente haciéndoles pagar a los árabes por cada centímetro podremos aplacar sus bríos.

Resultaba obvio que el Viejo no iba a dar marcha atrás. El jefe de Inteligencia presentó una evaluación final. El aprovisionamiento sería fácil para el enemigo puesto que tenía a todo el mundo árabe a sus espaldas y podría sencillamente pasar el armamento por las fronteras. Si los saudíes abrían sus cajas de caudales, contarían con inagotables armas. Por otra parte, el Yishuv tenía que traer hasta la última bala por mar. Esto, junto con las ventajas de la población árabe, pintaba un desolador panorama para los judíos. Todo dependía del grado de valor de los Ejércitos árabes.

En realidad, distaban de ser Ejércitos modernos, pero tenían tanques, cañones de largo alcance, unidades motorizadas, aviones de combate; de hecho, todo lo que les

faltaba a los judíos.

La fuerza más temida por la Haganah era la Legión Árabe de Abdullah consistente en diez mil profesionales muy bien entrenados, incluyendo la fuerza de Frontera de Transjordania, con moderno armamento y bajo el mando de un experimentado cuadro de oficiales británicos.

La discusión del «Plan D» prosiguió hasta muy avanzada la noche. Prevaleció la opinión de Ben Gurión. Lo único que él concedió fue que en lugares tales como el Bloque Etzión, se evacuaría a las mujeres y los niños. Eran más de las dos de la mañana cuando se aprobó el plan. Quedaba sólo un punto importante por debatir. ¿Qué pasaría con la población civil árabe y su constante huida del país?

Sobre este tema todos se dirigieron al Viejo. Él era el padre espiritual del país por nacer.

—Los árabes han implorado por esta guerra —manifestó Ben Gurión—. Pero nosotros tenemos muchísimas otras prioridades como para meternos en interminables conflictos con ellos. Debemos ganar la guerra y lograr formar un país. Son muchas las cosas que debe realizar un Estado judío, ya que nosotros y nuestros valores morales habremos de enfrentarnos con los ojos de la Humanidad.

»Sin embargo, seríamos tontos si creyéramos que podemos llevar a cabo nuestros planes de grandeza rodeados por vecinos hostiles. Debemos alcanzar la paz y convivir con los árabes si pretendemos que nuestro país florezca como algo más que una mera fortaleza.

»Jamás —declaró azotando la mesa con un puño— hemos de adoptar política alguna para erradicar a los árabes de Palestina. En los lugares de mayor riesgo estratégico para nosotros, tales como Ramle, Lida, Latrun y Jerusalén Occidental, lucharemos contra ellos con todo lo que tenemos. Si los árabes optan por huir, yo no les voy a suplicar que se queden. Si se van de Palestina, no les imploraré que vuelvan. Pero de manera alguna obligaremos a marcharse ni a un solo árabe que quiera permanecer. La derrota se abatirá duramente sobre ellos. Ojalá consideraran a sus propios hermanos que escaparon de Palestina de la misma manera como nosotros cuidamos a nuestros hermanos. Desearía que los árabes les dieran la oportunidad de llevar una vida decente. Pero cuando un hombre huye de su hogar durante una guerra que él comenzó, no puede esperar que nosotros nos responsabilicemos de su futuro.

»Es tarde y estamos cansados, camaradas. Un último tema de discusión. Debemos mantener siempre abierta la puerta para la negociación y la paz. Llegará el día en que algún líder árabe la trasponga y se siente a conversar con nosotros. Gideon, creo advertir que usted duda de mis palabras…, pero ya veremos.

CAPÍTULO IX

10 de enero de 1948

El río Banias baja desde el monte Hermón, sobre la frontera siria, y su caudal alimenta las fuentes del Jordán. En sus inmediaciones se levantaba el kibutz de Kfar Szold, de seis años de antigüedad, que recibió su nombre en recuerdo de Henrietta Szold, la norteamericana que fundara el Hadassah.

El generalísimo Kaukji lo eligió como blanco inicial. Cruzó con tres batallones, incluyendo el Primero y Segundo Yarmuk, así denominados en conmemoración de la antigua batalla en que los árabes derrotaron al Imperio Bizantino.

Ansiosos por informar sobre una primera y rápida victoria, muy poco fue lo que se planificó, y el kibutz demostró ser más que capaz de defenderse. Kaukji se retiró presuroso al lado sirio.

COMUNICADO N.° 1 DEL EJÉRCITO ÁRABE DE LIBERACIÓN

> Loado sea Alá, el misericordioso, el compasivo. A las 07:00 del 10 de enero, reducidos elementos de los batallones Yarmuk e Hittim iniciaron ejercicios de entrenamiento contra Kfar Szold. A medida que las prácticas progresaban, resultó evidente que el asentamiento no sería capaz de resistir. Ordené un ataque total, que fue interrumpido por las fuerzas británicas de la zona, que me obligaron a retirarme. La victoria está muy cerca.

F. Kaukji, *mariscal de campo*

Ejército Árabe de Liberación

Conscientes de la necesidad de obtener una rápida victoria, Kaukji y sus oficiales optaron por el blanco que consideraban más débil en Galilea. La fuerza avanzó internándose en los Altos del Golán al amparo de Siria, y bajó por la región donde el río Yarmuk se une con el Jordán, debajo del mar de Galilea. Setenta y cinco kilómetros al sur de su blanco primitivo, llegaron a los campos circundantes de Tirat Tsvi, el «castillo del rabino Tsvi». El kibutz estaba totalmente aislado, sobre un camino sin salida. Sus integrantes eran judíos ortodoxos que sumaban apenas ciento sesenta hombres y mujeres en condiciones de luchar. Aparte de sus rifles, el kibutz contaba con un único mortero de dos pulgadas. Era muy improbable que pudiesen obtener refuerzos, y el kibutz podía fácilmente caer en una emboscada.

Kaukji levantó su tienda de campaña en la ladera de un monte. Desde allí examinó el kibutz con sus prismáticos, lamentando no haberlo elegido como primer

blanco.

Una vez más la ansiedad se apoderó de los Irregulares árabes. Deseoso de tomarse la represalia por el primer revés sufrido, Kaukji ordenó a sus fieles soldados atacar de frente el kibutz en tres grupos.

La defensa de todos lo kibutzim seguía un plan general. Las construcciones estaban dispuestas de forma circular, con la escuela y la guardería infantil en el medio, junto con los refugios. Del lado de afuera de los edificios exteriores se extendía una línea de trincheras y alambre de púas. En esto se asemejaban mucho a las carretas de las praderas norteamericanas, que se cerraban en círculo ante el ataque de los indios. Los campos de Tirat Tsvi y de la mayoría de los demás kibutzim fueron cedidos al enemigo porque no había suficiente gente para defender perímetro externo.

Un par de prudentes oficiales argumentaron con Kaukji la necesidad de enviar patrullas de exploración para ablandar al kibutz con morteros y artillería, avanzando luego bajo una cortina protectora de fuego de ametralladoras. Si se las repelía, las tropas de refuerzo podrían realizar ataques por los flancos. Todo parecía demasiado complejo y lento. El generalísimo ansiaba una victoria.

Al alba, los Irregulares fueron llamados a la carga con toques de clarín y horripilantes gritos de guerra. Se abalanzaron sobre campos recientemente arados. Al cabo de unos instantes desapareció toda semejanza con un ataque organizado. Los oficiales, tratando de dirigir los movimientos de sus hombres, les lanzaban vanos gritos furiosos. Luego se abrió el cielo derramando torrentes de agua. El campo se convirtió de inmediato en un cenagal.

Los judíos ortodoxos de Tirat Tsvi permanecieron extraordinariamente organizados y devolvieron el fuego. Los que habían conseguido rodear su perímetro constituían una multitud empapada y tapada de barro. Los árabes cayeron derribados al atropellar el alambre de púas. El segundo grupo perdió el ánimo, y el tercero huyó antes de estar a mitad de camino del campo de batalla.

Desde su puesto de comando en la loma, Kaukji observaba horrorizado. Él y sus oficiales trataron de reorganizar las tropas para un nuevo ataque, que resultó insignificante. Los hombres ya estaban hartos.

Kaukji llevó sus efectivos a Palestina, a la ciudad totalmente árabe de Nablus, que había sido la antigua Shechem, citada en la Biblia. Los británicos de la región hicieron la vista gorda ante la presencia de los Irregulares.

COMUNICADO N.° 14 DEL EJÉRCITO DE LIBERACIÓN. 25 de enero de 1948.

> Loado sea Alá, el misericordioso, el compasivo. Como ejercicio final en condiciones de combate, pequeñas unidades realizaron tareas de entrenamiento en la zona del kibutz de Tirat Tsvi. Fue necesario efectuar estas prácticas bélicas para que nuestras tropas se familiarizaran con las armas del

enemigo y con nuestras tácticas. El ejercicio fue un éxito sin parangón. Durante varias horas nos entretuvimos con el kibutz, explorando y utilizando diversas maniobras que emplearemos en el futuro combate. Declaro que el Ejército Árabe de Liberación se encuentra listo para aplastar numerosos asentamientos judíos. La victoria sobre los perros sionistas está cerca.

F. Kaukji, *mariscal de campo*

Ejército Árabe de Liberación

Casi al mismo tiempo entró en acción el Ejército del Jihad, de Abdul Kadar Heusseini. El blanco no fue sorpresa para nadie. El Bloque Etzión se hallaba en territorio árabe, en las colinas y valles de Judea, a mitad de camino entre Belén y Hebrón.

Abdul Kadar no atacó, sino que se mantuvo atrás y barrió los asentamientos con su fuego. Su objetivo era sitiarlos, dejarlos morir de hambre y que se les acabaran las municiones. Esto podría lograrse debido a la promesa de los británicos de no intervenir y porque la ruta de montaña que llevaba al Bloque era susceptible de una fácil emboscada.

Las fuerzas del Palmach, estiradas casi hasta el punto de quebrarse, consiguieron introducir tres docenas de hombres en el Bloque al amparo de la noche. Estos lograron reforzar la defensa. A medida que se prolongaba el sitio, las provisiones disminuían en forma alarmante. El mando de Jerusalén comprendió entonces que debía dar al Bloque por perdido, o bien tratar de hacerle llegar un convoy con provisiones.

Se formó el convoy, que apenas partió de Jerusalén se encontró en territorio «apache». En cada casa, en cada pueblo, podía haber emplazado un cañón, y en cada curva del sinuoso camino de montaña podía esperarlos una emboscada. El convoy logró llegar al Bloque, pero cayó en una trampa en el viaje de regreso. La totalidad de los cuarenta hombres con sus vehículos blindados resultaron destruidos.

Abdul Kadar exploró luego el perímetro del Bloque y cayó en la cuenta de que un ataque final tendría que terminar en un combate cuerpo a cuerpo, a punta de bayoneta. Como sus hombres estaban aburridos y desconfiados, se retiró.

Tanto Abdul Kadar como Kaukji habían fallado en sus primeros intentos. Pero los judíos habían tenido bajas, sufriendo pérdidas que no podrían compensar con sus magras reservas. En Jerusalén se sucedían los atentados con bombas. Desertores del ejército británico, apenas disfrazados de árabes, colaboraron en una cantidad de terribles atentados con explosivos. Una bomba derribó las oficinas centrales de la Liga Judía, mientras otra hacía lo propio con el *Palestine Post*. En el corazón del barrio comercial judío se colocó un tercer artefacto explosivo que detonó sin previa advertencia en un sector densamente poblado, provocando la muerte de numerosos

civiles.

La represalia del grupo Irgún y de la Haganah significó la destrucción de los cuarteles centrales árabes de Jaffa y Jerusalén.

Fue un momento de explosiones, de vidrios rotos y escombros que volaban, de alaridos, de sangre y de sirenas. De gente descuartizada, que era metida en bolsas.

Cuando los británicos se retiraron de su fuerte de Tegart, en la ciudad árabe de Nazaret, entró en él Kaukji, quien lo reclamó como cuartel general. La ciudad estaba habitada en gran medida por árabes cristianos que habían decidido no comprometerse en la lucha con bando alguno. Al no poder reclutarlos y obtener su colaboración, Kaukji dio rienda suelta a sus hombres para que se dedicaran al saqueo y la intimidación. Se profanaron muchas iglesias en Nazaret, robándose las reliquias sagradas. Los árabes cristianos los desafiaron a regresar al campo de batalla y abandonar la ciudad.

Del otro lado de la frontera, Kaukji también tenía serios problemas. La gente que en un principio lo apoyaba —financieros, organizaciones árabes y gobiernos— estaba perdiendo su entusiasmo.

A medida que él se enloquecía más por obtener una victoria, sabía que ésta debía ser muy importante. Esta vez eligió un objetivo de vital valor estratégico para acallar la crítica, el kibutz Mishmar haEmek, «Puesto de guardia del Valle», que dominaba la carretera Haifa-Jerusalén. Si lograba reducirlo, cortaría efectivamente al Yishuv por la mitad.

El kibutz estaba dirigido por una pequeña unidad de la Haganah que, además de rifles, poseía una metralleta ligera y un único mortero.

Kaukji se instaló cautelosamente en terrenos altos que circundaban a Mishmar haEmek, con dos batallones que totalizaban aproximadamente unos mil doscientos hombres. Esta vez introdujo un nuevo elemento: una docena de cañones de campaña. Pese a que los artilleros no tenían buena puntería, el kibutz sufrió importantes destrozos, y el fuego de artillería fue desmoralizador. Kaukji envió disciplinadas escuadras de infantería en misión de exploración, pero el kibutz las repelió una a una. Luego Kaukji cercó el lugar y disparó cientos de cargas de artillería durante la noche.

A la mañana siguiente los británicos se vieron obligados a intervenir. Llegaron al kibutz con bandera de tregua y se ofrecieron para evacuar a los heridos, mujeres y niños, y negociar una rendición. Se llevaron a los niños, pero todos los adultos se quedaron.

En la segunda noche de cortina de fuego, una brigada de la Haganah que se hallaba de maniobras en la zona logró introducirse en el kibutz, seguida por el Primer Batallón Palmach, que había realizado una marcha forzada toda la noche y había llegado justo antes de amanecer.

La artillería cesó con la llegada de la luz del día, pero los árabes se aproximaron

furtivamente desde varias direcciones. Cuando llegaron al terreno que rodea a kibutz y se reorganizaron para el ataque, resultaron atacados.

Por primera vez los judíos estaban preparados y atacaron de frente. Salieron del kibutz y se abatieron sobre un enemigo tomado totalmente por sorpresa. El Ejército Árabe de Liberación se lanzó en franca retirada, mientras la Haganah y el Palmach les pisaban los talones. Desesperado, Kaukji intentó conseguir una tregua, pero no la obtuvo. Los Irregulares huían abiertamente. Los judíos no dejaron de perseguirlos hasta llegar a Megiddo, a siete kilómetros de distancia. Allí la Haganah y el Palmach se reagruparon rápidamente en el enclave arqueológico que era el mítico lugar del Armagedón del Nuevo Testamento. Más allá de Megiddo había un desfiladero denominado el Wadi Ara, un pasaje para ejércitos invasores desde tiempos inmemoriales. Cuando los judíos volvieron a la carga, los batallones de Kaukji desaparecieron.

COMUNICADO N.° 56 DEL EJÉRCITO DE LIBERACIÓN. 14 de Abril de 1948.

> Loado sea Alá, el misericordioso, el compasivo. Éste es un día de infamia. Nuestras fuerzas habían reducido Mishmar haEmek a escombros. Cuando realizamos nuestro ataque final nos enteramos de la mayor de las traiciones. Durante la noche, unidades británicas disfrazadas de Haganah se introdujeron en el kibutz. Al llegar hasta las defensas exteriores, nos recibió un fuego de artillería de más de cien cañones.
>
> Ochenta tanques ocultos, pintados con los distintivos británicos, avanzaron hacia nosotros. Nuestros valientes guerreros hicieron detener a los infieles, sólo para resultar nuevamente agredidos por aviones y bombarderos ingleses. Superados en número y en efectivos bélicos por un amplio margen, no tuvimos otra alternativa que efectuar una retirada en orden. Mi servicio de Inteligencia logró averiguar que los sionistas habían pagado cien mil libras a los británicos por su participación. No temáis, hermanos. Esto jamás habremos de olvidarlo, y tendremos nuestra venganza. Imposible elogiar el valor y la abnegación de los soldados del Ejército Árabe de Liberación, que ahora descansan en sitio seguro. Regresaremos en grandes cantidades, y la victoria no estará lejos.

F. Kaukji, *mariscal de campo*

Ejército Árabe de Liberación

A partir de este momento, Kaukji comenzó a remitir amargos comunicados a las

capitales árabes, quejándose de la falta de apoyo, de las deserciones masivas, de la carencia de fondos para pagar los salarios. Se recluyó en el Bab el Wad, donde los nombres que le quedaban se engancharon en la Milicia Jihad de Abdul Kadar. Allí finalmente esperaba obtener algún éxito contra los convoyes judíos que se dirigían a Jerusalén.

A medida que los británicos iban retirándose de las poblaciones, un bando u otro se apoderaba de sus fortines. El Yishuv recibió el primer cargamento de armas de Checoslovaquia en una pista de aterrizaje secreta del desierto del Negev. El bloqueo de las costas se hizo menos estricto, y un barco polaco logró llegar hasta el puerto judío de Tel Aviv con armas más pesadas. Éstas se distribuyeron rápidamente entre las unidades de reserva, que habían estado entrenándose con palos en vez de rifles y piedras por granadas.

Con el nuevo armamento, la Haganah pudo entrar decididamente en las ciudades de población mixta y presenciar un extraño derrumbamiento de la moral de sus adversarios, ya que el pánico devoraba a la población árabe.

Haifa: Principal ciudad portuaria de Palestina, Haifa se eleva sobre el Mediterráneo en el monte Carmelo, presentando un panorama similar al de San Francisco desde lo alto. La ciudad árabe se apiñaba alrededor del puerto, mientras que el sector judío se hallaba en las altas lomas del Carmelo.

Debido a que constituía el más importante depósito de aprovisionamiento del país, se habían desarrollado allí incesantes combates y disparos de francotiradores en los caminos desde los tres flancos. Los árabes estaban bien organizados y armados. Los judíos contaban con una unidad de la Haganah al mando de Moshe Carmeli, que luego se conoció como la Brigada Carmeli. Una bomba del Irgún explotó en el barrio árabe de la ciudad, lo cual provocó disturbios en las proximidades de la refinería de petróleo, donde cuarenta judíos resultaron masacrados. Se sucedieron los atropellos de uno y otro lado hasta que se desvaneció toda esperanza de una solución pacífica.

Los árabes inundaron su sector de la ciudad con Irregulares y mercenarios, así como con unidades de su milicia local, quedando en franca mayoría numérica.

Pero la Brigada Carmeli se hallaba en los terrenos altos. Cuando los británicos comenzaron la retirada, la Haganah se lanzó al Operación Siccors. Después de un ataque que duró la noche entera, los árabes tuvieron que dividirse en cuatro partes, impidiéndoseles la huida. Entonces intervinieron los ingleses y acordaron una tregua.

Carmeli se reunió con el alcalde árabe y planteó sus exigencias. Pedía que los árabes depusieran las armas y entregaran a todos los no palestinos y los mercenarios extranjeros. No se exigía la evacuación de la población civil árabe.

El alcalde pidió tiempo para considerar la propuesta, y corrió a conversar con el oficial superior de Kaukji, en Haifa. Este oficial le aseguró que Kaukji estaba a punto de lanzar una ofensiva desde Nablus hasta Haifa. Instó al alcalde y demás

funcionarios cívicos árabes a sacar a la población de la ciudad para que no resultara atrapada en medio de una violenta confrontación. Apenas fueran dominados los judíos, los árabes podrían regresar y apoderarse también del sector judío de Haifa.

En general, los árabes y judíos de Haifa estaban en buenos términos. Comerciaban entre sí y existía cierto grado de relaciones vecinales. Una delegación de los líderes judíos de Haifa se reunió con los dirigentes árabes y trató de convencerlos de que se quedaran, remitiéndose a la política de Ben Gurión.

Los árabes prefirieron evacuar. Los británicos continuaron la tregua, y en los cinco días siguientes casi cien mil árabes se lanzaron a los caminos rumbo a Acre. Varios miles optaron por quedarse, y no fueron molestados.

La población árabe de Haifa huyó sin motivo. El temor a la aniquilación era sólo un eco de sus propias intenciones. Ellos y sus dirigentes habían jurado dar muerte a los judíos. Los consumía el miedo de que los judíos les hicieran lo mismo a ellos. Su terror fue explotado por sus propios jefes, quienes los instaron a huir con el objeto de despejarles el camino a los ejércitos. El éxodo de Haifa se repitió en Safed y Tiberíades, donde las poblaciones árabes escaparon al cabo de breves enfrentamientos bélicos.

Los árabes ya habían presenciado una huida masiva de Palestina de los líderes de la comunidad luego del voto de división. Había comenzado a gestarse un movimiento imposible de detener. Miles y miles se largaron a los caminos sin que nadie los hubiese amenazado ni disparado un solo tiro contra ellos. El movimiento culminó como una estampida.

La Palestina Árabe había perdido la primera ronda. Para salvar la situación, la nueva estrategia era destinar todos los recursos a la lucha en los caminos para aislar a Jerusalén del resto del Yishuv y dejar morir de hambre a la población judía. Si lograban una victoria en Jerusalén, se borrarían todos los primeros fracasos. Jerusalén estaba en el centro del Yishuv, y para los árabes simbolizaba la cabeza de la serpiente.

Mientras se preparaba esta gran batalla, el Yishuv se conmovió hasta las raíces cuando la Legión Árabe rompió su promesa y cruzó el río Jordán. El sitiado Bloque Etzión cayó en manos de la Legión después de una cruenta batalla. La mayoría de los sobrevivientes fueron masacrados, y unos pocos tomados prisioneros.

Los árabes salieron precipitadamente de Jerusalén, Hebrón y Belén para saquear y arrasar el Bloque Etzión, destruyendo sus huertos y cultivos, profanando sus sinagogas. En la víspera de la declaración de la independencia judía, el Yishuv tuvo que hacer acopio de valor para declarar su libertad después de haber probado el amargo sabor de la derrota.

CAPÍTULO X

El cerco se estrechó alrededor de Jerusalén Occidental, y cien mil judíos quedaron prácticamente bloqueados. La débil línea de aprovisionamiento que cruzaba el Bab el Wad fue cortada, reabierta, vuelta a cortar.

Dentro de los muros de la Ciudad Vieja, dos mil judíos ultraortodoxos se negaron a rendirse, pese a estar rodeados por cincuenta mil árabes y separados de su propio pueblo.

El abastecimiento tenía que llegarles por la costa, atravesando cantidad de fortalezas árabes para luego internarse en el Bab el Wad. Los británicos no fingían siquiera patrullar el camino.

Anticipándose al sitio, los judíos habían inspeccionado todas las cisternas de su sector de la ciudad. Debido a las sequías periódicas y a la eterna escasez de agua, hacía tiempo ya que habían juntado el agua de lluvia en los techos de las casas, enviándola por cañerías hasta unos aljibes subterráneos de hormigón. Muchas casas tenían aljibes de esos, pero no se usaban desde que se instaló un sistema moderno, con estaciones de bombeo cerca de la costa.

Se colocaron productos químicos en los aljibes para conservar el agua, y se los cubrió con tapas de cemento. Se calculó que el agua allí almacenada duraría unos tres meses, si se la racionaba a razón de cuarenta litros diarios por familia.

El plan no pudo ser más oportuno, puesto que los árabes volaron las cañerías de agua hasta Jerusalén Occidental, y los ingleses no quisieron comprometerse a construirlas nuevamente ni a custodiarlas.

Todos los días, los camiones de agua abrían cierto número de cisternas y repartían el preciado líquido. Cada ama de casa separaba cinco litros esenciales para beber y cocinar. El resto recibía una serie de tratamientos con el fin de poder ser reciclado varias veces para el aseo personal y el lavado de los utensilios más necesarios de cocina. Después venía el lavado de ropa, y el último uso del día era la única vez que se hacía correr el agua en los inodoros. No había agua para duchas, jardines ni una efectiva eliminación de aguas residuales. En los meses siguientes, las calles de Jerusalén quedaron cubiertas de una película de polvo del desierto. A medida que los judíos iban deshidratándose, la ciudad adquiría un sombrío tono marrón.

No había combustible, salvo para los hospitales, los militares y las panaderías. La luz eléctrica había sido reemplazada por velas. El ama de casa de Jerusalén cocinaba en un fogón comunitario. Como nunca había habido mucha madera en la región, la gente desmantelaba rieles de madera y marcos de ventana, y quemaba muebles.

La única hortaliza comestible era el diente de león. La ración disminuyó hasta el límite de la inanición, con seiscientas calorías diarias. Una improvisada pista de

aterrizaje con capacidad para un solo pequeño monomotor era el sitio donde la «fuerza aérea» del Yishuv llegaba diariamente con alimento para bebés, medicamentos de emergencia, armas menores y los propios jefes del Yishuv.

En el plano estratégico, los judíos se hallaban en una situación imposible. La zona era predominantemente árabe. La Haganah había diseminado tanto sus tropas tratando de proteger el grueso del área urbana, que sus líneas tenían grietas por doquier. El arsenal consistía en quinientos rifles y algunas cosas más, tales como los morteros del Pequeño David que con tanta eficacia se habían usado en Safed. Estos «Davidkas» se transportaban de un punto a otro para que los árabes creyesen que había muchos más.

Era fundamental que los judíos consolidaran su zona. La Haganah logró capturar un suburbio árabe de Katamón, eliminando un enclave enemigo. Otros intentos fracasaron. El ataque desde lo alto a la tumba del profeta Samuel, que podría haber protegido la llegada de los convoyes, fue repelido.

Otro ataque se realizó al complejo Victoria-Augusta para establecer una conexión directa con los poblados judíos aislados en el monte Scopus. Al no dar resultado este ataque, la Universidad Hebrea, la Biblioteca Nacional y el Hospital Hadassah quedaron incomunicados de Jerusalén Occidental. Para llegar a estas instituciones, los convoyes debían atravesar una serie de barrios árabes hostiles. Con el fin de que estos organismos siguiesen funcionando y para impedir que los edificios fuesen saqueados, el Yishuv aceptó a regañadientes considerarlos desmilitarizados.

En su primer intento por romper el bloqueo, unidades de la Haganah de Tel Aviv avanzaron sobre el avispero de los Irregulares de Abdul Kadar, en la zona de Lida-Ramle, hicieron volar el cuartel general y limpiaron la carretera de francotiradores. Sin embargo, aún quedaba un largo y sangriento camino para llegar a Jerusalén.

En los últimos tiempos, el coronel Frederick Brompton se reunía varias veces por semana con Gideon Asch, en el fuerte de Latrun. Ambos actuaban como oficiales de enlace para trasmitir mensajes urgentes a sus respectivos mandos. Brompton había sido elegido para esa misión por ser un burócrata neutral, el mayor exponente de la imparcialidad británica.

—Fue muy desagradable esa bomba que colocaron ustedes en Lida —dijo—. Tenemos entendido que están ustedes sacando una unidad Palmach del kibutz de Shemesh, y desplegándola a lo largo del Bab el Wad. Si yo fuera militar presumiría que su intención es obligar a que se abra el camino.

Gideon levantó los brazos con un gesto de inocencia.

—Eso les va a costar mucho, muchísimo —prosiguió Brompton.

—Tal vez si ustedes hicieran un mínimo esfuerzo por patrullar la ruta.

Brompton realizó un gesto muy similar al que acababa de hacer Gideon.

—De acuerdo, coronel. Vamos al grano. Tenemos dos asuntos prioritarios.

Primero, seguimos protestando por los armamentos que los árabes están acumulando en el Monte del Templo. Hemos contado que tienen veinte ametralladoras, emplazamientos para morteros y un puesto de observación en la Cúpula de la Roca y si alguien se atreviera a encender un cigarrillo en el sótano de la mezquita Al Aksa, volaría la ciudad entera en pedazos.

—Usted sabe cómo son las cosas, amigo Gideon. Los árabes jamás han sentido respeto por los lugares sagrados de nadie, ni siquiera los propios.

—Dios no permita que los judíos lleguemos a acertar un solo disparo sobre la Cúpula o Al Aksa. El mundo se nos vendría encima con fanatismo religioso.

Brompton soltó una leve risita.

—Estaba a punto de mencionar las armas ocultas en todas las escuelas y hospitales que hay en Jerusalén Oriental —continuó Asch.

—No pretenderán enseñarles a esta altura a los árabes el juego limpio ni la democracia, Gideon. Hay ciertas cosas que no estamos dispuestos a hacer ni siquiera para conservar el Mandato. Sólo Dios sabe que nos arriesgamos a perder el imperio porque, aun en la guerra, hay ciertos límites para la humanidad. Para ellos es un juego, una ventaja sucia, que aprovecharán. A usted no le queda más remedio que sonreír.

De repente Brompton mostró signos de nerviosismo, lo que no era habitual en él. Gideon pensó que debía de traerse entre manos algo que aún no había mencionado.

—¿Cuál es el próximo tema? —preguntó el coronel.

—La cañería de agua. No podemos reconstruirla ni custodiarla sin ayuda de ustedes.

Brompton se irritó ostensiblemente.

Gideon se puso de pie.

—¡Mierda! —exclamó.

—Siéntese, Gideon. Siéntese, por favor. En el momento en que se votó la división, le dije que nuestra posición había cambiado, de una actitud gobernante a una de neutralidad. Por un lado, ustedes creen que somos decididamente proárabes. Quizá le sorprenda, pero todo el mundo árabe nos acusa de ser abiertamente prosionistas. La verdad es que los muchachos a nuestro mando están divididos por la mitad.

—No le pedí una disertación sobre el sentido de justicia de los ingleses. Le pedí agua para cien mil personas.

—No podemos meternos a reparar la cañería. Estamos retirando aceleradamente nuestras fuerzas. No tenemos ni la mano de obra ni el deseo de hacerlo. Ya no es misión nuestra impedir que cualquiera de los bandos aumente sus fuerzas o luche contra el otro. Nos estamos retirando, y cuando ya no estemos, se producirá una guerra total. Analizando cada caso, hemos continuado interviniendo para salvar poblaciones civiles. Hemos escoltado a los árabes en su salida de Haifa y Tiberíades

pero permítame reiterarle que no vamos a detener a Kaukji, como tampoco detendremos al Palmach. Olvidándonos de todas las cosas desagradables que nos hemos hecho mutuamente en el pasado, lo único que queremos ahora es irnos.

—Con las manos limpias —sentenció Gideon.

—Con las manos limpias —asintió Brompton.

—Es usted un mal jugador de cartas. ¿Qué es lo que verdaderamente piensa?

Brompton se aclaró la garganta, a la defensiva.

—Voy a decirle algo que ya sabe. La situación de ustedes en Jerusalén es terrible. El Bloque Etzión está acabado. Los judíos de la Ciudad Vieja están condenados. Tal vez la Liga Judía sostenga que ésas son pérdidas aceptables; ¿y después qué? Si logran subsistir hasta el 15 de mayo, fecha en que nos marcharemos definitivamente, la Legión Árabe estará a un día de marcha de Jerusalén. Los egipcios llegarán desde el sur, los sirios e iraquíes desde el Norte, y juntos convergirán tumultuosamente en Jerusalén. Gideon, el «Plan D» es más que peligroso… es suicida.

Gideon no mencionó su tenaz oposición a dicho plan. Indudablemente el mando británico era de la misma opinión y desconfiaba de la terquedad del Yishuv.

—Estoy autorizado para hablar en nombre del Gobierno británico, desde el Primer Ministro hacia abajo, para implorar personalmente que saquen a su población civil de Jerusalén.

—¿A qué se debe este repentino ataque de remordimiento?

—¿Sinceramente, Gideon?

—Sinceramente.

—Una vez que un árabe consigue cierta superioridad en el campo de batalla, sólo alienta una fuerza impulsora: la aniquilación total. Estamos obligados a que quede constancia de que les advertimos sobre la conveniencia de evacuar Jerusalén Occidental porque ustedes no aceptarán la responsabilidad sobre la masacre de veinte, treinta, cuarenta, ochenta mil civiles.

—¿Temen por nosotros como seres humanos o realmente temen enfrentarse al mundo con las manos ensangrentadas?

—Como le dije antes, estamos divididos por la mitad, pero de cualquier manera, nosotros no ocultamos armas en las catedrales ni tampoco somos nazis.

—Entiendo —dijo Gideon.

—Entonces seguramente sabrá que existe un ochenta por ciento de probabilidades de que se produzca la mayor masacre en dos mil años.

—Lo sabemos.

—Por Dios, Gideon, debe usted hacérselo comprender a Ben Gurión. ¿Cómo podrá seguir viviendo después de haber permitido que sucediera semejante cosa? ¿Cómo sobrevivirán sus sueños de lograr una nación luego de tal catástrofe?

—Tenga la seguridad de que le transmitiré su mensaje al Viejo. Pero existe un

problema, el mismo que tuvimos en Europa. No tenemos un sitio *hacia donde* podamos evacuar. ¿O debo suponer que su consejo viene acompañado por el magnánimo gesto del Gobierno de Su Majestad de abrir sus brazos y recibir a cien mil, o a medio millón de judíos en caso de producirse una victoria árabe? No tenemos que emigrar a Inglaterra. ¿Por qué no enviarnos a Uganda, la India o las Indias Occidentales? A lo mejor pueden convencer ustedes a los norteamericanos y canadienses para que nos concedan asilo. ¿Y qué me dice de todas las demás santurronas democracias cristianas? Ah, coronel, es usted muy ingenuo. Los judíos sabemos que ni una sola lágrima será derramada por nuestra muerte.

Gideon se puso de pie y enfiló hacia la puerta.

—Gideon.

—Sí, Brompton.

—Yo personalmente lo lamento mucho.

—No se preocupe. Los judíos siempre hemos sido un pueblo solitario.

La respuesta del Yishuv no se hizo esperar. Ben Gurión ordenó la inmediata apertura del Bab el Wad. Hasta ese momento, el Palmach había operado sólo con unidades reducidas, escuadrones y pelotones. El comando judío puso en acción la Operación Nachshon, así denominada en recuerdo del primer hombre de Moisés que había saltado al mar Rojo para probar las aguas. La brigada Har El (Colina de Dios) del Palmach recibió la enorme misión de abrir un tramo del Bab el Wad lo suficientemente largo como para permitir el paso de los convoyes de aprovisionamiento hasta Jerusalén. Al mismo tiempo, el Yishuv comenzó a construir caminos secretos para eludir el de Latrun, dando la vuelta por la parte posterior del Bab el Wad.

La posición más estratégica en el extremo de la ruta próximo a Jerusalén era una aldea árabe levantada sobre las ruinas de fuertes romanos y de las Cruzadas, el Kastel. Desde sus montes se dominaba toda la carretera, y allí se habían producido importantes ataques por sorpresa a los convoyes judíos.

Valiéndose de los años de labor de Inteligencia de Gideon Asch, unidades de la brigada Har El se dividieron, cruzaron el traicionero territorio al amparo de la noche, y capturaron numerosos puestos clave a lo largo del camino, rechazando a los Irregulares árabes.

Al mismo tiempo, una compañía de ochenta hombres de Har El logró trepar subrepticiamente la empinada cuesta del Kastel provocando un efecto de sorpresa total. La batalla concluyó en minutos, y los pobladores huyeron.

Al estar el Kastel momentáneamente en manos de los judíos, sobrevino una actividad febril durante las veinticuatro horas. En toda la Palestina judía se cargaron camiones con provisiones. El 30 de abril, tres nutridos convoyes consiguieron entrar en Jerusalén.

La noticia de la captura de Kastel corrió desde los pobladores árabes hasta Jerusalén, con gran incredulidad. En el acto cundió una fiebre en la comunidad árabe, hasta la aldea de Tabah. Si bien Haj Ibrahim no impartió bendición alguna y declinó enrolarse, docenas de sus campesinos respondieron a la llamada para ir a recuperar el Kastel.

Cuando se hubieron congregado suficientes hombres al pie del monte, atacaron disparatadamente, sólo para ser tenazmente repelidos. Sin un líder hábil y decidido que los reagrupara, los árabes fueron incapaces de organizarse ni de mantener el empuje, y al cabo de unos intentos más, regresaron todos a sus casas.

De inmediato comenzó a presionarse a Abdul Kadar Heusseini para que reatacara el Kastel, que había sido entregado a una unidad de noventa reservistas mayores de la Haganah, de Jerusalén. A los pocos días de perder el Kastel, Abdul Kadar reunió una fuerza de hombres del Jihad, los desplegó inteligentemente y subió la loma con cautela, bajo un fuego que le cubría las espaldas. Estableció posiciones en sitios seguros y determinó la posición de los defensores judíos superados en número.

Se envió un desesperado mensaje indicando que las municiones eran sumamente escasas. Así no podrían repeler un ataque de los árabes. En ese momento, un barco había logrado romper el bloqueo británico. Su cargamento de armas se desembarcó rápidamente, y un camión se internó lo más posible en el Bab el Wad. Cuando fue detenido por una emboscada árabe, unos doce hombres del Palmach tomaron cincuenta mil cargas de proyectiles y enfilaron por una ruta más larga entre las colinas. Atravesaron las líneas de Abdul Kadar cuando los defensores disparaban prácticamente su última bala.

Abdul Kadar ordenó un ataque, dirigiendo él mismo sus tropas. Pero fueron recibidos con una repentina cortina de fuego, y el suelo quedó sembrado de cadáveres. Los Irregulares se retiraron y la Haganah envió una patrulla para examinar el campo. Entre los árabes muertos descubrieron el cuerpo de Abdul Kadar Heusseini.

Todas las poblaciones árabes desde Hebrón hasta Nablus mandaron presurosamente hombres al Kastel en taxi, autobús, coche y camión. La mitad de los campesinos de Tabah, excepto Haj Ibrahim, se hallaban entre la masa que había subido a la loma como una marea humana.

El comandante judío despertó a sus hombres, les arrojó cajas de municiones, disparó su fusil, los insultó, gritó órdenes. No pudieron hacer disparos con la necesaria rapidez como para detener a los árabes, y se retiraron.

La emoción que había provocado el furor de los árabes se transformó en total dolor al localizar el cadáver de su jefe abatido. Dando tiros al aire, llorando como enloquecidos y lanzando juramentos, los hombres sacaron el cuerpo del mártir y lo llevaron a Jerusalén. En uno de los más insólitos hechos de la guerra, los árabes

dejaron sólo un puñado de hombres para defender el Kastel, puesto que en realidad habían ido con el único propósito de encontrar a Abdul Kadar. Rápidamente regresó la Haganah, y esta vez se quedó allí.

El funeral de Abdul Kadar, cuyo ataúd abierto se pasó por sobre las cabezas de decenas de miles de histéricos árabes, fue la máxima demostración de indignación y pena de los musulmanes. Entraron en multitud en la Ciudad Vieja cubriendo hasta el último milímetro de las angostas callejuelas, y le concedieron el honor mayor de enterrarlo en el Haram esh Sharif, cerca de la Cúpula de la Roca.

Cuando se hubieron desvanecido la angustia y la furia, los pobladores de Tabah recuperaron la sensatez. Se habían lanzado a la lucha, renunciando a su larga existencia de paz. El impulso de batalla estaba ahora amortiguado por un profundo temor.

El Kastel se hallaba en firmes manos judías y Tabah, neutral en una época, era ahora una aldea enemiga. Ya no eran inmunes. Lo que sucedía en toda Palestina ahora les ocurría también a ellos. No querían ni pensar en el momento en que los británicos se marcharan de Latrun. Quedarían desprotegidos y con un poderoso poblado judío a un paso de distancia. Todos los días se hablaba de las aldeas, pueblos e incluso ciudades árabes que se abandonaban. Las familias de Tabah comenzaron a huir.

Haj Ibrahim ya no podía solamente sentarse a meditar. La gente se iba. Los Irregulares lo presionaban para que estableciera puestos de observación y para francotiradores. No había recibido dinero alguno de Fawzi Kabir. Se acercaba el momento en que le ordenarían evacuar Tabah, y la decisión le resultaba demoledora. ¿Existía acaso la más mínima posibilidad de que lograsen subsistir sin ser destruidos por un bando o el otro?

Se colocó sus atavíos, bajó de la loma, cruzó la carretera, se plantó frente al puesto de guardia del kibutz de Shemesh y pidió ver a Gideon Asch.

CAPÍTULO XI

Abril de 1948

Era fácil detectar la casita de Gideon Asch entre todas las demás. Por el hecho de ser uno de los pocos fundadores del kibutz que quedaban, se le concedió la distinción de poseer su propio depósito para el almacenamiento de agua caliente en el techo. La casa era de dos habitaciones, un pequeño dormitorio y un ambiente más grande que servía a la vez de salón, comedor y despacho. Los horarios en que se hallaba fuera del kibutz, a menudo le impedían almorzar y cenar en el comedor comunitario, de modo que sus compañeros votaron para que se le permitiera tener una diminuta cocina. Un último signo de su importancia era un par de teléfonos privados que tenía sobre el escritorio.

Gideon reaccionó ante el golpe en la puerta levantando la vista de la eterna pila de papeles.

—Adelante.

Un guardia sostuvo la puerta abierta para que pasara Haj Ibrahim. Luego le pidió al muktar que alzara los brazos para cachearlo.

—Eso no es necesario —le indicó Gideon.

Hacía casi tres años que ambos no se veían, y se sintieron algo cohibidos. Gideon se puso en pie y le tendió la mano. Cuando Ibrahim se la tomó, se estrecharon en un fuerte abrazo dándose palmadas mutuamente en los hombros.

Gideon le dijo que se sentara en un sillón frente a su escritorio.

—¿Cómo están sus hijos?

Ibrahim contestó que bien. Se quedaron callados. Además de la austeridad de la casa, le impresionó advertir que en todo el espacio utilizable había libros, cientos de libros, amontonados por todas partes.

—Muchas veces me he preguntado cómo viviría usted. Veo gran cantidad de libros, incluso algunos en árabe. ¿Cuántos idiomas sabe?

—Cinco…, seis…, siete.

—Es conmovedor. Ismael me lee a mí el *Post* de Palestina.

Gideon podía sentir la tensión, pero no perdió la paciencia mientras el árabe trataba de ir al grano. Abrió el cajón de abajo de su escritorio, sacó una botella de whisky y le ofreció un vaso.

—Es una atención de nuestros protectores británicos.

Ibrahim levantó una mano en señal de protesta.

—Usted sabe que me sentaría muy mal.

—¿Prefiere vino?

El muktar declinó. Gideon abrió otro cajón, buscó en su interior y encontró una

varita de hachís, entregándosela a su amigo.

—Usted fume, yo bebo.

—¿Y los guardias? —preguntó Ibrahim.

—No saben distinguir el hachís de la bosta de caballo.

Dos tragos y dos caladas más tarde, el hielo se había derretido. Ibrahim lanzó un gemido y se tapó la cabeza con las manos.

—Todo este asunto es como tratar de asfaltar el mar.

—¿Qué puedo decirle? Nosotros no queremos esta guerra, Ibrahim.

—Ojalá fuera yo un beduino. Ellos conocen todos los trucos para sobrevivir. —Aspiró otra calada de hachís—. Estuve de paso en Rosh Pinna.

—Sí, cuando iba rumbo a Damasco a reunirse con Fawzi Kabir, Kaukji y Abdul Kadar quien, para mejor o para peor, ya no está entre nosotros. Supongo que no lo habrán llamado para desearle que le fuera bien con la cosecha de aceitunas.

—Es tan humillante ver huir así a mi gente. Quizá la humillación no sea tan importante para los judíos. Al fin y al cabo, a ustedes se los ha vapuleado muchas veces en muchos lugares. Para nosotros es algo terrible.

—¿Qué es lo que le preocupa, Ibrahim?

—Están presionándome tremendamente para que evacué Tabah.

—Lo sé.

—Si saco a mi pueblo, aunque sea por un breve período, ¿podré traerlo de vuelta?

—Si nosotros abandonáramos el kibutz de Shemesh, ¿nos permitirían regresar los árabes?

—No, por supuesto que no; Gideon, ¿qué me puede decir usted?

—No es nuestra intención echar a los árabes de Palestina. Ningún judío responsable abriga la menor ilusión de poder crear un Estado sin que haya paz con nuestros vecinos. Solo Dios sabe que no queremos condenar a nuestros hijos a generaciones de baños de sangre. Hemos intentado ponernos en contacto con los líderes árabes. Todos están comprometidos en la guerra.

—Dígame una cosa… ¿Han hecho tratos con alguna aldea árabe? ¿Algunas están dispuestas a quedarse?

—Hemos hecho tratos, incluso con poblados del sector de Jerusalén.

—¿Qué clase de tratos?

—No nos hagan la guerra, y nosotros no se la haremos a ustedes. Así de sencillo. Uno de estos días comprenderán que los judíos de Palestina tienen para ustedes un futuro mejor que el que planean sus amados hermanos árabes del otro lado de la frontera.

—¿Y si yo pido el mismo acuerdo para Tabah?

Gideon se puso en pie.

—Tabah se ha convertido en una aldea enemiga. Unas tres docenas de sus

hombres integran la Milicia Jihad. Más de cincuenta tomaron parte en el ataque al Kastel. Los Irregulares entran y salen de Tabah a voluntad. Dicho en otros términos, participan activamente en el intento de dejar morir de hambre a cien mil habitantes de Jerusalén. Ibrahim, yo no quiero recomendar un ataque a Tabah, pero una vez que empiece la guerra, entran a jugar ciertas fuerzas imposibles de controlar.

—Estoy deshecho. Son los árabes los que me obligan a salir.

—Así es.

—La aldea está al borde del pánico. Si alguien hace un disparo al aire, todos huirán precipitadamente.

Gideon observó a su amigo trastornado, arrastrado irremediablemente por la marea de los acontecimientos. Desde la guerra mundial había ido en aumento en Tabah el odio por los judíos. Muchos se opondrían a la neutralidad; otros estarían demasiado atemorizados para ponerla en práctica. Pero que Dios se apiadara de ellos si echaban a correr.

Ibrahim movió sus manos con aire patético y se puso en pie. Gideon anotó unos números en un papelito y lo entregó a su amigo.

—Me localizará en estos teléfonos. Si se les presenta algún problema personal, trataré de ayudarlo.

—¿Por qué no podemos sentarnos usted y yo, y discutir minuciosamente el tema? —expresó Ibrahim, en tono monocorde—. Entre nosotros arreglaríamos la situación. Siempre pudimos llegar a una solución pacífica.

—Siempre estaremos listos cuando ustedes lo estén.

Sonó uno de los teléfonos. Gideon escuchó una voz conmovida que le hablaba en hebreo. Dijo que iría en el acto y cortó.

Luego dirigió a Ibrahim una terrible mirada.

—El Irgún atacó un poblado árabe cerca de Jerusalén, Deir Yassin.

—¿Qué pasó?

—Hubo una masacre.

Gideon Asch llegó a Deir Yassin en menos de una hora. Tenía órdenes de realizar una evaluación inmediata de la situación. La aldea había sido acordonada, y el coronel Brompton estaba al mando. Gideon confió en la información que le suministrara el inglés, puesto que coincidía con la que él ya tenía. Despachó entonces a un joven oficial del Palmach a Jerusalén, con el informe inicial.

Le tocó luego la ingente tarea de inspeccionar los cadáveres, hablar con los heridos y reconstruir los hechos de la pesadilla.

El olor a carne quemada y el pútrido humo de batalla eran abrumadores, tanto como el suave lamento de los llantos, resaltados por repentinas explosiones de ira e histeria. Hizo un débil ofrecimiento de ayuda médica judía, pero los heridos estaban aterrorizados. El ulular de las sirenas lo contuvo. Fue lo único que pudo hacer para no

desfallecer.

Algo por el estilo tenía que suceder. Luego de que la Haganah despejara el camino lo suficiente como para que pasaran tres convoyes, los árabes volvieron a cerrarlo. Entre todas las aldeas árabes utilizadas como sitios para combatir el tráfico judío, Deir Yassin había sido una de las más hostiles. Buscando obtener una victoria propia para emular los éxitos de la Haganah, el Irgún reunió un centenar de hombres y eligió tomar ese pueblo.

Pero la labor de Inteligencia del Irgún había sido deficiente. Creyeron que harían huir en estampida a la población, tal como había ocurrido en el Kastel. No sabían que en ese momento se hallaba en Deir Yassin un gran contingente de la Milicia del Jihad. Cuando atacaron, encontraron una tenaz resistencia. El blanco fácil se transformó en difícil a medida que se intensificaba la lucha. El Irgún era, para ese entonces, una fuerza guerrillera urbana sin el entrenamiento ni la aptitud necesarios para el campo de batalla. Avanzaron lentamente, e hicieron explotar cada casa que iban tomando.

Cuando la milicia árabe comenzó a replegarse, se enzarzaron en combate con los pobladores. El pánico se apoderó de los aldeanos al tratar de separarse y huir, pero la milicia los utilizó como pantalla. Los civiles quedaron atrapados en un terrible fuego cruzado, y echaron a correr en todas las direcciones. En ese punto la disciplina del Irgún se vino abajo convirtiéndose en un frenesí. Los soldados del Irgún siguieron insistiendo, haciendo disparos a todo cuanto se movía.

Gideon terminó su inspección, se refugió en una casa vacía y vomitó. Entró luego el coronel Brompton y cerró la puerta, mientras Gideon se recuperaba.

—La cifra final parece superar ampliamente los doscientos cincuenta muertos. De ellos, la mitad son mujeres y niños.

Gideon tenía la cara empapada en sudor. De un tirón sacó el faldón de su camisa y se la enjugó. Después, se cubrió el rostro con su única mano.

—Vamos a denunciar este atentado —dijo—. La Haganah nada tuvo que ver.

—Ah, sí. Pero ustedes siguen siendo responsables, ¿no?

Gideon apretó la mandíbula e hizo un gesto de asentimiento. Sabía que su pueblo era responsable. Levantó luego su brazo sin mano.

—¿Alguna vez oyó hablar del ghetto de Bagdad? Toda mi vida he convivido con las masacres, sólo que ésta es diferente: la cometieron los judíos. ¿Limpia esto la lista del centenar de matanzas perpetradas por los árabes?

—¿Eso es lo único que lo preocupa, llevar la cuenta?

—Desde luego que no. Es un reflejo de autodefensa. Yo he vivido entre los árabes. Los he amado. Pese a haber perdido la mayor parte de ese cariño, he seguido creyendo que podemos crear algo juntos…, progreso…, decencia…, respeto mutuo. Daríamos el ejemplo, y cuando los demás lo vieran… vendrían y nos hablarían de paz. Soy judío, coronel, y me atormenta que nos hayan forzado a cometer esta clase

de actos para sobrevivir. No puedo perdonarles a los árabes que hayan asesinado a nuestros niños. No puedo perdonarles que nos hayan obligado a matar los suyos.

—Y así, la pureza del sueño sionista resulta empañada por la fealdad de la realidad —dijo Brompton—. Cavar zanjas, aprovechar las zonas pantanosas, cantar alrededor del fuego no es lo mismo que declarar la propia independencia. Si se hubieran quedado rezando en las sinagogas, aceptando en silencio la persecución, podrían atribuirse a sí mismos un conjunto etéreo de valores. Ustedes exigen su propio destino, para mejor o para peor, y eso implica ensuciarse las manos.

—De acuerdo. Hemos hecho algo horripilante, pero los árabes lo magnificarán fuera de toda proporción.

—Y seguirán haciéndolo durante un siglo. La primera masacre de musulmanes practicada por judíos. Les han dado ustedes un excelente motivo para envalentonarse y pasar a la Historia.

—Dios sabe que no quisimos que sucediera algo semejante.

—¿La lucha limpia y todo eso? Si no me equivoco, usted predicaba que una vez empezada la batalla, uno se veía superado por los acontecimientos. Usted pudo haber impedido esto, Asch.

—¿Cómo?

—Controlando al Irgún. Son soldados suyos, responsabilidad de ustedes.

Gideon se apoyó contra una ventana, miró hacia afuera y vio que los cadáveres eran retirados en camillas por soldados que usaban máscaras antigás. Apretó los dientes, ante la impresión que le producía ver el dolor físico.

—De modo que todos sus años de vehemente idealismo, de sueños virtuosos, fueron puestos severamente a prueba. Usted nos ha dado muchos consejos santurrones. Ahora yo haré lo mismo con usted —dijo el inglés.

Gideon se volvió y le miró con insolencia.

—Cuando vea a Ben Gurión, conviene hacerle entender que debe disolver o asimilar a los combatientes del Irgún. Si siguen permitiendo que exista en medio de ustedes un pequeño ejército particular, terminarán con la misma anarquía que reina en el mundo árabe. Permítanles que continúen, como los irlandeses han hecho con el IRA, y se condenarán al caos eterno.

—Lo sabemos: es sólo uno de nuestros numerosos problemas.

—Pero ninguno es más importante. Solamente puede haber una autoridad central.

Ese mismo día, más tarde, regresó el ayudante de Gideon de Jerusalén, y éste volvió a reunirse con el coronel Brompton.

—Se está convocando en estos momentos a una conferencia de Prensa en Tel Aviv —anunció Gideon—. Vamos a denunciar el ataque a Deir Yassin. También nos hemos puesto en contacto con el Irgún. Ellos reiteran la acusación de que la aldea fue la principal base de operaciones contra el tráfico judío. También aducen haber

advertido al muktar y a los ancianos del pueblo en seis oportunidades para que interrumpieran sus actividades. Más aún, anticipan que si en el futuro siguen usándose los poblados árabes como bases militares, les conviene evacuar a la población civil.

—Bueno, eso es la eterna historia de todas las guerras, ¿no?

—¿No le resulta extraño que una vez más nos toque a los judíos el trabajo que nadie quiere hacer? Usted y todos sus amigos de las oficinas extranjeras conocen en el fondo de su corazón la crueldad y malignidad que emana del mundo musulmán. Pero tienen miedo de sacar a la luz al Islam y decirle a su gente: «Miren, con esto tenemos que vivir». No; mejor que lo hagan los judíos. Una vez más dirigimos las barricadas solos, regañados por nuestros supuestos aliados de las democracias occidentales. El Islam va a poner al mundo patas arriba antes de que concluya el siglo, y más les valdrá a ustedes tener el valor de enfrentarse a él. Aquí estamos muy solos, Brompton, muy solos.

Frederick Brompton evitó la furibunda mirada de Gideon Asch.

—¿Le escolto de regreso a Jerusalén? —ofreció el inglés.

—Sí, por favor.

—Bueno, Asch. La primera masacre es siempre la peor.

—Si piensa usted que este tipo de cosas llegará a ser aceptable para el pueblo judío, está equivocado. No tenemos miedo de juzgarnos a nosotros mismos.

—Que así sea, pero me temo que los árabes tengan hipotecada a la generación futura para la venganza.

Cuando Haj Ibrahim regresó del kibutz de Shemesh, toda la población de la aldea se había congregado en la plaza, y llegaba más gente de poblados vecinos. Se produjo un rugido de alivio al ver al muktar.

—¡Haj Ibrahim! ¡Ha habido una terrible matanza!

—¡Los judíos asesinaron a todos en Deir Yassin!

—¡Mataron a miles!

—¡Les cortaron las piernas a los bebés!

—¡A los viejos los tiraban a los pozos para que se ahogaran!

—¡Abrieron en dos a las embarazadas y usaron los fetos para prácticas de tiro!

—¡El próximo ataque de los judíos será contra Tabah!

Ibrahim convocó a una reunión en la posada de los jeques y ancianos. Fue caótica. Todos se quejaban pero nadie aportaba ideas. Podía verse, oírse y hasta olerse el temor. Ibrahim llegó a una conclusión: intentaría no entregar la aldea. Eso implicaba desafiar a Fawzi Kabir, librar a Tabah de la milicia del Jihad y arrancarle a Gideon la promesa de que no los atacarían. Ordenó a todo el mundo regresar a sus hogares y campos. De mala gana le obedecieron.

Mientras Haj Ibrahim se dedicaba desesperadamente a cambiar el curso de los

acontecimientos, los árabes se tomaron la represalia por lo de Deir Yassin. Un convoy médico partió de Jerusalén Occidental para relevar al personal del hospital «Hadassah», en el monte Scopus. Debía atravesar el sector árabe de Jerusalén por un camino custodiado por los británicos. A cien metros del campamento inglés los árabes tendieron una emboscada al convoy desarmado de la Cruz Roja a plena luz del día, dando muerte a setenta y siete médicos y enfermeras. Los británicos no reaccionaron ante el ataque.

Sin embargo, los judíos no huyeron de Jerusalén ni de ninguna otra parte.

La matanza del convoy produjo un efecto de «*boomerang*» en la ya fanatizada población árabe. Habiendo concretado la venganza, ahora tenían miedo de que los judíos se desquitaran de la misma manera, y su temor creció en enorme proporción.

Si bien Haj Ibrahim había ordenado a su pueblo no moverse, la gente comenzó a huir. Una noche diez familias, a la noche siguiente otras diez. El muktar había perdido el control de la situación.

A la tercera mañana, en la mezquita, fue estudiando uno a uno el rostro de los que quedaban, y se dio cuenta de que no podría mantenerlos unidos. Al concluir la plegaria, subió al púlpito y ordenó a todos reunirse en la plaza con sus efectos personales, preparándose así para la evacuación de Tabah y del Valle de Ayalón.

CAPÍTULO XII

¿Puede haber una cicatriz más profunda en la vida de un niño de doce años que el recuerdo de los campesinos de su pueblo poniendo sus herramientas junto a la tumba del profeta? Las colocaron allí porque la tumba se hallaba en terreno sagrado, y sólo el más vil de los villanos las robaría de semejante sitio.

—Regresaremos para la época de la cosecha, según nos asegura El Cairo.

—Sí, quizá dentro de una semana.

¿Qué convenía llevar? ¿Qué dejar? ¿Qué diferencia podía significar eso cuando uno abandonaba su campo y su casa?

Mi padre estaba sentado a su mesa del café respondiendo serenamente las preguntas, dando órdenes, tratando de formular algún plan.

Calculaba que nos moveríamos muy lentamente y que tardaríamos tres días para llegar a Jaffa. Despachó a varios hombres de nuestro clan para que buscaran un campo o bosquecillo apropiado para acampar y pasar la primera noche cerca de Ramle. Yo me senté junto a él con los papeles del censo del pueblo para determinar la cantidad de personas que irían. Conté más de seiscientos aldeanos que aún no habían partido.

Mi padre ordenó que se reunieran en la plaza todos los carros de burros y bueyes, cargados con comida suficiente para cuatro días. Había que llevar todo lo de valor, ya que habría que venderlo al llegar a Jaffa. A cada familia se le permitían una o dos cabras u ovejas que se sacrificarían para alimento, o se venderían en el mercado de Jaffa. En cuanto a lo demás, sólo se acarrearía el mínimo indispensable.

El effendi Kabir no había remitido aún los fondos que prometiera, de modo que cada aldeano debería vender hasta la camisa que llevaba puesta con el fin de alquilar un barco que nos transportara hasta Gaza.

Las mujeres corrían yendo y viniendo entre las casas y los carros, cargándolos y llorando histéricamente al mismo tiempo. Cuando los carros estuvieron completos, las mujeres llenaron sábanas y mantas atando las puntas para poder colocarse el bulto sobre la cabeza.

—Sí —dijo mi padre—. Hay que llevar todas las armas y las municiones.

—¿Cuánta agua, Haj Ibrahim?

—Dos cántaros por familia y lo necesario para los animales.

—¿Los judíos ocuparán el pueblo? ¿Harán volar las casas después de haber saqueado todo?

—No lo sabremos hasta que estemos de vuelta.

—¿Profanarán el cementerio?

—No lo creo.

—¿Llevo esta alhaja?

—Sí, si puedes venderla.

—¿Pollos? ¿El arcón de la dote? ¿Fotografías? ¿Semillas?

—Lleven muchas mantas. Hará frío por la noche.

—¿El Corán?

—Uno por familia.

—Seguramente los judíos robarán todos los cultivos de los campos.

—Si no se adelanta la Milicia del Jihad.

—Tengo seis hijas. ¿Quién las protegerá?

—Cada clan organizará su propia guardia.

A medida que la plaza se iba llenando y aumentando el pánico y la frustración, los hombres comenzaron a insultarse y enzarzarse en peleas mientras las mujeres se ocupaban del trabajo. Se relataban increíbles historias de la masacre de Deir Yassin. Decían que todos los ancianos habían sido decapitados, que todos los jóvenes habían sido castrados y las mujeres violadas. El Irgún se estaba acercando.

Algunos tenían parientes en Jaffa, pero la mayoría necesitaría refugio. Mi padre contaba en gran medida con la ayuda de un primo cercano, que era un próspero comerciante. Ibrahim quería ir él primero a buscar alojamiento y contratar un barco, pero le daba miedo dejarnos solos.

Los jeeps británicos iban y venían desde el fuerte de Latrun, a veces ofreciendo ayuda, otras no. Podían despejar el camino hasta Ramle, pero no nos escoltarían más allá. A nosotros nos daba mucho miedo la presencia de mil milicianos del Jihad en las cercanías.

—No temáis. No temáis. Nos mantendremos unidos —aseguraba mi padre.

Mi madre y yo recorrimos cien veces nuestra casa, unas veces para mirarla y llorar, otras también para ver si había alguna cosa más para cargar en los carros. Yo me había jurado cuidar a Nada. Hacía mucho tiempo ya que no se nos permitía jugar juntos ni tocarnos, pero yo seguía queriéndola y ella sentía lo mismo por mí. La defendería contra todo con mi daga.

Vi que mi padre entraba en la tienda con el tío Faruk, que cerraban la puerta y discutían de forma muy acalorada. Fui subrepticiamente por atrás para escuchar.

—Nos quedarán dos o tres carros vacíos —dijo Ibrahim—. Saca de las estanterías lo más importante. Lo demás, regálaselo a los que aún tengan sitio.

—Estás loco, Ibrahim. Podríamos llenar quince o veinte carros, si los tuviéramos. Lo que pretendes es que les deje casi todo lo de aquí a los judíos. Si vaciamos los estantes y llevamos toda la mercancía a Jaffa, junto con cuarenta o cincuenta cabezas de ovinos, obtendremos el dinero que tanta falta nos hace.

—¿No nos enviará Mahoma un ángel que transporte todo volando hasta Jaffa?

—¿Acaso no me he encargado yo de organizar el acarreo de nuestras cosechas

durante veinte años? —argumentaba Faruk—. Yo sé dónde hay camiones, dónde hay autobuses. Hay un autobús en Beit Jarash. Dame quince hombres y te lo consigo. Ataco Beit Jarash esta noche, arrancamos los asientos, cargamos toda la tienda y en el espacio restante metemos el ganado que quepa. Nos encontraremos contigo en el camino mañana al mediodía.

—El Jihad se apoderará del autobús en menos de cinco minutos.

—No si ven quince hombres armados en el techo.

El plan parecía perfecto, pero mi padre sospechaba de mi tío. Ibrahim tenía casi mil libras en el Banco de Jaffa. Una parte era suya, y el resto había sido depositado a nombre de los aldeanos de Tabah. Faruk era quien manejaba la cuenta.

—Dame la libreta bancaria —dijo mi padre.

—Desde luego —respondió Faruk, algo molesto. Abrió el cajón del dinero, rebuscó y entregó a mi padre la libreta de ahorros del Banco Barclay. Mi padre pasó hasta la última página, la miró entrecerrando los ojos y pareció quedar conforme con la cifra depositada.

—Me gustaría dirigir personalmente el ataque —declaró Ibrahim—, pero si no nos vamos antes del mediodía, me temo que nos dominará el pánico total. No llegarán hasta más allá del camino principal sin mí. Elige a cuatro hombres de cada clan, muchachos jóvenes sin familia. Quiero que Amjab, de nuestro clan, planifique y esté al frente del ataque. Nada debe fallar.

—Eres astuto, Ibrahim. En Jaffa habrá escasez de muchas cosas. Podemos vender todo y sacar una fortuna.

Se fue a reclutar a su gente. De pronto mi padre parecía a punto de sucumbir. Se apoyó contra la pared, lanzó un gemido y se echó a llorar suavemente. Después me vio y paró de llorar.

—Esto es una locura —musitó—. No tenemos que abandonar Tabah, Ismael.

—Entonces, ¿por qué nos vamos?

—A un perro asustado no se le puede impedir que corra, ni siquiera que huya de la voz del amo. Ésos que están ahí fuera son mis hijos. Son inocentes y resultarán engañados. No podrán tomar decisiones. Morirán de hambre y de sed. Les robarán. Las mujeres serán violadas. Yo soy lo único que les queda, y debo protegerlos.

—Los judíos deben de ser salvajes.

—No es a los judíos a quienes les tengo miedo —replicó con un extraño tono.

—¿Ni siquiera después de lo de Deir Yassin?

—Ni siquiera. Los hombres que se respetan a sí mismos no abandonan sus casas y campos sin pelear. Alá me envió para que cuidara de ellos.

—¿Confías en el tío Faruk?

—Siempre y cuando sea yo el que tenga la libreta del Banco. —Tan repentinamente como había titubeado, se levantó e hinchó pecho—. Ensilla *el-Buraq*

—me ordenó— y tráelo a la plaza.

La actividad febril había levantado una nube de polvo que se mezclaba con la confusión y los constantes lamentos e insultos. Uno de los jeques se había encaramado sobre un cerco de piedra cerca del pozo de agua, y gritaba:

—¿Es que acaso no hay nadie que esté dispuesto a quedarse y luchar?

—No podemos quedarnos —le contestó alguien—. Si no nos vamos, los Ejércitos árabes nos ahorcarán por colaboracionistas.

Nunca olvidaré a mi padre caminando entre ellos como un santo, revisando serenamente cada carro, respondiendo preguntas. A los hombres les indicó que condujeran los carros, apilando a los niños más pequeños sobre los bultos de efectos personales. Las mujeres irían a pie llevando cosas en la cabeza y a los bebés sostenidos dentro de chales, sobre sus caderas. Mi padre eligió un grupo de guardias. Yo le llevé el caballo y montó.

—No miréis hacia atrás —dijo, y puso a todos en movimiento.

En la carretera, varios jeeps cargados con soldados ingleses detuvieron el tránsito con sus sirenas. No vimos signos de movimiento ni a persona alguna al pasar por el kibutz de Shemesh.

Al poco rato, algunos carros comenzaron a romperse, obligándonos a detenernos. Los que no podían ser arreglados en el momento se dejaban de lado, y el contenido se repartía entre otros carros, que estaban repletos. Muchas veces tuvimos que tirarnos a la cuneta cuando autobuses y camiones nos obligaban a dejar libre la ruta. Desde las distantes colinas nos llegaba el ruido de disparos. Luego se abatió sobre nosotros un vendaval.

Cuando todos los habitantes desaparecieron de su vista, Faruk salió de Tabah, cruzó el camino, llegó a las puertas del kibutz y pidió ver a Gideon Asch.

—Se han marchado todos excepto yo, catorce hombres que accedieron a quedarse y una media docena de familias de confianza que están ocultas. Reclamamos Tabah como nuestro. No tengo tropas como para impedir que ustedes o el Jihad se apoderen del pueblo. Estoy a su merced.

Gideon adivinó al instante el plan de Faruk. La Haganah utilizaría el monte como puesto de observación, y lo defendería. Al haber quedado algunos habitantes, los judíos probablemente dejarían casi todo intacto. Si ganaban los judíos, Faruk reclamaría la totalidad de Tabah.

Si los ejércitos regulares árabes conquistaban el valle del Ayalón, allí estaría Faruk no sólo para recibirlos sino probablemente para reclamar también el kibutz de Shemesh. «Ésta es la hermandad árabe», pensó Gideon.

—Pienso instalar una brigada del Palmach en Tabah —dijo Asch—. Dígale a su gente que no los molestaremos. Infórmeme inmediatamente cualquier movimiento de la Jihad.

Faruk hizo varias reverencias y le aseguró a Gideon su lealtad.

—¿Tiene idea su hermano de cómo lo ha engañado usted? —preguntó Gideon.

—¿Cómo puede decir semejante cosa cuando yo fui el único que se atrevió a quedarse?

—Sí…, claro… Puede irse ya a la mezquita y orar por el bando que más lo beneficie.

—Por el momento haré las veces de muktar y me ocuparé de los asuntos de la aldea.

CAPÍTULO XIII

Una desordenada hilera compuesta de carros ruidosos y destartalados, asnos y burros, y mujeres que llevaban inmensos bultos sobre sus cabezas y a sus bebés en los chales, avanzaba lentamente rumbo a Ramle. Era más bien una masa que se arrastraba, dirigida incongruentemente por un hombre, mi padre, que resplandecía con sus mejores atavíos montado en un corcel de magnífica talla.

Llegamos al borde de la ciudad antes de oscurecer y fuimos desviados bruscamente a un enorme campo con un cerco de cactus, custodiado por la belicosa Milicia del Jihad. Ésos eran nuestros hombres, aldeanos comunes, que en la vida normal eran amables y gentiles, pero armados, y con una recién adquirida autoridad, se habían convertido en seres horribles.

El caballo de mi padre era observado con envidia, e Ibrahim rápidamente midió con la mirada a los guardias. Gente de otros pueblos, millares de personas, estaban desde antes en el campo. Era un mar de miseria humana. No había agua ni sistema sanitario alguno.

Haj Ibrahim demarcó un sector, puso centinelas y convocó a los jeques.

—Pasad el mensaje —ordenó—. Comed muy poco. Si esta gente se entera de que llevamos mucha comida, nos la robará.

Mi padre era muy conocido en Ramle. Muchos comerciantes le debían favores, y el momento era ideal para recurrir a ellos. Encargó a Omar que le cuidara el caballo, y nos llevó a mí, a Jamil y a Kamal a la ciudad.

Las tiendas estaban cerradas a cal y canto, y sus rejas de hierro cerradas. En muchas había letreros que decían: SÓLO SE ACEPTAN LIBRAS INGLESAS. El mercado, donde la familia tenía un puesto desde hacía décadas, no se vendía sino basura. Todos los que conservaban algo de valor, lo habían escondido. Ibrahim exploró los callejones donde se comerciaba en susurros, a precios escandalosos. Fue a varias casas. Todos los que habían comerciado con Tabah debían de haberse enterado de la evacuación, y nos evitaban. De pronto, no le quedaba ni un amigo en Ramle.

Volvimos al campo con las manos vacías y yo me sentí embotado. Los niños clamaban por comida, pero la consigna era no demostrar que transportábamos una gran cantidad de provisiones. Eramos el blanco de todas las miradas.

Nos acurrucamos alrededor de un exiguo fuego, cerca de la carretera. Los vehículos del Jihad pasaban zumbando en uno y otro sentido. Muchos soldados lanzaban disparos al aire. Mi padre comentó que lo hacían porque el sonido de sus propios rifles les hacía creer que eran valientes. El gran aeropuerto de Palestina quedaba cerca y muy pronto se desarrollaría una feroz batalla por capturarlo, razón por la cual el Jihad tenía que hacer acopio de valor.

El fuego se convirtió en cenizas. Un silencio fantasmal se abatió sobre el campo. Haj Ibrahim estaba sentado muy serio, tratando de comprender lo que le había ocurrido. Como siempre, yo me situé lo más cerca posible de él. Mi familia dormitaba, echada en el suelo. Mi padre comenzó a cavilar en voz alta.

—Tendría que haberle hecho caso al jeque beduino Azziz —farfulló—. Él se las ingenia para mantenerse alejado de ambos Ejércitos, tanto árabes como judíos, y va a sobrevivir. ¿Qué ocurrirá cuando se encuentre con seiscientos de nosotros a las puertas de los wahhabis? ¿Cómo puede el desierto cubrir nuestras necesidades? Mira a lo que nos han llevado, Ismael.

—Todavía podemos volver.

—Imposible conseguir que una cascada fluya hacia lo alto de la montaña, hijo mío. Como árabes, debemos pagar el precio del orgullo necio. Habría sido más fácil permitir la entrada de algunos grupos de la Haganah en Tabah con mi bendición. Creo que Gideon no me mintió cuando dijo que los judíos eran para nosotros más hermanos… que esa Milicia del Jihad. Sin embargo, debemos orar para que los Ejércitos árabes aplasten a los judíos.

Dormitó, se despertó, volvió a musitar.

—Lo bueno es que Faruk vendrá con el ganado y la mercancía de la tienda. Nos va a hacer falta el último céntimo… debemos encontrar inmediatamente una nueva tierra…, quizá yo me quede en Jaffa y ponga una tienda… Estoy cansado de conducir a la gente…, al menos sabemos que los judíos nunca podrán tomar Jaffa.

—Padre, estás muy cansado. Duerme. Yo velaré por la familia.

—Sí, Ismael…, ahora dormiré…, dormiré.

La confusión del primer día se exacerbó en la helada mañana. Cundía el hambre por todo el campo, y la primera orden de mi padre fue no comer. A pesar de nuestros centinelas, muchas familias informaron que sus carros habían sido saqueados.

Haj Ibrahim se reunió con unos muktars de media docena de pueblos tratando de desentrañar los rumores de esa mañana. Cada aldea parecía encaminarse en una dirección diferente para reunirse con su tribu más afín. Nadie sabía qué ruta era segura, o cuál estaba bloqueada por los combates. Teníamos solamente una posibilidad: Jaffa. Ahí estaba nuestro dinero depositado en el Banco, y hacia allí se dirigiría el tío Faruk con el ganado y las provisiones.

Uno a uno los clanes fueron desocupando el campo, partiendo con distinto rumbo en medio de un ambiente de incertidumbre total. No existía autoridad árabe de ningún tipo que pudiera aconsejar sobre los caminos o administrar las raciones alimenticias. A los ingleses no se los veía por ninguna parte.

—Hoy tendremos que andar mucho, mucho, para llegar a Jaffa.

Una vez más en la ruta, pasamos a formar parte de una horda que perseguía la vana ilusión de seguridad. Al finalizar la segunda noche llegamos hasta las afueras de

la ciudad y, si bien estábamos exhaustos, el hecho de ver el faro y los minaretes nos levantó el ánimo. Había británicos en la zona, y nos llevaron a un gran parque próximo a la iglesia rusa, en los suburbios de la ciudad. Después de marcar un terreno alrededor de su gente, mi padre estimó que podían sacrificarse algunos animales para comer. Advertí, sin embargo, que estaba sumamente porque el tío Faruk no nos había alcanzado. Cuando alguien le preguntaba, hacía un ademán para quitarle importancia.

—Vistes los caminos y la confusión que reina. A lo mejor se retrasará algo más de lo que suponíamos. Seguramente llegará por la mañana en Jaffa.

Dicho esto, Ibrahim partió conmigo al centro de Jaffa, a casa de nuestro primo, el señor Bassam el Bassam, dueño de una empresa comercial. Durante veinte años Faruk le había comprado las provisiones para la aldea. En varias oportunidades mi padre le había prestado dinero; en ocasiones, le había entregado cosechas a crédito para que él las exportara. En nuestro mundo, que funciona haciendo y devolviendo favores, Bassam el Bassam estaba muy en deuda con mi padre, y lo sabía.

Aunque recibió a Ibrahim con la tradicional hospitalidad, se notaba que no estaba demasiado contento con la situación. Detrás de la pequeña tienda del frente había un despacho y un depósito impregnado con el olor de cientos de especias y café, custodiados por la brigada personal de Bassam el Bassam, compuesta por seis hombres.

Cuando el café estuvo listo, ambos trataron de analizar los rumores y entender el porqué de la huida masiva de la población árabe.

—Yo no sé dónde ni cómo comenzó —dijo el señor Bassam—. El alcalde de Haifa fue el más tonto de todos. Fue un mal consejo el que sacara de la ciudad a cien mil de los nuestros.

—Pero la alternativa que le quedaba era someterse a la victoria judía —dijo mi padre.

El señor Bassam levantó las manos.

—Tengo primos que se han quedado y están mucho mejor que tú en este momento. Te digo cuándo empezó todo realmente, Haj Ibrahim; dos minutos después de votarse la división, cuando nuestros ricos ciudadanos huyeron presurosos de Palestina para proteger sus riquezas.

—¿Cuál es la situación aquí?

—Hay setenta mil árabes, o más, en Jaffa. Estamos bien armados. Sin embargo, Jaffa es como un trozo de carne envuelto en rebanadas de pan. Tel Aviv está al Norte, y debajo de nosotros se halla la ciudad judía de Bal Yam. —Se inclinó para acercarse a mi padre y hacerle una confidencia—. He hablado con uno de los comandantes de la Haganah, que es un buen amigo mío. Los judíos dicen que no tienen intenciones de atacar Jaffa. Esto también me lo confirmó mi buen amigo británico, el coronel Winthrop. Jaffa queda fuera de las fronteras de la división del Estado judío, y los

ingleses, como último acto, están decididos a preocuparse por que permanezca en manos de los árabes.

—Mañana a primera hora tengo que ir al Banco Barclay. ¿Quieres acompañarme?

—Por supuesto.

—Y mañana también, cuando llegue Faruk, tendremos gran cantidad de provisiones para vender, así como animales y objetos de valor de la familia. Queremos convertir todo en dinero en efectivo y contratar un barco para cruzar cuanto antes a Gaza.

—Deja todo en mis manos y ten por seguro, hermano, que no recibiré ni un céntimo de comisión. Te compraré las mercancías a un precio razonable y buscaré un comerciante honesto para las cabezas de ganado. Los artículos personales será mejor venderlos en el mercado.

—Espero que nuestra estancia en Jaffa no sea prolongada —afirmó mi padre—. ¿Qué posibilidades hay de conseguir un barco para viajar a Gaza a un precio discreto?

El señor Bassam meditó en voz alta mientras iba considerando las alternativas.

—Numerosas pequeñas embarcaciones griegas están trabajando en la costa. A muchas de ellas, que son de Chipre, las conozco personalmente. Pero hay que andar con mucho cuidado. Tú sabes cómo son los griegos. Aceptan pagos iniciales y después no aparecen. Otros dueños de barcos dejan morir de hambre a los pasajeros. Deja que yo haga la oferta por ti, Haj Ibrahim.

Permitir que el señor Bassam se encargara de la contratación no era precisamente la idea que tenía mi padre, pero la transacción sería imposible sin él.

—¿Cuánto necesitaré?

Al oír esa pregunta, el señor Bassam se puso a sudar. Habló solo, contó con los dedos de ambas manos.

—Con la cantidad de gente que traes, bastante más de trescientas cincuenta libras.

—Pero eso es un robo. Gaza no puede estar a más de un día de navegación.

—No es por la duración del viaje, sino por los peligros. Los dueños de los barcos tienen la sartén por el mango. Conviene pagar un poco más y contratar algo seguro. Yo he estado aquí en la costa toda la vida. Te encontraré un barco bueno. Lamentablemente quizá tenga que adelantar un depósito.

—Ese tema lo resolveremos después de que llegue Faruk y yo haya ido al Banco. Una última pregunta. ¿Hay alguna posibilidad de conseguir refugio?

—No es imposible. El barrio más próximo a Tel Aviv ha sido virtualmente abandonado. Hay francotiradores en la zona, pero en general es un lugar seguro. He explorado tres o cuatro calles próximas que están vacías. Te aconsejo que vendáis todo cuanto antes. Mira mi almacén. No me han dejado casi nada. Andan por aquí tres o cuatro milicias separadas que se llevan lo que quieren a punta de fusil. La

Policía o es impotente o exige sobornos.

—Buena parte de nuestros recursos son alimentos.

—Véndelos. Las Iglesias cristianas se han juntado para crear una cocina benéfica en la iglesia de San Antonio. Puedes contar con una comida diaria para tu gente. En cuanto a ti, serás mi huésped de honor.

Haj Ibrahim dio las gracias a Bassam el Bassam, aseguró que aceptaría la invitación a comer de vez en cuando, pero que no deseaba separarse de su pueblo. Lo que sí le pediría sería que cuidara de su caballo.

—*El-Buraq* viene conmigo a Gaza.

Mi padre y el señor Bassam pudieron localizar toda una manzana de casas vacías en el extremo norte de la ciudad, en una zona denominada Manshiya. Se trataba de un barrio sumamente pobre, de casas destartaladas, amontonadas unas sobre otras en inmundas calles de tierra. Había sido el antiguo sector de prostitutas baratas, contrabandistas, ladrones y pordioseros. En la mayoría de las casas había olor a orina y a heces, y estaban derruidas sin posibilidad de reparación. No era mucho, pero peor era dormir a la intemperie, observados siempre por ojos envidiosos. Daba la impresión de que, de todos los muktars que se hallaban en Jaffa, solamente mi padre había hecho preparativos para su gente. La mayoría había huido dejando todo atrás. Alrededor de nosotros, miles de personas no tenían absolutamente nada, estaban desesperadas y a cada instante se volvían más peligrosas.

—A dos calles de aquí hay un mercado abierto —agregó Bassam—. Los judíos todavía cruzan desde Tel Aviv para comerciar. Los negocios son prósperos. Obtendrás el mejor precio por las alhajas y los artículos personales.

Era ya muy tarde cuando regresamos al campamento del parque. Mi padre ordenó que todos estuvieran listos para partir al alba. Preguntó por Faruk pero le dijeron que había cruentos combates en la carretera, que posiblemente eso lo hubiese retrasado.

Al amanecer nos trasladamos al barrio Manshiya. Delimitamos un sector para estar todos juntos. Unas manzanas más al norte se erguía la ciudad judía de Tel Aviv, con sectores habitados principalmente por judíos orientales de Yemen. Las calles entre ambas ciudades antiguamente tenían barrios mixtos donde algunos judíos y árabes se habían casado entre ellos y vivían en la miseria. Esto se había convertido en una tierra de nadie, y estaba abandonada.

No teníamos idea de cuánto tiempo estaríamos en Jaffa. Ya no podíamos dar de comer a los animales, de modo que mi padre ordenó reunir todas las cabezas de ganado, eligió a dos de los más hábiles comerciantes de la aldea, y los mandó a venderlas. Las mujeres también debían llevar a vender al mercado sus efectos personales. Todas las mujeres poseían joyas de su dote o de herencia, pero éstas eran de escaso valor. El dinero había que entregarlo a mi padre. A las nueve todos habían regresado de sus expediciones de venta, y depositaron el dinero en efectivo en una

manta, delante de Ibrahim. Yo lo conté. Había en total la decepcionante suma de poco menos de doscientas libras. No alcanzaba de ninguna manera para fletar un barco, y mucho menos para alimentarnos en Gaza ni comprar tierras para un campamento temporal.

—Al menos tenemos esto —dijo mi padre, palpando la libreta bancaria que guardaba entre sus ropas—. Es muy importante que Faruk llegue pronto. Las mercancías de la tienda y el ganado nos darán un margen de seguridad.

Recibimos la noticia de que se habían suspendido las luchas en la carretera, reanudándose el tránsito normal desde y hacia Jaffa. Mi padre estaba ansioso por volver a ver al señor Bassam porque ciertamente el tío Faruk ya debía de haberse puesto en contacto con él. Llegamos a la empresa poco antes de las diez, hora en que abrían los Bancos. Ni noticias de Faruk.

—Hay violencia por todas partes —comentó el señor Bassam—. Faruk es astuto y logrará llegar.

—No existe pueblo que no tenga su estercolero, y yo estoy oliendo el nuestro —sentenció mi padre—. Esto no me gusta nada.

—Ven, vamos al Banco. Después nos preocuparemos por Faruk.

Fue una suerte que nos hubiera acompañado el señor Bassam, porque en el Banco todo era una locura. Había como diez mil personas que pretendían retirar sus fondos al mismo tiempo. El señor Bassam conocía al gerente, un inglés de apellido Howard, y así pudimos sortear el gentío y llegar a su despacho privado.

El señor Howard vestía un hermoso traje occidental y estaba muy sereno, apartado del caos.

—Usted conoce al hermano de Haj Ibrahim, Faruk al Soukori, de Tabah —dijo el señor Bassam.

—Sí, desde luego, he tenido el placer.

—Queremos retirar nuestro dinero —explicó Ibrahim—. Setecientas quince libras. Una parte es mía, y el resto pertenece a los habitantes de mi pueblo.

—Sabrá usted que este Banco tiene sucursales por todas partes. Creo que no es prudente llevar todos los huevos en una única canasta, por así decirlo. ¿Sabe su lugar de destino?

—Gaza.

—Si retira sólo una parte de sus fondos, lo suficiente como para llegar al Sur, podría darle una carta de crédito que cobraría usted en Gaza.

—Yo no entiendo de esas cosas, señor Howard.

—El señor Howard está procurando la seguridad de tu dinero —intervino el señor Bassam—. Te aseguro que es una operación apropiada.

—Aprecio su interés. Sin embargo, me sentiré mucho mejor si puedo tocar el fajo de dinero en mi bolsillo.

—Como usted desee. ¿Tiene la libreta, Haj Ibrahim?

Mi padre la sacó de entre su ropaje como si fuese la llave mágica de la vida, y se la entregó. En el rostro del señor Howard se pintó una inmediata expresión de seriedad al pasar las hojas. Mi padre y yo advertimos en el acto que el banquero se sentía sumamente incómodo.

—¿Pasa algo? —preguntó Ibrahim.

—Esta cuenta ha sido cerrada.

—Pero es imposible. La cifra que figura en la última página dice que tenemos depositadas más de setecientas libras en su Banco.

El señor Howard se aclaró la garganta y miro a mi padre con infinita lástima. Ibrahim se puso pálido y supo que le había sucedido una calamidad.

—La última retirada de fondos ha sido borrada muy inteligentemente. Pero si usted mira el sello que hay aquí, en la primera página, al igual que después del último depósito, notará que a esta libreta le han arrancado una esquina.

—No puedo leer lo que dicen los sellos, pues están en inglés.

El señor Howard le pasó la libreta el señor Bassam.

—Dice que la cuenta está cerrada, Haj Ibrahim.

Mi padre le arrebató la libreta y me la dio a mí. Yo no pude mirarlo a los ojos para confirmárselo.

Durante el trayecto de regreso mi padre hervía de indignación. Luego explotó en la oficina del señor Bassam.

—¡Esta misma noche vuelvo a Tabah! ¡Habrá un gran funeral para una rata!

—Comprendo que sea un choque terrible para ti, pero se están librando feroces combates en toda la zona.

—No te preocupes. ¡No descansaré hasta que le retuerza el pescuezo! ¡Le arrancaré la nuez de Adán!

—¿Y si algo te pasa a ti, padre? —le imploré—. Si te vas, quedaremos desprotegidos.

—¡Tengo que matarlo!

—Tienes toda la vida por delante para planearlo adecuadamente —le dijo el señor Bassam.

—¡No podré dormir ni una noche hasta no haberme vengado!

—Padre, ¿no te parece que el tío Faruk debe temer que regreses? ¿Acaso no sería lo más lógico que se hubiera ocultado durante unos días?

—Tu hijo habla con sensatez.

Mi padre había sido el único hombre de Tabah que a veces razonaba con lógica. Nuestra única esperanza era que ahora también lo hiciera. Yo sabía que, apenas él se fuera, se acabaría la colaboración del señor Bassam. Bastó una hora para que su sangre ardiente se apaciguara.

—¿Y qué le digo a mi gente? ¿Qué queda por decirles?

CAPÍTULO XIV

La Haganah anunció abiertamente que Jaffa no sería atacada si los árabes suspendían los disparos a Tel Aviv desde los tejados de los edificios y dejaban de tender emboscadas en los caminos. Se impuso una tregua de prueba, pero Jaffa siguió siendo un hueso en la garganta de los judíos, pues era un enclave totalmente árabe en la zona de más densa población judía.

El señor Bassam el Bassam le confió a mi padre que esperaba que los árabes de Jaffa aceptaran la división y evitaran el enfrentamiento bélico y la suerte de sus hermanos de Haifa. Contaba con el hecho de que los británicos se jugaban en gran medida su prestigio manteniendo a Jaffa como una ciudad árabe.

Varios días después de haber llegado, experimentamos emociones confusas cuando ciertas unidades del Jihad y de los Irregulares entraron en la ciudad y se desplegaron principalmente en el Manshiya, donde estábamos nosotros, el sector más próximo a Tel Aviv.

Las milicias se dedicaron a confiscar todo lo que les apetecía. Entraban por la fuerza en las tiendas para saquearlas, aporreaban a los hombres que trataban de proteger sus pertenencias, mataban perros y gatos para hacer prácticas de tiro, asaltaban los depósitos de los muelles, y cerraban todos los lugares que servían o vendían comida. Lo peor de todo fue que rompieron la tregua con los judíos efectuando disparos contra Tel Aviv las veinticuatro horas del día.

Noche tras noche nos encontraban temblando de miedo, tirados en el suelo de nuestras chozas, mientras las balas se incrustaban, traspasando la escasa protección del yeso deteriorado. Durante las horas de oscuridad mi padre trataba de responder a las llamadas histéricas.

La Haganah reaccionó con un ataque que limpió las inmediaciones de Jaffa de poblados árabes, fortificando la ciudad. Tel Aviv quedaba al Norte, Bal Yam al Sur, y una brigada de la Haganah controlaba ahora la carretera este-oeste. Apuntaron sus primeras bajas. Una mujer mayor y un niño recibieron impactos de bala que les causaron graves heridas. Luego nos llegó una escalofriante noticia: un batallón de seiscientos soldados del Irgún se había situado frente a nosotros.

Mi padre ordenó a los hombres que salieran de inmediato a buscar refugio más al interior de la ciudad, aunque eso significara que no pudiéramos estar todos juntos. Cada hombre cuidaría a su propia familia. Desacostumbrados a asumir semejante responsabilidad, los hombres estaban aterrados. Aferrándonos unos a otros teníamos una sensación de seguridad. Dividirse significaba perder la calidez tribal. Haj Ibrahim siempre había tomado todas las decisiones. Sin embargo, había que obedecerle porque el tiroteo durante la noche había sido insoportable. Nadie había dormido. Las

mujeres sollozaban y los bebés gritaban, destrozándonos los nervios. La lucha aumentaba día a día.

Partieron nuestros hombres con la instrucción final de trasladar inmediatamente a sus familias y reunirse esa noche con Haj Ibrahim en la Torre del Reloj para informarnos sus nuevas posiciones. Quedaron unos pocos guardias para proteger a las mujeres. En nuestra familia, a Jamil y Omar se les encomendó buscar un refugio, mientras Kamal custodiaba a las mujeres.

Poco después llegó el señor Bassam con una noticia levemente alentadora. Era tanta la gente que ya había huido de Jaffa, que había un pequeño excedente de barcos disponibles para la huida, y los capitanes andaban por el puerto y cerca de la Torre del Reloj haciendo tratos con los pasajeros. El señor Bassam creía tener una embarcación apropiada para nosotros.

A Nada y a mí nos ordenaron buscar recipientes, esperar que pasara el camión de bomberos y almacenar agua para la familia. Mi padre se marchó con el señor Bassam a encontrarse con el capitán del barco.

Nada y yo hallamos unas latas de aceite vacías cerca del mercado de antigüedades. Ella se colocó la suya sobre la cabeza con una gran elegancia. Yo me fabriqué un balancín con un palo largo, así podía transportar dos sobre mis hombros. Cuando llegamos hasta el camión del agua, se había formado una larga cola. Desde nuestro lugar de espera podíamos darnos vuelta y contemplar la casucha donde vivíamos a través de espacios abiertos que habían surgido cuando se derribaron las casas.

De repente pasaron rugiendo a nuestro lado, casi golpeándonos, dos camiones llenos de soldados de Kaukji, y con un chirriar de frenos se detuvieron en nuestra calle. Los milicianos se bajaron de los camiones y se desplegaron, gritando órdenes que yo no alcanzaba a entender por la distancia. Se inició un tiroteo y se oyeron alaridos de las mujeres.

Al cabo de un instante, los hombres que habían quedado para cuidar a las mujeres corrían hacia nosotros. Divisé a Kamal sin su rifle y salí a perseguirlo. Finalmente me abalancé sobre él, arrojándolo al suelo. Estaba dominado por el pánico.

—¡Han acordonado nuestra calle! ¡Están buscando a nuestro padre!

En el acto comprendí que era Kaukji, que pretendía vengarse por el incendio de los campos ocurrido una década atrás, porque yo había crecido escuchando todas las noches la historia de la batalla en el café. Por el momento, mi padre estaba a salvo con el señor Bassam. Kamal se había idiotizado por el terror. No podía confiarle a él la misión de llegar hasta donde estaba Ibrahim. Mi primer temor eran mi madre, Ramiza, Fátima y su bebé.

Le ordené a Nada que se escondiera en un refugio cercano. Ella se aferró a mí y me suplicó que no volviera a casa. Me vi obligado a golpearla para que me soltara.

Era la primera vez que la golpeaba, pero la situación me exigía obrar rápidamente.

Como era pequeño y muy veloz, pude deslizarme, corriendo de un lugar seguro a otro. Llegué hasta la calle contigua y me detuve para analizar la situación. Si lograba cruzar y subirme a un techo, podría ver lo que estaba sucediendo en nuestra manzana.

Crucé presuroso la calle y por un instante quedé petrificado al ver las balas que rebotaban cerca de mis pies. Me zambullí en una casa por la ventana desnuda, subí al techo sin darle tiempo a nadie para seguirme, avancé arrastrándome cuatro techos y sólo entonces me atreví a mirar en dirección a nuestra calle.

Las mujeres y los niños estaban rodeados por una docena de soldados que los hacían caminar a punta de bayoneta. Por los uniformes y el acento que tenían me di cuenta de que eran iraquíes, de los Irregulares de Kaukji. Unos soldados habían bloqueado los extremos de la calle, y otros iban de casa en casa, abriendo las puertas a puntapiés.

Observé con desesperación el grueso de las mujeres y niños. ¡Hagar, Ramiza y Fátima no estaban allí!

Recorrí los techos con sumo cuidado hasta un sitio desde donde se divisaba nuestra casa, que estaba ocupada por soldados. Había un espacio reducido entre ella y la casa contigua. Me dejé caer del techo y permanecí inmóvil hasta estar seguro de que nadie me había visto; luego me estiré para espiar por la ventana.

Dentro, el panorama era un horror. Había ocho o diez soldados, y un oficial con una pistola. Hagar abrazaba a Ramiza y Fátima, que estaban agarradas a ella. El oficial señaló una siniestra cicatriz que tenía en una mejilla.

—Esto fue un obsequio de Haj Ibrahim. ¡Diez años he esperado! ¿Dónde está?

—No lo sé —respondió mi madre con voz suave.

El oficial les disparo a los pies. Hagar se mantuvo firme mientras las otras dos sollozaban y se aferraban más fuertemente a ella. El oficial disparó repetidas veces y la amenazó colocándole la pistola contra la cabeza. El bebé de Fátima daba alaridos.

—No lo sé… No lo sé —no se cansaba de contestar mi madre.

—¡Arrodíllate, vieja puta!

El oficial levantó una mano asqueado, y sus soldados hicieron docenas de disparos más. El oficial tenía la cara húmeda de transpiración y comenzó a jadear; luego se abrió la bragueta y sacó el pene.

—¡Desnudaros!

—Haced lo que él dice —les aconsejó Hagar a las otras dos—. No opongáis resistencia.

—Yo estoy menstruando —susurró Fátima.

—No importa. Someteros. Si nos encuentran magulladas, después será peor para nosotras.

Cerré con fuerza los ojos cuando mi madre se quitaba el vestido. Los soldados

daban gritos de placer. Las tiraron al suelo. Los soldados se reían, disparaban, pero las mujeres no hacían ruido alguno. Yo me sentí como el más terrible cobarde porque temblaba de miedo. ¿Qué podía hacer? ¡Alá debía comprender! ¡Nada podía hacer! ¡Nada! ¡Nada! ¡Nada!

No debí haber vuelto a mirar, pero no pude evitarlo. Las tres estaban desnudas, tendidas en el suelo. Los soldados ni siquiera se molestaban en quitarse los pantalones sino que se los bajaban, se tiraban sobre ellas gruñendo como animales, dándoles bofetadas y besos babosos, sacudiéndose, chorreando, retirándose tambaleantes mientras los demás esperaban con el miembro ya listo. A Fátima le corría sangre entre las piernas.

Cerré los ojos y me tapé los oídos con las manos. ¡Cobarde! ¡Cobarde! ¡Cobarde! ¡Alá! ¿Qué puedo hacer? ¡Piensa, Ismael, piensa! ¡Si mi padre regresara, lo matarían después de obligarlo a contemplar tan terrible panorama! ¡Tenía que ir a buscarlo y advertirle! ¡No! ¡No podía abandonar a mi madre! ¡Ve! ¡Quédate!

¿Es que acaso no terminarían más? ¡Ibrahim, no vuelvas! ¡Por favor, no vuelvas! ¿Cuánto se va a prolongar esto? ¿Cuánto más? Finalmente se marcharon dando tumbos de la casa. Quité mis manos de los oídos y escuché que el oficial ordenaba a sus hombres vigilar la casa desde un sitio oculto, y mantener a las mujeres como señuelo.

Sabía que esa escena y el deshonor dejarían en mí cicatrices eternas. Sin embargo, tenía que olvidar la horrenda visión para salvar nuestras vidas. Me propuse no recordar por el momento lo que había presenciado, y trepé por la ventana. Ramiza y Fátima estaban derrumbadas en el suelo. Mi madre se hallaba aturdida, pero aun así y todo las consolaba. Le limpió la sangre a Fátima; luego las abrazó y las meció.

—¡Mamá! —la llamé en un susurro.

Abrió desmesuradamente los ojos de terror, al verme.

—No temas. Jamás se lo diré a mi padre. Nadie se enterará.

—¡Oh, Ismael! ¡Ver a tu madre en semejante vergüenza! ¡Búscame un cuchillo! ¡Quiero matarme!

—¡No, madre, no!

—¡Corre, Ismael! ¡Corre! Olvida lo que has visto. ¡Corre!

—Madre, no llores. Ya pasó todo. Por favor, mamá. ¡Viviremos!

—¡Yo no quiero vivir!

Fue en vano. Ya no me preocupé más. Salté a la habitación y le di una bofetada. Ella dejó de llorar y me miró fijamente.

—¿Me vas a escuchar ahora?

Como no me respondiera, volví a pegarle. Lentamente sacudió la cabeza y me prestó atención.

—No os mováis hasta que esté oscuro. Limpiaros. El tiroteo desde Tel Aviv

comenzará nuevamente esta noche. Los guardias están fumando hachís, de modo que no estarán alerta. Cuando empiece el fuego, salid de una en una y huid hacia el mercado. Una vez que os hayáis reunido, dirigios hasta la Torre del Reloj, en el centro de la ciudad.

Me asió firmemente y alzó la mirada. Tenía los ojos enrojecidos y el rostro surcado por las lágrimas.

—¡Oh, Ismael!

—¿Me has entendido, madre?

—Sí, pero Ibrahim…

—Nunca se enterará. Nunca. Nadie lo sabrá jamás.

Me tocó la cara con manos temblorosas. Yo se las sujeté y le supliqué con la mirada que me obedeciera. Finalmente dijo que lo haría. Le di un beso y enjugué sus mejillas.

—Ahora ponte guapa. Yo voy a avisarle a papá que no venga. Lo único que él sabrá será que los soldados os interrogaron… Nada más.

Salí corriendo. Escuché disparos a mis espaldas, pero no supe si me tiraban a mí o no.

Encontré a Nada y Kamal y les dije que los soldados retenían a las mujeres como rehenes para tenderle una trampa a nuestro padre. Les ordené que se quedaran por si acaso regresaban Jamil y Omar. Todos nos reuniríamos más tarde en la Torre del Reloj. Salí presuroso a salvar a mi padre.

CAPÍTULO XV

Bassam el Bassam le aseguró a Ibrahim que había mantenido buenas relaciones comerciales con el grecochipriota Harissiadis, durante casi veinte años. Las cuatrocientas libras que pedía para fletar el barco hasta Beirut constituían un precio muy razonable. Haj Ibrahim puso objeciones al lugar de destino.

—Acabo de regresar de un viaje a Gaza —dijo el griego—. No volvería allí ni por cinco mil. La Marina egipcia patrulla las aguas, y le disparan a cualquier cosa. Hace tres días hundieron un barco de refugiados. He hecho cinco viajes de ida y vuelta a Gaza, y ya tengo bastante. Es demasiado peligroso. Ni siquiera consideraría la posibilidad de llevarlos a Beirut, pero sucede que me viene de camino para ir a Chipre.

—Pero nosotros no tenemos parientes en Beirut —dijo Ibrahim.

—Tiene una costa más segura y yo le estoy dando un precio discreto para seiscientas personas. ¿Sí o no?

—Harissiadis te está ayudando —le aseguró Bassam.

El fajo que llevaba en el bolsillo no era lo que había esperado. Sólo tenía ciento ochenta libras. Setecientas se habían esfumado con la visita al Banco Barclay, y otras tantas se habían perdido al no aparecer Faruk. Ibrahim levantó las manos.

—Es una locura. No sé por qué me fui de Tabah. Beirut. ¿Qué es Beirut? ¿Cuánto tiempo me da para juntar el dinero?

Fue obvia la desilusión del griego. Había sido inducido a creer que Haj Ibrahim ya contaba con fondos suficientes.

—Aquí no se ha respetado la tregua. Las luchas van en aumento. ¿Quién sabe si no atacarán Jaffa? ¿Acaso lo sabe usted? ¿Lo sabe Bassam? Nadie lo sabe. Correré un riesgo. Veinticuatro horas.

—Mañana —dijo Ibrahim—. Le pago la mitad cuando mi gente suba al barco, y el resto cuando lleguemos a Beirut.

El griego hizo un movimiento negativo con la cabeza.

Ibrahim sacó el fajo de billetes del bolsillo y lo colocó sobre la mesa.

—Esto es todo lo que tenemos —dijo.

—¿Cuánto hay ahí?

—Poco menos de doscientas.

Harissiadis se encogió de hombros, compasivamente.

—¿Quiere que le diga la verdad? A mí me costará casi trescientas cincuenta. Para reclutar la tripulación, he debido abonar hasta dobles y triples bonificaciones. —Sacó un lápiz, escribió algo rápidamente, se mordió el labio, suspiró—. Trescientas veinticinco. Créame que pierdo con esto.

Haj Ibrahim metió una mano entre sus ropas y extrajo dos paquetes que dejo sobre la mesa. Luego abrió uno, que contenía cinco kilos de hachís. Harissiadis lo tocó, lo olió, se lo llevó a los labios.

—Veinte —dijo.

—Está robando —sostuvo el señor Bassam.

—Esto lo regalan en el Líbano. Si lo vendo en el puerto de Atenas quizá saque treinta.

—Aceptados los veinte.

—¿Qué más tiene? —preguntó el griego. Ibrahim señaló el segundo envoltorio. Allí había el más magnífico objeto de su propiedad: una daga adornada con piedras preciosas, de unos tres siglos de antigüedad.

—No puedo saber si es falsa o verdadera.

—Es un tesoro —aseguró Bassam—. Vale cien o doscientas libras.

Harissiadis la examinó.

—Veinte, y me estoy arriesgando.

—No puedo entregarla por ese precio —protestó Ibrahim—. Mejor me la guardo yo. Tengo pensado darle un uso específico.

—Siguen faltando más de cien libras —afirmó el griego.

Ibrahim se puso en pie, abrió la puerta y señaló en dirección a su caballo. El griego se impresionó al verlo.

—El animal lo compro yo —se apresuró a ofrecer Bassam—. Te daré ciento cincuenta.

—¿Ciento cincuenta por *el-Buraq*? —repitió incrédulo Ibrahim.

—Veinticinco más. Estos momentos son terribles. Las cosas están muy mal —se quejó Bassam.

—Págale —dijo Haj Ibrahim. El señor Bassam sacó los billetes de un fajo del tamaño de un pomelo, y le dio el resto a Ibrahim.

Se estrecharon la mano y fijaron una hora.

—Y algo más —dijo Harissiadis—. Nada de rifles, pistolas ni cuchillos. Mi tripulación es honesta. Yo también lo soy. Y no escondan armas entre las faldas de las mujeres. Todos serán registrados cuando lleguemos a Beirut. Allí las autoridades están confiscando los objetos de valor a los refugiados. Sé con certeza que los egipcios limpiaron a todo el mundo en Gaza.

—Sin nuestras armas estamos indefensos.

—Si llevan armas y se las encuentran —lo que seguramente sucederá— yo ya no podré utilizar Beirut como puerto de llegada. Yo no puedo vivir sin Beirut —afirmó el griego—. Y lo último; puedo suministrarles agua, pero ustedes deben llevar su propia comida.

—Vendimos todo. Hemos estado comiendo en la iglesia cristiana. —Se volvió

hacia Bassam el Bassam—. Creo que, por el precio en que tomaste mi caballo, como primos, puedes contribuir con algunos cientos de kilos de cereales, fruta y leche para los bebés.

Haj Ibrahim le trasmitió con la mirada que podía ser él el primero en probar la daga.

—Desde luego. Con todo gusto les proporcionaré la comida.

Llegué a la tienda pocos minutos después de haberse cerrado el trato y conté que los soldados de Kaukji estaban buscando a mi padre, pero nada mencioné sobre la escena de violación que había presenciado. Con buena suerte, la familia se reuniría más tarde en la Torre del Reloj.

Bassam se dio unos golpes en la frente y lanzó maldiciones.

—No podrás subir a ese barco.

—Pero…

—El puerto estará vigilado. Te encontrarán.

—Entonces nos iremos a pie.

—Todos los caminos están cerrados, Ibrahim.

—Estamos atrapados —musitó mi padre.

—Deja que los nuestros aprovechen el viaje. Los iraquíes los registrarán horas y horas antes de permitirles embarcar. Eso los mantendrá ocupados. Tú debes esconderte.

—¡No puedo separarme de mi gente!

—¿Puedes darme otra alternativa?

—Padre —intervine yo—. Debemos hacer lo que dice el señor Bassam.

Ibrahim estaba derrotado y lo sabía. Ni siquiera tenía tiempo para lamentarse de su destino. Bassam lo llevó al sótano de una pescadería, cerca del puerto, donde estaría seguro algunas horas, y salió luego a buscar un refugio permanente. Yo me encontraría más tarde con él, para recibir instrucciones.

Por gracia de Alá, toda la familia logró llegar a la Torre del Reloj. Muchos de los nuestros ya se habían reunido en medio de la multitud. Les informé la hora, el lugar y el nombre del barco, y ellos fueron susurrándose los datos de uno a otro. Luego se alejaron, esquivando diestramente los ojos escrutadores de los soldados de Kaukji.

Yo había observado más temprano la Gran Mezquita, que estaba al otro lado de la calle. Mucha gente había buscado refugio allí. Cuando los nuestros comenzaron a retirarse, ordené a mi familia entrar en la mezquita, perderse entre el gentío y esperarme allí. La plaza estaba aún abarrotada, pero cuando oscureció, muchos soldados se dirigieron al barrio de Manshiya y se reanudó el tiroteo entre las dos ciudades.

Se hizo tarde. Yo estaba aterrado. Justo cuando iba a abandonar mi puesto,

localicé al señor Bassam. Pasó caminando a mi lado. Esperé un instante y lo seguí. Él se introdujo en un angosto callejón. En la tiniebla, casi no podía verlo.

—Ismael.

—Sí.

—¿Está a salvo tu familia?

—Sí. Se ocultaron en la mezquita.

—Bien. He llevado a tu padre a la iglesia de San Pedro, pasando el faro. ¿Sabes dónde queda?

—Lo sé.

—Busca a tu familia. Id por la entrada de atrás. El hermano Henri es un árabe cristiano, muy amigo mío. Ellos accedieron a daros refugio.

—¿Usted no corre peligro? —le pregunté.

—No lo sé. Creo que mi casa y mi tienda están siendo vigilados. A lo mejor trato de irme en el barco también. No estoy seguro.

Dicho lo cual se marchó.

A toda mi familia le asignaron dos minúsculas celdas de monjes, pero desde las ventanas podíamos ver el puerto, el mar, y hasta la costa de Tel Aviv. Por la tarde divisamos el barco del señor Harissiadis, el *Kleopatra*, que entraba al puerto.

Salí de la iglesia y bajé la colina hasta el faro, cerca de donde estaba anclado. Todos los pobladores de Tabah estaban sentados cerca del muelle. Debía haber habido un centenar de hombres de Kaukji que pasaban entre ellos, los sacudían, los registraban, buscando a Haj Ibrahim. Hubo retrasos deliberadas producidas por «autoridades» portuarias al no poder hallar a mi padre. El señor Harissiadis gritaba que debía zarpar en seguida.

Luego llegó la noticia de que se había desatado un infierno en el frente entre Tel Aviv y Jaffa. Los iraquíes debieron retirarse y los nuestros subieron al barco, ocupando hasta el último centímetro. Yo no podía correr el riesgo de intentar que mi familia embarcara la última, de modo que estábamos encallados en Jaffa. Finalmente el *Kleopatra* se alejó del muelle. Subí corriendo la colina en dirección a la iglesia mientras el barco se ponía en movimiento, llegó hasta la punta del muelle y se internó en el mar.

Regresé a San Pedro. Desde nuestra ventana mi familia podía ver balas que iban y venían entre las dos líneas de fuego. El furor de la batalla nos indicó que ésa no era otra noche de francotiradores. Se estaba desarrollando una lucha en gran escala.

Pudimos divisar el *Kleopatra* hasta que éste cayó debajo del horizonte con el sol. Después…, ya se había ido.

CAPÍTULO XVI

El Irgún, actuando exclusivamente por su cuenta, había lanzado un ataque total sobre el distrito Manshiya de Jaffa. No contaban con el permiso, la colaboración ni la coordinación de la Haganah, pero pretendían obtener una victoria espectacular. Se toparon con un conglomerado de milicias árabes bien atrincheradas que repelieron la agresión. El Irgún luchó denodadamente capturando algunas casas en los suburbios de la zona, pero una vez más la falta de adiestramiento militar formal y de mandos preparados les hizo fracasar. No tenían un plan trazado ni los medios necesarios para consolidar su victoria, de manera que al amanecer ya habían sido repelidos, debiendo retirarse nuevamente a Tel Aviv.

Para evitar una innoble derrota, el Irgún solicitó ayuda a la Haganah. A medida que la lucha crecía por toda Palestina, las dos fuerzas judías se enzarzaban en conflictos cada vez más irritantes. No tardaría en llegar el momento en que se definiera quién poseía la autoridad en el yishuv.

Al cabo de una breve reunión, la Haganah accedió a salvar al Irgún siempre y cuando éste admitiera su mando en el frente de Jaffa. El Irgún accedió y volvió a atacar el Manshiya con el apoyo de la Haganah, partiéndolo en dos.

Al mismo tiempo, la Haganah reforzó las líneas que rodeaban Jaffa. Su objetivo era eliminar toda resistencia árabe entre Jaffa y Lida, y así despejar el camino hacia el aeropuerto sin temor a que pudieran llegar refuerzos árabes.

Los planes judíos de capturar Jaffa cayeron como si fueran ácido en el estómago de los británicos, para quienes salvar la ciudad árabe se había convertido casi en una obsesión. Pese a que se estaban retirando en grandes cantidades de Palestina, enviaron una orden de emergencia para que regresaran inmediatamente algunas unidades desde Egipto y Chipre.

Después de evaluar la situación, el comando inglés estimó que los judíos estaban en poder de Jaffa, y que en realidad nada podían hacer ellos al respecto. Su misión se transformó entonces en abrir por la fuerza una vía de salida para que los árabes pudiesen escapar si lo deseaban. Quedaba una sola avenida en la carretera sur que conducía al territorio árabe de alrededor de Gaza. La ciudad judía de Bal Yam bloqueaba el camino.

Los británicos se lanzaron sobre Bal Yam con un poderoso fuego de artillería y bombardeos aéreos; luego avanzaron con tanques para despejar la ruta. Fue como descorchar una botella de champán. Los árabes salieron de Jaffa, enfilando hacia el Sur en tumultuoso éxodo. La Haganah les permitió el paso libre hacia el Sur, hábilmente eludió la confrontación con los británicos, y continuó reforzando el cerco de Jaffa en otros frentes.

Desde nuestras celdas de monjes de la iglesia de San Pedro, podíamos observar el fuego y las explosiones nocturnas. Al tercer día de lucha, el hermano Henri nos trajo la desoladora noticia de que Bassam el Bassam había desaparecido. No sabía si había huido o lo habían asesinado los Irregulares por habernos ayudado.

Nos dijo también que los británicos mantenían abierto el camino que pasaba por Bal Yam, sugiriéndonos que nos perdiéramos entre la marea de refugiados. Mi padre rechazó el ofrecimiento diciéndole al hermano Henri una pequeña mentira. Había sólo dos vías de salida de Jaffa: por el único camino hacia el Sur, y por el puerto. Mi padre señaló que Kaukji había apostado hombres suyos en ambas partes, que registraban minuciosamente a todo el mundo buscándolo a él.

Secretamente Ibrahim prefería quedarse en San Pedro. Me había confiado que, cuando finalmente se retiraran los británicos, los judíos tomarían la ciudad. Si bien temía la represalia de Kaukji, no sentía el menor miedo de que los judíos efectuaran una masacre.

Lo que realmente anhelaba era que los judíos capturaran Jaffa, lo cual le permitiría regresar a Tabah e ir a visitar al tío Faruk. Para eso vivía. ¿Qué importancia tendría si los ejércitos regulares árabes vencían luego a los judíos? El ya habría arreglado las cuentas con mi tío.

Dos días más tarde el hermano Henri vino a vernos, consternado. Los hombres de Kaukji habían estado husmeando por la iglesia, preguntando por nosotros. El monje temblaba, y dijo que la iglesia ya no podía concedernos asilo. Debíamos irnos.

Haj Ibrahim pensó que nuestra última esperanza era Gideon Asch. Había guardado los números de teléfono que Gideon le entregara, pero el hermano Henri le informó que se habían cortado todas las líneas telefónicas de Jaffa. Mi padre y yo trazamos un plan desesperado.

Esa misma tarde salí furtivamente de San Pedro y me dirigí al Manshiya, atravesando callejuelas angostas rumbo a las líneas del frente. Me sentía seguro porque nadie prestaría demasiada atención a un niño más que anduviera corriendo por ahí. Más aún, había niños en la milicia juvenil, de mi edad o poco mayores que yo, que participaban en los combates.

Me había convertido en una rata de ciudad. No me costaba nada encontrar el mejor puesto posible de observación. Tenía cierto instinto. Algo en mis entrañas me decía que el mercado de antigüedades, entre las dos ciudades, quizá funcionara todavía, pese al intenso fuego desde ambos lados. No me equivoqué.

Desde el techo donde estaba encaramado advertí que el mercado estaba repleto de gente y que no había soldados. Todo el mundo se iba y vendía las cosas que no podría transportar. Como por arte de magia me encontré recorriendo una zona de comercio libre. Tenía una última alhaja de Ramiza para vender, y una nota que yo mismo había escrito en inglés.

Recorrí los puestos escuchando atentamente, estudiando a los mercaderes para ver si había alguno a quien pudiera confiarle que entregara mi nota. No encontré ninguno. Todos tratarían de aprovecharse de mí por mi extrema juventud. Seguramente me robarían el brazalete de Ramiza.

Me acerqué a algunos comerciantes judíos, pero mi hebreo era defectuoso y la mayoría de ellos no hablaba inglés. Los que lo hablaban no me inspiraban confianza. Habría sido una locura dirigirme a un comerciante judío común. ¿Qué hacer?

En el otro extremo del mercado había un cerco y una abertura por donde iba y venía la gente. Del otro lado había soldados judíos que controlaban los documentos de las personas que abandonaban el mercado. Ésa era mi única posibilidad.

Tardé muchísimo tiempo en hacer acopio de valor. «Vamos, Ismael, —me dije una y otra vez—, cruza ese cerco». Avancé lentamente tratando de no sentir miedo. «No corras, —me dije—. Si corro me harán un disparo. Busca una persona corpulenta que cruce al lado judío, o escóndete detrás de dos o tres».

»¡Ahí tengo mi oportunidad! ¡Vamos! ¡Ahora!». Salté y me subí a la parte trasera del carro de un vendedor ambulante tirado por un burro, ¡y ya estaba en la zona judía! El dueño ni se dio cuenta. Llegamos entonces al puesto de guardia.

Una mano me agarró del brazo y me bajó del carro de un tirón. Un soldado judío me miró indignado. Pensé que me había llegado el momento de morir.

—¡No deberías estar aquí! —me dijo en hebreo.

—¿Habla usted inglés? —le pregunté.

Me empujó a un lado, haciéndome señas de que me diera la vuelta. Yo regresé hasta él.

—¡Inglés! —exclamé—. ¡Inglés! ¡Inglés! ¡Inglés!

Gracias a Alá, llamé la atención a otro soldado.

—¿Qué quieres, niño? —me dijo éste en inglés. Respiré hondo, cerré los ojos, metí la mano en el bolsillo, saqué la notita escrita y se la entregué. Él la abrió con curiosidad, la leyó y se rascó la cabeza.

> *Soy Ismael. Mi padre es Haj Ibrahim al Soukori al Wahhabi, muktar de Tabah. Él es muy amigo de su gran comandante, el señor Gideon Asch. Nos dijo que, si teníamos problemas, podíamos llamarlo a estos números telefónicos. Estamos atrapados. Por favor, ¿podría llamar al señor Asch de parte nuestra? Muchas gracias.*

En estos momentos ya se había acercado un oficial movido por la curiosidad. Leyendo también la nota, y los tres me miraron.

—Podría ser una trampa —dijo uno.

—Si Asch no conoce a esta gente, no vendrá.

—¡Por favor! —les imploré—. ¡Por favor! ¡No es una trampa! Kaukji está intentando matar a mi padre.

—Espera aquí, niño —dijo el oficial. Fue hasta una casa pequeña que usaban como puesto de guardia. Al instante, volvió con otro oficial que parecía tener mayor graduación. Éste leyó la esquela y me estudió detenidamente, desconcertado.

—Eramos vecinos —le expliqué—. El kibutz de Shemesh y Tabah. Vecinos.

—De acuerdo —dijo el oficial mayor—. Lo llamaré esta noche. Tú regresa mañana.

—No. No puedo irme sin ver al señor Gideon Asch.

—Bueno, pero no puedes quedarte aquí. El mercado cerrará dentro de una hora y habrá tiroteos en esta zona.

—¡Por favor! —supliqué. Tomé el brazalete y se lo ofrecí. El oficial lo miró y me lo devolvió.

—Guárdalo de nuevo en tu bolsillo —dijo—. Ven conmigo.

Todo lo demás es un recuerdo confuso. Crucé la barrera de la mano del oficial. Al instante me llevaban en un auto decrépito rumbo a Tel Aviv.

—Yo soy del Irgún —me dijo el oficial.

«Ahora seguro que me matan».

—Te acompañaré hasta el puesto de la Haganah más cercano.

Recorrimos otro barrio pobre y nos detuvimos frente a unas casas rebosantes de soldados. Antes me había sentido desnudo y aterrorizado, pero ahora el miedo comenzaba a disiparse. Nadie me amenazaba, me interrogaba ni me tocaba. Me miraban con un mínimo de curiosidad. El oficial del Irgún, en particular, parecía muy comprensivo.

Dentro de una de las casas más grandes, me llevaron hasta la puerta de una habitación custodiada por un soldado. El oficial del Irgún le habló y el guardia nos hizo pasar. El oficial de la Haganah que estaba sentado a la mesa daba la impresión de ser el más importante de todos. Me habló en árabe y, después de contarle mi historia, me condujo a otra habitación donde sólo había dos sillas y me ordenó que me sentara.

Durante un largo rato me hizo muchas preguntas sobre los nombres de mi familia, sobre Tabah y el kibutz de Shemesh. Varias veces me preguntó por qué mi familia no había huido a través de Bal Yam. El oficial tenía grandes sospechas, seguramente por ser yo tan joven, por ser un campesino árabe y hablar tres idiomas. Finalmente me preguntó si podía darle algún mensaje secreto que sólo Gideon Asch pudiese comprender. Lo pensé mucho, ya que era el último punto clave para nuestra supervivencia.

—Dígale al señor Asch que yo fui a buscarlo la noche que murió el bebé de Ramiza.

—No sé cuánto tiempo va a tardar esto. Quédate aquí. No intentes escapar.

Al cabo de un rato un soldado me trajo una colchoneta y algo de comida. No me había dado cuenta de lo poco que había comido desde que salimos de Tabah, y comí tan rápido que me descompuse. Muchas veces entraron soldados en la habitación, y me miraban. Fueron todos muy amables, y pronto dejé de causarles tanto recelo. Aunque se inició un intenso fuego, yo me sentía muy cansado. No quería bajar la guardia y dormirme, pero me costaba mantener los ojos abiertos.

—Ismael.

Abrí los ojos. El señor Gideon Asch estaba arrodillado junto a mí. Nunca había hecho semejante cosa en mi vida, pero le tiré los brazos al cuello y prorrumpí en sollozos. Traté de hablar en los tres idiomas al mismo tiempo en medio del llanto. Él me ayudó a recobrarme y así pude contarle mi historia.

Fuimos luego hasta el despacho del comandante y los dos hablaron largo y tendido. Después, desplegaron un mapa sobre la mesa.

—¿Sabes interpretar un mapa, Ismael?

—Creo que sí.

—Muy bien. Aquí está San Pedro, la Gran Mezquita, la Torre del Reloj.

—Sí, comprendo.

—El correo, el ancho bulevar, la iglesia de Emanuel.

Yo asentía para darle a entender que lo seguía.

Id por el camino de Jaffa hasta esta ubicación, trescientos metros más allá de la iglesia. —Señaló un punto en el mapa—. Del otro lado del paseo hay un callejón angosto. Allí estará estacionado un camión. ¿Tienes reloj?

—No.

Se quitó el suyo y me lo dio.

—Aguardad allí, en un lado del camino, hasta las ocho y media. Yo pasaré a buscaros con una patrulla. Gritaré la palabra «Tabah» y vosotros me responderéis diciendo «Kibutz de Shemesh».

Repetí varias veces las instrucciones.

—¿Alguna pregunta, Ismael?

—¿Y si hubiera soldados árabes por la zona?

Intervino entonces el comandante de la Haganah hablándole en hebreo al señor Asch. Pude comprender alguna que otra palabra suelta. El oficial no quería arriesgarse a darme mayor información, pero el señor Asch le dijo que yo era de confianza.

—Sabemos que son tantos los milicianos árabes que han desertado, que las líneas están llenas de agujeros. Si disparan, lo harán sobre nuestra patrulla, y les responderemos con suficiente intensidad como para repelerlos.

Nos llevó el resto del día en reunir a la familia y llevarla por los caminos

apartados para eludir las milicias. Cuando llegamos hasta el punto indicado, el corazón me dio un vuelco de alegría al comprobar que el camión estaba allí. Lo demás fue muy sencillo.

La familia se amontonó en la parte trasera del vehículo. Yo me senté delante, entre el señor Asch y mi padre. De nuevo me sentía cansado, y cada vez que me adormilaba, se me presentaba la escena de la violación de mi madre, mi madrastra y mi cuñada. Esta vez tenía el consuelo del brazo de mi padre que me rodeaba. Muchas veces me dio palmaditas llamándome valiente soldado. Había ganado su estima. Entre sueños los oía hablar mientras el camión atravesaba velozmente Tel Aviv y seguía rumbo al Norte. Estaba tan exhausto que ni siquiera pude admirarme al contemplar la maravillosa ciudad judía.

—Cruzarán cerca de Tulkarm. Un señor de nombre Said los estará esperando.

—Una vez que haya instalado a la familia, caminaré si es necesario mil kilómetros de lava derretida para ir en busca de Faruk.

—No puede regresar a Tabah —dijo el señor Asch.

—No me importa si me cuesta la vida.

—Bueno, al menos tiene algo por qué vivir. Sus sueños de revancha lo alentarán largo tiempo, Haj Ibrahim. Muy poco es lo que queda en Tabah. Instalamos allí a la Haganah cuando ustedes la abandonaron. Esa misma noche el Jihad nos atacó y nos echó. Cuando volvimos, tuvimos que hacer volar casi todas las casas.

—¿Y mi casa?

—Faruk se trasladó y se instaló allí.

El camino terminaba en una barrera antes de pasar a territorio árabe. El señor Gideon Asch nos llevó a un bosquecillo cercano y esperó hasta que oscureciera. Mi padre me permitió acompañarlo a despedir al señor Asch, que lo obligó a recibir unos billetes.

Ibrahim pretendió rechazarlos, pero no pudo porque estábamos sin un céntimo.

—Es una pena que no hayamos tenido la oportunidad de resolver nuestros problemas —musitó mi padre, como en trance.

—No sé. Hace mucho tiempo usted me advirtió que las cosas habrían sido muy distintas de haber podido controlar ustedes la válvula del agua, y no nosotros.

—Eso es cierto. Los hubiéramos dejado morir de sed.

El señor Asch se rió.

—Ahora que nos internamos en mundos diferentes, quiero que me diga quién era el informante que tenían en Tabah.

—Tuve muchos, pero ninguno mejor que su propio hermano.

—Él no es mi hermano —declaró Haj Ibrahim—. Usted lo es.

De pronto la luz de una linterna atravesó la penumbra. El señor Asch respondió a la señal y yo reuní a la familia. Después de una breve presentación del señor Said,

todos avanzaron detrás de él.

—Bueno —dijo el señor Asch—, mantenga la oreja pegada al suelo. Además de Said, tengo muchos otros contactos dentro del mundo árabe. Ellos sabrán cómo encontrarme. Shalom.

—Shalom.

Mi padre y yo caminamos rápidamente para alcanzar a la familia. Ya divisábamos las luces distantes de Tulkarm. Me detuve bruscamente.

—Me olvidé de devolverle el reloj al señor Asch.

—No, Ismael. Él quiso que te lo quedaras.

Días más tarde, Jaffa cayó en manos de la Haganah y el Irgún. De los setenta mil habitantes árabes, sólo quedaban tres mil cuando se realizó el asalto final.

El 14 de mayo de 1948, David Ben Gurión leyó la Declaración de la Independencia del Estado de Israel. Al cabo de unas horas, el mundo árabe al completo atacó.

Tercera parte

QUMRAN

CAPÍTULO PRIMERO

Nos dirigimos rápidamente hacia Tulkarm. Al señor Said le ponía nervioso nuestra presencia. Se disculpó por ser sólo un pobre aprendiz de farmacéutico que vivía en una única habitación con su mujer y cinco hijos, en la casa de su padre. Nos indicó como ir al centro del pueblo, le pidió a mi padre que no se pusiera en contacto con él a menos que fuese una verdadera emergencia, y desapareció.

A los pocos minutos llegamos al mercado y nos encontramos con que una marea humana lo había inundado con miles de familias sin hogar.

—Esta noche nos refugiaremos en la mezquita —dijo Ibrahim— y mañana veremos lo que haya que ver.

Había hablado demasiado pronto.

Era tal el amontonamiento de gente, que no pudimos acercarnos siquiera a cien metros de la mezquita. Un mar de mujeres de luto yacía en el suelo, tratando de abrazar a sus hijos. Los hombres caminaban en círculos. Formábamos parte de un ganado humano anónimo y sin rostro.

Ibrahim se paró, desorientado, en medio de ese valle de lágrimas.

—Salgamos de aquí —ordenó, pero fue la primera vez que lo vi desprovisto de algún tipo de dominio de la situación…, o de sí mismo.

Nos alejamos hasta que la multitud comenzó a disminuir. Recorrimos las calles de los suburbios buscando algún refugio, un edificio abandonado, cualquier cosa que tuviera paredes y un techo.

Luego comprobamos con espanto que las casas de Tulkarm estaban cerradas para nosotros. Se habían retirado las gallinas, las cabras y demás animales de los patios, encerrándolos en lejanos corrales para prevenir los robos. Perros flacos montaban hostil guardia mostrando los dientes por donde pasábamos. Detrás de cada ventana a oscuras advertíamos la silueta de un hombre armado que vigilaba nuestros movimientos.

Saliendo del poblado, donde empezaban las granjas, mucha gente dormía en las zanjas del camino, mientras los labradores se paseaban por los campos protegiendo sus sembrados. Después de andar unos ochocientos metros, llegamos a un largo muro de piedra que rodeaba un olivar. Parecía que no había nadie cuidándolo, de modo que trepamos por la pared y nos quedamos luego apretados contra ella.

Ibrahim fue diciendo nuestros nombres en el orden que deberíamos montar guardia. Le dio su pistola a Omar y se tumbó en el suelo. En ese instante me fijé en sus ojos vidriosos, como si estuviera presentándosele una visión del infierno. Me quedé de pie mirándole porque su comportamiento me asustaba.

—¿Por qué me miras así, Ismael? —me preguntó en voz baja.

—Aquí no tenemos primos —le respondí.

—Pero seguimos estando en nuestra tierra. Existe cierta confusión por el momento debido a que ha comenzado la verdadera guerra pero estamos entre nuestra gente.

—Padre, nos han dejado afuera.

—No, no. Es que están atemorizados. Los judíos se hallan del otro lado del camino. Ya verás. En seguida nos darán comida y un techo. Crearán alguna especie de campamento.

—¿Estás seguro?

—Nunca he echado a nadie de Tabah. Éstos son nuestros hermanos. Además, el Corán dice que debemos ayudarnos unos a otros.

—¿Estás seguro de que el Corán dice eso?

Fue como si le hubiese dado un puñetazo. El desconcierto de mi padre se debía no sólo a las multitudes que huían sino al horrible recibimiento que habíamos recibido en Ramle, en Jaffa y ahora en Tulkarm. La tradición de la hospitalidad estaba enraizada en nosotros, y en nadie tan fuertemente como en mi padre. Solíamos jactarnos interminablemente de nuestra hospitalidad. Eso éramos nosotros, nuestra cultura, nuestra humanidad. Ayudar y proteger a un huésped era parte de nuestra misma hombría.

—Vete a dormir —me dijo.

—Sí, padre.

Ninguno de los dos durmió, pero ya no hablamos más. Cuando finalmente sus ojos se cerraron al tenderse en el suelo entre sus dos esposas, yo me permití dormitar un poco.

Tuve un sueño pesado, lleno de siniestras escenas. Muchas veces me daba cuenta de que estaba sobre la tierra, en un olivar, pero era incapaz de mover un dedo siquiera. El agotamiento nos había dejado medio muertos, y a mí me producía pesadillas. Sabía que mi padre había sufrido uno de los momentos más terribles de su vida al advertir que nuestra legendaria hospitalidad podía ser un mito. Esa idea penetraba en mis tinieblas, se mezclaba con las imagines de la violación de mi madre y otros sueños igualmente horrendos… El sueño de que Haj Ibrahim ya no podía protegernos y tomar nuestras decisiones… Oh, noche, noche, noche, ¡termina de una vez!

—¡Salid de nuestras tierras!

Nos despertamos cercados por un semicírculo de perros que gruñían y amos armados que nos instaban a que nos marchásemos. Mi padre fue el primero en ponerse de pie mientras los demás nos acurrucábamos temblando contra el muro. Haj Ibrahim los estudió con una mirada de desprecio.

—Ustedes no son árabes —les espetó—. Ni siquiera son judíos. Tienen la boca

tan cerca del culo que siento el olor a mierda de su aliento. Vamonos, ya.

Milagrosamente encontramos tal vez el último árbol de Tulkarm que no abrigara a otra familia o se hallara en alguna propiedad hostil. Nos guarecimos debajo de él, esperando que mi padre ideara algún plan.

Todos los objetos personales, salvo la daga y la pistola de mi padre, se colocaron sobre una manta, junto con el dinero que nos había dado Gideon Asch y las pocas libras que quedaban de la transacción con el señor Bassam. A mí me permitieron quedarme con el reloj del señor Asch. Aros, pulseras, hasta los más preciados dijes, todo fue a parar a la manta. La hebilla de plata de Haj Ibrahim, el anillo de Kamal, algunos trocitos de oro que mi madre había atesorado. Ibrahim calculó que podríamos vivir unas semanas con el producto de esa venta, y durante ese lapso ya se le ocurriría algún plan.

Sin embargo, no fue capaz de responder a nuestras preguntas, y nos prohibió formularlas.

Se envió a Hagar al mercado para conseguir un frugal desayuno de higos, queso de cabra y una taza de leche para el bebé de Fátima, puesto que su propia leche se había agriado la semana anterior.

Mi padre se quedó para proteger a las mujeres, y nos ordenó a mis hermanos y a mí que buscáramos una habitación por alquilar. En tiempos normales se podía alquilar una en un pueblo como Tulkarm por una o dos libras al mes. Aun en los suburbios los campesinos pedían cinco libras por cualquier gallinero, y el precio iba subiendo a medida que nos aproximábamos a la plaza central.

Todo el mundo estaba apiñado cerca de la mezquita, desde donde atronaba música militar por los altavoces del minarete, interrumpida a cada instante por algún anuncio.

> «¡LA LEGIÓN ÁRABE HA CRUZADO EL JORDÁN!»
>
> «¡LOS IRAQUÍES YA ESTÁN EN NABLUS!»
>
> «¡TEL AVIV HA SIDO BOMBARDEADA POR LA FUERZA AÉREA EGIPCIA!»
>
> «¡LOS SIRIOS HAN BAJADO DESDE EL GOLÁN, INTERNÁNDOSE EN EL NORTE DE GALILEA!»
>
> «¡EL LÍBANO INFORMA SOBRE SU ÉXITO EN TODA SU FRONTERA SUR!»

Los rumores de una victoria tras otra inundaban las conversaciones. Cada nuevo anuncio que trasmitían los altavoces terminaba con una escalofriante declaración de lo que les habría de suceder a los judíos. Por una parte, mis hermanos y yo nos vimos arrastrados por la exaltación del momento. Por la otra, nos atormentaban el hambre, el carecer de techo, la miseria total de nuestra situación. Al cabo de media hora fue

obvio que no estábamos en condiciones de alquilar refugio alguno.

Al cuarto día en Tulkarm había aumentado nuestro infortunio. Teníamos un árbol que nos daba cierto cobijo y dinero suficiente como para estar un paso más lejos de la inanición. Por lo demás, no sabíamos adonde ir ni qué hacer. No había aparecido ningún funcionario del Gobierno ni organismo de beneficencia, y nadie conocía ciudad alguna que hubiese organizado algo para socorrernos. Haj Ibrahim parecía impotente ante esta situación, lo que aumentaba nuestros temores.

Los rumores volaban como un millón de hojas caídas desde los árboles, retorciéndose y ondeando al azar. Hasta mi padre, que siempre había sido escéptico frente a las exageraciones, no pudo evitar que lo afectase esa fiebre. Sugirió que quizá los jefes árabes habían dicho la verdad cuando nos pidieron que nos fuésemos para dejar el lugar despejado para sus ejércitos. Nuestro problema era sencillamente resistir hasta que pudiésemos regresar a Tabah.

Habíamos registrado la zona y fabricado un sucedáneo de tiendas con cueros, lona, madera y hojalata. Las mujeres habían instalado una burda cocina, que a pesar de todo funcionaba. En aquellos momentos mis hermanos y yo comenzamos a sentirnos más unidos. Yo hasta me llevaba bien con Kamal.

Nos hallábamos en Samaria, en la orilla occidental del río. Tres ciudades —Tulkarm, Jenin y Nablus— formaban lo que se conocía como el «triángulo», que delimitaba territorio totalmente árabe. El Ejército de Liberación de Kaukji comenzó a establecerse allí, pero nosotros ya no le temíamos porque no había motivo para suponer que todavía estuviesen buscando a Ibrahim.

Muy pronto, elementos de avanzadilla del ejército regular iraquí se unieron a ellos. La estrategia militar era obvia. Desde donde estábamos, en Tulkarm, había sólo una distancia de quince kilómetros hasta el mar y una ciudad judía llamada Netanya. Si Kaukji y los iraquíes lograban llegar a Netanya, los judíos quedarían separados por la mitad.

Muy cerca de nosotros se desarrollaban escaramuzas, pero en cierto modo esto nos ayudaba. Cada vez que había una pequeña batalla, los campesinos huían o corrían a ocultarse. Mis hermanos y yo aprovechábamos para saquear los huertos, para robar lo que fuese de los campos, y perseguir animales sueltos. El tener el estómago lleno, nos levantaba muchísimo el ánimo.

¡La marcha de los árabes hacia la victoria continuaba! A medida que los iraquíes y Kaukji iban empujando hacia el mar, los judíos debieron ponerse a la defensiva en toda Palestina…

Egipto avanzó en dos columnas. ¡Tomaron Gaza y Berseba, al igual que el kibutz Yad Mordechai!

¡Siria capturó el kibutz Mishmar Hayarden, abalanzándose sobre el centro de Galilea!

¡Los batallones de la Hermandad Musulmana, al mando de los egipcios, avanzaban presurosos hacia Jerusalén!

Las mayores victorias las obtuvo la Legión Jordana. Los cuatro kibutzim del Bloque Etzión fueron capturados, lo mismo que el sector judío de la antigua ciudad de Jerusalén. ¡Y Jerusalén Occidental estaba siendo atacada! Pero lo principal era que la fortaleza policial de Latrun estaba en manos de la Legión. ¡Eso quería decir que la Legión se hallaba a tres kilómetros escasos de Tabah!

Con la misma velocidad con que había ido creciendo nuestra marcha poderosa, ésta dio la impresión de desplomarse. Los kibutzim que, según los informes, estaban tomados, ahora aparecían como oponiendo una tenaz resistencia. La brecha producida por los iraquíes en Netanya nunca se materializó. Más aún, los judíos estaban ahora atacando al «triángulo».

Cuando nuestras tropas convinieron una tregua sin moverse de sus posiciones, no lo hicieron a la manera de un ejército victorioso.

Una lúgubre noche de mediados de junio, Haj Ibrahim nos reunió a todos alrededor del fogón.

—Mañana nos vamos —anunció.

—Pero, padre, ¿por qué?

—Porque nos han engañado y traicionado. Si aceptamos esta tregua es porque no tuvimos éxito. En cuestión de unos pocos días los judíos se abatirán sobre Tulkarm.

—Pero la Legión está en los muros de la Ciudad Vieja.

—Jamás sacarán a los judíos de Jerusalén —sentenció Ibrahim—. Ten presente mis palabras.

Por la mañana levantamos el campamento y salimos nuevamente a la carretera, esta vez internándonos más en territorio árabe, entre las montañas de Samaria, rumbo a Nablus. Una vez más sus habitantes nos recibieron con todas las puertas cerradas.

CAPÍTULO II

Nablus, la principal ciudad de Samaria, sobresalía como reina en la columna vertebral de montes bajos que corrían a lo largo de la mitad de Palestina. Como la ciudad bíblica de Shechem, en una época había albergado el Arca de la Alianza y había conocido a Josué, a los jueces de Israel y a los conquistadores romanos. Nablus y sus cuarenta mil habitantes eran famosos por su mal humor y por la creación de magníficas rutas de contrabando desde Transjordania.

Desde la victoria sobre los otomanos, la ciudad se había convertido en feudo de la tribu Bakshir, una banda de arteros supervivientes políticos. El alcalde actual, Clovis Bakshir, parecía ser bastante moderado, más astuto que despótico. Era un profesor que había recibido la mayor parte de su educación en la Universidad Norteamericana de Beirut. Los profesionales gozaban de gran estima en la sociedad árabe, y los Bakshir siempre tenían estudiando allí a uno o dos de sus presuntos herederos.

La situación de los exiliados no era mejor de lo que había sido en Tulkarm. La zona era más interior y se la consideraba un territorio árabe más seguro. Había también más refugios en la ladera del monte donde poder guarecerse, pero tampoco había comida, medicamentos ni ningún otro tipo de ayuda. La recepción que nos brindaron fue glacial.

La fortaleza de Nablus, una edificación antiquísima, derruida y mugrienta, contenía el habitual hacinamiento de los ghettos, pero en cualquier fortaleza había siempre lugar para una o veinte personas más. Haj Ibrahim logró alquilar un terrado por la abultada suma de tres libras al mes. Pudimos así levantar una tienda de diversos materiales sobre nuestras cabezas.

La zona de Nablus está enriquecida por dieciséis manantiales naturales, y un pozo que había en el centro atendía una de nuestras necesidades primordiales, la de agua limpia. Se aproximaba el verano. Los novecientos metros de altura de la ciudad daban cierto alivio, pero cuando el viento soplaba caliente sobre el Jordán era capaz de derretir hasta el acero. Vivir sobre un tejado en la *casbah* implicaba escuchar muchos ruidos rutinarios, casi siempre agudos y vulgares, percibir olores en su mayor parte fétidos y contemplar espectáculos desagradables.

Podían conseguirse algunos empleos muy inferiores, que nadie perseguía porque el trabajo pesado era repugnante. Obviamente Haj Ibrahim no podía rebajarse al trabajo servil, pero tenía cuatro robustos hijos.

Los refugiados de Nablus y las colinas cercanas morían todos los días de inanición o enfermedad. Algunos días perecían uno o dos; a veces, hasta diez o doce. Nada se hacía al respecto hasta que el hedor llegaba a las casas de los ricos. Finalmente la municipalidad se ocupó de la tarea de retirar los cadáveres, creando

numerosos trabajos. Había que cavar pozos, juntar los cuerpos y desinfectarlos con una capa de cal. Omar y Jamil ostentaban la dudosa distinción de mantener viva a nuestra familia enterrando a otras personas.

Si bien existían vacantes, recolectar cadáveres no era para mí. Tampoco lo eran mendigar ni vender goma de mascar. Sin embargo, yo tenía doce años y debía contribuir. Había una cantidad de campamentos del Ejército iraquí en la zona, pero la competencia por los empleos entre los niños de mi edad era feroz. La mayoría se limitaba a mendigar comida. Algunos recaudaban un par de peniques diarios haciendo encargos o ayudando a los soldados con el trabajo que se les encomendaba. Otros afortunados encontraban un oficial y le lustraban los zapatos y le servían la mesa. Los oficiales de más alto rango, por supuesto, tenían sus propios asistentes que cumplían hasta con sus más mínimos deseos. Algunos de los chicos más desesperados y atractivos vendían su cuerpo a los soldados.

La prostitución siempre había sido la fiel compañera de los ejércitos, y Nablus estaba lleno de mujeres hambrientas. Además de las viejas prostitutas de la *casbah*, había cientos de mujeres dispuestas añora a dar ese último paso. Tenían que hacerlo con gran cuidado para que sus maridos e hijos varones no se enteraran. Las viudas, las embarazadas de uno o dos meses y las solteronas eran las más seguras. Si las descubrían, eso significaba la muerte. Los proxenetas profesionales podían chantajear fácilmente a una mujer, y por lo tanto se los evitaba. Los jovencitos de otro clan resultaron ser los mejores chulos. Un chico inteligente, que trabajara a las puertas de los campamentos para dos o tres mujeres, podía alimentar a su familia sin que ésta supiera de dónde provenía el dinero.

Los recién llegados entraron en competencia con los chulos y las prostitutas oficiales de Nablus, y todas las semanas se producían varios asesinatos. A los chulos jóvenes siempre se les cortaban los testículos cuando se los mataba. En otros casos, padres o hermanos se enteraban de que alguna madre o hermana se dedicaba a la prostitución, y de inmediato sobrevenía una muerte. Debido a los ladrones y los contrabandistas, los traficantes de droga, la *casbah* era un lugar aterrador.

Los soldados rasos iraquíes eran muy pobres y por lo general muy estúpidos. Sin embargo, siempre se las ingeniaban para tener algo que cambiar por una mujer: cigarrillos, armas, un par de zapatos robados a algún compañero, comida. Los soldados de bajo rango no eran mal negocio puesto que siempre hacían lo suyo rápidamente…, entre los arbustos. Las mujeres solían ir con velo para no ser identificadas luego y cualquiera que fuese inteligente podía servir a toda una tropa en una hora.

Por el contrario, los oficiales eran semidioses con un poder anormal. A éstos les servían las prostitutas oficiales que suministraban bebidas alcohólicas, aceites y una habitación tenuemente iluminada con alfombras en las paredes para ocultar la fealdad

de la *casbah*, música de radio, hachís y una cama con buenas almohadas en un rincón oscuro.

Omar y Jamil recogían cadáveres y nosotros seguíamos hambrientos casi todo el tiempo. Se me ocurrió entonces trabajar para dos chicas. No había perdido mi profundo sentido de la moral y del honor de las mujeres, pero el honor y la inanición tienen dificultades para convivir juntos. Cada vez que lo pensaba, me asaltaba el recuerdo de la violación de las mujeres de mi familia. Yo les caía muy bien a las chicas, y éstas muchas veces se me acercaban para pedirme que trabajara para ellas.

Pero yo siempre pensaba en Nada. Prefería ver morir de hambre a mi hermana, y no que se sometiera. Había jurado protegerla desde el momento que nos fuimos de Tabah. Tenía ya catorce años, le habían crecido los pechos y se había vuelto muy seductora. Ni siquiera iba a dejar que caminara sola por la *casbah*. Decidí que no podía ser chulo de la hermana de nadie. Un último aspecto que tomé en cuenta fue que, si Haj Ibrahim alguna vez llegara a enterarse de que me dedicaba a eso, me mataría a palos.

Frecuentemente terminábamos la comida con el estómago vacío. Se me ocurrió entonces trabajar con Omar y Jamil recogiendo cadáveres, pero resolví intentar unos días más rondando por los campamentos iraquíes.

Si, noche y día, uno clava la mirada en la calle en busca de una moneda, tarde o temprano ésta aparece. Un día me cayó la buena suerte del cielo. Muchos de los chicos refugiados andaban por el sector de aprovisionamientos de los iraquíes, esperando la llegada de camiones para descargar. Los soldados que tenían a su cargo la tarea nos pagaban una o dos libras de más para que la hiciéramos por ellos. Un par de soldados se quedaba para vigilar que no robáramos, y los demás se iban a dormir debajo de un árbol o a buscar una prostituta a la *casbah*.

Nunca llovía en Nablus a esa altura del año, pero un aguacero inesperado llevó a todos a buscar refugio, de modo que había sólo unas pocas docenas de niños vagando por el campamento. Por la gracia del Profeta, apareció de pronto un convoy de doce camiones, y todos tuvimos trabajo. Los soldados asignados a la labor se esfumaron. El oficial al mando del convoy era de alto rango —capitán— y él también se encaminó a Nablus. Los que debían controlar la descarga se metieron en las cabinas de los camiones debido a la lluvia, y en cuestión de momentos se habían dormido.

De manera que ahí estábamos, trasladando mercadería desde los camiones hasta el almacén, sin que nadie nos vigilara. La única cuestión era decidir cuánto se le dejaría al ejército iraquí. Uno de los cabecillas de la banda consiguió cuatro burros, los cargó al máximo y huyó.

Yo corrí el riesgo de mi vida y me quedé. Cuando regresó el capitán, prorrumpí en un falso llanto y le informé que se habían sustraído una docena de ametralladoras. Al principio se enfureció y trató de arrancarme los nombres de los otros chicos. Le

hice entender que, aun si los supiera y se encontrara a los ladrones, jamás podría apresarlos dentro de la *casbah*. Además, el responsable seguía siendo él puesto que sus tropas eran las que debían haber hecho la descarga. El capitán no era muy inteligente. Se llamaba Umrum y no sabía distinguir el culo de una mula de un limón. Los oficiales como él solían ser hijos de familias ricas que compraban su rango en el Ejército. Cuando suficientes familias acaudaladas tenían suficientes hijos con cargos en el Ejército, su propio bienestar estaba asegurado. Bueno, el capitán Umrum se hallaba en un gran brete. Cuando se le pasó la indignación, se echó a llorar porque se consideraba arruinado. En ese momento, serenamente le indiqué un modo de adulterar los manifiestos para que no quedara constancia de que algo faltaba.

A partir de entonces mi familia comió tan bien como cualquiera. Como Kamal sabía leer, escribir y manejar libros, también fue empleado en el Ejército iraquí.

Haj Ibrahim nunca dejó de alterarse por la situación de los refugiados. Ninguna familia, por menesterosa que fuera, por pobre que fuera un labriego o una viuda, nadie jamás se había quedado sin comer en Tabah. Los desaires de nuestros hermanos árabes lo consumían de pena y furia.

Para empeorar las cosas, Omar y Jamil regresaban todas las noches de su trabajo de recoger cadáveres con un olor tan apestoso que casi no podíamos compartir la tienda con ellos. A menudo se descomponían y vomitaban. Luego repasaban los sucesos del día, relatando hasta el más mínimo detalle grotesco, desde un brazo podrido hasta una familia de cinco infantes encontrada muerta en una cueva, o historias igualmente repulsivas.

Mi padre ordenó a las mujeres que le remendaran su túnica y se dirigió a la alcaldía con el objeto de pedir una entrevista con el alcalde Clovis Bakshir. Fue inútil. La municipalidad estaba atestada de la mañana a la noche por cientos de refugiados peticionarios.

El Sunna establece el derecho hasta para el más humilde de los hombres, de presentar personalmente una solicitud al rey. También era la tradición beduina. Los Bakshir de Nablus y los demás personajes poderosos hacía tiempo ya que habían refinado el Sunna. El peticionario era derivado a un funcionario menor, sin autoridad, que conservaba su puesto por su espléndida habilidad para mentir profesionalmente. En Nablus teníamos menos oportunidades que un camello con dos patas.

Al ver que la frustración de mi padre oscilaba entre los ataques de rabia y los de desesperación, decidí intervenir en el asunto. Saqué papel con membrete del Ejército iraquí del despacho del capitán Umrum y le escribí una carta al alcalde.

Digno y honorable alcalde Bakshir: Yo y mis tropas hemos sido asignados a la tarea de conquistar Jerusalén Occidental y cumpliremos nuestra misión en el instante en que concluya la tregua. Sin embargo, no he tenido el honor

de poder presentar a usted mis respetos en forma personal. Entiendo que mis tropas estarán estacionadas en Nablus hasta que retorne la estabilidad. Entonces hasta que tengamos el placer de una relación personal y una larga amistad, le suplico me conceda un pequeño favor.

Mi gran amigo, Haj Ibrahim al Soukori al Wahhabi, muktar de Tabah y figura de prestigio en su región, se halla de visita en Nablus debido a las infortunadas circunstancias de la guerra.

En tanto y en cuanto mis tropas permanezcan estacionadas en su ciudad durante un lapso indefinido, considero que estos favores están en regla. Le quedaría eternamente agradecido si lo recibiera. Se trata de un hombre distinguido, con un gran interés en los acontecimientos presentes y futuros. Puede comunicarse con Haj Ibrahim por medio de su hijo Ismael, que aguarda en la oficina del frente.

Suyo en la victoria.
¡Loado sea Alá!
Coronel I. J. Hakkar. Ayudante
Brigada Nihawand
Ejército de Irak

Adorné la carta con sellos y cintas, y partí rumbo a la municipalidad. Había escrito el «nombre» del coronel de modo que resultara ilegible. La Brigada Nihawand llevaba ese nombre por la victoria árabe final contra los persas en el siglo VII. Yo sabía que se encontraban en la zona de Jerusalén.

Me abrí paso entre la multitud que se agolpaba en la primera oficina del alcalde, y cada vez que alguien protestaba porque me adelantaba en la cola, enarbolaba la carta y todos se encogían con respeto. El alcalde tenía cuatro empleados en sendos despachos que trataban a gritos a las oleadas de peticionarios. Coloqué la carta ante los ojos de uno de ellos. Éste miró brevemente el sobre y desapareció hacia el despacho del alcalde. En menos de un instante regresó y me informó que mi padre tenía una cita para el día siguiente, en casa de Clovis Bakshir.

CAPÍTULO III

Al principio a mi padre le mortificaba que yo hubiese urdido semejante treta para conseguirle una entrevista con el intendente Bakshir. Desde luego, tenía que admitir la existencia del ficticio redactor de la carta, el coronel Hakkar. Luego lo pensó otra vez.

—Una mentira usada en el momento y en el lugar apropiados puede ser como una bella poesía —sentenció.

Como Kamal y yo ahora trabajábamos regularmente para el jefe iraquí de aprovisionamiento, el holgazán e ignorante capitán Umrum, siempre teníamos cigarrillos que podíamos llevar a casa ocultos entre la ropa. Los ricos viven según el patrón oro. Los beduinos, según el patrón estiércol. En la *casbah* vivíamos según el patrón tabaco, que era mejor que el dinero. Con lo que obteníamos por la venta de cigarrillos podíamos sumar algunos céntimos a la olla familiar. Intentamos que Haj Ibrahim se comprara un nuevo atuendo para su reunión con el alcalde, y que así pudiera ahorrarse la humillación de sus harapos.

—No —nos contradijo, desafiante—. Que Clovis Bakshir vea a qué hemos quedado reducidos. Además, siempre y cuando tenga la daga calzada en el cinturón, estoy bien vestido. Lamento que no puedas venir conmigo, Ismael. —Me dio una palmadita en la cabeza y se marchó solo.

Para Ibrahim, la reunión fue la renovación de una antigua alianza. El Haj había conocido a la familia brevemente durante la rebelión del muftí. De tanto en tanto, los Bakshir se habían ocultado de las tropas del muftí en Tabah, y posteriormente habían sido llevados a la tribu de los wahhabis para mayor resguardo. Clovis Bakshir recibió a mi padre amistosamente, y su frutero estaba bien provisto, aunque no en forma exagerada.

Clovis Bakshir era un hombre pequeño, casi delicado, en cuyo lenguaje afloraban restos de su educación universitaria. Era un modelo de calma deliberada y de suavidad. Lo único que delataba su agitación interna era el hecho de que fumaba un cigarrillo tras otro, y sus dedos teñidos por la nicotina.

—Obviamente, me resulta imposible enterarme de quiénes son todos los que se hallan en Nablus en un momento así. De haber sabido que estaba usted aquí…

—Comprendo perfectamente su situación, solo tenemos dos ojos y dos orejas —le respondió Ibrahim.

Se refugiaron en el fresco de la galería. Desde allí no se veía la ciudad puesto que la residencia se encontraba en una extraña zona arbolada. Uno de los arroyos subterráneos salía a la superficie en las cercanías, y formaba una minúscula cascada en su camino. Al costado había un café, que era el principal centro de reunión de los

hombres de la tribu Bakshir. En épocas más pacíficas, Clovis Bakshir oficiaba de juez junto al arroyo.

A Haj Ibrahim le intrigó y sospechó inmediatamente al ver a un segundo hombre en la galería. En el acto advirtió la postura erecta del sujeto, su rostro curtido por el sol y el bigote finamente recortado. Vestía un traje occidental de una tela magnífica, y el tradicional tocado árabe en la cabeza.

—Mi buen amigo y confidente, el señor Farid Zyyad. Estaba seguro de que sus experiencias y observaciones, Ibrahim, serían de gran interés para él.

Cuando servían el café, Haj Ibrahim ya estaba tratando de deducir el motivo de la inesperada visita. Zyyad se retiró inadvertidamente del marco de la conversación, quedándose a un lado. Sus zapatos sumamente lustrados, algo que no se veía a menudo por estos pagos, ofrecían otra minúscula clave. Fuese quien fuere, era alguien de las más altas esferas.

Clovis Bakshir encendió el primero de muchos cigarrillos cuyo humo inspiró en largas bocanadas y exhaló en torrentes, como prolongaciones de sí mismo. La ceniza nunca era sacudida y jamás caía, sino que sólo se volvía angustiosamente más larga.

—Por supuesto que haré todo lo que esté a mi alcance para que su estancia en Nablus sea más cómoda —expresó el alcalde.

Haj Ibrahim asintió.

—Yo no soy de los que lo guiarían a usted por el desierto siguiendo los excrementos de los camellos —afirmó el muktar—. Tengo cosas muy serias en mente, aparte de mi situación personal.

—Hasta en un sitio tan apartado como Nablus hemos oído comentar la notable sinceridad de Haj Ibrahim.

—Estoy tremendamente dolido por el comportamiento de la gente. Nunca creí que viviría para ver desplomarse nuestra noble tradición de hospitalidad.

—Tampoco yo —convino Clovis Bakshir.

—No somos extranjeros. No somos turcos ni judíos —se quejó Ibrahim.

—Debe usted comprender que todo este asunto de los refugiados nos ha caído como una tormenta que casi termina ahogándonos.

—¿Refugiados? ¿Qué quiere decir con eso de refugiados? Mi aldea queda a menos de dos horas de aquí. Soy un palestino en mi propio país, entre mi propia gente. ¡No soy un refugiado!

Clovis Bakshir permaneció profesionalmente inconmovible.

—Víctimas de la guerra —se corrigió—. Desalojados temporalmente.

—Soy palestino y estoy en Palestina —repitió Ibrahim.

—Sí, sí.

—Que quede claro que me obligaron a abandonar mi pueblo, y no fue precisamente el fuego de los judíos. Durante meses todo el mundo árabe nos dijo al

unísono: huid. Nadie tenía una opinión distinta.

—¿Qué otra opinión podía haber con este monstruo sionista que crecía dentro de nuestros vientres?

—Tenemos sillas, mesas, café, tenemos hombres. Los hombres pueden entrar y tomar asiento en las sillas, beber café ante las mesas y conversar sobre las posibilidades de paz. He vivido la mitad de mi vida junto a un kibutz judío y en muy pocas oportunidades me parecieron insensatos. Permítame expresarle con mi conocida franqueza que los judíos nunca me hicieron a mí ni a mi pueblo lo que nuestros propios hermanos nos causaron en estos últimos dos meses.

—Felizmente su aldea no era Deir Yassin.

—Sí. Yo no permití que se utilizara Tabah indiscriminadamente como para provocar semejante represalia —dijo Ibrahim.

—Tal vez en el comienzo había diversas opiniones. Las voces de paz y moderación fueron demasiado escasas y débiles. La obsesión por aniquilar a los judíos se abatió sobre todo pueblo y villorrio del mundo árabe, hasta el último de los campesinos.

Sobrevino un silencio tal, que el sonido distante de la pequeña cascada se convirtió en protagonista.

—Intendente Bakshir, la mayor ofensa de mi vida ha sido la manera como hemos sido tratados. Ni una miga de pan, ni una manta, ni un vaso de agua se nos ofreció. Y Nablus no está precisamente entre los más inocentes en este sentido.

—Me duele tener que admitir la realidad, Haj Ibrahim. Éste no es el comportamiento habitual de nuestro pueblo. Una mañana nos despertamos y de pronto nos encontramos con que toda la población huía. Aunque aquí nos hallamos en territorio árabe seguro, los acontecimientos nos aterrorizaron. Primero vino Kaukji y saqueó nuestros campos. Después, el Ejército iraquí nos trató con gran dureza. Los iraquíes se alimentaron y aprovisionaron sus tropas de nuestras cosechas y nuestras tiendas, sin pagar. ¿Somos árabes patriotas o no?, nos preguntan. Nuestras escasas fuerzas policiales no pueden enfrentarse a ejércitos. Cuando los refugiados…, perdón, los desalojados comenzaron a llegar…, a inundarnos…, todos nos sentimos dominados por el pánico.

—No puedo aceptar esas excusas —le respondió Ibrahim—. El proceder de nuestras tropas ha sido una desgracia para la hombría de los árabes. En cuanto a mí, durante un cuarto de siglo he sido muktar de Tabah, y en todo ese período ni una sola vez hemos cerrado las puerta a un extraño.

—Pero usted nunca se despertó una mañana descubriendo que había cincuenta mil personas acampando en su plaza. La catástrofe fue demasiado grande y rápida.

—¿Por qué rápida? Hemos pasado diez años planificando esta guerra. No ocurrió de repente. Han transcurrido meses desde la resolución de las Naciones Unidas. Se

nos ordenó que debíamos evacuar nuestras aldeas para dejarles paso a los ejércitos. Los jefes que insistieron en que nos fuéramos tenían la responsabilidad de que se nos recibiera bien, se nos proveyera de alimento y refugio. Todo ejército tiene un personal encargado de prepararse para la guerra. ¿Quién preparó algo para nosotros? Ni una sola tienda, ni una cocina, nadie que nos guiara por los caminos.

—La planificación a largo plazo nunca fue una de nuestras mayores virtudes —sostuvo Clovis Bakshir—. Y nadie podía haber calculado la magnitud de la catástrofe. —Bakshir apoyó con delicadeza la colilla en el cenicero, justo cuando ya estaba a punto de quemarse los dedos. Encendió luego otro cigarrillo—. Es verdad. No estábamos preparados.

—En el nombre de Alá, ¿para qué están los gobiernos sino para ocuparse de su pueblo?

—Haj Ibrahim, no tenemos un Gobierno árabe en Palestina. La totalidad del mundo árabe no es una unión de naciones sino una colección de tribus. Yo hace diez años que soy alcalde de Nablus, desde que mi querido hermano fue asesinado por los bandidos del muftí. Observe este barrio. Es muy bonito, ¿no?

—No sé adonde quiere llegar.

—No es un barrio sino un conjunto de casas cercadas. Mis vecinos arrojan la basura por la tapia; luego vienen a protestar porque no ha sido recogida. Y me preguntan: Clovis Bakshir, ¿por qué el Gobierno no ha recogido la basura? Yo les contesto que eso cuesta dinero, y que si aceptan pagar impuestos, la basura será recogida.

»Haj Ibrahim, ¿recaudaba usted impuestos para pavimentar las calles, construir una escuela, una clínica o instalar electricidad? ¿Alguna vez intentó formar una comisión que se dedicara a algún proyecto en Tabah? Me temo que nuestro pueblo no sabe cómo participar en una comunidad. Para ellos, el Gobierno es una prolongación mística del Islam, algo que cae del cielo. Pretenden gobernantes que se ocupen de ellos, sin saber que sólo se obtiene la clase dirigente que uno está dispuesto a pagar.

—¿A qué se debe esta conferencia, intendente Bakshir?

—Es para recordarle que el pueblo palestino jamás se gobernó a sí mismo, ni nunca lo intentó. Hace mil años que nos conformamos con que las decisiones las tomen personas que no son de Palestina. No hubo posibilidad alguna de que cualquier autoridad de Palestina nos hubiese podido preparar para esta guerra. ¿Acaso cree que el muftí habría tenido comida y techo para las víctimas de la guerra?

—Haj Ibrahim —dijo Farid Zyyad, levantándose y saliendo de la oscuridad—, ¿qué opinión le merece la situación militar?

«Bueno, este tal Zyyad está aquí por algún motivo, y la trama se va a develar. Creo que es jordano. Los Bakshir lucharon contra el muftí y luego continuaron como enemigos mortales. Clovis Bakshir seguramente se está jugando su destino entero por

el rey Abdullah. Pese a que este frente está dirigido por Kaukji y los iraquíes, han comenzado a filtrarse contingentes de la Legión Jordana. ¿Por qué razón? Obviamente para reclamar sobre la Orilla Occidental. Sin duda los jordanos tienen listas de muktars, alcaldes y demás importantes palestinos que fueron enemigos del muftí. Mi propio nombre debe figurar en esas listas».

—¿Qué pienso de la guerra? Yo no soy militar —se defendió Ibrahim—. Además, hace dos meses que vivo huyendo.

—Pero sin embargo gobernó una aldea estratégica y la mayor parte del valle de Ayalón durante un cuarto de siglo —interpuso Zyyad—. Su modestia no se justifica.

—Quizás esté usted más capacitado para darme su opinión sobre la situación, señor Zyyad.

—Sí, por supuesto. Esto es sólo lo que pienso yo —dijo, y comenzó una disertación normal, al estilo árabe—. Durante la tregua, los Ejércitos árabes estuvieron reagrupándose para el asalto final. La Legión barrerá a los judíos de Jerusalén Occidental mientras los iraquíes y Kaukji avanzan hacia el mar para partir a los judíos en dos. Todo concluirá un mes después de la tregua.

«¿Por qué me ponen a prueba así? Este hombre sabe que su historia parece sacada de *Las mil y una noches*. ¿Cómo debo encarar este juego?».

—No tenemos ni la posibilidad de tirarnos un minúsculo pedo en una gran tormenta de viento —dijo Ibrahim, provocando que ambos interlocutores manosearan frutas y cigarrillos—. Si hubiera algo de verdad en lo que usted afirma, no estaría mezclada con tanta basura.

—¡Basura!

—La tregua es basura. Los Ejércitos victoriosos no firman treguas. Nuestros Ejércitos están exhaustos. Si no hemos destruido a los judíos en los primeros combates, jamás lo lograremos. Teníamos que tomar cincuenta o sesenta poblados y algunas de las más importantes ciudades judías. No los hemos movido, salvo en algunos sitios aislados. Ahora está comenzando a aparecer la artillería enemiga, y si no me equivoco, están atacando el propio triángulo. Los judíos encontraron los viejos aviones de guerra alemanes. Ya no saludamos con la mano cuando vemos un avión en el cielo; corremos a escondernos en una zanja. Si la tregua concluye, los judíos optarán por la ofensiva y quizá lleguen hasta Nablus.

—Por ser un hombre que no domina los temas militares, alberga usted interesantes opiniones —dijo Bakshir.

—Los judíos no están durmiendo a la intemperie. Nosotros sí. Están en sus pueblos, defendiendo lo suyo como deberíamos haber hecho nosotros. Los judíos no huirán ni se rendirán. Van a luchar hasta el último hombre, no sólo por radio y en los periódicos, sino en el campo de batalla. Usted es militar, señor Zyyad. ¿Cuántos hombres estaríamos dispuestos a perder tratando de conquistar Tel Aviv, Haifa y

Jerusalén? ¿Un millón? ¿Dos? ¿Qué combinación de Ejércitos árabes se comprometerá a semejante sacrificio? Y si así fuera, ¿quién tendrá el valor de realizarlo?

—¿Por qué piensa que soy militar?

—Por su espalda recta. Su acento es de Transjordania mezclado con inglés. Tiene usted adiestramiento británico pero es beduino de nacimiento. Eso lo sé por el tatuaje que lleva en el dorso de la mano. Todos estos datos, más sus elegantes zapatos, me indican que es usted oficial de la Legión Árabe. Todos sabemos que el intendente Bakshir y el rey Abdullah han suscripto algún tipo de alianza secreta. Entonces, ¿para qué tanto misterio?

—Le está quitando todo lo divertido al asunto —afirmó Clovis Bakshir.

Si Zyyad tenía o no sentido del humor, no lo demostró.

—Soy el coronel Farid Zyyad, de la Legión Árabe, como supone —anunció, serio —. He venido en misión personal mandado por Su Majestad, el rey Abdullah. Su opinión de que la guerra pueda terminar tiene cierto mérito y goza de muchos adeptos. Seguramente comprenderá que, de todos los países árabes, sólo Jordania acabará con territorio palestino. Nosotros tenemos el fuerte policial de Latrun, a tres kilómetros de Tabah. Un empujoncito para recapturar Ramle y Lida, y usted estará de vuelta en su pueblo.

«¿Son éstas las idioteces que he venido a escuchar?».

—Míreme, coronel Zyyad. No tengo nada. Ni mil ladrones podrían robarle algo a un hombre muerto. Lo que usted me dice es el engaño más cruel que existe. Su Legión es nuestro mejor Ejército, pero han estirado tanto sus líneas que podría barrérselas apenas con una pluma. No van a salir de Latrun al ataque, y usted lo sabe. —Zyyad iba a hablar pero Ibrahim lo interrumpió—. También sabe que los judíos consiguieron construir un camino a Jerusalén atravesando las montañas, eludiendo Latrun. Ahora han traído ustedes al triángulo sus últimos contingentes para reclamarlo en nombre de Abdullah, estirando aun más las líneas. La Legión Árabe no podría formar ni siquiera otro batallón más aunque la mitad de los reclutas fuesen camellos. Ustedes quieren que esta guerra concluya ahora mismo.

El coronel y el alcalde se miraron de hito en hito asombrados.

—Y ahora, hermanos míos, ¿qué es lo que pretenden de mí?

Zyyad le hizo una seña a Bakshir.

—Haj Ibrahim —dijo el intendente—. El rey Abdullah no es un fanático respecto del tema de los judíos. Le aseguro que fue arrastrado a esta guerra en contra de su voluntad.

—Y yo le garantizo que los Estados árabes jamás permitirán que Abdullah haga la paz con los judíos —le replicó el muktar.

—La paz llegará a su debido tiempo —continuó Bakshir—. El tema es que

creemos que la guerra no continuará. Palestina quedará para el mejor postor. Nosotros no queremos que nos empujen al río para continuar la guerra. Lo importante es que aquellos sectores del país que están en manos de los árabes, sigan estándolo. Usted puso en duda nuestra capacidad para autogobernarnos. No somos capaces de hacerlo. Nuestra única opción es el muftí, y su gente ya se está reuniendo en Gaza. Con el apoyo de los egipcios, quizá reclamen la Orilla Occidental para crear un Estado palestino.

—¡Por las barbas de Alá! ¡Eso es lo que las Naciones Unidas ya nos ofrecieron! Entonces, ¿para qué diablos estamos librando esta guerra? ¿Por qué mi pueblo tiene que dormir al aire libre?

—Nadie iba a quedar satisfecho hasta que nuestros Ejércitos intentaran aplastar al Estado judío. Ellos vinieron y nos vencieron. Ahora tenemos que optar entre el rey Abdullah y el muftí.

—Yo siempre me consideré palestino —aseguró el coronel Zyyad—. La mayoría de la gente de Ammán también piensa así. Cuando los ingleses crearon Jordania, lo único que hicieron fue cambiarle el nombre a una parte de Palestina. Somos el mismo pueblo con la misma historia. La bandera del rey Abdullah flamea ahora en la Cúpula de la Roca, en Jerusalén Oriental, y con la anexión de la Orilla Occidental, de ser un pequeño país pasaremos a ser uno grande.

«Tampoco es ningún secreto, queridos hermanos, que al rey Abdullah lo consume la ambición. Tiene fantasías sobre una Gran Palestina, una Gran Siria…, y sólo Alá lo sabe, una Gran Nación Árabe».

—Quizás eso no sea muy popular en El Cairo —aventuró Ibrahim.

—Ahora también debemos aceptar —intervino Bakshir— que Jordania siempre ha formado parte de Palestina. Eso nos dará un gobernante tradicional, con su Ejército. Pero principalmente nos proporcionará los medios para impedir el retorno del muftí.

—Permítame igualar su sinceridad, Haj Ibrahim —señaló Zyyad—. Está usted en situación de ayudarnos. Muy pronto el rey Abdullah declarará que Jordania está abierta para todos los palestinos desalojados por la guerra. Recibiremos a la gente de los campos y nos encargaremos de alimentarla. Un hombre de su talla puede convencer a miles de refugiados para que pongan fin a sus sufrimientos, cruzando el puente Allenby y viniendo a Ammán. Esto no es de conocimiento general, pero también se proclamará que Jordania concederá la ciudadanía automática a todo palestino que así lo desee.

«Qué humanitario —pensó Ibrahim—. El pequeño rey gobierna una mísera tierra beduina que no alcanza para dar de comer a los suyos. Si se marchan los británicos con sus subsidios, se convertirá en una nación mendiga. No pueden sobrevivir sin dinero de las arcas sirias, egipcias y saudíes. Abdullah intenta ahora inflar

artificialmente su población para fundar sus derechos sobre tierras que no le pertenecen. El rey se está tirando un pedo más grande que su culo. En menos de un año estaríamos muertos, asesinados por nuestros hermanos árabes».

—Tenemos pensados importantes puestos para los palestinos que colaboren con nosotros —prosiguió Zyyad—. Si yo presentara su nombre como uno de nuestros partidarios, podríamos nombrarle incluso hasta ministro del gabinete.

«Este hombre no menciona siquiera la idea del regreso a nuestros campos y hogares. No somos más que peones usados para beneficio de la ambición de Abdullah. Lo único que él quiere son colaboradores».

—¿Cómo le afecta a usted mi amistad personal con Gideon Asch? —preguntó Haj sin ambages.

Una vez más la franqueza de Ibrahim conmovió a Zyyad.

—Como he afirmado, Abdullah no pierde el sueño por el hecho de que exista una nación judía vecina a la suya. Obviamente no podremos reconocerlo públicamente ni firmar un tratado de paz. Sin embargo, deseamos mantener un discreto contacto con los judíos en todo momento. Nos imaginamos incluso una época de paz con ellos cuando haya pasado cierto tiempo.

—Seguramente, coronel, cuando esta guerra concluya, los árabes habrán sufrido la mayor humillación de su historia. Nuestra sociedad y nuestra religión determinan que debemos seguir luchando eternamente contra los judíos.

—¿Por qué no nos dedicamos a hallar la mejor solución para nuestro pueblo aquí y ahora, y dejamos que el futuro se resuelva solo? —propuso Clovis Bakshir—. Se nos está ofreciendo una oportunidad para aliviar su sufrimiento.

Haj Ibrahim escuchó, formuló preguntas y comenzó a dar muestras de que aceptaba el plan. La reunión terminó. El coronel Zyyad estimó que tardaría dos o tres semanas en acabar su labor en la Orilla Occidental, regresar a Ammán y volver luego con órdenes específicas para el muktar. Luego partió.

Clovis Bakshir se dio una palmada en la frente como si de pronto recordara algo.

—Tonto de mí. Me olvidaba. Mi hermano tiene una pequeña finca por aquí cerca. Él se fue a Europa después de la declaración de la división…, para proseguir sus estudios. Se la ofrezco para usted y su familia.

Finalmente escribió una carta con membrete oficial permitiendo a Haj Ibrahim ingresar en los almacenes «La Media Luna» para surtirse de alimentos, mantas, ropas, medicamentos y todo lo que precisara.

—Estoy abrumado —comentó el muktar—, pero creía que ya no había provisiones en Nablus.

Clovis Bakshir abrió las manos en gesto de inocencia.

—En nuestra situación, hay que servir primero a los militares.

CAPÍTULO IV

Un día cebollas, otro día miel. Ahí estábamos, viviendo en un misérrimo sector de Nablus un jueves, instalados el viernes en una suntuosa residencia. Ninguno de nosotros, salvo mi padre, había estado jamás en una casa tan hermosa. Las mujeres hacían comentarios felices el día entero mientras cumplían con sus tareas. Incluso Hagar, que no había vuelto a sonreír desde que llegara Ramiza a la familia, no podía disimular su placer.

El propietario de la casa era el hermano menor de Clovis Bakshir, que había huido del país apenas se firmó la división en las Naciones Unidas. Era ingeniero y tenía un pequeño despacho lleno de libros en árabe y en inglés, de modo que yo pasé rápidamente del primer paraíso al segundo.

¡Y luego descubrí un tercero! Había un gimnasio, una escuela de educación superior, en Nablus. Sólo necesitaba esperar el momento adecuado para sacarle el tema a mi padre.

Una semana después de habernos mudado, Haj Ibrahim me llamó una noche a la galería a hablar con él. Pese al cambio de nuestra suerte, mi padre no parecía muy feliz.

—Tengo muchas preguntas que hacerte, Ismael.

De inmediato me sentí orgulloso de que un hombre tan magnífico como él buscara mi consejo. Nunca había dejado de pensar en mi ascenso al tercer paraíso —inscribirme en el gimnasio—, y quizás ésta sería una buena oportunidad para mencionar la cuestión.

—¿Eres capaz de calcular cuántas latas de aceite de oliva usa nuestra familia en un año?

—*Mumkin* —respondí automáticamente—. Quizá.

—No quiero ningún *mumkin*. Millones de veces al día escucho esa palabra. Pretendo un sí o un no concreto.

—Estoy seguro de que, si hablo con Hagar…

—¿Puedes calcular otras cosas tales como habas, arroz y demás alimentos no perecederos?

—¿Para un año?

—Efectivamente.

—¿Todo lo que comeríamos en un año, que no se eche a perder?

—Sí.

—*Mumkin* —dije.

—¿Sí o no? —Mi padre levantó la voz.

Sentí miedo. Ya me imaginaba adónde quería llegar. Recordé las grandes bolsas y

tarros de comida que había en Tabah.

—Sí —me atreví a musitar.

—¿Puedes estimar cuántos litros de queroseno necesitaríamos para la cocina, la luz y para caldear las casas?

—Quizá no sea demasiado preciso, pero puedo aproximarme.

—Bien, bien. Ahora dime, Ismael. ¿Puedes pensar en todos los demás elementos necesarios, tales como esterillas para dormir, utensilios de cocina, mantas, jabón, fósforos…, el resto de las cosas que teníamos en Tabah? Los artículos que ese maldito perro de Faruk, escupo ante la sola mención de su nombre, tenía en la tienda de Tabah. No las cosas que nos gustaría tener, sino solamente lo indispensable. Nada de tela para ropa nueva sino hilo y aguja para remendar la vieja.

—*Mumkin* —murmuré.

Los ojos de Ibrahim centellearon.

—Son preguntas muy difíciles —me defendí.

—Yo te ayudaré. El problema principal es determinar si todo entrará en un camión del Ejército iraquí, además de la familia.

Sentí como si mi cuerpo se hubiese quedado sin sangre. ¿Qué necesidad había de marcharse de un lugar así? ¿Acaso no habíamos sufrido demasiado ya? Sin embargo, no se debe cuestionar la sabiduría del propio padre.

—No puedo contestarte sin calcularlo durante muchas horas.

—Debe estar listo antes del próximo sabbath.

¡Cuatro días! ¡Era una locura! No obstante, en nuestro mundo a nadie le gusta dar una respuesta directa o decepcionante, pero era inútil tratar de eludir a Haj Ibrahim. Atontado, accedí con un gesto.

—¿Cuánto tardaría Kamal en aprender a conducir un vehículo de ese tipo?

—El ya sabe conducir un poco. Como la tregua está a punto de concluir, llegan muchos convoyes de aprovisionamientos militares desde Bagdad. A su llegada, los soldados que van al volante quieren irse a dormir o divertirse un rato en la *casbah*. Muchas veces Kamal y yo quedamos solos para organizar un equipo que se ocupara de la descarga. Contratamos a los chicos que rondan por los portones y les pagamos con cigarrillos. Kamal y yo sabemos manejar los camiones hasta los muelles de carga, y desde allí hasta el parque.

—¿Y el capitán Umrum?

—Rara vez anda por allí, y cuando se va, también se escapan los soldados bajo su mando. Está loco por las mujeres. Padre, no sé lo que estás tramando, pero muchos de los productos que nombras no están en nuestro depósito.

Mi padre me entregó una carta y me pidió que la leyera. Era una orden del alcalde, Clovis Bakshir, con su membrete personal, para que se entregara a Haj Ibrahim todo lo que éste necesitara del almacén de «La Media Luna». Con esa carta

no tendríamos problema alguno.

—¿Algo más? —pregunté.

—Sí. Debemos buscar una ametralladora, cuatro rifles y varios miles de cartuchos de munición, y lo más importante de todo, uniformes iraquíes para Jamil, Omar y Kamal.

—Los uniformes, sí. Las armas, no —respondí, atreviéndome a causarle un disgusto—. El depósito del armamento ya no pertenece a la sección del capitán Umrum, y está fuertemente custodiado todo el tiempo.

—Tal vez tengamos que arreglarnos sin la ametralladora —farfulló—. Conseguir los rifles no será problema. La *casbah* está llena de desertores tanto de Kaukji como iraquíes, que venden sus armas en el mercado negro. Nos harán falta muchísimos cigarrillos para canjear.

—El tabaco es posible. Pero ¿por qué tenemos que irnos? ¿Por qué no seguir como estamos?

—Dime, Ismael, ¿por qué crees que nos dieron esta residencia?

—Porque eres un magnífico y respetado muktar.

—Los campos, los montes y los barrancos de por aquí están llenos de magníficos y respetados muktars. Muchas veces me has leído cosas sobre Abdullah. Sabes quién es.

—El rey hachemita de Jordania.

—Y como joven instruido que eres, sabes quiénes son los hachemitas.

—Son del mismo clan que Mahoma. Provienen de Arabia, de Hejaz. Eran los custodios de los lugares sagrados de La Meca.

—En efecto. Son un clan de guardianes de mezquitas. Es un hueso que les arrojaron a estos perros debido a Mahoma. Ninguno de ellos fue nunca algo más que un emir menor, y esos títulos eran honoríficos. Nosotros somos sayyids, también descendientes directos de Mahoma. Créeme Ismael, que tú tienes más derecho a ser rey de Jordania que Abdullah. Jamás existió una dinastía hachemita hasta hace tres meses, sólo un largo linaje de guardianes de mezquitas. Este asunto del reinado fue un invento del Foreign Office británico, lo mismo que toda Jordania fue idea suya. Son una familia real igual que una hilera de burros frente al pozo de agua.

Entrelazó sus manos detrás de la espalda y por un instante recitó muchos de los noventa y nueve nombres de Alá; luego quedó pensativo.

—Debemos irnos porque, una vez que reconozcamos a Abdullah como amo, seremos sus perros eternamente. Para poder permanecer en Nablus, debo aconsejar a nuestro pueblo para que abandone los campos, cruce el puente Allenby y entre en Ammán. Abdullah necesita nuestros cuerpos para llenar su supuesto reino. ¿Con qué voy a tentar a mi pueblo? ¿Con una tierra de leche y miel? Yo no soy Moisés y Jordania no es la tierra prometida. Es un reino de arena y estiércol de camello, tan

empobrecido que no pudo alimentar ni a una boca más, ni siquiera en la coronación del rey. El Allenby es un puente de una sola dirección. Una vez que se lo cruza, es imposible regresar.

—Creo que entiendo —dije, casi a punto de llorar.

—¡Debes comprender! Si hay algo que hemos aprendido con lágrimas en los ojos estos últimos meses, es que nuestra tendencia a la hermandad y la hospitalidad están muy bien siempre y cuando nuestras vidas estén colmadas y haya paz. Cuando nuestro pueblo tiene miedo, nos dan con la puerta en las narices y nos abandonan a nuestro destino. ¿Qué tonto puede creer que algo vaya a ser mejor en ese desierto que queda del otro lado del río? Abdullah no es mi rey ni el tuyo. Tiene más enemigos que cualquier hombre del mundo árabe, y créeme que yo no sé contar tanto.

En el rostro de mi padre se pintaba su gran sufrimiento. Siguió luego hablando con voz quejumbrosa.

—Tabah —dijo—. Debemos regresar al lugar que conocemos y amamos. Debemos reclamar nuestra tierra, encontrar a nuestros hermanos y llevarlos de vuelta a casa. Estos idiotas de aquí van a seguir matándose unos a otros eternamente, tratando de decidir quién es el gobernante de Palestina. —Mi padre me miró con ojos llenos de dolor—. Yo querría retornar a Tabah mañana mismo, aunque estuviese en manos de los judíos.

Era la primera vez que me hacía confidencias tan abiertas y sinceras y nunca lo olvidaré.

—Yo ya tengo pensado un plan —le adelanté.

Apoyó una mano sobre mi hombro.

—He llegado a depender de ti. Pasamos demasiado tiempo conspirando y demasiado poco planificando.

—No fallaré. ¿Adónde iremos?

—El tramo final de nuestra huida requiere la ayuda de nuestro amigo ficticio, el coronel Hakkar. Debes redactar una orden, en papel de los iraquíes, para que nos permitan cruzar todas las líneas y los controles de carretera. Si tus hermanos van vestidos de soldados iraquíes, lo lograremos.

—Empiezo a comprender.

—Cuando yo era un niño de tu edad, hubo una peste terrible en Tabah. A mí me mandaron a vivir con los wahhabis. Fue en esa misma época cuando Faruk, que Alá lo deje ciego, fue recibido por los cristianos, que le enseñaron a leer. Nuestro clan siempre se alejaba de la zona de Berseba en el verano y viajaba a lo largo del mar Muerto. Hay un antiguo fuerte judío a la altura del centro del mar, llamado Masada. Al norte de Masada, hacia el punto donde termina el mar, cerca de Jericó, hay una región de cientos, quizás miles, de cuevas de todos los tamaños, grandes, pequeñas, ocultas, subiendo por las montañas. Siempre fueron un refugio para contrabandistas,

para los hombres muy religiosos, para Ejércitos derrotados. Son frescas en verano. Algunas tienen la amplitud de una casa. La mayoría queda a menos de un kilómetro del mar.

—¿Podemos llegar hasta allí en camión?

—Un tramo solamente. El resto del camino tendremos que transportar todo a mano. Necesitaremos muchas sogas para fabricarnos poleas y aparejos, y para atarnos los bultos a la espalda. Después de haber vaciado el camión, Kamal me llevará a Jerusalén Oriental. Allí no será difícil venderlo.

—¿De dónde vamos a sacar agua potable? —pregunté, sabiendo que la del mar Muerto era sumamente salobre.

—Veo que estás pensando. Hay un espléndido oasis y un manantial llamado En Gedi donde nuestro gran rey David se ocultó de Saúl. Sin embargo, también hay en las cercanías un kibutz, y no estoy seguro de si está en manos de los árabes o de los judíos.

—Pero ¿nadie más sabe de esas cavernas?

—Quizá. Sin embargo, nadie se interna en ese lugar sin provisiones. Los que me preocupan son los beduinos. Ellos sentirán el olor de nuestros alimentos desde cien kilómetros de distancia. Por eso necesitamos las armas.

—Padre, te imploro…, ya que vamos a permanecer tantos meses en las cuevas…, que me dejes llevar algunos libros.

—¡Libros! ¿Es que nunca vas a cambiar? Bueno, esta finca donde estamos viviendo pertenece a un hombre instruido que huyó. Llévate los que quieras, siempre que haya espacio en el camión. Y no me hagas trampas con las cantidades. Nos hace falta más comida que libros.

—Te prometo que no te haré trampas —le mentí—. ¿Cuándo les informaremos el plan a Kamal, Omar y Jamil?

—Dos minutos antes de ponerlo en funcionamiento —me respondió.

Calcular los víveres fue una tarea muy ardua que me obligó a dormir intermitentemente. La parte más agradable fue que tuve que trabajar todo el tiempo con mi padre. Mis hermanos sospechaban de nuestras largas charlas solitarias.

Después de haber anotado todo lo que haría falta, localicé los productos en los almacenes «La Media Luna». Tracé un mapa con la situación de los alimentos, el combustible, las sogas, todo lo de la lista. Cuando llegara el momento de partir, no tendríamos que demorarnos registrando a ciegas los almacenes.

Le llevé a mi padre varias docenas de cartones de cigarrillos, ese mismo día él consiguió no sólo la ametralladora sino también dos rifles, dos metralletas, municiones, granadas y dinamita.

Mi plan era sencillo. El día que hubiera de ponerse en práctica el plan, tendríamos que quitar de en medio al capitán Umrum. Yo conocía a un chico que chuleaba a una

mujer especialmente hermosa, e hice un trato conveniente con él. Después, empecé a contarle al capitán que había visto a esa bella mujer y que sabía que estaba disponible. Por supuesto que Umrum, el perfecto idiota, se tragó el anzuelo e insistió para que se la buscara. Yo le aseguré que haría lo posible por conseguírsela un día entero, pero como era tan popular, sería difícil. Le mostraba el señuelo y al tonto de él, se le ponían los dientes largos.

Realicé listas de requisas que podían pasar la prueba de cualquier Ejército, sobre todo de los estúpidos iraquíes. También escribí una carta al coronel Hakkar solicitando que se nos permitiera atravesar las líneas.

Sin embargo, un detalle me preocupaba sobremanera. Había caído en mis manos un reciente mapa militar, y me enteré de que, saliendo de Jericó, nos encontraríamos en una zona peligrosa sin caminos, una senda utilizada solamente por las caravanas de camellos. Si de pronto nos topábamos con arena o agua, eso podía significar el fin del viaje. La parte mecánica del camión era el punto débil del plan. No quería decírselo a Haj Ibrahim porque siempre era más fácil resolver una mala noticia, que anunciarla. Cuanto más reflexionaba, más consciente era de los riesgos. Esperé para recurrir a mi padre hasta que ya no pude más. Cuando le avisé que el coronel jordano Zyyad regresaba a Nablus al cabo de dos días, tuve que enfrentarme a él con el corazón en la boca. Tenía los ojos colorados de tanto trabajar y la mente algo confusa, pero lo que más temía era desilusionarlo.

—Padre —musité—. Debo ser sincero, muy sincero contigo. Ni Kamal ni yo somos capaces de llegar a Jericó por estas montañas, y mucho menos atravesando el desierto. Los vehículos iraquíes están en reparación casi todo el tiempo. Están muy mal cuidados y llegan a Nablus después de haber cubierto un largo trayecto desde Bagdad. Entre eso y el mal estado de los caminos, será imposible llegar a las cuevas sin que se averíen. Ni Kamal ni yo tenemos la menor idea de lo que hay debajo del capó de un camión.

Felizmente mi padre tomó la noticia con filosofía. Se dio cuenta en el acto de que, si sufríamos algún desperfecto en cualquier punto anterior a las grutas, podíamos considerarnos muertos. Con todos esos alimentos, y habiendo soldados y gente desesperada por todas partes, nos matarían a la hora de habernos detenido. Se puso pálido.

—He pensado en algo —dije.

—¡Por las barbas del Profeta, dímelo!

—Conozco un chico que trabaja en un garaje. Se llama Sabri Salama y tiene dieciséis años. Es un mago de la mecánica y sabe arreglar camiones. Sabe sacar repuestos de un camión roto para reparar otro. También es un gran conductor. Hubo una batalla en su pueblo, y durante el combate quedó separado de su familia. Él se encontraba en otro lado cuando atacaron los judíos, y nunca pudo regresar. Está

seguro de que sus parientes se dirigieron rumbo a Gaza. Ansía tremendamente irse de Nablus. Yo sé que vendría con nosotros si se lo pidiéramos.

El rostro de mi padre se transformó en un diccionario de sospechas.

—No podrá viajar de Nablus a Gaza a menos que tenga alas. Como mecánico, podría vivir como un príncipe mientras dure la guerra, sin moverse de donde está.

—Sabri me contó que…, que…

—¡Qué!

—Un teniente iraquí lo tomó…, lo obligó… a ser… su novia.

Mi padre me dio un sopapo. Me habría dolido más de no haber estado preparado para recibirlo.

—No es culpa suya. Lo forzaron torturándolo.

Haj Ibrahim se dominó.

—¿Cómo aprendió su profesión? Me refiero a la de mecánico.

—El padre era dueño de un garaje y cinco camiones, que usaban para recoger cosechas y transportarlas a Jaffa desde las aldeas próximas a su pueblo.

—¿Qué pueblo?

—Beit Ballas.

—¡Beit Ballas! ¡Una ciudad de ladrones! ¡Un reducto de asesinos del muftí!

A esa altura ya no me importaba si me mataba a golpes. No podía condenar a mi familia fingiendo que el peligro no existía.

—Padre, ahora eres tú el que le cierra la puerta en la cara a un hermano inocente, tal como hicieron con nosotros.

Recibí otro manotazo tan fuerte que creí que se me desprendería la cabeza. Tuve deseos de gritarle que condujera él mismo el maldito camión, pero sólo sé que permanecí de pie durante largo rato.

—Tráeme a ese tal Sabri. Hablaré con él.

Fue una suerte que Ibrahim se dejara guiar por el sentido común y no por el orgullo. Sabri Salama no sólo resultó ser un excelente conductor sino que, de no haber sido por él, jamás habríamos llegado. Decidimos partir a la mañana temprano en vez de por la noche, puesto que la noche tiene ojos que nos observan, y no los podemos ver. Y si ocurría algún desperfecto, mucho mejor sería solucionarlo a la luz del día.

Le habíamos echado el ojo a un camión recientemente reparado, pero nos lo quitaron de las manos en el último momento. Tuvimos que conformarnos con uno que acababa de recorrer el agotador trayecto desde Bagdad. Después de cargarlo, quedamos todos tan amontonados que un simple eructo habría sido desastroso. El camión se averió cuatro veces entre Nablus y Jericó, un trecho de menos de setenta y cinco kilómetros por camino de montaña. En cada parada montábamos guardia muy nerviosos mientras Sabri se metía debajo del capó o del propio camión.

Afortunadamente siempre tuvo la solución y el repuesto necesario. Su pericia nos infundía un gran respeto.

Bajando de Jericó recorrimos una zona muy irregular, a lo largo del mar Muerto. Mi padre comenzó a recordar la región.

—Estamos cerca. Sigamos buscando las ruinas.

—¡Allí! —gritó Omar.

Habíamos llegado al antiguo Qumran, convertido ahora en una enorme pila de escombros. Los ojos de mi padre escrutaron el adusto paredón de acantilados y cañones. Eligió pasar por el primer lecho seco porque podía ofrecernos una especie de camino. Después de andar unos ochocientos metros nos detuvimos muy cerca de la entrada de un cañón. El camión se paró en seco y nosotros nos sentíamos casi muertos de tantas sacudidas, asfixiados por el polvo y el calor sofocante.

Oscurecía rápidamente. Habría que esperar hasta que volviera la luz para buscar un escondite. Yo tenía solamente doce años, pero ya era un general árabe.

CAPÍTULO V

Nos levantamos con el sol. Sabri se puso de inmediato a reparar al camión. Su opinión era que tenía serios desperfectos.

Jamil se quedó para custodiar a las mujeres, a Sabri y las provisiones. Los cuatro hombres restantes —me llamó a mí mismo hombre con cierta cautela— comenzamos a escalar una empinada cuesta hacia la entrada del cañón con profundos abismos. Unos trescientos metros más adentro encontramos la entrada a un segundo cañón, y el grupo se dividió en dos. Yo permanecí con mi padre, mientras que Omar y Kamal tomaban la bifurcación.

Todavía conservaba el reloj que me diera Gideon Asch, y Kamal tenía otro, cortesía de los iraquíes. Sugerí que fijáramos una hora para volver a reunirnos, pero Ibrahim no confiaba en los relojes. Señaló el sol e indicó que, cuando éste alcanzara su posición del mediodía, deberíamos volver sobre nuestros pasos hasta la bifurcación, y comentar lo que habíamos visto.

Aproximadamente ochocientos metros más adelante, mi padre y yo comenzamos a hallar cavernas, pero ninguna nos pareció apropiada. La mayoría quedaba en lo alto de los cerros, y el acceso era sumamente difícil o claramente imposible. Llegamos hasta otra bifurcación. Mi padre prefirió continuar por el lecho seco, mientras que yo me internaría en un minicañón que, al parecer, no tenía salida. Separarnos fue un error muy grave por nuestra parte. Al acercarme al sitio aparentemente sin salida, comprobé que éste desembocaba hacia otro ramal del cañón, y cuando traté de desandar el camino, me di cuenta de que me hallaba en un laberinto.

El sol quemaba y los paredones del cañón parecían cercarme. Tomé mi cantimplora y traté de no dejarme dominar por el pánico. Al cabo de una hora comprendí que estaba dando vueltas en círculo, que era incapaz de orientarme y de volver a hallar la salida.

Tal vez me apresuré un poco al decir que era un hombre, porque me sentía como un niño. No te asustes, me decía constantemente. El sol trepó al cielo del mediodía. Comencé a gritar y silbar, pero mi propia voz se mofaba de mí con ecos que rebotaban contra las piedras.

Los acantilados eran tan altos que el sol se perdía detrás de ellos, y cuando el calor fue disminuyendo comprendí que llegaba la tarde. Otra serie de gritos frenéticos me trajo sólo la respuesta del eco. Me senté en la tierra, me cubrí el rostro con las manos e iba ya a ponerme a llorar cuando levanté la mirada.

Me pareció ver la entrada de una gruta a unos quince metros de altura. Corrí hasta otro sitio desde donde se podía ver mejor. ¡Sí! ¡Había una caverna enorme allá arriba! Era tal mi deseo de ser yo quien la encontrara, que perdí algo del miedo que me

invadía.

La cuesta era muy escarpada, pero mis manos y mis pies eran como garras. Subí como una araña. Un olor conocido llegó a mis narices. El hedor de cadáveres. Permanecí allí pegado al muro, tratando de decidir si debía seguir subiendo, o bajar.

Vamos, Ismael, me dije. Sube. Alcancé un saliente, junto a la entrada. De nuevo me sentía muy asustado. La mano me temblaba casi descontroladamente cuando encendía la linterna y avancé hacia la abertura. El haz de luz iluminó una cueva inmensa, varias veces del tamaño de mi casa. Recorrí las paredes. Desde el sector central partía una serie de corredores. No me atreví a proseguir porque ya me había extraviado en el cañón, y no quería empeorar las cosas perdiéndome en la caverna.

De repente me inundó el pánico. Escalofriantes chillidos, ruido de aleteo y una masa de pájaros negros que se abalanzaban sobre mí. Lancé alaridos en el momento en que una media docena de buitres casi me derriban, evolucionando en círculo y revolviéndose indignados hacia mí. Retrocedí hasta la pared y disparé mi rifle. No acerté a ninguno, pero el tiro los ahuyentó.

Resistí el impulso de huir, regresé a la gruta y descubrí el motivo del olor nauseabundo. Cuatro mujeres, una cantidad de niños y bebés, y un solo hombre. No hacía mucho que habían muerto, y habían sido desnudados por los beduinos. Millones de gusanos los devoraban.

El sonido de mi propia respiración me sobresaltó. Empecé a oír otros ruidos extraños en la cueva. ¿Habrían estado los beduinos observándome todo el tiempo? Comprendí que me había internado en un terreno que pertenecía a siniestras criaturas y a los beduinos. Sin embargo, la cuerva era tan amplia que seguí explorándola. Distinguí excrementos de aves y supuse que muy pronto me toparía con sus dueños. Murciélagos, sin duda.

Regresé hasta el saliente. Desde allí era bien visible la entrada al pequeño cañón, la cual se podía custodiar fácilmente. Por encima del saliente, el acantilado ascendía unos trescientos metros más. Ni siquiera un beduino sería capaz de bajar hasta nosotros desde la cima sin ser descubierto.

¿Cómo hacer para regresar al camión y volver a encontrar esa cueva por la mañana? ¿Podríamos guiamos por el olor? Si sacaba los cadáveres a la intemperie, ¿podría localizar la caverna fijándome en los buitres? Era repugnante, pero así y todo regresé a la gruta, tomé los cadáveres y los arrojé por el precipicio; luego contemplé a los buitres continuar con su banquete.

¡Allí! ¡En el borde del saliente! ¡Esa gente había hecho una escalera de soga! La probé para ver si no estaba podrida, me pareció resistente. Debía correr el riesgo. Rápidamente bajé.

Estaba oscureciendo. ¿Me quedo aquí para que mi padre y mis hermanos me busquen por la mañana? Hice otro disparo a los buitres, esperando que llegara hasta

el oído de mi padre. Erré de nuevo, pero los ahuyenté. Se me ocurrió entonces tomar una piedra y hacer marcas en las paredes para orientarnos después.

La noche se cerró aterrorizándome. No podía avanzar más. Me metí en una grieta, cargué el rifle y traté de ver en medio de la penumbra.

Toda clase de ruidos me sobresaltaron: rocas que caían, el chacal que con su grito anunciaba mi presencia, el graznido de las aves que me estudiaban como posible alimento.

Me mantuve despierto hasta que ya no pude sostener la cabeza, sobresaltándome con cada nuevo sonido extraño.

—¡ISMAEL! ¡Ismael! ¡Ismael! ¡*Ismael*! ¡*Ismael*!

Abrí los ojos y sentí la boca seca y el corazón me dio un vuelco.

—¡ISMAEL! ¡Ismael! ¡Ismael! ¡*Ismael*! ¡*Ismael*!

Luces y sombras se dibujaban sobre las paredes del cañón, y diez millones de estrellas brillaban en lo alto. Por un instante no supe dónde estaba, y cuando me di cuenta, *majnum* —el espíritu que nos vuelve locos— había comenzado a consumirme.

—¡ISMAEL! ¡Ismael! ¡Ismael! ¡*Ismael*! ¡*Ismael*! —retumbó en el cañón.

Era Alá, que me llamaba para que fuese con él. ¡No! ¡No! ¡Era la voz de mi padre!

—¡PADRE! ¡Padre! ¡Padre! ¡*Padre*! ¡*Padre*!

¡Oh Dios, por favor, por favor!, supliqué.

—¡Ismael!

—¡Padre!

—¡Ismael!

—¡Padre!

No podíamos vernos ni aun a la luz de la luna, pero conseguimos que nuestras voces se acercaran.

—¿Me oyes bien? —gritó.

—¡Sí!

—¡No te muevas de donde estás! ¡Quédate ahí! ¡Yo te hallaré por la mañana! ¡Podemos seguir llamándonos toda la noche!

—¿Estás con Kamal y Omar?

—¡No, pero nos escuchamos débilmente! No temas, hijo mío. ¡Alá te protegerá!

Deseé poder tener a mi padre conmigo en vez de a Alá, pero de pronto ya no sentí miedo. La luna pasó justo sobre mi cabeza, iluminando intensamente las rocas. Rodeado por las estrellas, me sentía nuevamente en el paraíso. ¡Yo era un beduino! Y al igual que los beduinos, dormí sentado, doblado en dos, con un ojo y ambos oídos abiertos. A través de la noche mi padre me tranquilizaba con sus llamadas.

Al amanecer vi que Ibrahim y mis hermanos venían hacia mí. Tuve extraños

sentimientos. Quería que me salvaran, pero había aprendido a no sentir miedo, había visto el desierto de noche y quería vivirlo más. Fui a recibirlos tratando de demostrar cierta indiferencia, pero las palabras me salieron a borbotones al conducirlos a la cueva. Fue fácil hallarla puesto que había gran cantidad de buitres a la puerta.

Subimos por la escalera de soga y entramos. Mi padre inspeccionó las posibilidades defensivas de la gruta.

—¡Es perfecta! ¡Esperemos que los buitres terminen rápidamente con su cometido y no atraigan la atención de los beduinos sobre nosotros!

—¿Quién crees que era esa gente? —preguntó Kamal.

—Sólo Alá lo sabe. Parece haber habido un solo hombre. Los demás son mujeres y niños. Probablemente el hombre haya quedado de guardia mientras los otros salían en busca de provisiones. Deben de haberse extraviado cuando intentaban regresar, y las mujeres y los chicos murieron de inanición.

Ibrahim tenía razón, ya que en los días siguientes encontramos los cuerpos de tres hombres. Nada quedaba de sus ropas ni de los víveres. Los beduinos los encontraron primero, y los buitres poco después.

Hallamos nuevamente el lecho seco y con cuidado marcamos las paredes del cañón para señalar el camino. Al atardecer llegamos al camión. Aunque las mujeres no podían abrazarnos en público, se detuvieron delante de nosotros, porque estaban seguras de que nos habíamos perdido.

El corazón me dio un vuelco al ver el vehículo. Sabri había desparramado sobre unas mantas en el suelo todas sus piezas.

—Está todo obturado con tierra y arena. Hay que limpiar cada parte antes de volver a armarlo.

—¿Funcionará?

—Tenemos un problema. Se ha roto el radiador, y se ha quedado sin agua.

—Si no sacamos este camión de aquí y lo vendemos, estaremos en una situación muy peligrosa —opinó Ibrahim.

Se sentía totalmente desconcertado por lo que veía ante sus ojos. Yo sabía que pensaba que sería imposible colocar todo de nuevo en su lugar, y menos aún hacerlo andar.

Hicimos turnos para cuidar el camión. Sabri se dedicaría a trabajar ya que estábamos en una carrera contra reloj. Los demás descargaríamos las provisiones. Cada persona no podría acarrear más de doce a veinte kilos de peso en cada viaje porque había subidas muy empinadas y el calor era abrasador. Nos preocupaba que las marcas hechas en las paredes no fuesen efectivas. Una marca falsa, producida por la Naturaleza, podría hacer que nos extraviáramos.

—Cuando yo era chico, antes de que mi padre heredara el garaje —dijo Sabri—, fui pastor. Llevaba los rebaños a pastar en invierno al Bab el Wad. Solía señalar el

camino de regreso armando pequeñas pilas de piedras a intervalos cortos.

La idea era perfecta, pero me molestaba. Hacía muy pocos días que Sabri había irrumpido en nuestras vidas, pero ya parecía tener la respuesta para casi todos nuestros problemas. Y lo que es más, él había vivido varios inviernos en una cueva. Desde que yo aprendiera a leer y escribir, superé a Kamal y desplacé a Jamil y Omar. No tenía rivales en la atención de mi padre, pero Sabri representaba ahora una amenaza. No sabía cómo defenderme puesto que necesitábamos de él.

Trasladar las mercancías fue mucho más agotador de lo que suponíamos. Nuestra primera tarea consistió en rociar queroseno dentro de la cueva, y prenderle fuego. Así no sólo matamos los gusanos sino que obligamos a salir a los murciélagos. Cuando el humo se hubo dispersado, fabricamos aparejos y poleas para subir las provisiones. Mi padre organizó guardias rotativas para custodiar la caverna. Como las mujeres no podían encargarse de la vigilancia, estaban siempre en la caravana de las provisiones. Lo máximo que pudimos hacer fue dos viajes de ida y vuelta al día. La reserva de agua, almacenada en latas de veinte litros del Ejército, disminuía en forma alarmante.

Revisamos las ruinas del poblado de Qumran sabiendo que durante siglos había sido registrado por los beduinos, con la esperanza de hallar algún manantial. Las instalaciones del agua, que se llenaban con las inundaciones del invierno, habían sido destruidas hacía tiempo. Todas las cisternas estaban rajadas, probablemente debido a los numerosos terremotos que asolaban siempre esa región.

Ibrahim pensaba que podíamos fabricar una especie de estanque o presa para almacenar el agua del invierno, la única época de lluvias del año. Cuando llovía, el agua bajaba por los riscos y llenaba los angostos cañones. Al no poder filtrarse por el lecho rocoso, el agua se amontonaba, buscando luego la forma de llegar hasta el lecho seco. Cuando una media docena de cañones desembocaba en un único wadi, el resultado era una inundación impetuosa que corría hasta el mar Muerto. Ibrahim recordaba que, de niño, en una oportunidad casi se había ahogado en una de estas inundaciones.

Estábamos en la mitad del verano. No habría lluvias durante meses, y sólo teníamos agua para ocho o diez días. Nuestras idas y vueltas del camión a la cueva eran sumamente fatigosas, y nos esforzábamos por consumir la menor cantidad posible de agua. Nos llevó una semana entera el descargar el camión. Durante ese tiempo, Sabri casi había terminado de arreglar el vehículo.

Sabri nos comunicó la mala noticia de que el radiador perdía por varias partes, que el motor no tenía agua, que la batería no funcionaba y que la de repuesto no estaba convenientemente cargada. Aun si tuviese repuestos nuevos, no sabía con certeza si el camión volvería a arrancar o no.

Entretanto, las mujeres se habían encargado de dejar la cueva en condiciones habitables. Una vez que subieron por la escalera de quince metros, en muy pocas

ocasiones volvieron a bajar. El fresco del interior era un refugio contra el calor tórrido. Encontramos varios pasillos que partían de la cámara central como para que todos tuviesen intimidad, aunque esto equivalía a una penumbra total. Se nos permitía encender las linternas sólo para ir y venir de la gruta principal. Yo descubrí un túnel que conducía hasta otra abertura; desde allí se podía trepar hasta un saliente desde donde se observaba todo el extremo norte del mar Muerto. Pedí ese sitio para mí y para Sabri, con gran consternación de mis hermanos. Si querían un saliente para ellos, que lo buscaran como lo había hecho yo.

Nos dimos cuenta de que, en una punta de la cámara grande, se filtraba un rayito de luz. Escarbando entre las piedras pudimos armar una chimenea al exterior, que nos resolvió muchos problemas. Montamos un fogón permanente debajo de la chimenea, que servía para iluminar la caverna y para cocinar. Con el fin de mantener el fuego ardiendo y no utilizar el valioso combustible, una labor de todos los días era bajar a buscar leña. Los diluvios intermitentes del invierno habían hecho posible que sobreviviera una gran variedad de pequeñas ramitas y matorrales. Recogimos frambuesas salvajes, jojoba, tamariscos del desierto y mejorana para alimentar el fogón. Cuando nos topamos con un enorme arbusto de terebinto, nuestro problema de fuego quedó resuelto.

Al principio tratamos de cazar los enormes conejos del desierto, que se nos cruzaban delante. Todos teníamos muy mala puntería y los animalitos eran demasiado rápidos. También era peligroso, porque Jamil resultó herido por una bala de rebote. Una vez más Sabri tenía la solución. Sabía hacer trampas para conejos, y a éstos los atraíamos con un puñado de cereales. Muy pronto contamos con abundante carne de conejo para complementar nuestra dieta.

Nos quedaba agua para cuatro días cuando Sabri terminó de armar el camión.

—Tengo que ir a Jerusalén a conseguir un radiador nuevo. Necesito unas mangueras, una batería y otros repuestos más —anunció.

Eso significaría un día de caminata hasta Jericó y otro día más para llegar en autobús hasta Jerusalén. Sabri dijo que conocía muy bien la zona de los talleres mecánicos de Jerusalén Oriental porque la había frecuentado mucho cuando su padre tenía cinco camiones.

Habría que darle hasta el último céntimo. ¿Y si se fugaba con el dinero? Lo peor era que teníamos provisiones por valor de varios miles de dólares. Si Sabri volvía con una banda de criminales, podían asesinarnos y llevarse todo. Sin embargo, no estábamos en condiciones de permitirnos el lujo de grandes sospechas. No había otra opción que entregarle el dinero. Mientras lo observábamos partir rumbo a Jericó, nos preguntamos si alguna vez volveríamos a verlo.

Tres días después me encontraba yo de guardia vigilando el camión. Leía a la sombra del vehículo pero constantemente levantaba la mirada para controlar el

sendero que corría paralelo al mar. Recé para que fuera Sabri. De tanto en tanto, oteaba en todas las direcciones con los prismáticos buscando posibles intrusos.

Nuestra situación en la cueva era totalmente desesperada. Se nos había acabado el agua. Quedaban sólo veinte litros en el camión pero no podíamos tocarlos ya que los necesitábamos para llenar el radiador… si Sabri regresaba. Al día siguiente Haj Ibrahim debería tomar una decisión. Tendríamos que abandonar la caverna y arriesgarnos a bajar a Jericó. La alternativa era cruzar el puente Allenby, entrar en Ammán y convertirnos en jordanos.

Mientras escudriñaba el horizonte hacia el Sur buscando signos de vida, me detuve en algo que ya había visto antes. Me pareció divisar un puntito verde junto al mar, unos dos o tres kilómetros al Sur. Mi padre nos había advertido que no debíamos ir al Sur por temor a encontrarnos tropas judías o con beduinos. Clavé la mirada en el punto verde hasta que me ardieron los ojos. Trepé luego a un sitio más alto y volví a mirar. El desierto produce crueles ilusiones, pero me atrevía a jurar que esa mancha verde no se borraba.

Al mediodía vino Omar a relevarme.

—Voy a bajar hasta el mar, unos kilómetros hacia el Sur —le avisé.

—¿Acaso el calor te ha vuelto loco?

—Hay algo allá abajo.

—¿Qué cosa?

—No sé. Eso es lo que quiero averiguar. Si tengo que volver a la gruta a pedirle permiso a Ibrahim, no podré llegar allá hasta mañana. Y mañana será demasiado tarde si no ha retornado Sabri para hacer andar el camión.

—Pero no puedes desobedecer a nuestro padre.

—Si tenemos que ir caminando hasta Jericó, algunos quizá no lleguen debido al calor. Mamá no podrá hacerlo. El bebé de Fátima seguramente morirá.

Omar, que nunca se había quejado de tener que trabajar en el bazar o servir las mesas del café, no quería hacerse cómplice mio.

—Vete, pero es tu decisión y tu responsabilidad.

Me encaminé hacia la mancha verde, recordando todos los *surahs* del Corán para implorar la ayuda de Alá. Hacía varias noches que venía soñando con cascadas, ríos, lluvias. Soñaba que estaba desnudo bajo un chaparrón, tragando agua desesperadamente.

Justo sobre el mar, tres kilómetros más abajo del camión, la franja verde se hacía más visible. ¡Luego la oí antes de verla! ¡Era ruido de agua!

Traté de no apresurarme. Ten cuidado, Ismael, me dije. Ten cuidado. Miré a mi alrededor para comprobar si no había judíos o beduinos. Silencio total. No vi signos de movimiento. Rogaba que nadie estuviese vigilándome. Cada vez más cerca… ¡Finalmente vi lo que oía! Casi a la orilla del mar, manaba agua de una roca

formando dos grandes estanques que desembocaban en el mar.

Me acerqué a uno de ellos avanzando en cuatro patas, temeroso porque estaba seguro de que un disparo me mataría en cualquier instante. Me senté junto al estanque unos instantes para recuperar el valor. No pude aguantar más. Me atreví a meter la mano y lentamente me la llevé a la boca.

¡Agua dulce!

Me levanté y comencé a gritar de alegría, olvidando que podía ser blanco de algún arma. Me arrojé al agua dando alaridos, riéndome y llorando al mismo tiempo. Luego volví corriendo al camión, sin parar. Los dolores de estómago que sentía por haber bebido demasiado en tan poco tiempo no me detuvieron.

—¡Agua! ¡Agua! ¡Agua! ¡Agua!

Debí haberme comportado como un loco, porque Omar me sacudió. Traté de hablar pero se me atropellaban las palabras. Después empecé a cuestionarme: ¿Realmente vi agua? ¿Bebí, nadé en ella? ¿O habrá sido esa ilusión que produce el desierto cuando uno está a punto de morir? ¿Me había vuelto loco o verdaderamente había visto esa manchita en el horizonte, en dirección al Norte?

Le arranqué los prismáticos a Omar y los mantuve pegados a mis ojos mientras la mancha se hacía cada vez más grande. Sí, ¡venía una persona a pie por el camino de Jericó! Esperé, inmóvil, hasta que la visión se aclaró. Era Sabri, que traía un radiador sujeto con correas a la espalda, y un paquete en cada mano.

Volví presuroso a la caverna a contar la noticia. Kamal quedó de guardia, y uno a uno fueron descendiendo por la escalera de soga, incluso mi madre. Bajamos las latas del agua y enfilamos hacia el camión.

Sabri llegó exhausto pero de inmediato se puso a cambiar el radiador viejo, las mangueras, la batería y las correas. Echamos la última lata de agua en el radiador. En el momento en que Sabri subía a la cabina, mi padre exclamó:

—¡Alá, ten misericordia!

Todos cerramos los ojos y oramos al unísono. Sabri accionó la llave. ¡Nada! Las mujeres lanzaron lamentos mientras Sabri levantaba el capó y jugueteaba con ciertos cables antes de volver a la cabina. ¡Nada!

—Es el arranque. Voy a intentar arreglarlo.

Pop… pop… pop… pop… pop/pop… pop/pop… rrrr… rrrr… ¡Rrrmmmm! ¡El sonido más maravilloso que jamás haya oído! ¡Rrrr! ¡Rrrmmmm!

Un bailoteo espontáneo surgió alrededor del camión. ¡Qué locura! Hombres y mujeres bailaban juntos, y a nadie le importaba. ¡Voces de alegría! ¡Gritos de guerra! Todos, salvo mi padre, lloraron abiertamente. Los hombres abrazaron y besaron a Sabri. En seguida recordaron que yo había hallado agua, ¡entonces también me estrecharon a mí!

Ibrahim subió a la cabina.

—¡Me voy a vender esta porquería! ¡Vengo dentro de dos días con burros!

—¡Espere, padre, espere! —exclamé—. ¡Antes bajemos al manantial a llenar las latas de agua!

Se dio una palmada en la frente.

—¡Claro! ¡Todo el mundo arriba!

Trepé a la cabina, junto con Sabri e Ibrahim.

—Padre, ¿no deberíamos ir primero a Jericó y cambiar el resto de los cigarrillos por forraje para los burros mientras todavía tenemos el camión para transportarlo?

Volvió a tocarse la frente.

—Demasiadas bendiciones de Alá a un mismo tiempo. Sí, vamos a Jericó a conseguir forraje.

—Padre, ¿quién quedará al mando cuando te hayas ido?

Me miró con aire suspicaz.

—Eres muy joven y demasiado ambicioso —dijo—. Pero por otra parte, eres también el más adecuado. Quedarás tú al mando. Yo se lo diré a los demás antes de partir.

Mi corazón saltaba de alegría al llegar al manantial. Todos bebieron hasta hartarse; después llenamos las latas. Mi padre les ordenó a las mujeres que subieran a la cabina del camión mientras los hombres se desvestían y se metían en el agua. Era nuestro primer baño en más de dos semanas. Cuando hubimos terminado, esperamos en el camión a que se bañaran las mujeres.

—Debo hablar contigo —oí que le decía Hagar a Ibrahim.

—¿Sí?

—En vez de dos burros, necesitaremos solamente uno ahora que tenemos un manantial.

—Pero con dos burros podremos traer el doble de agua, en la mitad de viajes.

—¿Para qué alimentar a dos animales, si uno solo basta para el trabajo?

—Podemos comprar dos. Siempre serán de utilidad, y después los venderemos.

—Si nos hiciera falta el estiércol para el fuego, yo estaría de acuerdo —insistió mi madre—. Pero hay leña suficiente y no necesitamos su bosta.

—¿Tengo cara de hombre que se contenta con un burro cuando puede comprar dos?

—Hace un rato no podíamos comprar nada. ¿No le estamos exigiendo demasiado a Alá al pretender dos burros?

—¿Y si uno se rompe una pata?

—Nunca vi que un burro se rompiera una pata.

—Se harán compañía.

—Tenemos suficientes burros en la familia para acompañarlo.

Mi padre comenzó a entender que Hagar tenía razón.

—Así que un solo burro —aceptó.

—Y una cabra lechera —agregó mi madre.

—¿Para qué? ¿Acaso la leche de Fátima no es buena?

—Se le ha agriado.

—Va a mejorar ahora que encontramos agua.

—Está embarazada —dijo Hagar.

—Pero una embarazada no precisa una cabra.

—Ramiza también espera una criatura —afirmó Hagar, y subió a la parte de atrás del camión.

CAPÍTULO VI

Jericó, una de las ciudades más antiguas de la Humanidad, había tenido su momento de gloria en segundo lugar después de Jerusalén. Como portal hacia la ciudad santa, Jericó había conocido muchos reyes, aspirantes a reyes y Ejércitos. Lejos de los ojos de Jerusalén, Jericó era el reducto de viejas conspiraciones y asesinatos, y el primer punto de parada para los guerreros derrotados que huían al desierto.

Jericó, la ciudad más baja del mundo y una de las más tórridas, se derretía en su letargo bajo un sol abrasador. Era apenas un caserío con unos pocos millares de almas.

En esa época era aún más caótica que lo que imaginara Haj Ibrahim. Por donde uno mirara había gente durmiendo: en las calles, en las acequias, en los campos, en los montes. Miles y miles, en medio del desorden y la consternación. El cercano puente Allenby los tentaba a cruzar el río y entrar en Jordania. Algunos lo hacían; otros no. El Allenby era un puente de gran incertidumbre hacia el futuro, por el que quizá jamás se volvería a cruzar.

Las noticias de la guerra eran igualmente perturbadoras, pero Ibrahim no se sorprendía. Se había puesto en vigencia una segunda tregua, pero la verdad era que los Ejércitos árabes habían sido repelidos en todas partes. Lo peor de todo era que los egipcios se batían en retirada en el desierto de Negev.

Sólo la Legión Árabe de los jordanos había obtenido cierto éxito. Se habían apoderado del fuerte policial de Latrun, de Jerusalén Oriental y de zonas de populosas ciudades árabes en la Orilla Occidental del rio. Por lo demás, el desastre militar era total. Mientras en Jericó muchos se alimentaban con rumores e ilusiones, Haj Ibrahim sabía que se había perdido toda posibilidad de una victoria árabe. Se daba cuenta de que la Legión jamás abandonaría la seguridad que ofrecía el fuerte de Latrun para arriesgar un ataque. Por el momento, Abdullah debía estar más que contento con lo que tenía. Al fin y al cabo, su lucha contra los judíos había sido más un ejercicio de nepotismo islámico que un verdadero odio. Había sido arrastrado a la guerra debido a su Legión, entrenada por los británicos. ¿Acaso no le convenía permanecer sentado en Latrun y reclamar la Orilla Occidental? Pero eso significaría que Tabah quedaría para siempre dentro del nuevo Estado de Israel.

Después de regresar a la cueva con una carga de víveres, un burro y una cabra, Ibrahim y Sabri partieron a Jerusalén Oriental a vender el camión. Tomaron el camino de Jericó, pasando por el Jardín de Getsemaní, hasta su término, en el Museo Rockefeller.

Desde allí el camino se doblaba y bajaba a una hondonada para luego seguir

cuesta arriba hasta la zona desmilitarizada del monte Scopus. A los costados había numerosos talleres mecánicos. Se trataba de una calle famosa por su mercado negro, sus prostitutas y los matones que la frecuentaban. Fue en ese mismo camino donde tendieron una emboscada a un convoy de médicos y enfermeras judíos, asesinándolos cuando iban rumbo al hospital de Hadassah.

Haj Ibrahim desconfió de inmediato y olfateó el peligro. Si vendía el camión y llevaba una suma grande de dinero, quizá nunca pudiera salir vivo de allí. Le ordenó a Sabri que girara y retrocediera. Luego estacionaron a un costado de la carretera, en el valle de Kidrón, cerca de la Tumba de Absalón.

Vuelve caminando y tráeme a los compradores de uno en uno, pero no les digas adonde los llevas. De lo contrario, te seguirá más de uno.

Ibrahim sabía que la primera ronda de interesados tendría por fin ablandarlo hasta que llegara el eventual comprador. Su misión era rebajar el precio criticando el vehículo. Sabri retornó con un oficial sirio, un desertor que había montado un próspero negocio comprando armas a otros desertores. Gran parte de su arsenal había sido conseguido por medio del contrabando con los judíos que defendían el lado opuesto de la ciudad.

—Este motor es como levantar los ojos y mirar el culo de un burro en medio de un ventarrón —opinó.

—Ciertamente un vehículo tan humilde no es digno de hombre tan noble como usted —le respondió Ibrahim.

El sirio hizo luego una oferta irrisoria.

—Le daría más a una prostituta sólo por su sonrisa.

Cuando el oficial se hubo marchado, Ibrahim le ordenó a Sabri llevar el camión a otro sitio, cerca del muro de la Ciudad Vieja. El segundo posible cliente parecía ser más prometedor, pensó Ibrahim, porque sus insultos salieron en torrentes al tiempo que señalaba veinte defectos reales o imaginados del vehículo.

—Este camión ha rodado entre la mierda —concluyó—. No vale nada, salvo por los repuestos.

Ibrahim se limitó a indicarle a Sabri una tercera posición, próxima a la Tumba de la Virgen. Sabía que a esa altura ya todos los de la zona se habrían enterado, y seguramente comentarían que Haj Ibrahim era un comerciante frío.

El quinto comprador potencial, de una «distinguida familia de Palestina», se espantó de estar ante un camión robado. Se autoproclamaba un hombre honesto que tenía una familia numerosa y no quería arriesgarse comprando mercancía robada. Sin embargo…, dado lo inusual de la época…

Salieron a probarlo. Los arreglos de Sabri se portaron de maravilla. El nombre comenzó luego a proclamar su pobreza, y durante una hora se prolongó el regateo. Finalmente llegaron a la respetable suma de casi trescientas libras inglesas,

negándose el muktar a recibir dinero árabe. Para Ibrahim era una fortuna. Podría comprar un burro y una cabra en Jericó, y le quedaría dinero suficiente como para mantener bien provista la cueva durante meses.

Cuando el comprador se alejó con el camión, Ibrahim controló que nadie lo siguiera y caminó con Sabri hasta la calle principal llamada Soleyman, que corría a lo largo del muro, hasta la terminal de autobuses.

—Me has sido muy útil —dijo el Haj de repente, entregando a Sabri un billete de cinco libras—. Diviértete una noche en la ciudad. Mañana nos encontraremos en el mercado de Jericó.

Sabri interpretó lo que esto significaba. No confiaba plenamente en él. Ibrahim no quería pasearse por la ciudad con todo ese dinero. Sabri podría guiar a posibles ladrones. Sabía que todos los «potenciales» compradores estaban pagados, y se preguntó si Sabri no habría recibido también un soborno. El muchacho disimuló la ofensa con una sonrisa, fingiendo sorpresa al ver el billete, y partió a buscar entretenimiento.

El Bab el Wad seguía siendo acaloradamente disputado por ambos bandos y estaba cerrado al tráfico normal. Ibrahim se dirigió primero al norte de la ciudad de Ramallah, y tomó un autobús que hacía un recorrido paralelo dentro del territorio árabe. El vehículo concluía su trayecto a unos mil quinientos metros del fuerte de Latrun, donde acampaba la Legión Árabe. Muchos aldeanos y vendedores de la zona habían instalado un bazar a la vera del camino para vender a las tropas. Continuando unos cientos de metros por el camino en dirección al fuerte, un puesto de guardia impedía el paso de todos los que no fuesen soldados. Ibrahim se dirigió hacia los centinelas.

—¡Alto! ¡No puede avanzar!

Sacó la carta falsificada del coronel Hakkar, escrita en papel del ejército iraquí, y se la entregó al guardia con aire autoritario. El guardia no sabía leer ni escribir. Dos compañeros suyos, también analfabetos, observaron el papel, uno de ellos leyéndole al revés llamó a un oficial. Éste quedó sumamente impresionado.

Media hora más tarde Ibrahim había cruzado las diversas barreras de seguridad, llegando hasta las propias puertas del fuerte.

—¿Qué quiere? —le preguntó el oficial al mando.

—Soy Ibrahim al Soukori al Wahhabi, muktar de Tabah. Deseo subir al tejado para contemplar mi aldea.

—Imposible. Váyase antes de que lo haga arrestar.

—No me iré hasta no haber visto mi pueblo. Exijo hablar con el oficial superior.

La discusión se volvió acalorada. Sólo la audacia de Ibrahim impidió que se viera en un serio aprieto. El áspero intercambio de palabras llegó a oídos de un oficial británico, el teniente coronel Chester Bagley.

—¿Cuál es el problema? —preguntó Bagley.

—Este hombre dice ser el muktar del pueblo cercano y quiere ver su aldea desde el tejado.

Bagley estudió a Ibrahim. En esa época, todo el mundo andaba vestido con harapos, y eso no podía tomarse como indicio de la posición del hombre. La talla y la dignidad de Ibrahim indicaban que había sido un hombre de autoridad. Leyó entonces atentamente la carta presentada.

—Venga conmigo —le dijo, y lo llevó a su despacho.

Bagley le ofreció asiento al Haj mientras seguía examinando la carta y llenando su pipa.

—¿Tiene algún otro documento?

—¿Quién tiene documentos hoy en día?

—Esta carta es falsa.

—Por supuesto, pero sin ella mi familia y yo habríamos muerto hace semanas.

«Audaz», pensó el inglés.

—Hemos tenido dos sangrientas batallas para tomar este fuerte, y es probable que haya otras más. ¿Cómo sé yo que usted no subirá al tejado para observar nuestros emplazamientos?

—¿Sugiere usted que puedo ser un espía?

—Bueno, no tiene mucho como para demostrar lo contrario, ¿no?

—Señor… coronel…

—Bagley. Chester Bagley.

—Coronel Bagley, en tal caso, sería el espía más estúpido del mundo.

—O el más astuto.

—Ajá, tiene usted razón. Hay una cantidad de aldeas a pocos minutos de aquí. En cualquiera podrán verificar quién es Haj Ibrahim al Soukori al Wahhabi.

—Mi querido amigo, estamos en medio de una guerra…

—Con el debido respeto, coronel Bagley. Yo conozco hasta la última trinchera y emplazamiento de cañones cerca de Latrun, lo mismo que los nombres de todas sus unidades. Estoy seguro de que podría especificarle, con un mínimo margen de error, qué arsenal tienen. Los judíos también lo saben. Esto no es una cuestión de cifras ni de secretos. Ustedes sencillamente cuentan con una fuerza demasiado poderosa como para que los judíos puedan hacerle frente. No hay misterio alguno en Latrun.

Por un instante el coronel se quedó atónito por la refrescante e insólita franqueza del árabe.

—Coronel, anhelo ver Tabah con una añoranza que me consume. Sólo Alá sabe si alguna vez volveré a tener una oportunidad. No soy hombre de rogar, señor, de modo que no me obligue a suplicar.

—Usted debe de estar un poco loco. Venirse aquí así…, con esta ridícula carta

falsificada. Podríamos haberlo colgado o matado de un tiro por esto.

—¿Eso no le da la pauta de la intensidad de mi deseo?

—Está loco —repitió el coronel, devolviéndole la carta—. Guarde bien esto, pero por Dios, no se lo muestre a nadie que sepa leer. Acompáñeme, Haj Ibrahim.

Bagley golpeó la puerta contigua con su pipa, y entró. Detrás del escritorio estaba sentado el coronel jordano, Jalud. Ibrahim lo reconoció de inmediato como de ascendencia beduina, tan curtido por los años al sol que no se sabía muy bien dónde terminaba su piel y empezaba el caqui de su uniforme. Seguramente no había llegado al cargo de coronel de la Legión Árabe por sus actos de clemencia. Se notaban en sus ojos entrecerrados la arrogancia y la crueldad. Tenía el pelo brillante de fijador, y un enorme bigote como estandarte de su virilidad. En el protocolo imperante entre los británicos y la Legión, el árabe generalmente tenía un rango más alto que su «asesor» inglés. En realidad, el que mandaba era el británico. El hecho de que Latrun hubiese resistido dos desesperados ataques de los judíos parecía confirmar que el teniente coronel Chester Bagley había planificado y erigido las defensas y probablemente dirigido personalmente el combate.

Bagley habló con una gran serenidad al presentar la solicitud de Ibrahim.

—No puedo concederla —le espetó Jalud—. Esto no es el día de visita en la Cúpula de la Roca. Haga encerrar a este hombre, y que me traigan a los idiotas que lo dejaron pasar.

—No sería una buena política enemistarnos con la población local mientras continúa la crisis. La identidad y la popularidad de Haj Ibrahim pueden comprobarse fácilmente. Este hombre ha sido el muktar durante un cuarto de siglo. Sería un gesto magnánimo.

—¿Un gesto magnánimo? Ha penetrado en una base militar secreta. Sáquelo de aquí antes de que tenga serios problemas.

—Yo asumo la responsabilidad —insistió Bagley, con firmeza.

Ibrahim estaba encantado con el cambio de palabras entre los dos. Era obvio que Bagley, pese a su menor rango, era en realidad el comandante del fuerte. El coronel Jalud no quería demostrar debilidad, pero mucho menos deseaba arriesgarse a quedar él a cargo de la defensa. Como Bagley insistiera, Jalud dio una serie de argumentos defensivos para quedar exento de culpa en el futuro.

Jalud desnudó a Ibrahim con la mirada. Los hombres a menudo vestían harapos para disimular su riqueza. Ibrahim se había preparado para que lo registraran, escondiendo su dinero en un campo, cerca de la parada del autobús. Lo único de valor que llevaba encima era la daga con piedras preciosas. Los ojos e Jalud se posaron sobre ella.

—Es una petición muy grave —declaró—, y yo corro un riesgo enorme. Así que debe ser tan importante para mí como para usted. Un favor por un favor.

«Debí haber ocultado la maldita daga también», pensó Ibrahim.

—No tengo con qué hacerle un favor. Alá sabe que no se puede quitar nada a un hombre desnudo.

—Tal vez yo esté viendo visiones —respondió Jalud, sin apartar la mirada de la daga.

—Es mi honor.

—Los hombres con hilos de oro en sus túnicas son los custodios del honor.

El insulto era mordaz.

—Es un precio que no puedo pagar —afirmó Ibrahim.

—Desde luego, podría quitársela y a usted no le quedaría más honor. ¿Dónde quedó su honor cuando tuvo que defender su aldea? Salga de aquí mientras todavía le queden lengua y uñas.

—Coronel Jalud, insisto en que le permita a este hombre ver su pueblo.

Jalud se reclinó en su asiento y pasó un brazo por detrás del respaldo, donde había colgado su cinturón y su pistola.

—Bueno, parece que éste es un día de mierda para mí. Que suba el perro al techo y le ladre a su aldea. Le doy cinco minutos. —Con un ademán «principesco» lo invitó a retirarse y se dedicó nuevamente a sus papeles.

Ibrahim escupió en el suelo. La saliva cayó sobre la bota del coronel. Cuando se encaminaba a la puerta, Jalud de un salto se puso de pie.

—¡El coño de tu madre es un oasis para camellos!

Ibrahim regresó junto al escritorio y colocó una mano sobre la empuñadura de la daga. Desenfundó tan rápidamente que ninguno de los otros pudo sacar su pistola. La punta se clavó con fuerza en el escritorio del coronel. Los dedos de Ibrahim descansaban sobre el borde del escritorio, sus ojos posados fijamente en los de su adversario.

—Tómela —lo desafió el muktar.

Jalud miró rápidamente a Bagley, y éste esbozó una sonrisita. El inglés siempre lo molestaba con sus suaves y persistentes «peticiones». ¡Pero eran órdenes! Lo ponía furioso que Bagley tuviese autoridad sobre sus tropas. Por otra parte, no deseaba tener que defender otra vez el fuerte sin Bagley. Ahora éste le presentaba el peor de los chantajes. Él, el gran coronel Jalud, era desafiado por un campesino. Y el inglés se empeñaba en humillarlo.

El coronel trató de armarse de valor para arrancar la daga clavada, pero no lo encontró.

—Vamos —dijo Bagley, sacando la daga y entregándosela a Ibrahim—. Lo acompañaré personalmente al tejado, y luego podrá volver a su autobús.

La mano del coronel Jalud se acercó al teléfono con aire amenazador, pero el inglés se lo quitó delicadamente y volvió a colgarlo. Cuando Ibrahim salía del

despacho, Bagley se volvió y le lanzó una mirada furibunda a Jalud, quien seguía en un semiestado de shock.

—¿Por qué diablos ustedes siempre convierten todo en un juego sangriento? —dijo, y cerró con fuerza la puerta.

CAPÍTULO VII

Soy Ismael,
Te ríes y preguntas:
¿Quién es este pequeño campesino estúpido?
Pero antes de que la risa te consuma… recuerda que…
He estado en el Edén
He visto la gloria
Que en todos tus años
Y con toda tu sabiduría
Jamás conocerás.

Hay un silencio aterrador
Ningún ser con vida se mueve
Salvo una gota de rocío matutino
Y una serpiente que se desliza de su nido
Para calentarse bajo los rayos tibios
Con tanta serenidad

Pero nunca se está solo

Las criaturas de la noche, los murciélagos y lechuzas
Nos han dicho adiós
Y allá arriba
El buitre, el halcón
El milano y el águila
Inician su guardia en círculos
Planeando sobre olas de un cálido aire ascendente.
Luego… se inclinan…, chillan…, apresan
Al desprevenido conejo o al escinco

Mientras el frío de la mañana da paso
A la inexorable legión de calor devorador
Voy a los manantiales
Que derraman agua dulce, limpia, fresca
Y veo cómo el desfile de pequeños zorros
Y asnos y cabras
Y el altivo íbice
Devoran alegremente el manjar

Siempre estamos acorralados
Por el chacal y la hiena
Que nos hacen retroceder
Con sus sanguinarios aullidos
Me retiro
Una gacela pasa más rápidamente que una estrella errante
Ni aun al resplandor del mediodía
Cuando todo debería estar muerto
Estoy solo
El lagarto, el camaleón
Se han convertido en mis amigos
Los llamo por su nombre
Y nos limpian la caverna de ciempiés
He visto el horizonte del mediodía pasando el Jordán
Que de pronto oscurecía
Como un lejano rumor se convierte en un rugido
Y una masa sólida de langostas
Abalanzarse como ejércitos vengadores
Sobre el mar
Y estrellarse contra las rocas de las montañas

Nunca se está solo

Por la noche salgo de la cueva y trepo hasta lo alto
Hasta un saliente que es mío
Desde ahí puedo ver el monte Nebo
Sobre el mar Muerto
Ese sitio desde donde Moisés vislumbró la Tierra Prometida
Y luego murió…
El cielo sombrío cobra vida
El agua se vuelve de un extraño azul
Y el púrpura fluye en venas por las áridas montañas
Y todo se funde
En una violencia de repentino color
Que es un himno al sol que muere

Ya ahora está más oscuro que la penumbra
Y todas las noches
La claridad de diez millones de estrellas
No paliadas por las luces humanas

Se exhiben, provocadoras
Formulando preguntas que sólo los hombres pueden pensar
Algunas noches cuento hasta cien cometas
Que se lanzan de infinito a infinito
Es ahora cuando soy tan eterno como ellas
Soy el desierto
Soy el beduino

¿Aún me crees un estúpido niño campesino?
Bueno, nunca verás mi cueva ni mi saliente
Pero recuerda
Los más nobles hombres de la antigüedad conocían de mi caverna
Y se sentaron en mi saliente
Y contemplaron el aluvión de estrellas
¿Qué tesoros escondieron los antiguos judíos en mi gruta?
¿Qué rebeldes hebreos, vencidos, llegaron a ella?
Me siento en el mismo trono donde lo hizo el rey David
Cuando huyó de Saúl
Me siento donde se sentó Jesús
Cuando se internó en el desierto

Sé de cosas que tú nunca sabrás
Y cuando me manden al paraíso
Seguramente Alá me permitirá regresar a esta cueva y a este saliente
Para siempre…

Los árabes somos un pueblo infinitamente paciente. Si a ello agregamos una natural falta de ambición, el resultado es que esta combinación de circunstancias convierta nuestra vida en la cueva en una agradable experiencia. Al menos así lo fue al principio. Teníamos leña y alimentos que nos durarían varios meses, agua, pequeños animales y aves para complementar la dieta.

Había ciertas tareas rutinarias como ir a buscar madera, cazar, hacer guardia y bajar diariamente hasta el manantial. Construimos una serie de pequeños diques descendentes con piedras. Cuando uno se llenaba, el agua rebosaba y caía en el segundo, y de allí a un tercero. Al final de su recorrido el agua iba a parar a una gran cisterna que cavamos en la roca sólida, donde podía conservarse indefinidamente.

La mayor parte del tiempo estábamos deliciosamente ociosos. Nos recluíamos en nuestros salientes o nichos privados cuando el calor del mediodía nos impedía trabajar, y contemplábamos el mar o el desierto durante horas.

Llegué a conocer mejor a mis hermanos. Kamal me guardaba bastante rencor por

haber usurpado su puesto natural en el orden de la familia. Pero era muy limitado tanto en recursos como en coraje para atreverse a desafiarme. Kamal había avanzado el máximo que le permitían sus conocimientos y estaba condenado a la mediocridad. Tenía más de veinte años, carecía de ambición y se contentaba con languidecer eternamente en una cueva, si ésa era la voluntad de Alá. Tampoco era el verdadero cabeza de su familia. La que secretamente mandaba era Fátima, una chica que a mí me gustaba mucho. Nos hacía reír y era tan capaz como Hagar de dirigir la casa.

Tres de nuestras cuatro mujeres se transformaban en prisioneras de la caverna. La escalera de soga para acceder a la entrada era muy peligrosa. A mi madre había que izarla con poleas, y en una oportunidad la cuerda se rompió y ella cayó desde tres metros. Felizmente aterrizó sobre su bien acolchado trasero. Después de quedar embarazadas, Fátima y Ramiza jamás salieron de la cueva, pero no les importó demasiado ya que las mujeres árabes, en circunstancias normales, rara vez se alejan del radio de su casa, y sólo lo hacen para ir al pozo de agua o la panadería comunitaria. Fuera de la aldea, solamente podían viajar en compañía de algún hombre de la familia. Eso era el Sunna, nuestra tradición.

Mis hermanos estaban preocupados por el embarazo de Ramiza, por miedo a que un hijo varón desbaratara la dinastía familiar. A mí el tema no me importaba mucho. Estábamos viviendo en una gruta, lejos de todo contacto con la Humanidad, ¿y qué podía quitarnos un nuevo hermanastro?

Más me preocupaba Sabri. Personalmente Sabri me encantaba. Era sumamente despierto y proponía siempre excelentes ideas, aunque me alegraba de que no fuese en realidad hermano nuestro y deseaba que no fuera tan inteligente.

Como nos quedaba tanto tiempo libre, a menudo Omar y Jamil venían a mi saliente, y así pude enseñarles a leer y escribir. Al principio Haj Ibrahim se burló de la idea pero, al no tener verdaderos motivos para oponerse permitió que continuaran las clases. Así fue como empecé a conocerlos más.

Omar tenía casi veinte años. Lo habían criado para que fuera comerciante en el puesto que teníamos en el mercado, y para atender el café y la tienda. Parecía muy satisfecho de servir a los demás. Haciendo mandados, permaneciendo de guardia en períodos adicionales y realizando viajes extras al manantial obtenía elogios de todos nosotros, y cierta atención ocasional de nuestro padre. Para él era suficiente gratificación. Era una persona simple, aprendía con dificultad y estaba destinado a ser un mediocre toda su vida. No significaba amenaza alguna para mí en el esquema familiar.

Jamil, que estaba entre Omar y yo en edad, era otra historia. Siempre había sido el personaje enigmático de la casa. Era el menos conversador, el menos cariñoso, el más solitario. Por su edad y su posición en la familia había sido condenado a ser el pastor —y luego el labriego— porque, cuando a mí me llegó el momento de ser pastor, eludí

el trabajo comenzando a ir a la escuela de Ramle. Creo que secretamente Jamil estaba resentido conmigo por esto. Nunca nos peleábamos, pero él solía ser muy hosco e introvertido.

Aprendió a leer el doble de rápido que Omar. No nos habíamos dado cuenta de que fuese tan listo. De hecho, era el siguiente a mí en inteligencia. Aprender a escribir fue para él un modo de canalizar sus frustraciones. Jamil era el único inquieto en la caverna y a menudo reaccionaba indignado por cualquier cosa. Yo no lo consideraba un rival serio, pese a que, cuanto más aprendía, más se atrevía a discutir.

La que más pena me causaba era Nada. En la cueva siempre había tres mujeres, y no la necesitaban. Nada era una chica sana, capaz de subir y bajar por la escala fácilmente, de modo que a menudo la llevaba conmigo siempre que podía para instalar las trampas y trabajar en la cisterna.

Su tarea principal era ir dos veces por semana al manantial a lavar nuestra ropa, o lo que quedaba de ella. Yo organizaba las cosas para ser siempre el que la acompañara.

Al burro le pusimos de nombre *Absalón*. Me gustaba bajar por el barranco montado en él. Nada caminaba detrás, como era la costumbre. Cuando nos alejábamos de la vista del que estaba de guardia, la invitaba a subir y cabalgar conmigo. Ella tenía que rodearme con los brazos para mantener el equilibrio. Debo admitir que me excitaba sentir el roce de sus pechos contra mi espalda. Quizá tendría que haberme avergonzado, pero no era el primer muchacho árabe que tenía una erección por tocar a su hermana, por inocente que fuese el gesto.

Era una locura reconocerlo ante mí mismo, ya que nunca podría decírselo ni demostrárselo a Nada, pero a ella la quería mucho más que a mis hermanos. Analizando mis sentimientos me daba cuenta de que también quería mucho más a Sabri que a Kamal, Omar o Jamil. Sabri y yo teníamos muchas cosas en común. Pasábamos juntos buena parte de nuestros días, y dormíamos en nuestra pequeña habitación.

Comprenderán mi sorpresa cuando supe que Sabri y Nada habían comenzado a dirigirse miraditas intencionadas y frecuentes roces al pasar. Las chicas árabes tienen un modo especial de mirar que sólo puede significar una cosa.

Al principio me sentí dolido de que otro muchacho fuese el que provocara esa expresión de Nada. Pero ¿por qué no? Ya tenía edad de excitarse como mujer, y no había nadie cerca, más que Sabri, que pudiese interesarle. Así y todo, eso me mortificaba. Deseaba que Sabri no le gustara, del mismo modo que deseaba que él no fuese tan inteligente. Si bien yo lo quería, no confiaba del todo en sus intenciones. Era un extraño, que no tenía el compromiso de proteger el honor de mi hermana. Supuse que ya había hecho algo con ella, que la habría besado o algo peor. Afortunadamente vivíamos en estrecha intimidad, y cuando se iban de la cueva, nos

preocupábamos de que no se marcharan solos. Uno de mis hermanos o yo los vigilábamos siempre. Las mujeres reaccionaban con risitas, susurraban comentarios a nuestras espaldas, y no lo tomaban con tanta seriedad.

El lugar preferido de Haj Ibrahim era el puesto de guardia, una profunda grieta en la ladera de la montaña bellamente enclavada dentro de una sombreada oquedad. Desde ahí se divisaba perfectamente la única entrada del cañón, de modo que nadie podía entrar ni salir sin pasar directamente debajo de nuestras ametralladoras.

En varias ocasiones llegaron patrullas jordanas hasta una distancia de pocos cientos de metros, pero no se internaron en el tortuoso laberinto de cañones. Era del beduino de quien sentíamos temor, y era de noche cuando más le temíamos. Sabíamos que sus ojos invisibles estaban posados en nosotros constantemente. Una vez más Sabri tuvo la solución. Todas las noches instalábamos unas sencillas trampas cazabobos, utilizando granadas. Cualquiera que intentase acercársenos tendría que tropezar contra alguno de los innumerables cables que harían detonar el explosivo.

Los beduinos esperaron que se presentara una noche sin luna y con tormenta de arena para protegerse. Nosotros presentimos un ataque y nos preparamos. Cuando alguien tropezó con el cable y explotó la granada, el estallido resonó por los angostos desfiladeros, sonando como una batería de artillería. Lanzamos una tremenda descarga cerrada, y ellos rápidamente buscaron refugio en las grietas de la montaña. Al alba ya no había ni rastro de ellos.

Nuestro otro temor era que intentaran atraparnos al salir del cañón o cuando íbamos al manantial o a Jericó, de modo que siempre viajábamos de dos en dos, y uno de nosotros siempre llevaba un arma automática.

Haj Ibrahim opinaba que era una cuestión de tiempo y que llegarían a sitiarnos, se ocultarían entre las rocas que nos rodeaban y tratarían de ir eliminándonos uno a uno. Se preparó para esa eventualidad colocando un puesto de guardia más cerca del mar, de manera que cualquier movimiento que se produjese desde kilómetros a la redonda se pudiese observar durante el día. Los ojos de los beduinos se convirtieron en el primer defecto de nuestro paraíso.

El segundo fue mi recurrente pesadilla. No podía borrar la escena de la violación de mi madre y las otras mujeres, en Jaffa. Agradecía a Alá que Nada se hubiese salvado y que no estuviese enterada del asunto. La mayoría de las noches me despertaba casi con lágrimas, transpirando profusamente. No podía olvidar los ojos de esos iraquíes. Algún día me enfrentaría con alguno de ellos.

Además de lo aterrorizante de la escena, lo que más me asustaba era ocultar el secreto a mi padre toda la vida. Eso me confería un enorme poder sobre las tres mujeres, obligándolas a establecer una alianza conmigo. Creo que ellas confiaban en mí, pero cuando uno guarda semejante secreto de otras personas, es lógico que ellas

se vuelvan suspicaces.

Mi padre y yo compartíamos el secreto de que Sabri había tenido una experiencia homosexual con un oficial iraquí.

No había duda de que Sabri y Nada también tenían algunos secretos propios. No podíamos controlarlos todo el tiempo, por más que lo intentáramos. A veces la veíamos a ella caminar por un sendero, y a los diez minutos observábamos que Sabri salía detrás. Los dos quedaban en evidencia por su indiscreto silencio.

Las mujeres también tenían secretos. Eso se notaba por la forma en que bajaba el volumen de sus conversaciones cuando entraba un hombre en la cueva.

Y mis hermanos probablemente también los tuvieran porque siempre especulaban sobre el lugar que les correspondía en las diversas alianzas.

Los secretos de cada uno formaban un delicado equilibrio de posibles chantajes.

Si se presentaba un problema que sólo podía resolver mi padre, por lo general se me encomendaba la misión de encararlo en nombre de todos. Yo aguardaba hasta que suponía que Ibrahim se hallaba de un humor favorable, y me instalaba a su lado, junto a la ametralladora.

A veces nos quedábamos más de una hora sin hablar, yo siempre cuidando de no interrumpir sus meditaciones. Por medio de algún gesto él reconocía mi presencia.

—Huelo a los beduinos —dijo Ibrahim en voz alta, como hablando consigo mismo—. Fue prudente que dejáramos dos hombres en el puesto de avanzadilla durante la noche y que uno de ellos patrullara constantemente.

Esa decisión suya era una pesada carga que interfería en nuestra ociosa existencia. Esperé que mi padre prosiguiera.

—Yo seguiré quedándome aquí noche y día —afirmó Ibrahim—. Si llegan a capturar a los centinelas, debo proteger a las mujeres.

—Excelente idea, padre.

—No es nada excelente. En realidad, no tenemos protección alguna, salvo la voluntad de Alá.

Pasó largo rato hasta que volví a abrir la boca.

—Yo hablo sólo después de un serio análisis —dije.

—El análisis lleva a meditadas conclusiones.

—Estamos muy felices y contentos aquí —sostuve—. Pero después de transcurridos varios meses, se hacen evidentes ciertas contradicciones que no hemos previsto.

—Tus palabras insinúan varias posibilidades.

—Me refiero a la defensa —dije, para agregar rápidamente—: Podríamos buscar otro tema de conversación.

—Sí, podríamos hablar de cualquier otra cosa y seguir hasta la noche, pero después no nos quedaría más remedio que volver al primer asunto.

—No está en mí cuestionar las aptitudes de nuestros hombres teniéndote a ti como jefe.

—Sin embargo, puede haber varias verdades al respecto —opinó—, según las circunstancias.

—Nuestras circunstancias han creado ciertos desequilibrios matemáticos.

—No me imagino cuáles pueden ser.

—Hasta ahora hemos tenido una situación cómoda alternando los trabajos de los hombres: montar guardia, ir a Jericó y al manantial, colocar los cepos, recoger leña y ocuparse de la cisterna. Ha funcionado muy bien… hasta ahora.

—¿A qué desequilibrio te referías?

—A los dos guardias extras que patrullan cerca del mar. Perdóname, padre. Cuando hablo suelo dejarme llevar por la franqueza. Kamal es inservible como custodio nocturno allá abajo. Omar es cuestionable. Así quedamos solamente Sabri, Jamil y yo.

—¿Tú, el más joven, juzgas a tus hermanos?

—Te suplico que no seas duro con la sinceridad que me domina. Sé que sólo estoy repitiendo lo que tú ya sabes.

—Habiéndome desposeído de mis prerrogativas.

—Oh, no, padre. Sin ti no somos nada. Pero a veces hasta el Profeta necesitaba algo que lo hiciera recordar.

—Tu observación presenta varios aspectos que tal vez debas recordarme.

—Kamal desempeñará mucho mejor su función en los amantes brazos de Fátima por la noche. Yo lo he visto huir frente al peligro.

—¿Dónde?

—En Jaffa. Cuando se quedó para defender a las mujeres, huyó. Felizmente a ellas nada les ocurrió.

—Ya sospechaba yo de Kamal. Es una pena saberlo.

—Daría lo mismo que estuviera *Absalón* o la cabra junto al mar. Al menos ellos harían mucho ruido.

—¿Y Omar?

—Sus fallas no se deben a la falta de valor sino a la estupidez. Es incapaz de orientarse en la oscuridad. Me tocó montar guardia con él dos veces, y me pasé la noche buscándolo hasta el amanecer.

—¿Jamil y Sabri?

—Son excelentes.

—No sabía que tuvieras tan buen concepto de Jamil.

—Es mi hermano y lo quiero.

—También lo son Kamal y Omar.

—He llegado a apreciar las condiciones de Jamil. Está ansioso por luchar.

—Tendré en cuenta todo cuanto me has dicho, y quizás os encomiende a vosotros tres la misión de vigilar por la noche.

—Pero eso es lo que provoca el desequilibrio matemático. Necesitamos dos buenas parejas de guardias junto al mar.

—No esperarás que Haj Ibrahim abandone este importantísimo puesto de mando.

—Jamás se me hubiera ocurrido semejante idea.

—Entonces no hay forma posible de corregir el desequilibrio.

—He pensado en otra remota posibilidad.

—¿Estás tratando de persuadirme de algo?

—Simplemente de corregir un desequilibrio. Podemos incrementar las tareas diarias de Kamal y Omar asignándoles todo lo que son capaces de hacer. Como tú sabes, padre, no podemos enviar a ninguno de los dos a Jericó porque allí ya han obrado con torpeza. La información que nos traen rara vez es verídica, y quizás hayan revelado nuestra posición. Tienen que hacer cosas tales como buscar leña, instalar los cepos o bajar al manantial. No se les puede encomendar nada que implique tomar una decisión.

—Si lo que dices encuentra eco en mi corazón, tendremos que arreglarnos con tres guardias nocturnos.

—Es una carga que no tenemos por qué soportar…, matemáticamente.

—Ismael, no trates de ilustrarme con tus conocimientos. Tenemos seis hombres. Yo debo permanecer en el puesto de mando y, según tu opinión, hay dos que no sirven, o sea que quedan tres. ¿Acaso eso no suma seis?

Cerré los ojos, respiré hondo, atemorizado, y dije:

—Contamos con una mujer sana y apta, que tiene muy poco que hacer.

—No te entiendo.

—Padre, le he enseñado a Nada a disparar mi rifle. Me atrevo a compararla con cualquiera de nosotros… salvo contigo, desde luego.

—Y también le permites montar en *Absalón* detrás de ti y secretamente le estás enseñando a leer.

¡Oh! ¡Por el santo nombre del Profeta! ¡Seguramente me arrojaría por el precipicio de un bofetón, un puntapié o un empujón! Cerré los ojos y me quedé esperando el golpe. ¡Me había esmerando tanto en guardar el secreto! ¡Tanto!

—Sin duda a Sabri le gustaría hacer la guardia nocturna con Nada —dijo Ibrahim.

—¡No, no! —exclamé, poniéndome bruscamente de pie, rebosando honor familiar—. ¡Pensaba solamente en mí y en Jamil!

—Siéntate —me ordenó Ibrahim con una ominosa suavidad—. Lo que intentas hacer con Nada es imposible. Para ella, sólo significará una vida de confusión.

—Pero nuestra antigua vida ya terminó, padre.

—Entonces debemos pasar muchos años esperando que regrese. Mientras tanto,

no debemos renegar de lo que sabemos y lo que somos. ¿Qué beneficio le acarrearía a Nada aprender a leer y escribir?

—Cuando nos vayamos de aquí…, durante los años que nos tome retornar a Tabah…, quizá le haga falta conseguir un trabajo. Sólo Alá lo sabe.

—Nunca.

—Pero el hecho de leer… tal vez le cause felicidad.

—Será feliz con el hombre con quien yo la case.

—¡Padre, las cosas han cambiado!

—Algunas no cambian nunca, Ismael. Si permites que la mujer camine delante de ti, irás a la zaga toda tu vida.

Fue inflexible, y su orden de cesar de enseñar y ayudar a Nada, terminante. Habiendo fracasado totalmente en mi misión, sentí deseos de marcharme.

—Siéntate —volvió a decirme. Con la vista perdida en el desierto, me habló en forma abstracta, como si yo fuese una piedra—. Debemos vigilar a Sabri. Él proviene de una ciudad de ladrones sin escrúpulos. En una familia puede haber muchos descendientes varones, pero un solo hijo. Estás aprendiendo tu primera lección sobre las amistades íntimas. Para llegar a reemplazarme algún día debes aprender la verdad sobre cada persona que te rodea…, quién será tu esclavo fiel…, quién jugará para ambos bandos… y principalmente, quién es peligroso. Muy pocos líderes sobreviven a sus asesinos. Si tienes cien amigos, despréndete de noventa y nueve y cuídate del restante. Si, de hecho, él es tu asesino, cómetelo en el almuerzo antes de que él te coma a ti en la cena.

Debo de haberme portado como un idiota. Sentí la boca demasiado seca como para responder.

—Y bien, hijo mío, tú has aspirado el liderazgo desde que aprendiste a caminar.

—Soy un estúpido —farfullé.

—Un joven que comete estupideces puede convertirse en un hombre valioso si aprende de sus errores. El equilibrio entre hombre y mujer es como la vida en el desierto…, muy frágil. No juegues con eso. En cuanto a Sabri…

—Me siento humillado —pronuncié en un susurro.

—Me di cuenta de lo de Sabri desde el primer instante. ¿Sinceramente crees que se vio obligado a acostarse con el oficial iraquí, a vivir con él noche y día?

—¡Se estaba muriendo de hambre!

—¿Morirse de hambre un muchacho con su habilidad para la mecánica? Tal vez, al comprender que lo esperaba una vida de penurias, los placeres que le ofrecía el Ejército iraquí le resultaron demasiado tentadores.

—¿Por qué vino con nosotros? —pregunté.

Ibrahim se encogió de hombros.

—A lo mejor se estaba cansando de su amigo iraquí, o al revés. Quizás hayan

tenido una pelea de enamorados. Tal vez Sabri se haya quedado con demasiadas cosas del almacén militar, y estuviese a punto de ser arrestado. ¿Quién sabe? Es un chico que aprovecha las oportunidades. Puede ser que pensara que si se decidía por venir con nosotros era la mejor manera de escapar de algún problema que tuviese en Nablus.

¿Realmente me cogía de sorpresa? ¿Cuántas veces al día Sabri me ponía incómodo con algún abrazo que se prolongaba demasiado, un roce al pasar, un largo apretón de manos? ¿Cuántas veces me despertaba de noche y lo encontraba «accidentalmente» dormido en diagonal, con su cuerpo contra el mío, de modo que por un instante me hacía sentir su pene duro, mientras astutamente esperaba que yo hiciera el primer movimiento?

¿Qué estaba sucediendo entre él y Nada?

Me avergoncé de mi estupidez. Por supuesto que Sabri estaba jugando con nosotros. Podía manejar a todo el mundo con su encanto, convenciéndonos de que era nuestro amigo. Y a la vez era capaz de violar a la hermana del amigo. Todavía me faltaba aprender a conocer mejor a la gente.

Haj Ibrahim seguía con la vista clavada en el desierto. Qué sabio era, y qué ingenuo y tonto había sido yo.

—Debemos vigilarlo con sumo cuidado. Los peores traidores son los que se parecen a Sabri, que logran ganar nuestra confianza. Si llega a tocar a tu hermana, lo condenaré a muerte. Tú, Ismael, que aspiras al liderazgo, tendrás tu primera lección práctica. Eliminarás a Sabri con un golpe de daga.

CAPÍTULO VIII

Muchos metros más arriba de mi saliente había una entrada a otra caverna. Desde luego, había muchas cuevas cerca de Qumran. De vez en cuando explorábamos las que eran de fácil acceso. A otras sencillamente era imposible llegar, salvo que lo hicieran expertos montañeros con el equipo adecuado.

Esa entrada se hallaba subiendo por una pared empinada, pero yo había aprendido que podía haber muchos caminos que llevaran al mismo sitio. Uno va conociendo los lugares donde asentar el pie, de donde sujetarse, los pequeños saltos, el uso de las sogas.

Varias horas al día observaba los movimientos de las cabras de montaña con los prismáticos. Para mí se convirtió en el máximo desafío. En ninguna de las otras grutas se había encontrado nada de valor, pero en mi fantasía ésta estaba llena de tesoros. Pronto fue ya una obsesión.

Una mañana estaba sentado con Nada en mi saliente, cuando llegó Sabri. Pese a las ásperas palabras de mi padre, me sentía muy cómodo allí con ellos. Además, no hacíamos nada malo. Sólo conversábamos.

Al rato los tres mirábamos en dirección a la alta cueva, especulando sobre la posibilidad de subir hasta allá.

—Creo que podría encontrar un camino —dije.

—No sería problema —convino Sabri.

—¡Entonces, vamos! —propuso animadamente Nada.

Sabri se encogió de hombros.

—Hoy no tengo ganas —confesó—. Hace demasiado calor.

Sinceramente me alegré de que él lo dijera primero porque, bueno, no es que yo tuviese miedo… Sin embargo, era una pared escarpada.

—A lo mejor mañana —sugerí.

—Sí, mañana —dijo Sabri.

—Ah, no. Mañana no puedo —afirmé—. Me toca montar guardia. ¿Y si vamos pasado mañana?

—Ese día no puedo yo —se excusó Sabri—. Tengo que bajar al manantial.

—Y yo voy a estar ocupado al día siguiente —dije.

—La próxima semana.

—Sí, la semana próxima.

Nada se puso de pie de un salto y se rió de nosotros.

—¡Tenéis miedo! —exclamó—. Los dos tenéis miedo.

—¡De ninguna manera! —protestamos al unísono.

—¡Entonces, vayamos ahora! —Dicho lo cual, se adentró por las rocas como una

cabra—. Vamos —nos llamaba, provocadora.

Naturalmente, ni Sabri ni yo podíamos tolerar semejante insolencia de una mujer. Nos pusimos temblorosamente en pie y sacamos pecho.

—Voy a buscar equipo para escalar —dije. Honestamente esperaba que cuando volviera, ella hubiese abandonado la idea. Regresé con gran lentitud a nuestra cueva. Hice un largo rollo de soga y me lo coloqué sobre los hombros, llené una cantimplora, tomé una linterna y retorné más despacio aún.

¡Mierda! No sólo no había abandonado la idea de escalar la montaña, sino que ya estaba unos sesenta metros más arriba, riéndose y tomándole el pelo a Sabri, que trepaba sujetándose torpemente de las rocas. Rogué que las piernas dejaran de temblarme, recé una plegaria a Alá y comencé el ascenso. ¡Qué horrible fue! Mis ojos no se despegaban de mis manos mientras se agarraban a las escarpadas rocas. Cuando resbalaba, cometía el error de mirar hacia abajo, y la montaña parecía descender precipitadamente miles de metros… o más.

Me moría de ganas de gritar que ya era suficiente, porque en ese momento se me había ocurrido que también teníamos que enfrentarnos luego el descenso. Por supuesto, prefería esperar que alguien se diera por vencido antes, y me daba la sensación de que no sería Nada. Cada vez que divisaba su vestido negro, la veía trepar con una agilidad exenta de todo temor.

—¡Vamos, subid! —no cesaba de gritar—. ¡Es una maravilla!

Gracias a Alá, había un pequeño sitio plano donde se detuvieron a descansar. Yo rogaba que, al llegar allí, ya hubieran reconsiderado la posibilidad de seguir, porque estaba a punto de orinarme en los pantalones. Cuando los alcancé, encontré a Nada parada junto a Sabri, tratando de consolarlo. Mi amigo estaba petrificado del susto, incapaz de moverse hacia arriba, abajo o de lado. No podía ni siquiera articular palabra.

—Ffff —suspiré. Estaba feliz de que Sabri hubiese abandonado primero—. Bueno, no tiene sentido seguir subiendo —dije—. No te preocupes, Sabri. No es ninguna vergüenza. Te ayudaremos a bajar con las sogas. —Rodeé sus hombros con mi brazo lleno de compasión, y al mismo tiempo disimulando mi estremecimiento. Sabri tenía la suerte de contar con un amigo tan comprensivo como yo.

—Mala suerte. Lo intentaremos otra vez, ¿eh, Sabri?

Emitió un tenue sonido, como un pollito cuando acaba de romper el cascarón. Levanté la mirada y noté que Nada se alejaba nuevamente. Me puse de pie con mucho cuidado y me pegué contra la pared lo más lejos posible del borde, pero volví a cometer el error de mirar abajo. ¡Dios mío!

—¡Nada! —grité—. ¡Vuelve en seguida! ¡Es una orden!

—¡Ismael! ¡Ven aquí! ¡Hay una enorme cañada que podemos seguir! ¡Es mucho más fácil!

Miré hacia arriba. Miré abajo. Para cualquiera de los dos lados, era hombre muerto.

—Sabri, terminemos con esto. Nada encontró un camino.

—No p-p-puedo —barbotó.

No tenía sentido forzarlo. Realmente estaba paralizado de pies a cabeza.

—Entonces quédate aquí y no te muevas. Regresaremos dentro de un rato. ¿De acuerdo?

Consiguió hacer un gesto de asentimiento.

Las cosas me resultaron más fáciles porque era imposible sentir más miedo del que ya tenía. Luego me volví directamente audaz a medida que veía más cerca la entrada de la caverna. Bueno, Nada no estaba atemorizada. Debía de haberse vuelto loca. Antes nunca había dependido de una chica, pero jamás me sentí tan bien como cuando me dio la mano para ayudarme a subir del saliente.

—¿No encuentras esto divertido? —dijo, jadeante.

—Fue bastante sencillo.

Nos paramos delante de la entrada, tomados de la mano. Uno siempre se aproximaba a una cueva de la misma manera…, con precaución. Encendí la linterna y le di a Nada un empujoncito para que caminara delante. Ella avanzó de puntillas, esperando que salieran murciélagos volando, pero no salió ninguno. Caminé detrás de ella iluminando la estancia con la linterna.

Nada lanzó un chillido y se arrojó en mis brazos. ¡*Allí*! ¡En un rincón había una pila de huesos humanos!

—No te preocupes. Están muertos.

Después vimos algo más triste aún. Un enorme recipiente se había roto, dejando al descubierto el esqueleto de un bebé, con un pequeño cántaro y algo de cereal junto a su cabeza.

—Quién habrá sido —murmuró Nada.

Nos pusimos a revisar. Había más huesos infantiles junto a una especie de altar de piedra que aún tenía marcas de fuego. No entendíamos lo que significaba, pero a cada instante reuníamos más coraje y nos atrevíamos a inspeccionar más adentro. Estudiamos tres paredes y en todas hallamos signos de antigua vida. Había docenas de pequeños cacharros, casi todos rotos, una sandalia, una trenza de pelo, granos, trozos de tela y canastos, una especie de cocina de piedra, utensilios.

La luz iba languideciendo, señal de que se estaban acabando las pilas.

—Aquí no hay nada de valor —comenté, desilusionado—. Es mejor que nos vayamos.

—¡Espera! ¡Mira allá atrás! —exclamó mi hermana, señalando una abertura que daba a un recinto tan bajo que tuvo que ponerse a gatas para entrar.

—Vamos, Nada, si se nos acaba la luz, tendremos problemas.

Estaba enojado porque no me hacía caso, pero no me quedaba más remedio que arrastrarme detrás de ella.

—Es demasiado bajo —me quejé—. Ahí no podía vivir nadie.

—Pero sí pudieron haber ocultado algo.

Llegamos a un lugar sin salida, tan estrecho que nos sería difícil darnos vuelta para regresar. Iluminé con la linterna pero lo único que vimos fue un montón de palos.

—No hay nada —insistí.

—Alguien debe de haber traído aquí estas ramitas.

—¿Y qué?

—Aguarda. Presta atención.

—No oigo nada.

—Allí, donde rozaste al girar.

—Sólo unas piedras que se deslizaron.

—¡Ismael! Apunta con la linterna. ¿Qué es eso?

Lo único que pude ver fue un resto de canasto que de pronto caía de una grieta con unas piedras. Nada tomó un palito y escarbó en ese punto. Fue como si de pronto se hubiese abierto una puerta disimulada por donde comenzaban a caer cosas. ¡Tantas! ¡Seis o más! El sitio era tan estrecho que casi estábamos boca abajo en el suelo. No pudimos examinar verdaderamente lo que eran. Tomé una ramita, horadé en el hoyo y lo agrandé para poder meter la mano. Pude así extraer más objetos de metal. La luz de la linterna disminuyó.

—Toma lo que puedas sostener. Yo llevo el resto. ¡Vamonos de aquí!

Llegamos de vuelta a la estancia principal justo a tiempo porque en ese instante la linterna se apagó del todo. Expusimos los objetos y los contemplamos. Eran cosas muy bonitas de metal, creo que de cobre, con todo tipo de adornos. Uno tenía diseños de cabezas de íbices y otra, que parecía una corona, llevaba un grabado con figuras de pájaros. Había otros dos objetos de marfil que eran curvos y tenían muchos orificios.

—¿Qué son, Ismael?

—No sé, pero creo que son importantes.

—No tenemos nada en qué acarrearlos. Escondámoslos y volvamos luego con unos cestos.

—No. Alguien podría descubrirlos y robarlos —dije, quitándome la camisa, con la que pude envolver la mitad de ellos. ¡Qué hacer! ¡Alá, ayúdame a pensar!—. Nada, tu falda.

Se la sacó sin vacilar, quedando sólo con sus pantalones largos para proteger su modestia.

—Trataré de no mirarte —afirmé, galante—, y si por casualidad lo hago, te juro que nunca en la vida te lo mencionaré.

—No te preocupes. Tú eres mi hermano, esto es más importante.

Al llegar adonde se hallaba Sabri, éste había logrado recuperarse un poco. La alegría que nos embargaba nos ayudaría en el descenso. Cuando estábamos listos para partir se me ocurrió que tendríamos que explicarle todo a Ibrahim. Comprendí que sería necesario inventar una pequeña mentira y hacer un juramento. Por primera vez en mi vida me sentía avergonzado delante de una mujer.

—Nada, no podemos decirle a papá que andabas trepando por ahí con Sabri y conmigo. Yo podría contarle que subí solo, pero se daría cuenta de que es imposible que haya traído yo todo esto sin ayuda. Tendremos que mentirle y decirle que fuimos Sabri y yo.

Sus grandes ojos se llenaron de dolor. Sabri bajó los suyos. No podía mirarla de frente; tampoco yo.

—Tú conoces a Ibrahim —dije—. Nos mataría a palos a Sabri y a mí. A ti también te castigaría.

Permanecimos en silencio casi media hora. Nada me tomó la mano, y luego se atrevió a tomar también la de Sabri.

—Tienes razón, Ismael —aceptó—. Estas cosas las encontraron Sabri y tú. Yo no participé.

CAPÍTULO IX

Uno puede considerarse beduino, creer incluso que lo es, y tratar de vivir como tal. Algunos de ellos, conocidos como ratas del desierto, logran sobrevivir por un tiempo, pero si uno no ha nacido allí, llegará un momento en que el desierto lo aniquilará.

El paraíso comenzó a venirse abajo pocos meses antes de cumplir yo los trece años.

Primero fueron las tormentas de viento. El cielo se ponía negro. Al principio no sabíamos si eran langostas o arena. Un viento contrario, tórrido, que soplaba desde el desierto hacia el mar —llamado *khamsin*— nos azotaba. Lo único que se podía hacer era colocarse cerca del suelo, ponerse de espaldas y quedarse allí respirando entrecortadamente, a veces durante muchas horas. Millones de granitos de arena nos herían con impetuosa velocidad. En esos momentos era imposible moverse ni abrir los ojos, por temor a que la arena nos cegara. La arena desgarra la ropa, agrieta la piel y dificulta la respiración.

Por más que intentábamos cerrar la cueva, la arena siempre se metía por todas partes: entre los cereales, en las armas, en el combustible. También en nuestro pelo. A menudo seguíamos escupiéndola una semana después, y permanecía en las narices y entre los dientes. A pesar de que tratábamos de limpiar la caverna, siempre había arena mezclada en la comida, debajo de las uñas, incrustada en nuestra piel.

Además de los vientos, estaban también los piojos que se nos instalaban en los párpados y en el pelo. Nos rociábamos con combustible y luego bajábamos al manantial, pero estábamos quedándonos sin jabón, y para matar los piojos teníamos que andar siempre con quemaduras de petróleo en la piel.

Después de una tormenta de viento, nos llevaba varios días limpiar las armas, y no teníamos más remedio que utilizar las provisiones más rápido de lo que queríamos. El sebo, el petróleo, el aceite, el jabón y algunos alimentos comenzaron a mermar, siendo imposible reponerlos en Jericó. Allí había escasez de todo, un aumento terrible de población y el inevitable mercado negro. La muchedumbre que se congregaron en Jericó muy pronto perdió todo su dinero y sus joyas. En la caverna habíamos llegado al punto de no poder reemplazar lo que se nos terminaba. Al cabo de dos meses o menos, ya no teníamos nada.

Lo peor de los vientos y de la falta de provisiones era el efecto que producían sobre nuestros ánimos. Ramiza y Fátima tenían embarazos espantosos. Vomitaban continuamente y lloraban histéricamente. Los demás nos volvimos irritables, peleábamos por cualquier cosa. En ocasiones nos encolerizábamos con tanta rapidez que nos daban ganas de confesar nuestros diversos secretos solamente para herir a la

persona que nos molestaba en ese momento. Por supuesto que no revelamos los secretos, sino que los enterramos más profundamente en nuestro interior.

Después estaba el problema del agua. La primera lluvia del invierno se llevó nuestros diques y rompió la cisterna, destrozando el trabajo de toda una primavera y un verano. La poca agua que podíamos conseguir era sucia, imposible de beber y escasamente utilizable.

Por unas fisuras de la roca entraba agua en la gruta. En medio de una fuerte tormenta, el agua nos llegaba hasta los tobillos. Al no poder tapar las filtraciones, la humedad se hizo permanente, y el moho comenzó a pudrir los cereales.

Como consecuencia de la humedad aparecieron también alimañas, que atacaban la comida y nos mantenían despiertos con sus ruidos y corriendo sobre nuestros cuerpos.

Teníamos los zapatos ya perforados por el uso. Se nos habían endurecido los pies de tanto trepar por las rocas, pero también nos dolían y sangraban como si nos acuchillaran. No había remedios, ni siquiera las hierbas caseras, para combatir los continuos ataques de tos, disentería y fiebres. Nuestra ropa estaba tan deteriorada que ya no nos servía de protección contra el sol y el calor.

Constantemente esperábamos la orden de Haj Ibrahim de partir, puesto que ése sería el menor de los males. Aun teniendo a mi padre de jefe, igualmente nos estábamos quedando sin fuerza de voluntad. La confianza y el orgullo de familia que habíamos tenido se desplomaron, convirtiéndose en temor, desesperanza y sospecha.

Lo que verdaderamente desmoralizó a Haj Ibrahim fueron las continuas malas noticias provenientes de Jericó. La segunda tregua había concluido. En rápida sucesión, fue hundido el buque insignia de la Marina egipcia, luego los judíos tomaron Berseba y estaban ya desalojando a los egipcios del Negev e incluso cruzando el Sinaí. Lo poco que quedaba de Kaukji y del Ejército de Liberación había sido obligado a retirarse del otro lado de la frontera. Siria era un tema acabado —aislada en la Galilea—, y el Líbano jamás había sido un factor preponderante.

A pesar de que, en dos intentos más, los judíos no lograron capturar Latrun, habían construido un camino secundario hasta Jerusalén, y salvaron su parte de la ciudad.

Al ser inminente el desastre para los árabes, llegó también la hora de la venganza tribal.

Clovis Bakshir, alcalde de Nablus, fue asesinado en su despacho por un pistolero del muftí debido a haber prestado apoyo a Abdullah.

Abdullah se tomó la revancha ordenando a los Escuadrones Especiales de la Legión que dieran muerte a media docena de muktars partidarios del muftí, deteniendo a decenas de simpatizantes en toda la Orilla Occidental, y encarcelándolos en Ammán.

A medida que cada uno veía frustrado su gran proyecto para destruir a los judíos, comenzaron a conocerse las historias sórdidas de todas las alianzas secretas.

La primera en difundirse fue la propiciada por los saudíes, que poseían una larga frontera común con Jordania. La familia saudí tenía también una antigua enemistad con Abdullah. Habían sido los saudíes los que expulsaron a Abdullah y su familia hachemita de Arabia. Esas cosas nunca se olvidan. Los saudíes temblaban ante la idea de que Abdullah se volviera poderoso, puesto que muy pronto anidarían en él sentimientos de venganza.

Como siempre había sido primordial para una victoria árabe absorber la Legión de Abdullah, los saudíes se desquitaron con egipcios, iraquíes y sirios con el fin de provocar a Abdullah para que éste entrase en la guerra. Su plan consistía en que la Legión se apoderara de la Orilla Occidental, después de asesinar a Abdullah, disolver su reino y repartírselo entre ellos. Abdullah hábilmente logró eludir a su asesino, mientras sus tropas se aseguraban la Orilla Occidental.

Una segunda conjura fue auspiciada por los egipcios, que se habían adueñado de la franja de Gaza. Llevaron al muftí a Gaza, donde él y sus seguidores establecieron un «gobierno totalmente palestino». En rigor, los egipcios trataban a Gaza no como si fuera Palestina, sino como un territorio de administración militar.

Comenzaron a salir también a la luz otros convenios secretos de Abdullah. Así se supo que Kaukji había sido representante suyo todo el tiempo. Kaukji delató a muchos de los hombres del muftí con quienes supuestamente compartía el mando. Esos individuos corrieron la suerte habitual. A cambio de ello, Kaukji debía ser proclamado primer gobernador de la Orilla Occidental de Palestina, y regirla en nombre de Abdullah.

Entretanto, dentro de Egipto, Irak y Siria, se producían encarcelamientos y matanzas de ministros y generales con motivo de haber perdido la guerra. Los regímenes se tambaleaban por todas partes.

La peor tormenta que nos azotó se produjo justo después del año nuevo de 1949. La inundación fue tan violenta que el agua desbordó de su cauce y se nos metió en la cueva por todos sitios. Estábamos a un paso de la derrota. Kamal se enloqueció de miedo una noche, las embarazadas estaban en pésima condición, Jamil y Omar se trabaron en una pelea a puñetazos e incluso Hagar, la mujer de hierro, demostraba una terrible ansiedad.

Un día regresé de Jericó y encontré a mi padre atrincherado como de costumbre junto a la ametralladora. Estaba empapado, envuelto en harapos.

—Padre —exclamé—, ya terminó todo. Hay otro alto el fuego, pero esta vez hablan de un armisticio.

Ibrahim se volvió hacia mí con el rostro chorreando agua, de modo que no pude notar si caían lágrimas de sus ojos.

—¿Debemos ir con Abdullah ahora, padre?

Se rió irónicamente, con aire trágico.

—No —me susurró—. Ninguno de los responsables de nuestra partida tendrá el valor para afrontar esta catástrofe. Van a tardar cincuenta años en afrontarla. ¿Reconocer que ganaron los judíos? Eso no pueden aceptarlo… jamás. No podemos esperar, Ismael. Que se arranquen la carne unos a otros, que se rompan los huesos. Nada conseguirán arreglar. Maldícelos por lo que nos han infligido. Sólo tenemos una misión: regresar a Tabah. No pienses más que en volver a Tabah. Piensa sólo en Tabah…

CAPÍTULO X

Enero de 1949

Gideon Asch disfrutaba con sus conversaciones con el coronel Farid Zyyad, del Servicio jordano de Inteligencia. Como consecuencia de haber realizado sus estudios militares en Inglaterra, Zyyad había dejado de lado muchos de los hábitos que obstaculizaban las reuniones entre árabes y no árabes. Zyyad era capaz de ir al grano, de no tratar de ocultar una idea pobre con gran adorno de palabras, y pronunciaba sólo el mínimo de frases hechas.

La oscura aldea de Talal era el sitio de sus encuentros secretos. Talal quedaba cerca de las líneas de combate próximas a Ramallah, donde algunos campos se internaban en territorio conquistado por los judíos, una cuasi tregua que permitía a los campesinos cruzar ida y vuelta para atender los cultivos.

De tanto en tanto aparecía alguna patrulla jordana que aconsejaba a los aldeanos retirarse de los campos y no salir de sus casas. Poco después llegaba un vehículo llevando a Zyyad, que estacionaba en las proximidades de un puesto de observación abandonado.

Segundos más tarde, una figura solitaria avanzaba desde el lado judío y establecía contacto con un farol de señales. Al recibir la señal de respuesta, Gideon cruzaba y entraba en el puesto.

Una botella de «Johnny Walker» etiqueta negra, que Gideon sólo veía en sus reuniones con Zyyad, lo aguardaba sobre el escritorio. Al llegar Gideon, Zyyad sirvió dos vasos.

—Por nuestros mentores británicos.

Gideon levantó su copa.

—Se ha llegado a un acuerdo, Zyyad. Se aceptó la isla de Rodas como marco de las conversaciones sobre el armisticio. El propio Ralph Bunche accedió a actuar de mediador. En el término de una hora Abdullah será informado en Ammán.

—Entonces Jordania hablará primero con ustedes.

—No. Serán los egipcios.

—Usted prometió que nosotros negociaríamos primero.

—Le prometí que lo intentaríamos. Yo traté, pero no pude cambiar la situación.

—No tiene sentido —afirmó Zyyad—. El Ejército egipcio está totalmente derrotado. Nosotros tenemos territorios ocupados. Deben conversar primero con nosotros.

—Lamentablemente, las potencias aún consideran a Egipcio como la principal nación árabe.

—¡Pelearon como mujeres!

Gideon se encogió de hombros.

—¿Cuándo comienza la conferencia? —preguntó Zyyad.

—Dentro de ocho o diez días. Creo que se mencionó el trece de enero.

El coronel Zyyad hizo girar su vaso, bebió un largo sorbo, lanzó un gruñido.

—¿Cuánto tiempo cree que puede usted tardar en conseguir un alto el fuego con los egipcios?

—No mucho —replicó Gideon, sabiendo que debería volver hasta el Negev para dar personalmente la orden.

—Los egipcios están a punto de derrumbarse —sentenció Zyyad—. Dentro de dos días, tres a lo sumo, les entregarán la franja de Gaza con la mitad de su ejército.

—No tenemos plan alguno que incluya la franja de Gaza.

—Deje de hacerme jueguecitos árabes a mí —dijo Zyyad con cierta irritación—. Jordania debe quedarse con la franja y tener acceso al mar atravesando territorio israelí.

—Veo que ustedes, en Ammán, ya se han dedicado a planificar el futuro.

—El Reino tiene una salida al mar en Akaba. Egipto puede obstaculizarla a voluntad. No podemos permanecer a merced de ellos. Debemos tener un puerto en Gaza.

—Los ingleses tendrían que haberlo pensado cuando armaron semejante lío en Palestina oriental, Zyyad. Además, ¿no le cuesta a usted discernir quién es su aliado y quién su enemigo?

—¿Quiere que se lo diga? De acuerdo. Egipto es más enemigo nuestro que Israel. Usted sabe por qué tenemos que contar con Gaza. Nosotros también sabemos qué es lo que pretenden ustedes a cambio, y estamos dispuestos a llegar a un arreglo.

—Si nos va a pedir que tomemos la Franja de Gaza para ustedes, entonces tendremos que exigirles a cambio un tratado de paz. No una tregua ni un armisticio, sino un tratado de paz. Sabe muy bien que Abdullah no es lo suficientemente poderoso como para suscribir un tratado, por más que lo desee.

Trabajar con el nuevo Estado judío a través de una interdependencia territorial atraía enormemente a Abdullah. En términos económicos, se beneficiaría colaborando con los judíos. En su carácter de «socios silenciosos», Israel y Jordania obligarían a Egipto, Irak y Siria a pensarlo seriamente antes de optar por un nuevo ataque. Al fin y al cabo, los judíos y Abdullah eran sólo enemigos forzados por las circunstancias.

¿Un tratado de paz? Era una idea sumamente audaz. Pero significaría la muerte de Abdullah, que sería declarado no árabe, un paria y un leproso. Hasta su propia Legión se volvería contra él. No, nunca se tomaría medida tan osada.

Zyyad sacó un sobre con membrete real, abierto.

—Léalo, por favor. Después lo sellaré.

Honorable David Ben Gurión
Primer Ministro del Estado de Israel.

Mi más distinguido amigo y adversario:

Hemos luchado una ardua y cruenta guerra, no siempre en beneficio de nuestros intereses mutuos ni con gran convicción. Lamentablemente quedarán muchas cuestiones sin resolver. Dado que puede haber varias verdades sobre una misma situación, y los significados no son constantes entre un Estado y otro, es imperioso que exista una futura y callada cooperación entre nosotros.

Como puede usted suponer, no siempre somos totalmente libres para obrar en forma independiente, de modo que debemos tener paciencia. Al final triunfará la paciencia. Sin embargo, las palabras no expresadas y los acuerdos no escritos pueden ser tan poderosos como el papel de un armisticio. Dichos acuerdos podrían garantizarnos un largo período de paz y desarrollo.

Por consiguiente, le suplico que complete usted la conquista de la franja de Gaza para eliminar a nuestro enemigo común, y considere la posibilidad de asignarnos a nosotros el futuro dominio. Eso aseguraría nuestra anexión de la Orilla Occidental y las mayores probabilidades de coexistencia para nosotros.

¡Entréguele la franja de Gaza al demonio! Pero por favor, no permita que la retengan los egipcios.

Con mi mayor sinceridad y admiración.

ABDULLAH

Gideon subió al «Piper Cub» que se hallaba en la pista de un provisional pequeño aeropuerto cerca del Monasterio de la Cruz, en Jerusalén Occidental.

—¿A Tel Aviv? —preguntó el piloto.

—No. Al puesto de avanzadilla en el frente Sur.

—¿Dónde diablos queda eso?

Gideon tomó un mapa, lo examinó y señaló una zona del Sinaí, a pocos kilómetros de El Arish.

—Hay una pista por ahí cerca. ¿Tiene usted frecuencia?

—Sí, pero la radio es de poco alcance.

—Bueno, llámelos y pídales la situación exacta cuando estemos cerca.

El avión describió tres círculos para tomar altura, y se internó entre los altos barrancos saliendo de Jerusalén. Cuando divisaron terrenos llanos, giraron a la izquierda, rumbo al Negev. Los primeros signos de una tormenta de arena sacudieron

el aparato. Gideon, que a caballo era el más audaz de los hombres, se puso pálido. El piloto se rió. Había lanzado municiones y alimentos en paracaídas sobre el kibutz en condiciones climatológicas mucho peores.

—Agárrese a su asiento, Gideon, que vamos a tener una buena cabalgata.

El final de la guerra había puesto de relieve una divergencia filosófica que venía de antiguo entre Ben Gurión y sus generales. Aunque Ben Gurión era un pionero de las cenagosas tierras de Palestina y el líder de sus grandes luchas políticas, parte de su personalidad seguía anclada en los ghettos de Polonia.

Ben Gurión poseía la natural desconfianza de los judíos hacia los militares porque para él eran sinónimo de represión. Por una parte, no confiaba plenamente en la capacidad judía de combate. Además, temía una poderosa consolidación militar. La gente joven del Palmach, la Haganah y las nuevas Fuerzas de Defensa de Israel representaban un verdadero bache generacional.

Muchos de los militares nuevos opinaban que *el Viejo* había llegado a la cúspide cuando proclamó la Declaración de Independencia de Israel. Tiempo atrás se había enemistado con el Palmach y la Haganah, al tenerles más fe a los convenios políticos que a las armas. Se aferraba a la antigua teoría de que ningún país pequeño debía ir a la guerra sin contar con el respaldo de una gran potencia. Como esto no era posible, optaba por resolver políticamente las cosas. Por lo general estaba en desacuerdo con sus oficiales, quienes pedían mayores formaciones de batalla y más dinero para armamento. Los combatientes habían llegado a la conclusión de que el nuevo Estado necesitaba un fuerte Ejército para defender sus fronteras.

Esta escisión estaba personificada en Yigal Allon, que había sido consagrado como el mejor general judío desde el Josué de la Biblia. Al igual que Gideon Asch, Allon había nacido en Galilea criándose desde niño en un kibutz, y como joven oficial del Palmach gozaba de un profundo cariño de sus hombres. Allon lo tenía todo. Era una mezcla de mediador, planificador, duro comandante, educado y, sobre todo, una persona completamente honesta y abnegada. Del mismo modo que otros jefes de las Fuerzas de Defensa de Israel, conocía a sus hombres más que la mayoría de los generales de cualquier Ejército. Había llegado a ser comandante supremo del Palmach, padre y fundador del nuevo Ejército. Tenía sólo treinta años de edad, pero todos estaban de acuerdo en que estaba llamado a ser futuro jefe de Estado Mayor, si no Primer Ministro.

También se pensaba que Yigal Allon debía haber continuado al mando del más vital Frente Central, que incluía Tel Aviv y Jerusalén. Quizá su estrella haya brillado demasiado, porque Ben Gurión lo envió a «exilio» para hacerse cargo del frente Sur, en el desierto.

No era que Allon representara un serio rival político, sino que constituía una nueva clase de judío con la que Ben Gurión no se sentía demasiado cómodo y a la

que tampoco conocía demasiado, pese a sus años transcurridos en Palestina.

La pista de aterrizaje fue localizada por una débil señal de radio. Gideon fue llevado rápidamente a otro sitio apenas el aparato tomó tierra en un diminuto oasis a escasa distancia de El Arish. Yigal Allon y Gideon se estrecharon en un fuerte abrazo.

Allon era la estampa de la frustración cuando le comentaba a Gideon la situación de su ejército. El Arish se hallaba situado al pie de la franja de Gaza, donde ésta se cruzaba con el desierto del Sinaí. La Historia había sido testigo de un centenar de batallas en las proximidades de El Arish, desde los carros filisteos hasta los tanques británicos. Una línea ferroviaria se dirigía al mar, hacia el canal de Suez y luego a El Cairo.

—Mi servicio de inteligencia me informa que ha arribado un tren de veinte vagones. El cuerpo de oficiales egipcios tiene pensado huir esta noche. Yo he desmantelado suficientes vías férreas como para que éste no pueda partir al menos hasta mañana. Pero, Gideon, hemos explorado El Arish. A ellos no les queda nada. Yo podría tomarlo con dos batallones asegurándonos toda la franja de Gaza.

Gideon estuvo a punto de dar la orden de alto el fuego, pero no lo hizo.

—Hace dos días que vengo implorando que me concedan una reunión con *el Viejo* con el objeto de pedirle permiso para atacar. Lo único que he conseguido es silencio. ¿Puedo largarme ahora? —preguntó Allon.

Gideon no le respondió. Allon tenía derecho a plantear su caso ante Ben Gurión, el consejo, el jefe de Estado Mayor e incluso ante el comandante de operaciones.

—Si me prometes que no atacarás, te garantizo una reunión mañana por la mañana con Ben Gurión.

—¿Y si llega la orden de alto el fuego?

—Por lo menos en mi avión no ha venido —mintió Gideon—. Yigal, aléjate de tu cuartel general durante doce horas. Si no recibes la orden personalmente, no puedes llevarla a cabo, ¿no? Bueno, no seas tonto. Haz lo que te digo. Yo trataré de ablandar a *el Viejo*…

David Ben Gurión era un hombre de contextura pequeña. Su enorme cabeza calva ostentaba una especie de herradura del pelo blanco que le daba la apariencia de un querubín. Se hallaba en uno de sus peores momentos de irritación cuando Gideon llegó a verlo, horas más tarde. Había tenido un día febril tratando de conseguir que se cumpliera el alto el fuego. Todo estaba en su lugar, salvo los egipcios, quienes según los informes aún combatían, y un apasionado comandante joven, Yigal Allon, que exigía presentar su opinión. Al ver a Gideon se alegró por unos momentos.

—¿Has visto a Allon? —le preguntó, ansioso.

—Lo vi hace menos de dos horas.

—Entonces, gracias a Dios, ya tiene la orden de alto el fuego.

—No se la di.

El Viejo palideció, incrédulo.

—Hace dos días que Yigal intenta comunicarse, y usted lo ha ignorado deliberadamente. Yigal es su comandante de la zona Sur, y como tal tiene derecho a hablar con usted y el Gabinete.

—¿Quién diablos crees que eres, Gideon? ¿Quieres ser el primer judío ejecutado por insubordinación? ¿Acaso tienes idea de lo grave que se ha vuelto esto?

—Yigal tiene derecho a hablar con usted… —repitió Gideon.

—¡Para qué! ¿Para que le dé el permiso de destruir a los egipcios? Hay también doscientas cincuenta mil refugiados en la franja de Gaza. No tenemos con qué alimentar siquiera a nuestros soldados. ¿Qué se supone que haremos con los de ellos?

Gideon tomó un lápiz del escritorio y lo partió en dos.

—Tenemos a los egipcios ahí, atrapados, acabados.

—¡Os haré fusilar, a ti y a Yigal!

—Hágalo. ¡Yo renuncio! —gritó Gideon, y se dirigió a la salida.

—Ven aquí, ven aquí. Siéntate —dijo Ben Gurión, bajando el tono de voz—. ¿A qué hora dejaste a Yigal?

—Tomé el avión a las tres, justo antes de que se desencadenara una tormenta de arena.

—Entonces no sabes quién llegó en vuelo cuarenta minutos más tarde, en medio de la tormenta. ¿No? Bueno, te lo diré yo. Los británicos están demostrando a las claras que no tenemos que aniquilar a los egipcios. Aparte de varios barcos de guerra que partieron de Chipre, enviaron cinco «Spitfire» sobre nuestras líneas, a modo de advertencia.

—¿«Spitfire» ingleses? ¿Contra nosotros?

—Efectivamente. Te conviene escuchar el resto. Les salimos al encuentro y los derribamos. Ahora estamos tratando de encontrar a los pilotos. Media hora más tarde me llamó el embajador norteamericano para advertirme que, si no ponemos inmediatamente en práctica el alto el fuego, no nos darán ni un centavo de ayuda. ¿Tienes la más leve idea del grado de bancarrota en que nos encontramos, Gideon?

Gideon dio un puñetazo sobre la mesa.

—¡Qué se vayan a la mierda! —gritó—. ¿Por qué todo el mundo se rompe el culo por salvar a los egipcios? ¿Dónde diablos estaban ellos cuando Jerusalén se moría de hambre? ¡Dónde! Bueno, yo por lo pronto me alegro de haber derribado sus aviones. ¡Me alegro!

El Viejo esperó que se calmara.

—¿Qué crees que debo hacer yo? —preguntó Ben Gurión.

—Aquí tiene más combustible para echar al fuego —dijo Gideon, pasándole la

carta de Abdullah. Ben Gurión la leyó y levantó los brazos en gesto de inutilidad.

Este Abdullah es un verdadero perro. Varios centenares de nuestros muchachos murieron tratando de tomar Latrun, y ahora nos pide que capturemos la franja de Gaza y se la guardemos para él. ¡Desvergonzado!

—Piénselo, Ben Gurión. Si llegamos a tomar Gaza, Abdullah nos entregará a cambio Latrun y el sector judío de la Ciudad Vieja. Más aún…, cuando vayamos a las negociaciones de Rodas, eso nos dará una firme posición para negociar. Los egipcios nos otorgarán cualquier cosa con tal de que permitamos escapar a su Ejército.

Ben Gurión sacudió la cabeza.

—Tenemos que pasar diez o veinte años hablando sobre la paz. Nuestro primer tratado de paz debe ser con los egipcios. De lo contrario, ningún otro país árabe lo suscribirá. Si ahora los humillamos más, pasará medio siglo antes de que estén dispuestos a volver a hablar de paz.

—¡A la mierda con la humillación! Aceptarán conversar sobre la paz cuando no les quede otra alternativa. Sólo cumplirán un tratado de paz en tanto y en cuanto convenga a sus propósitos. Yo le puedo decir lo agradecidos que se sentirán los egipcios si les entregamos la franja de Gaza. La convertirán en una enorme base de operación de guerrilleros, y desde allí lanzarán ataques contra nosotros. Pagaremos con sangre el habérsela cedido…, toda nuestra vida.

Ben Gurión se puso de pie y se encaminó a la ventana.

—Irás a ver inmediatamente a Yigal.

—¿Dice usted para un alto el fuego?

—En efecto. —Regresó a su escritorio—. Camarada, emprendimos este sueño con la frágil esperanza de crear un minúsculo Estado. Tenemos ahora mucho más de lo que creíamos posible. Contamos con un país que puede vivir. Sin un centavo, con unas fronteras terribles, pero viable. Si entramos en el juego de Abdullah, un monarca débil que ya es hombre muerto, nos veremos arrastrados a una serie interminable de pequeñas guerras.

—Pero usted no va a detener esas guerras entregando la franja de Gaza. Sólo conseguirá envalentonar a los egipcios. Ellos cuentan con nuestra blandura, y la aprovecharán al máximo.

—Eso me han dicho. Podemos pelear estas batallas siempre y cuando tengamos la verdad. Ése será nuestro juego. Debemos dedicar nuestras energías a otras cosas. Hay que traer a muchos judíos de esos espantosos campos de detención de Chipre. Es preciso que encontremos los restos de nuestros hermanos de Europa, y los traigamos a casa. Tenemos que sacar a las comunidades judías de los países árabes antes de que terminen todos asesinados. Debemos crear una marina mercante, una línea aérea nacional. El mundo debe aclamar a nuestros científicos, artistas y académicos. El Estado judío tiene muchas prioridades antes que prestarse al juego de los árabes.

—Cada vez que en el futuro nos ataquen desde la franja de Gaza, recuerde que ha pagado usted un precio de tonto para salvar el orgullo de una banda de decadentes carniceros egipcios.

—Entonces, búscanos nuevos vecinos. Quizá nos lleve mucho, mucho tiempo, pero Israel tiene una misión especial, única en el mundo. Nosotros representamos los intereses de las democracias occidentales…, sí, incluso de los ingleses, que nos amenazan con sus armas, y los norteamericanos, que nos amenazan con el chantaje económico. Llegará un momento en que todos se desilusionarán de los árabes y comprenderán que, sin Israel, su propia existencia está en peligro.

—¿Cuánto tiempo, oh, Señor, cuánto pasará hasta que se materialice su sueño? ¿Cuánto habrá que transcurrir hasta que una nación cristiana coloque su suerte en manos de los judíos? Yo estoy de parte de Yigal —sostuvo Gideon, y se marchó.

Cuarta parte

JERICÓ

CAPÍTULO PRIMERO

Finales de invierno de 1949

Mi padre me llamó un día después del tercer alto el fuego.

—No podemos quedarnos más aquí —dijo—. Debemos prepararnos para bajar a Jericó. Es la voluntad de Alá.

Alá había tomado la decisión por nosotros bastante tarde.

La cueva se había convertido en un desastre total. Las alimañas y la lluvia consumían rápidamente nuestras provisiones. La caverna principal tenía docenas de filtraciones, de modo que la humedad y el frío calaban hasta los huesos, y llevábamos siempre el olor a moho en la nariz. Teníamos que mantener encendido el fuego intenso para combatir el aire rancio, pero a veces bajaba agua por la chimenea, apagaba las llamas y terminábamos envueltos en humo. En varias ocasiones nos vimos forzados a salir a la intemperie en medio de una tormenta para no morir asfixiados.

La mayoría de los pequeños túneles que conducían a nuestros nichos individuales tenían pequeñas depresiones que se inundaban, imposibilitando el paso y obligándonos a vivir y dormir todos en el espacio central.

Un día de tormenta, Ramiza resbaló y cayó entre las escarpadas rocas. Sufrió fuertes golpes y tuvo un aborto. Habría sido muy difícil mantener con vida a un bebé en esas circunstancias. Después de Kamal, Ramiza era la más débil del grupo, aumentando la carga de los demás. Realizamos las consabidas demostraciones de dolor por la pérdida, pero no la lamentamos mucho tiempo.

Se sumaron otros desastres, pero un factor dominante fue el que nos indicó que debíamos partir. Empezábamos a tener verdadera hambre. Una preocupación primordial era qué hacer con el valioso cajón de las armas. Si nos acuciaban los problemas económicos, siempre podíamos vender un rifle, una pistola, que eran sumamente codiciados. Por otra parte, los hombres como Haj Ibrahim no se desprenden fácilmente de sus armas.

Me asignaron a mí la misión de buscar un sitio próximo a Jericó donde poder enterrarlas. Se estaban erigiendo campamentos en las colinas yermas que rodeaban a la ciudad. Más hacia el interior de Jericó se elevaba una cadena de empinados montes, muy semejantes a la zona de nuestra cueva.

En la cima de uno de ellos, a pocos kilómetros del pueblo, se levantaba un monasterio cristiano griego llamado San Jorge. Nadie sabía esconderse del mundo mejor que los monjes griegos. El sendero que llevaba hasta el monasterio se abría desde el camino de Jerusalén y era apenas transitable a pie. Desde el lado de Jericó, el edificio quedaba oculto a la vista. Me dio la impresión de que, si pudiera escalar la

montaña debajo del monasterio, encontraría un escondite seguro.

Era imposible cavar un foso para ocultar el cajón puesto que casi todo el terreno del desierto era tan duro que en la mayoría de los casos a los muertos ni siquiera se los sepultaba, sino que se los cubría con montículos de piedras. Además, si intentaba cavar la tierra, inmediatamente se percatarían los beduinos.

En conclusión, debía hallar un nicho o una pequeña cueva, alejado de la vista, en un sitio adonde pudiese llegar nuestro burro *Absalón*. Como no podía ocuparme yo solo de la tarea, mi padre y yo conversamos acerca de quién era el más digno de confianza de los demás. Aunque personalmente me inclinaba por Nada, no me atreví a mencionar su nombre. La elección obvia debía recaer en Sabri, pero seguíamos sin confiar plenamente en él. Decidimos entonces que fuera Jamil.

Durante los días siguientes, Jamil y yo partíamos de Qumran a medianoche para atravesar Jericó y los campamentos en la oscuridad, y estar al alba en los montes al pie de San Jorge.

Me desalenté al comprobar que el monasterio se erigía en la cima del llamado Monte de las Tentaciones. Los cristianos creían que allí había pasado Jesús cuarenta días en el desierto, luchando contra Satanás. Yo estaba totalmente seguro de que nuestra cueva de Qumran era la verdadera gruta de Jesús y David. Los cristianos y los judíos estaban equivocados respecto de muchos sitios históricos, particularmente las tumbas de los santos y los profetas. Nunca supieron en realidad dónde estaban enterrados Moisés y Samuel hasta que Mahoma recibió un mensaje de Alá y reveló el verdadero lugar. Por eso, los peregrinos cristianos estuvieron viajando a sitios equivocados durante siglos.

Tuvimos que trepar la montaña con cuidado ya que había muchos puestos de observación alrededor del monasterio. Los meses transcurridos en Qumran nos habían enseñado sobre cómo conviene seguir los lechos secos de los ríos y las cañadas. Jamil y yo utilizamos esa técnica para deslizarnos solapadamente como un par de lagartos del color de la roca. Al cuarto día, mi hermano me llamó desde una grieta, una abertura de unos sesenta centímetros de alto, de muy buen aspecto. Ningún sendero ni huella llegaba hasta ese sitio, no se podía divisar desde el monasterio, y podíamos forzar a *Absalón* a subir hasta allí. Entramos arrastrándonos. El lugar era demasiado pequeño como para contener todas las armas, pero una fisura formaba un túnel angosto de unos cuarenta y cinco centímetros de ancho que se comunicaba con una segunda grieta, de mayores dimensiones. La revisamos por si tenía filtraciones de agua, pero no encontramos ninguna.

Esa noche cargamos a *Absalón* para el primero de los cuatro viajes que requeriría trasladar el arsenal. Nos colocamos en posición antes de que aclarara; luego trabajamos arduamente durante muchas horas, arrastrándonos ida y vuelta hasta la segunda grieta con un escaso margen de pocos centímetros.

Cuando las armas estuvieron a buen recaudo, sacamos de la cueva de Qumran todo lo que aún podía tener cierto valor. La mayor parte de las provisiones fueron transportadas sobre las espaldas de los hombres o atadas en enormes bultos que las mujeres llevaban sobre la cabeza. Incluso Fátima, que acarreaba en brazos a su niñita de dos años y estaba embarazada de seis meses, llevó una carga.

No pusimos demasiadas cosas sobre *Absalón* para que mi padre pudiese montarlo. No presentaba un aspecto gallardo como cuando cabalgaba en *el-Buraq*. Los demás caminábamos detrás de él formando una patética hilera de seres humanos espiritualmente deshidratados. En los zapatos nos habíamos puesto plantillas de papel de diario. Omar y Kamal tuvieron que envolverse los pies con trapos. Antes de los dos kilómetros a todos, salvo a mi padre, nos sangraban los pies. Me maravillaba ver a Fátima, tan fuerte como los hombres pese a su estado, y a Nada, caminando alta y esbelta como una reina rumbo a Jericó. En realidad, más que caminar nos arrastrábamos. Hagar había perdido mucho peso, le colgaba la piel y se sentía débil. Cuando se desmayó por segunda vez, mi padre se apiadó y la dejó montar en *Absalón* por breves períodos.

Dos campamentos importantes se habían formado alrededor de Jericó. En el extremo norte de la ciudad se hallaban las ruinas de la ciudad vieja, y un manantial llamado Ein es-Sultan cuya corriente constituía el oasis que había permitido la existencia de Jericó casi diez mil años antes. El manantial proveía ahora de agua a miles de refugiados. Dos campamentos más se estaban erigiendo un poco más al norte, sobre la carretera.

Una segunda zona al sur de Jericó, Aqbat Jabar, trepaba por las yermas lomas hasta el pie del Monte de las Tentaciones. El campamento que allí se había establecido quedaba mucho más cerca de nuestro cajón de armas, de modo que ahí nos quedamos.

Nadie lo dirigía y nada estaba organizado. Decenas de miles de personas simplemente vagaban errantes. No había baños, cocinas ni dispensarios. Esporádicamente llegaban camiones de «La Media Luna». Los que tenían a su cargo la distribución de tiendas, alimentos, mantas y medicamentos habían creado una terrible burocracia, ya dominada por el mercado negro. Nos arrojaban la comida como si fuésemos gallinas. Para conseguir agua debíamos hacer cola el día entero esperando la llegada de un camión cisterna que a menudo no aparecía o quedaba vacío cuando la mitad de la hilera seguía aguardando. Durante la primera quincena dormimos en el suelo y tuvimos que soportar dos fuertes chaparrones.

Finalmente llegó un tren cargado de provisiones de Damasco. Nos obligaron a permanecer en pie bordeando las calles y a aclamar mientras un equipo de filmación registraba la escena. Antes de que se repartiera nada, tuvimos que escuchar tres horas

de discursos sobre cómo los sionistas nos habían llevado a eso y cómo nuestros hermanos árabes venían a rescatarnos. Se colocó a los niños alrededor de los camiones, y cuando el cámara hacía una señal, debíamos levantar las manos y clamar como mendigos.

Logramos obtener esteras para dormir y dos tiendas de campaña para seis personas. También descubrimos que nada del cargamento provenía de países árabes sino que eran donaciones del mundo entero a través de la Cruz Roja Internacional.

Se nos presentó entonces un verdadero problema. La mayoría de los refugiados eran gente que había huido en grupo: un pueblo, una tribu o un clan entero. Las tierras más codiciadas de Aqbat Jabar eran las más cercanas a Jericó. Al no haber autoridad, se produjo una disputa territorial. Los grupos más numerosos, con mayor cantidad de hombres, tenían fuerza como para reclamar las mejores zonas. Nosotros éramos una familia pequeña, separada de su clan. Alá mediante, ésta se hallaría en algún lugar de Líbano. Había otras familias «perdidas» como la nuestra; Haj Ibrahim las localizó enseguida y las unió bajo su dirección. La categoría personal de mi padre atrajo a varios cientos de familias. Ellos lo habían conocido como muktar de Tabah, y su renombre había crecido al difundirse la historia de nuestra huida a la cueva de Qumran. Ibrahim señaló unos terrenos en nombre de sus seguidores, y le puso de nombre Tabah, tal como otras tribus habían bautizado sus zonas con las denominaciones de sus antiguas aldeas.

Al principio tratamos de construir viviendas de barro, pero la lluvia no permitía que se secaran adecuadamente, y cada vez que llovía se derretían. Nos refugiamos entonces debajo de unas lonas.

Haj Ibrahim dormía en una tienda con Hagar y Ramiza. La otra tienda para seis personas se dividió en tres partes con cortinas de tela. Omar, Jamil, Sabri y yo teníamos un sector. Fátima, Kamal y su hijita, el segundo; y a Nada se le asignó un diminuto espacio. De noche, cuando extendíamos todas las esteras, no quedaba lugar para caminar, como no fuera por encima de los demás.

La tienda beduina se construye con pieles y cueros de animales, y soporta el embate del peor de los climas. Nuestras tiendas eran italianas, de lona fina, inadecuadas para su misión. Era tanta el agua que se filtraba que bien podríamos haber estado en medio del cauce del manantial. Cuando cesaron las lluvias, las tormentas de tierra las agitaban, y en el verano el sol pudrió lo poco que quedaba de ellas.

Durante ese primer año nadie se salvó de una grave disentería. El cólera y la fiebre tifoidea arrasaron Aqbat Jabar como el fantasma de la muerte blandiendo su guadaña. Muchos niños se fueron con Alá, incluyendo a la hijita de Kamal y Fátima, que murió de tos. Había un solo médico de Jericó y otro que había huido de Jaffa, junto con media docena de enfermeras, para luchar contra las epidemias. Éstos tenían

que atender a más de cincuenta mil personas distribuidas en cinco campamentos próximos a la ciudad. Había algunas vacunas, pero no las suficientes para todos. Desde luego, los clanes más poderosos y los que ofrecían mayores sobornos eran los que recibían las inyecciones.

Al llegar el verano, el calor superó a los demás padecimientos. Rara vez la temperatura era inferior a los treinta y cinco grados y a menudo subía hasta cerca de los cincuenta y cinco cuando soplaban vientos desde el desierto. Si contábamos las moscas de Aqbat Jabar, la población era de miles de millones. Las llagas y las cloacas abiertas eran su alimento, produciendo un infortunio sólo superado por los inmensos y sanguinarios mosquitos. Construimos una choza de barro que nos dio algo más de espacio que las tiendas, pero ni la más mínima intimidad. No había ni un árbol en Aqbat Jabar, y los únicos sitios para jugar eran las anchas canaletas de aguas residuales que atravesaban el campamento en dirección al mar.

El Corán describe numerosas visiones del infierno. Poniéndolas todas juntas, seguramente se habrían asemejado a Aqbat Jabar.

Lo que más me desmoralizaba era ver cómo reaccionaba nuestro pueblo ante este infierno. Nos enseñaban que, como buenos musulmanes, debíamos aceptar nuestro destino como la voluntad de Alá. La falta de iniciativa por superarse convertía a Aqbat Jabar en un campamento de muertos en vida. Mi padre había luchado y tenía orgullo. Por el sagrado nombre de Alá, la mayoría de nosotros no éramos más que perros.

Se quejaban, eso sí. De la mañana a la noche no se hablaba más que de la injusticia del exilio y de una nebulosa idea de retorno, charlas todas adornadas con infantiles fantasías. La guerra había concluido y nos enteramos de que las condiciones en los campamentos alrededor de Ammán no eran mejores que en el nuestro. Escasa ayuda nos llegaba de fuera, y lo poco que venía rara vez procedía de países árabes.

Se trataba de una pesadilla hecha realidad. El aspecto más terrible era que había decenas de decenas de campamentos por toda la Orilla Occidental. Éramos palestinos en Palestina, pero nuestra propia gente no movía un dedo por nosotros. Por el contrario, nos trataban como a leprosos.

Haj Ibrahim, con los varios millares de «perdidos» que lo seguían se convirtió en uno de los líderes de Aqbat Jabar. Junto con cuatro o cinco de los viejos muktars, trataba desesperadamente de contagiar cierta apariencia de dignidad de nuestro pueblo.

Entre nosotros había artesanos. Teníamos personas que trabajaban la madera, el cuero, zapateros, tejedores. Había también algunos maestros y comerciantes. Sin embargo, no hicimos nada. No plantamos un árbol ni una flor. No inauguramos ni una escuela. No organizamos servicio alguno de mantenimiento del orden. No buscamos

tierras para sembrar. No intentamos crear industrias. Ni siquiera reuníamos ni retirábamos la basura.

Nos pudríamos y nos quejábamos. Echábamos la culpa a los judíos. Nos superaba por completo la autocompasión. Esperábamos que un mundo culpable, que supuestamente nos debía todo, vinieran a salvarnos porque éramos incapaces de salir adelante nosotros solos.

Mi padre asistía a innumerables reuniones casi todos los días y la mitad de las noches. Cada intento suyo y de sus aliados por organizar el campamento y dirigirlo con responsabilidad, terminaba en ásperas disputas por derechos tribales. El principal argumento era que, si hacíamos algo por nosotros mismos, los judíos y el mundo exterior lo tomarían como una aceptación nuestra del exilio. En la medida que no hiciéramos nada, seguiríamos llorándole al mundo, y los jerarcas árabes continuarían denostando al Estado judío.

Ibrahim entraba cien veces al día en nuestra choza y nos insultaba, lleno de desesperanza, al ver nuestra apatía y falta de dignidad. Cuando algunos campamentos fueron trasladados más cerca de la frontera, comprendió que lo habían hecho para que los refugiados pudiesen contemplar noche y día las tierras que les habían robado, alimentando aun más su rencor.

Una noche, después de una reunión particularmente acalorada con los otros jeques y muktars, mi padre y yo fuimos caminando hasta el pie del Monte de las Tentaciones, desde donde se divisaba el amontonamiento de casuchas de barro.

—Ismael —me susurró—, nos han traicionado. Estamos prisioneros en nuestra propia tierra. Nos hicieron prisioneros a propósito. ¿Sabes quiénes llegarán a dominar algún día estos campamentos? Los peores asesinos. Sólo Alá sabe qué ralea estamos creando aquí, y a qué clase de desastre nos conducirá. El odio hacia los judíos nos confundirá, impidiéndonos el menor intento de volver a convertirnos en seres humanos dignos.

Apoyó una mano en mi hombro.

—Ismael, tú y yo iremos todos los días a Jericó. Nos dedicaremos a mirar y escuchar. En algún lugar, alguien estará en contacto con los judíos y sabrá cómo llegar hasta Gideon. Quiero ver si existe alguna forma de hacer un trato con los judíos y regresar a Tabah. De lo contrario, nos dejarán morir en este horrible lugar.

CAPÍTULO II

Jericó, según me he enterado, es una ciudad de las más antiguas del mundo, de casi diez mil años. La ciudad amurallada se remonta a cerca de nueve mil años. Jericó fue casi siempre árabe. En aquellos días, a nosotros nos llamaban cananeos. Toda la tierra de Canaán nos fue robada por primera vez cuando Josué la conquistó, hace ya más de tres milenios.

Felizmente Mahoma y el Corán corrigieron las antiguas informaciones erróneas que dieron los judíos acerca de Jericó cuando escribieron su Biblia, una falsificación comprobada. El rey David escribió su famoso Salmo 23 inspirado en Jericó llamándolo «el valle de la sombra de la muerte». David se convirtió en un santo musulmán, y un profeta. Con su don de la profecía, debe de haber tenido visiones de Aqbat Jabar y los demás campamentos próximos a Jericó, y por eso le puso ese nombre.

Marco Antonio le entregó Jericó a Cleopatra como obsequio. Jesús conoció bien la zona, puesto que anduvo recorriendo los desiertos cercanos. También caminó sobre las mismas calles de la ciudad, donde le restituyó la vista a un ciego.

Herodes, un rey puramente árabe que gobernó a los judíos, tenía un palacio de fin de semana y tinas de agua caliente en Jericó, donde ahogó a varios parientes suyos que constituían una amenaza para su trono.

Era una ciudad muy famosa, pero no tenía muy buen aspecto en esos tiempos.

Tuvimos que vender a *Absalón* porque ya no podíamos darle de comer. Había sido un burro muy bueno y se había hecho amigo mío. Teníamos largas conversaciones cuando salíamos de la cueva rumbo al manantial o a Jericó. Muchos campesinos son crueles con sus burros, pero yo traté de ser un buen amo para *Absalón*. Nada lloró abiertamente cuando lo vendimos. Yo, naturalmente, escondí las lágrimas.

Haj Ibrahim y yo bajábamos todos los días a Jericó y buscábamos por todas partes pistas de personas que pudiesen tener tratos comerciales con los judíos cruzando las fronteras del armisticio. Recorrimos todos los cafés, mercados, kioscos y tiendas, y husmeamos entre los vendedores callejeros. Fisgoneamos por la estación de autobuses, el puente Allenby, los campamentos militares jordanos, incluso en las mezquitas.

Cuando creíamos haber dado con un posible representante de los judíos, teníamos que ser extremadamente cuidadosos en la forma de acercarnos a él. En nuestro mundo, dos hombres pueden demorar diez minutos sólo en saludarse. Si el encuentro era infructuoso, una media hora de parábolas y proverbios a menudo salía de sus bocas, seguida de otro discurso de diez minutos para terminar amablemente la

reunión sin que nadie se ofendiera. Era una tarea agotadora, pero al cabo de un mes de búsqueda, seguíamos completamente frustrados.

Una noche volví tarde de Jericó y le informé a mi padre que no había averiguado nada. Él levantó los brazos en un gesto de desesperación, y me dio la espalda. Me sentí muy furioso. Establecer contacto con los judíos se había vuelto una obsesión para mi padre, y a mí me partía en dos no poder ayudarlo.

Por otros motivos también debía yo tener éxito. Sabri había conquistado un nuevo lugar en el corazón de mi padre. Con su enorme habilidad para la mecánica, había sido el único entre mil capaz de encontrar un empleo en Jericó. Cuando todas las semanas le entregada su sueldo a Ibrahim, éste solía darle una palmadita en la cabeza y elogiarlo por lo bueno que era.

También Jamil se estaba haciendo notar más de lo debido. Se pasaba el día con una pandilla de muchachos que sólo hablaban de venganza. Sus alardes eran alentados por los hombres mayores, que les relataban historias de batallas que nunca habían sucedido, y actos de valor jamás ocurridos. Hasta ese momento, Haj Ibrahim nunca había escuchado las voces de la venganza, pero sí oía machacar con el mismo tema el día entero, sólo Alá podía decir cuándo iba a cambiar de modo de pensar.

Cuando la noche descendía sobre el valle, me gustaba salir a recorrer el campamento hasta el pie del Monte de las Tentaciones. Trepaba por las rocas para no tener que mirar Aqbat Jabar allá abajo. De vez en cuando tenía la fantasía de encontrarme nuevamente en mi nicho de la cueva antes de que comenzaran allí los problemas.

El cielo nunca era demasiado claro en el Monte de las Tentaciones debido a las luces provenientes de los campamentos y de la ciudad. Sin embargo, yo allí podía meditar tal como lo había hecho Ibrahim en la tumba del profeta en Tabah. Una noche me esforcé lo más posible por pensar en nuestro problema mientras me acurrucaba a dormir entre las piedras.

Me desperté al escuchar la música de la flauta de un pastor. No era ni de día ni de noche, pero a mi alrededor había un extraño brillo de luz, en tonos azules, violetas y amarillos, que parecía iluminar desde las rocas. Me dirigí hacia el sitio de donde provenía la música y allí encontré a un hombrecito rechoncho, calvo, con sólo una aureola de pelo plateado.

—Buenas noches —dije amablemente—. Que Dios bendiga nuestra reunión.

—Ya la ha bendecido, Ismael —dijo él, poniendo a un lado la flauta.

—¿Cómo sabe usted mi nombre?

—Porque soy un santo y un profeta musulmán. —¡Cómo me asustó eso!—. Has oído hablar de la revelación, ¿no?

Mi boca tembló al musitar un tenue «sí».

—¿Quién… es usted?

—Soy Jesús —me respondió.

Mi impulso fue huir, pero algún poder extraño me inmovilizó.

—No tengas miedo, mi pequeño amigo. —Quienquiera que fuese, era un hombre agradable y me hacía sentir que no me hallaba en peligro.

—No se parece usted en nada a sus retratos —aventuré.

—Son estampas. ¿Tengo aspecto de alto, pelirrojo y con barba?

—No.

—En tal caso, no sería Jesús. No sé cómo comenzaron los rumores sobre mi apariencia. Y ciertamente tampoco sé por qué un hombre con este semblante no puede ser tan santo como el de las estampas.

Con suma rapidez, desapareció.

—¿Dónde está? —grité.

—¡Aquí! —Oí el eco entre las paredes de piedra.

Me atreví a mirarme. ¡Ya no tenía mis harapos! Estaba vestido con una túnica de fino hilo blanco y negro, ribeteada en oro, con un peto adornado con piedras preciosas.

—Aquí —repetía la voz—. Aquí.

De pronto comencé a elevarme de la tierra. Sentí un movimiento oscilatorio debajo de mí. Miré y comprobé que iba montado en una enorme bestia, y que nos remontábamos sobre el Monte de las Tentaciones. El animal galopaba con pasos agigantados, aunque no había nada debajo de sus cascos, y de sus fosas nasales partían rayos azules, sin el menor sonido.

Volvió su cabeza y me sonrió. ¡Era Absalón*! Pero no era* Absalón*. Su color era el de la miel y llevaba una manta de la misma tela magnífica de mi atuendo. Yo estaba seguro de que se trataba de* Absalón*, pero su rostro me recordaba a Nada, y sus grandes cascos estaban cubiertos de diamantes. No llevaba montura, de modo que me veía obligado a aferrarme a sus crines, que tenía peinadas en brillantes trenzas casi de un metro de largo.*

—Aquí… aquí… aquí —me llamaba la voz mientras íbamos elevándonos a saltos que cubrían ciento cincuenta kilómetros.

Empecé a sentirme muy seguro montado en Absalón *mientras nos zambullíamos sobre una hilera de cometas de larga cola. Cuando éstos pasaban zumbando a nuestro lado, yo advertía que cada uno tenía la cara de un santo musulmán, pero extrañamente se asemejaban a muchos de los ancianos que habían muerto en Tabah. Una vez que hubimos dejado atrás los cometas, entramos en una zona de locos relámpagos que se distorsionaban en el firmamento.*

Habíamos llegado a un mar tan suave como la piel de Nada, y Absalón *saltó sobre él sin problema alguno; luego pasó por encima de grandes cavernas a trescientos metros de alto. Detrás de las cuevas, cabalgamos en la total oscuridad. El*

viento soplaba impregnando de aroma a mirra.

—Puedes desmontar ahora, Ismael.

Obedecí sin vacilar y me encontré en medio del universo. Absalón *ya no estaba, pero yo tenía miedo. Apareció un sendero ante mí, pavimentado con grandes ladrillos de alabastro que yo seguí hasta internarme en un bosque de olivares con troncos de marfil, hojas de rubíes y frutas que parecían ojos de gatos.*

La flauta me llevó a alejarme del sendero y llegar hasta una catarata que caía sobre un estanque de vino. Había luego una gran pradera alfombrada con pétalos de rosa de muchos colores y la hierba más suave que jamás hubiera sentido. Jesús se hallaba entre las rocas.

—¿Dónde estamos? —pregunté.

—En el primer paraíso —me respondió Jesús—. No puedo ir más allá.

—¡*Pero seguramente tú podrás ir a cualquier lugar del cielo*!

—Lamentablemente no hasta que Alá tome una decisión final sobre mi caso. Cuando llegué por primera vez, Alá me aseguró que mis partidarios y yo tendríamos el uso exclusivo del cielo. A mí me molestaba tener que desalojar a alguien que había heredado la tierra y muerto antes de nacer yo. Lo que más me preocupaba era tener que expulsar a los judíos. En una época fui rabino, como tú sabes. Sin embargo, toda una religión ha recibido mi nombre y Alá les ha concedido el cielo, porque solamente ellos entre toda la Humanidad conocían la verdad. Nosotros podíamos pasear hasta el séptimo paraíso hasta que él llegó.

—¿Quién es él?

—Mahoma.

—¡Tú conoces a Mahoma!

—Oh, claro que sí. Hasta su advenimiento, a mí me consideraban el hijo de Alá. Mahoma discutió fervientemente durante siglos, hasta que al fin me degradaron considerándome un santo y un profeta musulmán.

—Entonces, ¿qué eres, Jesús? ¿Un judío, un cristiano o un musulmán?

—Soy un verdadero creyente. El Islam tiene ahora el uso exclusivo del cielo, tú sabes.

—Pero ¿por qué no puedes ir más allá del primer paraíso?

—Sigo oponiéndome a la afirmación de Mahoma de que todos los no creyentes deben ser quemados vivos. He conseguido convencer a Alá de que debería permitirse que los no creyentes permanecieran, al menos, en el primer paraíso. Pero debo decir que Mahoma es persistente. Él pretende que todos los demás sean quemados.

—¿Saben los cristianos que eres un verdadero musulmán?

—Se negaron a creerlo, al menos hasta que Alá tome una decisión final al respecto. Yo no quiero causarle trastornos a Alá porque, al fin y al cabo, él tiene otros setecientos cincuenta y cuatro trillones de planetas que cuidar, por no hablar

de los soles y de todos esos cometas locos.

—Pero, si existe un solo cielo real, ¿adónde va la gente de esos otros planetas?

—Todos tienen sus séptimos cielos. Pero yo estoy aquí para ayudarte, Ismael —dijo, dejando bruscamente el tema de la política celestial—. Muy pronto verás la escalera de oro. Sube por ella y hallarás la respuesta.

—Ése es un gran enigma.

—Aquí todo lo es. Si no habláramos con enigmas, nadie nos entendería.

A sus espaldas apareció la magnífica escalera de oro. Yo me sentía aterrorizado.

—Oh, Jesús —clamé—, ¡ayúdame! ¿Cuál es la verdad acerca del cielo?

—La verdad es que Alá es uno. Es el compendio del bien y del mal. Ha implantado una igual medida de ambos en cada uno. Al hombre se le dio una mente para emprender la guerra consigo mismo. Aférrate a tu propia alma. No la pierdas. Encuentra tu propia respuesta y serás libre.

—¡*Ése es el mayor enigma de todos*!

—Algún día quizá lo comprendas. Ahora sube, Ismael. Para poder resolver tu problema, deberás ascender hasta un nivel que una vez alcanzaste, y lo encontrarás.

—Pero…, pero…

—Basta de preguntas. Usa tu mente. Yo debo irme. Tengo aún un largo viaje, y no poseo un caballo.

Al principio, trepar por la escalera de oro me provocó una sensación de euforia. Pero a medida que seguía avanzando, cada nuevo peldaño parecía hacer mi cuerpo más pesado, y mis manos y pies menos seguros. ¡Me resbalé! ¡De pronto la escalera había desaparecido! Me hallaba trepando por un acantilado, luchando, sudando, gimiendo de temor. Caí, exhausto, sobre un saliente, sangrando, lloroso.

Vi una puerta extraña ante mis ojos. Cuando estiré la mano para abrirla, ésta se abrió sola. Me encontré en una habitación tan grande como el palacio de un rey, pero desnuda, excepto por un pequeño cántaro antiguo que llevaba la inscripción: CENIZAS DEL PASADO.

En ese instante comencé a sumergirme. Caía, y todas las raras visiones, aromas y ruidos anteriores se mezclaban, burlándose de mí. Alcancé a divisar el planeta Tierra. Cada vez caía con más velocidad. Las luces de Aqbat Jabar brillaban en la distancia, y su brillo se intensificaba más y más. ¡Me estrellaría, haciéndome añicos! Bajaba…, bajaba…, bajaba… ¡Oh, Alá, AYÚDAME!

Un rayo de luz me hizo abrir los ojos. ¡Lo sabía! ¡Lo sabía! Bajé presuroso del Monte de las Tentaciones, a Aqbat Jabar tropezando, desollándome manos y rodillas. Entré jadeante en nuestra choza, tomé a Haj Ibrahim de la mano y lo arrastré afuera.

—Padre —le susurré—. ¡Ya sé cómo ponernos en contacto con los judíos!

CAPÍTULO III

Yo no podía contarle a Haj Ibrahim mi viaje al primer paraíso. Mis familiares me habrían creído, y se habrían sentido terriblemente envidiosos de que hubiese recibido una visita personal de Jesús.

En sus épocas de muktar de Tabah, mi padre escuchaba muchas historias extrañas en su mesa del café. Nosotros no nos burlamos de algo que puede parecer una fantasía. Más aún, nos cuesta determinar dónde termina la fantasía y comienza la realidad. Mi padre solía poner en tela de juicio estos cuentos, pero nunca delante del que los contaba, porque éste se habría ofendido.

Yo estaba seguro de haber realizado el viaje, y de haber resultado un desconcertante misterio. Sin embargo, no quería correr el riesgo de parecer tonto ante Ibrahim. Decidí entonces encarar el problema con lógica, puesto que él era uno de los pocos hombres que obraban de acuerdo con ella.

—¡Mira! —grité, señalando un cartel junto a una ventana, en la acera del frente. El letrero decía: DR. NURI MUDHILL. PROFESOR DE ARQUEOLOGÍA.

—En el nombre del Profeta, ¿vas a decirme qué pasa?

—¿Recuerdas en Tabah, cuando los niños vagaban por la carretera? ¿Qué hacían?

—Mendigaban.

—¿Qué más?

—Vendían bebidas.

—¿Y qué más?

—Se supone que el hijo no debe hablarle en adivinanzas al padre, sino todo lo contrario.

—¿Qué más se vendía? —insistí.

—Puntas de flechas, restos de cacharros.

—¿Quién los compraba?

Ibrahim se sintió atrapado en mi juego.

—En su mayor parte, los judíos —me respondió.

—Que Alá me perdone por haber cometido la tremenda indiscreción de entrar en el kibutz de Shemesh contra tu voluntad, pero debo contarte lo que vi. Los judíos levantaron un museo totalmente dedicado a las antigüedades. Todos los chicos de Tabah sabíamos que nos comprarían cualquier cosa que fuese antigua. Me enteré que muchos otros kibutzim tenían también su museo. Los judíos se enloquecen por esas cosas.

El rostro de mi padre comenzó a iluminarse.

—¿Recuerdas que una o dos veces al año alguien descubría algún florero o urna enteros? Siempre los llevábamos a Jerusalén porque los comerciantes de la Ciudad

Vieja pagaban mejor precio. He visto cosas que le habíamos vendido a la familia Barakat, que terminaron en el museo de Shemesh. ¿Te acuerdas cuando te leí en el *Palestine Post*, justo antes de la guerra, que los judíos habían pagado miles de libras por los pergaminos hallados cerca de Qumran?

—¡Ajá!

—Hay centenares de cavernas bajando hasta el mar Muerto, y muchas más del lado de Jordania. El desierto está lleno de montes que cubren las ciudades antiguas. ¿No sería lógico pensar que los beduinos registraron esos sitios? ¿No sería lógico que este señor comprara los objetos? —dije, señalando el cartel el doctor Mudhill—. ¿Y no sería lógico que se los vendiera a los judíos?

Advertí que captaba mi razonamiento.

—Quizá tengas razón —admitió.

El corazón me latía con fuerza cuando busqué entre mi ropaje y saqué uno de los objetos que Nada y yo habíamos encontrado en la montaña. Se trataba de una vara de metal de unos treinta centímetros de largo, con cabezas gemelas de íbices tallados en la punta. Ibrahim abrió el paquete y volvió a envolverlo.

—¿Y las demás cosas? —preguntó.

—Sería mejor guardar el resto por el momento.

—Veo que estás aprendiendo, Ismael.

—Cuando entres en trato con él, sea lo que fuere lo que te ofrezca, aléjate —dije.

—¡Me estás indicando *a mí* cómo regatear!

—Por supuesto que no. Yo no soy más que un humilde niño. Pero escucha esto: presta atención a su oferta y dile que tienes más objetos similares.

—Ése era exactamente mi plan —declaró Ibrahim y cruzó solo la calle, haciéndome señas de que lo aguardara.

Haj Ibrahim subió una escalera crujiente hasta un *hall*, en la planta alta. Había cuatro oficinas pertenecientes al único médico de Jericó, al único abogado y a un tratante de cosechas de la Orilla Occidental del Jordán. El cuarto despacho tenía un letrerito con el nombre del doctor Nuri Mudhill. Ibrahim llamó y entró.

La habitación era amplia, llena de libros y papeles diseminados desordenadamente. Apoyados en la pared, había largos bancos donde se cepillaba y se limpiaba los objetos. En uno de estos bancos, había varios restos de cacharros que se hallaban en proceso de restauración para formar una enorme vasija. Las paredes estaban cubiertas de certificados, documentos y fotografías de un hombrecito deforme en una excavación, en un banquete o en una conferencia de alguna Universidad. Haj Ibrahim no podía leer los documentos, pero examinó las fotos con atención. En casi todas, Nuri Mudhill se hallaba rodeado por occidentales, muchos de los cuales parecían ser judíos. «Qué astuto estuvo Ismael —pensó— al suponer que este hombre podía tener relaciones comerciales con ellos».

Se abrió la puerta de una oficina interior. El doctor Nuri Mudhill tenía una pierna contrahecha y caminaba con una muleta, bajo su axila izquierda. Su brazo derecho era sumamente delgado.

—Mi más cálido saludo en este día bendito —dijo el doctor—. Y ahora, con la gracia y la bondad del misericordioso Alá, que es el Jehová todopoderoso, el único Dios, el verdadero Dios de los siete cielos sobre este nuestro planeta con su colorida fauna y flora, y todas las demás constelaciones celestiales visibles por encima y alrededor de nuestra tierra…

—Alá es el más excelso. Toda nuestra gratitud y alabanza a Él. He tenido la fortuna de haber sido guiado hoy hasta su oficina con sus infinitas maravillas —respondió Haj Ibrahim.

—¿Hay algo en mi humilde taller que atraiga la atención de personaje tan noble como usted?

—Todo lo que veo aquí habla de un hombre de enormes dotes y aptitudes, que ha recibido grandes bendiciones.

—Veo que su mirada es aguda, y su lengua la del hombre que ha aprendido muchos *surahs* del Corán de memoria —prosiguió el arqueólogo.

—El Corán, sus más sagradas palabras y su glorioso mensaje. Este libro santo nunca ha dejado de conmoverme hasta las lágrimas y provocarme el temor de Alá.

—Sí —continuó Nuri Mudhill—, verdaderamente es un portentoso milagro para todas las personas de bien que habitan este planeta.

En ese momento el vendedor de café, que nunca se alejaba demasiado, entró con una bandeja de café, tazas y un plato de pringosos dulces.

—¿Su bendito nombre, señor?

—Soy Ibrahim, y resido temporalmente entre los miserables de Aqbat Jabar.

—¿En qué puedo servirlo?

—En mis paseos, desde que me he exiliado, he tropezado con algunos objetos que pueden ser de su interés.

—Me siento honrado con su visita, Ibrahim —declaró Nuri Mudhill, haciéndolo pasar al despacho de atrás e indicándole que tomara asiento. Bebieron el café y fumaron cigarrillos. Ibrahim notó que éstos no eran de marca palestina, sino de una excelente calidad siria.

Cuando todos los formulismos del saludo se hubieron agotado, Ibrahim desenvolvió el objeto y lo mostró al arqueólogo. Nuri Mudhill entrecerró los ojos con expresión de curiosidad. Encendió una potente lámpara de su escritorio, examinó la pieza con una lupa y emitió un largo: «Hummmm».

—Me veo en la necesidad de hacerle algunas preguntas.

—Entonces, ¿está interesado?

—Sí, por supuesto. Dígame, Ibrahim, ¿este objeto usted lo compró o lo encontró?

Ibrahim sopesó la pregunta, que le pareció inocente.

—Fue hallado —respondió.

—No voy a interrogarlo sobre la ubicación exacta del hallazgo, pero eventualmente esos datos tendrán una relación directa con su valor.

«Ajá, me está acorralando», pensó el muktar.

—Fue encontrado en esta zona.

—¿Fue el único artículo?

—No, había otros más.

—¿Una docena?

—*Mumkin, mumkin*.

El doctor Mudhill dejó el objeto y la lupa.

—¿Nos quitamos los ropajes de la amabilidad para ahorrarnos semanas de innecesarias conversaciones y regateos?

—Desde luego. Mi política ha sido siempre ir directamente al grano —afirmó Ibrahim.

—Usted es Haj Ibrahim al Soukori al Wahhabi, ¿no?

—Sus palabras han atravesado todos los niveles de mi precaución. Sí, soy Haj Ibrahim. ¿Cómo lo sabía?

—Sus hazañas en Qumran no pasaron inadvertidas en ciertos círculos, como tampoco su entrada en Jericó. ¿Debo deducir que esto fue hallado en las cuevas de Qumran?

Ibrahim nada respondió.

—Haj Ibrahim —dijo Mudhill con infinita paciencia—, es usted un hombre maduro, pero en lo relativo a las antigüedades no es más que un niño. Los comerciantes son renombrados ladrones. Yo le digo ya mismo que ha traído usted algo muy extraño, tal vez sumamente valioso.

Ibrahim quedó inerme ante la sinceridad del hombre. Era posible que no estuviesen tratando de estafarlo.

—No quisiera elevarme yo más alto que el camello del rey, pero tengo fama de ser honesto, y ese respeto no lo he adquirido engañando a los beduinos. Más aún, mi eminente amigo, su propio tío, el gran jeque Walid Azziz, que Alá bendiga su nombre, se ha sentado a menudo en el mismo sillón que ocupa usted ahora.

—Que Alá me perdone por poner en duda la palabra de un hombre de su talla, pero ¿acaso Walid Azziz no utiliza un comerciante de Berseba para los objetos hallados en su tribu?

—Sí, claro. Hay traficantes en Berseba, en Gaza, en Jerusalén Oriental. Pero yo soy el único profesor árabe calificado de arqueología en toda Palestina. Walid Azziz le vende a su comerciante de Berseba sus descubrimientos en arcilla. Conoce tan bien como pocos el valor de un cacharro o una lámpara de aceite. Sin embargo, cuando

encuentra alguna pieza fina de marfil, de metal o alguna antigua alhaja beduina, viene a verme a mí. Yo estoy capacitado y tengo acceso directo a una cantidad de compradores que confían plenamente en mi persona.

Mudhill abrió un cajón de su escritorio y sacó y desenvolvió cuatro pequeños escarabajos sagrados de arcilla, colocándolos frente a Ibrahim.

—Son de los beduinos Ta’amira. Magníficos, ¿no? Los mismos hombres trataron de penetrar la fortaleza suya en Qumran y casi resultaron muertos en la empresa.

Haj Ibrahim tomó uno de los escarabajos y lo estudió.

—¿Cuánto pagarían por eso?

—Cien, ciento cincuenta.

—¿Tanto? Debo envidiarlo por la importancia de sus clientes.

El arqueólogo envolvió con cuidado tres escarabajos. Cuando Ibrahim le entregaba el cuarto, éste se convirtió en polvo entre sus manos.

—Qué pena…, qué pena —se lamentó Mudhill—. Pero no se preocupe. Así son de frágiles las antigüedades. Los hombres que me han traído esto vieron deshacerse objetos en sus propias manos. No debemos llorar.

Ibrahim trató de disculparse pero Mudhill se encogió de hombros.

—¿Cree que encontrará un comprador para esto? —preguntó el muktar, señalando la misteriosa pieza de metal.

—Tengo compradores, siempre y cuando esto sea lo que parece ser.

—¿Y qué es lo que aparenta ser?

—Nosotros lo llamamos un estandarte. Una pieza decorativa. Probablemente llevara un palo de madera incrustado en el extremo hueco. Lo inusual es que no es típico de esta zona. No recuerdo haber visto jamás nada semejante hallado en Palestina. Esto podría pertenecer a la región de Irán, quizá de Irak. Para poder venderlo, tendrá usted que estar dispuesto a atestiguar que todo el grupo de objetos fue hallado cerca de Qumran.

Haj Ibrahim comprendió que realmente era un niño metiéndose en un juego peligroso. Al parecer, no le quedaba más alternativa que avenirse a la palabra del profesor.

—Esto debo quedármelo varias semanas —afirmó Mudhill.

—Pero… pero ¿por qué?

—Para autentificarlo.

—Usted, que es profesor, seguramente debe saber lo que es.

—Sé lo que parece ser. La arqueología se ocupa de más misterios que el Corán. Debemos realizar pruebas para determinar la edad y el origen exacto.

—¿Y eso cómo se hace?

—Lo que aparentemente es un metal muerto está, de hecho, lleno de todo tipo de organismos vivientes. Son como mapas de carreteras. Podemos precisar su

antigüedad con un margen de error de pocos cientos de años. Si este objeto es auténtico, podría tener más de seis mil años de antigüedad. De entrada lo que me intriga es, ¿de dónde proviene? Si es cobre, debemos precisar su cantidad de arsénico y otros elementos. Eso nos indicará con qué material está fabricado.

Ibrahim parpadeó, asombrado. Más importante aún que su valor era el hecho de que los compradores de Nuri Mudhill eran, seguramente, judíos. Ningún árabe de los que él conocía invertiría en antigüedades. Ismael había hecho un cálculo perfecto.

—Si le entrego esto durante una semana, me quedo desnudo.

—Dice usted tener doce o más de estos objetos. Puedo garantizarle que cualquier comprador querrá quedarse con todos y asegurarle que Mahoma no podría haber pedido protección mayor.

El plan de Ibrahim para engatusar al arqueólogo se desvaneció. ¿Y si Mudhill le decía que todo el lote eran falsificaciones sin valor? ¿Cómo podría él saberlo? ¿No sería mejor acudir directamente a un comerciante de Jerusalén Oriental y correr el riesgo? No obstante, Mudhill había reconocido que las piezas podían ser valiosas.

—Puede tenerlo durante una semana, desde luego.

—Ha tomado usted una decisión prudente. —Mudhill se puso de pie, se apoyó en la muleta y, sin detenerse a realizar una larga despedida, acompañó a Ibrahim a la puerta.

—Debo ir enseguida a Jerusalén —expresó el profesor—. Esto es muy emocionante.

CAPÍTULO IV

Pasaron varias semanas sin noticias de Nuri Mudhill. Mi padre, que era capaz de recitar interminables parábolas relativas a la paciencia, vio que se terminaba la suya. Aumentó en él el temor a una conspiración. Comenzó a esperar un ataque de los jordanos, que podrían robar los otros nueve objetos de nuestra choza. A mí me ordenaron sacarlos de la casa y esconderlos junto con el cajón de las armas. Cuando por fin mi padre recibió una nota pidiéndole que se encontrara con el arqueólogo, fue a Jericó lleno de aprensión.

—¡Ah, pase, Haj Ibrahim! ¡Qué Alá bendiga esta reunión!

—Que Alá, nuestra divina luz, bendiga todos sus días, profesor. Su repentina nota me tomó desprevenido. No esperaba noticias suyas tan pronto.

El estandarte de cobre yacía sobre el escritorio de Mudhill mientras los dos hombres cumplían el ritual de beber dos tazas de café, eludiendo el tema principal. Haj Ibrahim escuchaba atentamente cada palabra de Mudhill para descubrir una inferencia, un significado oculto, para leer entre líneas. Al mismo tiempo, dominó sus impulsos y no demostró exteriormente nada más que paciencia y respeto.

Mudhill levantó el objeto ornado de íbices bicéfalos.

—Esto ha creado un gran revuelo —dijo—. Sin embargo, son más las preguntas que suscita que las respuestas.

—Preguntas que, estoy seguro, no exceden el marco de tan eminentes personajes como lo son usted y sus colegas, *quienesquiera que ellos sean*.

—Para poder responder a sus preguntas, debemos contar con su total colaboración —dijo el arqueólogo—. Los misterios son muy profundos. Necesitamos el apoyo de todos los datos posibles.

—Sí, desde luego. ¿Existe algún comprador potencial?

—Uno excelente.

—Ajá. Entonces Alá ha bendecido este día.

Mudhill levantó un dedo en señal de precaución.

—Siempre y cuando esté usted dispuesto a permitir que dicho comprador examine todo el tesoro.

—¿La totalidad de las piezas?

—Sí.

—Supongo que pretenderá que se las entregue todas a usted.

—Como se imaginará, el comprador no se halla en Jericó y le resultaría difícil venir aquí. Aun si lo hiciera, los estudios y análisis no podrían realizarse en Jericó. —Mientras Ibrahim meditaba, Mudhill levantó el objeto—. Podemos suponer que esto proviene de un período muy, muy antiguo. Se trata de un trabajo muy especial,

particularmente para su época. Mire todas estas vueltas en el mango…, el interior hueco, las cabezas de los íbices… ¿No le parece que tendrían que haberlo hecho personas en extremo avanzadas? Hasta ahora teníamos pocos indicios de la existencia de un pueblo así durante la Era Calcolítica.

—Perdóneme, no sé de qué período me habla.

—Fue la era posterior al Neolítico. Llamémosla la era del cobre, un millar de años comprendidos entre la edad de piedra y la de bronce. Curiosamente, hemos hallado en excavaciones cantidad de objetos de la Edad de Piedra, cráneos, puntas de flechas y algún apero de labranza, pero nada de la etapa posterior. Y mire aquí, esto es una exquisita obra de artesanía, de hace seis o siete mil años. Las minas de cobre de Timna no se abrieron hasta tres milenios después de fabricada esta pieza. ¿Quiénes eran este pueblo? ¿Cómo llegó a Palestina? Sólo examinando el conjunto podemos obtener algún tipo de indicio.

—¿Y también su valor?

Nuri Mudhill tenía el hábito de mirar directamente a los ojos de su interlocutor cuando hablaba de temas importantes.

—Como pieza de museo, su valor es incalculable y también carece de valor.

—Ése es un enigma que me resulta muy difícil de comprender.

—Existen comerciantes en antigüedades muy ricos. No hay arqueólogos acaudalados, como tampoco ha podido jubilarse ningún beduino vendiendo objetos hallados. En el mundo árabe, no nos hemos preocupado de preservar nuestro pasado. Desde Egipto, hasta Irak, nuestros antiguos sitios han sido saqueados a través de las épocas, fundamentalmente por nuestro propio pueblo. Existe un departamento de antigüedades en Jordania, pero ninguna Universidad ni museo. El propósito de este departamento es interesar a los extranjeros que vengan a Jordania para realizar excavaciones y se llevan prácticamente todo. En Londres descubrirá usted el antiguo Egipto. Debe saber Haj Ibrahim, que el arqueólogo trabaja sólo por el placer de su profesión, para que su nombre figure en un libro de descubrimientos, por la emoción de haber resuelto enigmas del pasado. No se guarda nada de la excavación para sí mismo, cualquiera que sea su valor. Todo pertenece a la expedición patrocinadora. Si la excavación obtiene un enorme tesoro, quizás el arqueólogo reciba algunas piezas para adornar su casa. El resto será vendido a los comerciantes.

—¿Debo entender, profesor, que me convendría más tratar directamente con un traficante?

—Lamentaría mucho ver que algo tan importante termina en el mercado negro o en casa de algún inescrupuloso coleccionista privado que roba su herencia a toda una nación.

—¿Realmente me dice usted que ningún arqueólogo se embolsa el producto de sus descubrimientos?

Mudhill soltó una risita.

—Tal vez sea por eso que soy el único árabe arqueólogo de Palestina. Si alguien lo hiciera perdería su reputación en el mundo académico inmediatamente. Nosotros no queremos perder este tesoro. Sin embargo, si su objetivo es hacer una fortuna, le sugiero que se dirija a los traficantes de Jerusalén Oriental. Puedo, incluso, darle varios nombres. Vaya y trate con ellos, y que Alá lo proteja.

Haj Ibrahim alzó la mano.

—Permítame digerir la sabiduría de sus palabras —dijo—. ¿Puede darme una idea del precio que ofrecen los compradores?

—¿Cuántos objetos posee usted en total?

—Nueve más.

—¿De la misma calidad?

—Creo que sí.

Nuri Mudhill se encogió de hombros.

—No soy un experto en esto, pero me atrevería a afirmar que valen varios millones de dólares.

Por fortuna la ropa pudo ocultar los saltos que daba el corazón de Ibrahim.

—Pero yo tengo derecho a saber quiénes son esos compradores, ¿no? Me gustaría saber que esto va a caer en las manos adecuadas.

—Haj Ibrahim, debemos llegar a la conclusión de que el hecho de que viniese usted a verme a mí no fue meramente accidental. La historia de cómo huyó de Nablus con la mitad de las provisiones iraquíes es una leyenda en todos los cafés de la zona. El motivo de su huida a Qumran es también tema de muchas habladurías. Se me ocurre pensar que no le entusiasman a usted mucho Abdullah ni los jordanos.

—¿Qué sé yo de política?

—Su modestia es excesiva —replicó el arqueólogo—. ¿Me entregará el resto de la colección para que lo examine o no?

Ibrahim se enjugó el sudor de su rostro.

—Usted mismo me dijo que mi protección consiste en retener las otras nueve piezas. Ahora me aconseja que las entregue. ¿Me garantizará un precio justo? ¿Cómo sé yo, que Alá me perdone por cualquier duda que me asalte…? Pero supongamos que todo se perdiera…

—¿Quiere que vayamos al grano?

—Por supuesto. La franqueza es una de las mayores virtudes.

—Gideon Asch le promete a usted un precio razonable.

CAPÍTULO V

El profesor Nuri Mudhill fue el árabe más notable que yo haya conocido… además de mi padre. Ibrahim me había advertido que respondiera a todas sus preguntas con honestidad.

Levanté la bolsa que contenía los otros nueve objetos, la desaté y fui exponiendo cada pieza al lado de la otra. El profesor Mudhill se acercó renqueando, apoyándose pesadamente en su muleta, con una lupa en la mano libre. Con dificultad se sentó en un taburete, inclinó la cabeza y su rostro quedó casi pegado a los objetos.

—En el nombre de Alá, esto es extraordinario.

Además del estandarte con el íbice de dos cabezas que ya había visto, observó dos estandartes simples y un tercero con un águila. Había dos piezas de marfil, talladas en forma de arco, como una luna. Éstas tenían muchos orificios perforados. El profesor Mudhill calculó a primera vista que podía tratarse de guadañas ceremoniales. El séptimo objeto parecía un «cuerno de la abundancia». Al octavo lo describió como la cabeza de una maza. Pero el que casi le arrancó lágrimas fue el último, un grueso anillo que parecía una corona, adornado con numerosas cabezas de pájaros. A medida que iba estudiándolo y tomaba nota de sus medidas, yo paseé la vista por su taller, lleno de cosas sorprendentes. A juzgar por las fotografías y los certificados, había pronunciado conferencias en muchos de los sitios más importantes fuera de Palestina. Su atuendo corriente y su modestia no concordaban con tan ilustre personaje. Después de concluir su examen inicial, el profesor nos invitó a pasar al otro despacho.

—Ismael le responderá a todo con la verdad —dijo Haj Ibrahim—. Este niño es más inteligente de lo que podrían indicar sus trece años. Es mi confidente, y muy rara vez miente. Está al tanto de todo, incluso de mi búsqueda de Gideon Asch. Fue él quien supuso que usted, como arqueólogo, podría tener contactos con los judíos.

—¿Comprendes la importancia de nuestro secreto, Ismael?, —le preguntó el profesor.

—Sí, señor.

—Tienes razón. Los judíos son los más prodigiosos exploradores del pasado. Tienen una devoción insaciable por sus raíces.

Extendió varios mapas aéreos y fotografías de los lechos secos y los acantilados detrás de Qumran.

—Debemos estudiar esto atentamente y ver si podemos localizar la cueva donde ustedes vivieron y la otra, donde encontraron el tesoro.

Me sentí en extremo importante, pero me desinflé al contemplar las fotos y los mapas. Estaba totalmente desconcertado. A medida que el profesor iba explicándome

su significado, mi confusión inicial desaparecía.

—Aquí —señalé, al azar.

Mi padre miró pero sin entender nada; hizo entonces un cauto gesto de asentimiento.

—¿De modo que viste una abertura más arriba de la caverna y sentiste el impulso de trepar hasta allí?

—Sí, señor.

—¿Fuiste solo?

—Fue con un chico llamado Sabri, a quien acogimos en la familia en Nablus. Sabri trabaja en Jericó, pero puedo pedirle que venga a verlo —respondió Ibrahim—. Anda, contéstale al profesor. Vosotros subisteis juntos —insistió mi padre.

—Sabri no me acompañó hasta arriba. Le dio vértigo y abandonó.

—¿Subiste solo el resto del trayecto? —preguntó el profesor.

—No, señor. A ti no te lo dije, padre, porque temía que te disgustaras, pero escalé con Nada. Fue ella quien halló los objetos. —Traté de mirar a Haj Ibrahim y supe que el único motivo por el que no me aporreaba en el acto era porque estábamos en presencia del profesor Mudhill, pero la furia de sus ojos me trasmitió que lo pasaría muy mal después. Desde luego no mencioné que Nada se había quitado la falda.

—Entonces tráela aquí —dijo el arqueólogo.

—Eso será imposible —se opuso mi padre.

Debí haber mentido. Sabri hubiera apoyado mi historia.

Fue una locura contarle a mi padre lo de Nada.

El profesor nos miró a los dos con expresión comprensiva.

—Bueno, prosigamos —dijo.

Contestando su interrogatorio, dibujé un tosco mapa de la cueva del tesoro, señalando sus tres estancias y la grieta secreta del descubrimiento. Él tomaba nota de mis palabras.

—¿Había esqueletos?

—Sí. Eso fue lo primero que vimos, y nos asustó. —El hecho de que hubiese huesos infantiles en un recipiente grande le daba a entender al profesor que las personas que los sepultaron creían en uno o más dioses. A la criatura se la acomodaba en una urna para su viaje al cielo. Otros huesos de niños cerca de un altar de piedra con huellas de quemaduras indicaban que algunos habían sido sacrificados.

Me hizo muchas preguntas respecto de envolturas de tela, granos de cereal, rastros de fuego y otros objetos.

—Había muchas vasijas, rotas y enteras. No las sacamos porque la bajada era muy difícil y teníamos miedo de que se hicieran añicos.

El profesor refunfuñó comentando que a esas alturas los beduinos ya debían de haber saqueado la caverna. Anotó que debía ponerse en comunicación con el jeque

beduino de Ta'amira, que siempre registraba la zona en busca de antigüedades. Ellos ya están acostumbrados a traer restos de tejidos y cacharros. Luego me dio explicaciones sobre capas y estratos.

—Tenemos pruebas de que las cavernas de esta región, hasta Massada, fueron utilizadas por Bar Kochba, un revolucionario hebreo posterior a la época de Cristo. Su rebelión contra Roma significó el fin de los judíos en Israel por primera vez. Sin lugar a dudas algunos de los estratos eran de Bar Kochba y quizás incluso de los esenios, que anduvieron con Jesús y Juan el Bautista por toda esa zona.

El motivo de que me hablara sobre los estratos era determinar si los guerreros de Bar Kochba y sus familias pudieron haber habitado la caverna sin percatarse de la existencia del tesoro.

—Sí, es muy posible —aseguré—. Los objetos estaban tremendamente ocultos en una profunda grieta, en la más diminuta de las habitaciones. Esta estancia no era apropiado para la vida humana puesto que no tenía más de un metro o un metro veinte de altura. La única manera de haber podido encontrar el tesoro era realizando una excavación. Nada se topó con él porque una envoltura se había desintegrado, deslizándose las rocas a su alrededor.

Me preguntó si no había palitos de madera en las proximidades. Yo me acordaba de haberlos visto. Para el profesor, eso era una manifestación de que el tesoro había sido ocultado expresamente de la vista por esas personas desconocidas. En épocas prehistóricas, los palitos se usaban como herramientas para cavar. Un palo de madera, o los granos de cereales, a menudo no se desintegraban debido a la falta de humedad en algunas de las cavernas más profundas.

El interrogatorio se prolongó durante casi media mañana. Finalmente el profesor dejó el lápiz y se restregó los ojos.

—El misterio se complica cada vez más. Ven, que te muestro algo.

Con suma habilidad se calzó la muleta bajo el brazo, se dirigió renqueando al taller y tomó el primer objeto, el estandarte con el íbice de dos cabezas.

—Las muestras del cobre de esta pieza revelan un contenido de arsénico que señala su procedencia de las minas de Armenia. En Armenia hay rastros de civilización tan antiguos como los de Jericó. Fue la primera nación cristiana. Estandartes semejantes a éste se hallaron en las proximidades de Irán, de modo que no puede descartarse Armenia.

»Sin embargo, miren esta corona. A simple vista se advierte que aquí el cobre es mucho más puro y similar al de las minas no lejanas a Palestina. —Levantó ambos objetos, la corona y el estandarte—. Esto y esto no provienen de la misma mina, ni siquiera de la misma región. No obstante, quedará demostrado que las ocho piezas de cobre indudablemente pertenecen al Período Calcolítico.

»Ahora la trama se vuelve más densa —prosiguió, tomando los dos objetos

curvos de marfil, con orificios perforados—. Esto es marfil de hipopótamo. Lo más cerca de Palestina que pudieron vivir estos animales fue en el Alto Valle del Nilo, en el centro de África. En aquella época la gente no viajaba grandes distancias. Se instalaban en valles fértiles y erigían pequeñas comunidades agrícolas. No poseían embarcaciones. El camello no se domesticaba, como tampoco el caballo. ¿Cómo fue que tres objetos de regiones tan diferentes convergieron en esa cueva hace seis o siete mil años?

—¡Ya sé! ¡Ya sé! —exclamé—. ¡Alá envió a sus ángeles que llevaron todo volando hasta la caverna!

—Esa explicación es tan buena como la que podemos tener nosotros ahora, pero quizá no sea aceptada por los científicos.

Oh, qué ansias tenía yo de aprender de este gran hombre.

—Lo acompañaré a usted a la cueva —ofrecí.

—Si les vendo el tesoro a los judíos, ¿crees que Abdullah me permitiría conducir una expedición a Qumran? Además, el rey no tiene en cuenta esas prioridades. Sin embargo, los judíos controlan aún la mitad de la zona de las cavernas, y ellos seguramente sentirán el deseo de explorarlas.

Estiró su brazo contrahecho y me palmeó la cabeza.

—Veo que tienes ganas de participar en una excavación.

—¡Sí, sí, señor!

—Yo me inicié de niño en las excavaciones. Te diré otro pequeño secreto, Ismael. Creo saber que existe un muro del neolítico en las ruinas de Jericó. Tal vez sea la pared más antigua de la historia de la civilización. He mantenido correspondencia con la doctora Kathleen Kenyon, que Alá la bendiga. Ella reside en Londres y ha manifestado interés. Pero lamentablemente puede tardar dos o tres años en recaudar los fondos para organizar una expedición.

—¿Kathleen? ¿Un nombre cristiano de mujer? —intervino mi padre con aspereza.

—Ciertamente, una mujer —replicó Mudhill, mirándolo con aire serio—. Es la más notable arqueóloga no judía de Palestina.

Sobrevino un silencio embarazoso. Mi padre volvía a indignarse. Judíos. Mujeres. Por un lado, buscaba el contacto con los judíos. Por otro, le disgustaba la realidad de que ningún país árabe fuese a adquirir el tesoro. Y en cuanto a las arqueólogas…, bueno, eso nunca había entrado en las ideas de Haj Ibrahim.

—¿Adónde van a ir a parar estas cosas? —preguntó bruscamente.

—A la Universidad Hebrea, como corresponde.

—¿No existe acaso algún museo o filántropo árabe que las compre? ¿Y el Museo Rockefeller, de Jerusalén Oriental?

—Los filántropos árabes realizan pequeñas contribuciones a los orfelinatos e invierten en enormes diamantes. Los museos islámicos desde El Cairo hasta Bagdad

son un espanto. He visto valiosísimos ejemplares del Corán, de mil años de antigüedad, deshaciéndose en polvo carcomidos por las polillas en el Museo Rockefeller. La realidad es que una de las más bellas colecciones de antigüedades islámicas se halla en un museo judío de Jerusalén Occidental.

—Ellos lo hacen para humillarnos —repuso Ibrahim.

—A usted no le gusta este asunto de tener trato con los judíos, y menos aún le agrada que yo colabore con ellos.

El nuevo silencio fue más terrible aún mientras Haj Ibrahim luchaba contra su complejo de culpa y el temor de ser considerado un traidor.

—Es muy difícil tratar con los judíos en este ambiente de odio total que hemos creado —afirmó Mudhill. Luego separó los brazos y se mantuvo lo más erguido que pudo—. Voy a hablarle de mí para que deje de hacerse preguntas.

—No fue mi intención ofenderlo.

—Nací tal como me ve. Mis padres eran primos hermanos, y éste es el resultado. Es un flagelo en todo el mundo árabe esto de los matrimonios entre primos. Así nacieron millones de otros seres deformes como yo. ¿Acaso no los ha visto en su aldea, Haj Ibrahim?

Ya lo creo que sí. Mi padre mantenía los labios firmemente apretados.

—Usted acudió a mí para ponerse en contacto con los judíos, y ahora se hace el mojigato. ¿Por qué vino a verme? Quería una vida mejor para este niño porque sabe que, si apoyamos a nuestros líderes, tendrá una muerte miserable, después de llevar una vida miserable en ese campamento miserable. ¿O será que vino para oponerse al primer ministro sirio, quien la semana pasada declaró que sería mejor para todos los refugiados palestinos ser exterminados que aceptar ceder un palmo de terreno? Él dijo que al menos con la muerte de medio millón de palestinos habremos creado mártires para mantener vivo el odio durante miles de años.

Dio media vuelta, regresó a su despacho y se dejó caer en su sillón. Mi padre y yo lo seguimos lentamente.

—¡Siéntese! —ordenó—. Tú también, Ismael.

»Yo ocupaba el lugar del medio entre nueve hermanos —expresó con un tono como si nosotros no estuviésemos en la habitación—. Mi padre comerciaba con cabras y ovejas. A los cuatro años me puso en el Puente Allenby a mendigar. Siéntete orgulloso, me dijo. La mendicidad es una profesión honorable, y si te esfuerzas por presentar un aspecto grotesco, ningún musulmán podrá negarte una limosna. La caridad es uno de los pilares del Islam. Entonces, cuando los autobuses se detenían para inspección antes del puente, yo y otros diez mendigos más, todos tullidos, nos acercábamos clamando a gritos por limosna. Mi rostro también estaba cubierto de horribles llagas, de modo que mis ingresos eran sustanciales.

»A los nueve años no sabía otra cosa que mendigar en el puente. Ése fue el año en

que el gran doctor Farber llegó a realizar una excavación en Jericó. Yo andaba siempre por ahí, tratando de serle útil al doctor, pero estaba tan enfermo que tuvieron que internarme en un hospital pues si no moriría sin remedio. Cuando mi padre se enteró de que el doctor Farber me había llevado al Hospital Hadassah, me sacó arrastrando del pabellón, me dio una tremenda paliza que me dejó inconsciente y me advirtió que nunca volviera a alejarme del puente. Fue entonces cuando el doctor Farber me compró por cien libras, dinero que tuvo que pedir prestado.

»Me instaló en su casa, me curó, me enseñó a leer y escribir… —Se detuvo, tratando de contener las lágrimas.

—Lamento muchísimo haberlo ofendido —repitió mi padre.

—No, escuche el resto. Cuando la excavación cerró temporalmente por vacaciones, yo supliqué que me permitieran quedarme para vigilarla. Y me dediqué a cavar y cavar. Cavé todo el verano hasta que me sangraron las manos. Yo, Nuri, encontré un cráneo del Neolítico, ¡la maravilla de la excavación! ¿Se da cuenta de lo que significó cuando se la entregué al doctor Farber? ¿Ve eso? —exclamó señalando un diploma que había sobre su escritorio—. Es de la Universidad Hebrea… ¡Ya puede llevarse esta mierda y vendérsela a los ladrones!

Mi padre me hizo señas de que me marchara, y le obedecí.

—¿Qué puedo decir? —preguntó Ibrahim.

—Somos un pueblo que vive sumido en el odio, la desesperanza y las tinieblas —sentenció Mudhill—. Los judíos constituyen el puente por el que podremos salir de la oscuridad.

Ibrahim se desplomó en un sillón, exhausto.

—Puede usted confiar en Ismael —farfulló—. Sabe guardar un secreto como nadie. Hasta a mí me los oculta. Jamás estará usted en peligro por culpa de él. Tome estas piezas y consiga el mejor precio posible.

—Sólo con la condición de que Ismael no sea castigado por haber dejado que lo acompañara su hermana. Ella tuvo el valor de escalar cuando otro muchacho se echó atrás por miedo. Ella prestó un gran servicio a la Humanidad. Debe jurármelo por su honor de padre.

Ibrahim lanzó una serie de suspiros que fueron minando su determinación.

—Pasaré por alto la indiscreción de mi hijo esta vez —aceptó, por fin—. Y ahora dígame, ¿qué noticias tiene de Gideon Asch?

—Se van a celebrar una serie de conferencias entre Abdullah y los palestinos. El concepto que él le merece a usted es sabido. Por el momento, Abdullah no atacará a ningún palestino de renombre, tal como usted. Quiere dar toda la impresión de que son los palestinos los que lo persiguen, y no a la inversa. En mi opinión, sería el caso de un pececito tratando de tragarse un tiburón. Éste es mi consejo. Usted debería asistir como delegado a esas reuniones. Hay otros hombres que piensan como usted.

Búsquelos.

Ibrahim se quedó meditando unos instantes.

—Una sola cosa quiero en la vida: regresar a Tabah y volver a reunir allí a mi pueblo, que se halla en algún lugar del Líbano. No regresaré solo a Tabah, ni siquiera conduciendo a mi gente. No seré un traidor a la causa árabe. Mal o bien, eso no puedo hacerlo. Únicamente puedo volver al frente de miles de palestinos, como vanguardia de un nuevo asentamiento total.

—Voy a revelarle el secreto más importante de su vida. Solamente usted irá a esas conferencias sabiendo que Ben Gurión y los judíos aceptarán el inmediato retorno de cien mil árabes, quedando el resto para negociar con un tratado de paz.

—Cien mil —susurró Ibrahim, atónito.

—Cien mil para empezar —afirmó Nuri Mudhill.

CAPÍTULO VI

Nuevamente le habla Ismael, honorable lector. En verdad, éramos prisioneros de los jordanos. Es necesario que se entere usted sobre el rey Abdullah y sus dementes ambiciones.

Él provenía de la familia Hashem, de La Meca. Hashem era el bisabuelo de Mahoma, y los hachemitas desempeñaron un importante papel en el surgimiento del Islam. Sin embargo, cuando el Islam trasladó su centro de Arabia a Damasco y de allí a Bagdad, la familia hachemita quedó gradualmente reducida a funcionarios menores, guardianes de los lugares sagrados de La Meca y Medina.

Pasaron los siglos.

El jefe de los hachemitas, conocido como Sharif de La Meca, decidió unirse con los británicos durante la Primera Guerra Mundial, contra el impero otomano. Tenía esperanzas de convertirse en rey de la Gran Nación Árabe. En cambio, le arrojaron unos pocos huesos y terminó expulsado de Arabia por sus peores rivales, los saudíes, y transcurrió el resto de su vida en el exilio.

A su hijo Abdullah se le dio el carácter de títere sobre Palestina oriental, un desierto sitiado en la zona de Transjordania. El único objeto de su «nacionalismo» era servir de base militar británica.

El emirato de Transjordania era una tierra desolada, en su mayor parte poblada por tribus beduinas que vivían del camello, que atendía a sus necesidades básicas de alimento, techo y vestido. Bebían la leche del camello y comían su carne. Vivían en tiendas hechas de piel de camello y llevaban atuendos tejidos con su pelo. Obtenían calor quemando estiércol de camello y se trasladaban montando esos animales. El camello es una bestia horrible, de mal genio y apestosa, pero que sabe cómo sobrevivir en el desierto, igual que su amo beduino. La vida de Transjordania era primitiva y brutal, con eternos combates tribales. Abdullah era blanco del odio de otros jefes árabes porque estaba dominado totalmente por los británicos.

Un inteligente inglés, John Bagot Glubb, transformó la Legión Árabe y unió las tribus hostiles bajo un mismo estandarte leal a Abdullah. Creó una fuerza de batalla combinando tácticas y armamentos modernos con uniformes ostentosos y toda la pompa que atraía al beduino. La Legión Árabe se convirtió en la única fuerza militar de primer orden del mundo árabe, y provocó mayor rencor contra Abdullah.

Transjordania, que sería luego el reino de Jordania, continuó languideciendo como una tierra desamparada de menos de medio millón de letárgicos y desalentados habitantes. Era una tierra de nada: no había facilidades culturales, literatura, Universidad ni servicios médicos aceptables.

Abdullah demostró ser tan paciente como ambicioso. Entregando la Legión a los

británicos durante la Segunda Guerra Mundial, fue el único jefe árabe que se inclinó por los aliados y usó la victoria de éstos como trampolín para lograr sus antiguos deseos.

¿Cuáles eran esos deseos?, le preguntará usted a Ismael. Ni más ni menos que los de su padre y su hermano Faisal: ser el gobernante de una Nación árabe más grande que comprendería Siria, Irak, el Líbano, Palestina y Arabia Saudí. Como verá, sus ambiciones no eran minúsculas, ni tampoco muy disimuladas.

Mi padre, Haj Ibrahim, solía decir que Abdullah era el peor enemigo de sí mismo, porque no podía dominar su lengua. Abdullah se jactaba abiertamente de que no existían Jordania ni Palestina, sino una Gran Siria, que los hachemitas estaban destinados a dirigir.

Si bien la Liga Árabe, nuestro consejo de naciones, bullía de furia ante la audacia del pequeño rey en su ridícula capital de Ammán, no podía actuar contra él porque éste se hallaba bien oculto entre las faldas del león británico.

Todos odiaban a Abdullah. Los egipcios, que se creían la élite del mundo árabe; los saudíes, que temblaban ante la perspectiva de la venganza que buscaría él por la expulsión de los hachemitas de Arabia; los sirios, debido a las intenciones de Abdullah de apoderarse de su país; el muftí, que había considerado a Palestina como un dominio suyo. Y todos planeaban su muerte.

Abdullah fue el único árabe que salió de la guerra contra los judíos con victorias, territorio y su bandera plantada en Jerusalén Oriental y en la Cúpula de la Roca.

Más aún, al producirse el éxodo de los palestinos, terminó heredando una población el doble de numerosa de la de su reino, medio millón de palestinos de la Orilla Occidental y otro medio millón que cruzó el río, ingresando en Jordania.

La mayoría eran campesinos analfabetos y menesterosos. Sin embargo, había también muchos miles de palestinos cultos, el tipo de personas de que carecía Jordania. Estos habrían de significar para esa tierra atrasada una infusión de educación, comercio y finanzas que serviría para descorrer la cortina del mundo moderno.

Abdullah aprovechó la oportunidad confiriendo la ciudadanía a los refugiados, además de libertad de movimientos. Muchos palestinos selectos fueron nombrados en altos cargos del Gobierno jordano para así legitimar su anexión de la Orilla Occidental. Adoptó una cierta apariencia de gobierno constitucional con la mitad de palestinos en su parlamento, aunque eso fue un fraude puesto que el rey retenía el derecho de designar o destituir a cualquiera, de vetar las leyes y de disolver el parlamento a su entera voluntad.

La Liga Árabe, la asociación formal de todas las naciones árabes repudió el intento de anexión y juró no reconocerla nunca. Así quedó Abdullah aislado en medio de un mar de vecinos hostiles.

El eterno enemigo de Abdullah, el muftí de Jerusalén, había huido a Gaza, desde donde trató de luchar contra las demandas del rey. Pero los días de gloria del muftí habían pasado ya.

Se supo que, durante la Segunda Guerra Mundial, cuando el muftí era un agente nazi, había visitado Polonia para examinar los campos de exterminio. Suponiendo que la conquista germana de Palestina era inevitable, había presentado a Hitler un plan para instalar cámaras de gas en el Valle de Dothan, al norte de Nablus. Estaba decidido a matar a todos los judíos de cualquier país que conquistaran los alemanes en el Oriente Medio.

Solamente Egipto reconoció los derechos del muftí sobre Palestina, pero su apoyo fue débil e hipócrita. En verdad, ese hombre ya no tenía valor para la causa árabe. Haj Amin al Heusseini terminaría su vida venerado en varios sitios árabes, pero su estrella política ya se había apagado.

También en poderosa oposición a los planes de anexión de Abdullah se hallaban muchos de los propios palestinos. El rey quedó muy asombrado al enterarse de que no toda Palestina se congregaba bajo la bandera hachemita. Sin embargo, siguió reclamando la Orilla Occidental, cuidando de no enfrentarse con sus adversarios más importantes. Al mismo tiempo impidió que los refugiados organizasen una rebelión.

Representantes y partidarios de Abdullah se infiltraron en los pueblos de la Orilla Occidental y en los campamentos de refugiados, coercionando, sobornando y prometiendo prebendas políticas a los que adhiriesen a su causa.

Los campos de refugiados del lado jordano, diseminados como satélites alrededor de Ammán, cayeron fácilmente bajo su dominio. Eliminó la oposición a base de apresamientos y asesinatos subrepticios.

En la Orilla Occidental realizó numerosas conferencias y reuniones más pequeñas para fortalecer su posición. Por último se sintió lo suficientemente poderoso como para unificar Jordania con la Orilla Occidental, y convocó a una gran convención en Ammán con el propósito no declarado de que se le ofreciera la corona de la Gran Palestina, el primer paso gigantesco hacia la Gran Siria.

Mi padre observaba con cautela estas maniobras. Asistía a todas las reuniones sin intervenir abiertamente Se mantenía en constante comunicación con el doctor Nuri Mudhill. Cuando se convocó la gran conferencia de Ammán, comprendió que debía concurrir y exponer sus ideas, por más que esto le supusiera la prisión o la muerte.

CAPÍTULO VII

Principios de 1950

Los romanos la llamaban Filadelfia, Ammán, capital de los bíblicos amonitas, era el sitio donde el rey David enviara a su capitán, Urías, a una muerte segura en batalla con el objeto de robarle la esposa, la magnífica Betsabé. Al igual que la antigua Sodoma, Ammán tenía fama de un desvergonzado hedonismo que había provocado la ira de los profetas Amos y Jeremías. Sus predicciones respecto de la destrucción de Ammán se cumplieron sólo parcialmente. Ammán nunca fue destruida. Sencillamente, nunca fue nada. Estaba allí, extendida sobre las proverbiales siete colinas, una olvidada parada en la carretera del rey, la ruta de comercio entre el mar Rojo y Damasco. Ahí permaneció, abrumada bajo el sol, durante casi dos mil años, con escaso conocimiento del mundo exterior.

Luego llegó Abdullah con sus ambiciones y los británicos, que unificaron a los beduinos en la Legión Árabe. Ammán levantó su cabeza cubierta de polvo y pasó, de ser la capital de la nada, a convertirse en el nuevo centro de la intriga árabe.

Se imaginará usted lo emocionado y honrado que me sentí cuando mi padre me dijo que debía acompañarlo a la Gran Conferencia de la Unidad Democrática, que se desarrollaría en Ammán. El mundo árabe parece transitar de conferencia en conferencia, pero yo nunca había asistido a una, y mucho menos a una democrática.

Durante varias semanas hubo animadas discusiones en Aqbat Jabar y los otros cuatro campamentos próximos a Jericó. Los agentes jordanos nos inundaron con material de lectura y charlas de persuasión. Iba a haber más de mil delegados, la mitad de la Orilla Occidental, y el resto serían palestinos ahora residentes en Jordania.

Era evidente que Abdullah tenía asegurado el cincuenta por ciento de la conferencia antes siquiera de ponerse a buscar delegados en la Orilla Occidental. Ya tenía en el bolsillo a los palestinos ricos que habitaban en Ammán y a los demás, que vivían en unos cincuenta campamentos sobre el río, y a nadie le cabía la menor duda de cuál sería su voto.

Todos los días se anunciaban nuevos representantes elegidos entre los alcaldes, muktars, jeques, clérigos y palestinos prominentes de la Orilla Occidental. Éstos también eran abrumadoramente partidarios de Abdullah. Se permitió una oposición cuidadosamente estudiada y controlable para «demostrar» al mundo el carácter netamente democrático de la reunión.

Haj Ibrahim estaba entre la oposición, y se dispuso a concurrir con un bloque de delegados de Aqbat Jabar y demás campamentos cercanos a Jericó. Si bien estos

complejos albergaban a más de cincuenta mil personas, se les había asignado la mísera cantidad de veinte representantes.

No obstante, la lucha por los escaños fue voraz. Al principio hubo un intento de realizar elecciones, pero nadie sabía cómo hacerlo ni confiaba demasiado en ese sistema. El nombramiento de los delegados terminó en la tradicional lucha por el poder, resultando victoriosos los más poderosos jefes tribales y los capaces de suscribir las mejores alianzas.

Pese a las presiones de los jordanos, mi padre, el gran Haj Ibrahim al Soukori al Wahhabi, surgió como líder de la delegación de Jericó.

Al ser la mitad de los representantes partidarios de Abdullah desde el comienzo, los agentes jordanos se dedicaron a trabajar con la otra mitad. Se les prometió raciones extras, dinero en efectivo y futuros puestos en el Gobierno. Al concluir los agentes su «campaña», Haj Ibrahim sólo pudo contar doce hombres que se oponían a la anexión de la Orilla Occidental. Esta cifra disminuyó considerablemente cuando dos de los más notables adversarios de Abdullah fueron asesinados, y otros dos llevados a Ammán para responder por acusaciones criminales de contrabando y de operar en el mercado negro. Era evidente la intención de estas imputaciones, puesto que ambos delitos eran practicados por todo el mundo, especialmente por las tropas jordanas y sus administradores de campamentos.

Cuando mi padre intentó reemplazar a sus delegados, le informaron que la lista se había cerrado.

La importancia de los respectivos delegados se manifestaba en el medio de transporte que los llevaba a Ammán y en el alojamiento que se les asignaba una vez allí. Los más prominentes partidarios de Abdullah eran recogidos en autos particulares y alojados en villas y *suites* de hoteles. Otros, como mi padre y los demás habitantes de campamentos, cruzaban en autobús hasta el otro lado del río y se los instalaba en una zona de tiendas, del campamento Schneller, a diez kilómetros de Ammán. Si bien Schneller y Aqbat Jabar tenían un número similar de habitantes, Schneller poseía cien delegados. Era obvio que ciertos aspectos de la conferencia serían más democráticos que otros.

A pesar de la expresa intención de humillarnos por ser representantes de segunda, a mí me fascinaba el viaje. El paseo nocturno sobre el puente Allenby atravesando Salt y Suweilih, hasta Ammán, era como un sueño.

Mi padre y yo compartíamos una pequeña tienda. Después de habernos instalado y de comer algo, él me pidió que le leyera la agenda. Me hizo ponerme de pie ante él, tomó una de mis orejas y me la sacudió.

—Esta oreja debes mantenerla cerca del suelo —dijo.

—Así lo haré, padre.

—Primero investiga este campamento. El punto más atractivo de los

ofrecimientos de Abdullah es que los campamentos de Jordania son mucho mejores que los de la Orilla Occidental. Quiero tener el panorama real. También dijo él que aquí los refugiados tienen acceso a trabajo y educación. ¿Qué hay de cierto en eso?

—Comprendo.

—Debes olfatear y buscar otros opositores a la anexión, como yo. Con mucho, mucho cuidado. No establezcas contacto con ellos, pero indícame quiénes son.

—Sí, padre.

—Y por último, lo más importante: tendrás que estar siempre alerta para descubrir cualquier juego sucio.

A la mañana siguiente me desperté con una gran excitación ante la perspectiva de ir a Ammán. Nada me desilusionó más en mi vida. Ammán era muy poca cosa comparada con Jerusalén. Ahora entendía la opinión de mi padre respecto de quién debía anexionarse a quién.

En el centro de la ciudad, que no era mucho mayor que Ramle o Lida, se levantaba una fuente insignificante que tenía a un lado la mezquita, y al otro el antiguo anfiteatro romano. Cerca de allí, las reuniones se desarrollarían en el «Hotel Filadelfia». Un enorme cartel cruzaba la calle, y decía: BIENVENIDOS A LA GRAN CONFERENCIA DEMOCRÁTICA DE UNIDAD — PALESTINA Y JORDANIA SON UNA SOLA.

Se notaba con gran fuerza la presencia de la Legión Árabe. Con sus famosos gorros rojos a lunares blancos, todos sus miembros llevaban bigote, usaban traje de montar color marrón y colorado y andaban siempre con expresión adusta.

Mezclados entre los legionarios estaban los otros beduinos leales al rey. Debe de haber habido centenares de la tribu beni sakhr con sus túnicas celestes y blancas ribeteadas en dorado y sus bandoleras cargadas de balas colgadas al hombro. A los beni sakhr se los conocía como los más aguerridos luchadores beduinos, y su presencia junto a la Legión indicaba que a Abdullah no había que tomarlo a la ligera. Me dio la impresión de que había diez jordanos armados por cada delegado.

Mi padre y yo nos encaminamos al «Hotel Filadelfia» donde nos entregaron credenciales, asignándonos a una comisión. La mayoría de las comisiones eran inútiles y habían sido inventadas para darles algo que hacer y una sensación de importancia a muchos representantes. La primera acción de mi padre fue rechazar acaloradamente su ubicación en la Comisión para los Valores Islámicos.

Nos hicieron pasar rápidamente a un cuarto contiguo donde estaba sentado ante su escritorio el coronel Zyyad, con su feroz apariencia.

—Ah, Haj Ibrahim. Veo que ha regresado usted de Qumran —dijo con voz llena de sarcasmo.

Mi padre ni parpadeó.

A mí me temblaban las piernas de miedo. Imaginaba mi final en una terrible

prisión jordana. El coronel Zyyad daba golpecitos sobre el escritorio como si estuviese tratando de tomar una decisión clave.

—Es usted un tonto, un tonto de remate —prosiguió Zyyad.

Yo me imaginaba las ideas que pasaban por su mente, y debo de haber rezado en voz alta porque mi padre me sacudió el hombro indicándome que me callara.

—Ésta es una conferencia democrática —declaró el coronel—. Lo nombraré para otra comisión. —Buscó entre unos papeles, encontró el que quería, anotó el nombre de mi padre y escribió una orden—. Asistirá usted a la Comisión sobre Refugiados.

—Objeto el mero uso del término «refugiados».

—Entonces plantéelo en su comisión… y dé gracias a Alá de que seamos personas democráticas.

Mi padre se salvó por el hecho de que Abdullah no quería ningún caos ni alteración del orden en la conferencia, y a esa altura apaciguarnos era un tema de escasa importancia. Sin embargo, yo seguía temblando cuando todos nos reunimos en el patio de la gran mezquita donde el muftí de Ammán, el líder musulmán del país, inauguró la conferencia.

Después de las oraciones, el muftí recitó desde el púlpito el texto del *surah* 57, que trata sobre el castigo a los no creyentes.

«Hemos adornado el cielo más próximo con luces
y las hemos convertido en proyectiles para los demonios;
y los hemos preparado para el castigo de la hoguera.

»Para quienes no han creído en su Señor
está el castigo del infierno, ¡un triste destino!
cuando sean arrojados allí oirán un rugido
porque el sitio hierve

»Y casi explota de furia. Cada vez que allí se arroje
una multitud, el cuidador les preguntará:
“¿Acaso no has recibido una advertencia?”
Ellos responderán: “¡Sí! La hemos recibido
pero la consideramos falsa y dijimos
Alá no ha enviado nada”.

»“En verdad, están en un gran error”.
Y ellos responderán: “Si hubiésemos oído o comprendido
no estaríamos en la hoguera”

«Entonces confesarán su pecado: “Fuera de aquí los hombre

de la hoguera”».

Después de un escalofriante sermón acerca de la quema de los judíos, el muftí de Ammán imploró a Alá su bendición y su divina guía para los delegados.

Al concluir las oraciones, cruzamos al anfiteatro romano y escuchamos un discurso de bienvenida de tres horas a cargo del alcalde de Hebrón, una ciudad de la Orilla Occidental. Él era el más ferviente partidario de Abdullah en Palestina. La primera hora la dedicó a la próxima venganza contra los judíos, mientras que la última parte de la disertación consistió en proclamar la gloria del Islam y la belleza de la unidad y hermandad entre los árabes.

Después del alcalde vinieron otros seis discursos de bienvenida, cada uno de los cuales trataba sobre ciertos aspectos de la futura anexión. El único orador de la oposición fue democráticamente acallado a los pocos minutos. Esto enfureció a Haj Ibrahim y al puñado de disidentes, que comenzaron a rebelarse gritando consignas en contra de Abdullah. Fuimos dominados por una impresionante fuerza de legionarios, que tenía cercado el anfiteatro. Nadie resultó herido, y la reunión prosiguió.

Al terminar la sesión de bienvenida, nos llevaron a Jabal al-Qal’ah, la colina donde se hallaba la antigua ciudadela romana. Las ruinas del Templo de Hércules se elevaban en un gran terreno donde docenas de camareros nos servirían las comidas de la tarde. Abdullah sabía cómo agasajar a sus huéspedes con dinero británico, comentó mi padre. Desde ese espléndido lugar alcanzábamos a ver el palacio real de Mashemiiya y sus colinas circundantes.

Ahora era el momento de comenzar a relacionarnos con cuidado. Cuando nos estábamos lavando las manos en una fuente antes de comer, yo noté que un delegado, con el tradicional atuendo del desierto, buscaba intencionadamente colocarse junto a mi padre. Me acerqué entonces a escuchar.

—Soy el jeque Ahmed Taji —dijo el hombre con voz baja—. Mi gente y yo estamos en el campamento de Hebrón.

Utilizando el mismo tono de voz, mi padre se presentó.

—Sé quién es usted —prosiguió el jeque—. Hoy presencié sus dos intervenciones, en el «Hotel Filadelfia» y en el anfiteatro. Usted está loco, realmente loco.

El jeque le dio a Ibrahim algo que parecía ser un talismán de piedra negra, que mi padre rápidamente guardó en su bolsillo.

—Deberíamos reunirnos después de esta conferencia —susurró Taji—. Cuando yo reciba el talismán con una nota suya, me encontraré con usted.

Mi padre asintió rápidamente y ambos partieron en distintas direcciones. Le dije a Ibrahim que había anotado el nombre del jeque y partí de inmediato a buscar información sobre él.

Esa noche nos llevaron al palacio real. Como nunca había visto un palacio ni un verdadero rey, quedé tremendamente impresionado, pese a que se trataba de Abdullah. Mi padre y yo fuimos bien vestidos, ya que habíamos pedido prestada cualquier ropa decente que todavía quedara en nuestro sector de Aqbat Jabar. Sin embargo, muchos de los delegados asistieron en harapos. La fila fue avanzando lentamente hasta el salón del trono.

Me temblaron las rodillas por segunda vez en el día. Pues, ciertamente el lugar era magnífico. Era lo único bello que había visto además del anfiteatro romano y la ciudadela. Si bien el palacio no era tan fastuoso como el que había contemplado en mi viaje al paraíso, era más que adecuado para Abdullah y Jordania.

¡Y ahí estaba yo delante del rey! Creo que me desilusioné. Su trono no era más que un sillón grande sobre una tarima pintada de dorado. Él había bajado para recibir a los concurrentes, flanqueado por sus guardias circasianos. Éstos no eran verdaderos árabes sino musulmanes rusos que habían llegado allí siglos atrás. Llevaban sombreros de piel con una réplica plateada de la corona real, y se asemejaban a ciertos dibujos que había visto de jinetes cosacos. A ambos lados del rey, sus consejeros, vestidos con trajes occidentales y tocados árabes, le susurraban algo al oído cada vez que un delegado se presentaba.

Abdullah era muy bajo para ser rey, y su túnica no tenía muchos adornos, pero llevaba los zapatos negros más lustrosos que yo hubiese visto jamás. Era muy jovial, lo cual me sorprendió porque supuse que tendría un aspecto siniestro, como el coronel Zyyad, que no estaba muy lejos de allí. El coronel le susurró algo al rey cuando nos acercamos. En el rostro de Abdullah se pintó una amplísima sonrisa. Abrazó a mi padre, lo besó en ambas mejillas y me dio unas palmaditas en la cabeza, pese a que yo era casi tan alto como él.

—¡Bienvenido, bienvenido a mi humilde reino, Haj Ibrahim! Que mi tierra sea para usted como su propio hogar. Nos sentimos honrados con su presencia. Que la sabiduría de Alá lo guíe durante los próximos días.

—Su Majestad, no existen palabras adecuadas para describir adecuadamente el éxtasis de este momento —respondió mi padre.

—Lo que usted desee, ahora o después, estará al alcance de su mano. —El rey se volvió luego hacia mí—. ¿Cuál es tu nombre, hijo?

—Soy Ismael —proclamé majestuosamente.

Nos dieron un leve empujón para que la fila siguiese avanzando, y terminamos afuera, en la tienda más inmensa que nunca hubiera visto y donde cabía la delegación entera. No era difícil determinar quién era un refugiado y quién un acaudalado palestino, debido a la mezcla de andrajos y de tejidos bordados en oro que confraternizaban.

La fiesta que hubo a continuación fue más espléndida que las que solía dar mi

padre cuando era muktar de Tabah. Muchos de nosotros no habíamos visto comida de esa clase durante tanto tiempo, que comimos hasta enfermarnos, y después continuamos comiendo. La música y las bailarinas contribuían a realzar el ambiente con amor y armonía. Los ejércitos de sirvientes nos pasaban sigilosamente hachís, para que nuestra felicidad no se diluyera tan rápido.

Después del ágape presenciamos carreras de camellos, demostraciones de equitación y cetrería, y más música y bailes. Más tarde oímos por radio que el rey se había retirado calladamente de Ammán porque no quería influir sobre la conferencia ni alterar el carácter democrático de la reunión.

Al día siguiente mi padre fue a su comisión, que comenzó y terminó con gritos acalorados por su intento de ampliar el orden del día y no simplemente aprobar resoluciones redactadas de antemano. Ibrahim presentó la objeción al uso de la palabra «refugiado», pero lo acallaron a alaridos. Yo me fui en seguida a buscar la información que él me encomendara.

Esa noche le informé lo que había averiguado. El jeque Taji era el jefe de una tribu seminómada que había ocupado una región al norte del golfo de Akaba y el puesto de avanzadilla de Eilat. Al iniciarse la guerra con los judíos, los egipcios los expulsaron de sus tierras con fines militares, y huyeron a Hebrón. El final de la contienda halló a los judíos conquistando el desierto de Negev, y al jeque Taji preguntándose por qué había tenido que marcharse. Otros beduinos habían permanecido, y los judíos los habían dejado en paz; incluso colaboraban ahora con éstos suministrándoles rastreadores y agentes de Inteligencia.

El jeque Taji lamentaba su error, y se hallaba en una situación insostenible en Hebrón. El alcalde de la ciudad era un partidario acérrimo de Abdullah, que había convertido el campamento en una de las fortalezas adictas al rey en la Orilla Occidental.

Mi padre me mostró el pequeño talismán que le había entregado Taji, un colgante de jaspe negro con un grabado abstracto. Me di cuenta de que era un talismán beduino común para prevenirse contra el *jinn*.

—Esto nos traerá más tarde al jeque Taji. ¿Qué averiguaste sobre el campamento de aquí?

Carraspeé con aire de importancia.

—Schneller y los demás campamentos próximos a Ammán están mucho peor que Aqbat Jabar. Aquí se vive o se muere según un solo patrón. Abdullah ha reclutado a todos los viejos e importantes muktars, y les ha dado empleos a ellos y sus familiares. Si uno está en contra del rey, no come y no protesta. Ha habido numerosos asesinatos y encarcelamientos, de modo que ya quedó eliminada la totalidad de los disidentes.

—Tal como suponía.

—Lo mismo sucede con los trabajos en Ammán. Solamente los que colaboran

pueden encontrar trabajo en la ciudad. Me contaron que todos los campamentos de Jordania funcionan así.

La tercera noche pude informarle a mi padre que había descubierto otro decidido opositor que, a diferencia de Ibrahim, había mantenido ocultas sus opiniones.

—Se llama Charles Maan. Era profesor de un colegio de Haifa, y ocupa un prominente lugar en la Comisión de Ramallah.

—He oído hablar de él. El grupo Ramallah es muy poderoso. ¿Es una persona digna de confianza?

—Sí, en todos los aspectos salvo en uno.

—¿Cuál?

—Es un cristiano, y tú sabes cómo mintieron ellos al sostener que Jesús fue su Señor y Salvador.

—¿Eso es lo único?

—Sí, padre.

—Son tonterías —acotó Ibrahim, sobresaltándome—. Cristianos y musulmanes han coexistido durante siglos en Palestina sin verdaderos problemas. Las luchas religiosas de esta zona son producto de la demencia libanesa. Nos llevábamos bien incluso con los judíos, hasta que apareció el muftí. —La revelación de Haj Ibrahim me dejó confuso.

Charles Maan se encontraba también en el campamento Schneller, a pocas calles de distancia.

—Quédate cerca de su tienda y observa sin que adviertan tu presencia —me ordenó mi padre—. Cuando esté solo, acércate con sumo cuidado y preséntate, ya sea hablando o escribiéndole una nota. Dile que me gustaría tener una breve reunión con él.

—¿Dónde, padre?

Ambos lo pensamos un instante.

—En la letrina.

Aguardé más de dos horas cerca de la tienda de Charles Maan, pero era interminable el desfile de delegados que iban y venían. Decidí redactar una nota. Cuando se interrumpió un momento la fila de visitantes, entré rápidamente y se la entregué.

Era un hombre mayor que mi padre, con profundas ojeras de agotamiento. Tomó la nota con dedos manchados por la nicotina.

Soy Ismael, hijo de Haj Ibrahim al Soukori al Wahhabi. Mi padre desearía reunirse con usted en la letrina, a las dos de la mañana.

Rompió el papel en pedacitos y me hizo un gesto de asentimiento con la cabeza.

La letrina era un cobertizo de chapa ondulada construido sobre un canal abierto que iba a parar a una serie de pozos negros. Unos minutos antes de las dos mi padre y yo abandonamos nuestra tienda con sumo cuidado. Reinaba un absoluto silencio, la oscuridad era total y confiábamos en que se mantuviese así. Aguardamos en la penumbra hasta que la exhausta figura de Charles Maan, vestido con un gastado traje occidental, se acercó por el sendero. Miró a su alrededor y entró. Ibrahim lo siguió al interior mientras yo me situaba en la puerta para advertirles si venía alguien. Ibrahim se paró sobre el pozo, simulando orinar.

—Debemos reunimos en el otro lado —dijo mi padre.

—Estoy de acuerdo —respondió Charles Maan.

—¿Conoce al jeque Taji, del campamento de Hebrón?

—Sí. Es una persona muy fiable. Un buen hombre.

—Lo llevaré a él también.

—De acuerdo.

—¿Cómo nos ponemos en contacto?.

—Cuando usted y Taji estén listos, envíe a su hijo Ismael a Ramallah. Yo estoy en el campamento Birah. He conseguido poner un pequeño lugar para dar clase. No tendrá problemas en encontrarme.

—La reunión debe ser secreta.

—Tengo un sitio seguro en la Ciudad Vieja de Jerusalén. ¿Conoce el convento de las Hermanas de Sión?

—No.

—Entre en la ciudad por la Puerta de los Leones, que queda sobre la Vía Dolorosa y el Arco Ecce Homo, entre la segunda y la tercera estación del vía crucis. Pregunte por la hermana María Amelia. Ella es la directora del colegio y sabrá la hora exacta en que deberá esperarlo.

—No quisiera ofenderlo, pero se trata de una mujer. ¿Es totalmente digna de confianza?

—Es hija mía —repuso Maan.

—Viene alguien —avisé yo en susurros.

Mi padre se arregló las ropas rápidamente y el señor Maan se abotonó los pantalones.

—Dentro de unas semanas —dijo Ibrahim, y salió rápidamente conmigo.

La tarde del último día de la conferencia tuvo lugar el desfile de los presidentes de las diversas comisiones, que presentaban sus resoluciones para la aprobación de todos los delegados, en el anfiteatro romano.

Las resoluciones caían como cabezas cortadas por la mano de un verdugo.

Se resolvió:

1. Lo que se ganó con sangre, con sangre se retendrá.
2. Los infieles corrompen los valores islámicos y no son dignos de vivir en tierras islámicas.
3. Todos los países árabes son uno solo, y nunca tan unido como ahora.
4. Los árabes que permanecieron en el estado sionista cometieron un enorme pecado. A dichos árabes, que poseen pasaportes del Estado sionista, no se les permitirá el ingreso a las naciones árabes.
5. Los árabes que permanecieron en el Estado sionista son leprosos de naturaleza y se les prohíbe realizar el *haj* a La Meca o a Medina.
6. Los árabes que permanecieron en el Estado sionista quedaron contaminados. No son merecedores de orar en la mezquita Al Aksa ni en la Cúpula de la Roca, prohibiéndose su entrada allí.
7. Los árabes que permanecieron en el Estado sionista son traidores de corazón, y no les está permitido reunirse ni visitar a miembros de sus familias exiliadas.

Así, el clero y las comisiones sobre aspectos del Islam lograron la aprobación de unas veinticinco resoluciones con sólo un mínimo de oposición, rápidamente sofocada.

A caer la noche se habían adoptado ya más de cien resoluciones que establecían el principio de la guerra eterna contra los judíos. Al concluir, las tres comisiones principales llevaron la conferencia a su inevitable crescendo.

La Comisión sobre Refugiados, a la que había sido asignado mi padre, expuso un brillante informe respecto de lo bien que funcionaban los campamentos jordanos en contraposición a los de la Orilla Occidental. La intención era provocar la ilusión de que la vida sería mucho mejor para todos bajo la bandera nacional de Jordania. Mi padre y yo sabíamos ya que Jordania no había cumplido sus promesas de suministrar empleos, tierras y oportunidades. Los únicos palestinos que prosperaban eran los que se sometían a los jordanos. Por lo demás, una ribera del río era tan mísera como la otra.

La vital Comisión sobre la Línea de Armisticio presentó luego sus conclusiones. Al final de la guerra, una línea de tregua, en zigzag, se convirtió en frontera semipermanente porque las tropas permanecieron ancladas en sus puestos, formando una imposible frontera común de cuatrocientos cincuenta kilómetros. En consecuencia, cientos de miles de dunams de antiguos campos árabes quedaron del lado judío de la línea divisoria. Se creó una Comisión de Frontera Jordana para tratar de recuperar la mayor cantidad posible de terreno.

El informe de la Comisión sobre la Línea de Armisticio fue que todas las peticiones habían sido resueltos en favor de que los refugiados pudiesen recobrar sus tierras. Las reivindicaciones individuales, al igual que las grupales o de aldeas, serían atendidos en cuanto se resolviera la cuestión de la Orilla Occidental y de la unidad

jordana.

—Abdullah miente descaradamente —murmuró mi padre—. No ha reconquistado ni un centímetro de esa tierra disputada.

Cuando Ibrahim se puso en pie para protestar contra el informe, los hombres que estaban sentados cerca de él se alejaron, acercándose los de la Legión. ¡Sólo la tradición árabe de proteger a un huésped podía salvarnos! Una vez más sentí la boca seca. Entonces ocurrió un milagro. Por casualidad, Charles Maan estaba próximo a nosotros, y atrajo la mirada de mi padre. En ese instante, Ibrahim recobró la compostura y se sentó en silencio.

El informe final de la Comisión para la Unidad Democrática llegó como un anticlímax. Se anunció que el parlamento jordano había aprobado una Ley de Unión Nacional. Un coro de vítores se elevó de los lacayos de Abdullah. A continuación hubo una votación democrática que aceptó la «Gran Palestina», por 970 votos contra 20.

Por último se informó que se convocaría en Zurich, Suiza, la reunión de la Conferencia sobre Reivindicaciones y Derechos de los Refugiados. El caso de los exiliados sería presentado ante una Comisión Internacional de Arbitraje, constituida por países neutrales. Jordania enviaría una delegación para proteger todos los intereses de los refugiados. Tomé la mano de mi padre, que temblaba de furia. Con toda la fuerza que logré reunir, lo arrastré fuera del anfiteatro.

Partimos de Ammán con un gusto amargo en la boca.

CAPÍTULO VIII

Las cloacas abiertas y los montones de basura pútrida sin recoger engendran voluminosas moscas y mosquitos, y el hedor es intolerable. Si a eso se agrega una total holgazanería y los continuos e instigantes comentarios de viejos encorvados fanfarrones, pretendiendo sentir un orgullo y un valor que nunca sintieron realmente, se obtiene el nacimiento de los Leopardos Vengadores.

Mi hermano Jamil era uno de sus cabecillas. No usaban uniformes porque vivíamos en la pobreza más abyecta, de modo que se identificaban llevando bandas de tela color naranja en la cabeza.

En el campamento Ein es-Sultan, la banda se llamaba los Tiburones de la Liberación. En el campamento beduino que había siguiendo la carretera, eran los Lobos del Desierto, y en el pequeño campo Nuweimeh, más al norte, eran la Banda de Mayo Negro, nombre que rememoraba la horrible fecha en que los judíos habían declarado su independencia. Todas las pandillas eran incitadas por adultos indolentes y por egipcios fanáticos de la Hermandad Musulmana.

En Aqbat Jabar reinaba cierto grado de temor por los Leopardos Vengadores. Estos recorrían la zona en busca de chicos como yo para reclutarlos. O nos enrolábamos o recibíamos una terrible paliza. Yo pude mantenerme al margen gracias a Jamil. Creo que él no quería que yo ingresara por temor a que le arrebatara el liderazgo.

Por la noche, las bandas subían al Monte de las Tentaciones, donde llevaban a cabo extraños rituales con los nuevos reclutas, incluso sangrías. Tenían señas secretas y pronunciaban un juramento de venganza con horrendas promesas de descuartizar, aplastar el cráneo y atacar con hierros candentes los ojos de los judíos.

—¡Sangre, entrañas, vísceras, muerte! —les oíamos entonar al bajar de la montaña. Ponían a prueba su valor con peleas a garrotazos, saltos desde elevadas rocas, carreras entre dos filas de personas que les arrojaban piedras, saltos sobre fogatas, pruebas de arrancar a mordiscos la cabeza a pollos y víboras vivos, y estrangular gatos con sus propias manos. Día a día, se prolongaban sus ilusiones de valor y hombría, la máxima premisa árabe, para aliviar la monotonía.

Haj Ibrahim y otros jeques y muktars antiguos consideraban a esas bandas como una amenaza para su gobierno, pero no estaban en condiciones de entrar de lleno a reprimirlas puesto que no podían ofrecer otras alternativas. No había escuelas ni juegos organizados, tampoco cine. Tan sólo una radio plañidera. Los únicos sermones que escuchaban los jóvenes eran los de la Hermandad, glorificaciones del martirio y la muerte.

«¡Ustedes son los insignes soldados de Alá, que se preparan para convertirse en

mártires de la venganza!».

En Jericó oían hablar de venganza.

Lo mismo escuchaban en los sórdidos cafés del campamento, y en sus propias casas.

Así, se volvieron siniestros. Ninguno trabajaba ni intentaba conseguir un empleo, ni siquiera durante la época de la cosecha, cuando se necesitaba mano de obra. Sus madres y hermanas realizaban esa tarea. En cambio, comenzaron a vender sus servicios para «proteger» los campos de los labriegos.

Si algún hombre del campamento tenía un altercado con un Leopardo, lo habitual era que éstos irrumpieran en su choza, la saquearan y aporrearan a su hijo mayor. Los Leopardos Vengadores se situaban, en numerosos grupos a lo largo del puente Allenby, donde había siempre una fila de camiones aguardando la inspección a cargo de los oficiales jordanos de aduana. Si un conductor dormitaba o se bajaba de su vehículo, rápidamente los Leopardos le robaban la carga.

Ellos, junto con las otras bandas, fueron un factor preponderante en el activo mercado negro. Trabajaban con la tácita colaboración de la ineficiente y corrupta Policía jordana de control de los campamentos. Al no ser reprimidas sus actividades, los Leopardos merodeaban por Jericó y chantajeaban a comerciantes que antes habían sido delatados por la misma Policía. En acciones de rutina saqueaban los almacenes de «La Media Luna».

Cuando la situación empeoraba desenfrenadamente, la Legión Árabe realizaba una redada y se llevaba a una cantidad de muchachos a la prisión de Ammán, pero esto siempre provocaba un motín por parte de los padres que protestaban.

Jamil comenzó a recibir cosas: un transistor, un reloj de pulsera, zapatos nuevos, fantasías para regalar a las chicas, hachís y alimentos que escaseaban en nuestra magra dieta. Mi padre no lo interrogaba, pero tanto él como yo sentíamos miedo por nuestro cajón de armas. Temíamos que Jamil vendiera las armas, o peor aún, que se las entregara a los Leopardos.

Mientras aceptábamos en silencio que Jamil se hubiese transformado en un pistolero y ladrón, él se volvió más descarado. Tenía dinero en el bolsillo, regalos para su madre, tabaco para su padre, comida para la mesa familiar. En muy poco tiempo se consideró indispensable para la familia; quizás hasta haya abrigado la ilusión de ser igual a Haj Ibrahim.

Su audacia llegó al máximo cuando los Leopardos irrumpieron en casa de un amigo de mi padre, de nuestro sector de Tabah del campamento. Cuando, a la hora de comer, encontré a Jamil en nuestra calle, no sabía que Ibrahim había ordenado a todos salir de la casa.

—Jamil, espera —le grité, corriendo hacia él—. Debes andar con cuidado. Ibrahim está muy preocupado por el robo en lo de Daoud al Hamdan.

—¿Y qué?

Jamás había escuchado en mi familia palabra alguna que desafiara la autoridad de mi padre. Me pregunté si Jamil se habría vuelto loco. Lo tomé del brazo para detenerlo, pero se soltó bruscamente.

—Se acabó la hora de nuestro padre. Él y todos los demás viejos de aquí están acabados. Éste es un nuevo orden de cosas.

Parpadeé incrédulo, pero de pronto caí en la cuenta de que con sus dieciocho años, Jamil era de la misma talla que mi padre, y de fuerte complexión.

—Jamil, estás diciendo insensateces.

—¿Ah, sí? Fue nuestro padre el que nos trajo a esta vida miserable. ¿Por qué no se quedó y luchó por nuestras tierras? ¿Quién las volverá a conquistar? ¿Él? Mis amigos y yo estamos destinados a recuperar el honor, y ya es hora de que me respeten por ello.

Sentí deseos de salir corriendo a avisar a mi padre, pero me limité a observar cómo Jamil se alejaba. Lo seguí a prudente distancia cuando entró en la casa. Ibrahim se hallaba sentado en el único sillón decente, pasando entre los dedos sus cuentas de oración. Desde la puerta advertí que Jamil cometía el terrible pecado de no arrodillarse y besarle la mano.

—¡Dónde está la comida! —gritó mi hermano.

Ibrahim se puso de pie lentamente y se encaró a Jamil. El puñetazo fue tan veloz que apenas si pude verlo. Jamil se estrelló contra el suelo de tierra y allí quedó, con expresión de consternación, mientras le salía sangre de la boca.

—Jamil, hijo mío —dijo mi padre con dulzura—, ve afuera, regresa y demuéstrame que sientes respeto por tu padre.

Jamil se puso en cuatro patas y lo miró con cara de furia.

—¡Ya no eres más mi dueño! —exclamó.

Ibrahim lo pateó en las costillas, lanzándolo contra la pared y destrozando media docena de ladrillos de barro.

—Jamil, hijo mío —repitió amablemente Ibrahim—, ve afuera, vuelve a entrar y muéstrame que sientes respeto por tu padre.

Jamil se adelantó aferrándose a la pared, hasta que pudo incorporarse semiagachado, sosteniéndose las costillas con una mano y la boca ensangrentada con la otra. Se abalanzó sobre mi padre gritando un juramento, ¡y lo golpeó en el rostro! ¡Fue lo más terrible que jamás hubiese presenciado! Entré presuroso en la casa para ir en ayuda de Ibrahim, pero éste me empujó a un lado.

—¡Así que mi pequeño Leopardo Vengador quiere jugar un rato! ¡Bien! ¡Bien! —Dicho lo cual abrió los brazos y volvió a cerrarlos con fuerza, aplastando las orejas de mi hermano. Jamil soltó un aullido de dolor y cayó tembloroso.

—Jamil, hijo mío —dijo una vez más mi padre sin levantar la voz—, ve afuera,

vuelve a entrar y demuéstrame que sientes respeto por tu padre.

—Noooo.

El pie de Ibrahim se clavó en la boca de su estómago. El cuerpo de Jamil era un bulto informe. Mi padre apoyó el pie sobre el pecho de Jamil, y una vez más repitió la orden.

—¡Padre, que lo matarás! —tercié.

—No, no. Sólo estoy enseñándole respeto. ¿Ya lo aprendiste, Jamil?

—Basta —dijo él, jadeante.

—¿Basta de qué?

—Me doy por vencido.

Juntó sus fuerzas, se arrastró gateando, giró al llegar a la puerta, se acercó a los pies de mi padre, le tomó una mano y se la besó.

—Ahora escúchame bien, mi querido Leopardo Vengador. Lo que acabo de aportar a tu educación no es más que una diminuta gota en el mar comparado con lo que recibirás si por cualquier motivo es atacada alguna persona del sector de Tabah. ¿Queda claro?

—Sí, padre —gimoteó.

—Y ahora, Jamil, si llegas a tocar por cualquier motivo una sola de nuestras armas te mato del mismo modo en que tus bravos mártires de la venganza matan a los pequeños pollos. Te cortaré el pescuezo con mis propios dientes. Ve a casa de Daoud al Hamdan, devuélvele todo lo que le fue sustraído y humíllate ante él.

Mi padre se agachó, tomó a Jamil del cuello y lo arrojó afuera.

Jamil fue lo suficientemente astuto como para comprender que el gran día del respeto hacia él no había llegado aún, y que los Leopardos Vengadores no iban a reemplazar a la vieja autoridad sin derramar su propia sangre. Se lamió las heridas y adoptó otra actitud convirtiéndose en el «protector» del sector de Tabah, granjeándose el cariño de las familias como el buen hijo de Haj Ibrahim.

Interiormente, sin embargo, Jamil se había transformado para siempre. A partir de entonces se le vio una siniestra expresión, con una furia en los ojos que indicaba que estaba saturado de odio, y siempre a un paso de la explosión de violencia. Estaba un poco loco, pero no tanto como para desafiar la palabra de mi padre. De hecho, adoptaba una actitud servil ante él para demostrarle su valía.

Unas semanas después de la pelea recibimos la noticia de que el rey Abdullah había ordenado un festejo por la fusión de la Orilla Occidental y Jordania. El rey se vio forzado a realizar esa celebración por la intensa oposición de la Liga Árabe, que había denunciado la anexión en los términos más cáusticos.

Los ministros del rey esperaban que las naciones del Oeste reconocieran la anexión. Abdullah seguía aduciendo inocencia. No permitiera Alá que él ejerciese coacción sobre los palestinos. Al fin y al cabo, proclamaban sus ministros, la

conferencia de unidad había sido la expresión democrática de los deseos palestinos.

El reconocimiento que buscaba Jordania llegó sólo de Gran Bretaña y Pakistán. Los ingleses seguían siendo los amos de Abdullah, y controlaban la Legión por medio de subsidios y por la intervención directa de oficiales británicos. A pesar de que tomaban con cautela las ambiciones de Abdullah, su alianza con él los obligaba a proseguir la charada.

El hecho de que las naciones árabes y el mundo en general no aceptaran la anexión, no lo disuadió. Pensaba que un gobernante con dotes sagradas como él, estaba autorizado para proseguir su marcha divina en pro de la consecución de la Gran Siria. Las debilidades de los simples mortales no podían detener a un rey cuya misión había sido decretada por Alá. Más aún, creía que el pueblo palestino se congregaría bajo su bandera dejando como tonto al resto del mundo, y se proponía demostrar que ésta había sido una medida popular.

Sus colegas británicos le sugirieron de inmediato la realización de un plebiscito en la Orilla Occidental para confirmar la decisión de la conferencia de unidad. A Abdullah no le gustaba la idea de un voto que no pudiese anular con su veto personal. Seguramente los palestinos se volcarían en forma abrumadora a su favor. Sin embargo, no confiaba en el sufragio. Como monarca, poseía prerrogativas para proteger a su gente contra sí misma, en caso de que llegara a equivocarse.

En cambio, Abdullah ordenó que se llevaran a cabo desfiles en las principales ciudades de la Orilla Occidental. Envió en masa a sus partidarios y oficiales para cerciorarse de que los palestinos se lanzaran en una espontánea demostración de apoyo.

El puente Allenby tembló bajo los cascos de los camellos de los beduinos y los caballos de la Policía del desierto. La Legión se abalanzó sobre la región en jeeps «Land-Rover», carros blindados y tanques. Las tropas de Infantería y las bandas fueron transportadas en camiones, dispersándose en Hebrón, Belén, Jericó, Nablus y Ramallah.

Se evitó ir a Jerusalén Oriental por temor a una reacción militar de los judíos. Abdullah no había cumplido los términos de la tregua, y continuaba negándose a permitir a los judíos el acceso al Muro Occidental, su sitio más sagrado. No deseaba correr el riesgo de provocar a los judíos y que éstos terminaran expulsándolo.

El gran día de la celebración todos fueron desalojados de los campamentos y las ciudades convergiendo en las calles principales, donde estandartes y banderas aguardaban a nuestros salvadores, los todopoderosos jordanos.

Furioso, mi padre emprendió camino a Jericó llevándome, como de costumbre, a su mano derecha y un paso atrás. Fuimos al techo del edificio del profesor Nuri Mudhill, desde donde tendríamos una visión perfecta de la procesión.

El desfile se inició con la propia banda del rey, que solía interpretar conciertos

para nosotros cuando estábamos en Ammán. La marcha del *Coronel Bogey* llenó incongruentemente el aire de la antigua Jericó. Pelotones de carros blindados portando a los guerreros de la Legión precedían a baterías de artillería y un batallón de tanques que sacudió los edificios y ahogó el sonido de la música con el rugir de sus motores. En el cielo, los aviones describían evoluciones a baja altura.

Escuchamos luego a los camellos montados por la Policía del desierto, que patrullaba los vastos arenales de Jordania a lo largo de su frontera con Arabia Saudí. Los soldados se balanceaban gallardamente sobre los animales. Con la misma velocidad con que se puede decir «Alá es grande», la calle frente al cuerpo de camelleros se llenó con decenas de jóvenes que llevaban las bandas naranjas de los Leopardos. En los segundos que sobrevinieron, lanzaron una lluvia de pedradas contra los camellos; luego huyeron dispersándose entre la multitud.

Uno de los camellos cayó de rodillas, tirando a su jinete. Varios más huyeron aturdidos. Se arrojaron en incontrolable galope contra el gentío, aplastando a peatones y destruyendo los puestos de vendedores ambulantes. Se oyeron alaridos y algunos disparos. La muchedumbre se dispersó en medio del pánico, mientras los jordanos se organizaban y se abalanzaban sobre el lugar de la emboscada.

Los soldados saltaban de sus vehículos y golpeaban enloquecidos a cualquiera con la culata de sus rifles. Más disparos. Una mujer se desplomó en la calle y se quedó muy quieta.

Esa noche nos congregamos alrededor de la radio y sintonizamos Jerusalén Oriental y Ammán, pero no se mencionó ni una palabra sobre el incidente. Probamos con las emisoras de El Cairo y de Damasco. Lo único que pudimos saber fue que había un bloqueo de noticias en toda la Orilla Occidental.

A la mañana siguiente el incidente seguía sin mencionarse en los periódicos, pero a medida que transcurría el día nos enteramos que las tropas jordanas también habían sido apedreadas en Ramallah y Nablus, y que habían muerto seis personas.

El campamento bullía con las conversaciones, y muchos de los más fervientes partidarios de Abdullah comenzaron a mirar a su alrededor en busca de nuevas alianzas. Se produjo un constante peregrinaje a nuestra choza, mientras un jeque tras otro declaraba su lealtad a mi padre. Éste aceptaba el homenaje con un cinismo muy bien disimulado.

Sólo en los ojos de Jamil podía leerse que su generación era, de hecho, la generación de la liberación. Está bien, padre —decía su expresión—, recibe la gloria de la victoria, pero recuerda que el golpe lo dimos nosotros.

Cuando se hubieron marchado los aduladores, Ibrahim me condujo emocionado a un lado.

—Ha llegado el momento de que tomemos nuestro destino en nuestras propias manos —afirmó con una fuerza que no le veía desde que comenzara el exilio—.

Mañana irás en autobús a Ramallah, al campamento Birah, donde encontrarás a Charles Maan. Cuando él fije una fecha para que nos reunamos secretamente en el convento de las Hermanas de Sión, te dirigirás luego a Hebrón para hablar con el jeque Taji.

Me entregó luego el talismán negro para que me identificara. Repetí las instrucciones que debía dar al jeque para que encontrara el convento, y le aseguré a mi padre que no cometería error alguno.

Lo curioso es que lo que más recuerdo de ese día, no es el espectáculo de Jericó sino la mirada burlona en los ojos de Jamil.

CAPÍTULO IX

El convento de las Hermanas de Sión se levantaba sobre las ruinas de la antigua fortaleza romana Antonia, que tenía una relación muy dramática con la agonía de Jesús. En un sótano donde, según la tradición, Jesús había sido torturado y denigrado por los soldados de Roma, la hermana María Amelia cerró la puerta tras los tres hombres, que habían llegado al convento con unos minutos de diferencia.

Se saludaron algo nerviosos y se instalaron alrededor de una mesa de madera.

—No queda lugar a dudas, hermanos míos —declaró Ibrahim—. Abdullah ha fracasado.

—El viejo hachemita está herido pero no muerto —opinó Charles Maan, encendiendo su primer cigarrillo.

—Entonces perforémoslo aquí con un clavo —repuso el jeque de la barba canosa, señalando su frente.

—Estamos en el sitio indicado para hablar de clavar a alguien —comentó Maan.

—¿Qué creéis que debemos hacer? —preguntó Ibrahim.

—Asesinarlo, desde luego —respondió Taji.

—Yo no tendría nada que objetar —dijo Ibrahim—. Sin embargo, pienso que eso no nos ayudaría a conseguir nuestros objetivos. Por el contrario, sólo estimularía el apetito de todos los buitres desde Bagdad hasta Marruecos, que están esperando para abalanzarse sobre Palestina.

—Haj Ibrahim tiene razón —convino Maan—. Eliminando a Abdullah sólo obtendremos una represión más severa. Ya hemos bañado de sangre a la Legión y ellos están impacientes por atacarnos. Podríamos pintar entera la ciudad de Hebrón con nuestra sangre después de liquidar a Abdullah.

—A lo mejor el asesinato no es tan buena idea, después de todo —se retractó Taji —. Pero Abdullah ha recibido un golpe, su avance quedó definido. Ahora debemos dar algún paso. ¿Por qué no nos limitamos a declaramos nuestra independencia?

—¿La independencia? Eso podría ser —sostuvo Ibrahim.

Se volvieron hacia Charles Maan, que había chupado su cigarrillo hasta casi quemarse los dedos, y con un hábil movimiento utilizó la colilla para encender otro.

—Ya nos ofrecieron la independencia y la rechazamos.

—¿Cuándo nos la ofrecieron? —le desafió el jeque, agitando las manos.

—Las Naciones Unidas lo hicieron. Quizá debimos haber aceptado la propuesta, y echar a correr. Pero lo único que hicimos fue echar a correr. Tanto el muftí como Abdullah intentaron apoderarse de Palestina, uno con apoyo de los egipcios y el otro con el de los ingleses. Ambos fracasaron. A nosotros, ¿quién nos respalda? ¿Quiénes somos nosotros? Somos tres misérrimos refugiados sentados en un sótano con el

fantasma de Jesucristo. Hasta nuestros propios hermanos palestinos no refugiados se echarían encima. ¿Acaso supones también que los de la Legión Árabe caerán muertos de miedo porque declaremos nuestra independencia?

—Entonces tenemos que enzarzarnos en un conflicto que será eterno —afirmó Taji, impulsivamente.

—¿Un conflicto con quién? —le retrucó Maan, con cinismo—. No nos hemos constituido. ¿A quiénes representamos? ¿Quién nos dará su apoyo? Los norteamericanos respaldan a los judíos. El Reino Unido, a Abdullah. ¿Quién nos reconocerá? ¿Madagascar? ¿Albania? ¿La Mongolia Exterior?

El viejo beduino se iba poniendo impaciente con los ásperos comentarios de Charles Maan. Buscó, entonces, ayuda en Haj Ibrahim.

Ibrahim sopesó a sus aliados. Maan era un hombre lógico e instruido, del tipo de persona que haría falta imprescindiblemente por su habilidad para el manejo de la política árabe. El jeque Taji, en caso de poderle controlar, tenía en sus entrañas el fuego que era la sal del hombre.

—¿Quién sino nosotros tiene derecho para declarar la independencia? —preguntó Ibrahim.

—Usted entiende mi manera de pensar —se apresuró a decir el jeque.

—Por supuesto. Pero al mismo tiempo, nuestro eminente amigo Charles Maan también tiene razón.

—¿En qué?

—En que si declaramos la independencia, produciremos el impacto de un susurro en medio de un vendaval.

—Hermanos, hermanos —los apaciguó el maestro—, tenemos una historia muy lamentable en cuanto a nuestra habilidad para autogobernarnos. Desde la época de los antiguos hebreos, Palestina fue gobernada por todos menos por los palestinos. —Levantó una mano y fue tocando uno a uno sus dedos, a medida que contaba—. Primero fue Roma, después los cristianos bizantinos, después los árabes de Arabia, los cruzados, Saladino, los mamelucos de Egipto, los turcos, los británicos y nuevamente los judíos. Los judíos siempre tuvieron una capital aquí, ya fuese en la realidad o dentro de su alma. Todas nuestras decisiones han sido tomadas por otros, tal como la que nos convirtió en un pueblo que mendiga la compasión del mundo. La independencia es un sueño que jamás nos molestamos en soñar.

El jeque Ahmed Taji se mesaba la barba mientras Ibrahim se tocaba el bigote. Charles Maan se puso de pie para atender a alguien que golpeaba la puerta. Recibió una bandeja con café de manos de su hija, volvió a cerrar la puerta, y sirvió tres tazas.

—¿Por qué un nombre de su sabiduría huyó de Haifa? —le preguntó Ibrahim.

—¡Ustedes los musulmanes creen que tienen copado el mercado a los judíos! Yo era demasiado presumido para sentarme a negociar con un judío. Nuevamente les

pregunto: ¿quién va a reconocer nuestros derechos, nuestras reivindicaciones? En medio de esta catástrofe, solamente los judíos accederían a conversar con nosotros. ¿Por qué nos cuesta tanto pronunciar esa palabra terrible, *Israel*?

Bebieron café mientras enrarecían la atmósfera con humo de tabaco.

—He hablado demasiado. Me temo que lo he ofendido, Ahmed Taji —se disculpó Maan.

—No, no, no. Para nosotros es difícil comer esta fruta amarga y luego digerirla.

—La peor mentira fue ésa de que los judíos asesinarían a todos los que no huían. ¿Qué les sucedió a nuestros hermanos que permanecieron… en Israel? ¿Fueron arrojados al mar como nosotros juramos que haríamos con ellos? ¿Se los comieron vivos? ¿Se los sacrificó en el altar? ¿Quiénes fueron los tontos, los que escaparon o los que se quedaron?

—Yo huí porque esos egipcios hijos de puta me obligaron a dejar el terreno libre para su magnífico Ejército. ¿Y usted, Ibrahim?

—Mi hermano mayor gobierna mi aldea. Me tendieron una trampa para forzarme a partir, y no fueron precisamente los judíos. O sea que somos tres estúpidos, que así lo reconocen. Pero nos hallamos rodeados por otro medio millón que no lo admite.

El jeque Taji comenzó a respirar pesadamente. Cerró los ojos y habló con voz llena de emoción.

—Yo no quiero morir en ese campamento —musitó—. ¿Qué es lo que debemos hacer, Charles Maan?

—Hay que ir avanzando paso a paso. Primero debemos crear un alto comité para dejar sentado que los refugiados tienen voz propia.

—¡Ja! —exclamó el jeque—. ¿Y cómo hará para conseguir que un comité de árabes se ponga de acuerdo en algo?

—Deje que siga hablando Charles —terció Ibrahim.

—El alto comité somos nosotros tres —explicó Maan.

—Esto empieza a tener sentido.

—Y nosotros convocamos a una convención democrática de los refugiados de la Orilla Occidental —continuó Maan.

—Una convención democrática. Acabamos de asistir a una en Ammán —comentó irónicamente Ibrahim.

—Deje que Maan siga hablando —dijo esta vez el jeque.

—Bueno, continuad.

Charles Maan encendió un nuevo cigarrillo con movimientos lentos.

—¿Estamos los tres de acuerdo en que es preferible vivir dentro del Estado judío, y que podemos aceptar la humillación de residir allí sin que nos veamos arrastrados a esta locura de la venganza?

—Acepto que las cosas no puedan ser peores —dijo Ibrahim.

—Yo no quiero morir en ese campamento —repitió Taji.

—¿Alguno de ustedes dos tiene motivos para creer que los judíos se avendrán a negociar?

Ibrahim y el jeque se quedaron en silencio. Ibrahim sabía secretamente que los judíos estaban dispuestos a recibir de inmediato a cien mil refugiados. Se preguntó si Maan tendría la misma información, y con quién estaría Taji en contacto. Y cada uno también se preguntó por su compañero.

—¿Tiene usted algún dato en ese sentido? —le espetó Ibrahim a Maan.

—Sí. Tengo razones para suponer que haríamos un mejor trato con los judíos que con los egipcios o los sirios, por no hablar de Abdullah.

—¿Qué grato de veracidad posee esa información?

—Tengo contactos en Haifa entre mis propios parientes. Ellos han mantenido conversaciones con ciertos funcionarios judíos. La puerta está decididamente abierta.

—¿Le han dicho alguna cifra?

—No —respondió Maan con suficiente franqueza como para que el muktar quedara convencido. Al parecer, Maan no estaba enterado de los cien mil.

—¿Y usted, Ahmed Taji?

—Yo he recibido noticias de su propio tío, el gran jeque Walid Azziz, quien ahora surca libremente el desierto de Negev. Él me hizo saber que los judíos no pondrían objeciones para que yo y mi tribu regresáramos a nuestras tierras, siempre y cuando no causemos problemas.

—¿Qué sabe usted, Haj? —preguntó Maan.

—Coincidimos todos en la información. Mi idea es que accederán a negociar.

—Comprenderán que si aceptamos esta empresa tendremos que enfrentarnos con la indignación de los árabes. Seremos denunciados como traidores.

—Eso no es suficiente amenaza para obligarme y acabar mis días en ese maldito campamento.

—Para mí tampoco —agregó Ibrahim.

—Entonces lo que debemos hacer es esto: hay que realizar una convención de refugiados de la Orilla Occidental. Pero sólo de refugiados, no de los ricos que huyeron ni de los que se vendieron a Abdullah. Debemos adoptar una resolución para negociar el retorno con los judíos, y lo más importante, habremos de enviar una delegación a la Comisión Internacional de Arbitraje, en Zurich.

—Ahora es usted el que habla como un soñador —declaró Taji—. ¿Cómo conseguiremos que quinientos refugiados estén de acuerdo con esas resoluciones?

—Invitando solamente a las personas adecuadas. Yo puedo controlar quiénes integrarán las delegaciones de todos los campamentos al norte de Ramallah.

Taji acarició varias veces su barba blanca, entrecerró los ojos y con un ademán de tal vez sí, tal vez no, dijo:

—Si yo pudiera repartir dinero, no habría problema.

—Lo que debe hacer usted, jeque Taji, es prometer a cada delegado que él y su familia serán los primeros en regresar. Créame que correrán de vuelta más rápido aún de lo que huyeron.

—Es posible —admitió Taji, repasando mentalmente a cada uno de sus aliados.

—¿Haj?

—En Jericó hay campamentos extraños. Hemos reunido todos los despojos, las tribus desmembradas, los pueblos divididos. No existe la más mínima unidad. Lo mejor sería anunciar sin más una lista de delegados, y tratar de que no se forme una oposición.

—¿Cómo?

—Tenemos muchos jovencitos que andan en pandillas, atemorizando a todo el mundo. Podríamos utilizarlos adecuadamente.

—Me parece bien —dijo Maan—. Mantened la fecha en secreto para que no se enteren los jordanos. Haremos pública la convención con una anticipación de sólo uno o dos días. Lo principal es que se aprueben todas las resoluciones en un solo día, y que queden cumplidas antes de que los jordanos se enteren.

—Eso sería muy bueno —expresó Ibrahim.

—Convocaremos la conferencia en Hebrón —propuso Taji.

—Sería un error —lo contradijo Maan—. Su campamento está aislado en medio de la mayor fortaleza de Abdullah. ¿Para qué meterse en la cueva del león?

—Charles tiene razón. En Hebrón quedaríamos irremisiblemente atrapados. Por mi parte, pienso que Jericó está demasiado cerca del puente Allenby. La gente suya, en Ramallah, es el grupo de refugiados más organizado. ¿Qué les parece Ramallah?

—¡Apenas es Palestina! —protestó Taji.

—Hermanos —dijo Charles Maan con suavidad, dando a entender que ya había estudiado la cuestión—. Sugiero Belén.

—¿Belén?

—¿Belén?

—Belén.

El jeque se llevó la mano al corazón para denotar sinceridad.

—Belén es una ciudad santa para usted, Charles. Sin embargo, salvo el único día de pureza que observa al año, siempre ha tenido fama de albergar a las peores putas de Palestina.

—¡Qué cosa más terrible dice usted! —exclamó Ibrahim.

—Pero es verdad —reconoció Maan—. Las putas de Belén existen. Felizmente esto sólo se sabe en Palestina. Para el mundo exterior, al que debemos apelar, el nombre de Belén suena como algo sagrado. Les aseguro que logrará despertar la curiosidad de la Prensa extranjera.

Taji se tironeaba la barba mientras cavilaba. Miró a Ibrahim, y éste le hizo un gesto de aprobación.

—Aceptado. Dentro de un mes, en Belén. Regresemos, elijamos con gran cuidado a los delegados y hagamos la convención democrática.

Charles Maan extendió su mano manchada de nicotina para sellar el trato. El jeque la tomó, uniéndose luego Ibrahim. Los tres colocaron sus manos libres sobre las otras tres, y se estrecharon seis manos a un mismo ritmo. Y por primera vez en muchos meses, prorrumpieron en risas.

CAPÍTULO X

Haj Ibrahim y sus amigos conspiradores se dedicaron a la elección de los delegados. A ninguno se le asignó una cantidad específica de representantes. El objeto era escoger sólo a los que aceptaran por juramento votar por la «resolución del retorno» en la convención.

Mi padre llamó a Jamil y le dio la oportunidad de redimirse. Se encomendó a los Leopardos Vengadores verificar que no se formara una oposición cuando se anunciara la lista de delegados. Jamil estaba sediento de acción, y recibió la idea como una transfusión de sangre. De hecho, varias personas presentaron protestas verbales, y cada una recibió un «beso» de los Leopardos bajo la forma de una advertencia no demasiado sutil: un animal muerto, un perro, un gato, una rata, una víbora, clavados en su puerta.

Después de conseguir casi setecientos delegados, Charles Maan convocó a una conferencia de prensa en Jerusalén Oriental, donde las agencias árabes y occidentales tenían oficinas. Hizo un breve anuncio de que una Convención de Refugiados de la Orilla Occidental, con setecientos representantes democráticamente elegidos, se reuniría dos días más tarde en Belén. Declinó luego hacer público el nombre de los delegados.

Los jordanos fueron tomados por sorpresa. Seguían aún tambaleantes después de los disturbios con que habían sido recibidos sus desfiles. Eso, sumado al fracaso en obtener el reconocimiento mundial de la anexión, les había provocado una temporal timidez. Cuando la Prensa interrogó a los ministros jordanos en Ammán, a éstos no les quedó más alternativa que declarar que no ponían objeciones para una reunión de refugiados.

Pese a todas las precauciones que se tomaron, ciertos representantes de Abdullah lograron infiltrarse en las listas de delegados.

Mi padre encargó a los Leopardos y a los grupos similares de otros campamentos la tarea de actuar como vigilantes dentro del recinto. En el exterior cercarían la plaza Manger y se ocuparían de la seguridad. Flotaba en el aire un ominoso aroma cuando partimos rumbo a Belén.

Al acercarnos a la ciudad, pudimos ver soldados de la Legión Árabe a un lado de una carretera sinuosa que se adentraba por terrenos escarpados. Los delegados llegaban en todo tipo de desvencijados vehículos disponibles. Al llegar a la plaza, la vimos inundada de Leopardos Vengadores y otras bandas. Sin embargo, los techos estaban llenos de soldados de la Legión, claramente visibles.

Se había levantado un mísero campamento en el Campo de los Pastores. Los refugiados acudían con sus alfombras para orar y algún tipo de tienda, y llevaban su

propio pan y su bebida. Era, en verdad, una convención de menesterosos.

Al igual que Jericó, Belén había conocido mayores glorias. Todo se centraba alrededor de la iglesia de la Natividad y de la gruta del nacimiento de Jesús. La plaza estaba rodeada de tiendas que vendían a la gran cantidad de peregrinos: mostradores repletos de crucifijos tallados en madera de olivo, símbolos cristianos, encajes y bordados de Belén. En la plaza, un batallón de vendedores ambulantes y mendigos se mezclaba con peregrinos y Leopardos Vengadores, bajo la mirada vigilante de la Legión Árabe.

En el extremo más lejano de la plaza había un decrépito cine llamado «La Estrella del Este» que actuaría como sede de la convención. Mi padre pensaba que el cine sería seguro contra un posible ataque jordano, puesto que asistirían muchos periodistas extranjeros. Si bien el edificio era de piedra, su interior era sumamente inflamable, e Ibrahim estaba seguro de que a más de un funcionario jordano se le había cruzado la idea de quemarnos vivos. Al entrar, los delegados debían desenrollar sus alfombras para orar, y las bandas de seguridad los registraban para controlar que no portasen explosivos, bombas incendiarias, metralletas ni demás instrumentos letales.

El cine se llenó mientras los técnicos luchaban contra el defectuoso sistema de sonido. Cuando por fin lograron conectarlo, el estruendo resonó contra las paredes de piedra obligándome a taparme los oídos. Reinaba en el ambiente toda suerte de malos olores que de alguna manera eran propios de una reunión de refugiados. En el momento en que los jefes ocupaban sus sitios ante una larga mesa en el escenario, mi padre me llamó a parte.

—Busca un lugar del cine donde pases inadvertido. Puede haber problemas. Si algo ocurre, no trates de llegar hasta mí, sino que debes regresar a Aqbat Jabar a defender a las mujeres.

Encontré una angosta escalera de piedra detrás de una puerta. Subí a tientas y llegué a una pequeña habitación. Yo había ido varias veces al cine de Ramle, y a juzgar por el tamaño y la forma de esta habitación, me di cuenta de que se trataba de la sala de proyección. A través de los orificios podía contemplar la totalidad del recinto. También había una ventana que daba a la plaza. Desde allí vi a Jamil y su «tropa». Sabía que las nuevas semillas de odio arraigadas en los campamentos se hallaban ahora en Belén, representadas por esas pandillas. No era difícil imaginar cómo sería el futuro si mi padre no tenía éxito.

—Escuchen, hermanos —comenzó a hablar el jeque Ahmed Taji, impresionante con la túnica que había conseguido prestada—. Estamos aquí reunidos en democrática hermandad porque sabemos demasiado bien que el hombre solitario pertenece al lobo, y que una sola mano no puede aplaudir. La revancha es sagrada y el odio es noble. Sin embargo, nuestros anhelos deben quedar postergados por ciertas

realidades. No regresaremos a nuestras tierras sólo porque los judíos estén dispuestos a recibirnos. No, eso no nos engañará. No regresaremos porque ellos nos vayan a dar escuelas y hospitales. Jamás nos someteremos a sobornos tan obvios. Sólo retornaremos para poder trabajar silenciosamente hasta que llegue el momento de la venganza. Seduciremos al enemigo hasta que nuestra fuerza haya adquirido insuperables proporciones; entonces le clavaremos un hierro candente.

El jeque Taji estaba raro. No apelaba a la razón, y el valor de sus palabras sólo podía medirse por su cantidad.

—La paciencia seca los océanos y desgasta las montañas. Alá está con los pacientes. La paciencia es la llave de la salvación. Nosotros, las víctimas, debemos mitigar nuestra avidez hasta que estemos nuevamente arraigados en nuestro santo suelo. Sólo entonces emprenderemos las acciones apropiadas. Por eso, retornemos y vivamos en medio de los chacales hasta que estemos listos.

Su boca desgranaba palabras disparatadas, apelando solamente a los sentidos…

—Hemos sido víctimas de la mala suerte, y cuando ésta humilla al hombre, todos le pisan los pies, y los actos de los pecadores crecen como montañas. Nos revolcamos en la tierra. Tenemos el estómago vacío. En cada frugal comida se desata una gran pelea. Con cada bocado hay una preocupación. La pobreza os estropea el talante.

»Mostremos los dientes, hermanos, y todos nos temerán. Ellos nos están masticando pero no podrán tragarnos. Sabemos lo que siente cada uno porque somos como un único hermano, y nadie conoce mejor el tronco que su corteza. La suerte que se ha abatido sobre ustedes también ha caído sobre mí. Ninguno de nosotros está inmunizado contra la mala suerte. Si llega el momento en que debamos llorar, advertiremos que hay hermanos menos afortunados que han estado ciegos. Si llega el momento de salir corriendo, habrá otros que no tendrán piernas.

»Nosotros, que hemos probado la dulzura de la vida, debemos también saborear su amargura. Pero siempre después de un dolor viene la alegría, como vuela el pájaro detrás del viento. La tristeza está separada del júbilo sólo por el tiempo. Y ha llegado el momento de dar vuelta a la hoja. Pero recuerden, hermanos míos, que si no hubiésemos probado la amargura, ¿cómo podríamos apreciar la dulzura?

Se volvía cada vez más difícil seguir la ilación de las palabras del jeque, sin ideas que las sustentaran, mientras se elevaban o deprimían las emociones. Sin embargo, su discurso fue aclamado con entusiasmo.

Subió luego Charles Maan al escenario, presentando un contraste total con el orador anterior. Llevaba un arrugado traje occidental sobre su cuerpo menudo. Levantó un informe de muchas páginas, lo abrió con dedos amarillentos y leyó en un tono impersonal pero cortante, como si tuviese una navaja por lengua. Se trataba de un desapasionado análisis de los motivos por los que nos habíamos transformado en refugiados. Fue un momento de gran verdad para los concurrentes puesto que jamás

se habían pronunciado palabras semejantes ante un auditorio árabe. Charles Maan poseía además la talla de ser un maestro cristiano, y la serenidad con que habló dejó pegados en sus asientos a los más inquietos, que mantuvieron un reverente silencio.

—Los jefes del mundo árabe son los mayores responsables de nuestro problema —dijo—. Ellos, los acaudalados palestinos que huyeron antes de que se disparara un solo tiro, y el muftí que intentó gobernarnos por medio del terror, son la perversa trinidad. Nos dijeron: «Hermanos, estamos trabajando por vuestro bien y la victoria se halla cerca». Ésa fue la primera de muchas mentiras que minaron nuestra existencia.

Murmullos de asentimiento se elevaron hasta la sala de proyección. Creo que hasta el último de los presentes estaba impresionado por el coraje de Charles Maan.

—La masacre de Deir Yassin fue deliberadamente agrandada en forma desproporcionada, lo mismo que los falsos informes sobre las atrocidades de los judíos. ¿Qué hombre aquí presente me confesaría en secreto que su mujer fue realmente violada o que su hijo fue ahogado en un pozo? Fueron mentiras que salieron de falsas lenguas y llegaron a oídos falsos.

»…Todo el mundo se negó rotundamente a dar un paso adelante y conversar sobre la paz con los judíos, esa paz que ahora disfrutan ciento cincuenta mil hermanos nuestros que permanecieron en Israel. El hecho de su existencia, ¿no anula la pérfida propaganda de los jefes árabes, que aseguraron que todos los que se quedaran serían asesinados por el enemigo?

Temblorosos de miedo, algunos hombres comenzaron a levantarse.

—¡Charles Maan dice la verdad!

—¡Nos han engañado!

—¡Mueran los embusteros de Damasco!

El maestro alzó las manos pidiendo silencio.

—Nos hicieron entrar en una guerra para la que no estábamos preparados, y que no necesitábamos. Así se arruinó la agricultura, se creó el desempleo, surgió el mercado negro, y el hambre nos obligó a partir. Una vez que nuestros nobles Ejércitos llegaron a la frontera de Israel y atacaron sus poblados con el solo fin del saqueo, los judíos ya no tenían obligación de proteger a la población árabe hostil. ¿Hay alguno que dude que si nosotros hubiéramos ganado la guerra hubiéramos dejado algún judío vivo?

El murmullo del público se volvió estruendoso.

—¿Qué nos han hecho los judíos comparado con lo que nos hicieron los árabes? Los campesinos de Siria no cuentan con sistema sanitario ni ropa, y el único alimento que reciben proviene de la caridad internacional. Ningún palestino puede viajar en Siria más allá de su propio campamento. Cientos de hermanos nuestros han sido arrojados a las cárceles sin sentencia alguna, y sin juicio. Sus intentos de organizarse

han sido brutalmente reprimidos.

»Los libaneses dieron asilo a nuestros ciudadanos más ricos, que compraron su respetabilidad con dólares y libras esterlinas. Pero sus campamentos no son mejores que los lúgubres criaderos de ratas donde vivimos nosotros. ¿Sabéis dónde se puede conseguir provisiones iraquíes? Se las venden abiertamente en las calles de Beirut. Los libaneses son muy generosos. A nuestra gente le permiten trabajar. Encontrarán ustedes a nuestros niños barriendo las calles, lavando baños, vendiendo por las casas, lavando copas en los cafés. Pero no los encontrarán en escuelas, porque está prohibido educar al niño palestino. Los generosos libaneses permiten a nuestra gente abandonar los campamentos y alquilar casas a tarifas que son el doble de lo que se cobra a sus propios ciudadanos. El agua es imposible de beber en muchos campamentos del Líbano, y su venta despoja a nuestros hermanos hasta de su último céntimo. Escuchad, hermanos. El Comité de Refugiados Libaneses ha emitido esta declaración —dijo, sosteniéndola en alto—. ¡Echen la culpa al muftí de Jerusalén y a los jefes de los países árabes por su situación! ¡No a los judíos sino a los árabes! Léanlo, hermanos. Léanlo y lloren. ¿Tengo que hablar de Jordania? ¿Acaso no conocemos la amargura de esa historia?

—¡Muera Abdullah!

—¡Muera la Legión Árabe!

—Tengan cuidado, mucho cuidado. Abdullah posee oídos entre nosotros. Orejas que deberían ser arrancadas y guardadas en frascos. —Dio vuelta a la página de su informe y habló con acento imperioso—. Ahora me dirijo a nuestros hermanos palestinos de la Orilla Occidental. Ellos, más que nadie, nos han obligado a ingresar en estos campos. Todas las casas disponibles para alquilar han subido más de un 500 por ciento. No podemos siquiera enterrar a nuestros muertos sin abonar un impuesto. A pesar de que la organización de la Media Luna financia estos campos. Debemos pagar impuestos municipales a ciudades adyacentes. No hay empleos ni educación, y el mal que no nos hace nuestra gente nos lo hacen los jordanos.

—¡Qué mueran nuestros hermanos!

—No he concluido porque aún debemos hablar de lo peor. Nosotros vivimos en el paraíso si nos comparamos con los campamentos de la franja de Gaza bajo el control de los todopoderosos egipcios. ¿Saben lo que significa para un refugiado conseguir un permiso de viaje de Gaza a Egipto? Primero hay que sobornar a media docena de oficiales para obtener documentos. Después, en la frontera, es menester pagar exorbitantes derechos aduaneros o dejar todas las pertenencias a los egipcios. Nuestros jóvenes han sido arrancados de los campamentos en medio de la noche y obligados a alistarse en el Ejército egipcio, entrenados en abominables condiciones, arrojados al campo de batalla sin la menor preparación. No podemos siquiera imaginar la cantidad de nuestra gente que ha sido enviada a prisión o que murió en

las cámaras de tortura. Todos los días se producen más de cien defunciones producto de la tuberculosis, la disentería, la fiebre tifoidea y el cólera. Cuando tratamos de organizamos en Gaza, ¿qué ocurrió? El muftí de Jerusalén, siguiendo órdenes de los egipcios, envió a sus asesinos. ¡Cuándo un hombre es encarcelado, su esposa, sus hijas, sus hermanas y su madre pueden esperar una visita de los soldados egipcios, que las violarán!

—¡Charles Maan miente!

—¡Muera Charles Maan!

Los asientos, ya por si destartalados, comenzaron a ser arrancados y arrojados en dirección al escenario.

—¡Ajá! ¡Aquí vienen los perros de Abdullah, en su debido momento!

Los Leopardos Vengadores se aproximaron con bastones caseros escondidos entre su ropaje, pero ya se había armado un infierno y se producía un movimiento masivo en dirección a las salidas.

En ese momento mi padre, el inmortal Haj Ibrahim al Soukori al Wahhabi, sacó a rastras a Charles Maan del escenario, subió, extrajo una enorme pistola e hizo disparos junto al micrófono. El sonido fue como el de una docena de cañones, y la reverberación contra las paredes de piedra nos destrozó los oídos. Todo el mundo se tiró al suelo, buscando refugio.

—Tengan la bondad de retirar a los traidores y proseguiremos —dijo con voz serena. Sus órdenes no fueron acatadas hasta que hizo varios disparos más—. Por favor, hermanos, no hemos terminado con nuestro trabajo. Ésta es una convención democrática. Regresen a sus asientos.

El último disparo de pistola envió a todos de vuelta a sus lugares, y se reinstauró el orden.

—¡Hemos pecado! —gritó mi padre—. Después de catorce siglos de odio, finalmente hemos decidido, con arrogante premeditación y alevosía, continuar una guerra que creíamos no poder perder. ¡No defendimos nuestras tierras!

»…Ninguno de nosotros se ha quedado precisamente deslumbrado por el brillo de la hospitalidad brindada por los jefes árabes, y eso rige doblemente para nuestros hermanos palestinos de la Orilla Occidental.

»*Kaif* —dijo mi padre, adoptando un tono suave—. Es una palabra de profundo significado para nosotros. Significa no hacer nada, no decir ni pensar nada. Nos engañamos pensando que *kaif* es la forma perfecta de la paciencia, pero en verdad es la filosofía de la premeditada holgazanería, de estar medio despierto sin abandonar el mundo de la fantasía personal. Entramos en *kaif,* un estado de semiinsconsciencia, para aliviar la realidad de nuestros padecimientos. Somos hombres atrapados dentro de nuestras propias mentes. Aquí les presentamos las llaves para salir. Fracasamos en la otra prueba que debimos afrontar durante la guerra… pero ¿nos atreveremos a

fallar otra vez? Se nos ha dicho que no es necesario educar a nuestros hijos, porque la vida les enseñará. ¿Ven ustedes lo que la vida les está enseñando?

Haj Ibrahim había logrado un silencio total, y supo utilizarlo. Yo nunca lo había oído hablar así. Su discurso debe de haber sido producto de cientos de horas de meditación, y el público contemplaba el escenario como si estuviera delante de un profeta.

—En nuestro mundo de fantasía, nos gusta pensar que estamos tan elevados que mil escaleras no podrían llegar hasta nuestras cabezas. Nos consideramos nobles hombres que preferirían morir de inanición antes que pedir ayuda… Que nuestra mano izquierda no necesita de la derecha… Que es mejor morir con honor que vivir humillados. Nos gustaría pensar que la cabeza que no posee orgullo no merece ser cortada. Si creemos estas cosas ¿por qué aceptamos la vida como perros en estos miserables campamentos?

»Ya se nos pasó el momento de *kaif*, hermanos míos. Debemos vadear un río tumultuoso. Ya no podemos confiar nuestro destino a ladrones que nos han abandonado y robado. Ya no podemos dormir arrullados por la falsa música de la venganza. Debemos tener el coraje de reconocer un terrible error. Solamente así podremos transitar el sendero de regreso a nuestros hogares. De lo contrario, nos alimentaremos de décadas de falsas promesas y nuestras barbas encanecerán, y nuestros estómagos se volverán tan rancios que ni siquiera los buitres desearán carcomer nuestros huesos…

»En cuanto a los judíos éstos no huyeron en 1948 ni lo harán tampoco en el futuro. El dulce sueño de una nueva invasión árabe es una broma cruel, porque será imposible arrojar a un pueblo desesperado al mar sin destruirnos nosotros en el proceso. El precio de la victoria armada sobre los judíos sólo se pagará con palabras, no con sangre. Debemos enfrentarnos a los judíos con un deseo genuino de paz, y el mundo estará de nuestra parte. Ya no podemos darnos el lujo de que nuestra mayor felicidad en la vida sea matar a un judío. Debemos parecer razonables. Tenemos que obtener la confianza, y creo que podremos llegar a un acuerdo con los judíos. La verdadera batalla que debemos ganar es entrar en un diálogo sincero con ellos y lo único que debemos conquistar son las mentes del Oeste.

Hubo apenas un mínimo aplauso al finalizar el discurso de mi padre. A medida que se iba asentando la severidad de sus palabras, comprendí que estaba remando en contra de la corriente de siglos, de odio enraizado. Me inundó el temor de que alguien con una mente febril pudiese quitarle la vida. Y luego mi miedo dio paso a un enorme orgullo. Oh, Haj Ibrahim, tan magnífico, tan valeroso. ¿Qué otro hombre, del desierto al mar, podría plantarse ante sus hermanos y pronunciar semejantes palabras?

—Tenemos que votar la resolución de esta convención —anunció Charles Maan —. Procederé a leerla. «Han asistido a esta convención delegados que representan

verdaderamente a los refugiados de la Orilla Occidental, las principales víctimas de la guerra. Queremos expresar por este medio nuestra convicción de que deberíamos tener participación en la decisión de nuestro destino. Exigimos, por lo tanto, negociar el regreso a nuestros hogares y que se descongelen nuestros bienes, sea quien fuere el que gobierne políticamente Palestina. Manifestamos nuestra voluntad de entablar relaciones con los representantes del estado de Israel con el propósito de finalizar nuestras aspiraciones de la Comisión Internacional de Arbitraje, que se reunirá en Zurich este verano. Esta delegación estará compuesta por Haj Ibrahim al Soukori al Wahhabi, el señor Charles Maan y el jeque Ahmed Taji».

El voto fue como un anticlímax. Lo importante era que los líderes habían mantenido la cohesión de la asamblea, habían pronunciado duras palabras, esclarecido mentes, y terminado con una resolución favorable, todo en un solo día. Los delegados desfilaron hacia la mesa del escenario y recogieron sus papeletas, blanca para votar a favor, y negra en contra.

A medida que votaban, los delegados iban también colocando una contribución en una caja para sufragar los gastos de la convención y para enviar la delegación a Zurich. Yo aguardé en la sala de proyección que se contara el dinero, mientras los delegados se retiraban de la sala. No se cubrieron los gastos, y mucho menos se obtuvo dinero para el viaje.

—¿Alguien sabe cuánto costará la reunión de Zurich? —oí por el micrófono, que no había sido apagado.

—Depende de cuánto dure. De cualquier manera, muchos miles de dólares —dijo mi padre.

—A mí me pagarán el pasaje y el alojamiento unas organizaciones católicas de beneficencia —dijo Charles Maan—. Pero no puedo ir solo.

—Realmente estamos listos —se lamentó el jeque Taji—. Estamos endeudados hasta la coronilla.

—De alguna forma Alá proveerá —sentenció mi padre.

—Yo creo que quizás Alá no nos oiga —repuso Taji.

—Tal vez yo pueda ayudar a Alá para que nos ayude —afirmó mi padre—. Sé de la existencia de unos fondos secretos, de modo que no desesperar.

Estaba a punto de marcharme de la sala de proyección cuando el aire se llenó bruscamente con el sonido de silbatos, gritos de órdenes militares y pasos de botas que corrían sobre la plaza de piedra. Corrí hacia la ventana. La Legión Árabe se abalanzó por los cuatro costados, atrapando gente, golpeando, arrastrando a Leopardos y miembros de otras bandas que convenientemente se habían identificado con brazaletes. Vi que a mi hermano Jamil lo empujaban cuatro soldados jordanos y lo metían en uno de los doce camiones del Ejército estacionados frente a la iglesia de la Natividad. Mi padre, el jeque Taji y Charles Maan salieron presurosos del cine.

Unos seis soldados de la Legión les apuntaron con sus armas y se los llevaron.

CAPÍTULO XI

La operación se desarrolló sin incidentes. En la redada de la plaza Manger el coronel Farid Zyyad detuvo a cincuenta y dos Leopardos Vengadores y otras bandas similares de otros diez campamentos. Se había logrado cortar de raíz los planes de los refugiados de causar problemas en Zurich. Un soldado entró en la oficina y anunció que Haj Ibrahim había llegado al cuartel de Policía.

Farid Zyyad se abotonó una túnica repleta de condecoraciones y adornos característicos de los coroneles de la Legión. Se miró en el espejo pasándose la lengua por los dientes blancos, y se sentó detrás de su escritorio.

—Que pase.

Cuando entró Haj Ibrahim, Zyyad realizó el inusual gesto de ponerse de pie, ofrecer una silla a su adversario y pedir café. Ibrahim se dio cuenta de inmediato de que la entrevista estaría preñada de falsas promesas y amenazas.

—¿Dónde están el jeque Taji y Charles Maan? —preguntó el muktar en tono imperioso.

—Han sido puestos en libertad, después de pedírseles debidamente disculpas.

—¿Y mi hijo Jamil?

—Está a buen recaudo por el momento, junto con los demás muchachos. —Farid Zyyad echó un vistazo a un papel que había sobre su escritorio—. Son cincuenta y dos.

—Eso es una provocación deliberada. ¿Pretende usted promover un levantamiento en los campos de refugiados?

—Dudo mucho de que se produzca, y dudo también de que usted lo incite estando estos jóvenes bajo arresto.

—Sabe usted que la Prensa extranjera no será muy amable con Su Majestad por este incidente.

—Si bien aplaudo la forma inteligente en que ustedes tres han manejado esta reunión y la Prensa, dos pueden jugar el mismo juego. Hemos confeccionado un informe explicando lo sucedido. —Entregó a Ibrahim un papel.

—Yo no sé inglés.

—Entonces se la leeré. «La redada de hoy es la culminación de varios meses dedicados a la investigación de la situación que ha perturbado al rey Abdullah y a las autoridades jordanas. Bandas de jóvenes han aterrorizado los campamentos de refugiados, alentados por elementos delincuentes de mayor edad. A estos jóvenes se los acusa de participar en el mercado negro, de latrocinio en gran escala, chantaje, extorsión, etcétera, etcétera, etcétera».

—¿Está la Prensa extranjera al tanto de que esos cargos podrían presentarse

contra casi todos los oficiales jordanos de la Orilla Occidental, y de que su espléndida Legión Árabe ha colaborado y fomentado dichas actividades?

Zyyad regresó a su escritorio y levantó una mano.

—De eso quería hablar con usted, Haj Ibrahim. Recuerdo la primera vez que nos reunimos en Nablus, en casa del difunto Clovis Bakshir, que Alá lo tenga en su gloria. Me pareció usted una persona sumamente inteligente. Me ha dado un tirón de oreja en tres oportunidades, y sin embargo no le guardo rencor. No obstante, se ha preocupado por dejar su posición perfectamente en claro. Eso ya no es tolerable.

—Entonces tienen a los muchachos de rehenes para acallar nuestras voces y coartar nuestras aspiraciones.

—Ha elegido palabras muy extremas. Sí, permanecerán en custodia. Seguiremos interrogándolos sobre sus actividades. A su debido tiempo habrá un juicio, o tal vez no —dijo Zyyad, encogiéndose de hombros con aire inocente.

—Según el resultado de Zurich. ¿No?

—Así es la vida. Incluso ahora, a las pocas horas, algunos ya están suministrando información voluntariamente…, con la razonable condición de que nos pasarán datos sobre los demás si retiramos los cargos contra ellos.

La maniobra de Zyyad era evidente. ¿Qué hacer? ¿Gritar y patalear? ¿Dejar sentado que habría incontrolables revueltas? ¿O calmarse y escuchar? Zyyad quería algo. Tendría que averiguar qué era.

—Tiene usted mi total atención.

—Bien —respondió Zyyad con un atisbo de sonrisa. Abrió un paquete de cigarrillos, le ofreció uno a Ibrahim y encendió ambos—. ¿Recuerda la conversación que tuvimos en Nablus?

—En todos sus detalles.

—Entonces tendrá presente que en esa ocasión le dije que Su Majestad Abdullah no es un típico fanático islámico en el tema de los judíos. Entró en la guerra en gran medida contra su voluntad, por el bien de la unidad árabe. Todas sus últimas declaraciones contra los judíos son fundamentalmente para consumo público y para que el mundo sepa que los jefes árabes están firmemente unidos. ¿Está de acuerdo conmigo en este punto?

—Digamos que por el momento acepto su afirmación.

—Bien. De modo que cada uno de nosotros puede entender la situación del otro. No nos causa gran placer que deban permanecer ustedes en los campamentos. Hemos hecho más que ningún otro país árabe. Ofrecimos la ciudadanía inmediata, libertad de movimiento, empleos y puestos oficiales.

—Y represión.

—Sí, represión, por supuesto. No podemos fomentar la anarquía de que se desboquen más de medio millón de personas.

—Tenemos derechos.

—Por supuesto que sí. Los que el rey les conceda.

—A ustedes no los hace muy felices que no nos hayamos postrado de rodillas y venerado a Abdullah como nuestro salvador.

—Francamente, a estas alturas no nos importa, como tampoco nos importan sus derechos. Obtuvimos lo que queríamos de los palestinos. Los demás se adherirán cuando se enfrenten con la realidad. Permítame hablarle con la misma sinceridad que le caracteriza a usted. En nuestro análisis hemos llegado a la conclusión de que los palestinos no llevan el fuego de la rebelión en sus entrañas. Usted y sus hermanos son tremendamente fáciles de controlar, y jamás tuvieron el más mínimo peso como combatientes. No creemos que más de trece siglos de historia vayan a cambiar.

Ibrahim dominó su indignación.

—Jamás habíamos estado encerrados como ahora. Lo que está sucediendo con estos chicos, los Leopardos y los Tiburones, es sólo una advertencia de que la próxima generación de palestinos quizá sea de diferente clase. Después de todo, coronel, en una época todos creímos que los judíos eran pasivos y fáciles de dominar. Las generaciones cambian. Creo que le conviene aprender esta lección.

—No permitiremos que estos muchachos actúen alocadamente. Los vestiremos con bellos uniformes y canalizaremos sus energías en el odio a los judíos, convirtiéndolos en disciplinados guerrilleros que lucharán contra ellos. Esto será una prueba más para nuestros hermanos árabes de que estamos con ellos en la lucha, ¿no? En cuanto a la amplia mayoría de palestinos, tengo la convicción de que están dispuestos a permanecer eternamente y pudrirse en los campamentos. No poseen espíritu y menos dignidad. Son llorones y mendigos.

Ibrahim se levantó y se apoyó sobre el escritorio, estuvo a punto de reaccionar pero no le salieron las palabras. Lentamente volvió a tomar asiento. Era horrible escuchar esas verdades. Por eso nunca se hablaba de ellas.

—Bien —dijo Zyyad—. Reconocemos entonces una característica crónica.

—Lo escucho.

—¿Por qué tenemos que seguir siendo enemigos? Si reducimos nuestros objetivos, verá que hay modos de resolver nuestras diferencias. No, no trato de sobornarlo. Usted es un hombre de principios. Tengo, por el contrario, una oferta razonable.

—Y yo tengo oídos razonables.

—Alá está bendiciendo esta reunión. —Zyyad abrió el cajón de abajo del escritorio, sacó la omnipresente botella de whisky y convidó a un trago a Ibrahim.

—No, gracias. El whisky me quemará las entrañas. —Lo rechazó automáticamente, luego lo reconsideró—. Quizás un poco, muy poquito.

—El punto en cuestión es que nada habrá de impedir la campaña del rey Abdullah

en pro de una Gran Siria, nada. Ni las palabras reprobatorias de los jefes árabes, ni los refugiados, ni los judíos. Es un destino divino. Ambos tenemos un uso para los judíos, de modo que usémoslo.

—Si el rey pretende cumplir su destino —dijo Ibrahim, tratando de no dar a sus palabras un acento burlón—, ¿cree que logrará destruir el Estado judío?

—Incorporarlo.

—¿Incorporarlo?

—Sí, como una provincia de la Gran Siria.

—¿Están los judíos enterados de esto?

—Lo sabrán a su debido tiempo. Démosles una década de aislamiento y comprenderán que como provincia leal a Abdullah, su futuro estará asegurado.

—En nombre del Profeta, jamás aceptarán semejante cosa. ¿Árabes y judíos aliados?

—No aliados sino súbditos. Pero ¿qué es lo que le parece tan descabellado? En las épocas de la Antigüedad, en Jordania éramos gibeonitas, y Gibeón era una provincia de Israel. La propia corte del rey David tenía moabitas, heteos y una guardia de castillo de filisteos. ¡Salomón tenía celtas y renanos!

La voz de Farid Zyyad había subido imprevistamente de tono, hasta convertirse en un chillido, y sus ojos habían adquirido una expresión alocada. Haj Ibrahim lo contemplaba incrédulo. Luego todo le resultó terriblemente claro. ¡El coronel Zyyad, que había sido un beduino bajo el dominio británico, se consideraba ahora un general al mando de la provincia judía! En ese instante Ibrahim reconoció toda la demencia de la política árabe saliendo de la boca de un solo hombre.

—Debo presumir —continuó Zyyad— que desde que abandonó usted su gruta se puso en contacto con Gideon Asch. Antes de que lo niegue, permítame observar que no habría hablado usted como lo hizo hoy en Belén si no tuviese algo en la manga, algún tipo de alianza.

—No lo confirmo ni lo desmiento.

—Me parece bien.

—Siga, por favor. Estoy fascinado —declaró Ibrahim.

—¿Qué es lo que pretenden ustedes, los refugiados? ¿Regresar a sus hogares? Entonces, hagan un trato con los judíos en Zurich. Llévense con ustedes a cincuenta, cien, doscientos mil. Nosotros no queremos la carga que significan estos campamentos. Los judíos los van a alojar, los alimentarán y educarán. Ése es su punto débil, y cuando llegue el momento de la Gran Siria, tendremos en su sitio a muchos miles de hermanos nuestros más para forzar una toma pacífica de Israel. No obstante, cualquiera que sea el arreglo que obtengan, háganlo disimuladamente. El mundo no debe enterarse. Desarmen sus campamentos y regresen en silencio.

»En público, Jordania deberá continuar denunciando todo —prosiguió Zyyad—.

Denunciaremos a la delegación suya de Zurich porque debemos mantener la apariencia de la unidad árabe.

—¿Qué quiere a cambio? —preguntó Ibrahim.

—Suspenda sus actividades contra el rey Abdullah, no permita que Charles Maan acuda abiertamente a la Prensa extranjera y, sobre todo, que su convenio con los judíos sea secreto. Creo que es razonable, ¿no?

—Tengo que pensarlo, discutirlo con mis amigos. ¿Qué pasará con los muchachos arrestados?

—¿Seguimos aún embriagados por el perfume de la sinceridad?

—Hable con franqueza.

—Si usted hace el menor ruido en Zurich, algunos de estos chicos no vivirán lo suficiente como para que les crezca el bigote.

—Deseo ver a mi hijo —dijo Ibrahim en un susurro.

—Por supuesto. Utilice esta oficina. Lo haré traer.

Cuando Farid Zyyad se retiró, ya se había formado una opinión: Haj Ibrahim probablemente estaría dispuesto a perder a su hijo Jamil. Era por otro de sus hijos, el pequeño Ismael, por quien movería montañas con tal de salvarlo. Apenas Ibrahim partiera rumbo a Zurich, habría que apresar a Ismael…, también como medida de seguridad.

Jamil daba la impresión de haber hallado una mayor gloria al ser arrestado y en ser reconocido como líder.

—Viajaré a Zurich dentro de poco, Jamil —le anunció el padre—. Los jordanos seguirán teniéndote de rehén. Ten presente que ellos no tienen unas leyes británicas como teníamos en Palestina. La ley es la voluntad del rey, y pueden acusarte de lo que quieran. No tendrás ni la más mínima posibilidad ante un tribunal militar jordano. Te pido que hagas callar a tus amigos. Los jordanos son crueles. ¿Entiendes?

Los ojos de Jamil parecían extraños.

—No te preocupes por mí, padre. Haz lo que debas hacer en Zurich, y no pienses en lo que pueda sucederme.

—Tengo la impresión de que disfrutas de todo esto.

—¿Qué lo disfruto? No sé. Creo que no hay diferencia entre que yo viva o muera.

—Vamos, nadie quiere morir.

—Mis amigos y yo tendremos que morir tarde o temprano por el esfuerzo que vosotros nos habéis impuesto. ¿Qué otra cosa podemos hacer aparte de morir? No podemos ir a sitio alguno, nada podemos hacer. Se nos dice que sólo debemos pensar en la venganza y en el retorno.

—Estoy tratando de conseguir una vida mejor para ti.

Jamil lanzó una risotada de loco, echando la cabeza hacia atrás.

—A ti no te interesa si muero, padre. Incluso te convendría que me transformase

en un mártir.

—¡Cállate!

—Pégame de nuevo, si quieres.

—Jamil, eres mi hijo y estoy intentando sacarte de aquí.

—¿Para qué? No te molestes. No soy tu hijo. Tú tienes un solo hijo: Ismael. ¿No es verdad, padre?

Ibrahim le dio un sopapo. Jamil se puso en pie.

—Una vez te golpeé, padre y todavía recuerdo el placer que sentí. ¡Carcelero! ¡Carcelero! ¡Lléveme de vuelta a mi celda!

Unos días después de regresar a Aqbat Jabar, mi padre me llevó a Jericó, a la oficina del profesor Nuri Mudhill.

—Recibí ocho mil dólares por sus tesoros —dijo el arqueólogo—. Aquí tiene los pasajes de avión para usted y el jeque Taji. Nos pareció más conveniente que no volviesen a ir a Ammán, de modo que abordarán un avión pequeño en Jerusalén Oriental hasta Chipre, y desde allí seguirán viaje a Zurich. Como he tenido que despachar muchas antigüedades desde Jerusalén, conozco bien a la gente del aeropuerto. Los pasajes y una atención especial a ciertos funcionarios me costaron más de dos mil ochocientos dólares. Aquí están los documentos para viajar, con los visados.

—Pero esto no son pasaportes —dijo mi padre.

Mudhill hizo un gesto negativo con la cabeza.

—No existe Palestina como nación. Sólo Jordania, pero Jordania no les dará pasaportes. Deben viajar con esto.

Mi padre echó un vistazo a uno de los documentos y me lo entregó.

—¿Qué dice?

—Que eres una persona sin país, y esto es un visado para entrar en Suiza, válido por treinta días —respondí.

—Lamentablemente tuve que abonar mil dólares por cada uno de estos papeles —prosiguió Mudhill—. El soborno habitual. Podríamos haber obtenido pasaportes israelíes sin costo alguno, pero ustedes no habrían recibido credenciales de acreditación en Zurich. Los árabes no habrían reconocido a la delegación.

—¿Cuánto queda, entonces? —me preguntó mi padre.

—Tres mil doscientos dólares.

—A eso hay que restarle otros quinientos. Es ilegal portar dinero en efectivo. Tuve que transferir el dinero por medio de organismos de caridad de la Iglesia. Fue necesario pagar quinientos dólares a uno de los sacerdotes del arzobispado. De modo que, después de comprar ropa nueva para usted y el jeque Taji, a cada uno le quedarán aproximadamente mil dólares para comida y alojamiento.

—Pero esto me obliga a dejar a mi familia sin un céntimo, salvo por el sueldo de

Sabri. Si tienen que depender de las raciones que les dan, pueden morir de inanición. ¿Y si me quedo sin dinero en Suiza?

Nuri Mudhill abrió el cajón de su escritorio y sacó un fajo de billetes jordanos.

—Yo le hago un préstamo personal para solventar los gastos de su familia. No tiene que preocuparse por devolvérmelos. En cuanto a su estancia en Zurich, Gideon Asch lo ayudará a mantenerse si se queda sin fondos.

—Mendigos, eso es lo que somos —comentó mi padre, recibiendo el dinero y los pasajes.

—Lo lamento muchísimo, Haj. Hice todo lo que pude.

—No, no, amigo mío. Usted ya ha hecho demasiado. —Mi padre se volvió luego hacia mí, con expresión extraña—. Ismael, espera en el taller del doctor, quiero hablar unas palabras a solas con él.

Conversaron un rato. No sé cuánto tiempo porque siempre que entraba en el taller del profesor Mudhill me sentía transportado a los cielos. Sobre su mesa de trabajo había un complejo dibujo de un mosaico bizantino que en una época había pertenecido al pavimento de una iglesia. Lo estudié. Por último se abrió la puerta, me indicaron que regresara y me hicieron sentar.

—Partirás ahora mismo con el doctor Mudhill —me anunció mi padre, conciso.

—No comprendo.

—Mientras yo esté de viaje, no conviene que te encuentres en Aqbat Jabar.

—Pero ¿por qué, padre?

—¡Porque tu vida corre peligro! —gritó.

—¡Sería una cobardía irme!

—No sería cobardía sino sensatez.

—¿Quién defenderá a las mujeres?

—Sabri, Omar y Kamal. Estarán protegidas.

—Sabri tiene que trabajar y Kamal no sirve para nada. Omar no puede encargarse él solo de la tarea.

—Tendrá que hacerlo.

—¿Y adónde iré yo?

—Cruzarás el río Jordán. —Fue el profesor el que me respondió—. Te internarás en el desierto hasta la frontera con Irak, y permanecerás allí con mis muy buenos amigos, los beduinos Sirhan. Y podrás llevarte muchos de mis libros.

Me eché a llorar, pero luego sentí algo maravilloso. Mi padre se paró a mi lado y apoyó sus manos sobre mis hombros con gran ternura.

—¿Y Jamil? —musité finalmente.

—No me voy a dejar chantajear por esos perros de Ammán. La suerte de Jamil está en manos de Alá. Alá me ordenó que tomara la terrible decisión de cuál de mis hijos debería sobrevivir. Y esa decisión ya la he tomado, Ismael.

CAPÍTULO XII

Fawzi Effendi Kabir se recostó en un alto y antiguo canapé, en la restaurada casa flotante del suntuoso sector Zollikon, de Zurich. Cuatro escalones separaban su «trono imperial» de las esteras de la habitación circular, recubierta totalmente por espejos para las orgías.

El emperador tenía al alcance de su mano varios paneles de control. Así podía conectar cualquier tipo de música, desde las atonalidades de Hindemith y Bartók, el agudo Stravinsky, el excelso Beethoven, hasta el machacante golpeteo del *Bolero*, los sonidos del *walhalla* de Wagner, jazz *hot* o *cool*, las sentimentales canciones de amor francesas o los familiares y deliciosamente discordantes lamentos orientales.

El enorme panel de control que había a su lado activaba una infinita selección de efectos luminosos, unas doscientas mil combinaciones, desde enloquecedores puntitos octogonales giratorios hasta repentinos fogonazos.

Otros botones accionaban una plétora de efectos especiales sobre los ocupantes de las esteras: rocíos tropicales perfumados, aceites, serpientes vivas, pétalos de rosa, palomas y, ocasionalmente, cuando todo estaba en marcha, descendían trapecios desde el techo, o cuerdas para que se deslizaran enanos.

El último panel hacía girar el canapé del emperador de modo que éste pudiese observar cada parte de la habitación de abajo, y también lo hacía subir y bajar con un sistema hidráulico muy semejante al que se utiliza para reparar automóviles.

Había también otras habitaciones: un bar y un bufete generosamente provistos; una piscina caliente con una cascada; un cuarto de vestir lleno de disfraces, desde togas griegas hasta cueros de animal y todo tipo de juguetes, una enorme variedad de látigos, cadenas, máscaras, penes de goma, dispositivos de tortura y degradación. La selección de drogas también era completa: el mejor hachís del Líbano, heroína, cocaína pura, píldoras estimulantes.

La casa flotante había sido recreada por un equipo de los más notables técnicos de filmación y decoradores de interiores del Continente, a un costo levemente superior a los dos millones de dólares.

Fawzi Kabir rara vez bajaba a las esteras, y cuando lo visitaban a la altura del trono, su participación era abstracta porque generalmente estaba abotagado, drogado y sin energía. Sin embargo, su perversa imaginación no tenía límites, creando interminables juegos y representaciones que debían realizarse. Su ansia lujuriosa de infligir dolor o humillación le provocaba increíbles accesos de orgásmica felicidad.

Las prostitutas de Zurich eran tan desabridas como el país, y escasas en cantidad. El effendi prefería a alemanes y alemanas. En las orgías, no tenían igual. Úrsula viajaba a los sitios de libertinaje de Munich, que conocía íntimamente y donde

obtenía todos los participantes.

Hacían falta unas doce parejas para llenar las esteras, y sus imágenes multiplicadas por los espejos llegaban al infinito. En ocasiones un cuarteto de cuerdas interpretaba en vivo junto con un lector de poesía. Atléticos hombres y ardientes muchachas con movimientos de pantera realizaban proezas individuales y colectivas asombrosas. El tema central de las fiestas variaba según las limitaciones de la imaginación de Úrsula y a menudo duraban cien horas, culminando generalmente con el concurso del superhombre o la supermujer. El ganador recibía una pulsera de brillantes, un reloj de oro, o un auto.

Las prostitutas de Munich sentían una atracción magnética por los árabes. No sólo requerían sus servicios los poderosos potentados del Islam, sino que en general los árabes viajaban con enormes séquitos, de modo que había trabajo para satisfacer hasta al más humilde servidor. Cobraban en efectivo y no regateaban. Las prostitutas y sus «agentes» ganaban bien su dinero, puesto que a menudo eran tratados cruelmente, y siempre con un matiz de salvajismo.

Úrsula convenció a Kabir de que, si quería participar en dichos espectáculos, no podía cuidar también el bolsillo. Las parejas, la comida, el transporte, alojamiento, bebidas, atuendos, drogas, preparación de la habitación, los intérpretes individuales y los obsequios podían hacer ascender el precio de una fiesta a más de cien mil dólares.

Ese día en particular los actores iniciaban una tercera noche consecutiva, y el effendi había llegado al borde del colapso. Antes de convertirse en una masa jadeante, le había dado la locura de hacer llover sobre rostros y cuerpos racimos de jugosas uvas negras, de orinar desde el trono, de vaciar inmensas latas de pintura sobre los cuerpos hasta que sucumbió en ardorosa batalla entre los somníferos y la cocaína, que hacían estragos en su organismo.

Úrsula subió a su lecho, donde yacía gimiendo incoherencias, y le abrió una cápsula debajo de la nariz. Kabir se sacudió y farfulló con cierto grado de lucidez. Se puso a gatas con el estómago casi rozando el suelo… y vomitó.

—¡Despiértate, Fawzi! —le ordenó ella, en medio de los efectos sonoros de truenos y tormenta, y los enloquecedores fogonazos de luz.

El hombre musitó una queja ininteligible y volvió a vomitar. Úrsula le colocó otra cápsula de amoniaco en la nariz y luego lo roció con agua helada.

Sudoroso, Kabir la miró, sus ojos giraban como peonzas, y cayó de bruces contra el suelo. Ella le dio fuertes golpes en las nalgas.

—¡Despiértate!

Algunos de los participantes, con máscaras carnavalescas, lanzaron gritos de placer al pie de los escalones.

—¡Puta de mierda, déjame en paz!

Quiso llegar al lecho imperial pero resbaló por el aceite y la humedad de su

cuerpo, deslizándose hasta la estera, donde quedó tendido boca arriba, clamando porque lo dejaran solo. Los acompañantes le arrojaron uvas y ciruelas maduras hasta que Úrsula los obligó a retirarse.

Kabir respiraba entrecortadamente.

—Llamó por teléfono el príncipe Alí Rahman. Le dije que lo atenderías en media hora.

—¡El príncipe! ¡Dios mío! —gimió Kabir. Trató de incorporarse pero volvió a caer—. No puedo…, no puedo… Dios mío… ¿Qué…, qué…, hora es?

—Las cuatro de la mañana.

—¡Dios mío! El príncipe. ¡*No*! No me des a oler nada más. Me va a estallar la cabeza.

—Vuelve a vomitar —le ordenó ella, haciendo una seña a un par de sirvientes para que trajeran agua fría y esponjas para limpiarlo. Mientras lo atendían, Úrsula bajó el volumen, buscó una música sedante y acomodó la intensidad de las luces en un agradable matiz pastel. Los concurrentes a la fiesta se desplomaron y durmieron de a dos, tres y cuatro, o se alejaron arrastrándose a asearse.

Enderezaron a Kabir pero éste volvió a tumbarse y permaneció totalmente inmóvil. Úrsula estiró los brazos sobre su espalda.

—Fue una hermosa fiesta.

—Sí, Fawzi, maravillosa. —Lo acarició con sus uñas afiladas y pintadas con esmero—. Una fiesta maravillosa.

—Llama al médico. Me siento mal. Necesito una inyección.

—Ya está en camino.

Al cabo de una hora el effendi estaba lo suficientemente sobrio como para llamar al príncipe Alí Rahman. La voz en el otro extremo del hilo gritó una sarta de groserías, habituales cuando Alí Rahman se indignaba, lo cual ocurría muy a menudo. Kabir aguardó con paciencia a que disminuyera la ira real repitiendo serenamente: «Sí, mi príncipe», «No, mi príncipe».

—¿No *vio* los diarios de la mañana?

—No, mi príncipe. No suelo levantarme y leer los diarios a las cinco de la madrugada.

El príncipe le relató una noticia que estaba en primera plana donde se afirmaba que una delegación de tres refugiados de la Orilla Occidental había llegado a Zurich y exigía credenciales para la convención de arbitraje. Habían manifestado en una conferencia de Prensa que el rey Abdullah mantenía como rehenes a cincuenta y dos jóvenes refugiados en una prisión de Ammán.

—¿Quiénes son esos intrusos, Su Alteza? ¿Cómo se llaman?

—Hay un beduino, el jeque Ahmed Taji. Charles Maan, ese no creyente de quien ya tenemos noticias, y un tal Haj Ibrahim al Soukori al Wahhabi.

—Los conozco.

—¡Quiero que los maten! —gritó el príncipe.

—No, eso no nos convendría en Suiza. Deme una hora y yo voy a su residencia.

El príncipe Alí Rahman estaba vestido con una bata de seda. Su rostro largo y delgado llevaba una marca indeleble, la nariz de la familia saudí, parecida a la del halcón del desierto, lo que él realmente era. Aunque ocupaba uno de los lugares más bajos en la línea de sucesión, había emergido en el círculo más alto del poder, en una corte real con cientos de príncipes y principitos.

Alí Rahman era de antiguo y altivo linaje. Había cabalgado junto a su abuelo, el gran Ibn Saud, quien fuera a la guerra para obtener el dominio de la península Arábiga, a fines del siglo. Ibn Saud expulsó a los turcos, sobrevivió a un protectorado inglés y exilió a sus eternos enemigos, los hachemitas, de Hejaz. Declaró luego la existencia de una nación a la que sin falta modestia le puso el nombre de su familia. A principios de la década de 1930 había iniciado prospecciones petrolíferas con los norteamericanos, decisión que comenzaba a ingresar millones de dólares en sus arcas.

A él se le encomendó la tarea de invertir las nuevas fortunas.

Si bien no era muy refinado en cuestiones de finanzas internacionales, poseía una astucia innata.

Fawzi Kabir tenía desde hacía mucho una base operativa en Suiza, y durante la guerra había demostrado gran habilidad en el complicado tráfico de armas y en la transformación u ocultamiento de fondos. Cuando uno de los príncipes dejó casi medio millón de dólares en pagarés en las mesas de juego de Montecarlo y no pudo cambiar sus fichas, corrió el peligro de ser arrestado. Fawzi Kabir inteligentemente pagó la fianza del príncipe, gesto que atrajo la atención de Rahman.

Kabir ofrecía una amplia gama de servicios financieros, inversiones interesantes, otorgaba préstamos a altos intereses, ocultaba millones sin que se les pudiera seguir el rastro. Obtenía cifras astronómicas para los saudíes y enormes comisiones para sí mismo. El effendi sólo tenía que sentarse ante el escritorio en su mansión de Zollikon y evaluar las infinitas peticiones que recibía de Bancos, traficantes de armas y drogas, y de inestables pequeñas naciones con yacimientos de minerales.

La familia real estaba acostumbrándose a mandar a sus jóvenes herederos a Universidades inglesas y norteamericanas. Había cincuenta de ellos en esos momentos en el Continente, con sus respectivos séquitos. Kabir les administraba los fondos, cubría sus deudas de juego, sus facturas de hoteles de cincuenta mil dólares, sus compras de joyas y autos. Impedía que la Prensa publicara sus excesos, y salvaba a la familia real de numerosas posibles humillaciones.

Cuando las Naciones Unidas convocaron a una conferencia sobre arbitraje para presentar todas las reivindicaciones árabes pendientes desde la guerra, Kabir logró que ésta se realizara en Zurich, y se hizo nombrar jefe de una de las delegaciones

palestinas. El príncipe Rahman alquilaba una inmensa residencia en el boscoso distrito de Zürichberg, y ambos comenzaron a planificar cómo podrían manejar la conferencia. Se había iniciado un nuevo capítulo en el pensamiento político saudí: el uso de los cuantiosos ingresos petroleros combinado con el chantaje y la compra abierta de aliados. El príncipe sabía que, si podía contratar la codiciosa mente de Fawzi Kabir, bien podía dominar el mundo árabe o, al menos, manejarlo según la voluntad de los saudíes.

El primer paso que dio Kabir fue lograr la firma de un acuerdo por parte de todos los estados árabes y las delegaciones, comprometiéndose a no negociar ni suscribir convenio alguno con los judíos en forma separada. Los saudíes no habían peleado en la guerra, como tampoco se veían afectados por el problema de los refugiados. Sus principales objetivos eran vengar el honor árabe y musulmán por la afrenta infligida a su hombría por los judíos, y reclamar el liderazgo del mundo árabe. Este sólido frente que habían contribuido a crear se resquebrajaba ahora con la llegada de los tres harapientos delegados en representación de los refugiados de la Orilla Occidental.

—¿Por qué no podemos asesinar a estos perros refugiados? —preguntó Alí Rahman en tono imperioso.

Fawzi Kabir apoyó el vientre sobre sus piernas, en el borde de su asiento, y cortésmente rechazó la frutera. El sólo verla lo enfermaba esa mañana.

—Somos huéspedes de los suizos. En cierto modo, es como si estuviéramos debajo de su tienda. Ellos se han hecho famosos por no meterse en las guerras de otros pueblos con el fin de prestar servicios al dinero de los demás. No van a permitir que unos extranjeros se maten a balazos en sus calles. Son inflexibles en esas cuestiones.

—¡Entonces depositaremos nuestro dinero en otra parte!

—Si fuera así de sencillo, Su Alteza… Han obtenido una gran reputación por cuidar el dinero con suma delicadeza. En ningún sitio estará más seguro que aquí. Podemos dormir tranquilos de noche. Si empezamos a provocar tiroteos en Zurich, nos expulsarán. Además, mi príncipe, el asesinato de los refugiados crearía una mala imagen de nosotros en la Prensa.

—No entiendo a este periodismo idiota que no está dirigido por una familia real o por el Gobierno.

—Reconozco que es un sistema terrible, pero la Prensa es muy poderosa en Occidente. Son capaces de armar un problema enorme por un pequeño incidente, y a la larga eso no beneficiará nuestra causa.

—En Arabia un personaje real no tiene derechos —se quejó Rahman.

—Sí. El comportamiento de los occidentales es muy extraño.

—Bueno, si no podemos eliminar a esos perros a la usanza tradicional, entonces compremos su lealtad. Al menos no serán tan caros como otras delegaciones.

—Ésa es otra rara situación, mi príncipe. Ni Charles Maan ni Haj Ibrahim aceptarán soborno.

—¡No puedo creerlo!

—Lo sé, pero son hombres obsesivos, enfermos. Tal vez podamos convencer al jeque Taji. Sería una buena idea separarlo de los otros dos, para debilitar considerablemente su delegación. Una idea brillante, mi príncipe.

—Entonces, encárguese usted de él, Kabir.

—De inmediato, Su Alteza. Sin embargo, Taji puede pedir que se le permita a su tribu volver a instalarse en su tierra, quizás incluso en Arabia Saudí.

—Eso me indigna, y mi abuelo jamás lo permitiría. Nuestro principio básico es que no ha de haber ningún reasentamiento de refugiados.

—Sí, mi príncipe, exacto. Por consiguiente, debo tener la libertad de hacer una generosa oferta a Taji. Podríamos nombrarlo, por ejemplo, asesor especial de Su Majestad Ibn Saud sobre asuntos de refugiados.

—¿Cuánto nos costará?

—¿En qué medida es importante que los separemos?

—¿Cien mil? —sugirió Alí Rahman—. Dólares —agregó rápidamente.

—Cien mil… libras esterlinas.

El príncipe se preguntó con qué porcentaje de esa suma se quedaría Fawzi Kabir. Pero no importaba; había que hacer la inversión, que de todos formas era ínfima. Hizo una señal de asentimiento.

—En cuanto a los otros dos —prosiguió Kabir—, démosles las credenciales.

—¿Está usted loco?

—Permítame terminar. Las normas de la convención son así. Las pequeñas comisiones formadas con representantes de todas las delegaciones tendrán que llegar a un acuerdo respecto de los temas que presentemos a la Comisión Internacional de Arbitraje. Charles Maan y Haj Ibrahim serán aplastados en esas reuniones. Que discutan eternamente cuántos pelos hay en el cogote de un camello.

—Podría ser peligroso. Se corre el riesgo de que comiencen a conspirar unos con otros.

—Su Alteza, usted es nieto del gran Ibn Saud, a quien siempre recuerdo en mis oraciones, que Alá bendiga su nombre inmortal. ¿Cuáles son nuestros principios? Que no haya paz con los judíos. Que no se negocie con ellos ni se los reconozca. Que no haya un reasentamiento de refugiados en tierras árabes. Todos los demás delegados están de acuerdo con esto. Tenemos un frente sólido que estos insignificantes intrusos no modificarán. Se enfrentarán con la rutina. Hablaremos una semana, un mes, seis meses. Muy pronto se darán por vencidos.

Alí Rahman adquirió una pose estatuaria y reflexionó con principesca concentración. Kabir estaba familiarizado con las raras modalidades de Occidente, un

mundo donde él era aún un extraño. La creación premeditada del caos en las comisiones indudablemente serviría para preservar los cinco principios básicos, y eso era lo que su abuelo le había indicado que debía lograr a cualquier costo.

—¿Cuánto más repartiremos entre las otras delegaciones? —preguntó Alí Rahman.

—Unos miles por aquí, otros por allá. A los ministros y generales importantes, un poco más. Lo suficiente como para asegurar que se cumplan nuestras aspiraciones.

—¿Y el esclavo negro?

Kabir carraspeó.

—Por favor, no utilice esa expresión en público, mi príncipe. El doctor Ralph Bunche es un hombre muy respetado, pese a su desgracia de nacimiento.

—¿Podemos llegar a él? —preguntó Alí Rahman, restregándose la punta de sus dedos.

—Lo hemos estudiado detenidamente. No acepta sobornos. Sin embargo, es ingenuo con respecto a nuestro modo de ser. Lo eliminaremos. —Kabir se humedeció nervioso los labios—. Seguramente su inmortal abuelo, loado sea, le habrá dado a usted todas las instrucciones que he requerido.

—¿Respecto de qué?

—De nuestros planes a largo plazo para comprometer a Siria y Egipto después de la conferencia.

Alí Rahman hizo crujir sus largos dedos, se pasó la mano por la barba y asintió.

—Dígales a ambos que recibirán del tesoro saudí un millón de dólares diarios para armamento.

—Eso era lo que estaban esperando escuchar, mi príncipe —dijo Kabir, sin poder disimular del todo la excitación que sentía—. Y en cuanto al otro tema…

—¿Cuál?

—Tal como le he explicado, la Prensa occidental es muy poderosa.

—El Oeste nos compra el petróleo.

—Me refiero a hacer un pequeño gesto para inclinarlos a nuestro favor: la donación de un fondo de ayuda para refugiados.

—¡No! No nos meteremos con ninguna beneficencia. Los refugiados se buscaron esta situación.

—Pero fueron las Naciones Unidas las que crearon esta monstruosidad sionista.

—¡Exacto! Por lo tanto, las Naciones Unidas deben responsabilizarse por los refugiados. Es un asunto del mundo, no de los árabes. El tema es que, si se les hace la vida muy cómoda a los refugiados, se contentarán con sentarse y pudrirse en los campamentos. Hay que mantenerlos sedientos de venganza.

—Creo que tengo una idea —exclamó Kabir, fingiendo haber recibido una repentina inspiración—. No se caiga de su asiento, mi príncipe, pero suponga que

anunciamos a la Prensa occidental una serie de planes para reasentar a los refugiados en tierras árabes.

—¡¿Cómo?!

—Le suplico que me deje terminar. No subestime la importancia de ganarse la simpatía de Occidente. Digamos que Egipto da a conocer su intención de aceptar a los refugiados de la franja de Gaza y ubicarlos permanentemente en el Sinaí. Libia se uniría admitiendo a otros. Siria anuncia luego la reinserción de los refugiados, que están actualmente en Siria y el Líbano, al valle del Éufrates.

—¡Su lengua se está preparando para la amputación, Kabir!

—No, no, no, mi príncipe. Escúcheme, por favor. Después de estos anuncios, la gran casa real de Saud declara que dona un millón de dólares diarios para realizar los reasentamientos.

Rahman se puso colorado, pero también comenzó a percibir la astucia del pensamiento de Kabir.

—Todas estas manifestaciones sólo serían para consumo de Occidente. Demostramos no ser intransigentes sino humanitarios. Pasa el tiempo. Finaliza esta conferencia. Pasa más tiempo. Los planes de reasentamiento se desvanecen en el horizonte como una puesta de sol en el desierto. El millón diario jamás se gasta, sino que se destina a la compra de armas. Eso nos dará una gran victoria publicitaria aquí en Zurich.

La sensación de espanto iba desapareciendo, quedando en evidencia la hermosura de la intriga.

—Hablaré de eso con mi abuelo y el príncipe heredero. Como hombres del desierto, comprenderán el mérito del plan.

—Entretanto, créame que mantendré el control de todas las delegaciones. Y hagamos entrar en el trato a los libaneses.

—¿Para qué? No es más que un país de míseros comerciantes, lleno de no creyentes.

—Ah, pero ocupan el segundo lugar después de la gran casa de Saud en lo relativo a ideas progresistas. Incluso ahora, los príncipes de Kuwait y Omán están descubriendo…, las magníficas alternativas que existen además de Suiza. Beirut se está convirtiendo en París, La Meca y los siete paraísos, todo en uno. Y a pesar de la presencia de gran cantidad de cristianos, ellos forman realmente parte de nuestro pueblo. Tengamos un gesto con los libaneses.

—Muy bien, pero antes de que le proponga eso a mi abuelo, deben venir a esta habitación los ministros de Asuntos Exteriores de Egipto, Siria… y el Líbano para asegurarnos de que el entendimiento sea total.

Fawzi Kabir contuvo la respiración, se mordió el labio y movió la cabeza.

—Usted pide lo imposible, mi príncipe.

—¡Somos nosotros los que pagamos las cuentas! ¡Tendrán que venir aquí!

—Le imploro, Su Más Noble Alteza que me permita conversar con ellos en privado.

—¿Por qué no puedo hablar con todos juntos?

—¿No he tenido con usted siempre un trato honesto? —preguntó Kabir.

—¡Exijo verlos a todos juntos este día, en este mismo instante!

Kabir exhaló un sincero suspiro.

—Le ruego que escuche mis argumentos. Ninguna delegación está preparada para asumir un compromiso delante de otra delegación. Los sirios no confían en los egipcios. Los libaneses sólo confían en el dinero. Nadie confía en Jordania. Las diversas representaciones palestinas están bajo el control de sus países anfitriones. Discuten furiosamente en comisiones cerradas, que es lo que nosotros queremos. Sin embargo, cuando aparecen en público ante la comisión de arbitraje, todos se callan la boca porque se temen unos a otros. Todos desconfían de los demás, e incluso ahora maquinan los unos contra los otros. Que Alá nos ayude, pero algunos de ellos están tratando incluso de llegar a acuerdos laterales con los judíos. No podemos reunirlos a todos en la misma habitación, mi príncipe. Confíe en mí. Sabe usted que la única verdadera unidad que tenemos es el odio por los judíos.

Por raro que pareciese, Alí Rahman comprendía los vericuetos del razonamiento de Kabir. Hasta ese momento se había realizado una magnífica y delicada labor. La conferencia debía terminar con una moción de guerra contra los judíos. No obstante, ¿estaba manejando bien a Kabir, o éste lo manejaba a él? Si todas las delegaciones árabes perseguían el mismo fin, ¿por qué los saudíes estaban gastando millones en sobornos? Bueno, ya sabía el motivo. Era porque los saudíes tenían dinero para repartir. «No debo fallar delante de Ibn Saud», se dijo.

El príncipe paseó la vista por la habitación con aire suspicaz pese a que no había nadie, y se inclinó hacia adelante en su asiento.

—¿Qué ha hecho respecto del asesinato de Abdullah?

Fawzi Kabir tomó una uva de la frutera.

—Hace tres décadas que Abdullah sobrevive. Su palacio está custodiado por la Legión Árabe. El rey reparte libras inglesas como si fueran caramelos para comprar la lealtad de sus guardias. El palacio es inabordable. En el interior, tiene una custodia personal de fanáticos circasianos.

—Ni siquiera musulmanes —dijo despreciativamente Rahman—. Son rusos.

Kabir se restregó las manos como si se las estuviera lavando.

—Permítame decirle que no tenemos aún al hombre con la mano en el mango de la daga. Sin embargo, hemos hecho adelantos. Ya establecí contacto con un importante ministro jordano que conoce los movimientos del rey con anticipación. Está dispuesto a colaborar. Nos saldrá caro, pero cooperará. Cuando regrese a

Ammán, nos informará cuándo aparecerá en público fuera del palacio. Si sabemos con una semana de antelación que Abdullah se encontrará en Hebrón, en Nablus o en Jerusalén, podemos traer a algún miembro de la Hermandad Musulmana de Egipto, o a uno de los asesinos del muftí. Tenemos listas de esos hombres, que están disponibles en cualquier momento. Nadie puede acercarse demasiado a Abdullah, de modo que no podrá ser con cuchillo. Incluso un francotirador desde cierta distancia no podría escapar con vida. Por eso, desde luego, necesitamos un fanático que acepte convertirse en mártir. Podría ser con una pistola automática a corta distancia, en medio de una multitud. Sin embargo, debemos tener mucha paciencia, mi príncipe.

Continuaron con una discusión de triviales problemas financieros. El nieto favorito del príncipe Alí Rahman había entrado en la Sorbona pagando sobornos, y había adquirido una mansión de cuarenta habitaciones en las afueras de París. Alí Rahman lanzó una maldición pero accedió a pagar la cuenta. El muchacho era una parte integral de sus propias ambiciones dentro de la corte real, y después de todo, tenía que educarse. Ibn Saud era generoso en estas cuestiones, pero cincuenta jóvenes príncipes en el Continente estaban consumiendo más del millón de dólares diarios que se les prometían a egipcios y sirios.

A Kabir se le estaba yendo el efecto de la inyección, y comenzó a transpirar por la cabeza. Rogaba que se le permitiera retirarse.

—Una última cosa, Kabir.

—Sí, mi príncipe.

—¿Y si este tal Maan, o si Haj Ibrahim, deciden sentarse a conversar con los judíos por su propia cuenta?

—Los judíos están haciendo todo tipo de ofertas a la comisión de arbitraje. Esto es por lo que debemos mostrarnos razonables. Sin embargo, Maan y Haj Ibrahim no pueden suscribir legalmente un acuerdo sin contar con la aprobación de todas las delegaciones árabes. Lanzaremos la más tremenda campaña posible en la Prensa árabe, y también por radio. Denunciaremos a estos dos como traidores de una forma tan obvia que se ahogarán en medio de los salivazos de su propio pueblo.

CAPÍTULO XIII

Principios de otoño de 1950

Tic, tac, tic, tac, bong, bong, bong, resonó el inmenso reloj de la torre de la catedral.

Bong, bong, bong, bong replicó el de San Pedro, con escasos segundos de diferencia. Había un aire frío que anunciaba el otoño. Charles Maan le había conseguido a Ibrahim un abrigo de segunda mano, que hacía juego con su traje, también usado. El frío le hacía sentir aún más añoranza de Palestina. Las impresiones nuevas sobre Zurich ya se desgastaban. Ibrahim disfrutaba con su ritual de cada noche, una caminata desde la conferencia hasta su habitación en una pensión, cruzando el río, cerca de la Universidad.

—¿Cree usted que volverá pronto a su casa? —le había preguntado el posadero con delicadeza. Al fin y al cabo, la Universidad había comenzado sus cursos de otoño, y los estudiantes necesitaban alojamiento. Si Ibrahim se marchaba a mediados del semestre, quizá no pudiera alquilar la habitación hasta la primavera.

Al principio había encontrado chocolates sobre su almohada por la noche, y Frau Müller le había procurado un viejo par de pantuflas y una bata usada. Todas las noches le dejaba las pantuflas al pie de la cama, sobre una toallita blanca. El posadero y su mujer también reflejaban el frío reinante, y su intranquilidad aumentaba el cansancio de Ibrahim.

—Palestina es un problema árabe que sólo puede solucionar la Gran Nación Árabe. No entendemos cómo esta delegación de refugiados de la Orilla Occidental está aquí. Nuestros hermanos refugiados están más que representados por las legítimas potencias árabes —sentenció un ministro después de otro, empequeñeciendo el papel de Haj.

Tic, toc, tic, toc, tic, toc.

¡Cómo había llegado a odiar Ibrahim los techos ridículamente altos y las pulidas *boiseries* de las salas de la comisión! Cuarenta sesiones. Cuarenta días perdidos. Palabras lanzadas sobre la enorme mesa de caoba con la velocidad y la violencia de los relámpagos del verano. Su significado se evaporaba con la misma rapidez.

Bong. Egipto exige el sector del desierto de Negev por razones de seguridad. Jordania presenta objeciones.

Bong, bong. Siria exige la Galilea occidental como parte integral de su historia otomana. El Líbano presenta objeciones.

Bong, bong, bong. Jordania reclama que se ratifique la anexión de la Orilla Occidental. Todos presentan objeciones.

Bong, bong, bong, bong. El Líbano pide la anexión de la Galilea oriental. Siria se

opone.

Bong, bong, bong, bong, bong…, el diálogo democrático…, los procedimientos parlamentarios…, instrucciones de mi gobierno…, la hermandad…, la unidad…, el protocolo…, la subcomisión de la subcomisión solicita un estudio más profundo…

Las palabras brotan como estocadas de duelo. La indignación y el disgusto resuenan contra las excelsas alturas de las salas de la comisión, y el intelecto acaba adormecido y vetado. Hay que suscribir conclusiones razonables, pero éstas desaparecen en medio del eco. Los egipcios escuchan las cosas de una manera. Los sirios, de otra. Los iraquíes no escuchan.

No es que sean unos perversos mentirosos, pensaba Ibrahim a medida que pasaban las horas. Es que son mentirosos naturales, sinceros. Las ideas que emergen del torrente de palabras son tan vacías como un desierto sin oasis.

Ahora la situación cambia porque estamos al aire libre, ante la Comisión Internacional de Arbitraje, y las bocas de repente se han quedado sin habla.

—¿Su comisión ha llegado a alguna conclusión respecto a cuáles deberían ser las fronteras del Estado palestino? —preguntó el doctor Bunche.

—Tendremos que solucionar algunas diferencias.

—Mil veces les he pedido que se presenten a esta comisión, de uno en uno, para exponer individualmente sus ideas.

—Pero eso no podemos hacerlo. Hemos suscripto un pacto de unidad.

—¿Su comisión ha logrado una postura unificada acerca de Jerusalén?

—Estamos trabajando en ello.

—¡Doctor Bunche, nos hallamos sumergidos en un mar de palabras! —exclamó Ibrahim, fastidiado.

—No estamos en medio de la selva —respondió el delegado egipcio—. Debemos atenernos a las normas de un debate organizado. No nos obligue a volver a examinar sus credenciales, Haj Ibrahim.

—¿De modo que no tienen ustedes posición tomada respecto de estos temas? —lo presionó el doctor Bunche.

—Estamos estudiándolos en la comisión.

—Se llama a reunión de la Comisión Internacional de Arbitraje —dijo el doctor Bunche—. Les he pedido que hicieran un comentario respecto de las diversas propuestas que presentó el Estado de Israel; éste ha expresado su voluntad de negociar la repatriación de familias separadas, y ha aceptado recibir una cifra inicial de cien mil personas. El Estado de Israel no tiene problema en abonar una compensación por las tierras árabes abandonadas que estuvieran cultivadas antes de la guerra, y ha accedido a descongelar las cuentas y las valiosas propiedades mantenidas por los Bancos israelíes. Y bien, ¿a qué conclusión ha llegado su comité sobre estas propuestas?

—Para clarificar el asunto, doctor Bunche: nosotros no reconocemos la existencia de la entidad sionista. Por lo tanto, no podemos hablar con alguien cuya existencia no admitimos.

Ah, pero están hablando con los judíos, de a uno por vez, ¡en lugares secretos, por todo Zurich!

—¿Cómo resolverán las cuestiones sin una negociación cara a cara?

—No podemos hablar con alguien que no tiene cara. O la entidad sionista acepta nuestras exigencias, o habrá una guerra eterna.

—Pero ¿cuáles son sus exigencias?

Silencio.

Tic, toc, tic, toc, bong, bong, bong.

—¡Deseo negociar el retorno!, exclamó Haj Ibrahim.

—Eso lo considero un paso adelante —repuso el doctor Bunche.

Todos los delegados estaban de pie.

—¡Esto es un insulto para los legítimos gobiernos árabes! Les están dando a estos intrusos inmerecidos derechos. Exigimos que se les retiren las credenciales.

—Pero yo no firmé su maldito pacto de unidad.

—¡Ése es justamente el asunto! ¡Ustedes son ilegales!

—Ya nos hemos puesto de acuerdo sobre las credenciales de todas las delegaciones —dijo el doctor Bunche—, ninguna será revocada. Los refugiados de la Orilla Occidental tienen todo el derecho de asistir a esta conferencia.

—¡Ya ven! ¡Él toma partido por los sionistas y traidores!

Haj Ibrahim entrelazó las manos a su espalda y se encaminó al primer puente, donde el río Limmat nacía grandiosamente del bellísimo lago de Zurich. Alguna vez Lenin, Einstein, Jung, James Joyce, Goethe y Richard Wagner habían transitado por la misma senda.

Podría pensarse que ésta fuera una ciudad de grandes pensadores y patriotas, pero tales hombres en su mayoría sólo pasaban por allí rumbo a otro lugar. No era París, sino sólo un conveniente refugio para los desposeídos, un santuario de tránsito para los desencantados.

Lo repletos platos de comida aliviaron al principio su hambriento estómago. Incluso en una pensión de estudiantes había grandes montañas de carne y patatas. Ibrahim imploró a Alá que lo perdonase, pero no pudo abstenerse de comer las gruesas rodajas de jamón suizo, una profanación consciente contra su religión. Budines, *strudel*, chuletas y salchichas, pasteles de varias pisos…

La banda que interpretó el concierto de la tarde en el muelle dejó escapar las notas de un vals de Strauss ante los oídos de los ancianos paseantes, cuyos rostros parecían uniformemente fijados en cemento. Las risas y los amantes rara vez iban por allí.

Los tranvías dobles se desplazaban como si fueran sobre un colchón de aire, y el tránsito se movía con exquisita precisión. No sonaban las bocinas porque todos eran pacientes. No había aromas a cardamomo ni especias, y ninguna discusión entre comprador y vendedor. El precio era el precio. Todo lo demás también estaba en orden. Las macetas de geranios, los árboles podados, los lustrosos bancos, los toldos de los cafés, los relucientes cestos de residuos y los edificios de cinco plantas que bordeaban ordenadamente ambos lados del río. Los taxis acuáticos se deslizaban en silencio, oyéndose apenas el aleteo de la bandera suiza. Hasta los patos pasaban nadando en formación.

Todo era perfecto. No había barrios miserables ni castillos. El país no tenía defectos, estaba inmaculadamente terminado.

Ibrahim llegó al puente Münster, el segundo en una hilera de quince que unían ambos lados del río. En cada extremo del puente, los campanarios de dos catedrales traspasaban una línea baja del horizonte. La catedral de Nuestra Señora y su imponente reloj se hallaban en el límite de la ciudad vieja, la antigua ciudad amurallada. Justo frente a Ibrahim se levantaban las dos torres fálicas de la gran catedral. Las iglesias parecían fortalezas rivales listas para vomitar regimientos con mazas y garrotes y alabarderos que chocarían en el medio del puente para conquistarlo.

Ibrahim se sentó en la misma mesa de siempre, en el bar habitual, y pidió su café diario a un camarero comprensivo que lo había adoptado como amigo. El jeque Taji que ese día no tenía reunión de comisión, tampoco había asistido. Hacía ya tres días que no aparecía. Tampoco había ido por la noche a su habitación. Desde el principio, Ahmed Taji había causado bastante sensación en Zurich con sus túnicas del desierto y sus sagaces sentencias. Había encontrado su casa fuera de su hogar en la Ciudad Vieja, el Niederdorf, un barrio muy bien administrado reservado para los pecadores.

Ahí fue donde lo encontró Fawzi Kabir. Era sólo un breve trayecto en «Rolls-Royce» desde la gentil pobreza de las pensiones universitarias hasta la mansión de Zollikon.

Este hijo del desierto, que había construido muchas de sus filosofías sobre parábolas dedicadas a la paciencia, perdió la suya al concluir la decimoquinta reunión de su comisión. ¿Y quién podía echárselo en cara? Ibrahim lo vio comenzar a flaquear, pero no pudo impedirlo. Para Ibrahim, Palestina era una punzada, un dolor. Para el jeque Taji, Palestina se hallaba envuelta en una bruma, y se iba convirtiendo en algo más impreciso a medida que le susurraban fantasías que su oído estaba dispuesto a recibir.

Un día Taji apareció con un reloj nuevo de oro. Ibrahim y él discutieron, sacaron sus dagas, lloraron, maldijeron y casi terminaron expulsados. A partir de entonces, la conversación entre ellos se volvió muy difícil. A la semana siguiente, apareció con un

traje occidental hecho a medida, y una noche se le vio gastar varios cientos de dólares.

Al abandonar todos los días el recinto de sesiones, había hileras de limusinas aguardando a los otros delegados. Como sospechaba del jeque, Ibrahim lo siguió, dobló por la calle Beethoven y comprobó que lo esperaba un «Rolls-Royce». Ahora era sólo cuestión de ver cuándo se haría añicos su frágil coalición. La deserción de Taji sería un golpe terrible. Ibrahim imploró a Alá que le diera la sabiduría de hacer una eficaz apelación, y ahora tenía la oportunidad.

El Haj miró apesadumbrado a su alrededor mientras el camarero Franz, nuevo amigo suyo, dejaba sobre la mesa el contenido de la bandeja. Franz le sirvió cuatro porciones de un magnífico pastel, que siempre lograba sustraer del mostrador del día anterior. Ibrahim le sonrió agradecido y Franz, el cristiano decente, el hombre devoto que le traía las sobras, hizo un gesto de modestia con los ojos. Chapurreaban en árabe y en alemán.

El muktar esperaba y masticaba. Tic, toc, tic, toc, bong, bong, bong, bong, bong, bong. Las seis. Charles Maan se estaba retrasando.

Ibrahim contempló a las mujeres con sus sombreros rígidos sobre los tiesos peinados. Y los hombres de cuello duro y sombrero siempre negro, generalmente con bastón, golpeteando la calle en mecánica cadencia.

¿Puede la gente ser tan feliz que sus modales se vuelvan plácidos, que sean capaces de someterse a las normas sin enojos ni protestas? ¿Podría él vivir para siempre en un sitio así? ¿Qué podría hacer? Tal vez, consiguiendo la ropa adecuada, se convertiría en un vistoso portero. No, ni siquiera eso era posible. Había que trabajar toda la vida, idea desagradable por cierto, para ser ascendido a portero suizo. Y aun así, su vestimenta árabe sería demasiado ostentosa. ¿Por qué nunca se gritaban unos a otros?

Estaba en bancarrota, pero igualmente se dio el lujo de beber una segunda taza de café. El café suizo era bueno, aunque ciertamente no proporcionaba las sensaciones y emociones del árabe. Limpió el contenido de los platos. Charles Maan no llegaba.

Charles había sido un verdadero amigo y aliado. Con él no había segundas intenciones ni negocios sucios. ¿De qué había valido su participación? Sin ellos, la conferencia habría sido una farsa total. Habían obligado a las principales delegaciones árabes a realizar todo tipo de maniobras evasivas, promesas públicas y actuaciones vergonzosas. Por turno, se habían granjeado un inmenso odio.

A medida que proseguía la conferencia con sus fútiles resultados, Charles se había ido inclinando cada vez más a discutir con las instituciones cristianas. Los cristianos estaban fuera del alcance de los árabes, y éstos no podían coaccionarlos ni eludirlos. No existía un censo fidedigno de los refugiados, pero se suponía que los cristianos constituían alrededor del diez por ciento de los habitantes de campamentos. Con la

bendición de Ibrahim, Charles trató de sacar el máximo provecho de la opción cristiana.

Un observador del Vaticano, monseñor Grenelli, presente en Zurich desde la segunda semana, le confió a Charles que había enviado un informe favorable a las potencias.

> *Este observador ha podido comprobar que todas las delegaciones árabes, salvo la de los refugiados de la Orilla Occidental, han adoptado premeditadamente el plan de mantener a los refugiados encerrados en sus campamentos con el propósito de infectarlos de odio hacia los judíos. Han descartado toda solución humana en pro del perpetuamiento del conflicto con Israel… Israel, por otra parte, ha demostrado una sincera disposición para tratar todos los aspectos de la situación, pero los países árabes se niegan a encontrarse cara a cara con los judíos, aunque se sabe que han tenido lugar reuniones secretas en numerosas oportunidades… Cualquier jefe árabe que evidencia el deseo de negociar públicamente con Israel se enfrenta con una certera agresión por parte de los demás.*
>
> *… recomiendo plenamente que intervengamos por medio de diversos organismos de beneficencia y caridad para salvar a nuestros hermanos cristianos residentes en esos campamentos…*

Hacía un mes que el informe estaba en Roma cuando monseñor Grenelli fue súbitamente llamado a consulta. Charles no sabía lo que se estaba debatiendo ni cuándo regresaría el obispo. Todo parecía indicar, sin embargo, que algo se estaba cocinando en el Vaticano.

A las seis y media Franz miró a Ibrahim y se encogió de hombros con aire de complicidad. Bueno, esa tarde no habría ningún fiel aliado. Fuera estaba refrescando. El muktar se fue del café envolviéndose en su abrigo, dejó atrás la gran catedral, subió los peldaños de la empinada loma donde la Universidad ofrecía otra asombrosa vista del lago y las montañas, y contempló un ordenado barrio occidental.

No quería ir a la pensión. Se había convertido en un agradable y pintoresco ser para los estudiantes y la mayoría de ellos le caían bien, pero esa noche en particular no podría soportar otra ración de carne y patatas ni las bulliciosas charlas en un idioma que apenas si captaba de vez en cuando.

Se le ocurrió llamar por teléfono a Emma Dorfmann. Emma era una viuda gordita, dueña de una tienda en la Universidad donde vendía papel para correspondencia, artículos escolares, revistas y tabaco. Junto con su difunto marido habían vivido varios años en El Cairo debido a que él era capataz de una empresa suiza que fuera a instalar maquinarias fabriles. Ibrahim se había sentido obviamente

atraído por las palabras que ella recordaba del árabe, y el resto había venido solo, por añadidura. Emma tenía un pequeño apartamento encima de la tienda, con inmaculadas alfombritas y bordados. Poco había en ella para atraer a visitantes masculinos constantes. Por lo general se conformaba con intercambiar unos cuantos chistes con los estudiantes, con su actividad religiosa, su madre viuda y sus hermanas viudas también. Ibrahim fue recibido como una bendición del cielo, aceptándose con alegría sus ocasionales visitas.

Emma lo atendía con esmero una o dos veces por semana, llenaba su estómago permanentemente hambriento con una comida mejor que la de la pensión, y había resultado ser una excelente compañera en la cama. Tenía unas enormes nalgas que provocaban en Ibrahim arranques de una pasión primitiva, y sus descomunales pechos eran como una canción de cuna. De hecho, no era nada insulsa para ser una viuda suiza y gorda, y le evitaba tener que acudir a prostitutas, para las cuales no tenía presupuesto.

Lo más importante de su amistad era que ella deseaba los favores de Ibrahim mucho más que él los suyos, de modo que el muktar tenía un amplio margen de ventaja.

Ibrahim se detuvo en la esquina de las calles Schmelzberg y Sternwart, y miró en dirección a la residencia de Frau Müller. Siguiendo un impulso dio media vuelta y regresó hacia el gigantesco edificio neobarroco de la Universidad, hasta unos teléfonos públicos que había en la entrada.

—Hola. Habla Frau Dorfmann.

—Emma, soy Ibrahim.

—Qué alegría de oírte. ¿Estás bien?

Ibrahim lanzó el suspiro más largo de su vida.

—Quiero ir a visitarte.

—Dios mío, Ibrahim, ¿por qué no me llamaste más temprano? Como estuviste aquí anoche, no pensé que vendrías hoy. Están aquí mi madre y mi hermana, que viajaron desde Sellenbüren. ¿Vendrás mañana?

—Tal vez.

—Ibrahim, ¿te sientes bien?

—Estoy bien.

—Lo siento mucho, Ibrahim.

Cerró los ojos, apretó los dientes y casi dejó escapar unas lágrimas.

—Me siento muy solo —confesó, incapaz de contenerse—. Te necesito.

Emma jamás le había oído esas palabras ya que Ibrahim nunca las había dicho, ni a ella ni a nadie.

—Dame una hora para librarme de las dos, y luego ven inmediatamente.

—Gracias, Emma.

Ibrahim dejó que Emma lo cuidara y esto la hizo muy feliz. Permaneció apretado contra ella suspirando repetidas veces, mientras Emma lo tranquilizaba sin hacerle preguntas. Por último se quedó profundamente dormido, pero su sueño fue interrumpido por el sonido del teléfono.

—Es para ti —dijo Emma.

—Perdóneme que no haya ido hoy a reunirme con usted, y discúlpeme también por la hora. ¿Leyó los diarios de esta noche o escuchó la radio? —le preguntó Charles Maan.

—No.

—Taji ha desertado.

Ibrahim se destapó súbitamente y se sentó, medio adormilado aún.

—¿Dónde está ese hijo de puta?

—Ya salió del país. Apareció en el aeropuerto con Fawzi Kabir y el príncipe Rahman. Declaró ante la Prensa que había aceptado un puesto de consejero de la familia real saudí para asuntos de refugiados. Dejó a su tribu, a su familia, a todos. Dijo que usted y yo hemos traído una influencia corrupta a la conferencia, y algunas cosas más. Se fue en el avión privado de Rahman.

—¿Qué significa esto para nosotros, Charles?

—Que, en su caso, le conviene empezar a pensar en usted.

—Yo me quedo —exclamó el muktar—. ¡No me voy hasta que me echen o me maten!

CAPÍTULO XIV

El Haj se hizo escuchar. Durante el mes siguiente a la deserción de Ahmed Taji, golpeó con el puño en las mesas de todas las comisiones. Exigió respuestas a preguntas indiscretas. Habló ante comprensivos periodistas y cuestionó la honestidad de numerosos delegados. Pronunció una conferencia en la Universidad frente a una multitud de estudiantes y profesores, denunciando el expreso boicot a la conferencia por parte de las delegaciones árabes, y utilizó la palabra prohibida, «Israel». Se presentó en la Comisión Internacional de Arbitraje, y exigió permiso para negociar directamente el retorno de los primeros cien mil refugiados y el desbloqueo de sus bienes.

Mientras lanzaba su campaña unipersonal, las delegaciones árabes se unieron en furioso contraataque, poniendo en tela de juicio no sólo la política del Haj sino también su personalidad. ¿Estaba pagado Ibrahim por los judíos? ¿Se dedicaba a extrañas prácticas sexuales? ¿Era mentalmente sano?

Cada vez hacía más frío en el otoño de Zurich.

La lluvia se abatía sobre el tragaluz de la buhardilla. Ibrahim se levantó de su alfombra de oración, contempló la calle vacía, se tendió en la cama y lanzó un gemido. Golpearon la puerta.

—Sí, pase.

Entró Charles Maan y vació el contenido de una bolsa de papel sobre una mesita cuadrada. Se trataba de la habitual ración de los pobres: salame, pan, queso, algunos bollos dulces, un vino común.

—Mire, dos naranjas. Y nada menos que de Jaffa.

—Entonces somos ricos —dijo Ibrahim, incorporándose.

Comieron. Ibrahim advirtió que su amigo estaba en uno de sus días de depresión.

—¿Y bien, Charles?

—¿Tanto se me nota?

—Usted sería un pésimo traficante de camellos.

—Anoche regresó monseñor Grenelli de Roma.

Ibrahim disimuló el repentino temor que lo invadió. Jugueteó con el corcho de la botella de vino, mientras trataba de recobrar el control.

—¿Trajo buenas noticias?

Charles Maan asintió.

—Quieren que vaya al Vaticano por invitación del Papa.

—¡Del Papa! ¿Y usted sabe qué es lo que desea él?

—Sí.

—Dígamelo, Charles.

—Debo trazar un plan para el traslado, reorganización y rehabilitación de todos los árabes cristianos de los campamentos.

—¡Pero eso es magnífico! —afirmó Ibrahim, descorchando la botella. Sirvió el vino, queriendo ocultar el temblor de sus manos—. A mí también me vendrá muy bien. Puedo apoyarme en eso ante la Comisión Internacional de Arbitraje y exigir el mismo tratamiento por parte de Egipto y Siria. Lo único que han hecho ellos es prometer vagamente darle nueva ubicación a nuestra gente. Esto los obligará a ceder ante la Comisión Internacional. Será como un tratado.

—Vamos, Ibrahim. Usted sabe que cualquier tratado sólo puede durar en la medida en que sea conveniente. Ningún país árabe se considera verdaderamente obligado por el tratado.

—Pero es un arma. Los obligará a definirse públicamente por primera vez.

Charles le tomó la mano y dejó su copa de vino.

—El Papa ha impuesto una condición. No se meterá en esto si ello supone un conflicto abierto con el mundo árabe. Hay que hacerlo todo en forma encubierta.

—¡Ése es su Vaticano de mierda! ¡Todo en secreto!

Charles le convidó un cigarrillo, que él rechazó.

—¿No le basta con que sean lo suficientemente humanitarios como para comprometerse? Demasiado bien sabe usted que ningún Papa puede desafiar en forma abierta al Islam. ¿Qué es lo que pretende, Haj, otra guerra de cien años como las Cruzadas?

—Desde luego que no. El sentido está muy claro —dijo Ibrahim, serenándose—. ¿Los judíos están incluidos en este convenio?

—Han accedido a desbloquear secretamente algunos bienes.

—¿Permitirán el regreso de cristianos a Israel?

—No, si no hay un previo reconocimiento, o un tratado formal.

—Entiendo. ¿Qué países árabes aceptaron recibir a los cristianos?

—Ninguno.

—Entonces, ¿cómo podrá funcionar?

—Buscaremos en otras regiones del mundo. Eso será también parte de mi trabajo: encontrar un sitio adonde trasladarlos. Los Estados Unidos recibirán a algunos. Sé que, en América Central, Honduras necesita comerciantes. ¿Quién sabe? Quizá treinta, cuarenta mil…

—¿Empezará usted su trabajo cuando termine la conferencia?

—La conferencia ya se acabó, Haj. A decir verdad, nunca comenzó. Nunca fue nada más que un ejercicio, un juego.

—¿Cuándo parte, Charles?

—Cuando usted me dé su bendición.

—¡Solamente para eso vino aquí, para sacar a los cristianos! ¡Váyase ya de una

vez!

—Ibrahim, quiero su bendición.

—Tómela y que le aproveche.

—Ibrahim, quiero su bendición.

El Haj se desplomó en la desvencijada silla de madera, se restregó las manos; luego, temblorosamente, bebió un sorbo de vino y pidió un cigarrillo.

—En mi vida he enterrado a dos hijos varones y dos mujeres. Jamil está ahora en una prisión jordana, y hay posibilidades de que allí muera por cosas que yo hice. Sin embargo, jamás he llorado. Por supuesto que me alegro por usted, Charles.

—Ibrahim, le sugiero fervientemente que usted también se vaya. Ya no tiene sentido que permanezca en Zurich.

—Me quedaré. No me voy a rendir. Alguien tendrá que escucharme alguna vez.

—Ya terminó todo. Regrese.

—¿Adónde? ¿A Aqbat Jabar?

—A Israel —replicó Maan.

—Muchas noches he pensado en esa idea, Charles. He implorado tener la fortaleza para hacerlo. Pero no puedo. Lo que me preocupa es cada día del resto de mi vida. Haj Ibrahim, el traidor.

—¿Traidor a qué?

—A mí mismo.

—Sus hermanos árabes lo encarcelaron de por vida. Esos campamentos se convertirán en manicomios. Ibrahim, usted y yo sabemos que los judíos son mucho más justos y que es más fácil tratar con ellos, pero si espera que desaparezcan de la región porque los insultamos o tratamos de humillarlos, está equivocado. Los árboles crecerán altos en Israel, pero jamás crecerán en Aqbat Jabar.

—Charles, usted me pidió la bendición. Ya la tiene, y se la doy con sinceridad. Ha sido usted más que un hermano. Ahora, por favor, váyase. No se quede a verme llorar.

—Se negó a ver a Gideon Asch —siguió presionándolo Maan—. Le suplico que lo piense. Aquí tiene el nombre del dueño de una fábrica suiza. Queda a escasos veinte minutos en tren desde Zurich. Es un hombre judío, pero muy decente, que ha organizado la mayoría de las reuniones clandestinas entre Asch y las diversas delegaciones árabes.

Charles anotó un nombre y un número telefónico, y dejó el papelito debajo de la botella de vino. Le dio una palmada a su amigo en la espalda y se marchó.

El Haj se cubrió el rostro con las manos y prorrumpió en llanto.

CAPÍTULO XV

Goethe comió aquí, en el «Golden Head». Podría decirse que ése fue el comienzo y el final de la historia de Bülach. El mayor delito de los últimos meses ocurrió cuando sorprendieron a alguien arrojando una colilla de cigarrillo en la acera. Bülach, tan insignificante que rara vez figuraba en las guías turísticas de Suiza, poseía una segunda distinción. Quedaba entre Zurich y el aeropuerto, de modo que servía de punto de referencia para los aviones que llegaban.

Ibrahim viajaba hacía veinte minutos sobre los rieles suizos de precisión, atravesando una inmaculada campiña, rumbo a la estación de Bülach. Se bajó del tren, miró a su alrededor y fue reconocido de inmediato.

—¿Haj Ibrahim?

—Sí.

—Herr Schlosberg —dijo de inmediato su contacto, dándole la mano y guiándolo hasta un automóvil que los aguardaba. Schlosberg, uno de los dos únicos judíos de Bülach, era propietario de una pequeña pero pulcra fábrica donde se cortaban y tallaban esas perfectas gemas diminutas que llevan los relojes suizos.

Cruzaron el impecablemente conservado sector viejo de la ciudad, un área circular de seis manzanas por seis, en una época rodeada por el muro requerido para preservar el orden feudal, que a través de los siglos se transformó en el estricto sentido suizo de la neutralidad.

—Aquí comió Goethe —comentó Schlosberg al pasar por delante del hotel y restaurante «Golden Head». Ibrahim hizo un gesto de asentimiento. Schlosberg estacionó frente a su casa medianamente opulenta, en una zona arbolada llamada Brüder Knoll. Llevó a Ibrahim a la biblioteca y cerró la puerta tras de sí.

Gideon Asch estaba sentado detrás del escritorio de Schlosberg.

—Podrido hijo de puta —dijo furioso—. ¿Por qué no se puso antes en contacto conmigo? —Se levantó del sillón, le dio a espalda y se dedicó a contemplar el paisaje.

Ibrahim se le acercó por detrás y juntos se quedaron mirando. Finalmente se volvieron y se dieron un fuerte abrazo sin palabras. Salió luego a relucir el whisky.

—Sólo una gota —advirtió Ibrahim.

—¿En qué diablos estuvo pensando? Hace tres meses yo podría haber hecho algún arreglo, un intercambio. Ahora usted ya está arruinado.

—Israel también.

—Yo preferiría estar en Tel Aviv más que en Aqbat Jabar.

—Yo también, si fuese judío.

De pronto se puso en evidencia la edad de Gideon, cuando apuró su trago y se

sirvió otro.

—Fuimos unos tontos, por supuesto —sostuvo Ibrahim—, pero teníamos muchísimas esperanzas cuando llegamos a Zurich. Al fin y al cabo, no nos hallábamos en Ammán sino en una verdadera nación occidental, en una democracia. Aquí, observadas por los ojos del mundo entero, seguramente nuestras delegaciones se comportarían de una manera civilizada y racional. La Prensa demostraría comprensión por mi gente. Fui un niño ingenuo. ¿A quién le importa? Bueno, a lo mejor los judíos se preocupan. Usted sabe lo que solemos decir: los judíos son blandos, de modo que hay que aprovecharse de ellos.

—También creen que pueden humillarnos hasta el punto de eliminarnos —replicó Gideon—. Eso no sucederá. Ya antes hemos sido denigrados por sociedades perversas.

Ibrahim palideció ante sus palabras. ¿Qué sentido tenía pelearse con Gideon?

—Si hubiera acudido a usted desde un primer momento, el resultado habría sido el mismo que ahora. Los sentimientos humanitarios eran lo último que interesaba a sirios y egipcios. Lo principal era la perpetuación del odio, y en eso han tenido éxito.

—En efecto —convino Gideon—. Seguirán con ese juego hasta haber azotado mil veces al caballo muerto. Después vendrá otra conferencia, y otra y otra más. Luego una guerra y otra. Y usted, hermano, continuará en Aqbat Jabar.

—¿Qué nos queda por hacer, Gideon?

—Rebelarnos. Sin embargo, jamás se ha iniciado revolución alguna entre el pueblo árabe; sólo golpes, guerras santas y asesinatos. ¿Por qué, en nombre de Dios, solamente pueden vivir bajo el dominio de las botas militares o de los clérigos fanáticos?

Ibrahim bebió de un golpe su whisky ignorando la furia de Gideon, se puso colorado, tosió y pidió otro trago.

—¿No ha tenido noticias de mi hijo Ismael? —preguntó por fin.

—No. Al doctor Mudhill le resulta casi imposible comunicarse conmigo aquí, en Suiza. Demasiados mensajeros pueden arruinar el mensaje, y podrían también poner en peligro al profesor.

—Comprendo.

—Estoy casi seguro de que Ismael está a salvo. Lamentablemente, me temo no poder decir lo mismo de Jamil. Tengo contacto con el coronel Zyyad. Está anhelando arreglar cuentas con usted.

—No temo a Zyyad. Sé cómo manejarlo.

—Seguro, mientras usted sea un hombre importante, los jordanos no lo atacarán abiertamente. Pero no subestime la brutalidad de Farid Zyyad. Él es capaz de mostrar un rostro civilizado ante el mundo exterior, educación británica y todo eso, pero no acuda a él esperando piedad. Cuando se vaya, usted ya no será el jefe poderoso que

era. Eso es lo que él está esperando. Temo por Jamil.

—Yo ya lo sabía cuando me fui de Palestina —dijo Ibrahim.

—Aún hay varias cosas que los jordanos quieren de mí —repuso Gideon—. Permítame intentar hacer algún arreglo para usted y su familia. Ya se me ocurrirá algo.

—No deshonraré el valor de mi hijo.

—¿Valor para qué, Ibrahim? ¿Para crecer y convertirse en un terrorista? ¿Y si fuera Ismael el que está en esa prisión? ¿Llegaría a un acuerdo por él?

—Antes dejaría que muriese Ismael —respondió Ibrahim, sin vacilar.

Gideon se puso rojo de indignación. Golpeó con un puño el escritorio; no podía hablar.

—No he venido para discutir, Gideon. Siempre era usted el que decía que los árabes vivíamos de la fantasía. Bueno, ¿no está usted viviendo de la mayor fantasía de todas? ¿Acaso cree que vencerá a todo el mundo árabe?

Gideon se mostró imperturbable, producto de los meses de frustración. Acudió nuevamente a la botella.

—Yo sé qué es lo que teme Ben Gurión. Tiene miedo de que Israel termine como una nación oriental y que acabe haciendo las cosas al estilo nuestro.

—Oh, no —lo contradijo Gideon—, eso no sucederá, porque para nosotros la paz es un valor. El amor también lo es. —Se puso de pie y empezó a pasearse como un hombre enjaulado—. Vine aquí, a Zurich, creyendo que un mínimo de verdad, de razón, podría penetrar en sus cabezas. —Se inclinó sobre el escritorio, cerca del rostro de Ibrahim—. ¿Qué clase de perversa sociedad…, religión… o cultura…, qué clase de seres humanos… son, que pueden generar semejante odio volcánico…, que sólo se engendra en el odio, que sólo existe por el odio mismo? Deje que su hijo muera. Esté orgulloso de ello, Haj Ibrahim.

Permanecieron de pie, temblando, dos gladiadores listos para el combate.

—Vamos —lo apremió Gideon—, saque su daga. Eso es lo único que sabe.

Ibrahim se dio la vuelta.

—No sé si volveremos a vernos —dijo—. Yo no quería que sucediera esto. —Luego se encaminó hasta Gideon y levantó los brazos—. ¿No ve, acaso, que estoy vencido? —clamó, acongojado—. Si cruzo la frontera y entro en Israel, mi corazón morirá.

—Lo entiendo…, lo entiendo, Ibrahim —susurró Gideon.

—Gideon, hermano mío, estoy vencido. —Lloró.

Gideon lo estrechó firmemente; luego se desplomó en el sillón y apoyó la cara contra los brazos, sobre el escritorio.

—Si hubiera estado en manos de usted y yo, Gideon, habríamos hecho la paz, ¿no, Gideon?

El amigo hizo un gesto de negación con la cabeza.

—Solamente si ustedes los árabes no hubieran controlado la válvula del agua.

Se produjo un desesperado silencio.

—Sólo Alá puede darme la paz ahora —murmuró Ibrahim.

Gideon oyó que se cerraba la puerta de la biblioteca. El Haj se había ido para siempre.

CAPÍTULO XVI

Las coloridas mesitas con sombrillas, tan hermosamente alineadas en los muelles del río Limmat, fueron levantadas ante el frío reinante. Aunque Ibrahim ya no podía afrontar el gasto del café diario, seguía siendo bienvenido en el bar. Franz continuaba saludándolo como a un huésped respetable, le buscaba una mesa tranquila y le servía café, dulces y un ocasional tazón de sopa cuando el tiempo era particularmente malo.

—Haj Ibrahim.

—Sí, Franz.

—Hay un recado para usted en la oficina del gerente.

—¿Para mí?

—Es una mujer. Pidió hablar conmigo y me dijo: ¿Es usted el camarero que sirve diariamente al caballero árabe? Dijo que era una vieja amiga que conoció usted en Damasco.

—¿Dónde está el teléfono?

Franz lo llevó hasta una diminuta oficina, y se alejó discretamente.

—Hola.

—Hola. ¿Habla Haj Ibrahim?

—Si.

—¿Sabes quién soy? —inquirió la voz de Úrsula.

—Una voz cálida en un sitio muy frío.

—Lamento haber tenido que comunicarme contigo de manera tan misteriosa. Estoy segura de que comprenderás.

—Sí.

—Quiero que conversemos sobre algo sumamente importante. ¿Puedes reunirte conmigo?

Ibrahim se tornó cauteloso.

—Tal vez.

—¿Conoces la calle Bahnhof?

—Sólo he mirado allí escaparates con cosas que no puedo comprar.

—Es esa calle. Cerca del «Hotel Baur au Lac» encontrarás un negocio llamado «Madame Hildegard's», que vende bolsos de tela. Te estoy llamando desde él. ¿Puedes venir en seguida y cerciorarte de que no te sigan?

Ibrahim no respondió.

—Me imagino lo que estarás pensando. Te aseguro que no correrás peligro. He concertado muchas citas aquí a través de los años. Hildegard es una amiga personal. Nos hemos hecho muchos favores mutuamente…, sin preguntas.

—De acuerdo, iré en seguida —dijo Ibrahim, después de una pausa.

—Utiliza la entrada de servicio. Hildegard tiene una pequeña sala al fondo, para clientes especiales. Estará al tanto, aguardando tu llegada.

La calle Bahnhof, una de las más famosas avenidas del mundo, estaba adornada con casi perfectos edificios del siglo XIX. Sus tiendas albergaban preciadas mercancías.

Ibrahim encontró la tienda y, dominando una vez más su suspicacia, se decidió a tocar el timbre. Se abrió la puerta. La mujer que apareció ante sus ojos debía de tener cerca de cincuenta años, pero estaba perfumada, elegantemente vestida y peinada, y era obvio que se desenvolvía en los más altos ambientes.

—Úrsula lo está esperando —dijo, y lo condujo hasta el saloncito privado.

Entró y miró a su alrededor. Era un saloncito para los clientes distinguidos. Úrsula estaba de pie, en la sombra, llevaba un sombrero con un pequeño velo.

—Aquí es donde Hildegard muestra los estuches de las joyas.

—¿Eres tú, Úrsula?

—Perdóname que no te reciba más afectuosamente. Comprenderás en seguida que he estado enferma. —Dio un paso adelante y se sentó en un silloncito, pero seguía en la penumbra. Ibrahim tomó asiento en otro sillón, frente a ella. A través del velo distinguió un rostro descolorido—. Me he dedicado a las drogas —contestó ella, sobresaltándolo con su franqueza—. No soy la Úrsula que conociste en Damasco.

—Sin embargo a mí aún me gustaría hacerte el amor.

Ella soltó una risita.

—Eres muy galante.

—No lo soy, es verdad.

—¿Podemos hablar ahora?

—Sí, dime por favor por qué me llamaste.

—Fawzi Kabir tiene planeado asesinarte.

—Debo reconocer que no es ninguna novedad, pero dime algo más.

—El príncipe Alí Rahman es quien domina a Kabir…

—Eso he oído.

—Cuando se inauguró la conferencia, conversaron sobre la posibilidad de mataros a los tres. Kabir convenció al príncipe para que desistiera de la idea porque era demasiado peligrosa, aquí en Suiza. Como ya no están el jeque Taji y Charles Maan, han reconsiderado el asunto. Tú les resultas tremendamente molesto. Creen que ahora podrían asesinarte sin problemas.

—¿Cómo intentan eliminarme?

—Han estado siguiéndote los pasos. Tanto para ir a la pensión como a casa de tu amiga, Frau Dorfmann, debes recorrer calles muy angostas. Han notado que en numerosas ocasiones te vas de casa de Frau Dorfmann a mitad de la noche. El plan es atacarte en una de esas calles…

—¿Con cuchillo?

—No, no quieren manchar la calle. Los suizos tienen depositado en sus cajas fuertes demasiado dinero de ellos. Kabir cuenta con un guardaespaldas en particular, que se encarga de todos los trabajos sucios. Es un iraní de nombre Sultán, pero lo llaman *el Persa*. Es un ex peso pesado, de casi ciento cincuenta kilos, muy mezquino y bien entrenado. Se abalanzará sobre ti mientras un segundo individuo te dejará inconsciente de un garrotazo. Un auto estará esperándolos para llevarte a la casa flotante de Kabir. Allí te liquidarán y te arrojarán en medio del lago. Será una desaparición inexplicable.

Ibrahim se acarició el bigote; luego prorrumpió en sinceras carcajadas.

—No muy a menudo un hombre oye relatar su propio homicidio con tanto lujo de detalles. Suelo ir armado con una buena pistola. Supongo que la piel de *el Persa* no repelerá las balas.

—Créeme, Kabir y Rahman tienen demasiados recursos como para que puedas eludirlos. De una manera u otra, te matarán.

—Te agradezco profundamente que me hayas avisado. Ahora tengo que pensar.

Úrsula tendió una mano desde la penumbra y tomó la de él.

—Si tú anhelas la venganza, yo también.

—Dime por qué, Úrsula.

—Es una larga historia. Pero tú, por supuesto, tienes derecho a conocerla. Mira, Ibrahim, yo me enredé con Kabir a sabiendas, pero era muy joven. A pesar de la profesión que ejercí después de la guerra, fui también muy ingenua. Dejé pasar una cosa odiosa tras otra hasta que…, no hice nada por impedirlo… El dinero, los regalos me parecían demasiado fáciles. Digamos, demasiado fáciles como para que una prostituta renunciara a ellos. De todos modos, aprendí que aún existe un límite que no soy capaz de cruzar. Todavía hay ciertas cosas de este mundo que me asquean.

—Es bueno poder sostener esa convicción.

—Kabir es el padre del demonio. La magnitud de sus perversiones se me hace cada vez más detestable. ¿Qué puedo decir? Les paga muy bien a seres prostituidos, tanto varones como mujeres, y éstos permiten que los denigre. Lo que los obliga a hacer con animales, incluso cerdos, caballos…, está bien, son locuras, pero… —Se interrumpió un instante, sumamente incómoda, y prosiguió luego con voz temblorosa —: Cuando estábamos en Damasco… ¡Lo hacía con niños! He visto a niños y niñas vírgenes, de nueve o diez años, poco menos que masacrados. ¡Si quieres ver lo que ha hecho, te lo mostraré!

Se levantó el velo y acercó la cara a la luz. Tenía un fantasmal color de tiza, los ojos inexpresivos y una profunda cicatriz morada en una mejilla.

—Mírame bien, mi Haj; esto es una quemadura de cigarrillo. Tengo también otras marcas en el cuerpo. Pero las verdaderas cicatrices las llevo en el alma. Empezó a

sentir miedo de que yo le abandonara. Al fin y al cabo, soy yo quien le organiza la mayor parte de sus diversiones. Fui obligada físicamente a recibir inyecciones de heroína. Como verás, me he vuelto adicta.

—Dios mío, no sabía que todavía podía horrorizarme.

—Tengo una posibilidad de curarme, si consigo alejarme de él. Existen clínicas. No estoy del todo perdida. Y bien, Ibrahim, ¿quieres la venganza o no?

—¿Tienes algún plan, Úrsula?

—Sí.

—Entonces cuentas con un socio.

El corpulento *Persa* encendió las luces de la casa flotante e hizo una inspección. Recibió a su amo de manos de Úrsula y lo ayudó a entrar, tambaleante. Kabir se sentía mareado por las drogas ingeridas. Lo llevaron al lecho imperial mientras Úrsula manejaba los controles de las luces y ponía música.

—¿Cuándo llegan? —preguntó Kabir, con voz pastosa—. Mira este maldito lecho. Les pagué diez mil dólares a estos suizos de mierda para que lo arreglaran, y no sube, baja ni gira —dijo, golpeando el panel de mandos.

—Todavía tienen que hacer algo con los cables —le explicó ella.

—Son todos unos ladrones.

—No te irrites, querido. No necesitarás el lecho para este espectáculo.

—¿Qué es lo que hacen, Úrsula? Me prometiste algo muy original.

—Pronto estarán aquí y lo verás por ti mismo. No se parece a nada que se haya realizado alguna vez en este lugar. —Úrsula le hizo un gesto *al Persa* indicándole que tenía cosas que hacer, que ocupara él su puesto de guardia.

Como Sultán vacilara, ella sintió una punzada de temor.

—¿Y bien? —dijo, en tono imperioso.

—Tengo hambre —confesó *el Persa*, como era de suponer. Úrsula había contado con su apetito.

—El *show* de esta noche será sólo de dos personas, de modo que no contraté un *chef*.

—Pero me muero de hambre —insistió *el Persa*

—Si quieres, te preparo algo en la cocina y te lo traigo aquí.

Sultán esbozó una amplia sonrisa exhibiendo numerosos dientes de oro. Atravesó con su corpulenta humanidad un breve pasillo hasta el sitio donde una enorme canoa y seis veleros estaban anclados debajo de un cobertizo. La sala de guardia era pequeña pero estaba equipada con las últimas novedades en el campo de la seguridad. Había cámaras en todas las habitaciones de la casa flotante. Las imágenes podían verse en media docena de pantallas. Sultán podía observar a su adormilado patrón, tanto como a Úrsula en la cocina.

Ella preparó una bandeja con cuatro platos rebosantes, como para llenar su

estómago sin fondo. Se trataba de una comida lo suficientemente condimentada como para disimular la dosis de cianuro que le agregó, bloqueando con su espalda la visión de la cámara. Le llevó luego la bandeja.

—Con esto te entretendrás un rato —dijo.

—Úrsula —susurró *el Persa*, con la intención de que le confiara el secreto—, ¿qué nos traerás esta noche?

—Es algo que jamás has presenciado —le aseguró—. No dejes de vigilar la pantalla.

Él deglutió una chuleta de cordero tras otra.

—No me dejarás fuera —dijo Sultán, guiñándole un ojo.

—Si el effendi se desvanece, como de costumbre, no será problema incluirte en alguna parte de la diversión. Déjalo en mis manos, Sultán. ¿Acaso no me ocupo siempre de que quedes satisfecho?

—Úrsula, eres una verdadera amiga.

Ella sonrió y se marchó a la habitación principal, recubierta de espejos. Rápidamente subió el volumen de la música, justo a tiempo para ahogar el horrendo alarido proveniente del puesto de guardia. Se atrevió a mirar por el pasillo y vio que Sultán, con una mirada asesina, avanzaba torpemente hacia ella. El hombre gritó, se aferró el cuello, cayó de rodillas, se arrastró, estiró una mano y se desplomó. Transcurrió un torturante medio minuto. *El Persa* se contrajo convulsivamente, pero luego quedó inmóvil.

En silencio Úrsula cerró la puerta.

—¿Qué fue ese ruido? —farfulló Kabir desde su lecho.

—Yo no oí nada, querido.

—Pensé que podía ser parte de la representación.

—Pronto van a llegar. ¿Por qué no nos picamos un poco de heroína juntos? Algo que nos haga soñar, y cuando vuelvas a abrir los ojos, todo estará listo.

—Eres tan buena conmigo, tan buena.

Úrsula abrió un estuche de cuero forrado en terciopelo, que contenía agujas «para ella» y «para él». La de él había sido llenada previamente con «Dilaudid», en la dosis necesaria para mantenerlo dormido hasta que arribara Ibrahim. Con gesto diestro clavó la aguja en el brazo masculino, y el sueño se produjo de inmediato.

La «marcha fúnebre» de la Séptima Sinfonía de Beethoven inundaba la casa flotante. Las luces habían sido dispuestas para girar con millones de pequeñas centellas. Úrsula le colocó a Kabir debajo de la nariz una cápsula abierta de amoniaco. Éste recuperó el conocimiento con un gemido y volvió a cerrar los ojos, encandilado por la luz en movimiento. Trató de taparse los oídos pero no pudo mover las manos. Las tenía esposadas a su espalda.

—¡Úrsula! —gritó.

—Estoy aquí —respondió ella, al pie del lecho—. ¿Ya estás despierto, querido?

—¡Tengo las manos atadas!

—Es parte del espectáculo. Confía en mí.

Él trató de moverse pero fue en vano, puesto que también tenía sujetos los pies.

—¡Esto no me gusta nada! ¡Suéltame!

—Pero estropearás todo. Los intérpretes ya están aquí. Son tres en total. Uno eres tú, otro soy yo. ¿Sorprendido?

Kabir jadeó y comenzó a sudar profusamente, mientras continuaba agredido por sonido y luz. Sintió una mano sobre su espalda desnuda.

—El tercero soy yo —afirmó una voz.

Kabir giró su grueso cuello para mirar, pero era tan obeso que no pudo darse vuelta.

—Adivine —dijo la voz.

—¡Esto no me gusta nada! —repitió.

—Pero, querido, si nos costó tanto trabajo prepararlo —lo tranquilizó Úrsula.

Lo hicieron rodar hasta quedar boca arriba. Un hombre se paró a su lado, con la máscara del demonio tomada de la sala de disfraces. Poco a poco se la quitó. El effendi abrió desmesuradamente los ojos. Su cuerpo rollizo transpiraba de miedo.

—¡Sultán! ¡Sultán! —gritó.

—No puede oírte, querido, porque está bien muerto y te espera en la canoa para que te unas a él.

—Subió más aún el volumen de la música. Ibrahim se sentó a horcajadas sobre él y desenvainó su daga.

—¡Hablemos! ¡Hablemos! —imploró Kabir.

—Sí, hable por favor.

—Dinero. Le ofrezco millones y millones, como para que pueda nadar en ellos.

Ibrahim se sentó en el borde del lecho, le colocó la punta de la daga sobre la yugular e hizo una leve presión.

—¿En cuántos millones estás pensando?

—Cinco, diez… más.

—Pero si recibo dinero suyo, la Policía podrá seguir la pista y encontrarme.

—No, no, no. Le conseguiré dinero en efectivo. Con sólo llamar me lo mandarían de inmediato aquí mismo.

—¿Oíste eso, Úrsula? Quiere darme dinero.

—Es un mentiroso. Tiene palabras en clave con su banquero.

—¡Yo no miento! ¡No hago juegos sucios! ¡Soy honesto!

Ibrahim le dio un fuerte golpe en la cara; luego lo agarró por los pelos de la nuca, le hizo girar la cabeza y contempló sus ojos aterrorizados. Kabir sollozaba y farfullaba incoherencias. Una especie de sonrisa cruzó por los labios del Haj. Tentado

estaba de prolongar la agonía del effendi. ¿Qué hacer? ¿Darle azotes de varas y látigos? Ibrahim se estremeció con perversas sensaciones. La música atronaba y las luces escupían alocados fogonazos. «Oh, Alá, cómo estoy disfrutando», pensó.

Le hizo señas a Úrsula para que bajara el volumen.

—Bien. Ahora podremos oír hasta los últimos latidos de su corazón.

Se produjo un silencio sepulcral. No se oía ningún otro sonido aparte de la respiración acelerada de los tres, y los esporádicos gimoteos de Kabir.

—En las épocas en que viví con los beduinos, una vez presencié cuando mi tío, el gran Walid Azziz, se desquitaba de un muchacho que se había acostado con una de sus hijas preferidas. Si esto se hace correctamente, se asfixiará con su propia sangre, y podremos realmente oír cuando el aire salga de su cuerpo.

—Socio…, usted será socio mío en todo…, llévese todo…, no quiero nada…, nada…, millones…

La punta de la daga se deslizó desde la nuez de Adán hasta un punto donde las clavículas se unían, y la tráquea sobresalía levemente. Ibrahim introdujo la daga en la garganta de Kabir, con un movimiento descendente.

—Confieso todo…, piedad.

—Cada vez que abra la boca la hoja penetrará más profundamente, así.

Fluyó entonces un círculo de sangre. Ibrahim sostuvo el arma unos instantes en la misma posición, regocijándose con el tormento de Kabir. Apareció Úrsula y escupió sobre él. La hoja se internó una fracción más hondo…

—Estás disfrutando demasiado de esto, Ibrahim.

—Efectivamente.

—Yo no quiero ser una bestia como él. Acaba de una vez.

—Ya va…, ya va…

Un tenue silbido se escuchó cuando el aire corrió hacia la garganta perforada; luego se mezcló con la sangre y el silbido se volvió un borboteo. Ibrahim apretó mínimamente la hoja y volvió a dejarla quieta. La sangre manaba ya a grandes chorros.

—Estás dejando esto hecho una inmundicia —se quejó ella—. Termínalo.

—Un poquito más. ¿Ves? Ya se le está yendo la vida.

Kabir intentó hablar pero vomitó sangre por la boca.

—¡Estás ensuciando todo! —gritó Úrsula.

¡YAHHH! ¡YAHHH! ¡YAHHH! —fueron los alaridos del Haj al retirar la daga. Después, la clavó en el corazón del effendi hasta la empuñadura—. ¡YAHHH! ¡YAHHH! ¡YAHHH!

Quitó la daga y se quedó jadeante, alborozado. Úrsula se apoyó contra él y cerró los ojos.

—Ahora haremos el amor, Úrsula.

—¡Estás loco!

—¡Sí, claro que lo estoy! ¡Desvístete y hagamos el amor!

Sacó del lecho a puntapiés el cuerpo de Kabir, y éste rodó por los escalones. Arrojó a su amiga sobre el lecho y se encaramó sobre ella. Fue como mil actos insanos de dolor y felicidad en mil paraísos e infiernos. Realmente magnífico.

Ibrahim envolvió a Kabir en unas láminas de papel plástico mientras Úrsula limpiaba todos los rastros. Arrastraron el cadáver hasta el muelle y lo dejaron caer, sin ceremonias, en la lancha, junto a *el Persa* envenenado. Mientras él ataba el ancla a las piernas del effendi, ella metía los platos en los que había comido Sultán en una bolsa, que sería lanzada con la otra carga. Al cabo de un momento partieron raudamente hasta el centro del lago.

Tanto Úrsula como Haj Ibrahim permanecieron en Zurich como si nada hubiera pasado. El effendi Kabir era famoso por desaparecer varios días, o semanas incluso, sin dar motivos. Durante dos semanas nadie lo echó siquiera de menos, y todos supusieron que habría viajado a Arabia Saudí. Cuando resultó obvio que se había esfumado, fue imposible demostrar acto ilegal alguno. No había cadáver, testigos ni crimen aparente. Se realizaron ciertas investigaciones de rutina, pero el informe final de la Policía determinó que el effendi y sus guardaespaldas sencillamente habían desaparecido, sin explicación posible. En lo que respecta a los suizos, para ellos fue el fin del asunto.

Cuando cayeron las primeras nieves del invierno, la conferencia de arbitraje se disolvió en desorden. Un frío día de diciembre, Frau Dorfmann y Franz llevaron a Haj Ibrahim al aeropuerto para su largo viaje de regreso.

Úrsula se quedó unas semanas más en Zurich; luego salió subrepticiamente del país para reunirse con la fortuna que le había ido robando a Kabir a lo largo de los años.

CAPÍTULO XVII

Mientras se desarrollaba la conferencia de Zurich, el coronel Farid Zyyad había obtenido la confesión de casi todos los Leopardos Vengadores que arrestara en la plaza Manger. A los que estuvieron dispuestos a colaborar se les permitió cambiar su sentencia de prisión por servicio «voluntario» en una unidad especial de fedayines, o guerreros de la libertad, y se comenzó a entrenarlos para futuros ataques por sorpresa contra Israel.

Los pocos que se negaron a cooperar después de varias semanas de interrogatorios y torturas, recibieron largas condenas de prisión. Además de arrancarles los dientes y propinarles terribles palizas, Farid Zyyad había perfeccionado sus métodos favoritos de infligir dolor. Ambos eran creaciones del desierto y producto del calor allí reinante.

Se ataba a la víctima sobre una mesa y se la cubría con una tela húmeda. Luego se pasaba sobre su cuerpo una plancha caliente desde el pecho hasta los pies. Controlando la temperatura de la plancha, podían asegurarse de que las quemaduras e infecciones resultantes aumentaran sólo levemente con cada nuevo planchado.

El segundo método de tortura preferido por Zyyad se reservó para los más remisos de los rebeldes. A cada uno se lo envolvía con una manta gruesa, se lo ataba y se lo dejaba a la intemperie, bajo el sol del mediodía. Cuando alguno se desvanecía por efecto del calor, se le reanimaba el tiempo necesario para que recuperara las fuerzas y pudiera ser envuelto una vez más.

A Jamil le hicieron todo. Había perdido los dientes y estaba lleno de cardenales. Lo plancharon diez veces, hasta que su cuerpo se hinchó de pus. Lo envolvieron en la manta en más de doce ocasiones.

Casi al mismo tiempo que Ibrahim cambiaba de avión en Atenas, Jamil fue arrastrado entre dos guardias ante Zyyad. El muchacho estaba en agonía pero conservaba la suficiente lucidez como para sentir hasta el más mínimo dolor.

—Bueno, animal podrido. Ya no tengo que jugar más contigo. ¿Sabes lo que haré contigo, Jamil? Te voy a entregar a tu padre como obsequio.

Jamil fue transportado hasta un temido pequeño patio en un extremo de la prisión, donde uno de los guardias criaba varias docenas de gatos. Lo metieron dentro de una gran bolsa de arpillera junto con seis gatos, y cosieron firmemente la bolsa.

Cuando Farid Zyyad golpeaba la bolsa con un palo, los gatos se enloquecían. Golpeó y golpeó hasta que los alaridos de Jamil ya no fueron audibles.

Los felinos lo desgarraron hasta el hueso. Le arrancaron los ojos, los órganos sexuales. Lo único que quedó fue una masa de carne ensangrentada, irreconocible. El ataúd se cerró y al día siguiente se dio a conocer la historia de que Jamil había estado

prestando servicios en una misión secreta contra los judíos. Había pisado una mina —continuaba la historia—, de modo que su cuerpo estaba demasiado desfigurado como para dejar abierto el féretro, que se entregó a Haj Ibrahim cuando éste arribó a Ammán, en una ceremonia militar formal reservada para los héroes.

Por el momento, Aqbat Jabar olvidó que Ibrahim había sido catalogado de traidor, espía de los judíos, un hombre que al parecer se había vendido por algunos naranjales.

El entierro de Jamil fue una concentración masiva de dolientes refugiados, cincuenta mil, que obstruyeron el camino a la mezquita de Jericó, llevando en andas su ataúd. Hagar lloró con la correspondiente histeria y se desmayó seis veces entre los asistentes. A partir de ese día se la llamaría Umm Jamil, la madre de Jamil, título de respeto adquirido por el fallecimiento de su hijo.

Se agitaron cientos de pancartas con la foto de Jamil, junto a muchas otras con consignas sobre la incipiente «revolución». Cuando Jamil llegó a su lugar de descanso en el patio de la mezquita, los antiguos Leopardos, ahora redimidos guerreros de la libertad, dispararon cargas sobre su tumba, y el sacerdote juró venganza contra los sionistas que habían dado muerte al joven.

Se había producido el primer holocausto de los palestinos.

Quinta parte

NADA

CAPÍTULO PRIMERO

Mientras mi padre se encontraba en Zurich, yo me pasé el tiempo con los Beduinos Sirhan. El desierto oriental de Jordania que limitaba con Irak y Arabia Saudí era tan remoto que no había la menor huella de civilización en ciento cincuenta kilómetros a la redonda. Debido a la importancia del profesor Nuri Mudhill, fui recibido por el jeque al Baqi, cabeza de un enorme clan, y me trataron como si fuese uno de sus hijos.

El jeque y sus hijos me enseñaron equitación, cetrería, rastreo de pistas y, principalmente, cómo leer el desierto. Todos los días comenzaban con el sonido de la molienda del café, que iniciaba otro ciclo de supervivencia, la lucha que dominaba nuestras vidas.

Hasta que fui a vivir con los al Sirhan, yo siempre había sido un soñador. Cualquiera fuese la suerte que me impusiera el destino —Jaffa, Qumran, Aqbat Jabar —, pensaba que las cosas iban a mejorar, que algún día terminaría en una hermosa residencia en Tabah o que incluso asistiría a alguna famosa Universidad en El Cairo o Damasco. El desierto y los beduinos me enseñaron que ciertas cosas son terminantes en la vida.

En medio del calor brutal y la pobreza, me resultaba más fácil subsistir buscando algo de sombra, viendo espejismos y permitiendo que la fantasía se apoderara de mi mente. A través de los beduinos llegué a saber por qué el árabe adoptaba una aceptación pasiva de las crueldades de la vida. Todo estaba predestinado por el azar, y poco podía hacer uno más que admitir la dureza de la tierra y esperar ansioso el alivio del viaje al paraíso.

Los al Sirhan no fingían vivir en una sociedad igualitaria. Allí se nacía, se vivía y se moría encerrado en un rígido sistema de castas, permaneciendo en el mismo sitio desde el nacimiento hasta la muerte, sin protestar. Dentro de este férreo conformismo, pocos matrimonios se concertaban entre familias de diferentes clases.

El rostro y el cuerpo del jeque al Baqi eran un mapa vial de cicatrices que atestiguaban su hombría y liderazgo. Mantenía a seis chicos esclavos. Si bien la esclavitud era ilegal, los al Sirhan estaban tan lejos que hasta ellos no llegaban las normas de la sociedad común. Tres de los esclavos cuidaban sus ovejas y uno era sirviente personal suyo. Los dos restantes habían sido castrados, convertidos en eunucos para custodiar a sus esposas y a su harén de concubinas. Dos habían sido adquiridos de familias pertenecientes al clan, y los demás, capturados en correrías.

Yo llegué en el momento que el jeque al Baqi hacía la paz con una tribu enemiga después de ocho años de sangrientas guerras. Todo había empezado cuando un frustrado amante había raptado a una joven de los al Sirhan y huido a una tribu del

otro lado de la frontera, en Arabia Saudí. Sólo se llegó a la paz después de haber sacrificado a la mujer para vengar el honor de los al Sirhan. Hubo entonces una gran fiesta de hermandad entre antiguos rivales.

Allí todos parecían preocupados por el sexo, pero muy poco se podía hacer al respecto. Las mujeres estaban mucho más esclavizadas que en Tabah. Trabajaban más y realizaban las tareas más serviles. A pesar de que a las muy ancianas se les permitía sentarse junto al fuego con los hombres y se las trataba con respeto, las demás no tenían motivo alguno de alegría. Eran muy propensas a ponerse histéricas, ya que al llanto solía ser su única forma de manifestar su frustración. Noté que las mujeres beduinas eran sumamente afectuosas entre ellas, y estaba seguro de que eso era una forma secreta de encontrar placer.

Allí la ley imperante no provenía del Corán sino del duro orden de la vida.

Los hombres pueden matar pero deben hacerlo cara a cara.

Los hombres pueden robar, pero no a su propia gente.

La violación de una mujer de una tribu enemiga no es delito.

La mentira y la estafa están permitidas siempre y cuando se las practique a alguien de otra tribu.

Había normas estrictas que exigían venganza. A menudo el castigo era la amputación de algún miembro. La vida era deplorable. La ley de la supervivencia engendra la crueldad.

El desierto es un amo malvado, pero está en posesión del beduino. Cuando uno entra en el desierto, se halla a su merced. La misericordia no es para los que infringen sus reglas.

Yo aprendí bien mis lecciones, no me metí en problemas y me gané cierta dosis de respeto por ser el único alfabetizado de todo el clan.

El verdadero placer de la vida lo experimentábamos de noche junto al fogón, bebiendo café, volviendo a relatar la historia de un ataque o algún acto épico de heroísmo personal. La familia derviche del clan se unía a nosotros, y en su condición de hechiceros, alejaban a los malos espíritus. Lo hacían danzando como en trance; luego caminaban descalzos sobre las brasas y tenían alucinaciones. Habían demostrado una vez más sus mágicos poderes.

Todo ocurría con deliberada lentitud. La continua reconstrucción del pasado nos proporcionaba un sitio donde desaparecer, ayudándonos a enfrentar la realidad de la diaria existencia.

Las impresionantes salidas del sol a menudo me encontraban solo con el jeque al Baqi, los últimos en retirarnos del fogón.

—Las riquezas y los bienes son cosas que Alá distribuyó en forma injusta —me dijo—. Tenemos muchas muertes, pero eso no es tragedia alguna en el desierto. Fundamentalmente, Ismael, somos libres. El campesino es un esclavo de la tierra. El

hombre de la ciudad es un esclavo del dinero y las maquinarias. Son sociedades malignas. El beduino no las necesita.

Tal vez.

Gran parte de los ingresos de la tribu provenían de que eran «protectores» de un sector del oleoducto transarábigo que cruzaba por su territorio. Cuando los saudíes les propusieron un nuevo arreglo por menos dinero, llegó el momento de enviarles un recordatorio. Yo habría de tomar parte en mi primera correría, para cortar un tramo de la cañería, cuando llegó la noticia de que debía regresar a Aqbat Jabar.

No puedo decir que me haya ido con pena, porque añoraba volver a ver a mi padre y a Nada. Sin embargo, ahora sabía ya cómo el árabe y el fatalismo están ligados para siempre.

CAPÍTULO II

Al regresar a Aqbat Jabar me enteré de que Jamil se había ganado en la muerte una victoria que jamás habría obtenido en vida. Se había convertido en mártir. Eso me molestó. Toda mi vida me había esmerado por ser el preferido de mi padre. También se me consideraba el más inteligente, el más valiente, el que habría de suceder a Haj Ibrahim. Había derrotado a mi hermano mayor, Kamal, y apartado a Omar. Era la luz de los ojos de mi padre. Ahora algo de eso había cambiado. Vi grandes imágenes de Jamil en los bares de Aqbat Jabar, junto a las fotos de los más prominentes jefes árabes.

Los jordanos reclutaban y obligaban a los Leopardos Vengadores y miembros de otras pandillas a formar unidades guerrilleras de combate para cruzar la frontera y realizar incursiones entre los judíos. La culpa de la muerte de Jamil se la adjudicaban a los sionistas, y habían bautizado un batallón de fedayines en su honor.

Mis padres, que muy poca atención le habían prestado en vida, se sumergieron en el duelo. La fotografía de Jamil era el centro de nuestra choza. Las flores, que jamás habían adornado nuestra casa de Tabah, llenaban ahora pequeños jarrones al pie de su foto, delante de la cual se encendían también velas votivas.

Hagar se enorgullecía de que la llamaran Umm Jamil, la madre de Jamil. Lo más extraño de todo era el comportamiento de mi padre. La culpa, la emoción que jamás lo había preocupado, entró en su alma. Él había contribuido al asesinato de su hijo, y se lamentaba. Me daba la impresión de que realmente quería creer que habían sido los judíos sus asesinos.

De pronto, me convertí en el hermano menor de Jamil. Todo el mundo me daba palmaditas en la cabeza. ¿Acaso no me sentía orgulloso?

Dirá usted que Ismael era cruel. ¿No sentía compasión por su hermano asesinado?, se preguntará. Desengáñese usted de mí. Quizás haya sido un niño ante los ojos de todos, pero era muy astuto y fuerte, y seguramente a usted no le gustaría juguetear conmigo. Había aprendido ya que la vida no es tan importante como el martirio.

Debía recuperar mi posición.

A decir verdad, era a Nada a quien echaba de menos más intensamente mientras vivía con los beduinos al Sirhan. Nos obsesiona defender la virtud de la mujer, pero no lo hacemos por ella sino por el orgullo y el honor del nombre. A Nada la quería de diferentes maneras. La amaba por sí misma. Pero no era un amor sexual. Se debía a que ella era buena y siempre me deleitaba.

Me gustaban sus ojos, llenos de curiosidad. Cuando estábamos solos, me encantaba ver en ellos una expresión de picardía. Me daba placer verla lavarse en el

arroyo y trenzar su largo pelo castaño. Me gustaba el contoneo de sus caderas al caminar, y sus dientes muy blancos cuando se reía echando la cabeza hacia atrás.

Quería casarme algún día con una chica como ella. Hasta que llegara ese día, mi más importante misión en la vida era la protección de su virtud. Amaba a mi hermana y no sufría por mi hermano. Al menos no soy tan hipócrita como mis padres. A Hagar podría entenderla, no así a Haj Ibrahim. Rezaba para que se le pasara pronto la culpa.

Debido a mi dominante preocupación por Nada, capté rápidamente que algo debía de haber pasado entre ella y Sabri durante mi ausencia. En circunstancias normales Ibrahim habría advertido una cosa así, pero ya no era el mismo desde su regreso de Zurich. Cierto fuego de su interior se había aplacado. Algo terrible debió de haberle sucedido allí. Este asunto de Jamil aumentaba también su sufrimiento.

Hagar, Ramiza y Fátima probablemente sabían lo de Nada y Sabri. Las mujeres se guardaban muchos secretos. En Aqbat Jabar tanto como en Tabah, las mujeres de los clanes se peleaban constantemente, y podían tener una boca tan sucia como la basura. No obstante, había una raya que jamás pasaban en su trato unas con otras. Como su fidelidad a sí mismas significaba sus vidas, rara vez les contaban chismes a los hombres sobre asuntos femeninos.

La llegada de Sabri Salama a nuestra vida había sido una bendición. Podíamos haber muerto todos si no hubiera sido por la habilidad y el ingenio de Sabri.

Mi padre había gastado en su viaje a Europa todo el dinero de la venta de las antigüedades. Cierto era que todavía nos quedaba el cajón de las armas pero nuestra existencia dependía realmente del sueldo y los negocios colaterales de Sabri.

Al principio me sentí amenazado. Sabri ganaría demasiada admiración de Ibrahim. Pero eso pasó. Sabri tenía su propia familia en Gaza y hablaba continuamente sobre su deseo de reunirse con ellos. Por fortuna, las primeras sospechas de Ibrahim lo mantuvieron siempre fuera de nuestro círculo más íntimo.

Había existido ese incidente de su relación con un oficial iraquí y quizá con otros hombres. De vez en cuando a mí me ponía físicamente inquieto. Sin embargo, no había nada en su comportamiento que fuera motivo de preocupación.

No obstante, me intranquilizaba su relación con Nada. Como Ibrahim parecía no captar la situación, decidí vigilarlos más atentamente.

Sabri trabajaba en un gran taller mecánico de Jericó. El edificio en una época había sido un depósito desde donde se despachaban las cosechas de la Orilla Occidental a Jordania y Arabia Saudí. El lugar fue abandonado durante la guerra, y luego utilizado como taller por la cantidad de vehículos que cruzaban el puente Allenby desde y hacia Ammán.

Dondequiera que haya camiones y mercadería en tránsito, existen siempre transacciones. En esto a Sabri le iba muy bien. Había en ese sitio una pequeña habitación al fondo donde él y otro mecánico dormían y se turnaban como serenos.

Nadie podía culparlo por no desear regresar a nuestra atestada choza de Aqbat Jabar. El campamento era roñoso, y las familias se peleaban y gritaban todas las noches, la noche entera.

Advertí que Nada solía salir de la casa justo antes de la puesta del sol los días que Sabri permanecía en Jericó. No era necesario ser un profeta para imaginarme por qué.

Una noche esperé quince minutos después de que se hubo ido, y me dirigí hacia la ciudad. El taller ya había cerrado. Di la vuelta y tanteé la puerta de atrás. Estaba cerrada con llave. Probé varias ventanas, pero estaban atascadas por años de suciedad.

Después de revisar el edificio buscando dónde apoyar el pie, encontré cómo hacerlo y me subí al techo. Había dos puertas con candado. Con un palito pude despegar los herrajes oxidados.

Me colgué de las manos y me arrojé, cayendo en la caja de un camión. Me dirigí entonces al cuarto de Sabri con sumo cuidado.

Escuché ciertos ruidos del otro lado de la puerta. Pude oír ruidos como los que hacen los amantes. Lentamente probé el picaporte, que cedió. Abrí la puerta de par en par.

Sabri y Nada se hallaban tendidos sobre una estera, en el suelo. ¡LOADO SEA ALÁ! ¡ESTABAN VESTIDOS! Estaban abrazados, y sus partes privadas, a través de las prendas interiores, se apretaban y movían a un mismo ritmo. Con una mano libre él le acariciaba un pecho, mientras que ella se aferraba a la espalda de Sabri. Jadeaban y gemían como si lo estuvieran haciendo en serio.

Nada me vio primero y lanzó un alarido, justo cuando me abalanzaba sobre Sabri.

—¡Te mataré!

Yo era más pequeño que él, pero curtido por el desierto, y no sentí temor. Le asesté salvajemente puñetazos en la cara.

Tomado por sorpresa, Sabri sólo atinó a cubrirse, tratando de defenderse. Seguí golpeándolo una y otra vez, maldiciéndolo al mismo tiempo. Su nariz y su labio sangraban. Sujeté fuertemente su cuello y comencé a apretar.

Algo horrendo se estrelló contra mi cabeza. Todo me dio vueltas y se tornó oscuro. El siguiente recuerdo que me queda es haber levantado la mirada desde el suelo y ver a mi hermana de pie junto a mí, con una llave inglesa en la mano.

—¡Basta ya! —me gritó.

Quedé allí tirado, temblando por el impacto demoledor, y sentí que me corría sangre por el cuero cabelludo. Con la respiración entrecortada, traté de prepararme para otro ataque. Sabri estaba acurrucado en un rincón, tapándose la cara con las manos, llorando.

—¡Ibrahim me matará! —repetía.

Me incorporé sobre un codo. Nada me puso la llave contra la cara,

amenazándome con volver a sacudirme con ella.

—No —le imploré—. No… No…

Aflojó la mano y la llave cayó al suelo. Nada se arrodilló a mi lado y sollozó.

—Lo siento —decía.

El rostro de mi hermana estaba descompuesto de dolor. Prorrumpió luego en incontrolable llanto. Se arrojó al suelo y por poco se ahoga en sus propias lágrimas.

—¡Mierda! —gemí.

Cada uno lloraba en su lugar. Por último, ella se puso de pie, salió de la habitación y regresó con un cubo de agua y unos trapos. Me limpió la sangre de la cabeza, me estrechó entre sus brazos y me mecía como si fuese un muñeco. Después fue hasta Sabri y enjugó también su cara. Permanecimos en un silencio que pareció durar una eternidad. Nada me miró con ojos implorantes. En realidad, suplicaba por su vida.

—No sé qué hacer —confesé.

—Por favor, haz que no nos maten —me pidió—. Ya no podíamos resistirlo más. En realidad, no lo hicimos. Sólo estábamos jugando. Que no nos maten.

—Alá, ayúdame —murmuré.

—Ismael. —Era Sabri—. Debes creerme que no pensaba llegar hasta el final. Respeto a Nada y la amo. ¿Qué podemos hacer? Nos estamos enloqueciendo. Pensábamos solicitarle a Ibrahim permiso para casarnos, pero yo no tengo dinero. Sabes que él nunca accedería…

Nada volvió a hablarme.

—Cuando me di cuenta de que no podíamos controlarnos, le pedí a Sabri que se marchara, que fuese a buscar a sus padres, a Gaza.

—Yo quería irme para no deshonrar a tu familia —terció él—. Pero ¿cómo hago para viajar? No tengo dinero ni documentos.

Comprendía la desesperación de ambos.

—No nos harás daño, ¿no, Ismael? —imploró ella, tomando mis manos y besándolas.

Cometí el error de volver a mirarla a los ojos.

—No diré nada. Pero Sabri tiene que irse.

Los dos se arrojaron en mis brazos y los estreché. Entonces, lloramos todos de nuevo. Después nos sentamos como aquel día de la montaña, cuando encontramos los tesoros. Nos dimos la mano en un círculo e hicimos nuestro juramento. No obstante, eso no solucionaba el problema de Sabri.

—A mí me gustaría quedarme para estar cerca de Nada, pero soy consciente de que significo la deshonra para ella. Le he entregado a tu padre hasta el último céntimo que he ganado. No me guardé nada para mí. Se necesitan más de mil dólares para sobornar a un oficial y conseguir documentos para el viaje. Para buscar a mis

padres debo cruzar a Jordania, atravesar Siria y tomar un barco del Líbano a Gaza. El pasaje me costaría tanto como los papeles. ¡Me estoy volviendo loco!

Oré. Sentí la mano de Nada que sujetaba la mía y recordé aquella vez, cuando ella me tomó de la mano y me ayudó a subir hasta la gruta del tesoro. Ya sabía lo que debía hacer.

—Sé de dónde sacar el dinero —dije, algo inseguro.

—¿Dos mil dólares?

—Sí. Me imagino que te acuerdas de nuestras armas. Jamil y yo las escondimos en el Monte de las Tentaciones. Las venderé.

—Pero cuando nuestro padre se dé cuenta de que faltan, te matará a golpes.

Yo ya dominaba totalmente la situación.

—Sabri deberá escribirle una carta a Ibrahim. Le dirá que, antes de morir, Jamil anduvo fanfarroneando sobre las armas y contó dónde estaban ocultas. Ibrahim lo creerá porque siempre sospechó que Jamil revelaría el escondite. Si mañana las desentierro, Sabri, ¿podrías encontrar un comprador?

—Sí —me respondió en un susurro.

—Será peligroso para ti, Ismael —protestó Nada.

—Todos tenemos secretos. Éste también tendremos que guardarlo.

—Pero, Ismael —intentó oponerse Sabri.

Lo interrumpí.

—Lo que vamos a hacer es esto. Escríbeme la carta esta noche.

Me puse de pie, salí con paso vacilante de la habitación y esperé en el taller. No miré más. Ellos tenían muchas cosas que decirse.

Finalmente salieron. Sabri me estrechó una vez más y trató de hablar, pero estaba demasiado conmovido. Se desprendió de mi abrazo, regresó a su cuarto y cerró la puerta.

Nada me tocó el bulto de la cabeza.

—Ya no te sangra —dijo.

—No te preocupes. No es gran cosa.

Lavamos nuestras heridas y dolores, y muy pronto nos hallábamos camino a Aqbat Jabar. Cuando divisamos el campamento, nos paramos, tomados de la mano en la penumbra, y contemplamos desde la carretera ese siniestro desorden de chozas miserables. Después, subimos al Monte de las Tentaciones y miramos las estrellas.

—No me preguntes cómo me enteré —dijo ella al rato—, pero sé lo que les sucedió a mamá, Fátima y Ramiza en Jaffa.

—Pero…

—Es demasiado duro para ti soportar solo un secreto tan terrible. Quiero compartirlo contigo. Hace mucho que lo pienso. Tu silencio me hizo comprender que te convertirías en un hombre maravilloso.

Sentí como si me hubiesen quitado un enorme peso de encima.

—Te quiero muchísimo, Ismael. Te amo más que a Sabri, de diferente manera.

—No tienes que decir eso.

—Eres mejor persona que nuestro padre porque amas más de lo que odias.

—Yo respeto a Ibrahim. Siempre he aspirado a ser como él.

—Eres distinto de él y de todos los demás, incluso de Sabri. —Me sonrió a la luz de la luna; sus dientes blancos eran como estrellas—. Te quiero porque no eres capaz de matar lo que amas.

CAPÍTULO III

Julio de 1951

El asesinato de Charles Maan fue un golpe del que mi padre nunca se recuperó totalmente.

Los planes de reinstalar a los cristianos muy pronto llegaron a oídos de los jefes árabes. Con el fin de demostrar una unidad de odio, había que mantener a los cristianos dentro de los campamentos junto con sus hermanos musulmanes. La muerte de Charles Maan fue una clara advertencia.

Lo habían secuestrado en Jerusalén Oriental al salir de una reunión. Su cadáver fue hallado en un vertedero de basura cercano a Ramallah unos días más tarde. Los asesinos le habían insertado una cánula de siete centímetros y medio por el recto, e introducido por el tubo varias ratas pequeñas, que llegaron hasta los intestinos de Maan. Le habían atado fuertemente las piernas para que las ratas no pudiesen ser desalojadas.

Nunca había visto a mi padre tan trastornado por la muerte de alguien. Cuando lo acompañé al entierro, literalmente tuve que sostenerlo en pie. Maan fue sepultado en una cripta de Betania, en las afueras de Jerusalén, camino de Jericó. En ese lugar Jesús había resucitado a Lázaro de entre los muertos. Charles Maan no sería acreedor, sobre la Tierra, de un milagro semejante.

El único rayo de esperanza después de su muerte fue cuando su hija, la hermana María Amelia, nos dijo que varios sacerdotes árabes cristianos habían jurado continuar el trabajo de su padre, y sacar a su pueblo de los campamentos.

Era un día tórrido y soplaba el viento del desierto. Durante las ceremonias fúnebres mi padre casi se desmayó. Lo noté demasiado mareado como para regresara Aqbat Jabar. La hermana María Amelia sugirió que nos quedáramos en un albergue, lo cual fue una bendición. Al cabo de una noche de sufrimiento, Ibrahim pareció recuperar el dominio de sí mismo.

Era el sábado musulmán. Mi padre sostenía que, si estábamos en Jerusalén Oriental, debíamos ir a la mezquita Al Aksa a orar por el alma de su amigo. En esa época la ciudad se hallaba dividida por una tierra de nadie que corría como un tajo a lo largo de la Puerta de Jaffa. Cada lado podía mirar al otro, a veces desde tan corta distancia que casi era posible tocarse.

Pese al dolor que le causaría, mi padre no pudo dejar de subir los escalones hasta el muro de la fortaleza. Desde allí pudimos contemplar, más allá de la tierra de nadie, el sector judío de Jerusalén, el «Hotel Rey David», la torre de la Acción Cristiana de Jóvenes… Tabah se encontraba sólo a una media hora de camino.

—Vamos, padre —le supliqué—. Esto no te hace nada de bien.

Permitió que lo tomara de la mano para bajar la escalinata. En un momento nos vimos rodeados por una multitud de fieles con sus ropas sabatinas, que ingresaban en la Ciudad Vieja por la Puerta de Jaffa y la de Damasco. Las angostas callejuelas estaban colmadas de peatones, rumbo a Haram esh Sharif.

Muy pronto vimos surgir ante nosotros la dorada Cúpula de la Roca mientras ascendíamos a la inmensa plaza en medio de miles de fieles. Tuvimos que esperar para llegar a la fuente de ablución para el rito del lavado de pies; luego avanzamos lentamente hacia Al Aksa, la mezquita construida en honor de la culminación del mítico viaje de Mahoma desde La Meca.

Miles de pares de zapatos se hallaban ordenadamente acomodados en la entrada. Nos dirigimos hacia la puerta. Ya podíamos oír, adentro, la voz del lector del Corán. En ese momento se produjo una conmoción en la plaza. ¡El rey Abdullah y su nieto Husain llegaban a la mezquita!

Estábamos en un lugar perfecto para verlos pasar. Me quedé extasiado observando al nieto, aproximadamente de mi misma edad. El recuerdo del palacio hachemita de Ammán pasó fugazmente por mi mente. ¿Sabría el joven Husain siquiera que estábamos vivos? ¿Qué le había contado de nosotros su abuelo? Qué maravilla debía de ser la vida para él.

La guardia del rey consiguió abrir un estrecho sendero entre la multitud, pero la gente volvía a cerrarlo, tratando de ver y tocar a su soberano. Abdullah, que gozaba con la adulación, no hacía más que gritarles a sus guardaespaldas que no lo aprisionaran, que quería poder hablar con sus súbditos. Al verlo caminar libremente, conversando y estrechando manos, pensé que su sistema de seguridad estaba en realidad muy disminuido. Muy pronto Abdullah y Husain quedaron virtualmente solos entre un mar de emocionados devotos.

El corazón me dio un vuelco cuando pasaron justo delante de nosotros. Casi hubiéramos podido tocarlos. Al llegar a la puerta, el rey se volvió y saludó con la mano a la muchedumbre. En ese instante un hombre emergió de las sombras de la mezquita, levantó una pistola a escasísima distancia de la cabeza del rey, y disparó.

Vi que la bala le entraba por la nuca y le salía por el ojo. Abdullah cayó al suelo y su turbante rodó.

¡El caos!

—¡Han matado a nuestro rey!

La guardia de a pie quedó desconcertada. Dentro de la mezquita, el lector del Corán no había oído los disparos, y su voz continuaba llenando el edificio a través de los altavoces. El asesino siguió disparando alocadamente. Los proyectiles rebotaban contra el suelo de mármol. Mi padre y yo nos echamos hacia atrás cuando la guardia logró reducir al homicida, casi a nuestros pies.

—¡Ha muerto el rey!

Vi que el joven Husain se derrumbaba, aunque con vida. Mi impulso era alcanzarlo con mis brazos. Ibrahim me sujetó con fuerza y me susurró al oído:

—Volvámonos lenta, muy lentamente. No te metas en nada. No eches a correr. Simplemente nos esfumaremos.

Abdullah murió a manos de un palestino, un bandido del muftí, y ese disparo desencadenó una maligna reacción entre sus súbditos beduinos. Abdullah los había unido y gobernado durante tres décadas, y ellos le eran fanáticamente leales. Los miembros de las tribus del desierto abandonaron sus cavernas sedientos de venganza contra los refugiados del lado jordano del río. Una docena de palestinos fueron ahorcados frente a las puertas de varios campos de refugiados.

Al día siguiente desmembraron sus cuerpos, que fueron arrastrados por caballos galopantes en las calles de Ammán. Se seccionaban brazos y piernas, que eran arrojados a la muchedumbre embravecida. Los torsos de los cadáveres recibían puntapiés, salivazos y puñaladas.

Concluido esto, no había quedado satisfecha su sed de revancha. Los beduinos se unieron para arrasar los campamentos. Por último, el Primer Ministro jordano, un palestino, convenció a la Legión de que tendría que impedir una monumental masacre. Muy en contra de su voluntad hubo que rodear los principales campamentos y las ciudades de Ammán, Salt, Suweilih y Madaba para proteger a los palestinos.

Cuando se llevó al rey a su último morada, en un monte próximo a Ammán, un periodista del El Cairo, asistente a la inhumación, comentó que en los seis años anteriores, el mundo árabe y sus primeras experiencias de autogobierno habían eliminado a una cantidad de hombres con la misión de gobernarlos. Además de Abdullah, habían sido:

El imán Yahya, gobernante de Yemen, asesinado al igual que…

El presidente Husni az Ziam, de Siria.

El Primer Ministro Ahmed Maher Pasha, de Egipto, sucedido en el cargo y orden de fallecimiento por…

El Primer Ministro Nokrashy Pasha, de Egipto.

El Primer Ministro Muhsen el-Barazi, de Siria.

El Primer Ministro libanes, seguido hasta Jordania, adonde había ido de visita, abatido por disparos desde un coche.

El comandante en jefe del ejército sirio, Sami el Henawi.

El jeque Hasan al-Banna, líder de la Hermandad Musulmana de Egipto.

El ministro Amín Osman, de Egipto.

Una cantidad de ministros, jueces, jefes policiales y comandantes militares.

Por no hablar de las docenas de atentados frustrados.

En Irak había habido cuatro golpes de Estado.

Jordania cambiaba de Primer Ministro con una frecuencia casi mensual.

Un rey egipcio, corrupto y degenerado, fue destituido de su cargo por un levantamiento de oficiales. Posteriormente huyó para dedicarse a una vida de perversión en la Riviera francesa.

El hijo de Abdullah, el emir Talal, ocupó el trono jordano. Durante dos décadas había pasado su vida en hastío, y en una amarga relación con su autocrático padre. Cuando lo coronaron, los demás jefes árabes lo alabaron como enemigo de su difunto padre y como un patriota que acabaría con la dominación británica en su país.

Lamentablemente, el rey Talal estaba loco. Había pasado la mitad de su juventud internado en clínicas privadas europeas, y hubo de regresar a Jordania de un manicomio suizo para reclamar el trono. El período de funciones de Talal fue breve. El rey loco, mantenido a su trono por los ingleses y la Legión, era obviamente incapaz de reinar.

Por medio de un acuerdo secreto entre los militares y el Parlamento, Talal fue hábilmente destituido y sacado del país. Habría de transcurrir el resto de su vida en el exilio, primero en Egipto y luego en una remota villa de Turquía.

Su hijo mayor, Husain, fue designado rey bajo una regencia. El joven Husain había escapado a la muerte en Al Aksa cuando una de las balas asesinas, que iba dirigida a él, rebotó contra las medallas que lucía sobre su pecho quinceañero.

CAPÍTULO IV

Si hubo un momento propicio para la rebelión, fue con ocasión de la muerte de Abdullah. Como reacción contra la represión jordana, se produjeron encendidos excesos en todos los campamentos de la Orilla Occidental. Fueron tumultos a menudo sangrientos, sin otro objetivo real que el alivio que causaba el mero hecho de entregarse a los motines.

Se necesitaba desesperadamente una voz que nos reagrupara. Yo confiaba en que Ibrahim daría un paso al frente y nos uniría bajo su liderazgo. En cambio, soportó el contragolpe jordano conformándose con pasar inadvertido. Mi noble y valiente padre, el objeto de mi adoración, había sido silenciado. El fuego de sus entrañas se había aplacado. Esto fue un terrible desencanto para mí.

Mientras la Legión Árabe nos pisoteaba sofocando la disensión, el Haj y lo que quedaba de los antiguos jefes se las arreglaron solos y salvaron sus pellejos. Comencé a odiarlos por sus incesantes lamentos acerca del exilio y el retorno. El orgullo y la dignidad que pudieron haber tenido, ya no existía. Ellos eran los agraviados, merecedores de piedad, satisfechos con vivir de la limosna, perjudicados por las injusticias recibidas.

Las Naciones Unidas se hicieron cargo de los campamentos enviando administradores rubios, de ojos azules, que habían de tomar las decisiones por nosotros.

Los jordanos ya no perseguían a mi padre porque él ya había dado muestras de haberse apaciguado. Ibrahim poseía aún renombre del pasado y gloria reciente por el martirio de Jamil, que él había aprovechado para obtener un cargo en las Naciones Unidas. Lo pusieron al frente de una comisión que debía crear industrias y promover la agricultura en la zona de Jericó. Rápidamente le consiguió trabajo a Kamal en el centro de aprovisionamiento médico de la UNRWA (*United Nations Relief Works Agency*). El puesto era perfecto para Kamal. Allí no tenía mucho que hacer, salvo dormitar en un cubículo casi el día entero, con un ayudante que le traía café y se ocupaba de cualquier trabajo que surgiera. Kamal, nunca muy encumbrado ante mis ojos, se había vuelto totalmente perezoso.

Pese a haber sido en una época dinámica y divertida, Fátima había perdido todo su empuje en Aqbat Jabar. Ninguno de los dos se tomaba ya el trabajo de espantar las moscas. Kamal envejecería, seguiría a la generación de mi padre al café, jugaría al backgammon, fumaría su pipa de agua, fantasearía sobre la inmensa casa donde había vivido en Tabah, y enviaría a sus hijos a los fedayines para recuperar la libertad que le arrebataron los perros sionistas.

Omar se reveló como una sorpresa. Permaneció la mayor parte del tiempo en

Jericó y se dedicó a acosar a los comerciantes, hasta que finalmente el dueño de un pequeño almacén lo contrató. Omar completó su trabajo preparando café y vendiendo golosinas entre las colas de vehículos que aguardaban para cruzar el puente Allenby. Les hacía recados a los camioneros y al fin consiguió un puesto en el correo.

La correspondencia para un campo de refugiados era un asunto complejo. No había servicio de entrega. Si alguien esperaba una carta, enviaba al correo a un niño, que se pasaría largas horas haciendo cola por una carta que la mayoría de las veces no estaba. Omar trazó una ruta de reparto, cobrando medio penique por entregar una carta, y uno entero por un paquete. La tarea se dificultaba porque las chozas no tenían numeración, y tuvo que aprender la ubicación de cada familia, clan y tribu de memoria.

El cargo de Ibrahim en la UNRWA significó mayores raciones para la familia, aparte de otros beneficios. Al trabajar también Omar y Kamal, nuestra situación económica mejoró. Eso sirvió para que no se siguiera recriminando a Sabri por «vender nuestras armas y fugarse con el dinero». Mantener el juramento se había convertido en una cuestión de vida o muerte entre Nada y yo.

A mí, ¿qué me quedaba para hacer? Aborrecía el ocio. Secretamente seguía dándole lecciones a Nada en el Monte de las Tentaciones. Ayudaba a Omar con el reparto de correspondencia. Daba vueltas alrededor del profesor Nuri Mudhill, pero él tenía muy poco trabajo en esa época, salvo preparar papeles, demasiado difíciles para mí.

Rezaba intensamente a Alá para que apareciera algo… ¡y Alá me escuchó! ¿Se imagina usted mi alegría, mi éxtasis, cuando me enteré de que se abriría una escuela para varones en Aqbat Jabar? Había vacantes sólo para trescientos alumnos. Si bien había miles de chicos en edad escolar, sabía que me aceptarían. De hecho, se eligió a los estudiantes entre los hijos de antiguos muktars, jeques, y ahora funcionarios de la UNRWA.

Todos los países árabes tenían empleados palestinos, cuya misión aparente era ayudar a sus hermanos refugiados. En realidad, trabajaban en bien de los intereses de la nación anfitriona. El doctor Mohammed K. Mohammed era un renombrado médico que había huido de Jaffa antes de la guerra, durante el éxodo de la élite. Como existían tan pocos hombres instruidos, teníamos tendencia a venerar a los doctores, dentistas, abogados y maestros. El honor que se les rendía era desproporcionado en comparación con sus verdaderos méritos.

El doctor Mohammed K. Mohammed era un hábil político. Utilizando su fama de médico como trampolín, creó la Sociedad de Ayuda al Refugiado Palestino en El Cairo. Se olió el golpe de Estado que cambió las autoridades del país, y ofreció su organización a los nuevos gobernantes. Los funcionarios calcularon los futuros beneficios que podrían obtener de él y lo empujaron al frente de las luchas políticas,

proclamándolo el verdadero líder de los exiliados.

A pesar de los desastres ocurridos en su lucha contra los judíos, Egipto seguía siendo el país árabe más poderoso. Su principal zona de influencia entre los palestinos era la franja de Gaza, sector que albergaba a más de cien mil refugiados. Sin embargo, junto con Siria e Irak, Egipto andaba siempre al acecho para penetrar en el territorio del extinto rey Abdullah, sobre la Orilla Occidental.

Cuando un filántropo norteamericano decidió fundar una escuela para niños refugiados en Jericó, el doctor Mohammed K. Mohammed estaba el primero en la fila para recibir su parte del dinero. Astutamente había logrado asociar a su organismo con la UNRWA, para extraer fondos. Ahí tenía Egipto oportunidad de asentarse con firmeza.

Se construyó un edificio de dos plantas cerca de la carretera, a mitad de camino entre nuestro campamento y el de Ein es-Sultan. La escuela se llamó Wadi Bakkah, en conmemoración de una monumental victoria árabe sobre los visigodos en el año 711.

Era un secreto a voces que el doctor Mohammed era bisexual. Tenía mujer y varios hijos en Alejandría, pero generalmente se lo veía en compañía de hombres.

En mi pueblo no se habla de los hombres que hacen el amor con otros hombres. A los hombres les está permitido ser cariñosos unos con otros en público, besarse y caminar tomados de la mano, pero nosotros hacemos como que no existiera entre ellos nada íntimo. Cualquier signo de homosexualidad debe ser disimulado. ¿Por qué? Hay gente como Mohammed en todas partes.

El doctor Mohammed era una persona imponente, de rostro severo, el consabido bigote y finos trajes occidentales. Tendría unos cincuenta años de edad, era de contextura normal, un hombre muy entusiasta que hablaba con lenguaje florido. La Escuela Wadi Bakkah fue una victoria personal para él, y la inauguró con gran ostentación.

Había escasez de maestros cualificados, pero el doctor ya había considerado el problema. Algunos miembros de la Hermandad Musulmana egipcia, burdamente disfrazados de refugiados palestinos, se habían infiltrado en los campamentos de la Orilla Occidental. La mayoría tenía cierta experiencia como profesores de religión; sabían leer y escribir y conocían el Corán, elemento básico de nuestra educación.

A mí me pusieron en los cursos superiores junto con otros diez chicos, a quienes también se utilizaba como instructores.

Aunque el Corán hablaba por sí solo en lo relativo al odio hacia los judíos, los maestros de la Hermandad Musulmana hacían parecer a mi viejo profesor, el señor Salmi de Ramle, muy benigno en comparación con ellos.

Para las clases de historia y geografía empleábamos mapas donde no aparecía Israel. Se nos enseñaba que Canaán era un territorio árabe antes de que Josué nos lo

arrebatara. Durante cuatro mil años Palestina había sido una tierra robada.

Cuando el Islam se levantó para eliminar a los Cruzados, los otomanos turcos lo pervirtieron y debilitaron, usurpándole al pueblo árabe su verdadero papel de líder del mundo. En épocas recientes, los británicos conspiraron para instalar a los judíos en Palestina como agentes de avanzadilla del imperialismo. Los judíos se abocaron a la destrucción de Palestina como parte de su maléfico pacto con el demonio.

En ningún momento habían sido los árabes responsables de las calamidades que se abatieron sobre ellos. Cuando perdían una batalla, se trataba simplemente de la forma en que Alá les recordaba que no habían sido perfectos musulmanes.

En las clases de matemáticas de los grados inferiores se enseñaba a sumar y restar. «Si tienes diez sionistas muertos y matas a seis más, ¿cuántos sionistas muertos habrá en total?». La multiplicación y división de sionistas muertos se volvía más complicada a medida que aumentaba el nivel de los cursos.

En cada aula había un dibujo realizado por cada alumno, clavado en la pared. En cantidad abrumadora se pintaba a judíos narigones matando y mutilando niños árabes, aviones sionistas atacando indefensos campos de refugiados, gloriosos fedayines clavando a los judíos con los bolsillos llenos de dinero teñido de sangre, gloriosos fedayines obligando a huir a los cobardes judíos, gloriosos fedayines en pie sobre una montaña de cráneos de judíos en Tel Aviv, gloriosos fedayines leyendo dulces poemas a los niñitos árabes.

Ocasionalmente había algún dibujo de flores, tiendas, pozos de agua, árboles, pájaros y animales, pero esos trabajos no eran fomentados y jamás ganaban premios.

Todos los meses había un concurso de poesía. El tema nunca variaba.

El sionista es el asesino del mundo
Niños, árboles y pájaros mueren ante sus balas,
Y la pobre gente llora,
Porque sus casas fueron destruidas,
Y el mundo tendrá que pagarlo.

A medida que se iba subiendo de grado, las palabras eran más encendidas.

¡Azótame!
¡Consigue más látigos!
¡Más verdugos!
¡Miles de ellos!
¡Golpéame de pies a cabeza!
¡Frótame cada herida con sal!
Las heridas viejas y las nuevas.

Con mi sangre escribiré
Un millón de canciones de protesta.

Poseíamos una variedad de libros de texto de diversos países. En los cursos superiores usábamos el *Libro de lectura de la escuela secundaria* egipcia:

OH MADRE DE ISRAEL

¡Oh madre de Israel! Seca tus lágrimas, la
sangre de tus hijos que se ha derramado en el
desierto sólo producirá espinos y ajenjo.
Limpiate la sangre, oh madre de Israel,
Ten piedad y libra al desierto de su inmunda sangre,
Oh madre de Israel. Retira a tus muertos
porque su carne ha descompuesto a los cuervos
y su hedor provocará vómito. Llora, oh madre de Israel,
y laméntate. Que cada casa sea el Muro de las Lamentaciones
de los judíos.

Las paredes de las aulas estaban cubiertas de consignas que abogaban por la muerte y la destrucción. En los patios contábamos chistes.

«¿Cuántos judíos caben en un “Volkswagen”?».

«Treinta. Cuatro en los asientos y veintiséis en los ceniceros».

La educación física era, en realidad, un programa de adiestramiento militar. Salíamos de la escuela en excursión a «estudiar la naturaleza», para acatar las normas de la UNRWA. Marchábamos hacia sitios secretos de entrenamiento de fedayines. Nuestros cursos consistían en aprender a sobrevivir en el campo, seguir pistas, luchar con cuchillo, arrastrarnos debajo de alambre de púas, saltar sobre fuego, arrojar granadas y estrangular animales para demostrar valentía. Nos empeñábamos para que se nos concediera el privilegio de disparar con municiones verdaderas. Accionar una ametralladora nos llenaba de una tremenda sensación de poder. El que mejor puntería tenía entre nosotros era un niño de nueve años.

Los diez niños del curso superior tuvimos el honor de que se nos asignara como maestro a un importante clérigo de la Hermandad. El programa se basaba en la publicación de la Conferencia de la Academia de Estudios Islámicos de El Cairo, una reunión de los cincuenta eruditos musulmanes más prominentes del mundo. Además de los delegados de los países árabes, había otros de sitios tan diversos como Rusia, Indonesia, la India, Yugoslavia, China y Japón. Se trataba de los muftís, los

profesores, los ministros de la religión. En ese cónclave había habido decenas de disertaciones, monografías y resoluciones, todas relativas a los «Cinco Grandes Temas»:

1. Los judíos son los enemigos de Dios y la Humanidad.
2. Los judíos han sido nefastos a través de la Historia. Su Biblia está llena de escándalos y libertinaje que revelan la verdadera naturaleza de su religión. Es una obra apócrifa que desvirtúa el mensaje de Dios.
3. Los judíos son escoria y no constituyen una legítima nación.
4. El Estado de Israel debe ser destruido porque es la culminación de la depravación histórica y cultural de los judíos. Su existencia es una total contradicción con la «morada del Islam», proclamada por Alá.
5. El Islam es superior. Su grandeza garantiza su postrer triunfo sobre los demás pueblos y religiones. Las derrotas sufridas por los árabes a través de a Historia fueron manifestaciones de la voluntad de Alá para enseñar a los musulmanes que deben renovar su pureza y su propósito.

No teníamos a la vista a esos funcionarios rubios, de ojos azules, que se encerraban detrás de los muros de las residencias de Ammán. La enseñanza quedaba totalmente en manos de los árabes. Cuando venían inspectores de la UNRWA, siempre se nos avisaba con anticipación. Un grupo selecto de nosotros conocía el gran secreto de la escuela. En el subsuelo se estaban almacenando armas y municiones.

El doctor Mohammed K. Mohammed regresó antes de que se cumpliera nuestro primer aniversario. Nos reunieron bajo un sol abrasador en el patio del colegio, donde una cantidad de oradores elogió nuestros progresos y dedicación a la revolución. Como futuros fedayines, habíamos avanzado notablemente en nuestro desarrollo espiritual. Nuestros hermanos árabes, sólidamente unidos, estaban apenas del otro lado de la frontera, preparándose para la guerra del exterminio. Muchos de nosotros seríamos héroes.

Estábamos casi desfalleciendo del calor cuando el doctor Mohammed se adelantó a hablar.

—Hoy es dos de noviembre, según el calendario cristiano —gritó por el micrófono, alzando un puño—. ¿Alguno de ustedes sabe lo que eso significa?

—No —respondimos al unísono.

—Es uno de los días más negros de toda la historia árabe.

—Ah —exclamamos.

—Ese día, los perros británicos imperialistas vendieron nuestro derecho de nacimiento a los judíos, accediendo a sus falsas reivindicaciones sobre nuestras

tierras sagradas de Palestina.

—Ah.

—Ese día los perros británicos imperialistas vendieron nuestro derecho de nacimiento a los judíos, accediendo a sus falsas reivindicaciones sobre nuestras tierras sagradas de Palestina.

—Ah.

Es el día en que se proclamó la infame Declaración Balfour. ¡Abajo la Balfour!

Nuestros maestros, situados en una pequeña tarima detrás del doctor, se pusieron de pie.

—¡Abajo la Balfour! —gritaron.

Nosotros, los de los cursos superiores también nos levantamos.

—¡Abajo la Balfour!

El doctor Mohammed se acercó, nos hizo formar y nos sacó de la escuela, entonando con nosotros:

—¡Abajo la Balfour!

Salimos y nos encaminamos hacia una hilera de quioscos y un café concurrido por varios viejos holgazanes. Al pasar a su lado, también se unieron a nosotros.

—¡Abajo la Balfour! —coreaban.

Estábamos en la carretera. Junto al camino, varios centenares de niñas y mujeres aguardaban la llegada del camión del agua. Rompieron filas animadamente. «¡Abajo la Balfour!». Marcharon detrás de nosotros rumbo al campamento de Ein es-Sultan. Otros cientos de personas se agregaron en Aqbat Jabar. Muy pronto la ruta estaba ya repleta de humanidad.

—¡Abajo la Balfour!

Llegamos a una remota casita de dos plantas perteneciente a un zapatero, un armenio de nombre Tomasian, que había vivido toda su vida en Jericó.

—¿Qué pasa? —preguntó a gritos desde su balcón.

—¡Abajo el balcón! —le contestó alguien.

—¡Abajo el balcón! —fue la nueva consigna.

—¡Abajo el que está arriba!

Un vendedor ambulante que iba en un carro tirado por un burro, se espantó al verse rodeado por nosotros.

—¡Abajo el carro con el burro!

—¡Abajo el cadáver de Abdullah!

—¡Abajo las Naciones Unidas!

—¡Abajo los criminales norteamericanos!

La multitud era orquestada por la Hermandad Musulmana. Algunos entraron con violencia en casa del armenio, la saquearon y entonaron rítmicamente que Tomasian era un traidor.

—¡Jihad!

—¡Guerra santa!

—¡Abajo los armenios!

Obviamente alguien había coordinado la manifestación, puesto que un maestro de la Hermandad vino hacia nosotros desde Ein es-Sultan seguido por cien niños que corrían detrás de él. Cuando llegaron, noté que estaban exhaustos y sudorosos por el calor. En ese momento, uno de ellos comenzó a vomitar. Luego fue otro, y otro más. En un instante el vómito se generalizó.

—¡Los sionistas envenenaron los manantiales!

—¡Abajo los sionistas!

La gente caía de rodillas, con arcadas, vomitando por toda la carretera.

—¡Nos han envenenado!

Centenares se desplomaron en el suelo, retorciéndose, aullando de dolor. Algunos empezaron a ver a Mahoma. ¡Otros a Alá!

Las pocas ambulancias de Jericó fueron insuficientes para prestar servicio a lo que se había convertido en un estallido universal de histeria. Las mujeres se desmayaban. Los hombres corrían en círculos echando espuma por la boca.

Los automóviles y camiones que habían quedado bloqueados comenzaron a hacer sonar sus bocinas. Los vehículos fueron tumbados y se los incendió. Muy pronto el aire se llenó de piedras que se arrojaban al azar. La sangre se unió al vómito.

—¡ABAJO EL BALCÓN!

—¡ABAJO EL BALCÓN!

CAPÍTULO V

1953

Desde el instante en que Per Olsen entró en nuestra choza nos dimos cuenta de que era distinto de los habituales burócratas. Nuestro nuevo administrador de la UNRWA era un dinamarqués de cerca de cincuenta años, pero no tenía pelo rubio ni ojos azules. Era un hombre sumamente decente que poseía ese buen humor que rápidamente hace superar la sensación de formalidad que por lo general se tiene frente a la mayoría de los extranjeros.

Per Olsen había obtenido sus credenciales después de una de las guerras civiles más sangrientas de la Historia, que tuvo lugar entre musulmanes e hindúes en la India. Al producirse el intercambio de poblaciones después de la creación de Pakistán, casi de la noche a la mañana aparecieron aproximadamente veinte millones de refugiados. Olsen fue altamente elogiado por su labor humanitaria con ellos. Venir a Jericó significaba para él algo más que una rotación normal de cargos.

Mi padre quedó impresionado por él desde el principio, cuando el danés convocó a sus socios árabes para una serie de reuniones.

—Es un hombre excelente —me confió Ibrahim—. Estoy seguro de que le han encomendado alguna misión especial.

Yo había cumplido los diecisiete y dominaba el inglés. Además de mi puesto de maestro en la Escuela Wadi Bakkah, hacía de traductor para mi padre. Por consiguiente, participé de su amistad con Per Olsen desde el primer momento.

Después de situarse y evaluar la capacidad de su plantilla árabe, Olsen fue a visitarnos a casa.

—Quiero poder depender de usted como asesor personal, Haj Ibrahim.

—Yo no soy más que un humilde empleado de las Naciones Unidas. Pero mis servicios están siempre a su disposición.

—Vamos a tener experiencias muy interesantes aquí —dijo Olsen, sacando un puro «Schimmelpenninck» de un paquete que llevaba en el bolsillo de la camisa. Mi padre probó uno.

—Hmmm. Es distinto —comentó Ibrahim—. Muy bueno.

—Permítame hablarle, no como a un hermano sino como a un hombre a quien necesito tener de mi lado. Mi padre sonrió.

—¿Qué quiere saber de mí? —continuó Olsen.

—Su título y su prestigio son conocidos.

—He visto las peores cosas en la frontera entre la India y Pakistán. ¿Quiere que le dé los detalles para determinar si sé o no lo que estoy haciendo?

—Sólo el tiempo dirá si la situación de la India se puede trasladar a Palestina.

—He presenciado demasiado la depravación humana como para engañarme con cualquier sensación de falsa seguridad. Para ser breve —prosiguió Olsen—, no represento a la riqueza ni a la pobreza. No me interesa la política de judíos y árabes. Mi primera mujer fue una judía, asesinada por los nazis en Dachau. Gracias a Dios no tuvimos hijos. Mi esposa actual es musulmana, una enfermera que trabajó conmigo en la India. Tenemos tres hijos. Verá usted que soy una mezcla total.

—Excelente cigarro —dijo mi padre, saboreándolo.

Los dos hombres permanecieron en un largo silencio que intentaba atravesar el tiempo, el espacio, las culturas, las suspicacias.

—¿Qué es lo que desea? —preguntó mi padre.

—Acepté venir a la zona de Jericó porque podría poner en marcha una misión especial. Como usted sabe, el odio y la desesperanza son las dos peores maldiciones del refugiado. El hambre y la enfermedad pueden superarse. Todo junto engendra el crimen, el terror, la demencia. Si se tiene un Dios, es el principio de la ayuda a uno mismo. Estoy en condiciones de colaborar para que ustedes comiencen a ayudarse a sí mismos. Quiero hacer algo en Aqbat Jabar que sacuda de su letargo a los refugiados.

—¿Qué sabe usted de los árabes?

—No soy tonto, Haj Ibrahim. Por eso he venido a verlo. La primera noticia que tuve sobre usted me la dio monseñor Grenelli, el observador del Vaticano sobre temas de refugiados. Él me contó detalladamente su lucha solitaria en Zurich. Me propuse entonces averiguar lo más posible sobre sus antecedentes. ¿Y bien? ¿Qué me dice? Tengo planes y cuento con fondos.

—Mi primer consejo, Per Olsen, es que vaya lenta, muy lentamente.

Mi padre pareció experimentar un resurgimiento espiritual, al tiempo que Olsen y la UNRWA ponían en marcha un torrente de actividades. El ruido de la construcción se escuchaba en el valle de Jericó.

Se edificaron seis escuelas, dos de ellas para mujeres.

Se levantó una variedad de instalaciones médicas muy necesarias como: clínicas, una unidad de control de la malaria, una planta de purificación de agua, centros complementarios de alimentación para niños y jóvenes, que habían soportado la más terrible tasa de mortalidad.

Surgieron a lo largo de la ruta mezquitas, un matadero, tiendas, un cuartel de Policía, depósitos de alimentos, centros de distribución y transporte.

La actividad supuso sacarnos de nuestro enraizado letargo, y fue la señal de que la vida reemplazaba a la muerte. Gracias a que Olsen utilizó a mi padre como enlace con los jeques y muktars, los problemas empezaron a solucionarse.

Una noche, seis meses después de haber llegado Olsen, estábamos él, mi padre y

yo en su oficina fumando cigarros, cuando de pronto Olsen abrió un cajón de su escritorio con un guiño de picardía.

—Aquí está —dijo—. La autorización para iniciar un plan de desarrollo. Fábricas, minas, industria, agricultura. Una idea piloto que puede allanar el camino para planes similares en toda la Orilla Occidental.

—Pero ¿no será muy costoso?

—Esta calculado para autofinanciarse en cinco años.

—¿Cinco años?

—Usted dijo que avanzaríamos lentamente.

—Sí, porque aquí, en el último rincón del mundo, la vida transcurre con lentitud. También porque no podemos asimilar demasiadas cosas extrañas que vengan de fuera. Pero dice usted que en un lapso de cinco años se pagará algo que será definitivo. Aquí la aceptación de lo definitivo significa cruzar una frontera política. Esperamos no tener que quedarnos eternamente en Jericó.

—Por poco o mucho tiempo que permanezcan, deben lograr su autoestima. Si se les ofrece una vida decente, algunos se quedarán. Si se dan facilidades, vendrán otros a trabajar aquí cuando ustedes se marchen.

Ibrahim estaba perturbado.

—Quizá sea difícil convencerlos, Per.

—¿Rechaza usted mismo la idea?

—Durante muchos años he vivido junto a los judíos. Nunca pudimos comprender lo que hacían. Tenemos que seguir siendo sencillos y quedarnos con las cosas que conocemos. Tal vez los saudíes crean que pueden comprar una sociedad moderna… No sé, Per, yo no sé.

—Quédese conmigo, Haj Ibrahim. Si tenemos éxito, podremos mejorar la situación de mucha gente, en muchos lugares del mundo.

Con gran ostentación se anunció el Proyecto Jericó. Una cantidad de expertos mundiales arribó a Aqbat Jabar para ponerlo en práctica. De pronto mi padre se encontró siendo el hombre sensato, constantemente consultado por científicos, médicos, ingenieros y maestros. Su sabiduría natural y el conocimiento práctico sobre la forma como funcionaba nuestro mundo lo hicieron imprescindible.

Por un tiempo se olvidó de pasadas derrotas. Quizá se olvidó también de la realidad. Para mí fue una época magnífica. Le leía los diarios a mi padre, ejercía de traductor suyo en importantes reuniones, era el hijo principal del gran Haj Ibrahim.

—Vamos demasiado rápido, Per.

—Esto no puede esperar.

¿El plan? Oh, por las barbas del profeta, ¡qué plan!

Había grandes parcelas de terrenos sin cultivar a los largo de la depresión entre el

Jordán y el mar Muerto, que nunca habían sido cultivados debido a la escasez de lluvia y a las condiciones del suelo. Se cercó con alambre un inmenso sector destinado a convertirse en granja experimental, con irrigación directa desde el río. Se realizarían estudios para determinar qué clases de cultivos podrían introducirse, y cuáles de los existentes habrían de mejorarse.

Se sembrarían los campos con semillas resistentes del desierto, para el ganado ovino y bovino. Se plantarían huertos de las variedades más resistentes de olivos, naranjas, plátanos y dátiles, y campos de algodón y cacahuete, así como cierta clase de trigo del desierto que había dado buenos resultados en terreno árido.

Enormes invernaderos se dedicarían a las hortalizas, mientras que una granja experimental estudiaría e introduciría constantemente cultivos en terrenos de bajo rendimiento.

El sector agrícola del Proyecto Jericó daría empleo a mil personas, y al doble de esa cifra durante las cosechas.

Se sabía que el mar Muerto era rico en potasa y otros minerales. El río Jordán desembocaba allí desde hacía milenios, pero el mar no tenía salida, y por consiguiente actuaba como una cisterna natural. Los judíos ya estaban trabajando en su zona, al Sur. Se estaban diseñando los planos para erigir un gran centro minero en las cercanías de Qumran, que en su fase inicial emplearía a trescientos trabajadores.

La tercera parte del plan estaba relacionada con la industria, y propugnaba la creación de un ambicioso complejo fabril. Los alimentos producidos en la granja serían procesados, empaquetados y enlatados. Los minerales del mar Muerto serían refinados y embarcados en el único puerto de Jordania, el de Akaba. Eso implicaría la construcción de una importante carretera nueva, así como de otros caminos secundarios.

Habría de instalarse una industria ligera dentro de las posibilidades de los refugiados, y una escuela de entretenimiento para que los jóvenes adquiriesen las aptitudes necesarias. Algunas pequeñas fábricas producirían alfombras, herramientas y materiales para la construcción, utensilios, telas e indumentaria. Una cantera suministraría bloques de piedra, además de arena y grava para fabricar el vidrio.

Cuando los expertos comenzaron a cerrar sus gruesos libros de datos y proyecciones, le tocó a Ibrahim promocionar el plan entre nuestro pueblo. Yo fui con él a una reunión tras otra, y presencié cómo elogiaba el proyecto.

—¡Venceremos a los judíos en su propio terreno! —fanfarroneaba—. Transformaremos Aqbat Jabar, y dejará de ser un sitio de desesperanza para convertirse en una orgullosa ciudad autoabastecida. Nuestras familias trabajarán y ganarán dinero. Ésta es nuestra gran oportunidad de quitarnos los harapos y edificar

casas decentes. Hemos vivido demasiado tiempo uniformados con pijamas a rayas.

No crea usted que el Haj era un tonto. Aun cuando realizaba una intensa promoción, yo me daba cuenta de que los ríos de dudas se desbordaban en su interior. ¿Nuestra gente preferiría seguir viviendo de la caridad del mundo? ¿O acaso respondería?

¡Oh, Alá, la amargura de los desencantados!

Todo comenzó cuando la UNRWA solicitó varios centenares de obreros de la construcción. Sólo un tercio se llenó con residentes de Aqbat Jabar.

Pese a las provocaciones, amenazas y hasta súplicas de mi padre, finalmente tuvimos que acudir a contratistas de fuera, y conseguir mano de obra en otros sitios. Lo mismo sucedió cuando se ofrecieron los puestos para la construcción de caminos y la granja.

Los alumnos matriculados en las escuelas escasamente llenaban la mitad de las aulas, y los que concurrían lo hacían sólo en forma esporádica.

Se despertó una avaricia tribal, y el grandioso proyecto murió apenas nacido. Todo hombre que poseyera cierta autoridad en un clan reclamó algún puesto ejecutivo o de supervisión, y junto con él llevó un séquito de empleados de su propia gente. La lucha por los cargos fue realmente una lucha por el poder. Había interminables altercados. En las reuniones de planificación se levantaban los puños y salían a relucir las armas. Los que perdían acumulaban rencor. Los ganadores aumentaban su poderío aplicando el principio de que el trabajo de una persona podía ser mejor desempeñado por cinco miembros de la misma familia.

Cuando comenzaron a llegar los materiales para la construcción, hubo un desenfrenado saqueo. La edificación avanzaba a paso de tortuga. Había escasez de mano de obra, de supervisores competentes, de planificación. La confusión y el letargo ahogaron el proyecto.

En nuestro mundo, cuando cinco hombres hacen el trabajo de uno, cuatro se justifican a sí mismos por medio de la obstaculización. Un ejército de burócratas retenía eternamente los permisos y demoraba las inspecciones. Gente sin experiencia alguna fingía tratar de comprender complicados cálculos. Podía necesitarse una semana para conseguir una cajita de clavos.

Las bandas de fedayines organizaron el hurto de materiales; luego crearon un servicio de seguridad para impedir futuros robos. Los fedayines también les exigieron a mi padre y a otros jefes árabes que instalaran una fábrica clandestina de armas y municiones.

Los imanes de las mezquitas entraron en el juego. Éstos reclamaban abultadas cifras de soborno, amenazando con entorpecer el trabajo pronunciando sermones en contra del proyecto desde sus púlpitos.

El caos engendró más caos.

Se inculcó a nuestro pueblo fue que la UNRWA era su nuevo gobierno, un padre místico que velaría por ellos. Pero la gente no quería responsabilizarse por mejorar la vida de sus familias. La UNRWA se encargaría de ello. ¿Acaso no se lo merecían por haber perdido sus tierras?

Si bien era la UNRWA la que nos proporcionaba los medios de vida, ésta era profundamente odiada. ¿No deberían las Naciones Unidas luchar para que pudiesen retornar a sus aldeas? ¿No debía el mundo expulsar a los judíos de Palestina? ¿No sería la UNRWA otra más de esas invasiones de extranjeros que tomaban decisiones sobre sus vidas?

Noté que el Haj se iba desalentando a medida que empeoraba el tono de las reuniones.

—No, Ibrahim —replicaban los jeques—, no sacaremos ni una gota de agua del Jordán, porque eso significaría hacer un trato con los judíos. Antes preferimos morirnos de sed que compartirlo con ellos.

—Ibrahim, si construimos fábricas en Jericó, ¿no pensarán los judíos que hemos aceptado el exilio?

Cuando se estaba efectuando el plan de remozamiento de la UNRWA, construcción de campos de juego, plantación de árboles y flores e instalación de luces en las calles, todo fue arrancado de cuajo por multitudes embravecidas.

—¡Muera la UNRWA!

—¡Mueran los agentes del imperialismo!

¡LA TARJETA DE RACIONAMIENTO, LA PRECIADA Y TODOPODEROSA TARJETA DE RACIONAMIENTO!

Estafar a la UNRWA se convirtió en un estilo de vida, cuando nacía un niño, la madre lo registraba para obtener una tarjeta. Al día siguiente, otra mujer de la misma familia anotaba al mismo bebé y recibía una segunda tarjeta. A menudo, los infantes de un mismo clan eran registrados con media docena de nombres.

Nadie que tuviese ingresos los declaraba. Tampoco se denunciaban las muertes para que las tarjetas de racionamiento conservaran su validez. Las familias que podían abandonar Aqbat Jabar mantenían un domicilio en el campamento, y las tarjetas que le pertenecían. Los beduinos que vagaban por su mundo sin fronteras también tenían su dirección allí, y una vez por mes volvían a recolectar sus raciones.

Algunos se hicieron ricos por medio del chantaje, y se fueron a vivir a Jerusalén Oriental y Nablus. Volvían a los campamentos, a veces en flamantes automóviles, a recoger sus raciones.

Los campesinos empobrecidos de Jordania y de la Orilla Occidental se introducían en los campos y aducían ser refugiados. Surgió un feroz mercado negro se originó para comercializar el excedente de las tarjetas de racionamiento.

Cuando se ofrecieron materiales de construcción para mejorar nuestras chozas,

muy pocos se molestaron en pedirlos. «No queremos que los judíos piensen que estamos edificando casas permanentes».

A la inversa, los que se hicieron nuevos ricos por dedicarse al mercado negro, levantaban bellas moradas en medio de los míseros barrios de Aqbat Jabar.

Al principio de la guerra se estimó en forma estimativa que medio millón de árabes habían huido de sus hogares. Esas cifras se inflaron hasta superar el millón, y seguían aumentando. Era imposible realizar un censo fidedigno, ya que los administradores árabes y de la UNRWA hacían la vista gorda ante los abusos.

No sé cuál fue el momento exacto, ni qué fue lo que originó la más violenta ola de manifestaciones, aunque tampoco importa. Siempre estábamos a un paso del motín. La mayoría de los desordenes empezaba en las escuelas. Los maestros habían tomado más importancia que nuestros padres, y controlaban totalmente la mente de los niños. El blanco de sus iras solía ser la oficina central de la UNRWA y una vez que comenzaba un alboroto, no se sabía cómo podía terminar.

La «situación», el «día del desastre» y el «exilio» eran siempre motivos apropiados para rebelarse. El resto era el temor: miedo a una disminución de las raciones, miedo a las epidemias, miedo cuando los camiones con el agua se retrasaban. Si una clínica reducía su horario de trabajo debido a falta de personal, en seguida había una manifestación.

La noche en que los revoltosos prendieron fuego a una clínica, Haj Ibrahim fue denunciado como agente de los sionistas. El incendio fue causado por haberse aceptado de Israel un envío de emergencia de vacuna para erradicar un brote de cólera.

Al día siguiente fuimos a ver a Per Olsen, que estaba confinado, bajo la protección de la Legión Árabe. Sobre su escritorio se hallaba su carta de dimisión.

—Esto se acabó, Haj. El Proyecto Jericó está oficialmente muerto —dijo.

—Si quiere que terminen las manifestaciones, comience a retirar las tarjetas de racionamiento.

—No puedo tomar parte en todos los juegos que se juegan aquí —sostuvo Olsen, enojado—. Está más allá del entendimiento humano o de la capacidad de cualquier hombre para soportarlo. Me voy.

—Lamento lo que debe de estar pensando de nosotros, Per. Nos condenará, ¿no es cierto?

—No, amigo mio, no es así como funciona el sistema. La UNRWA no desea que se arroje herramienta alguna dentro de su mecanismo. Demasiados burócratas tendrían que salir a buscar un trabajo decente. Se echará tierra por encima. ¿Ño sabe usted acaso que a la larga les echarán la culpa a los judíos? Usted lo intentó, Haj Ibrahim, pero desde el primer momento supo lo que iba a suceder.

—Me temo que sí —repuso mi padre en un susurro.

—Bueno, le dejo un legado. Cuatro cajas de cigarros. Con eso va a tener para un tiempo.

Volvimos a casa muy apesadumbrados. En ese preciso instante noté que mi padre empezaba a envejecer. Se detuvo y miró a su alrededor. Unos cuantos postes clavados en terreno rocoso señalizaban el perímetro de la granja experimental que nunca produjo ni una cosecha. Unos pocos deteriorados cimientos de cemento, con varas de acero como dedos enhiestos, era lo único que quedaba de las fábricas que jamás produjeron ni un metro de tela.

—¿Por qué, padre?

—Hacía falta trabajar en equipo. Para eso se necesita confianza. No existe la confianza entre nosotros. Nos enorgullecemos de nuestra potencia, pero en verdad, somos impotentes.

»Hay muchos materiales de construcción almacenados —prosiguió amargamente Ibrahim—. Los tomaremos y edificaremos una casa decente, más cerca de la carretera. Una residencia digna de un burócrata de la UNRWA.

CAPÍTULO VI

1954

El día en que cumplí los dieciocho años fue totalmente memorable ya que, ¿qué muchacho puede olvidar su paso a la edad adulta?

Las viudas sin protección de una familia o un clan eran muy vulnerables a los ataques sexuales, pero no las que estaban custodiadas por Haj Ibrahim. Teníamos varias en nuestro sector del campamento, y estaban totalmente seguras y a salvo. Un solo hombre se atrevió a desafiar a mi padre, y perdió la lengua por su acto.

Hilwa era una mujer mayor, tal vez de veintiséis. Su marido había muerto hacía más de un año, al volcar el autobús en el que iba a Jerusalén, y ella se había quedado sola con cuatro niños pequeños. Hilwa era una de las que había permanecido separada de sus familiares durante la guerra, y se instaló en el sector Tabah de Aqbat Jabar. Al morir su marido, solicitó protección a Ibrahim, que él rápidamente le ofreció. Como ya he dicho, la palabra de mi padre era ley en nuestro sector del campamento, y a partir de aquel momento Hilwa nunca estuvo en peligro.

Como parte de mi labor de buena vecindad, yo visitaba a Hilwa para comprobar si ella y sus hijos obtenían las raciones suficientes, y personalmente me encargaba de verificar que recibieran atención médica. Así, nos hicimos buenos amigos.

En nuestro mundo, donde todo lo relativo al sexo es peligroso, prohibido o secreto, la mayoría de los muchachos tienen su primera experiencia con una viuda o una divorciada. Lo que yo no comprendía en su momento era que las viudas estaban tan ansiosas de tener relaciones sexuales como los hombres. ¡Esta necesidad mutua fue para mí una revelación!

Cuando yo suponía estar seduciendo a Hilwa, ella en realidad me seducía a mí. El día que me dijo que tenía un regalo especial por mi dieciocho cumpleaños, pensé que sería algo minúsculo, una gorra o algo que hubiese bordado.

La primera vez que me acosté con ella no fue lo que supuse que sería. A pesar de que Hilwa tenía cuatro hijos, era ingenua, casi inocente, en las cuestiones del amor. Estaba llena de los habituales temores y tabúes de la infancia. Esos miedos se metían en la cama con nosotros. Entre los llantos acongojados y los extraños arranques de risas, fue una experiencia turbadora e incoherente.

Por fortuna, nuestra relación superó esa primera noche, Hilwa discretamente me hacía una seña al pasar, indicándome que podía ir a verla. Las visitas se volvieron frecuentes, y la relación fue sumamente placentera.

Interiormente yo sentía que algo andaba mal en nuestra relación. Presentía que estábamos yendo demasiado deprisa. Necesitábamos disciplina, como el ayuno durante el Ramadán. Cuando se lo decía así a Hilwa, ella enrojecía y desviaba la

mirada. Probamos, y fuimos recompensados.

Luego Alá me confirió el mayor de los honores. Una noche ella me confesó que yo era mucho mejor amante que su difunto esposo. Me elogió repetidas veces por mi dulzura, y tuvo menos miedo de hablar de las cosas y de explorar lugares secretos.

Llegó a ser algo muy cómodo, demasiado cómodo.

Vivíamos muy amontonados, de modo que la gente se empezó a dar cuenta de mis idas y venidas. En varias oportunidades no pude visitarla cuando ella lo quería, y se disgustó y comenzó a exigirme. Yo empecé a echarme atrás. Como ya había pasado la novedad, me dio miedo su creciente afán de posesión.

Francamente, me sentí aliviado la noche en que estalló y comenzó a llorar y me dijo que no podríamos seguir viéndonos, porque tenía un pretendiente formal. Yo fingí una terrible tristeza, me di golpes en el pecho, simulé incluso estar celoso. Pero cuando me fui, hubiera podido gritar por la sensación de alivio.

Habiendo agregado una nueva dimensión a mi personalidad, continué luego con estos asuntos. Como profesor de la Escuela Wadi Bakkah, sabía que muchos alumnos míos tenían madre y hermanas viudas. Me propuse entonces ir a visitarlas para hablar sobre los progresos académicos de sus hijos.

Es sorprendente con qué rapidez un lobo hambriento puede captar su presa. Fue asombroso enterarme de cuántas mujeres querían hacerlo, y mucho más comprobar que yo era muy solicitado.

No quisiera fanfarronear como los otros hombres, pero casi todas mis amigas viudas me aseguraban que estaba entre los mejores amantes del mundo. Estaba seguro de que la paciencia y la ternura me hacían diferente.

Si bien me resultó difícil, nunca hablé sobre mis secretos. No deseaba deshonrar a esas mujeres, y tampoco quería compartirlas. Acepté mi hombría modestamente.

Después de la partida de Per Olsen, mi padre parecía contentarse con la burocracia. Hasta que no se produjo la caída del Proyecto Jericó, nunca nos permitió aprovecharnos de nuestra situación. Nuestra familia de nueve miembros, incluyendo al nuevo bebé de Fátima y Kamal, adquirió catorce tarjetas de racionamiento. Ibrahim solicitó materiales de construcción y logró hacer edificar una hermosa casa para nosotros, más cerca de la carretera.

El sustituto de Per Olsen fue un diminuto hombre de Birmania, llamado Ne Swe. Mi padre no subestimó su capacidad debido a su tamaño. Ne Swe fue lo suficientemente astuto como para darse cuenta de que la vida sería mucho más fácil y llevadera si contaba con el apoyo de Haj Ibrahim. Provenía de una tierra donde el intercambio de favores constituía un modo de vida, tal como entre nosotros. Se llevaron muy bien desde el principio.

Hasta ahora, Ibrahim apenas si mencionaba a los antiguos pobladores de Tabah o intentaba ponerse en contacto con ellos. Sí, a menudo hablaba de sus anhelos de

regresar, pero rara vez hacía referencia a las personas por su nombre. Por alguna extraña razón, creo que se sentía culpable por haberlos separado, aunque Alá sabe que no fue culpa suya.

—Ningún pastor deja escapar su rebaño a menos que tenga una razón de peso —era lo único que era capaz de decir sobre este asunto.

Nuestra hermosa casa significaba que Ibrahim estaba aceptando el exilio. Pero el recuerdo de Tabah seguía siempre presente, y cuanto más cómodos nos sentíamos, más se preguntaba él por sus viejos amigos. Finalmente, un día me pidió que hiciera indagaciones.

Gracias a su cargo, podía enviar cartas para averiguar el paradero de sus amigos por medio de la UNRWA. Además, Ibrahim tenía dos hijas casadas, hermanas mías, que habían huido con sus familias. Desde hacía años habíamos perdido el contacto, pero también escribí preguntando por ellas.

Pasaron varios meses antes de recibir las respuestas. Nuestros aldeanos seguían más o menos intactos, radicados en un campamento en las afueras de Beirut llamado Shatilla. Mis hermanas estaban también en el Líbano, en otro campo próximo, llamado Tel Zatar.

Después de recibir sus cartas, nos sumergimos en un ataque de nostalgia. Las mujeres me pedían que les leyera las cartas dos o tres veces por día, y siempre lloraban. Nos enteramos de quiénes se habían casado, quiénes tenían hijos, dónde trabajaban, quién era el muktar provisional que los cuidaba. Todos se quejaban. Si bien los libaneses los trataban con crueldad, tenían trabajo, y Beirut era indudablemente mejor que Jericó.

En las siguientes cartas, le pidieron a mi padre que se reuniera con ellos y los guiase de nuevo. Ne Swe no deseaba perder a Ibrahim, pero reconoció que había una posibilidad de trasladarle a Beirut.

¡Yo me sentía más que alborozado! En Beirut había una famosa Universidad norteamericana, como no las había en Jordania ni en la Orilla Occidental. La idea de convertirme en estudiante universitario era más de lo que jamás me hubiese atrevido a soñar.

Cuando hablábamos de mudarnos, al principio nuestras voces eran firmes y nuestro espíritu alto. ¡Nos encontraríamos con familiares y viejos amigos! ¡Volveríamos a ser un pueblo!

Me desilusioné rápidamente. Cada día que pasaba, mi padre se volvía más desapasionado, menos resuelto. Trasladarnos todos a Beirut sería una tarea monumental. Ibrahim estaba en paz con los jordanos. Tenía un cargo que le exigía poco trabajo y le significaba gran influencia y prestigio, y nuestras condiciones de vida eran decentes.

¿Para qué irnos a lo desconocido? En Shatilla tendría que luchar duramente para

adquirir el mismo estatus que ahora poseía. A decir verdad, mi padre estaba cansado. La huida a Jaffa, a Qumran, a Zurich; Jamil, Charles Maan, el Proyecto Jericó, todo esto le había destrozado el espíritu.

Ese hombre poderoso que siempre había deambulado por el borde de la fantasía, ahora sucumbía ante ella. Yo insistía para ir a Beirut, pero él me respondía con razonamientos endebles.

Seguí escribiendo cartas a algunos aldeanos en particular y a mis hermanas, pero pasaba algo raro: no podía recordar muy bien sus rostros. Tampoco mi padre podía acordarse bien de las relaciones entre los clanes y familias de Tabah.

Al cabo de unos meses, Beirut se convirtió en un espejismo.

Los días que mi padre tenía sus reuniones privadas con Ne Swe, yo le hacía de intérprete para asegurarnos de que no hubiera malentendidos. Ibrahim me esperaba en el café del otro lado de la carretera, frente a la escuela. Cuando terminaban las clases, íbamos caminando hasta la oficina central de la UNRWA. En esas caminatas comencé a notar cambios en él. Se había vuelto muy diplomático y pragmático. Eludía los problemas. La sagacidad había reemplazado a la ira.

Un día me sorprendió encontrarlo en la puerta de mi aula. Estaba visiblemente alterado, emoción que jamás le había visto manifestar en público. Me dieron permiso para irme, y salí con él de la escuela.

En el camino, se detuvo y me agarró. Creo que noté temor en sus ojos.

—He recibido información secreta de Ammán. Dentro de dos semanas los jordanos obligarán a todos los muchachos en edad de ser reclutados a alistarse en la Legión Árabe.

—Dios mío —musité.

—Tú estás a salvo, pero se llevarán a Omar.

Me avergüenza reconocer que sentí más alegría por mí que pena por Omar. Después del asesinato de Abdullah y del exilio de Talal, la regencia recayó en su nieto, que estaba firmemente asentado, el joven rey Husain había asentado sus reales. Una vez más los jordanos imponían su obsesión de anexar la Orilla Occidental. Una vez más los jordanos imponían su obsesión de anexionar la Orilla Occidental. Vestir a muchachos palestinos con uniformes jordanos era un ardid muy bien pensado. Así daría la impresión de que los palestinos eran leales al rey. Más aún, si se producían disturbios, se utilizaría a los palestinos de la Legión para hacer el trabajo sucio. Nos ensuciaríamos las manos con la sangre de nuestro pueblo, mientras que los jordanos quedarían limpios de toda culpa.

Mi padre se hallaba muy alterado. ¿Por qué? Él ya no constituía una amenaza pública. Estaba en paz con los jordanos. Seguramente sabía cómo hacer para eximir a Omar del servicio. Yo no podía entender su reacción.

Ne Swe nos recibió de un modo que reflejaba el nerviosismo de mi padre. Le

expliqué que Ibrahim había obtenido datos confidenciales de un ministro jordano.

—Dice mi padre que debemos conseguir inmediatamente documentos de viaje para que Omar pueda ingresar en el Líbano.

Ne Swe parpadeó, pensando en el atolladero burocrático que debería sortear, y en la falta de tiempo. Pensó intensamente.

—El camino más rápido es conseguirle a Omar un puesto en la UNRWA, en Beirut.

—¿Podrá obtenérselo a tiempo?

—Es posible.

Había un gran conjunto de edificios de las Naciones Unidas en Jerusalén en la colina del Mal. Desde allí Ne Swe podría ponerse en contacto con la UNRWA de Beirut. El sistema de favores ya estaba en funcionamiento. Mi padre parecía mucho más calmado cuando regresábamos.

Apenas entramos en casa comprendí por qué Ibrahim había estado al borde del pánico. Vi la foto de Jamil con el pequeño florero y las velas encendidas. La mano de Jamil se había acercado desde la tumba.

El coronel Zyyad era un hombre paciente, de una gran memoria. Ibrahim temía que la sed de venganza de Zyyad no se hubiese apagado con la muerte de mi hermano. Una vez que Omar fuese reclutado para la Legión, sólo Alá sabía qué podía sucederle. Para Ibrahim sería demasiado perder dos hijos de la misma manera.

En el término de una semana obtuvimos los papeles. Conseguimos también ropa y zapatos nuevos para Omar a cambio de dólares norteamericanos, y planificamos la mejor ruta para llegar a Beirut. Una vez allí, la gente de nuestro clan lo recibiría en el campamento de Shatilla.

En un abrir y cerrar de ojos, Omar partía rumbo al Líbano.

La historia de Omar fue muy similar a la de Jamil. Durante toda su vida apenas si había recibido atención por parte de la familia. De todos nosotros, él había sido el más sencillo, un muchacho simple, delicado y trabajador sin atributo especial alguno. Sin embargo, los llantos y lamentos posteriores a su partida hacían pensar que estábamos perdiendo al hijo de Mahoma. Antes de irse, nuestro amigo fotógrafo le sacó un retrato. Después de su partida, su foto fue colocada junto a la de Jamil.

No fue la pérdida de Omar lo que desmoralizó a mi padre. Fue la pérdida de su capacidad para proteger a su familia. Más aún, fue la pérdida cada vez mayor de su familia.

De ser simples campesinos que pasaban del ciclo de la plantación al de la cosecha, nos convertimos en menesterosos en nuestra propia tierra. Ahora estábamos comenzando a cambiar nuevamente. Los hijos abandonaban los campamentos apenas podían. Empezábamos a transformarnos en los vagabundos del Universo.

La ida de Omar afectó profundamente a Ibrahim. Para un hombre como él, era

primordial manejar su propio destino. La mayoría de las veces había tenido éxito, incluso frente a grandes adversidades. Pero mi padre había sufrido pérdidas que ningún hombre orgulloso podría soportar. Había perdido su aldea y su clan. Ahora se enfrentaba a la peor de las derrotas: la pérdida de un hijo tras otro. Y eso se le escapaba de las manos, estaba más allá de sus poder.

Para mí, fue uno de los momentos más abrumadores de mi vida. Comprendí que yo era lo único que realmente le quedaba a mi padre. Él dependía de mí, se apoyaba en mí cada vez más. Me trataba como a un hombre y, a veces, como a un igual.

Cada vez que me planteaba mi propia partida, terminaba con una terrible depresión. No podía siquiera pensar en marcharme si mi padre y mi familia quedaban atrás. ¿Cómo podría vivir sabiendo que era un traidor a Ibrahim?

Mi padre no cesaba de repetir que la semilla de los Soukori debería sobrevivir a través de mí. Yo era su elegido. Eso era lo que yo siempre había buscado y por lo que luché. Ahora, no podría jamás irme sin su bendición. Todos los sueños, por muy vagos e irreales que fuesen, desaparecieron en un instante.

Lentamente, Haj Ibrahim comenzó a modificar sus opiniones. Por primera vez se dedicó al tema de que los sionistas eran la causa de todos nuestros males. Incapaz ya de combatir o de superar los males de nuestra sociedad y de sus jefes, elucubraba convenientemente sobre el enemigo del otro lado de la frontera.

Se había producido una rebelión de oficiales en Egipto que expulsó a un decadente monarca. Se declaró luego la república egipcia. La fuerza motriz del golpe había sido un comandante de nombre Gamal Abdel Nasser, que fuera soldado durante la guerra contra los judíos, soportando la humillación de la captura. Su odio por Israel era el más fuerte de todos en el mundo árabe, y eso era mucho decir. Él activó las llamas del nacionalismo árabe, y habría de reunirnos bajo su bandera.

La radio árabe competía siempre por llegar a la mente de los refugiados de la Orilla Occidental. Nasser desató tempestades. Él los liberaría, los haría regresar a sus hogares.

Poco a poco las palabras de Nasser fueron penetrando en la mente de mi padre, y comenzaron a anular su antigua capacidad excepcional para razonar.

CAPÍTULO VII

1955

Por medio de la radio de la UNRWA, de Jerusalén, recibimos el mensaje de que Omar había llegado bien a Beirut y se había unido a nuestro clan, obteniendo el puesto prometido. Al igual que todos los hijos que se marchaban, enviaría a casa su salario.

Más tarde nos dimos cuenta de que quizás Omar no necesitaba haberse ido. Los jordanos ordenaron el reclutamiento militar, y formaron batallones de la Legión Árabe integrados totalmente por palestinos. Pese a estar bajo el mando de oficiales británicos, esas unidades pronto se hicieron famosas por su falta de disciplina y las deserciones masivas. Se negaban a reprimir disturbios de los refugiados, y no evidenciaban la menor lealtad al rey jordano. Muy pronto los ingleses consideraron su valor combativo como nulo.

Se disolvieron los batallones palestinos, y sus soldados se mezclaron con las tropas jordanas regulares. Las luchas entre ambas facciones se desarrollaron sin cesar. Al cabo de unos meses se dejó de lado el plan, y no se reclutó a ningún palestino más.

Después se hizo hincapié en crear una poderosa fuerza de fedayines que realizaran incursiones de terror del otro lado de la frontera israelí. En la Escuela Wadi Bakkah, los niños comenzaban su entrenamiento a los nueve años.

Si bien nuestros padres retenían su poder y su tradicional respeto, eran los maestros quienes manejaban la mente de los niños. Los padres no protestaban en tanto y en cuanto nos arrodilláramos al entrar a casa, les besáramos la mano y elogiáramos su sabiduría.

A los alumnos se les organizaba en células según las edades, y se les asignaban nuevos nombres. Todos se convertían en «hijos» de algo.

Estaban Ibn Nimer, el «hijo del tigre». Había también hijos del león, del chacal, del águila.

Había hijos de la tormenta, del fuego y del relámpago.

Había hijos de Mahoma o de algún mártir reciente que no había regresado de una incursión en Israel. Había por lo menos una docena de Ibn Jamil, en honor de mi hermano.

Había hijos de los valientes, de los nobles, de los dignos de confianza, de los vigorosos.

Repartían la cuota diaria de panfletos, pegaban carteles en las paredes, escribían consignas. Era, fundamentalmente, la espina dorsal de los manifestantes que armarían un tumulto con cualquier pretexto, sin la menor provocación.

Nunca pude superar el horror de sus ceremonias de graduación, realizadas ante la

presencia de los padres. Tras una demostración de su «destreza militar» y valor personal, la fiesta culminaba cuando los jóvenes arrancaban a mordiscos las cabezas a unas serpientes. Mientras la sangre les corría por las mandíbulas, ellos asaban los animales muertos para el banquete de la victoria. En otras escuelas obligaban a los chicos a estrangular animalitos y beber luego su sangre.

Tanto me había trastornado la partida de Omar y mi propio encierro, que no me detuve a pensar demasiado en la situación de Nada. Ya había cumplido veinte años, edad en que la mayoría de las chicas estaban casadas. Para Hagar esto constituía una desgracia, puesto que las hijas solteras y sin hijos se consideraban una vergüenza familiar.

Nada era muy bella, y muchos muchachos de su edad, y viudos mayores, la deseaban, pero Ibrahim los rechazaba siempre. Respondía a sus sentimientos manifestando que Nada se casaría adecuadamente con un hombre importante, sólo después de que todos regresáramos a Tabah. Yo me preguntaba si realmente lo creía. De cualquier manera, era obvia su poca disposición para entregarla.

Nada comenzó a relacionarse con los fedayines, que alentaban a las chicas a unírseles. Eso significaba una enorme brecha con nuestra tradición, que ocasionaría conflictos entre padres e hijas. Nada había sido siempre mi primera responsabilidad, de modo que decidí ocuparme de ella más concienzudamente.

Subí con ella al Monte de las Tentaciones como habíamos hecho muchas veces para tener un respiro. Era una pena que mi padre no le permitiera asistir a una escuela para mujeres. Habría sido muy buena alumna, mucho mejor incluso que algunos varones. Era una gran injusticia porque le sobraba mucho tiempo.

Nada comenzó a trabajar activamente con los fedayines. Entró en un grupo de chicas de entre dieciséis y veinte años que poco a poco se escapaban de la autoridad de sus padres. Secretamente escuchaban conferencias de maestros de la Hermandad y de esos locos parias, los comunistas.

Yo tenía intenciones de amonestarla severamente, pero cuanto más lo pensaba, más me parecía que debía disuadirla mediante el razonamiento.

—No te preocupes, Ismael —me dijo—. Ya he hecho un juramento. Ahora soy una hija de la revolución. Mi grupo se llama «Los Pajaritos». Yo soy el ruiseñor. ¿Sabes por qué? Porque son los únicos que me han escuchado cantar aparte de ti.

Involucrarse activamente con ellos es muy peligroso.

—No me importa.

—Bueno, a nuestro padre sí.

—¿Acaso le importa de mí?

—Sí, claro.

—Muchos muchachos agradables intentaron cortejarme, y los despidió a todos.

—Debido a nuestra situación.

—A Ibrahim lo único que le interesa es que yo preserve su honor. De todas formas, no me importa lo que él piense.

—¿Qué quieres decir?

—Exactamente eso.

Por supuesto que yo sabía que Nada tenía bríos, pero rara vez podía demostrarlos. Tal vez yo fuese el único que conocía su fuego interior. Bueno, a lo mejor Sabri lo conocía un poco también. Cuando Nada estaba en casa, incluso entre las mujeres, escasamente pronunciaba una palabra, y siempre realizaba sus tareas sin protestar.

—Tenemos que hablar muy seriamente —dije, asumiendo una actitud varonil—. Vas a buscarte problemas con esa gente.

—Siempre te escucharé, Ismael, pero ya he tomado una decisión respecto a ciertas cosas.

—¿Cómo qué, por ejemplo?

—Creo que nunca saldremos de este lugar.

Nos callamos.

—Es una situación angustiosa —dije por fin—. Pero no te ciegues.

—Sé lo que piensas de los fedayines, pero ellos fueron los primeros que me trataron como a un ser humano, como a una persona con orgullo y dignidad. Por eso soy el ruiseñor, y Hala es la paloma, y Sana, el azulejo. Nunca nos habían dicho algo semejante. Cantamos todos juntos. Relatamos historias. Nos reímos. Los chicos aprenden que no son perros y pronto se convierten en hombres.

—Sí, yo he visto lo valientes que son —dije, con desprecio—. Andan en camiones abiertos antes de salir de correrías y disparan al aire para aumentar su coraje. Cuando lleguen a la frontera israelí arrojarán sus armas y huirán a otro campamento.

—El tiempo demostrará lo valerosos que llegarán a ser. ¿Quién te crees que nos sacará de Aqbat Jabar? ¿Nuestro padre? Está envejeciendo a ojos vistas. No, Ismael, sólo los fedayines nos liberarán, nos harán regresar a nuestros lugares de origen.

—¿Qué lugar de origen? ¿Quién te crees que somos?

—Los palestinos son los más educados, los más inteligentes del mundo árabe…

—¡Mierda! Todos los palestinos educados, con dos dólares en el bolsillo, nos abandonaron hace tiempo ya. Mira allí, Nada, ¿qué es lo que ves? ¿Un pueblo orgulloso y digno?

—Precisamente por eso debemos apoyar a los fedayines.

Me tapé los oídos con las manos. Nada estaba excitada y me miraba con intensidad. Traté de calmarme y la sacudí suavemente por los hombros.

—Nada, dijiste que me prestarías atención. Atiéndeme, por favor. Yo escucho esas frases todos los días en la escuela. Debido a nuestra terrible miseria, es fácil creer palabras sin sentido. ¿Quiénes son estos fedayines que intentan dirigirnos?

¿Qué saben ellos de gobierno? ¿Qué saben de la libertad? ¿Qué saben de la razón, de la verdad? Les roban a las viudas y los inválidos. Operan en el mercado negro. Trafican con hachís. Así, envuelven su gangsterismo en la bandera de la revolución. ¿Y todo esto los vuelve nobles?

Ahora le tocó a ella taparse los oídos. La obligué a retirar las manos.

—Están mandando a chicos de mi edad en misiones suicidas a Israel. Van sin mapas, sin conocer el blanco, sin un entrenamiento adecuado. Buscad un judío errante y viejo, un niño, una mujer, y asesinadlos. ¿Crees que así conseguiremos regresar a Tabah?

—¡Los perros sionistas nos robaron nuestras tierras!

—Ahora cállate y me escuchas bien, Nada. ¿Conoces a Waddie, el fotógrafo? Bien, ¿lo conoces o no?

—¡Por supuesto, que sí!

—Yo también. Él trabaja para los fedayines. Un muchacho pasa a integrar los escuadrones suicidas porque su familia lo vende por cien dólares, o lo obligan poniendo en duda su hombría. Cuando comienza su adiestramiento, le sacan una foto. ¿Por qué? Porque, al mismo tiempo que lo preparan para una misión, imprimen *posters* con su imagen para pegar en las paredes, de modo que en el instante en que caiga muerto en Israel se convierta en un mártir.

—¡No lo creo!

—Y hay mucho más, Nada. Las últimas tres semanas antes de partir en misión se le envía a Nablus o a Belén para que viva con una puta, y se lo mantiene atontado con hachís. Lo arrojan del otro lado de la frontera como si fuera un trozo de carne de perro, porque los fedayines no quieren que vuelva. Sólo desean mártires. ¿Es ésa tu revolución?

»Y tus nobles comandantes… ¿Acaso los ves dirigir alguna incursión? Desde luego que no. Son unos cínicos que envían a la muerte a tontos muchachos campesinos para conservar vivo el odio, y poder seguir con los chantajes. Oh, ven aquí, pequeño ruiseñor, cántanos, escríbenos poemas. Nosotros te daremos tu primer hogar verdadero fuera de tu hogar. Te permitiremos bajar a la carretera y participar en manifestaciones con los muchachos. ¿No te gusta? ¡Te están usando, Nada!

—¡Basta, Ismael!

—¡Estoy diciéndote la verdad!

—Lo sé. ¿No te das cuenta? ¡Tengo que salir de casa! ¡Allí me asfixio! Por lo menos ahora tengo algunos amigos…

—Nada, son la misma clase de nombres que nos metieron en este lío. Nos conducen hacia un horror y un eterno baño de sangre. No nos harán ganar nada. Lo único que van a salvar son sus cuentas bancarias. El único objetivo que persiguen estas correrías es perpetuar el odio, sin importarles la cantidad de jóvenes que

perezcan en esta carnicería. Además, les encanta cuando los judíos repelen el ataque y mueren nuestros chicos. ¡Les encanta!

—No tienes por qué gritar —dijo ella, poniéndose de pie y alejándose de mí. Se internó por un sendero, de modo que no tuvimos más remedio que contemplar la irregular disposición de Aqbat Jabar—. Dime si existe algún otro camino. Ibrahim intentó hacerlo de otra forma y lo destruyeron por eso. ¿Cuánto tiempo podemos seguir viviendo ahí abajo? ¿Qué será de nuestras vidas, Ismael?

De pronto me puse a darme golpes contra la frente. Un dolor incontrolable me subía desde el estómago hasta la garganta.

—¡Estoy atrapado! —chillé—. ¡Atrapado!

—¡Siempre lo estuvimos, Ismael, desde el día que nacimos!

—¡Estoy atrapado! —grité y grité hasta que mi propio eco me aterró. Luego quedé como atontado.

—Es verdad. Yo no creo demasiado en la revolución. Pero ahora me vas a escuchar, hermano.

Tuve miedo de sus palabras.

—Vamos, subamos un poco más, hasta algún lugar donde podamos sentarnos sin tener que mirar ese horrible sitio.

Me tomó de la mano. Siempre fue muy ágil para trepar entre las rocas, incluso descalza. Extrañamente, los estallidos emocionales me habían dejado exhausto. Recliné la cabeza y me mordí los labios.

Nada estaba muy segura de sí misma.

—Tú, que te autocompadeces, llora ahora por mí. Nunca se me permitió respirar con libertad. Mi mente, mi voz, mis deseos, han estado siempre encerrados en una celda. No puedo entrar en la sala de estar de casa y hablar. Jamás en mi vida he comido allí. No puedo ir sola más allá del pozo. Nunca podré leer un libro de verdad. No me está permitido cantar ni reír cuando hay un hombre cerca, ni aunque se trate de mis hermanos. No puedo tocar a un muchacho ni siquiera suavemente. No tengo permiso para discutir. No puedo desobedecer, ni aun cuando me asista la razón. Tampoco se me permite aprender. Sólo puedo hacer y decir lo que otra gente me impone.

»Recuerdo que una vez vi en Tabah una niñita judía, esperando el autobús con sus padres. Tenía una muñeca y me la mostró. Era muy bonita, pero lo único que podía hacer era abrir y cerrar los ojos, y llorar cuando le daban un golpecito en la espalda. *Yo soy esa muñeca*.

»Obedecer… trabajar… ¿qué es la felicidad, Ismael? Ah, mi querido hermano, te he visto caminar con paso alegre, correr a los campos de Tabah para buscar un manantial o robar un sorbo de vino. Te veo ahora entrar en una habitación y exponer tus ideas, incluso frente a nuestro padre. Te veo leer. ¡Qué maravilloso poder leer y

no temer ser abofeteado por ello! Te veía marchar solo todos los días a la escuela de Ramle… subir al autobús… alejarte… ¡y no volver hasta la noche! Recuerdo las épocas cuando tú y los demás hermanos se iban al cine de Lida y yo me quedaba acurrucada en un rincón, llorando. Te recuerdo montando en *el-Buraq* con nuestro padre, agarrado a él, galopando al viento. Recuerdo… recuerdo…

»Me han convertido en una masa informe que no debe tener sentimientos. Mis emociones fueron controladas y esclavizadas desde que era niña… vergüenza… bofetada… prohibición… vergüenza, vergüenza, vergüenza. Ni siquiera mi cuerpo me pertenece. Mi cuerpo existe para defender el honor de mi padre. ¡No es mío! No puedo usarlo para obtener placer. Y cuando me vendan en matrimonio, mi cuerpo pertenecerá a mi marido, para que él haga lo que le plazca, cuando lo desee. Yo no tendré parte en el asunto. De modo que si piensas que tú estás atrapado, Ismael…

—Creo que me siento avergonzado —conseguí articular.

—Ah, hermano mío, todavía hay más, mucho más. Ser mujer en nuestro mundo es un enorme dolor, hasta que una se vuelve como Hagar y ya no es capaz de sentir más el dolor. Ahora, en cambio, puedo hablar con chicas y muchachos, puedo cantar y participar en manifestaciones. ¿Qué me importa a mí lo que significan esas manifestaciones? Para ellos soy el ruiseñor. Miro a los muchachos y sonrío. Flirteo. Sabri me enseñó que la vida tiene cosas bellas y tremendamente emocionantes. ¿Por qué no tendría que tratar de averiguarlo?

—No puedo aprobar… tus palabras.

—¿Alguna vez te acostaste con una chica?

—Eso no voy a responderlo.

—¿Lo hiciste o no?

—Sólo con viudas.

—¿No fue maravilloso?

—¡Nada!

—¿Sí o no?

—Bueno, una vez que se supera el miedo, y si la viuda es comprensiva, el placer es muy grande.

—Lo hiciste. Lo sentiste. A mí se me negó todo. Y tú volverás a experimentarlo cuando tengas la oportunidad.

—Esta conversación se está poniendo peligrosa.

Nada no me escuchaba. Estaba como en trance, se balanceaba hacia delante y hacia atrás, con los ojos cerrados.

—Me imagino a mí misma con un muchacho. No sé quién es, pero vamos juntos al arroyo. Nos quitamos la ropa y nos miramos. Le veo su parte sagrada. Es magnífica.

Abrió los ojos y sonrió.

—Cuando tú eras bebé solía mirar tu parte sagrada todo el tiempo. A todas las chicas les gusta cambiar los pañales a sus hermanitos varones para contemplar y jugar con su parte sagrada. Yo quiero sentir, palpar todo lo de un hombre. Besarlo todo. Quiero que un muchacho me mire admirado porque soy digna de admiración. ¡Dios mío, debe de ser algo increíble!

—Nada, por favor, ten cuidado. Por favor, por favor, por favor, ten mucho cuidado.

—No moriré como Hagar, Ramiza y Fátima, siendo meros receptáculos. A mí no me encerrarán en una jaula.

—Por favor —volví a implorarle como en oración—, ten cuidado. Por favor, ten cuidado.

Al no estar ya Omar y Jamil con nosotros, mi padre comenzó a advertir los movimientos del resto de la familia. Cuando Nada no se hallaba en casa, se notaba. Últimamente se iba mucho, y era fácil suponer adónde. Los pajaritos de los fedayines eran una bandada en constante vuelo. Al Haj eso no le gustaba. Inevitablemente se produciría una confrontación.

Una mañana después de comer Ibrahim nos convocó a todos. No era habitual que lo hiciese a esa hora del día. Fuimos entrando uno a uno, nos arrodillamos y le besamos la mano. Kamal y yo nos sentamos cada uno a un lado de él y las mujeres tomaron asiento en bancos contra la pared.

—Nada —dijo Ibrahim—, levántate.

Ella obedeció.

—He sido sumamente afortunado en conseguirte un puesto en Ammán, en casa de un funcionario de las Naciones Unidas. Se trata de un sirio noble y honorable, el señor Hamdi Othman. Si bien es de religión alauita, es un hombre muy querido dentro de la UNRWA. Tiene tres hijos pequeños que tú deberás cuidar. Hemos convenido que puedes venir a visitarnos cada dos meses. Por varias razones esto te conviene mucho. Los Othman son gente muy buena. Han viajado por Occidente. Aquí estamos muy amontonados. Ahora podrás tener una habitación propia, que sólo compartirás con otras dos jóvenes. Sé que esto debe causarte un gran placer. —Hubo silencio—. Y bien Nada, ¿te gusta la idea?

—Sí, padre.

—Bien. Entonces me alegra que estés contenta. Sé que el honor de los Soukori será lo primordial en tu mente y tu corazón. Antes de partir, para demostrar modestia, tu madre te cortará el pelo, y desde ahora llevarás velo en público. El matrimonio Othman vendrá a buscarte muy pronto.

Haj Ibrahim se puso de pie y se retiró.

Instantáneos sollozos, hecho muy habitual, brotaron entre las mujeres, salvo en Nada. Jamás he visto semejante expresión de furia en unos ojos. Permaneció inmóvil

mientras Hagar cortaba su hermoso pelo castaño, que caía alrededor de sus tobillos. Cuando hubo terminado de raparla, mi madre le ató un pañuelo en la cabeza y corrió a buscar sus pertenencias.

Yo tenía que estar solo. No quería hablar ni siquiera con el doctor Mudhill. Subí al Monte de las Tentaciones. Que el Profeta se apiadara de mí, pero creo que comencé a odiar a Haj Ibrahim. No habría un retrato de Nada junto al de Jamil y Omar. Sólo un ignominioso despido.

Tramé mil planes de escape. Iría a Ammán, secuestraría a Nada y huiría con ella. Nos internaríamos en el desierto, donde los beduinos Sirhan nos darían refugio. ¡Mierda! ¿Qué pasaría entonces? Nada sería tomada en matrimonio por el viejo jeque.

Beirut. Iba a ser difícil reunir dinero para conseguir los documentos necesarios para viajar. Podría robarlo. Eso me llevaría tiempo. Si pudiese llegar al Líbano, podríamos vivir con nuestros propios parientes. Ibrahim se enteraría e iría a buscarnos.

El Cairo. Para un muchacho era imposible hacer un viaje tan largo con una mujer. De todos modos, no podríamos entrar en Egipto.

¿Y si huíamos a otro campo de refugiados? La idea me repugnaba.

Damasco. Con gran valor podríamos ir caminando hasta allí. Pero eso sería ilegal. Algunos de nuestro campamento lo intentaron y terminaron presos y torturados. A Nada la violarían.

¿Adónde se podía ir? ¡Estábamos atrapados! ¡Eramos prisioneros!

Bagdad… no, eso sería una locura.

¡Dios mío! ¡Dios mío!

—No me has dirigido la palabra desde que Nada se fuera a Ammán.

—Lo siento, padre.

—Piensas que fui cruel con ella.

—No. Estuviste muy amable y considerado, padre.

Me dio un fuerte bofetón, pero yo ni lo sentí.

—¿Qué pretendes para tu hermana? ¿Una vida en Aqbat Jabar?

—No sé.

—Vamos, Ismael, siempre tienes una respuesta para todo. ¿Qué quieras para ella? ¿Por qué crees que los fedayines están permitiendo el ingreso de mujeres? ¿Para servir a la noble revolución?

—No sé.

—Tienes dos hermanas en Beirut. A ellas les concerté el matrimonio con dos buenos hombres. Ahora están juntas, con sus maridos y sus hijos. Mi decisión fue acertada. ¿Qué puedo hacer aquí por Nada? Es la última hija que me queda. ¿Qué

clase de vida puedo ofrecerle en este lugar? ¿Piensas que no quiero concertar un buen matrimonio para ella?

—Déjame llevar a Nada a Beirut —le supliqué—. Omar tiene trabajo. Yo también lo encontraré. Entre los dos cuidaremos de Nada. La protegeremos y le buscaremos un marido adecuado.

—¡Sin mí! ¡Qué deje partir a mi última hija! Hablas como un fedayín. ¡Ve, disuelve la familia! Están engatusando a estas chicas, convirtiéndolas en bellos pajaritos para que después sean sus prostitutas. Están destruyendo nuestras familias.

—Sí, padre, no padre, sí padre, no padre.

—¡Ven aquí!

—Sí, padre.

—Algún día te darás cuenta de que he hecho lo único posible por Nada, para mantener nuestro honor.

—Sí, padre.

—Y esto tendrás que superarlo. Deberás quedarte siempre conmigo, Ismael.

—Sí, padre.

No pude siquiera intentar hablarle sobre la posibilidad de que Nada fuese libre de encontrar al hombre que amara, de iniciar una vida juntos, incluso en Aqbat Jabar. Por eso se había visto ella arrastrada hacia los fedayines…, a rodearse de asesinos.

Él nunca comprendería y yo no estaba muy seguro de que sus motivaciones fuesen honestas. ¿En verdad temía que algún muchacho raptara a Nada? ¿No estaba secretamente contento de no tener que entregarla en matrimonio, con el pretexto de Aqbat Jabar? Se había mentido a sí mismo para seguir aferrándose a Nada. Creo que la amaba de cierta manera que no era del todo sana.

CAPÍTULO VIII

¡Hola Ismael!

Es tu viejo camarada Sabri Salama quien finalmente te escribe. Desde hace varios meses he estado redactando esta carta por partes, pero no podía enviarla hasta encontrar alguien de confianza que te la entregara personalmente. Como te darás cuenta al leerla, contiene muchas confidencias y secretos.

¡Saludos a tu amado, noble y compasivo padre, Haj Ibrahim!

¡Saludos a tus queridos y generosos hermanos Kamal y Omar!

En esta gloriosa ocasión quiero que tu padre sepa que no soy un ladrón. Tengo toda la intención de devolverle el dinero que obtuve por la venta de sus armas. No puedo saldarlo en este mismo instante, pero pronto llegará el día.

Mis aventuras, desde que me separé de vosotros hace dos años, no han sido muy distintas de las de Simbad el Marino.

Después de vender las armas a un poco escrupuloso traficante, crucé a Ammán y me promocioné como excelente mecánico de camiones. Como constantemente éstos se estropean en el desierto, en la Ruta del Rey que conduce a Damasco, me fue fácil conseguir un viaje a cambio de realizar reparaciones.

Emprendí el camino con dos temores. Primero, que los papeles que llevaba sólo me sirvieran para entrar en Siria, y que una vez allí no pudiese avanzar más, y terminar en otro campamento de refugiados. Segundo, yo llevaba una enorme suma de dinero. Si bien vestía pobremente, sabía que me registrarían. Inventé un sistema que me vino muy bien. Cambié el dinero por billetes grandes de moneda norteamericana, los envolví fuertemente en una bolsa de plástico, y me lo tragué. Todos los días, después de defecar, limpiaba la bolsita y volvía a tragarla. Me registraron muchas veces, pero jamás me encontraron el dinero. Debes tenerlo presente si viajas alguna vez.

Mi primer gran momento de terror fue cuando el camión cruzó la frontera siria, en Deras. Automáticamente me llevaron al puesto fronterizo, me encarcelaron e interrogaron durante varios días. No había motivo para el interrogatorio, sólo que la vida es muy aburrida en el puesto, y cuando los sirios tienen la oportunidad de jugar con alguien lo hacen suciamente. Lo único que pensaba era en que no me pescaran tragando el dinero.

De todos modos, me hice amigo del oficial sirio a cargo del puesto, quien me permitió quedarme una semana más por amistad, para luego continuar rumbo a Damasco con una carta personal suya garantizándome el libre tránsito. Loado sea este hombre, que también me dio una carta de presentación para un primo, un acaudalado comerciante que vivía con sus sirvientes. Esto fue una suerte porque, de

lo contrario, habría debido presentarme en algún campamento de refugiados y quedar internado. Los sirios vigilan atentamente a los palestinos, y si te agarran sin papeles, puedes pasarte tres años en la cárcel.

Al principio creí que Alá me había bendecido. El comerciante acababa de perder a su chófer y sirviente personal. Para él era un riesgo contratarme, pero demostró una gran compasión por mí. Lamentablemente tardé varias semanas en ingeniármelas para rehuir su hospitalidad. Me amenazaba con entregarme. Como era tan buen mecánico, no quería perderme.

Mi otro problema era cómo hacer para entrar en el Líbano. Es algo muy difícil y peligroso para un palestino, ya que los libaneses vigilan atentamente que cualquiera de nosotros no cruce la frontera. Si me cogían, habría significado un período aún más largo en prisión.

¿Cómo resolver semejante dilema? Una noche traje a casa al comerciante que regresaba de una fiesta. Estaba muy borracho e inconsciente. En ese momento Alá me envió un mensaje. Yo llevaba una pistola puesto que también hacía de guardaespaldas. Le maté y enterré su cuerpo en un lugar escondido. Luego robé los documentos de otro sirviente y enfilé hacia la frontera del Líbano. Llevaba mi uniforme de chófer, papeles y un «Cadillac» norteamericano.

En la frontera noté que los libaneses pretendían jugar conmigo. Yo les dije que iba a Beirut a buscar a mi patrón, y les advertí que lo pasarían muy mal si no llegaba a tiempo. Cuando empezaron a mandarme de un oficial a otro, exigí con audacia que me permitieran telefonear a mi amo. Se creyeron la historia y me dejaron pasar. Oh, Ismael, se me hizo pedazos el corazón al tener que desprenderme de un auto tan magnífico, pero estaba seguro de que, si lo conservaba, significaría mi captura. De todas formas le quité todos los repuestos más valiosos que podía llevar y vender, y me dirigí a Beirut.

Una vez allí me fue fácil ocultarme al principio, porque hay muchos campos de refugiados alrededor de la ciudad y los palestinos tienen permiso para transitar libremente. La razón es que nosotros hacemos todas las tareas sucias para los libaneses ricos. Son personas muy crueles, en particular los cristianos, que nos desprecian sin la menor piedad por nuestro infortunio.

Te cuento un chiste libanes. Pregunta: ¿Quién tiene un par de pantalones? Respuesta: Cuatro palestinos.

A los libaneses sólo les interesa ganar dinero. Algún día tendremos que vengarnos de ellos, como de los sirios.

Pero ni siquiera los campamentos de refugiados son totalmente seguros. Están divididos en clanes. En seguida se advierte la presencia de la gente nueva y se la mira con suspicacia porque muchos musulmanes libaneses menesterosos entran allí, fingen ser refugiados e intentan obtener tarjetas de racionamiento. También me

aconsejaron que tuviese mucho cuidado, incluso entre hermanos palestinos, porque los que están como yo, sin documentos, pueden ser chantajeados.

Bandas de jóvenes vagan por los campamentos intimidando a todo el mundo. Los cobardes libaneses no les permiten formar unidades de fedayines, como tampoco que se realicen incursiones desde su territorio penetrando en el Estado sionista. Créeme, Ismael, que cuando el Profeta lo decida, los libaneses se verán involucrados en nuestra lucha.

Comprendí que tenía que realizar un acto de coraje. Debía «hacer» la costanera. Se trata de una calle llamada Avenue des Français donde hay muchos clubes nocturnos para atraer a los marineros. Entre esa calle y el cuartel central de Policía es donde se desarrolla la mayor parte de la prostitución. Además de marineros y turistas, numerosas personas de Arabia Saudí y de Kuwait recorren la zona en busca de diversión. Tú sabes cómo son esos sitios, donde se ofrecen servicios especiales. Los rufianes son capaces de matarte si no andas con cautela, y todos persiguen a los extraños.

Soborné a un detective de la Policía para que me llevara con él, así todos se enterarían de que no había problemas conmigo, y que gozaba de protección policial. Luego invertí algo de mi dinero en chicas. En su mayoría son europeas que tratan de ser bailarinas del vientre y no lo hacen muy bien, pero a todos, a los saudíes en particular, les gustan las rubias. Al poco tiempo me hice amigo del dueño del «Club Miami», quien llegó a valorarme notablemente porque le hice un arreglo en el coche para que pudiera traficar sin peligro con hachís.

Desde mi base en el «Club Miami» y un hotel de las cercanías pude conocer todos los movimientos de los barcos. Eso requirió paciencia, pero finalmente encontré un vapor portugués que partía rumbo a Gaza. ¿Cómo me enteré? Una noche vinieron al club unos marineros portugueses y muy pronto se fueron a una fiesta con unas chicas en mi hotel. Uno de ellos se puso tan ebrio que perdió el conocimiento, y tuvieron que dejarlo allí. Como yo conocía a la chica que estaba con él, la convencí de que no le robara, y personalmente llevé al hombre de vuelta a su barco. El capitán de la nave se mostró agradecido. Conversamos sobre mi situación y me ofreció llevarme escondido a Gaza. Eso me representaría todo el dinero que me quedaba.

¿Qué podía hacer, hermano? Una vez que estuviese en el barco, después de dejar el puerto, él podría arrojarme a los tiburones. No me quedó más remedio que pagarle por adelantado. El buque era viejo y la sala de máquinas se hallaba en mal estado. Ahí pude demostrar mis habilidades, cosa que a él le impresionó. Nos hicimos entonces verdaderos amigos; él mantuvo su palabra y me dejó en Gaza.

Al cabo de una semana de búsqueda encontré a mi familia en el campamento Rafah, en la frontera entre Egipto y el Sinaí. Fue un día de gran dolor para mí. Oh,

mi querido Ismael, todavía lloro al recordar el espectáculo. Mi amado padre, que Alá lo reconforte personalmente, había muerto de tuberculosis. Él, que era el mejor mecánico de toda Palestina, ¡ir a morir en semejante lugar! Mientras vivió, la familia lograba sobrevivir. Yo los hallé en la miseria total. Dieciséis miembros de mi clan vivían en dos habitaciones de una casucha de hojalata. Tres de los niños habían muerto junto con mi padre, y la mitad de los restantes estaban enfermos. El campo de Rafah es más grande y mucho peor que Aqbat Jabar.

¿Cómo puedo decir tal cosa?, te preguntarás. Bueno, al menos los jordanos nos permitían viajar libremente. La franja de Gaza está abarrotada hasta los topes, de una punta a otra, y los egipcios la mantienen como una enorme prisión. Estábamos encerrados como bestias. Antes de que llegar a la UNRWA, nuestro pueblo estaba tan devastado por la brutalidad egipcia, que no tenía siquiera la voluntad de protestar. Felizmente yo pude conseguir suficientes tarjetas de racionamiento como para que siguiéramos con vida.

Allí la intimidación para ingresar a los fedayines era mucho más poderosa que en Aqbat Jabar. Los fedayines eran los únicos que tenían trabajo, y se les pagaba el quinientos por ciento más que a los empleados comunes. Constantemente realizaban incursiones, pero sólo un tonto no advertía que tenían demasiadas bajas y ningún éxito.

¿Qué hacer en semejante lugar? Me enteré de que existían unidades especiales del Ejército egipcio constituidas por comandos palestinos, entrenándose para la guerra santa contra los intrusos sionistas. Se trataba de un grupo de élite. Los egipcios prometieron que todos los que se enrolaran allí recibirían documentos de viaje para Egipto. Yo no confiaba en ellos, pero no me quedaba otra salida. Mi madre vendió la última alhaja de una colección, que en su época había sido notable. Con ese dinero pude sobornar al oficial que estaba al mando del batallón para poderme alistar como sargento y me pusiese a cargo de los vehículos. Eso salvó mi vida y la de mi familia. De haber ingresado como soldado raso probablemente hoy no estaría escribiéndote. Las personas con rango de sargento para arriba no tenían que realizar incursiones; sólo los soldados rasos y los cabos. Los que no acababan muertos por las balas sionistas, eran tan mal tratados por sus propios oficiales que la mayoría desertaba. Pero eso era su problema. Una vez que me hice cargo del taller, comenzó a llegar el dinero. Pude así comprar más tarjetas de racionamiento en el mercado negro para mi querida familia.

Finalmente los dioses de la buena fortuna se apiadaron de nosotros cuando el general Naguib, el coronel Nasser y los Oficiales Libres derrocaron al corrupto rey egipcio. Estando las oficinas en control del Gobierno, se lanzaron muchos ataques contra puestos militares británicos a lo largo del canal de Suez. Si bien los ataques no tuvieron todo el éxito que esperábamos, el nuevo Gobierno y la Prensa amiga

magnificaron las acciones. Eran muy populares entre los egipcios. Después de un ataque en el que tuvimos gran número de bajas, el general Naguib nos envió de nuevo a El Cairo para un desfile, y personalmente otorgó a los palestinos una mención especial por su valor. Una vez más logré soborné a mi superior para que me diera de baja y me permitiese inscribirme en la Universidad de El Cairo.

Quiero decirte, Ismael, que la Universidad no era tan espléndida. Dormíamos cincuenta muchachos en una sola habitación, las camas separadas solamente por pequeñas mesitas de noche. Olía muy mal porque hacía años que no se limpiaba. La primera noche me robaron toda la ropa y el dinero, y tuve que asistir a clase en pijama. Ninguno de los cursos era gratis, y los profesores eran corruptos. Solamente los hijos de los ricos obtenían buenas calificaciones. ¿Tengo que explicar por qué? Como palestinos desvalidos, éramos la escoria del lugar, terriblemente calumniados por el pueblo egipcio. Nos odiaban y querían mantenernos encerrados en Gaza. La Liga Árabe pagaba nuestras cuotas y nos entregaba cuatro libras egipcias por mes para alimentarnos. Cuando nos suspendieron el subsidio, nos echaron de las barracas.

Hay un cementerio en los suburbios de la ciudad que mide ocho kilómetros de largo, tiene miles de enormes panteones y se llama la Ciudad de los Muertos. Allí vive casi un millón de seres. Muchos de ellos no han conocido jamás otro hogar. Cuatro compañeros míos y yo pudimos alquilar una inmensa tumba por seis libras egipcias al mes. Estábamos en la miseria total, al borde de la inanición, y así fue cómo comenzamos a realizar manifestaciones frente a las oficinas de la Liga Árabe. Íbamos constantemente, hasta que aceptaron restituirnos las becas y subsidios.

En muchas oportunidades nos cortaron el dinero, y cuando salíamos a protestar, más estudiantes palestinos se nos unían. Mis compañeros y yo pasamos mucho tiempo en la cárcel. Yo fui arrestado en seis ocasiones distintas. Sin embargo, no nos disuadieron. En la Universidad de Faud, otros palestinos soportaban nuestra misma situación, y así llego el momento en que fundamos la Unión de Estudiantes Palestinos. La Hermandad Musulmana estaba intentando derrocar al nuevo Gobierno y con ella nos aliamos. Tuvimos varios mártires, pero la unión funcionó.

Hace poco más de un año la Hermandad trató de asesinar al coronel Nasser. Éste destituyó al general Naguib aduciendo que él propiciaba el golpe, y luego tomó a su cargo la totalidad del Gobierno democrático. Yo y otros tres hermanos, líderes de la Unión Estudiantil, estuvimos presos dos meses. Durante ese lapso, nuestros hermanos realizaron continuas manifestaciones.

Un día nos visitó el doctor Mohammed K. Mohammed, jefe de la Sociedad de Ayuda al Refugiado Palestino. Había sido nuestro enemigo porque lo considerábamos un títere del Gobierno. ¡Qué errados estábamos! Él es el verdadero líder del pueblo palestino. Nos contó que había convencido al coronel Nasser de que

nosotros, los estudiantes, éramos la vanguardia de la revolución, y que debíamos ser aliados en la guerra santa para librar a Palestina de los judíos. ¿Me crees si te digo que a los cuatro nos soltaron, y que incluso se nos invitó a visitar al mismísimo coronel Nasser?

Si hay Alá sobre la Tierra, éste es el coronel Gamal Abdel Nasser. Yo, Sabri Salama, estuve delante de ese hombre portentoso. Hizo la paz total con nosotros. Nos reveló muchos secretos. Los fedayines podrían ahora transitar libremente desde y hacia Gaza, y se les abonarían abundantes bonificaciones. Apenas se consiguiera crear y adiestrar un batallón, éste entraría a tomar parte en el conflicto. Nos confió el mayor de los secretos: que enormes cargamentos de armas estaban llegando desde Checoslovaquia. Él ya había cortado las líneas de transporte marítimo de los sionistas en los estrechos de Tirán, y muy pronto les arrebataría el Canal de Suez a los británicos.

Dentro de poco, Ismael, estaremos todos los árabes unidos bajo la dirección de Nasser. Yo empiezo ahora a viajar con el doctor Mohammed para convencer a los diversos Gobiernos árabes de que apoyen nuestro movimiento y contribuyan generosamente en ayuda de los fedayines. Entonces ya no seremos perros, desarraigados y carcomidos por la angustia. Algunos países poco escrupulosos, como Siria e Irak, creen que nos están tomando el pelo porque intentan utilizar a los palestinos para sus propios fines. A la larga les ganaremos porque estaremos unidos y seremos artífices de nuestro destino.

Si alguna vez oyes el nombre Abu Rommel, sabrás que se trata de mí. Es el nombre revolucionario que adopté en honor del general alemán que casi liberó a Egipto durante la Guerra Mundial. Te pido que participes activamente con los fedayines. Se puede ganar mucho *dinero proveyendo armas a nuestros muchachos. Dile a tu padre que pronto le devolveré el suyo. Cuando volvamos a encontrarnos, tendré mi propio auto y un reloj de oro.*

Ahora tengo que terminar, mi querido camarada Ismael. Te saludo una vez más en nombre de la gloriosa revolución. Loado sea nuestro noble doctor Mohammed K. Mohammed. Loado sea el coronel Gamal Abdel Nasser, el más excelso jefe árabe desde el Profeta, que conducirá a nuestro pueblo al destino que se merece.

Lamento el martirio de tu hermano Jamil, que fue asesinado por los cerdos sionistas. Viviremos para ver Tel Aviv convertida en ceniza, y el mar Mediterráneo colorearse de rojo con la sangre de judíos en desbandada. ¡La victoria es nuestra!

Mis cariñosos saludos al resto de tu familia.

ABU ROMMEL

CAPÍTULO IX

Nada sabía que lo brusco de su partida había causado una fuerte impresión entre las mujeres. Se negó a unirse a sus lloriqueos cuando el blanco auto de las Naciones Unidas, conducido por un chófer, se detuvo ante la casa. Se paró delante del matrimonio Othman con la mirada gacha, mientras era presentada y examinada atentamente. El padre de Nada elogió sus cualidades por primera vez en la vida. A su turno, Hamdi Othman prometió que la joven sería muy bien cuidada.

El chófer tomó el único bulto con las pertenencias de Nada, y ella y la señora de Othman salieron, mientras los hombres intercambiaban sus últimas frases de amabilidad.

Nada miró consternada a su alrededor. ¡Ismael se había ido! En ese instante pensó que podría flaquear, pero en cambio soportó el dolor en silencio.

Nada había viajado en la parte de atrás de dos camiones, pero nunca había subido a un auto. Eso, unido a la elegancia de la señora de Othman, trocó su pena en curiosidad.

Dentro del campamento, los coches siempre atraían a enjambres de chiquillos. El chófer de Othman era tremendamente hábil para espantarlos como moscas. Los rostros de Hagar, Fátima y Ramiza llenaron las ventanillas, sollozando adioses. Haj Ibrahim permaneció en la casa mientras el coche se alejaba.

Nada sabía que había tres pares de ojos intrigados posados en ella. Lo extraño era que, pese a su cabeza rasurada, se sabía hermosa. Se ató el pañuelo y levantó el mentón.

Al pasar por Jericó la inundó una sensación de alivio. Notó que Hamdi Othman la observaba. Su mirada era de estudiado aburrimiento. Era obvio que personaje tan encumbrado no habría ido a buscarla personalmente de no haber sido por la importancia de su padre. Othman le ordenó al chófer que se adelantara por el costado de la hilera de vehículos que esperaban para cruzar el puente Allenby con la autoridad de un jefe de Estado.

—¡Detengan el coche! —exclamó repentinamente Nada.

—¿Qué?

—Por favor, ahí va mi hermano Ismael.

Othman tuvo un gesto magnánimo. Nada abrió la puerta de golpe y se arrojó en brazos de su hermano.

—Pensé que no te ibas a despedir de mí.

—No soportaba estar con los demás.

—Te quiero, Ismael.

—Oh Dios, tu pelo…

—Qué importa que haya perdido el pelo, si todavía conservo la cabeza. No te pongas triste, hermano. ¿Me entiendes? Yo no estoy triste.

Nada contempló la figura de su hermano que se empequeñecía a medida que el coche se alejaba ruidosamente sobre las maderas del puente. Cuando enfilaron hacia Ammán no sintió pena alguna. Por el contrario, la dominaba una repentina sensación de libertad. Le habían quitado un enorme peso de encima.

«Encantador» era la palabra más oída al referirse a Hamdi Othman. De origen sirio, Othman había desarrollado su encanto educándose con los franceses que gobernaron su país. El encanto era el máximo requisito para el aspirante a diplomático.

Cuando las Naciones Unidas crearon su nueva burocracia, apareció un ejército de mediocres funcionarios. Cada país reclamaba su cuota de puestos lucrativos, donde la cantidad, no la calidad, era el criterio imperante. Hamdi Othman era una de las cuestionables contribuciones de Siria al nuevo orden del mundo.

Como funcionario del organismo mundial, rápidamente se abrió paso entre un grupo deslucido, trepando hasta el máximo escalón. En su condición de jefe de la UNRWA en Jordania y la Orilla Occidental, Othman ejercía el poder y manejaba cuantiosos fondos en un pequeño reino de varios campos de refugiados.

La participación personal, el contacto con los problemas que imperaban en los campamentos, pertenecía a los funcionarios medios e inferiores de la UNRWA. El estatus que Hamdi Othman se había impuesto a si mismo le exigía tener una costosa residencia sobre una de las colinas que coronaban Ammán.

A pesar de que la ciudad era capital de un Estado islámico, su largo legado británico había corrompido la prohibición musulmana del alcohol. La vida era muy rústica en ese sitio olvidado, y las pocas Embajadas, las agencias de las Naciones Unidas y demás organismos extranjeros se aferraban desesperadamente entre sí, aislándose de todo lo sucio y desagradable de Ammán. Su *modus operandi* eran las interminables reuniones de cócteles.

Se organizaban cócteles para dar la bienvenida o la despedida a embajadores, primeros y segundos secretarios, cónsules generales, cónsules, agregados militares y funcionarios de las Naciones Unidas. Con cócteles se festejaba la toma de la Bastilla, el 4 de julio y el día de la independencia de todos los países que poseían delegación diplomática en Jordania. Gerentes y directores de empresas extranjeras, dignatarios visitantes, la industria de la aviación y el turismo, prominentes hombres de negocios jordanos, todos tenían un lugar en el rito social de los cócteles.

Era la misma *troupe* de bebedores cuyos rostros exhibían máscaras de ojos sin brillo. La conversación era igualmente aburrida, plagada de acerbos chismes, ya que la noticia de quién andaba con quién constituía la única diversión, salvo alguna cacería de halcón de tanto en tanto. Los bostezos disimulados y el elenco de actores

rara vez variaban.

Hamdi Othman era producto de los cócteles. Incluso tenía éxito en Ammán. La suya era una de las invitaciones más «interesantes». Su casa era suntuosa. Su despensa rebosaba licores y manjares franceses exentos de impuestos. Las montañas de exquisita comida eran preparadas por un *chef* francés y por un batallón de empleados de cocina. Todo esto por ser jefe de una organización de beneficencia.

Ammán seguía siendo una capital árabe y Hamdi Othman era aún árabe, y a pesar de todo el encanto desplegado, los sexos se separaban. Las mujeres se aglutinaban en una habitación y los hombres en otra.

Madame Othman representaba a la mujer árabe liberada, educada en Francia, vestida con elegante guardarropa francés, despampanante. Sin embargo, si se le quitaba la cascara de revestimiento occidental, Madame Othman era una mujer árabe con un marido árabe también. Si bien no tenía que trabajar, tampoco se le permitía participar en muchas cosas, aparte de sus funciones sociales. Su vida giraba alrededor de las charlas interminables en el único y calamitoso *country club* de la ciudad. Cuando no hacía falta la sonrisa o el apretón de manos automático, era una persona triste, deprimida, agobiada por una vida inútil.

Hamdi Othman se vanagloriaba de que los catorce sirvientes de su casa fueran refugiados. Hamdi Othman no era ni amable ni generoso. Los sueldos que pagaba eran insignificantes, y lo que no podía deducir de sus nuevas cuentas para gastos, podía fácilmente obtenerlo del presupuesto de la UNRWA y de la todopoderosa tarjeta de racionamiento. Sus sirvientes vivían acuartelados, y sus horarios y condiciones de trabajo eran intensos.

El chófer, los jardineros, guardaespaldas, mayordomo y los camareros ocupaban un minúsculo dormitorio. Las seis empleadas vivían como monjas de clausura, en barracas con cortinas divisorias. Cuatro eran ayudantes de cocina. También estaban la doncella personal de Madame Othman, y Nada.

Nada era la niñera de las dos hijas del matrimonio, de tres y cuatro años, y del varón de cinco. Al disminuir su ansiedad, inicial y después de superar el choque cultural, Nada asumió su puesto con firmeza y relativa alegría. Para gran alivio de la señora, Nada le quitó el peso de los chicos, dejándola libre para pasar más horas en el *country club* y frente al espejo de su vestidor.

Huérfanos de afecto, los niños recibieron en un solo día más cariño del que sus padres les habían prodigado jamás. Nada era la perfecta aya. Les cantaba canciones, les leía lo que era capaz de leer, se reía con ellos, les contaba cuentos de magia y misterio, los abrazaba, los besaba. Era muy estricta cuando debía serlo, pero nunca les pegaba. Los dominaba solamente con levantar la voz. Nunca eran demasiadas las preguntas que los niños podían hacer ni los juegos que podían jugar. Nada no se quejaba. Trabajaba el día entero. Era una verdadera joya.

Aparte de la doncella personal de Madame, Nada era la única empleada del sexo femenino a la que se le permitía estar en el sector principal de la residencia. Esto ocurría cuando se ocupaba de los niños en sus horas de juego, en las comidas, en el desfile de cada noche ante su padre para que éste les diera una palmadita en la cabeza o para exhibirlos cuando había visitas.

Si bien tenía un espacio dividido con cortinas junto con las demás mujeres de servicio, dormía sobre una estera, en el suelo de la *nursery* de las niñas.

—¡Nada!

—¡Nada!

—¡Nada! —gritaban todos, y corrían para ver quién era el primero en llegar a ella por la mañana.

—¡Bueno, veamos si puedo abrazar a tres osos feos al mismo tiempo! —Y lo hacía.

La vida se había abierto para ella. Tres bellísimas e indefensas criaturas la necesitaban, y no tenía que criarlas en Aqbat Jabar.

—¿Por qué no tienes pelo, Nada?

—Para haceros reír.

La finca de los Othman, que antiguamente perteneciera a un oficial británico, poseía más de veinte habitaciones, con un sector separado de oficinas donde Othman trabajaba con los miembros de su personal de la UNRWA. Entre éstos, el que más se destacaba era un joven diplomático francés, Bernard Joxe. Bernard imitada el encanto de su jefe y obedecía servilmente sus deseos. Soltero, tenía sus propias dependencias en la planta alta, en el segundo piso de la residencia. Era el elegante compañero de Madame Othman cuando su marido se hallaba de viaje. Era también sumamente apreciado en los cócteles, objeto de numerosos flirteos, aunque había que andar con muchísimo cuidado en un país árabe.

Las mujeres de servicio tenían un patio cerrado con una tapia donde estaba el baño, y una ducha al aire libre. Las compañeras le habían advertido a Nada que el patio no quedaba completamente aislado. Desde su departamento, Bernard Joxe alcanzaba a ver una esquina del lugar, de modo que había que tomar precauciones.

La vida de la casa se animó considerablemente por la presencia de Nada. Bernard Joxe de pronto manifestó una nueva pasión por los niños pequeños. Les daba tironcitos en la nariz, los arrojaba al aire y los recogía en sus brazos, jugaba a los caballitos con ellos.

La conversación entre Nada y Joxe era trivial y alegre. Ella hablaba fundamentalmente con los ojos. Quizá Bernard no se daba cuenta del riesgo de cortejar a una chica árabe y virgen. O a lo mejor sí. Tenía él una simpática sonrisa juvenil y modales seductores, y dejaba traslucir su carácter apasionado. El juego había empezado.

Los sueños de Nada eran muy dulces por la noche.

Todo su mundo se centraba alrededor del encuentro casual, y a ella comenzó a obsesionarla la idea de las caricias. Ambos planificaban con esmero dónde, cuándo y cómo encontrarse. Los ojos femeninos estremecían a Bernard. El sonrojo al toparse imprevistamente uno con otro a la vuelta de una esquina, el leve roce al pasar, los ojos de él contemplándola alejarse, el tímido tartamudeo de Bernard al intentar hablar.

Por la noche, Nada se tendía en la estera, estrechaba su propio cuerpo y se imaginaba que él la abrazaba. Después pensaba: eres una tonta. Bernard Joxe es un muchacho egoísta y ambicioso que se arrastra ante su jefe. Proviene de un mundo totalmente extraño. Debe de haber amado a infinidad de chicas, y amará a muchas más también. Para él no debes de ser más que un capricho pasajero.

¿Qué pretendes, Nada? ¿Un amor eterno en una casucha de Aqbat Jabar? ¿Serías capaz de soportarlo? Aceptarás lo que Haj Ibrahim se digne asignarte. ¿Qué encanto tendrá eso?

¿Qué anhelas, Nada? Tú lo sabes. Estás lejos de la mirada de Ibrahim. Tienes el momento propicio, el lugar, el muchacho. ¿Lo hago o no lo hago? Sentía los intensos latidos de su corazón. ¿Lo hago?

No lo haré con miedo. O lo hago con total apasionamiento, o no lo hago. Libre y no he de avergonzarme.

¿Seré capaz de hacerlo?

Nada gozaba de más libertad que las demás mujeres de servicio. Comenzó a ducharse aprovechando cuando el patio estaba vacío, y sabía que Bernard Joxe se hallaba en su apartamento. Con un poco de habilidad podía dejar a la vista un brazo o una pierna húmeda en ese sector del patio que no quedaba oculto. Sabía instintivamente cuándo él la observaba, y se volvió más audaz.

Un día salió desnuda de la ducha y se secó gozosamente al sol, totalmente expuesta a la vista del segundo piso de la planta. Levantó la mirada y la fijó allí largo rato.

—Me estás volviendo loco —susurró Bernard Joxe.

—¿Y?

—Sabes que es muy peligroso.

—¿Y? —repitió Nada.

—Por Dios, ¿qué es lo que pretendes que haga?

—¿Qué es lo que *quieres* hacer?

Bernard lanzó un largo suspiro y dejó caer los brazos, ladeó la cabeza y suspiró. Nada no le quitaba los ojos de encima. Él tragó saliva. Nada le acarició la mejilla y apretó su cuerpo contra el de él, de modo que sintiera la suavidad de sus hermosos y grandes pechos. Bernard la estrechó en sus brazos, cerró los ojos y gimió de felicidad.

El beso fue dulce.

—Esto me gusta —exclamó ella animadamente.

—Quiero que no pasemos de aquí. Debo respetarte, y tú me estás impidiendo hacerlo.

—Dime, Bernard, ¿has hecho el amor con muchas mujeres?

—Es una pregunta ridícula.

—No lo es. Yo quiero un hombre que sepa lo que hace, que sea tierno.

—Nada, ¿realmente comprendes lo peligroso que es esto?

—Sí.

—Yo… yo… es imposible… no quiero herirte. No podemos enamorarnos. Tengo que pensar en mi carrera, en mis padres. Un escándalo sería desastroso.

—¿No quieres hacerlo conmigo?

—Por supuesto que sí, pero…

—Bernard, lo único que pretendo de ti es tu ternura y que estemos un rato juntos. Quiero pasar un buen momento. Si tienes paciencia, aprenderé rápidamente. No te preocupes pensando que me destrozarás el corazón o que después te traeré problemas.

—¿Por qué, Nada, por qué?

—Es una larga historia, Bernard, pero debo conocer al amor y no me voy a comportar como una niña.

Él estaba nervioso.

—Eres amable y considerado, y eso me gusta. Seamos amantes, y te prometo esfumarme cuando llegue el momento.

—No me mires, Nada. Me desarmas con tus ojos. No me estreches de esta forma…

Ella se retiró.

—Voy a darme un baño —dijo, alejándose.

—¡Nada!

—¿Sí?

—Los Othman tienen un banquete esta noche en la Embajada de la India, y volverán muy tarde.

—Lo sé. Yo hoy jugué muchísimo con los chicos, y se quedarán dormidos en seguida.

—Dúchate. La puerta de mi habitación estará abierta.

Él no podía dejar de besar su cuerpo.

—Eres adorable —afirmó Nada—. Y no me dolió tanto como supuse. Qué locura ha sido reprimir toda mi vida algo tan bello. Bernard, eres muy considerado.

—Es por ti, Nada. ¿Cómo te has vuelto tan libre, tan desinhibida?

—Ahora seré más libre. Y tú probarás todo, me enseñarás todo. Quiero hacerlo todo. Dime cuáles son las partes que más te excitan y cómo debo hacer para excitarte.

Quiero comerte vivo.

—Oh sí, Nada… Sí, sí, sí.

—Entra, Nada, y siéntate —dijo Hamdi Othman.

—Sí, señor.

—Se te ve muy radiante últimamente —afirmó él, realizando el ritual del encendido de su puro.

Soy muy feliz con los niños.

—¿Solamente con ellos?

Contempló el rostro afable del hombre, sus ojos brillantes, un poco crueles, un poco tensos.

—La vida es mucho más placentera aquí que en Aqbat Jabar. Espero que esté conforme con mi trabajo.

—Sabes que los chicos te adoran. ¿Querrías quitarte el pañuelo de la cabeza, Nada?

—No tengo mucho pelo.

—¿Eso te molesta?

—No, no, pero los que me miran parecen sentirse incómodos.

—¿Y bien? ¿Te lo quitarás?

Se lo quitó. Ya le había crecido unos centímetros de pelo, lo que en cierto sentido le daba un aire más enigmático y atrayente.

—¿Ves? A mí no me afecta —sostuvo Hamdi Othman—. Más aún, eres una chica notablemente bonita. Tu padre te hizo rapar por modestia, ¿verdad?

—Sí, señor.

—Pero tú no te has comportado muy modestamente…

—No —respondió Nada, sin la menor vacilación.

El hombre colocó un magnetófono sobre la mesa.

—¿Alguna vez viste un aparato como éste? ¿Sabes lo que es?

—No.

—Sirve para grabar las voces de la gente. ¿Te gustaría oír la tuya?

—La mía, haciendo el amor con Bernard —repuso ella, sin ambages.

Hamdi Othman casi tiró su cigarro. La reacción de la muchacha lo cogió totalmente desprevenido.

—¿Crees que a tu padre le gustaría oírte? —dijo, con cierto tono amenazador.

Nada se enfureció, pero luego se encogió de hombros. Othman la escrutó largo rato con la mirada. Daba la impresión de no tenerle miedo y de poseer un total dominio de sí misma.

—Hay una vacante para un alto cargo de la UNRWA en Siria. Voy a recomendar a Bernard para ese puesto.

—¿Cómo castigo?

—Para él será un ascenso.

—¿Ya está enterado?

—Sí. Y está dispuesto a marcharse inmediatamente de Ammán.

—Muy bien, señor Othman.

—No pareces muy contrariada, Nada.

—Lo echaré mucho de menos, pero no nos hemos hecho promesas. No es mi intención retenerlo. Siempre supimos que sería un período breve.

—Ahora dime, Nada, qué debo hacer contigo.

—Me gustaría permanecer en Ammán, en su casa. Estoy encariñada con los niños. No sé cuándo tendré hijos propios, ni siquiera si Alá me concederá esa bendición. Ellos me hacen muy feliz.

—Este asunto de tu relación con Bernard es algo muy serio. Felizmente, nadie más que yo está al tanto de la cuestión. ¿Lo dejamos así?

—Como usted desee, señor Othman. Si lo que pretende es que yo le suplique, está perdiendo el tiempo.

La expresión de Othman era una clara muestra de que estaba conmovido. La chica le resultaba a cada minuto más interesante.

—Dime, Nada, ¿te gustaría tener una habitación para ti sola?

—Jamás he tenido mi propio cuarto, ni he soñado con ello.

—Podríamos arreglarlo. Desde luego, como compartimos este secreto…, comprendo que no soy joven como Bernard… Por otra parte… soy, digamos, algo maduro. Como tú sabes, mi mujer tiene muchas obligaciones, en particular los jueves. Se pasa la tarde en la peluquería, y después va a jugar al bridge. Lo que te sugiero…

—Usted quiere acostarse conmigo.

Él se rió.

—No te muerdes las palabras. Eres toda una mujer.

—Creo que usted es un hombre muy atractivo, señor Othman, y no me importaría hacer el amor en casa de su esposa. De todas formas usted lo hace con muchas mujeres. Pero tenga presente que no lo haré por temor a que revele este secreto.

—Por supuesto que no, Alá no lo permita.

Una tenue sonrisa de Mona Lisa cruzó por los labios femeninos.

—Si voy a quedarme, quiero que me dé el sábado y otro día por semana libres. Zeinah puede reemplazarme perfectamente esos días. Los niños se llevan bien con ella.

—¿Qué piensas hacer sola en Ammán?

—Quiero unirme a los fedayines.

—Dime, Nada, con toda sinceridad. ¿Soy tan bueno como Bernard Joxe?

Nada se colocó boca arriba, se estiró y suspiró feliz, mientras él le besaba los pezones.

—Eres magnífico, Hamdi.

—Di que soy tan bueno como Bernard. Dilo.

—¿Y yo soy tan buena como tu mujer?

—Eres una putita. ¿Cómo ha aprendido una campesina como tú a hacer el amor de esta manera?

Hamdi Othman era ciertamente diestro para el amor, pero se hallaba totalmente enamorado de sí mismo. Exigía. Acababa cuando le apetecía. Después Nada le calmaba y le exigía que la deleitara con sus innumerables habilidades.

Ella sabía que pronto tendría que partir. El ambiente se estaba poniendo tenso. La señora de Othman la trataba con acritud. Demasiadas veces había vivido la misma experiencia.

Hamdi Othman no podía revelar su relación sin quedar expuesto a terribles consecuencias, ya que Nada no se sentía intimidada. Más aún, la muchacha se le había metido bajo la piel, y él ya comenzaba a manifestar ciertos celos. Nada había tenido cuidado de hacerlo solamente en sus períodos seguros, y hasta ahora no había quedado embarazada. La relación carnal con él, por egoísta que fuera, le había causado momentos de grandes sensaciones distintas y salvajes. Ahora comprendía esa nueva capacidad de volver levemente loco a un hombre. Era una maravilla.

En el instante en que posó sus ojos en Joul, Nada se dio cuenta de que éste era el amor profundo e importante que añoraba. El comandante fedayín rezumaba valentía y ostentaba, orgulloso, un nombre revolucionario: Abu Zaim, el Padre del Líder. Joul era famoso por su astucia y su valor, habiendo sobrevivido a tres incursiones al otro lado de la frontera.

Nada pudo ver más allá de su fachada. Joul tenía la mirada penetrante y el ingenio de Ismael, la misma sensibilidad de su hermano. Ese amor sería puro.

Joul se sintió halagado por la atracción que despertaba en Nada. Muchas otras chicas lo perseguían, pero no eran como ella. Al principio lo desconcertó un poco su audacia, pero ya estaba irremediablemente atrapado por su belleza. Tenían largas y encendidas charlas sobre su tremenda situación y los sentimientos que iban creciendo en ellos. Él pertenecía a una familia poco importante. Nada sabía que Haj Ibrahim lo rechazaría de plano.

Llegó el día y el momento de estar totalmente a solas con él, lejos del ambiente enloquecido del campamento y el afectado ambiente de Ammán. Joul le confesó su amor. Nada habló de hacer el amor. Él se quedó perplejo debido a toda su vida de represión. No sabía qué hacer, pero enloquecía de deseo por ella.

—Yo te deseo, Joul, y no le tengo miedo al mañana. Amémonos, y que el futuro se ocupe de sí mismo. No tienes que prometerme nada.

—Te amo tanto. No pienso más que en ti. Me estoy volviendo loco.

—Quiero sentirte sin ropa.

—Sí —aceptó él en un susurro.

Nada le cogió la mano.

—Antes de hacerlo, quiero que sepas que me han quitado la virtud.

Joul quedó atónito.

—Sucedió en Jaffa, cuando huimos de nuestra aldea. Un día iba caminando sola por los angostos callejones del mercado. Me atraparon y me violaron tres soldados iraquíes.

Joul no pudo contemplar su mirada triste, y le brotaron las lágrimas.

—¿Te importa? —preguntó ella con cierto temor.

—No.

Nada se desabrochó el vestido y lo dejó resbalar por sus hombros hasta que sus pechos quedaron al descubierto. Tomó la cabeza de su amado y la apretó contra sí.

—Son tuyos…, suave…, dulcemente. Sí, yo sabía que serías tierno conmigo.

Lentamente Nada le abrió las puertas del paraíso. Fue un amor libre y sin vergüenza.

Hamdi Othman se puso furioso cuando Nada le cerró la puerta con llave. De nada valieron sus amenazas. Ella le respondía amenazándolo con los fedayines, lo cual le provocaba suficiente temor como para serenarse. Lo habían rechazado y tenía que aceptarlo.

Nada y Joul siguieron siendo amantes durante varios meses. Todas sus frustraciones explotaban en su relación carnal. Compartían amargas lágrimas, la sensación de estar prisioneros.

Cuando llegó el día de viajar a Aqbat Jabar, Nada envió una nota avisando que estaba enferma y que iría la próxima vez. Los amantes se devoraban mutuamente, se aferraban con desesperación para no sentirse afectados por ese mundo horrible que los rodeaba.

Fueron apareciendo presiones, chismes. Los descubrió un amigo. Era imposible mantener secretos de esa índole dentro de un ámbito pequeño y vigilante. Joul era irremisiblemente pobre y se sintió desesperado por su situación.

Su hombría se tornó en confusión. No fue capaz de afrontar los hechos y luchar por ella. Cuando llegó el momento de la verdad, Joul se amilanó y huyó.

CAPÍTULO X

Poco después de la partida de Omar y Nada, inesperadamente se me levantó el ánimo. Siempre andaba rondando alrededor del doctor Mudhill para prestarle cualquier servicio. Él trataba de ahuyentarme, pero finalmente se dio por vencido.

Hacía varios años que una expedición arqueológica británica estaba excavando la antigua Jericó. El doctor Mudhill colaboraba con ellos, era su contacto árabe. Al principio Ibrahim me prohibió inmiscuirme, lo que sólo consiguió estimular aun más mi interés. Después de haber enviado a Nada al exilio, mi padre llegó a conocer muy bien mi rencor. En vez de correr el riesgo de perderme a mí también, prefirió ceder. Fue un alivio abandonar la Escuela Wadi Bakkah, que se había convertido en una fábrica de odio, donde no existían los valores de la paz y el amor.

La excavación de Jericó produjo una intensa actividad en la región. Un descubrimiento beduino del otro lado del río ocasionó una nueva ola de excitación. Se habían hallado unos antiguos objetos hebreos al pie del monte Nebo, el lugar desde donde Moisés contempló la tierra prometida y donde muriera, después de encomendar a Josué que cruzara con las tribus el río Jordán y llegara a Canaán.

El profesor Mudhill recibió fondos para montar una pequeña excavación exploratoria en busca de un posible asentamiento hebreo arcaico. Si los indicios se confirmaran, podría convertirse en un descubrimiento de gran importancia. Como yo había trabajado tan bien en Jericó, el doctor fue a ver a Ibrahim para que me permitiera dirigir al personal árabe.

Mi padre accedió a desgano. Se daba cuenta de que el negarme la autorización podía provocar una brecha eterna entre nosotros. Sus objeciones muy pronto se desvanecieron cuando entendió que la mejor forma de reprimir mis ansias de viajar era tenerme excavando en Jericó.

La exploración del monte Nebo contaba con un arqueólogo, diez estudiantes europeos voluntarios y una docena de obreros. Yo organizaba el campamento, era capataz de los operarios árabes, obtenía los permisos, confeccionaba la lista de pagos, mantenía la necesaria provisión de alimentos, agua y medicamentos, y me encargaba de la seguridad impidiendo que se infiltraran los beduinos.

Desempeñaba magníficamente en mi labor. Tenía mi propio jeep y podía viajar cada quince días a Ammán a ver a Nada. Pese a que yo conocía cómo anhelaba ella el amor, mi hermana no me contó sus secretos, en un primer momento por miedo a que yo me acogiera a nuestro precepto más sagrado y exigiera venganza.

Había madurado convirtiéndose en una espléndida flor. Sus ojos eran despiertos, sus modales seguros, toda su personalidad había crecido. A pesar del peligroso camino que transitaba, yo sabía que estaba experimentando cosas que quizá fuesen lo

único gratificante de su vida. En cuanto a mí…, cuando se quiere a alguien como yo la quería a ella, su felicidad se vuelve más importante que el hecho de matar al hombre o a los hombres que la hacen feliz. ¿Acaso estaba traicionando yo mi propio sentido del honor? En realidad no me importaba. Lo que más me importaba era ella. No quería encontrarme cara a cara con esos nombres por temor a que se despertara en mí un falso orgullo.

En el fondo, dentro de nuestra familia, Nada y yo éramos los únicos que teníamos confianza.

Lo que no me gustaba era la tirantez entre ella y nuestro padre. Ibrahim advertía que su independencia era cada vez mayor, y su madurez. A pesar de que ella se comportaba con total obediencia en sus visitas a Aqbat Jabar, mi padre sabía leer entre líneas.

Mientras tanto, yo también tuve una relación sentimental. Una de las voluntarias europeas era una bonita inglesa de veinte años llamada Sybil. Había oído comentar que las inglesas eran frías en cuestiones de sexo. Ahora me desternillo de risa cuando pienso en eso.

Sybil llegó a Jordania llena de ideas pueriles, una de ellas era la de quedar perdidamente enamorada de un romántico jeque árabe. Ese papel lo desempeñé yo, y más que dignamente, debo reconocer. Mi jeep hacía las veces de noble corcel árabe que la transportaba a nuestra gruta del desierto. Nos mentimos el uno al otro con total sinceridad respecto del carácter eterno de nuestro amor. Confieso que, incluso con mi amplia experiencia con viudas, Sybil me enseñó muchas maravillas.

Cuando terminó la temporada de excavación antes del caluroso verano de 1956, me deprimí. Sybil y sus compañeros regresaron a Europa. Yo me quedé con el corazón en pedazos, igual que las vasijas que debía componer.

Aunque ya había concluido la excavación hasta el año siguiente, todavía tenía mucho trabajo que hacer en el monte Nebo. Habíamos llegado casi a descubrir un sitio importante, quizás un muro, y ciertos indicios nos indicaban que tal vez habíamos dado con una tumba o un altar. Solamente se puede soportar una excavación en el desierto si uno sueña que al día siguiente, o al otro, o al otro, realizará un hallazgo monumental.

Como cualquier cosa construida por los antiguos hebreos implicaría la presencia de ladrillos de barro, existía el riesgo de que desapareciera por efecto del agua. Por consiguiente, además de organizar una guardia permanente, tuve que tomar medidas de prevención contra la lluvia.

Mi mayor recompensa era poder trabajar junto al doctor Mudhill. Realizábamos la ardua tarea de registrar, restaurar, medir y dibujar todo lo que se desentrañaba.

Un día estaba yo ocupado con un rompecabezas de doscientos trozos de vasijas, esperando completar una estupenda restauración. Mi humor sombrío obviamente se

reflejaba en el taller.

—Estás haciendo un trabajo muy chapucero con ese cacharro —dijo el profesor, desde el banco donde se hallaba dibujando.

Farfullé cualquier respuesta.

—Siempre es un momento triste cuando se clausura la temporada de excavación. Pero el año próximo vendrá otra Sybil. Observando a un jorobado como yo, no podrías pensar que he sido invitado a las tiendas de muchas arqueólogas y voluntarias. Ah, veo que no estás de humor para la conversación intrascendente. ¿Qué te pasa, Ismael?

—Jamil ha muerto, Omar se fue y Kamal no sirve para nada. Cada vez que se marcha alguno, eso me hace recordar que yo sigo aquí.

Encontré un resto que andaba buscando, que parecía corresponder a la vasija que restauraba, pero hasta esos minúsculos trocitos de alfarería parecían más fáciles de arreglar que la propia vida.

No quería sacarle el tema por temor a oír su respuesta, pero sabía que debía hacerlo.

—Me llegaron rumores de que ésta será su última temporada.

—No es un rumor.

Cerré un instante los ojos para soportar el golpe; luego jugueteé con un pedacito de arcilla rota en la mano.

—¿Adónde va?

—Me han invitado a Londres, a trabajar en la publicación de nuestros hallazgos. En rigor, cuando uno es un inválido como yo, sabe que no llegará a viejo. Necesito imperiosamente atención médica.

—Me avergüenzo de mí mismo. He estado tan inmerso en mis problemas, que no me he dado cuenta de que usted sufría. —Sentía deseos de llorar por su dolor y el mío de perderlo—. ¿Y su contacto con los judíos?

—Encontrarán a algún otro.

—Me asombra que nunca lo hayan descubierto.

—Jamás fui un verdadero espía. Hace mucho tiempo, ambos bandos vieron mi utilidad para entregar mensajes. El contacto entre Jordania e Israel debe quedar siempre abierto.

Temí que fuese a pedirme que lo reemplazara yo en esa tarea, y rápidamente cambié de tema.

—Mi padre cree en Nasser. Dice: ¿Cuánto tiempo más tendremos que cargar los árabes con la culpa de los occidentales por el holocausto, y cuánto tiempo seguirán los judíos beneficiándose por eso? Mi padre afirma que los sionistas están trayendo cientos de miles de judíos de territorios árabes para reemplazarnos en Palestina. Pero viven en medio de la miseria, como en Aqbat Jabar…

—Sin embargo —me interrumpió el profesor— los judíos no le imploran al mundo la caridad para sus hermanos. Desmantelan sus campos de refugiados con la misma celeridad con que levantan ciudades. Están trasladando a miles de personas a hogares decentes, proporcionándoles un trabajo útil. Limpian las tierras para cultivarlas. La vida de los judíos que huyeron de los países árabes en la indigencia será distinta que la vuestra. ¿Sabes Ismael, que existen más de veinte millones de refugiados en el mundo, desde la India hasta el África? De todos ellos, sólo los árabes poseen recursos como para solucionar su problema de refugiados, si se lo proponen. Tenemos cuantiosos fondos provenientes del petróleo, más empleos en los países del Golfo que los que podrían cubrirse sumando a todos los palestinos. Hay tierras fértiles en el valle del Éufrates y en la vasta y despoblada Libia. Lo único que nos hace falta es algo que los judíos poseen en abundancia.

—¿Qué?

—Amor. Sí, los judíos se aman unos a otros. Ellos no tolerarán que hermanos suyos vivan en sitios pestilentes como Aqbat Jabar.

—Eso mi padre lo sabe en lo más íntimo de su corazón. Ya no puede reconocerlo más ante sí mismo. Al fin y al cabo, él intentó hacer las cosas de otra manera.

—Sí, lo hizo.

—Pero ahora…, a veces me parece que no lo conozco. Dice que, teniendo de aliados a los rusos, Nasser podrá unir a todo el mundo árabe como nadie lo ha hecho desde Mahoma.

—Tonterías. El Islam es incapaz de vivir en paz con nadie. Los árabes somos los peores. No podemos vivir con el mundo, y lo que es más terrible, ni siquiera con nosotros mismos. A la larga, el conflicto no será de árabes contra judíos sino de árabes contra árabes. Algún día se nos acabará el petróleo y ya no podremos chantajear a nadie. No hemos contribuido en nada a mejorar la raza humana durante siglos, a menos que consideres al asesino y al terrorista como un obsequio a la Humanidad. El mundo nos mandará al diablo. Nosotros, que tratamos de humillar a los judíos, terminaremos humillados como la escoria de la tierra. Basta, deja ya ese cacharro y vamos a tomar un café.

Al instante estábamos sentados a ambos lados de su escritorio, mi lugar preferido.

—Como tú sabes, Ismael, jamás tuve hijos. Pensé que podía engendrar algún ser deforme como yo. ¿No has considerado la posibilidad de venir a Londres conmigo?

—Oh, doctor Mudhill, he soñado con escuchar esas palabras. Pero sé que si me voy, jamás podré estar en paz conmigo mismo. No puedo ser un traidor.

—¿Traidor a qué? ¿A un sistema que jamás te concederá la libertad o la belleza del poder pensar por ti mismo?

—No me separaré de Nada hasta no verla por buen camino. Y en cuanto a mi padre…

—¿Acaso no entiendes? En la mente de él, tú y Nada sois sólo peones para un mundo que jamás conocerá. Ismael es un vago sueño del futuro para Haj Ibrahim. Nada es el recuerdo impreciso de Tabah y su pasado, la euforia de vendérsela a un gran jeque o a un marido rico. ¿Quieres terminar tus días representando la fantasía de un viejo?

—Por favor, no me hable así. Usted mismo me ha dicho mil veces que nadie puede cortar las cadenas de la sociedad árabe. ¿Será usted libre, aun cuando se halle en Londres?

—No, jamás lo seré, pero moriré sin rencor y frustración. Tú sólo podrás tener la mitad del pan. Inténtalo, Ismael. Huye con tu hermana.

—Usted no sabe las innumerables noches que he pasado planeando la fuga.

—¡Entonces vete, muchacho, vete!

—¿Adónde, profesor? ¿A los siete paraísos?

Me interné en las calles de Jericó y llené mis pulmones de aire caliente y rancio. Al pasar por los bares y las tiendas, todos me saludaban como señal de respeto a mi padre.

Un camión lleno de fedayines avanzaba raudamente, levantando nubes de polvo. Disparaban al aire.

—Itbakn al Yahud! —coreaban—. ¡Mueran los judíos!

Se oyó la voz de «Radio El Cairo» por los altavoces. El presidente Nasser deploró la traición norteamericana y sionista.

La fiebre bélica iba en aumento. Todo el mundo se preparaba para la próxima guerra contra Israel.

Unos rapaces callejeros jugaban en las alcantarillas.

Me detuve frente a un mendigo de grotescas proporciones y le di una moneda. El doctor Mudhill también había sido un pordiosero, pero se había salvado. A este hombre no le esperaba la misma suerte.

¿Qué era lo que me había leído el profesor? Algo de T. E. Lawrence, el gran héroe inglés de los árabes. Esperad que pienso…, sí, ya me acuerdo: Los árabes no poseen matices en su manera de observar… Excluyen el compromiso y persiguen la lógica de sus ideas hasta límites absurdos, sin ver la incongruencia de sus conclusiones contradictorias. Sus convicciones son por instinto…, sus actos totalmente intuitivos…

Muy inteligente ese Lawrence de Arabia, muy inteligente.

CAPÍTULO XI

Lunes 29 de octubre de 1956

¡GUERRA!

Desde el momento en que el coronel Gamal Abdel Nasser se hiciera cargo del poder egipcio, dos años antes, había caminado por un sendero irreversible. Su objetivo era la tan famosa obsesión por aniquilar a Israel.

Mi padre y yo observábamos el desarrollo de los acontecimientos con reacciones contrapuestas. Yo no le veía sentido alguno a una guerra, teniendo en cuenta a los refugiados palestinos. Pese a la exuberancia de Sabri, Nasser realmente no haría nada por mejorar nuestra situación. Si ganaba y nosotros regresábamos a nuestros hogares, sólo estaríamos cambiando la tiranía jordana por la egipcia. Él sólo tenía la intención de utilizarnos.

Por otra parte, Haj Ibrahim se sentía arrastrado totalmente por la fiebre de Nasser. Sólo era capaz de pensar en la guerra contra los judíos. Era incapaz de prever qué sucedería cuando hubiéramos retornado a Tabah.

No voy a relatar los diversos episodios en el orden en que ocurrieron, porque a menudo se superponen en mi mente. Sin embargo, lo que Nasser y los demás gobiernos árabes hicieron fue importante.

Nasser desmoralizó a los jordanos promoviendo disturbios entre los refugiados de la Orilla Occidental; luego obligó a Jordania a aceptar una alianza militar bajo su mando. Estaba fuertemente respaldado por los saudíes, enemigos mortales de los hachemitas, tan interesados en la caída de Jordania como en la derrota de los sionistas.

Nasser alentó a Siria para que intentara cortar el suministro de agua a Israel en las fuentes del río Jordán.

También impidió que los barcos con destino a Israel utilizaran el canal de Suez.

Clausuró el estrecho de Tirán para todos los barcos israelíes, desde y hacia Eilat, negándole así a Israel una ruta a Oriente. Estas obstrucciones de vías navegables internacionales eran, en sí mismas, actos de guerra.

Las Naciones Unidas recibieron el encargo de financiar la construcción de una enorme presa sobre el Nilo, en Asuán. Cuando Nasser arbitrariamente se apropió del canal de Suez y lo nacionalizó, los norteamericanos retiraron su colaboración en la construcción de la presa.

Durante siglos Rusia había abrigado el sueño de contar con un puerto de aguas templadas, y estaba ansiosa por asentar sus reales en Oriente Medio. Fue así como la Unión Soviética se apresuró a llenar el vacío dejado por la retirada norteamericana de Egipto. Se asignaron billones de rublos para terminar la presa. Junto con ellos llegó

una invasión masiva de armamento soviético.

Después de apoderarse del canal de Suez, Nasser se negó a asistir a una conferencia marítima internacional donde se discutiría el futuro de las vías navegables, poniendo en peligro las economías occidentales y confiriéndole de repente una atemorizante primacía a Rusia en la zona.

Nasser tenía a su disposición los ejércitos de Siria, Yemen y Arabia Saudí, y recibió la seguridad de una total colaboración por parte de Irak y el resto del mundo árabe.

Durante ese período, Egipto armó y entrenó a los fedayines palestinos. Nasser fue responsable de haber lanzado tres mil incursiones de fedayines en Israel, con la sola misión de sembrar la muerte y el terror.

Ignorando el derecho internacional y prometiendo a diario el exterminio de los judíos, Nasser movilizó sus legiones, pletóricas de armamento soviético, a través de las zonas desmilitarizadas del Sinaí.

El 29 de octubre, Israel atacó primero.

Recuerdo el olor a guerra en el aire y una tensión espantosa. El cielo parecía oscuro al mediodía. Era como nuestros últimos días en Tabah.

Posteriormente nos enteraríamos de que Israel había suscripto una alianza secreta con británicos y franceses, que seguían indignados por la toma del canal. El plan era realizar un ataque en forma de tenazas. Israel se lanzaría primero, cruzando el Sinaí, Inglaterra y Francia tomarían luego el canal.

Estos dos países se desinflaron cediendo ante las presiones rusas y norteamericanas, y desertaron en medio de la batalla. Israel tuvo que realizarla solo.

El primer día «Radio El Cairo» anunció una demoledora victoria tras otra. Se propagaron rápidamente las manifestaciones de refugiados de la Orilla Occidental, proclamando a Nasser como el nuevo Mesías. Con cada nuevo boletín se desataba una locura más. La gente estaba enloquecida de alegría. ¡En menos de una semana regresaríamos a casa!

La primera noche fue larga. No dormimos, sintonizando todas las ondas para enterarnos de las noticias. Todo el mundo estaba exhausto pero eufórico esa segunda mañana. Luego, un tenue olor a cenizas, un primer asombro. El Cairo comenzó a modificar sus palabras de victoria. Franceses y británicos bombardeaban escuelas y hospitales. Los avances sobre Israel del primer día eran ahora «feroces» batallas en las cuales Egipto «defendía» posiciones que previamente se habían anunciado como conquistadas.

¿Dónde estaban Siria y Jordania? ¿Por qué no habían entrado en la contienda?

Al finalizar el tercer día ya no se podía ocultar la verdad. Minuto a minuto, hora a hora, llegaban cuentos y rumores.

¡Israel había derrotado al Ejército egipcio!

Los judíos se habían lanzado sobre el Sinaí, y en menos de noventa horas habían aplastado a las legiones de Nasser y se habían instalado en la ribera oriental del canal.

Durante la cuarta noche de combate, todas las ilusiones se habían hecho añicos. Yo había regresado de la excavación en el Monte Nebo, y me despertó una llamada de radio del doctor Mudhill.

—Ismael, debes regresar inmediatamente a Jericó. Está comenzando a cundir el pánico en los campamentos. Nadie sabe dónde está Ibrahim. Búscalo y tráelo a mi oficina. ¡Es urgente!

No fue tarea sencilla atravesar el desierto en la oscuridad y llegar a la carretera principal. Si bien las distancias eran cortas, tardé varias horas en llegar. El puente Allenby hervía de soldados de la Legión. Felizmente, mis documentos eran de un alto ministro, y el guardia conocía mis idas y venidas al Monte Nebo, de modo que crucé sin problemas. Sin embargo, ya era más de medianoche cuando llegué a Aqbat Jabar.

Los rumores de que los judíos se disponían a perpetrar una masacre corrían de boca en boca. Un estado de cuasi histeria se había apoderado del campamento. La gente, confundida, andaba de un lado a otro, mientras que algunos ya estaban haciendo las maletas. ¡Oh Dios, era la repetición de una pesadilla!

Yo sabía que mi padre solía ir a meditar a un lugar del Monte de las Tentaciones. En varias ocasiones habíamos ido juntos. Trepé corriendo las colinas, mientras la luz de mi linterna rebotaba contra las rocas.

—¡Padre! —grité, angustiado.

La única respuesta que obtuve fue mi propio eco.

—¡Padre! ¡Padre! ¡Padre!

Lo alcancé con la luz. Estaba inmóvil, obviamente atontado por los acontecimientos. Por primera vez noté que su barba se había vuelto casi completamente blanca. Levantó la mirada y la posó en mí, pero no me veía. Gruesas lágrimas rodaban por sus mejillas.

—Padre…

—¿Ya ha terminado todo?

—Sí.

—¡Alá! —gimió—. Éste es el momento más horrible de mi vida. Me dejé engañar. Creí todo como cualquier campesino ignorante. Dejé que moldearan mi cerebro. ¡Ibrahim! ¡Eres el peor de los tontos! ¡Nasser! —exclamó, y escupió.

—Por favor, padre, no tienes tiempo para subestimarte. La gente está aterrorizada. Andan corriendo como locos, gritando que los judíos los van a asesinar. Las familias están preparando sus cosas para marcharse. El doctor Mudhill ha recibido mensajes. Debes venir inmediatamente conmigo a su oficina.

—¿Para qué apresurarnos? Hay tres mil fedayines para protegerlos.

—Los fedayines han huido.

Cuando llegamos al despacho del profesor, Ibrahim ya había recuperado el dominio de sí mismo. Eran más de las cuatro de la madrugada. En Jericó se estaban formando los clanes para escapar al amanecer. Entramos pasando por el taller. Una luz pequeña nos llamaba desde la oficina. El contrahecho cuerpo del doctor Mudhill se hallaba junto a la ventana, contemplando el terror que crecía en las calles. En el otro extremo de la habitación, había un hombre apoyado contra la biblioteca.

—¡Coronel Zyyad!

—Sí, soy yo, Haj Ibrahim.

¡Qué ganas le dieron a mi padre de matarlo! Atemorizado, vi cómo abría y cerraba las manos. Me interpuse entonces entre ambos.

—Su hijo es sensato —dijo Zyyad—. Bueno, el Ejército egipcio ha sido derrotado. El rey Heusseini sabiamente declinó involucrarse en el delirio de Nasser. En cambio, hemos hecho un trato con los judíos. La Legión no atacará Israel, y éstos no avanzarán sobre Jerusalén Oriental ni la Orilla Occidental.

—No hay motivo para que aquí cunda el pánico —intervino Mudhill.

—Cuando están así de frenéticos, nada puede detenerlos —sentenció mi padre.

El doctor Mudhill se retiró de la ventana y se acercó renqueando hasta nosotros.

—El coronel Zyyad tiene dos batallones de la Legión en el puente, con órdenes de matar a cualquiera que intente cruzarlo.

—En el nombre de Alá, ¿para qué? ¿Qué ganarán matando a dos, tres, cuatro mil personas aterradas, con sus mujeres y niños?

—Cuantos más palestinos haya en Jordania, más peligro corre nuestro reino. Ya estamos hartos, Haj Ibrahim. Si fuera por mí…

—Cállese, Zyyad —le exigió Mudhill—. Sabemos muy bien lo que haría. Después de todo, qué es una masacre más o menos en nuestra historia. —El profesor aferró a mi padre de su túnica—. Afortunadamente el rey ha emitido una autorización que nos permitirá hacer el intento de impedir que crucen el puente. Usted, Ibrahim, es el único que puede detenerlos.

El pequeño tamaño y el estado calamitoso del puente Allenby no daban indicios de su tremenda importancia.

—Retire sus hombres de la vista, detrás de la primera loma —le dijo Ibrahim al coronel Zyyad—. Y tráigame un altavoz.

—Recuerde que, si lo apartan a usted a un lado y cruzan el puente, regresaremos y abriremos fuego.

—Ya lo sé, coronel Zyyad. Usted está esperando que yo fracase, ¿no?

Amanecía.

Me situé junto a mi padre, antes del puente. Estábamos solos, indefensos y apuntaban mil rifles. La multitud que provenía de Jericó cobró forma, asemejándose a un enjambre de langostas del desierto. Solitario y noble, mi padre se enfrentó con la

muchedumbre. Su excelsa figura los obligó a detenerse, y en una fracción de segundo él pasó a dominar la situación.

—¡Deteneos! —gritó por el altavoz.

—¡No lo intentes, Haj Ibrahim! ¡Vamos a cruzar!

—¡Los judíos están atacando en el mar Muerto!

—¡En menos de una hora llegarán a Jericó!

—¡Sus bombarderos ya están en camino!

—¡Han asesinado a miles en Jerusalén Oriental!

—¡Rashid! —ordenó mi padre a un anciano jeque que venía al frente—. ¡Adelántate!

Rashid se volvió hacia la plebe, levantó las manos para acallarlos y se acercó, solo, hasta donde estábamos mi padre y yo.

—Es inútil, Ibrahim.

—¡Ya una vez huimos de nuestros hogares sin oponer resistencia, y mira lo que hemos sufrido por eso! ¡No podéis volver a escapar!

—¡Nos asesinarán!

—Ibrahim, apártate —le advirtió Rashid.

La gente se aproximaba.

—¡Estuve en el Monte de las Tentaciones! —gritó mi padre, como si fuera Moisés—. ¡He hablado con Mahoma!

Quedaron todos paralizados por la impresión.

—¡Mahoma vino anoche a mí! ¡Me dijo que Alá ha lanzado una maldición sobre este puente y este río! ¡El primero que intente cruzarlo no llegará vivo al otro lado! ¡Alá lo dejará ciego, le abrirá las entrañas y permitirá que los buitres se alimenten de él antes de que llegue a Jordania!

—¡Ibrahim miente! —protestó Rashid.

Mi padre se apartó a un lado y dejó libre el acceso al puente.

—¡Invito al jeque Rashid a que cruce primero! —lo desafió mi padre por el altavoz—. Si llegas con vida al otro extremo, ¡qué Alá me envíe la muerte!

La furia que los dominaba se había disipado como por milagro. El jeque Rashid prefirió no poner un pie en el puente. Retrocedió.

—¿Quién nos protegerá de los judíos?

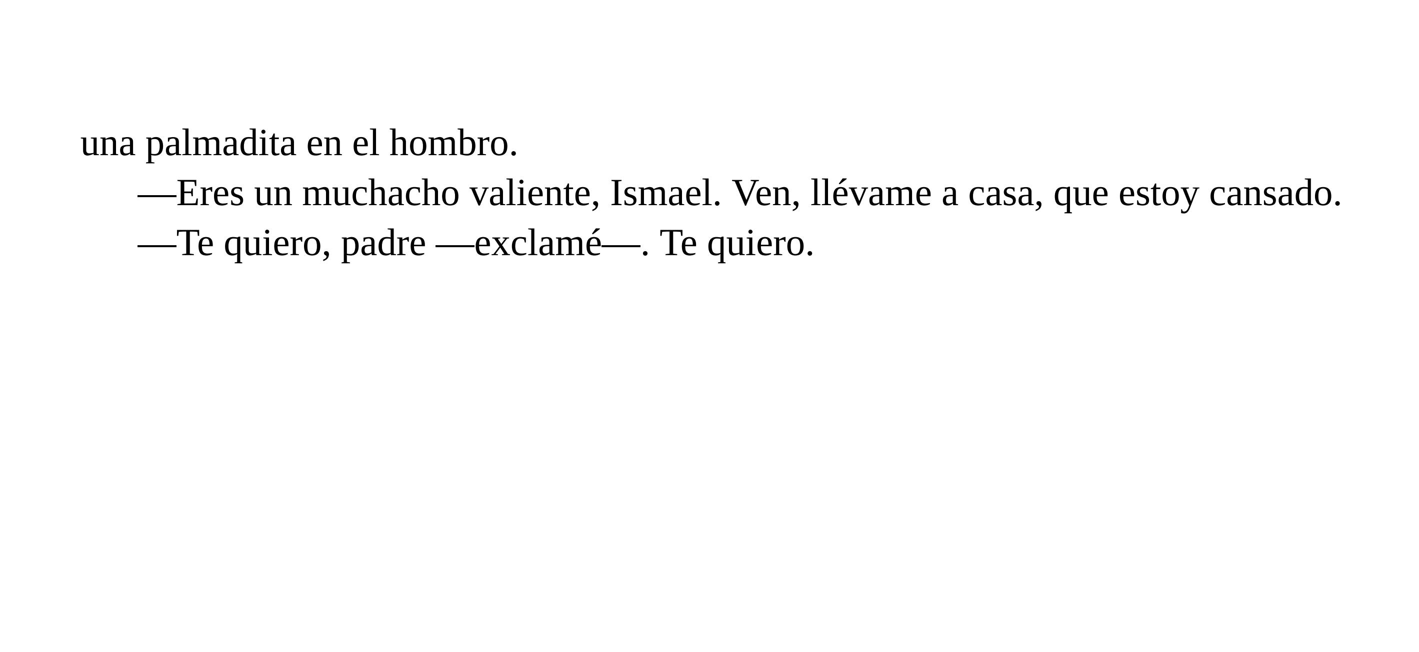
—¡Yo, Haj Ibrahim al Soukori al Wahhabi, les doy la palabra sagrada de Mahoma, de que no sufrirán daño alguno! ¡Ahora vuelvan a sus casas!

—¡Haj Ibrahim es grande!

—¡Alá nos salvará!

Pequeños grupos de hombres y mujeres comenzaron a desprenderse del grueso de la multitud, rumbo a Jericó… Después otros… Y otros más.

Al rato, mi padre y yo habíamos quedado nuevamente solos. Él me miró y me dio



una palmadita en el hombro.

—Eres un muchacho valiente, Ismael. Ven, llévame a casa, que estoy cansado.

—Te quiero, padre —exclamé—. Te quiero.

CAPÍTULO XII

Una semana después de la guerra regresé al Monte Nebo. Si bien una pesadumbre y un desconcierto totales se habían apoderado de los refugiados, a mi padre y a mí nos había sucedido algo extraño, diferente. En vez de experimentar desesperación, Ibrahim parecía haber salido de un túnel largo y oscuro. Había vuelto a la realidad. Ya no creería en el coronel Nasser. Más aún, daba ciertos indicios de suponer que la vida podía reservarnos algo más que Aqbat Jabar. No mencionaba directamente la posibilidad de retornar a Tabah o de llegar a un acuerdo con los judíos. Sin embargo, fue a visitar varias veces al doctor Mudhill. Me daba la sensación de que estaba tanteando el terreno en busca de una forma honorable de terminar nuestro exilio.

Viviendo en el desierto, quizá me haya dejado engañar por las estrellas y la quietud, pero no obstante sentía correr una nueva esperanza por mis venas. Mi padre me escuchaba. Con tiempo y una cuidadosa planificación, tal vez lograría convencerlo de que el mundo no se vendría abajo si me permitía ir a estudiar. Al cabo de unos meses podríamos estar todos reunidos, instalados en algún sitio decente. A lo mejor incluso fuera de Palestina o los países árabes.

¿O acaso yo estaba loco? ¿Qué pasaría con Nada? Ibrahim nunca debía enterarse de que había perdido la virtud. Eso sería fatal para cualquier plan. Mi primera preocupación debía ser intentar conseguir que ambos hicieran las paces. A veces parecía que se querían, pero las visitas de Nada siempre acababan amargamente.

Los dos albergaban un fuerte resentimiento respecto al otro, que estaba a punto de estallar. Nada se lamentaba por su vida, pero jamás hacía comentario alguno delante de Ibrahim. A veces me parecía que lo odiaba. Cierto era que él nunca habría de aceptar a las mujeres independientes, pero ambos eran tan magníficos que tenían que encontrar el modo de respetarse mutuamente.

¿Por qué él siempre buscaba ocasionar desavenencias?

Sí, mi primera misión debía ser lograr que llegaran a una relación amistosa. Después vendría lo demás.

Estudié el firmamento, que no presentaba buen aspecto. Mañana vendría Nada a pasar tres días, pero todavía me quedaba por terminar una parte del techo de la excavación, anticipándome al mal tiempo.

Llamé al doctor Mudhill por radio.

—Sí, Ismael.

—Creo que conviene que me quede hasta mañana a completar el techo —dije—. No quisiera dejar esta zona abierta durante tres días.

—Me parece muy bien.

—¿Le podría decir a Nada, que llegaré tarde?

—Sí, por supuesto. ¿Todo lo demás anda bien por ahí?

—Perfecto. Y yo soy feliz aquí.

Ibrahim tenía que reconocer ante sí mismo que esperaba ansioso la llegada de su hija al día siguiente. ¿Por qué no admitirlo? La había echado de menos. Cuando fue el doctor Mudhill a avisar que Ismael se retrasaría, una nueva idea le cruzó por la mente. Tal vez, ya que Ismael iba a retrasarse, podría salir a caminar con Nada y hablarle de tú a tú, cosa que jamás había hecho. Su hija parecía estar aprendiendo mucho en Ammán.

Pasó revista a sus hijos. De los once que habían nacido, muerto, sobrevivido o contraído matrimonio, lo cierto era que, después de Ismael, Nada era su preferida. En esta visita estaba decidido a morderse la lengua antes de hablarle con aspereza. Si tanto la quería, ¿por qué siempre procuraba herirla y ofenderla?, se preguntó.

Las mujeres rodearon a Nada haciendo comentarios alborozados. ¡Qué hermosa estaba! Mucho más bonita, incluso, que en su viaje anterior. Tenía algo en el porte, emanaba de ella cierto aire de seguridad que muy pocas mujeres tenían.

Nada volvió a ser la tía cariñosa de los niños de Fátima. Les traía regalos, pequeñas cosas que los hijos de Othman desechaban. En un lugar donde no existían los juguetes, todo se valoraba como si fuesen alhajas.

—Ven, Nada, tu padre te espera —dijo Hagar, arrastrándola con cierto nerviosismo de la cocina—. Te pido que esta vez no discutas. Creo que Ibrahim tenía verdaderos deseos de verte. —Nada entró en la sala. Las mujeres rápidamente se sentaron en los taburetes.

Ibrahim se hallaba sentado en su nuevo sillón cuando su hija se presentó ante él, inclinando la cabeza. Nada esbozó una sonrisa, pero no de dulzura sino cargada de rencor. Ibrahim la contempló largo rato pero reprimió todo comentario acerca de su belleza.

—¿Qué tal fue el viaje?

—El trayecto es siempre igual entre la estación de autobús de Ammán y la de Jericó.

—Mi intención era enviar a Ismael a buscarte, pero está corriendo una carrera contra el mal tiempo en el Monte Nebo. Sé que no es adecuado que viajes sola, pero como la ruta era directa pensé que por esta vez podía pasar. No volverá a suceder.

—No tienes necesidad de preocuparte, padre.

—Ah, pero ninguna mujer de mi familia viaja sola.

—Desde luego, padre.

—¿Y cómo está el honorable Hamdi Othman?

Nada se limitó a inclinar la cabeza.

—¿Y tu trabajo?

Volvió a asentir.

Ibrahim se estaba enfadando con su hermetismo. Los ojos de su hija lo taladraban de tal manera que comenzó a sentirse incómodo. De vez en cuando Ibrahim había visto a alguna mujer manifestar su protesta. Ya era hora de que Nada también lo hiciera. Ella se cree mundana. Bueno, eso ya lo arreglaré. ¿La invito a salir a caminar? No si está de este humor. Debo conservar la paciencia, pensó.

—Tendrás muchas historias para contar.

—No tiene nada de emocionante cuidar a tres niñitos. Eso lo puede afirmar Fátima con toda seguridad.

Fátima lanzó unas risitas de reconocimiento.

—Sin embargo será interesante vivir en una residencia tan magnífica, donde entran y salen tantos funcionarios importantes.

—Apenas si participo de eso, padre. Solamente entro en las habitaciones de la familia para mostrarles los niños a sus padres antes de irse a dormir.

—¿Madame Othman es amable contigo?

—Todo lo amable que le permiten las circunstancias.

—¿Qué circunstancias, Nada?

—Soy una sirvienta de las tantas que tienen.

—Pero tú eres especial.

—No me siento especial en absoluto.

—Por supuesto que sí. ¡Eres la hija de Ibrahim al Soukori al Wahhabi! —Ibrahim se rascó la palma de la mano con nerviosismo, bajo la mirada fija de Nada—. En esta visita tuya debemos tener una charla, ¿de acuerdo?

—Como desees, padre.

Él enrojeció levemente por su fría reserva. Era lo que comenzaba a sospechar. Al vivir en una mansión de la ciudad, alternaba con chicas que no respetaban la tradición. Quizás hubiese sido un error mandarla allí en primer lugar. Ciertamente no quería armar un escándalo, pero tampoco iba a permitir que lo tratara así.

—Tengo una sorpresa para ti, Nada. Desde tu último viaje me he puesto a pensar que ya has pasado la edad en que debería haberte buscado un marido. Dadas las crueles condiciones de nuestra vida aquí, me propuse no darme demasiada prisa. Nuestras perspectivas han mejorado. Omar se irá pronto a Kuwait, con un puesto de empleado de un buen hotel. Ismael ha ganado bastante dinero con el doctor Mudhill y yo he alcanzado una posición cómoda. Es hora de volver a considerar el asunto de tu matrimonio. Han venido a verme varios padres deseosos de llegar a un acuerdo. Yo quise asegurarme de poder encontrarte tan buen marido como a tus hermanas. Al ver cómo has madurado, tu valor como esposa ha subido considerablemente. He aguardado hasta que me hicieran ofertas sustanciales, pero ya no es necesario esperar más.

Las mujeres abrieron los brazos alborozadas y lanzaron exclamaciones de alegría.

—No tengo prisa. Soy muy feliz en Ammán.

«Ajá, pensó Ibrahim, ¡ahora mi querida hija ya no se muestra tan arrogante! Sabe quién es su padre. Por supuesto que no la entregaré tan pronto en matrimonio, pero seguiré jugando un rato más. La mantendré con la intriga…, en su sitio».

—Hablaremos largo y tendido sobre tus posibilidades matrimoniales durante estos días. Dado que eres mi última hija, te permitiré incluso tomar parte en la decisión… pero tendrás que depender de mí para elegir exactamente al nombre más acertado. En esas cosas soy muy bueno.

Nada se levantó de su banco y se encaminó hacia Ibrahim.

—No me casaré hasta no estar lista —sostuvo, pronunciando las primera palabras de desafío a él en su vida. Las mujeres se estremecieron de temor.

Ibrahim entrecerró los ojos.

—Es lo que suponía. Creo que te estás divirtiendo con mujeres indecentes que no poseen el debido respeto por sus padres. No volverás a hablarme jamás en ese tono, y te casarás dónde, cuándo y con quien yo diga. —Dio unas palmadas para que se retirasen sus esposas y Fátima.

—¡Esperad! —les ordenó Nada, y ellas se quedaron paralizadas—. No contraeré matrimonio hasta no estar lista —repitió—, y lo haré con quien *yo* quiera.

Ibrahim se puso de pie con gesto autoritario. Le dio un bofetón en la cara.

—¿Has usado el velo en público como te ordené?

—No.

Volvió a golpearla y le arrancó el pañuelo de la cabeza.

—Te ha crecido demasiado el pelo, lo cual me resulta ofensivo. Hagar, ve a buscar la tijera.

—No, padre, no me cortarás el pelo.

—¡Hagar! Trae la tijera de inmediato. ¡Permíteme asegurarte, Nada, que en esta familia se mantendrá el honor y la virtud!

—Ya no necesitas preocuparte por tu honor y mi virtud.

—¡Nada, no hables más! —le imploró su madre.

Ibrahim echaba chispas por sus ojos incrédulos.

—¿Qué quieres decir?

—Que ya no soy virgen.

Las mujeres lanzaron gemidos. Ramiza se desvaneció. Ibrahim abrió los ojos como enloquecido.

—¡Mientes! —gritó. Agitó las manos acosado por la incertidumbre—. ¿Es cierto lo que dices?

—Sí.

—Te violaron, te obligaron contra tu voluntad. ¿No es eso lo que sucedió?

—No, padre. Lo hice consintiendo.

—¡Estás… estás embarazada!

—Tal vez sí, tal vez no. ¿Qué importa?

—¿Quién es él?

—Ellos, padre.

—Me has humillado adrede… para destruir mi honor… por eso lo hiciste…

—Muchas veces te he oído preguntar. «¿Quién se atrevería a decirle al león que tiene mal aliento?». Eres un salvaje, padre. Si ahora sientes dolor, súfrelo en lo más profundo de ti porque es el mismo dolor que me has hecho padecer cada día de mi vida. No temo por mi vida porque nunca la empecé. Jamás viví por mí; sólo por ti. Cumple, si quieres, con tu noble deber.

—¡Nada, ven aquí!

—Vete al demonio, padre.

—¡Nada!

—Ismael me leyó una vez la historia de la prostituta de Jericó que escondió a los espías de Josué. Supongo que vengarás el oprobio que tu hija, la puta, te ha causado. Voy a caminar por los callejones de Jericó. Allí me encontrarás.

Cuando se marchó, Ibrahim salió intempestivamente de la habitación y regresó abrochándose el cinturón de la daga. Se dirigió a la puerta. Hagar le cerró el paso, cayó de rodillas e intentó sujetarlo con sus brazos.

—¡No, Ibrahim! ¡Échala de aquí! ¡Jamás volveremos a pronunciar su nombre!

Ramiza se abalanzó sobre él y lo sujetó, pero Ibrahim empujó a ambas con fuerza y les propinó puntapiés. Ahí quedaron en el suelo, tirándose de los pelos mientras él se alejaba con paso tambaleante.

El cadáver de Nada fue hallado a la mañana siguiente en una cloaca de Jericó. Le habían roto el cuello y seccionado la garganta. Su pelo estaba burdamente rapado.

CAPÍTULO XIII

En el instante en que vi al doctor Mudhill junto al puente Allenby y noté la expresión torturada de su rostro, supe lo que había ocurrido sin necesidad de que me lo dijera.

—Nada —fue todo lo que atinó a decir.

Qué extraño. No lloré. El profesor me suplicó que no fuese a casa de mi padre, que viajara con él a Londres.

—No. Ahora me voy a casa.

Qué raro… no podía llorar… y no estaba atemorizado…

Sentí los ojos aterrados de mi madre clavados en mí cuando me abrí paso entre un corrillo de vecinos y entré en la sala.

Haj Ibrahim estaba sentado en su enorme sillón, esperándome. Tenía los ojos hinchados al doble de su tamaño, surcados por venas rojas. Sobre su rostro se pintaban misteriosas sombras producidas por las velas encendidas frente a los retratos de Omar y Jamil. Me quedé mirándolo probablemente una hora. Lo único que se escuchaba era nuestra respiración.

—¡Habla! ¡Habla! ¡Te ordeno que hables! —me dijo con una voz desconocida para mí.

Pasó otra hora. Con sumo esfuerzo se levantó del sillón y caminó, vacilante, hasta la mesa. Abrió su túnica, sacó la daga, manchada aún con la sangre de Nada, y la clavó en la mesa.

—Tú… tú eras mi única esperanza… Pero no tienes el valor de una mujer. —Se acercó a mí y se aclaró la garganta—. ¡Adelante, Ismael, hazlo!

—Sí, claro que te voy a matar, padre, pero a mi manera. No me hace falta tu daga. Simplemente voy a hablar. Y te causaré la muerte con mis palabras, de modo que prepara tus oídos, padre, y escucha con atención. —Me miraba de hito en hito—. En Jaffa, presencié cómo unos soldados iraquíes violaban a tus dos esposas y a Fátima.

—Eres un mentiroso —me espetó.

—No, padre. Yo no miento. Había ocho o diez, y uno a uno fueron tomando a las mujeres, ¡y yo vi cómo las penetraban con sus miembros grandes y húmedos!

—¡Mentiroso!

—¡Vamos, padre! Arranca la daga de la mesa y mátame. ¡Mátanos a todos!

Ibrahim de repente se llevó la mano al pecho y lanzó un horrendo alarido de dolor.

Jadeaba buscando aire.

—El corazón… el corazón…

Dio vueltas por la habitación chocando contra todo. Se desplomó. Yo me quedé

de pie a su lado.

—¿No puedes sacar tu arma de la mesa, padre? ¿No? Qué pena. ¡Yo vi como media docena de hombres jodían a mi madre! ¡La jodían en el suelo!

—¡YAHHHHHH!

Estaba a cuatro patas, arrastrándose, jadeando, chorreando baba por la boca, la nariz, los ojos.

—¡YAHHHHHH!

Estiró una mano en dirección a la mesa y trató de incorporarse. Logró coger la daga y tiró de ella. No salía. La mesa se volcó. Ahí estaba tendido barboteando. Lanzó un grito, y después se quedó inmóvil.

CAPÍTULO XIV

Los miembros de la familia regresaron a la casa dominados por el terror. Creí que iban a enfurecerse al ver el cuerpo de Ibrahim a mis pies, pero curiosamente no fue así. Me miraron largo tiempo; luego se retiraron atemorizados. De pronto se me ocurrió que en ese instante me habían aceptado totalmente como nuevo amo. Permanecí impasible, casi distante. Después, vino un enorme júbilo. Había vengado a mi querida hermana abatiendo al hombre más poderoso e imponente que jamás hubiese conocido. Sentía ganas de gritar de placer por la forma en que lo había matado. Murió con dolor, con mil hormigas carcomiéndole las axilas.

Dios, todavía lo amaba… ¿Pueden entender eso? Lo amaba.

Cuando los susurros se convirtieron en febriles noticias, los cafés y las chozas quedaron vacíos, congregándose una impresionante multitud frente a nuestra casa. Salí a la galería sin miedo, y los miré con fiereza. Había centenares de personas, e iban llegando más. Sin embargo nadie me recriminaba nada. Nadie cuestionaba lo acaecido. Por supuesto que todo era lógico, ¿no? Si había algo que esa gente sabía era que yo, Ismael, le había quitado la vida al Haj según nuestra más antigua tradición, y que ahora era yo quien esgrimía el poder.

—Haj Ibrahim nos ha dejado —anuncié casi con suavidad—. Murió del corazón.

El momento más glorioso en la historia de Haj Ibrahim se produjo después de su muerte. La enorme multitud y la manifestación de pesar en su sepelio fue de la naturaleza que generalmente se reserva para los hombres santos o jefes de Estado. Vinieron de todos los campamentos de la Orilla Occidental y de Jordania, en grupos de cientos, de miles. A la larga, los árabes lo veneraron, lo adoraron, lo reverenciaron, pero nunca supieron realmente la razón. Lo único que sabían era que Haj Ibrahim se había marchado, y que sin él se sentían desamparados.

Una tumba y una pequeña mezquita ya se estaban levantando al pie del Monte de las Tentaciones, desde donde se dominaba Aqbat Jabar. Allí se lo dejó en su último descanso y se juró venganza contra los judíos, aunque yo no entiendo por qué. Mantuve la compostura, mi distante silencio, durante toda la penosa ceremonia. Pese a que se comentaban muchas cosas siniestras a mis espaldas, nadie se atrevió a acusarme cara a cara. Sabían quién era su nuevo líder cuando lo veían. Conocían mi poder. Servilmente me manifestaban su dolor. Me daban besos en las mejillas, y los más descuidados, en las manos.

Las futuras generaciones considerarían su tumba como un lugar sagrado, y con el paso del tiempo el Haj se convertiría en santo.

Al concluir la ceremonia del entierro, cuando todos regresaban a sus miserables moradas, una horrible náusea se apoderó de mí. Tenía que alejarme, y acudí al único

lugar y al único hombre que me proporcionaban cariño y alivio. Noté que el doctor Mudhill estaba preocupado por mí. Yo farfullaba una y otra vez que todavía amaba a Ibrahim. Él pareció darse cuenta de que estaba a punto de desfondarme. No había mencionado a Nada desde su asesinato. Trataba de no pensar en ella. Luego pronuncié su nombre y me derrumbé en los brazos del profesor.

—Dígame dónde está, por favor. Quiero llevarla a algún sitio donde descanse en paz.

—No, no puedes.

—Pero debo hacerlo.

—No puedes —repitió con firmeza.

—¿Qué está tratando de decirme?

—Ahora no, Ismael. Más tarde…

—Dígame. ¡Le exijo que me lo diga!

—No queda nada de ella. Está desparramada en cien lugares, en ese sórdido foso que hay cerca del río. Por favor, no me preguntes más…

—¡Me vengaré! —grité.

El profesor emitió un triste suspiro.

—Sí —dijo en un susurro—, claro que la vengarás…, claro que la vengarás…

Di vueltas como una tromba por la habitación, con deseos de estallar. Me planté delante de él, estremecido.

—¿Por qué no puedo llorar…? Quiero llorar… ¿Por qué no puedo? —Caí de rodillas y me aferré a él—. ¿Qué hemos hecho? ¿Por qué? ¿Por qué? ¿Por qué? ¿Por qué?

Sostuvo mi cabeza sobre su regazo mientras me acariciaba, y yo sollocé hasta que no me quedó nada. La última luz del sol apenas entraba en la estancia, y permanecimos en la penumbra.

—¿Por qué? ¿Por qué?

—Ustedes eran tres bellísimas personas que se amaban apasionadamente. Pero nacieron en una cultura que no deja expresar semejante amor. Somos los malditos de todos los seres vivientes.

—¿Qué será de todos nosotros?

Se quedó callado largo rato.

—Dígamelo, doctor Mudhill.

—Te lo diré —musitó con dolor—. No tenemos permiso para querernos los unos a los otros, y hace tiempo ya que hemos perdido la capacidad de amar. Así fue escrito hace mil doscientos años. Nuestro mayor legado es el odio, y nos hemos regenerado por medio de él de generación en generación, de siglo en siglo. El regreso de los judíos ha desatado ese odio haciéndolo explotar furiosamente con una tremenda fuerza de autodestrucción. Dentro de diez, veinte, treinta años, el Islam comenzará a

consumirse en su propia locura. No somos capaces de vivir con nosotros mismos…, jamás lo hemos hecho. Somos incapaces de cambiar. El demonio que nos enloquece, también nos está devorando. No podemos detenernos. Y si no nos detienen, marcharemos con el resto del mundo, el Día de la Hoguera. Lo que estamos presenciando ahora, Ismael, es el inicio de Armagedón.

… No sé en qué momento exacto me abrumó la oscuridad…

Estaba haciendo mi maleta para marcharme cuando de repente mis manos ya no podían sostener las cosas… se me nubló la mente…

… Luché denodadamente para recuperar la claridad, pero sólo lo logré a intervalos…

Cada día me fue venciendo más la tiniebla, hasta que agoté mis recursos para impedirlo…

… y así fue como sucumbí…

Todos dicen que estoy loco porque he dejado de hablar…

… muchas veces, cuando el doctor Mudhill me lo imploraba… sentía deseos de responderle, pero no podía… sus palabras eran tan duras que ya no las comprendía…

… Una noche me puse frenético pensando en Nada y destrocé las fotografías de Jamil, Omar e Ibrahim…

… después de eso me ataron con cadenas en mi catre…

… cada vez que me acordaba de mi hermana, me abatía un dolor terrible y parecía perder el control… una y otra vez…

… Durante todo el día vienen niños a espiar por mi puerta, me señalan, me hacen burlas… pero a mí no me importa…

… Sigo encadenado… Diariamente Hagar se para junto a mí y me escupe y me patea. Escucho que Kamal y mi madre planean venderme a un escuadrón suicida de los fedayines… pagan trescientos dólares norteamericanos, y en mi familia hace falta el dinero… No estoy loco…

… Pero ellos están desesperados… Kamal no tiene trabajo… El sueldo de Omar no les alcanza para vivir…

… ah, sí, los oigo confabularse entre ellos, planificar… lo que no saben es que he encontrado la felicidad, porque ahora puedo hablar con Nada… la veo todas las noches… viene a visitarme… constantemente me incita a escapar…

… el estúpido de Kamal que nunca ha hecho nada bien… no sabe que he forzado los grilletes de la pared, que los aflojé y puedo arrancarlos cuando me plazca…

… sí, Nada, huiré…

Iré contigo…

… siguiendo el lecho del río se llega a las grutas…

… el sol es tan intenso…

… tendría que haberme puesto zapatos y traído agua…, pero tenía que ir detrás de Nada inmediatamente, por temor a que volviera a desaparecer…

… me he internado mucho en los cañones… comienzan a sangrarme los pies… voy a descansar… malditas sean estas cadenas en mis muñecas…

… ahí va Nada, trepando entre las rocas…

… ¡Nada…!, aguarda… subiré hasta ti, mi querida hermana… oh, Nada, deja de tomarme el pelo…

… escalar… escalar… llegar hasta dónde está ella… no resbalarme… no tener miedo… Nada, dame la mano y ayúdame… las cadenas me pesan demasiado… Qué calor… por el nombre del Profeta, hace tanto calor… oh, Ismael, fuiste un tonto en venir sin agua… Pero tenía que escaparme; de lo contrario me habrían entregado a los fedayines…

… Dios mío, creo que me equivoqué de cañón… estoy perdido…

… Ahí está Nada otra vez… trepa como un íbice… tan grácil… tan encantadora… de pronto se sienta en el borde de una saliente, haciéndome bromas, riéndose…

… Nada, voy hacia ti… y desde tu saliente podremos volar hasta los siete paraísos…

… mira qué alto he llegado… desde aquí diviso la inmensidad del desierto… el mar Muerto… y del otro lado del río el Monte Nebo…

… En el nombre de Alá, ¿oigo langostas? No, hay algo denso que avanza en dirección a mí, pero no son langostas… son… Personas… sí, las veo claramente… ¡El desierto se está llenando con millones y millones de personas!

¡*Ellos me ven*! Me llaman.

«¡Ismael, sálvanos!».

«¡Idos todos, regresad ya! ¡No se internen más en este desierto! ¡Volveos! ¡Os lo ordeno!».

… ¿Por qué no me hacéis caso? Siguen acercándose, millones y millones…

«¡Ismael, sálvanos!».

«¡Tontos! ¡Tontos! Dad media vuelta, regresad, o caerá sobre nosotros el Día de la Hoguera. ¡En el nombre de Alá, regresad! ¡Esto es Armagedón!».

… Oh Dios mío, no me escuchan… siguen viniendo…

… les hablaré de nuevo… pero la subida me ha agotado… las cadenas me han dejado exhausto…

… Primero debo descansar… tengo que echarme un poco… siento la cara muy caliente al apoyarla sobre la roca… sera mejor que me ponga en pie… no puedo levantarme… No; creo que dormiré un poco… el sol pica…

… estoy cansado… tan cansado…

FIN



LEON URIS (Baltimore, 1924 - Nueva York, 2003). Novelista estadounidense, creador de una literatura convencional y ligera, muy seguido por el gran público. Hijo de inmigrantes polacos judíos, estudió en su ciudad natal y en Virginia, pero sus problemas con el inglés, le hicieron abandonar sus estudios, alistándose con diecisiete años en los Marines, y participando en la Segunda Guerra Mundial en el Pacífico.

Finalizada la contienda trabajó como chófer pero, a partir de 1950 ya se dedicó por completo a la literatura. Su primera novela publicada, *Battle Cry* (1953), fue muy bien recibida y se utilizó para una película para la que él escribió el guión.

Sus siguientes novelas que, por lo general tenían como tema la guerra, también fueron exitosas. Pero fue con *Éxodo* (1958), novela escrita por encargo y también llevada al cine, con la que alcanzó renombre internacional.

Después de la exhibición del film llegaron a venderse veinte millones de ejemplares del libro que, sin duda, contribuyó a la causa sionista, ya que es la historia de los judíos que emigran de todas partes del mundo para ir a fundar el estado de Israel. Otros títulos destacados de su obra son: *Mila 18* (1961), *Topaz* (1967), *QB VII* (1970), *Trinidad* (1976), *El peregrino* (1984) y *Redención* (1995).